

*Los príncipes azules
no existen...
¿O sí?*

ANTÍA EIRAS

de



Lectulandia

Harta del acoso de su exnovio y antiguo jefe, Alexia se traslada a México, donde encuentra trabajo como asistente personal de Martín Ledesma, un famoso actor de culebrones.

Martín es un hombre extraordinariamente guapo, rico y muy famoso, por el que todas las mujeres suspiran y pelean. Sin embargo, su fuerte personalidad, dominante y desconfiada, no le va a poner las cosas fáciles a Alexia, a quien ha tenido que contratar pese a no estar de acuerdo.

Sus caracteres chocarán de forma explosiva, y la terquedad de ambos creará momentos divertidos y muy intensos. Ninguno de los dos quiere dar el brazo a torcer, pero el destino les tiene preparada una sorpresa que no podrán evitar.

Lectulandia

Antía Eiras

Los príncipes azules no existen... ¿O sí?

ePub r1.0

Titivillus 03.08.2018

Título original: *Los príncipes azules no existen... ¿O sí?*

Antía Eiras, 2015

Retoque de cubierta: Titivillus

Editor digital: Titivillus

ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

*Me gustaría dedicárselo a mi marido y a mi familia, por estar siempre ahí,
en especial a mi hermana Charo.
Y también a Karen Araya Rubio, quien creyó en mí desde el minuto uno.*

Gracias

Capítulo 1

Alexia llegaba tarde a su entrevista de trabajo; tendría que haber madrugado más, pero justo ese día su despertador había decidido quedarse sin pilas. Llevaba pocos meses en México D. F. y no conocía la ciudad, por lo que tenía que levantarse horas antes y salir con mucha antelación para coger el metro y los autobuses, y no equivocarse de líneas, que era lo que, por desgracia, le ocurría siempre. Ciudad de México era una jungla de asfalto dura, fría, insensible... Muchas veces, durante el día, Alexia se preguntaba qué hacía allí, tan lejos de su familia y de sus amigos. Tenía la sensación de que, si le daba la más mínima oportunidad, esa ciudad se la tragaría sin dudarle, como una hormiga que hubiese sido aplastada sin que nadie se diera cuenta.

«¡No! —se dijo por enésima vez—. Soy una luchadora y no volveré a casa con el rabo entre las piernas.»

Miró su reloj.

«¡Oh, Dios mío, no voy a llegar!»

Se quitó los zapatos y echó a correr por la calle con ellos en la mano. La gente se giraba para mirarla; la verdad es que era todo un espectáculo verla ir al trote... con su mejor traje, su maletín de ejecutiva y su calzado colgando de sus manos.

«¡Que les den!», pensó.

Cuando llegó a la dirección correcta, antes de entrar en el edificio, se volvió a poner los zapatos de tacón, se recolocó la chaqueta y revisó su maquillaje en un espejo que llevaba en un pequeño neceser, dentro del maletín. Se aplicó más *gloss* en los labios y, soltando un fuerte suspiro, entró en el inmueble y se dirigió hacia el mostrador de recepción.

—¡Buenos días! —dijo luciendo su mejor sonrisa—. Tengo una cita con la señorita Ana Savater.

—¡Buenos días! ¿Sería tan amable de decirme su nombre? —le preguntó la recepcionista.

—Alexia Montero.

—Un momento, por favor. —La chica levantó el teléfono de la centralita y marcó una extensión.

—Señorita Savater, está aquí la señorita Montero; tiene una cita con usted. —Después de un segundo, a la joven se le congeló la sonrisa—. Sí, lo sé... —Ojeó su reloj y miró a Alexia.

Ésta hizo lo mismo y se dio cuenta de que llegaba media hora tarde.

«¡Oh, Dios! ¡Por favor, por favor!», rezó.

—Muy bien... —Se oían los gritos a través del teléfono—. Ahora la hago pasar. La chica la miró con compasión y, levantándose de su asiento, le pidió:

—Señorita Montero, acompáñeme, si es tan amable; la señorita Savater la atenderá ahora mismo.

Alexia la siguió hasta un despacho; la recepcionista tocó brevemente con los nudillos y abrió la puerta, haciéndola pasar.

El despacho no era muy espacioso; estaba pintado de gris y había una pequeña mesa, también gris, atestada de papeles. Pudo ver un ficus medio muerto en una esquina, que pedía a gritos un poco de abono y agua; una librería llena de carpetas grises, y, detrás de la mesa, ¿qué había?... una mujer igual de gris, con cara de pocos amigos, que la observaba por encima de la montura de sus gafas.

—Siéntese, por favor, señorita Montero —le indicó muy seria mientras la miraba de arriba abajo.

—Gracias —contestó esbozando una leve sonrisa de disculpa.

—Siento decirle, señorita Montero... —comenzó a hablar mientras la miraba directamente—... que el puesto ya está ocupado. Como podrá apreciar, ésta es una empresa seria de contratación de personal externo, y no podemos permitirnos que alguien no llegue a tiempo a su cita. Sus cualidades eran excelentes para ese puesto de trabajo, pero he tenido que tomar una decisión y ofrecerle el cargo a otra persona. Para la labor de secretaria de dirección, la puntualidad resulta indispensable, y siento decirle que usted ha fallado estrepitosamente en ese punto.

—Yo... —empezó a decir con la cara desencajada.

Había albergado muchas esperanzas de conseguir ese puesto, que era perfecto para ella; no podía permitirse perderlo, el dinero se le estaba acabando y necesitaba un empleo urgentemente.

—Por supuesto, con su currículum —la interrumpió mirándola con ironía—, estoy segura de que encontrará otro trabajo enseguida.

«¡Pero no aquí!», le faltó decir.

—Señorita Savater, siento enormemente haber llegado tarde. Sé que no hay excusas, pero, si de algo sirve, le aseguro que intenté llegar puntual. Soy nueva en esta ciudad, todavía no conozco muy bien las calles y...

—No hace falta que añada nada más —la cortó—. Ya le he dicho que, por desgracia, le he dado el puesto a otra persona.

—¿Y no hay otro trabajo que me pueda ofrecer? —preguntó agobiada—. De cualquier cosa: de ayudante, camarera, repartidora... Realmente estoy muy desesperada —le rogó con un graznido.

Tenía la boca la seca, y el miedo le subía por la garganta, atenazándola.

—Yo... no sé...

—Escuche: sé que no le he dado buena impresión, pero usted ha visto mi currículum... puede llamar y pedir todas las referencias que quiera.

—Por supuesto, eso es algo que ya he hecho —señaló con suficiencia.

—Bien, pues entonces sabrá que mis referencias son inmejorables.

—Así es —tuvo que reconocer.

—Le pido que me dé otra oportunidad —suplicó mirándola a los ojos—. Le juro que esta vez no le fallaré.

La mujer se quedó observándola detenidamente, sopesando la decisión, y luego abrió la carpeta donde estaba el currículum para echarle un nuevo vistazo. Alexia, nerviosa, se retorció las manos; realmente no sabía qué iba a hacer si no la ayudaba, tendría que volver a su país, y era una idea que no le hacía ni pizca de gracia. Aunque tenía muchas ganas de ver a su familia, se le encogía el corazón sólo de pensar que...

«¡No!, ahora no es el momento. ¡Céntrate!»

Volvió a fijar su atención en la mujer de gris, que en esos momentos, sin saberlo, tenía su futuro en sus manos.

—Bueno, quizá pueda ofrecerle algo; no es tan bueno como el puesto anterior, pero está sobradamente cualificada para desempeñarlo.

—Lo que sea, no me importa.

—Tengo que hacerle un par de preguntas antes.

—Por supuesto.

—¿Es usted aficionada a las telenovelas?

¡¿Qué?!

Alexia se la quedó mirando con cara de estupefacción.

«¿Tiene que estar de broma?», pensó. O eso o se había vuelto loca. Bueno, también podría tratarse de una pregunta trampa, pero... una pregunta trampa, ¿para qué?

Realmente no entendía nada. Carraspeó para aclararse la garganta y respondió.

—Discúlpeme, señorita Savater, pero no entiendo muy bien la pregunta.

Ésta la miró preguntándose si era tonta y, tras quitarse las gafas, se pellizcó el puente de la nariz durante unos segundos. Dejó las gafas sobre la mesa y le habló con suficiencia.

—La informo, señorita Montero, por si no lo sabe, de que México es uno de los países donde más telenovelas se graban y producen —le explicó, dándole a entender que esa información era de sobras conocida en el mundo entero y que era incomprensible que Alexia no lo supiera—. Se podría decir que casi son parte de nuestra cultura, y los mexicanos son ávidos consumidores de este tipo de entretenimiento televisivo. Los actores y actrices de esas telenovelas son muy queridos y admirados, casi tanto como las estrellas de Hollywood en Estados Unidos. Dicho esto, la pregunta es bien sencilla. —Hizo una pausa y volvió a plantear—: ¿Es usted aficionada o seguidora de las telenovelas, señorita Montero?

«¡Mierda!»

Se le cayó el alma a los pies; sabía tanto de telenovelas, actores o actrices como de la carrera espacial rusa.

¡Madre mía, qué mala suerte!

—Bueno... la verdad es que no lo soy mucho, pero alguna que otra he visto —confesó.

—¿Ah, sí?, ¿y cuál fue? —preguntó.

—Yo... eh... era una niña y... tengo que admitir que ha sido la única que he visto entera, y es bastante antigua, aunque, eso sí, me encantó, me enganchó desde el primer capítulo y...

—Si le gustó tanto, no tendrá inconveniente en decirme cuál fue, ¿verdad? —la interrumpió; esa chica ya estaba agotando su paciencia.

—No, claro que no.

Alexia no era capaz de mirarla; en cuanto le dijera el título, ya podía despedirse del empleo. La mujer gris, con su trabajo gris, y estaba segura de que con su patética vida gris, la pondría de patitas en la calle con una sonrisa en su cara gris.

«¡Bueno, pues ya está! ¡Tendré que volver a España y, cuanto antes lo asuma, mejor!»

—«Corazón salvaje» —dijo por fin.

—Pues sí que es antigua —señaló mirándola directamente a los ojos—. ¿Conoce usted a Fernando Colunga?

—No.

—¿Le suena David Zepeda?

—No, lo siento.

—¿José Ron?

—Tampoco —contestó azorada—, pero sí conozco a... ¿Eduardo Palomo? Se llama así el actor de «Corazón salvaje», ¿no? —Por lo menos sabía el nombre de uno.

—Sí, se llamaba así: falleció hace unos cuantos años.

—¡Oh!, lo siento... yo... no lo sabía —balbuceó queriéndose morir.

La cara de la mujer era una máscara que no mostraba ninguna emoción. Por tanto, Alexia sonrió con pesar y, alargando la mano a modo de despedida, se levantó de su asiento. Su entrevistadora se quedó mirando la mano suspendida en el aire, y regresó la vista a su rostro con cara de sorpresa.

—¿Tiene que marcharse a algún sitio, señorita Montero?

—No, claro que no —respondió retirando la mano—, pero supongo que no soy la persona adecuada para el trabajo; como ya le he dicho antes, no soy de aquí y...

—¡Haga el favor de sentarse! —le ladró, con su paciencia al límite. Inspiró aire y lo aguantó durante unos segundos, hasta que lo expulsó lentamente intentando calmarse—. Le ruego, señorita Montero, que no dé nada por supuesto —volvió a hablar—. Sobre todo cuando no sabe de qué puesto se trata, ni las condiciones que le voy a ofrecer.

—Lo... lo siento —contestó mortificada.

—Bien. —Hizo una pausa—. Mi cliente está buscando un asistente personal. Es un importantísimo actor en este país, pero quiere a alguien que sea profano en este mundo. Exige a una persona responsable, leal, honesta y discreta... muy discreta —recalcó mirándola directamente.

Ella afirmó con la cabeza, pero no se atrevió a decir nada más, no fuera a ser que

volviera a meter la pata.

—Usted sería su asistente personal. Sus tareas consistirían en atender el teléfono, llevar su agenda, concertar citas, acompañarlo al rodaje cuando esté grabando una telenovela o una película, o a una sesión de fotos, viajar con él, por si tiene que ir a algún evento o conceder alguna entrevista, llevarle un café, ir a la tintorería o cualquier demanda que él solicite. Tendrá que estar disponible para él las veinticuatro horas del día. Por supuesto, usted descansará cuando él descanse o cuando crea conveniente darle el día libre.

«¿La esclavitud sigue vigente en México y no me había enterado? —se preguntó sorprendida—. ¿Esta mujer está hablando en serio?»

—A cambio, vivirá en su casa —prosiguió—; tendrá derecho a habitación y comida. Y, por supuesto, el sueldo que percibirá será muy generoso. No será tan alto como el de secretaria de dirección, pero es lo que le puedo ofrecer en este momento.

A continuación escribió una cifra en un papel y se lo pasó.

—¡Vaya, sí que es generoso! —exclamó asombrada.

—Entonces, ¿está interesada en el trabajo?

Las condiciones no eran las mejores del mundo, pensó Alexia; para ser sincera, dejaban mucho que desear... pero necesitaba el trabajo, lo necesitaba urgentemente, y el sueldo era muy bueno. Además, la opción de no tener que pagar alojamiento y comida era de lo más conveniente para ella, ya que el salario sería íntegro.

—Acepto —afirmó—. ¿Cuándo tendría que empezar?

—Bien, primero debo hablar con mi cliente. En cuanto tenga toda la información, me pondré en contacto con usted, ¿de acuerdo?

—Me parece perfecto. Estaré esperando su llamada, entonces.

—Bueno, señorita Montero —dijo la mujer gris poniéndose de pie y estirando el brazo para darle la mano a modo de despedida—: Espero no haberme equivocado confiando en usted para este trabajo.

—Le aseguro que no. Y quiero volver a darle las gracias por esta oportunidad —contestó, mientras ella también se levantaba y le estrechaba la mano.

La mujer gris la acompañó a la puerta y se despidió de ella indicándole que, en breve, se pondría en contacto para citarla y firmar el contrato de confidencialidad.

Alexia salió de la oficina con una gran sonrisa en los labios, y camino de la puerta saludó a la chica de recepción, devolviéndole ella el saludo también con una sonrisa. Cuando salió a la calle, respiró hondo y, por primera vez en mucho tiempo, sintió como si el gran peso que llevaba encima se aligerara un poco.

Capítulo 2

El taxi dejó a Alexia delante de una urbanización, en una de las zonas más caras y exclusivas de Ciudad de México. Dentro estaba la casa, pero para acceder a ella debía pasar frente a una garita de seguridad situada en la entrada; allí, un vigilante le pidió sus datos y le preguntó a dónde iba; la dejó pasar después de confirmar que todo estaba correcto.

La casa tenía un muro de por lo menos tres metros de altura, rodeado de setos lo suficientemente altos como para no poder ver nada desde la calle. Alexia llamó al telefonillo y, a los dos segundos, le contestó un hombre llamado Pedro, quien, por lo visto, era el guarda de seguridad de la vivienda.

La dejó pasar y la acompañó hasta la puerta de entrada. Desde fuera, la casa, o más bien la mansión, era enorme. Se trataba de una construcción de estilo moderno, con un gran jardín impecablemente cuidado, con grandes árboles dando sombra. Debajo de uno de ellos, había una elegante mesa con grandes y mullidas sillas a juego, que invitaban a sentarse para tomar un refresco en un día de calor, o desayunar al aire libre en verano.

Había varios caminos hechos con piedras pulidas. Uno llevaba a la entrada; otro, a la mesa del jardín, y el último, a la parte de atrás del edificio.

Cuando accedió al interior, lo primero que vio fue una enorme y preciosa escalera que se bifurcaba en dos, dando acceso a las habitaciones del segundo piso.

No le dio tiempo a poder indagar más, ya que Pedro la instó a que lo siguiera. Caminando detrás de él, lo que pudo observar fue que las estancias eran de líneas limpias y diáfanas, en tonos tierra muy suaves, que iban desde el color arena al gris perla y el blanco roto. Los muebles tenían un estilo moderno y funcional, y los accesorios, como lámparas, cuadros o jarrones, eran de colores fuertes, para romper y contrastar con los tonos tan suaves de las paredes. La casa estaba decorada exquisitamente y resultaba muy acogedora.

El hombre se paró delante de una puerta y golpeó con los nudillos, esperando a que le dieran permiso para pasar. Cuando eso ocurrió, le ordenó que entrara detrás de él.

Los dos accedieron, y Alexia quedó detrás de Pedro, tal como el guarda le había pedido, y pudo observar que la habitación era un estudio acogedor y funcional, como el resto de la casa. Tenía diversas estanterías con libros y premios, varias butacas colocadas delante de la mesa de despacho y un sillón de piel, modelo Chester, al lado del ventanal que daba al jardín. Detrás de la mesa, escribiendo en su ordenador, estaba sentado, en un elegante asiento, el que supuso que era su jefe.

—Un momento, Pedro —dijo éste mientras terminaba de escribir en el portátil.

Alexia tuvo tan sólo un breve instante para poder estudiar con detenimiento al

individuo que estaba situado detrás del escritorio, cosa que no había podido hacer al entrar en la estancia, por estar situada detrás del empleado, y... se quedó sin aliento.

«¡¡Oh, Dios mío, es el hombre más guapo que he visto en mi vida!!»

Guapo era quedarse corto, era... hermoso. Todo lo hermoso que puede ser un hombre sin parecer femenino.

Tenía el pelo del color de la miel, con reflejos más claros que destellaban cuando le daba la luz del sol. Llevaba el cabello algo largo, de una forma que enmarcaba su rostro, sólo lo suficiente como para no hacerlo parecer desaliñado, pero sí para que aparentase ser más joven. Su mandíbula cuadrada, junto con una barba de dos días perfectamente cuidada y recortada, imprimía dureza a su cara, que era suavizada por unos labios llenos y sensuales, haciendo que ese bello rostro dejase de ser femenino para tornarse completamente masculino.

Cuando el hombre acabó de escribir en su portátil y levantó la mirada para fijarla en ella, a Alexia se le paró el corazón.

Tenía unos ojos que eran un dulce pecado... de un color verde manzana que no había visto en su vida, con algunas motas en amarillo y ocre. De repente esbozó una sonrisa, formándosele unos hoyuelos en la comisura de la boca que provocaron que a ella se le descolgara la mandíbula.

¡¡Por Dios, ese hombre, ¿de dónde había salido?!!

—Supongo que usted es mi nueva asistente personal, ¿no?

Ella, que todavía estaba en estado de *shock*, no podía dejar de pensar en esa sonrisa. Era *sexy*, muy... muy *sexy*.

—Señorita... ¿me oye?

—Perdón... ¿decía algo? —contestó, cerrando la boca de golpe cuando se dio cuenta de que le estaba hablando.

Esperaba que no se hubiera dado cuenta de que se lo había quedado mirando embobada como una tonta quinceañera.

—Le decía que supongo que usted es la nueva asistente personal. Mi nombre es Martín Ledesma, y le doy la bienvenida a mi casa —aclaró mientras se levantaba de la silla y extendía la mano para saludarla.

—Sí... por... por su-supuesto —tartamudeó—. Mi nombre es Alexia Montero, y es un... placer poder tener la oportunidad de trabajar para usted —contestó ruborizándose exageradamente y dándose cuenta de que, nada más llegar, estaba haciendo el ridículo más espantoso.

Se acercó para estrecharle la mano que le estaba ofreciendo y, cuando se tocaron... una extraña corriente la recorrió desde la punta de los dedos, subiendo por el brazo, hasta detrás de la nuca, erizándole el vello. Soltó con brusquedad su mano mientras se le escapaba un pequeño jadeo. Su corazón empezó a latir violentamente y se quedó observando sus dedos, como si de repente tuvieran vida propia. Cuando alzó la mirada, se dio cuenta de que él también estaba observando su propia mano con el entrecejo fruncido, intentando comprender qué había sido aquello. Al parecer no sólo

lo había notado ella.

—Eh... Pedro, haz el favor de llamar a Verónica y decirle que la señorita Montero ya está aquí —ordenó a su guarda de seguridad mientras se volvía a sentar.

—Sí, señor, ahora mismo la aviso. ¿Desea algo más? —preguntó éste.

—No, gracias, eso es todo.

El empleado estaba a punto de salir de la habitación cuando fue interrumpido por Martín.

—Espera un momento. —Dirigiéndose a ella, le comentó—: Disculpe mi mala educación, ¿desea usted tomar algo, un refresco, un café, un jugo...?

—Un poco de agua, si es tan amable.

La verdad era que tenía la garganta reseca por los nervios que estaba pasando.

—Muy bien. Pedro, si no te importa, trae un poco de agua para la señorita Montero.

El guarda asintió con la cabeza y salió de la habitación cerrando la puerta con suavidad. Martín le hizo un gesto con la mano para que tomara asiento, y aprovechó ese breve espacio de tiempo para estudiarla un poco más.

El actor se percató de que no era una mujer muy alta, debía de medir sobre un metro sesenta o sesenta y cinco como mucho, poco en comparación con el metro noventa que medía él.

Tenía el pelo castaño, ondulado, con un corte que no la favorecía especialmente. Su cara no era fea propiamente dicha, pero no había nada especial que pudiera destacarse en ella. Sus ojos eran de un color castaño nada fuera de lo común; su nariz, recta y un poco respingona, y... ahora que se estaba fijando un poco más, descubrió que tenía una boca muy bonita, con los labios llenos y rosados, si bien se estaba mordisqueando un poco el inferior, algo que le hizo fruncir el ceño, pues le pareció un gesto poco elegante.

No podría decir si iba maquillada o no; si ése fuera el caso, era muy ligero y nada favorecedor. La ropa que llevaba consistía en un traje de pantalón y chaqueta de color gris plata muy funcional, con una blusa negra, que no hacía nada por disimular que le sobaban unos cuantos kilos, a juego con unos zapatos del mismo color. En definitiva, una mujer del montón, como tantas otras, sin nada digno de mención.

Bueno, ahora que lo pensaba, su carnosa boca cada vez le parecía más... bonita.

Pero lo único que a él le interesaba era que fuera eficiente en su trabajo y se adaptara bien a su ritmo de vida.

—Bien —empezó a decir—, supongo que la señorita Savater le explicó en qué consistirían sus funciones, ¿cierto?

Alexia asintió con la cabeza.

—También le recalcaría lo importante que es para mí la discreción, la lealtad y, sin duda, la honestidad de las personas que trabajan conmigo.

—Sin duda. Y puedo asegurarle, señor Ledesma, que no tendrá ninguna queja al respecto, puede confiar en mí —afirmo.

—Eso espero. De todas formas, la confianza se gana y, de momento, señorita Montero, usted no tiene la mía.

Se quedó sorprendida por el tono duro en el que le habló, y él se dio cuenta.

—No me malinterprete, no es nada personal en contra de usted. Amo mi profesión, es lo único que sé hacer y que llena mi vida, aparte de mi hijo, por supuesto. El problema es que, en el mundo en el que yo me muevo, hay mucha gente interesada y sin escrúpulos, que sólo se guía por el beneficio propio, sin importar a quién pisa y hace daño por el camino. Y me ha costado mucho llegar donde estoy y tener lo que tengo, para que venga alguien y lo eche todo a perder... por un poco de dinero o unos minutos de fama.

—Lo entiendo.

—Así que me cuesta confiar en las personas, hasta que me demuestran que son honestas y leales. Me duele enormemente que Verónica me abandone, pero ha encontrado al hombre de su vida, y éste no está dispuesto a compartirla conmigo.

En ese momento sonaron unos golpes en la puerta del despacho, que se abrió a continuación, dejando pasar a una mujer que Alexia supuso que era la mencionada Verónica.

—¡Ah!... Vero, querida, quiero presentarte a tu sustituta, la señorita Alexia Montero.

La mujer se acercó con una gran sonrisa, ofreciéndole el vaso de agua que había pedido. Ella se levantó y, agradecida, le devolvió la sonrisa, procediendo luego a beber, pues estaba sedienta.

—Encantada de conocerla. Espero que este tipejo no haya sido muy duro con usted; le encanta asustar a las nuevas empleadas. Recuerdo lo mal que se lo hizo pasar a Justina los primeros días aquí —comentó mientras le dirigía una mirada acusadora—. La pobre pegaba un bote cada vez que la llamaba.

Alexia se atragantó con el agua y, tras limpiarse con la mano rápidamente, dejó el vaso encima de la mesa.

—¡Verónica! —masculló Martín entre dientes, advirtiéndola de que se estaba pasando.

—Pero en el fondo es un pedazo de pan —continuó ésta sin hacerle ningún caso—. Eso sí, su vida, a partir de ahora, va a ser un auténtico infierno.

—¿Perdón? —preguntó Alexia estupefacta.

—¡Oh, querida! ¡No me mire así! —respondió la mujer, acercándose y enganchando su brazo con el de ella, mientras le dirigía una mirada divertida a su patrón, que literalmente estaba echando chispas por los ojos—. Nuestro querido jefe, porque por desgracia seguirá siendo mi jefe durante dos largas... largas semanas —suspiró de forma dramática—, hasta que le enseñe todo lo que tiene que saber —aclaró guiñándole un ojo—, es un negrero que no dudará ni un segundo en explotarla todo lo que pueda.

—Bueno, no creo que... —empezó a decir Alexia mordiéndose el labio, pues

cada vez estaba más nerviosa.

—¡Oh, créalo, señorita Montero! —la interrumpió Martín, sonriendo de forma depredadora y mirando fijamente a la mujer que tenía colgada del brazo—. Verónica está en lo cierto. ¿Soy trabajador?, sí. ¿Exigente?, también. Y muy perfeccionista. ¿Acaso eso es malo? —planteó.

Alexia no sabía qué era lo que estaba pasando allí, pero la situación le resultaba muy incómoda, pues no entendía cómo una empleada podía ser tan irrespetuosa con su jefe. Los dos estaban furiosos, y ella era una invitada en esa pequeña reunión, y no sabía dónde meterse.

—¡No, claro que no! —contestó Verónica—. Siempre y cuando no te metas en mi vida e intentes acapararlo todo. ¿Creías que no me iba a enterar?

—¡Vaya, veo que ha tardado poco en irte con el cuento!

La joven se apartó de Alexia y se acercó a él, apoyando las manos en la mesa.

—¿Qué esperabas? ¿Acaso no hizo lo que tú le pediste? —lo increpó; en ese momento era ella la que echaba chispas por los ojos—. Me llamó para decirme que, quizá, lo mejor sería aplazar la boda un poco más, pues estaba preocupado por ti. ¡No me gusta que lo manipules! —le gritó.

—¡Eso no es cierto! —intentó defenderse él, molesto, levantándose de la silla.

—¿Ah, no? ¿Tú cómo lo llamarías entonces?

—Una conversación de hombres. Fuimos a tomar unas cervezas y...

—¡No voy a aplazar mi boda otra vez por ti! —le advirtió, cada vez más enfadada.

—Sólo le dije que unos días más. ¿Es tanto pedir después de todos estos años que hemos trabajado juntos? —preguntó bajando la voz y con un extraño brillo en los ojos.

Alexia se quedó sorprendida cuando Verónica rodeó la mesa y se acercó a él, para abrazarlo y darle un beso en la mejilla.

—Yo también te voy a echar de menos, Martín —le confesó casi en un susurro—. Eres mi mejor amigo y te quiero mucho, pero... por favor, hazte ya a la idea de que me voy a ir.

Él también la abrazó y, suspirando, apoyó su barbilla en la coronilla de ella. Estaba claro que esos dos eran amigos, además de jefe y empleada. Si antes Alexia estaba incómoda por la discusión que estaban manteniendo, en ese instante lo estaba más todavía, ya que estaba siendo testigo de un momento íntimo entre dos amigos, y se sentía totalmente fuera de lugar.

—Lo sé... lo sé, pero no puedo evitarlo. Estoy siendo muy egoísta, ¿verdad? —le preguntó mirándola con ojos de cordero.

Aprovechó ese instante para carraspear y obtener la atención de ambos.

—Quizá lo mejor sea que les deje hablar a solas y vuelva en otro momento.

La mujer fue la primera en hablar, separándose de Martín y acercándose a ella para volver a enganchar su brazo.

—Lo siento mucho, Alexia. Te puedo llamar Alexia, ¿no es así?

—Sí, por supuesto.

—Siento que hayas tenido que presenciar esta escena tan desagradable, pero enseguida te darás cuenta de que Martín es un hombre algo... difícil de tratar. ¡No me malinterpretes! —añadió cuando su jefe soltó un bufido y se cruzó de brazos—. Yo lo quiero mucho —aclaró mirando al actor, que puso los ojos en blanco—. Es un hombre encantador, leal, honesto, pero... está acostumbrado a salirse siempre con la suya y, cuando no lo consigue, se vuelve insoportable.

—Bien, ahora que ya has acabado de ponerme en evidencia delante de extraños —apuntó él volviéndose a sentar ante su portátil—, creo que ya es hora de que le enseñes a la señorita Montero la casa, le presentes a los demás empleados y le indiques cuáles serán a partir de ahora sus funciones.

—¡Claro, patrón, lo que usted mande! —contestó con sorna.

Las dos se dirigían hacia la puerta, para salir de allí con mucho alivio por parte de Alexia, cuando fueron interrumpidas por su jefe.

—Y... señorita Montero...

—¿Sí? —contestó ésta, volviéndose.

—Espero que no haga caso de nada de lo que le diga respecto a mí... —sugirió moviendo la mano de forma despectiva hacia la otra mujer—... esta... esta desubicada.

Verónica le enseñó el resto de la mansión y le explicó que en la planta alta estaban las habitaciones de Martín, las de su hijo y la de los invitados. En la planta baja había una sala de estar, a la que le había echado un breve vistazo antes, cuando había ido detrás de Pedro. Era muy acogedora, igual que el resto de la casa, y lo que más le gustaba era la chimenea de gas, una pieza central de la habitación. Al lado estaba el comedor, presidido por una enorme mesa de madera maciza, y en la misma planta había un baño para invitados, el despacho y la cocina.

Cuando llegaron a esta última, se encontraron con dos mujeres que estaban sentadas a una mesa, tomando un café. Verónica se las presentó como Justina, la chica que limpiaba y mantenía el orden, y Soledad, la cocinera, aunque también ayudaba a su compañera en algunas tareas menores.

—Encantada de conocerlos —dijo Alexia nerviosa, ya que quería caerles bien, pues vivirían bajo el mismo techo.

—Igualmente —dijeron las dos al unísono.

—Y después está Pedro —continuó explicando Verónica—, que es el guarda de seguridad y hace a veces de chófer, pero a él ya lo conoces. Es el único que no vive aquí; cuando llegan las diez de la noche, se va a casa, con sus hijos y su mujer.

Alexia asintió con la cabeza.

—¿Quieres tomar un café? —le preguntó la cocinera.

—Sí, gracias, eres muy amable.

—¿No eres de aquí, verdad? —le preguntó Justina mientras se sentaban a la mesa y la otra mujer le servía el café.

—No, no soy de aquí. Soy española.

—¿De qué parte de España? —quiso saber Soledad—. Es que tengo familia allí.

—De Galicia, de una ciudad llamada Vigo.

—¡Ah, no!... Mi familia es de Sevilla.

—Yo tengo unos amigos que son sevillanos...

—¿De veras...?

Alexia estaba más tranquila, ya que las dos chicas enseguida le cayeron muy bien. Siguieron hablando y conociéndose un rato más, hasta que Verónica le comentó que lo mejor sería que le enseñara su cuarto y empezara a acomodar sus cosas.

Las estancias de los empleados estaban en los sótanos de la mansión, a las cuales se accedía a través de la cocina. En ella había tres puertas: una era la de la entrada; en el lateral izquierdo, había otra que daba al jardín, donde se encontraba la piscina climatizada y una parrilla para hacer asados, y en el lateral derecho estaba la última, por donde se accedía a la escalera que bajaba a los dormitorios de los empleados.

Las habitaciones del servicio eran espaciosas y cómodas. Tenían un baño con duchas para compartir y, en el espacio común de paso entre ellas, había una pequeña sala de estar, donde se veían dos sofás grandes, con una mesa de centro y una televisión encima de un aparador.

Aunque estaban debajo de la casa, eran muy luminosas y no daban sensación de claustrofobia.

—Te dejo que te pongas cómoda. Pedro seguramente te ha traído las maletas, así que... ¿qué te parece si nos vemos dentro de una hora? —le propuso Verónica.

—¡Genial!, me parece muy bien.

—¡Perfecto!, pues en la salita de estar en una hora. —A continuación se dio la vuelta y salió, dejándola sola en su habitación.

Se sentó en la cama y, con un suspiro, se tiró de espaldas en ella, fijando la vista en el techo. Pensó en todo lo que había pasado desde que había llegado a la casa, e inconscientemente se volvió a morder el labio, nerviosa, cuando se acordó de su jefe.

¡Era tan... tan guapo!

Capítulo 3

Alexia estaba sentada en una de las sillas de la mesa de desayuno del jardín; ya era de noche. Ese día habían terminado tarde de trabajar y estaba cansada, pero tenía la costumbre de quedarse un poco en ese lugar antes de irse a dormir. Como decía Sole, era «su rinconcito».

Le gustaba estar allí. La relajaban los ruidos de los pájaros posados en los árboles, los grillos del jardín y las ranas que debía de tener algún vecino cercano en alguna charca. Le proporcionaba un ratito de soledad, y le daba tiempo de pensar en todas las cosas que habían ocurrido durante la jornada.

Habían pasado dos semanas desde que había llegado a esa casa, y habían sido una auténtica locura para ella. Verónica había estado a su lado en todo momento, y daba gracias a Dios por ello, porque no sabía cómo habría sobrevivido todo ese tiempo si no hubiese sido por su ayuda. Si Alexia había creído que su trabajo en España, como secretaria de dirección de una importante empresa de exportación e importación, había sido duro y estresante, a estas alturas estaba totalmente convencida de su error. Trabajar con Martín Ledesma era peor... mucho peor.

Sus herramientas de trabajo consistían en un portátil, una tableta de última generación y tres teléfonos móviles, para intercambiarlos cuando se les acababa la batería.

Durante esas dos semanas, recibió llamadas de importantes productores de televisión, de radio y de teatro, así como de periodistas, de empresas de publicidad y de algún director de cine. Le enviaban por *e-mail* borradores de guiones, preguntas de entrevistas e información sobre eventos e inauguraciones de locales en los que solicitaban que Martín asistiese para publicitarlos.

Verónica también le explicó qué periodistas o programas de televisión estaban «vetados» por su jefe, por amarillistas o por no ser honestos y haber publicado alguna noticia incierta sólo porque vendía más que la verdad. Le enseñó a ser amable con ellos, además de cómo desviar las preguntas que le hacían por teléfono para que afirmase o desmintiese algún supuesto romance que él estaba manteniendo con la actriz, cantante o modelo de turno.

En esos momentos, el actor estaba grabando una telenovela que se emitía en horario de máxima audiencia y que estaba resultando todo un éxito. Alexia lo acompañaba todos los días al foro de grabación, como allí lo llamaban. El trabajo de ella, aparte de todo lo anterior, también le exigía estar pendiente de las necesidades de él. Y entre grabaciones, ensayos y descansos, le hacía consultas para cuadrar la agenda y decidir a qué reuniones o eventos pensaba ir, qué entrevistas quería conceder...

En ocasiones las jornadas laborales en los platós eran maratonianas, podían durar

hasta doce o catorce horas, pero otras veces sólo tenían que ir a trabajar unas pocas horas por la mañana o por la tarde, dependiendo de las escenas que tuviesen programadas. Pero esas horas libres, tanto Verónica como ella las aprovechaban para seguir trabajando, ya que tenía mucha información que asimilar, por lo que muchas veces se iba a la cama sin cenar, exhausta y con el único deseo de poder dormir y descansar.

Durante esas dos semanas, entendió lo que le quiso decir su compañera cuando la advirtió de que, a partir de ese momento, su vida sería un infierno... pero lo peor de todo era que a Alexia... le gustaba.

Conoció a un montón de gente de lo más diversa: desde altos directivos, actores, directores, presentadores y productores hasta ayudantes de cámara, maquilladoras, peluqueras, regidores, ayudantes de vestuario y de sonido... y demás compañeros de profesión.

Ningún día era igual al anterior; no eran monótonos y soporíferos, como cuando cuadraba balances trimestrales, realizaba informes o levantaba actas de reuniones en su anterior trabajo. Le encantaba ver los entresijos que conllevaban una producción o una sesión de fotos, cómo se preparaban los actores para salir a escena y todo lo que ocurría a su alrededor. ¡Era apasionante!

Ese día había sido el último de Vero, y Alexia se preguntaba si estaba preparada para llevar toda esa responsabilidad ella sola.

Tenía miedo.

Sí, miedo de no estar suficientemente preparada, miedo de cometer algún error. Todo era demasiado nuevo para ella: las costumbres, la forma de ser de los mexicanos... Temía no estar a la altura. Tenía miedo de él.

A pesar de todas las horas que habían trabajado juntos, Martín, aunque educado, siempre había sido frío y distante con ella. Cuando Alexia estaba cerca de Martín, no podía evitarlo, se ponía muy nerviosa, pues la intimidaba. Y él muchas veces no tenía la suficiente paciencia como para tranquilizarla y darle la confianza que ella necesitaba. Sabía que no quería que Verónica se fuera, se lo había oído decir varias veces y encima había intentado convencerla para que no lo hiciera. Y eso hacía que a ella le surgieran aún más inseguridades. Entendía que no era nada personal, pero no por eso resultaba más fácil de llevar. Y, aunque su compañera le había repetido que era normal la ansiedad que sentía, también le aseguró que, en cuanto lo controlara, todo sería mucho más sencillo.

Pero ella seguía teniendo miedo de fallarle, de meter la pata y que la echara con cajas destempladas. No sólo temía fallarle a él, sino, lo más importante, fallarse a sí misma.

—¿Álex? —la llamó Verónica.

Ésta se sobresaltó, pues estaba tan ensimismada en sus pensamientos que no la había oído llegar.

—Lo siento, no quería asustarte.

—Tranquila, estaba algo distraída —la disculpó sonriendo, mientras ella se sentaba en una silla a su lado.

—He venido para despedirme.

Se hizo un silencio entre las dos. Alexia había estado temiendo ese momento todo el día.

—Vero, antes de nada, quería darte las gracias por todo lo que has hecho por mí. Sinceramente, no sé cómo habría podido... —Se calló abruptamente, pues no pudo seguir.

Se le hizo un nudo en la garganta y se le empañaron los ojos, así que giró la cabeza, para que no la viera llorar.

La mujer se acercó a ella y agarró su mano.

—Sé lo que estás sintiendo en estos momentos, porque a mí me pasó exactamente lo mismo. Cuando hace tres años empecé a trabajar para Martín, los primeros días estaba aterrorizada; estuve a punto de irme y abandonarlo todo unas cuantas veces.

—¡Fíjate qué casualidad! Estaba pensando en hacer exactamente lo mismo —le confesó mientras se mordía el labio, nerviosa.

Verónica se echó a reír, pero paró en seco cuando vio la cara de preocupación de Alexia.

—¡No, no, no! ¡Ni se te ocurra!

—¡No estoy preparada, Vero! Voy a meter la pata hasta el fondo. ¡Estoy segura! Además, a Martín no le caigo bien, estoy completamente convencida de que me odia.

—Eso no es cierto.

—¿Que no es cierto? —Se rió con amargura, soltando su mano y pasándosela por el pelo—. Prácticamente no me habla, sólo se dirige a mí cuando es estrictamente necesario. Lo he oído más de una vez pedirte, ¡no!, rogarte que no te fueras. Dime, ¿qué quieres que piense?

—Escucha: sé que Martín a veces es difícil. Es terco y muy cabezota, pero te aseguro que, cuando lo conozcas mejor, vas a cambiar de opinión. Es sólo que le cuestan los cambios. Y él... bueno... no lleva bien que lo abandonen.

—¿Que lo abandonen? —inquirió extrañada, mirándola directamente a los ojos—. ¿De qué estamos hablando, Vero? Martín no es ningún perrito abandonado.

—Lo sé... —declaró ésta mirando al suelo... lo que pasa es que resulta algo difícil de explicar, y a mí no me corresponde hacerlo.

Alexia le hizo un gesto de interrogación con los ojos, indicándole que no la estaba entendiendo, pero se dio cuenta de que no iba a contarle nada más.

—Lo que pienso —continuó— es que es demasiado controlador, y yo no creo estar preparada para volver a pasar por lo mismo.

—¿A qué te refieres?

No respondió. ¿Cómo explicarle el infierno que había vivido antes de venir aquí? Aún le dolía pensar en ello.

Sacudiendo la cabeza en un intento por espantar los fantasmas del pasado, se

levantó de la silla y se abrazó el cuerpo. Miró al cielo y exhaló aire, procurando que su voz no temblara debido a la tristeza y el dolor.

—No importa. Lo único que sé es que esto no va a salir bien.

Su compañera también se incorporó, y luego tocó con la mano su brazo para tranquilizarla.

—Escúchame: hace poco que te conozco, pero te he visto trabajar y te puedo asegurar que estás totalmente preparada para ello. Te has integrado a la perfección, te llevas bien con todo el equipo de la telenovela... He visto cómo has manejado a tu antojo a los periodistas más incordiantes y cómo has tratado con directivos déspotas y arrogantes... y cómo les has pateado el culo a todos ellos... pero, eso sí, siempre con tu mejor sonrisa.

Alexia no pudo evitar sonreír.

—Es más, si te soy del todo honesta, he pensado que menos mal que me voy de este negocio, si no... tú serías una rival muy fuerte.

—No digas tonterías, tengo mucho que aprender todavía.

—Es cierto, pero te tienes que dar la oportunidad y, si abandonas nada más empezar, no podrás hacerlo. He visto pasión en ti y eso no lo tiene todo el mundo.

—Tengo que admitir que, a pesar de toda la locura y de los nervios de estas dos semanas, me lo he pasado de fábula.

—Lo sé.

—Pero Martín...

—Martín es un hombre de carne y hueso, Álex... —la interrumpió—, y no muerde. Hasta ahora, lo que ha estado haciendo ha sido para molestarme a mí, para hacerme sentir culpable por irme.

—Eso es muy egoísta.

—Ahora no lo entiendes, pero con el tiempo lo harás. Tu jefe es todo fachada, y hay poca gente que ha conseguido atravesarla. Sin embargo, cuando lo haces... cuando te deja entrar, te conviertes en su familia y eso es algo muy importante para él. Tienes que aprender a manejarlo, y la única forma es que no te dejes intimidar.

—No sé...

—De todos modos, yo estaré ahí siempre que me necesites —la cortó—. Sólo tienes que llamarme si tienes alguna duda o no sabes cómo resolver una situación. Y si Martín se pone insoportable, vendré y le daré tal tirón de orejas que se sentirá aliviado de que ya no trabaje para él.

No pudo evitar soltar una carcajada al ver la cara de malévola que puso su compañera mientras hacía el típico gesto de los mafiosos: pasarse el dedo horizontalmente por el cuello, como si se lo rebanara. Luego la abrazó.

—Gracias.

—No tienes que dárme las —dijo ésta devolviéndole el abrazo—. ¡No sabes el peso que me quitas de encima!

—¿Por qué?

—Porque ahora sé que queda en buenas manos.

Apartándola un instante, añadió, mortalmente seria, mientras la miraba directamente a los ojos:

—Pero también te advierto de que, si lo traicionas o le haces daño de alguna manera, te las tendrás que ver conmigo... y eso es algo que no te recomiendo.

Supo que lo que estaba diciendo era verdad. Verónica era una leona entre tanto tiburón, y defendería a su familia por encima de todo. Y, por mucho que despotricase y se quejara de él, lo quería muchísimo, y eso era suficiente para que, si tenía que enseñar las uñas, lo hiciera, golpeando más fuerte que nadie.

—¿Sabes? En este momento lo envidio mucho.

—¿Por qué?

—Por tenerte como amiga.

—Bueno, corazón, eso tiene fácil solución —le dijo mientras se enganchaba a su brazo y volvían caminando hacia la casa.

—¿Ah, sí?

—¡Claro! Sólo tienes que invitarme a una buena tortilla española, o a una deliciosa paella, y seré tu amiga para siempre.

Alexia no pudo evitar reírse.

—Eso está hecho.

Capítulo 4

Al día siguiente, Alexia se levantó temprano. No había podido dormir mucho esa noche, pues estaba demasiado inquieta. Cansada de dar vueltas en la cama, decidió subir a la cocina para tomarse un café. Cuando Soledad apareció por la puerta, se asustó, pues no esperaba verla allí tan temprano.

—¡Dios mío! —exclamó la cocinera con una mano apretada contra el pecho—. ¿Quieres matarme de un susto?

—¡Buenos días a ti también! —respondió antes de dar un sorbo a su café.

—¿Qué haces levantada tan pronto y a oscuras? —le preguntó Sole mientras encendía la luz y se ponía el delantal.

—No podía dormir.

—¿Por qué?

—Nada, cosas del trabajo. ¿Y tú?, ¿qué haces levantada a estas horas?

—Tengo que hacer la compra en el mercado. Quiero hacerle unos *tamales* a Lucas, que sé que le encantan, pero antes quería pasar por la casa de mi abuela para ver qué tal está —contestó mientras se servía un café para ella.

—¿Lucas?

—Sí, el hijo del *patrón*. Llega mañana, ¿no? —le inquirió mientras se sentaba a la mesa con ella y probaba el líquido caliente y amargo que se había servido.

—Sí... sí, es verdad, ya no me acordaba —contestó Alexia, que con tantas cosas en la cabeza se había olvidado de la llegada del pequeño—. Tenemos que recogerlo mañana por la tarde en el aeropuerto.

—¡Tengo unas ganas de verlo!

—¿Te llevas bien con él? —demandó, intrigada, para luego volver a tomar un sorbo de su taza y así no mirar directamente a su compañera.

No quería que se diera cuenta de que tenía mucha curiosidad.

—Sí, es un niño encantador; nos trae a todos locos.

—¿Cuánto tiempo suele quedarse?

—No te entiendo —manifestó la cocinera frunciendo el ceño en un gesto de extrañeza.

—Bueno... me refiero a que, cuando viene de visita a México para estar con su padre, ¿cuánto tiempo se suele quedar?

—¡Ah... no! —Se rió—. Lucas vive aquí, en esta casa, con nosotros.

—Yo... no lo sabía. Como viene de Venezuela, pensé que vivía allí con su madre.

—No, nada de eso. ¿Con su madre...? —Sole se rió sólo de pensarlo—. Esa mujer tiene el mismo instinto maternal que una tarántula.

—¿Por qué lo dices? —preguntó sorprendida.

Sole giró la cabeza hacia la puerta de la cocina, por si venía alguien y podía

escucharlas. Al comprobar que no era así, se quedó observando a Alexia, sopesando si podía confiar en ella o no.

—Tranquila, tengo firmado un contrato de confidencialidad. Nada de lo que me digas saldrá de aquí —le explicó al darse cuenta de sus dudas.

Soledad sonrió, por lo visto eso era suficiente para despejar su indecisión, y, acercándose a ella, le susurró:

—Pues porque, al poco de tener a Lucas, esa mujer se fue y no quiso saber nada del niño. Es más, estoy segura de que el tiempo que el crío ha estado allá se lo ha pasado con los abuelos y a la madre ni la ha visto.

—¡No puede ser!

Alexia estaba horrorizada. ¿Qué madre podía hacer eso? Le parecía inconcebible semejante actitud. Ella no tenía hijos, pero sí dos sobrinos a los que amaba con locura. Sólo de pensar que les pudiera pasar algo, se le encogía el corazón...

«Imagínate lo que sentiría por un hijo propio.»

—Por lo que contó el pequeño las últimas veces que fue, a la madre la había visto un día o dos como mucho, y el resto del tiempo había estado con sus abuelos maternos.

—¿Y Martín lo sabe? —preguntó Alexia atónita.

—Sí. La primera vez que el niño viajó a Venezuela para estar con su madre, lo llevó el patrón y, cuando se dio cuenta de que ella no tenía ningún interés en verlo, se lo quiso traer inmediatamente para México, pero los abuelos le suplicaron que les dejara ver a su nieto —le aclaró.

—¡Dios mío! —exclamó sobrecogida.

—Al principio, el jefe fue reacio a ello —prosiguió Sole—, pero al final accedió a que los abuelos pasaran la tarde con el pequeño, pero con la condición de que tenía que estar él presente. Por lo visto, estuvieron pendientes de él en todo momento, y no dejaron de darle besos y hacerle arrumacos. Antes de irse, le pidieron que no se lo llevara, que les dejara estar con el crío unos pocos días más. Al parecer ellos desaprobaban la actitud de su hija, y Lucas era su nieto... por tanto, tenían todo el derecho a estar con él como abuelos suyos que eran.

—Y Martín accedió —supuso ella.

—Al principio, no.

—¿Qué? —exclamó pasmada—. ¡Pero si son sus abuelos!

—Sí, pero comprende que, para el patrón, eran dos extraños, y él no estaba dispuesto a dejar a su hijo solo con ellos.

—No entiendo —musitó confusa—. ¿Martín no conocía a sus suegros?

—No... él y la madre de Lucas no se llegaron a casar. El asunto —siguió sin explicarle más— es que, antes de traerse al niño para casa, los abuelos amenazaron al patrón, diciéndole que ellos tenían derecho a ver a su nieto y que él no podía impedirselo. Lo amenazaron con que, si lo hacía, no les quedaría más remedio que acudir a los tribunales. Así que Martín les dijo que, si realmente tenían interés en

conocer a Lucas, tendrían que desplazarse ellos a México, ya que su hijo era demasiado pequeño para viajar solo, y que solamente podrían verlo estando él presente.

En ese momento, la cocinera recogió las tazas de café, que ya habían terminado, y las llevó al fregadero. Después de servir dos vasos de zumo de piña, volvió a sentarse a la mesa y siguió su relato.

—Los abuelos aceptaron las condiciones y viajaban cada vez que podían. Con el tiempo, el patrón accedió a llevarlo él mismo a su país, para que el crío pudiera verlos más a menudo. Aceptó que ellos no tenían la culpa de lo que hacía su hija, y que sentían verdadera adoración por su nieto. Éste es el primer año que lo ha dejado con sus abuelos en Venezuela unas semanas sin estar él presente.

—¡Pobre niño! —murmuró Alexia.

Sole iba a añadir algo, pero en ese momento entró Justina y dejaron la conversación. Después de charlar un rato más las tres, Alexia se excusó diciendo que ya era tarde y tenía que darse una ducha antes de salir a trabajar.

Mientras se preparaba, no dejó de darle vueltas a lo que le había contado su compañera en la cocina. ¿Cómo podía ser que una madre hiciera algo así? ¿Qué clase de mujer tenía que ser para que, después de llevar a un hijo en su seno, se deshiciera de él como si fuera basura? Tener un hijo era lo más hermoso que te podía dar la vida, el amor más puro y verdadero que podía existir.

«¡Un hijo! —pensó—. ¡Un hijo de Martín sería lo más maravilloso del mundo!»

Al instante se dio cuenta de lo que había pensado y se recriminó mentalmente por soñar con algo que, evidentemente, nunca le iba a suceder en la vida. Se riñó por hacerse ilusiones, pues ese hombre, claramente, ni se paraba a mirarla. Para él, como mujer, era igual a... nada.

Alexia meditó sobre las mujeres que se le acercaban todos los días: modelos, actrices, presentadoras de televisión... Jóvenes impresionantes que se peleaban por obtener su atención. Cuando alguna lo lograba y quedaba con ella para cenar o la invitaba a algún evento, Alexia pensaba que tenían muy poquita dignidad por ir detrás de un hombre de esa manera tan obvia. Sólo les faltaba llevar un cartel pegado en la frente en el que pusiera «Vale para lo que quieras».

Sin embargo, aunque no quisiera reconocerlo, en el fondo se moría de envidia.

—¡Eres una tonta! —se dijo en voz alta—. Tendrías que volver a nacer con un cuerpo de infarto y una cara preciosa para tan siquiera tener la oportunidad de que se dirigiera a ti. ¡Eso, o gastarte una fortuna en cirugía estética!

Antes de salir por la puerta de su habitación, se volvió a mirar en el espejo, sólo para confirmar que en ese poco tiempo no se había producido un milagro, y que seguía teniendo la misma cara y el mismo cuerpo de siempre.

—¡Lástima, todavía sigo siendo la misma! —observó mientras salía corriendo de la habitación para encontrarse con él en la puerta principal de la casa, lista para ir a trabajar.

Cuando Martín bajó la escalera, Alexia ya lo estaba esperando y frunció el ceño inconscientemente. A pesar de ese par de semanas trabajando juntos, todavía no se acostumbraba a su presencia, y había algo en ella que lo incomodaba, aunque no sabía qué era, cosa que le fastidiaba todavía más.

No podía decir nada malo de ella. Bueno, si ignoraba su pésimo gusto al vestir y esa maldita manía de morderse el labio inferior. Por lo demás, tanto su trabajo como su comportamiento habían sido impecables. Tenía muchas cosas que pulir, pero la verdad era que se había quedado impresionado. Para no haber trabajado nunca en el medio, se desenvolvía muy bien, y lo hacía mucho mejor que otros que llevaban años ejerciendo. Era extremadamente educada con todo el mundo, daba igual que fuera un importante productor de teatro o el chico de los recados. Tenía una paciencia infinita, y al final casi siempre conseguía lo que quería. Había observado que, cuando llegaban al foro donde grababan la telenovela, todo el mundo la saludaba, y ella les correspondía siempre con una sonrisa. Se la notaba relajada y a gusto con todos... menos con él.

Cuando estaban juntos, había una tensión que no sabía explicar. Ciertamente era que él no se lo había puesto demasiado fácil tampoco: había estado frío y distante con ella a propósito, incluso a veces algo déspota, pero lo había hecho con la esperanza de que se fuera, y así tener la excusa perfecta para que Verónica no lo dejara. En el fondo sabía que estaba siendo egoísta, tanto con Verónica como con ella, que no se lo merecía, pero no podía evitarlo. Se había autoconvencido de que lo mejor era no volver a mantener lazos sentimentales con las personas que trabajaban para él, ya que al final siempre se iban. Pero la tensión no era sólo de incomodidad, había algo más, algo que Martín no podía definir. Lo único que sabía era que, cuando estaban juntos, era demasiado consciente de su presencia, y esa sensación le desagradaba.

—¿Pedro tiene preparado el coche? —le preguntó mientras se acababa de poner la americana.

—Sí, ya está dispuesto y esperando. Cuando quiera, podemos irnos —le contestó Alexia mientras apagaba la tableta que había estado usando y la guardaba en el maletín.

Salieron por la puerta y, efectivamente, el guarda estaba al lado del vehículo, que se encontraba aparcado justo delante, listo para llevarlos.

—Hoy llevo yo el coche, Pedro, me apetece conducir —le indicó mientras le quitaba las llaves de la mano.

—Muy bien, patrón, como usted diga. ¿Quiere que haga algo en especial? —le preguntó.

—No, lo de siempre. Controla que todo esté bien y si Soledad o Justina necesitan algo.

—Sí, señor. ¡Que pasen un buen día!

—Gracias —respondió subiéndose al vehículo.

—Gracias, Pedro, igualmente —contestó Alexia, y el guarda asintió con la cabeza.

Martín arrancó el coche y salieron a la carretera, produciéndose un silencio incómodo entre ambos. Era la primera vez que estaban los dos solos, sin contar aquel breve espacio de tiempo que pasaron en el despacho el día que ella llegó a su casa. Siempre había habido alguien cerca, por lo general Verónica o los compañeros en el foro.

Alexia tragó saliva con esfuerzo y se puso a buscar el móvil y los auriculares del manos libres en el maletín, a modo de excusa para que no notara lo nerviosa que estaba, mientras se mordía el labio inconscientemente.

Martín la miró de reojo.

—¿Estás bien? —le preguntó, y apretó los dientes.

Era lo único que se le había ocurrido para romper ese incómodo momento, y se enfadó consigo mismo. No entendía por qué demonios no podía mantener una conversación normal con ella. Con las demás mujeres era algo que hacía de forma tan natural como respirar, pero con ella le costaba.

—Sí, perfectamente —le dijo mientras intentaba conectar el manos libres al teléfono.

Pero le temblaban tanto las manos que le estaba costando un poco de esfuerzo; los cables se habían liado y no era capaz de desenrollarlos.

Él volvió a mirarla de reojo y observó cómo se peleaba con el teléfono y los cables de los auriculares.

—¿Estás segura?

Ella se dio cuenta de que la había visto y decidió ser sincera.

—Quizá estoy un poco nerviosa —confesó.

—¿Por qué?

—Bueno... hoy es el primer día que no está Verónica, y tengo miedo a meter la pata.

—Tranquila —la animó mientras se incorporaba al tráfico infernal de Ciudad de México—. Lo vas a hacer muy bien.

Alexia lo miró extrañada; era la primera vez que le decía algo meramente agradable.

—Eso espero.

—De todas formas, si tienes algún tipo de duda, ven a hablar conmigo antes.

—¡Oh!... claro —balbuceó.

Estaba tan asombrada que se quedó observándolo con la boca abierta y su mente se dispersó.

¡Estaba tan guapo, el condenado!

Llevaba unos pantalones vaqueros y una camisa azul con rayas blancas que se le adhería al cuerpo perfectamente, a juego con una americana azul marino. Se quedó mirando los tres primeros botones de la camisa, que estaban abiertos... dejaban

entrever un poco de la piel del pecho, y deseó poder rozarla con las yemas de sus dedos. Cuando él se volvió hacia ella, giró la cabeza rápidamente hacia la ventanilla, simulando que observaba los coches que pasaban por su lado.

—¿Qué tenemos hoy en la agenda? —preguntó Martín.

—Ejem... —carraspeó volviendo a la realidad, ruborizándose porque casi la había pillado en un momento tan bochornoso—. Hoy sólo tenemos grabación en el foro, por la mañana y por la tarde.

—¿Hablaste con la agencia Desires & Lies?

—Sí. Están dispuestos a cambiar la fecha de la sesión de fotos para el sábado 22 de marzo, pero siguen queriendo que vaya a Nueva York, en eso son inflexibles, así que les dije que primero tenía que consultarlo con usted.

—Está bien, no te preocupes —contestó—. Y... Alexia... no hace falta que me hables con tanta formalidad, puedes tutearme.

—¡Oh!, de acuerdo, lo intentaré —dijo sonriéndole sin poder evitarlo.

«¡Vaya! Parece que el día, después de todo, no será tan malo», pensó la asistente.

—¿Puedo preguntarle...? Perdón —se corrigió—. ¿Puedo preguntarte por qué no quieres ir a Nueva York? Debe de ser una ciudad preciosa.

Él giró el volante del coche para rodear una rotonda.

—¿Nunca has ido? —quiso saber mientras se incorporaba a una nueva calle.

—No.

—Pues, aunque la ciudad me encanta, en esta época no me apetece ir porque no me gusta el frío... y te puedo asegurar que, en invierno, allí hace un frío de mil demonios; seguro que en estos momentos está totalmente nevado —le explicó.

A ella, que no estaba acostumbrada a la nieve, le pareció que sería fantástico poder visitarla estando la ciudad bajo un manto blanco. No le importaría nada pasar algo de frío, si con ello podía disfrutar de esa mágica metrópoli.

—Pues a mí no me molestaría en absoluto; tiene que ser increíble poder patinar en sitios tan emblemáticos como Central Park. Me encantaría hacerlo —confesó soñadoramente.

—Ésa es una idea muy romántica, seguro que la has sacado de un montón de películas cursis americanas —le insinuó esbozando una sonrisa.

Al hacerlo, se le marcaron los hoyuelos, y Alexia no pudo evitar fijarse en su boca.

—Puede ser —murmuró mortificada y desvió la mirada hacia delante—. Entonces... ¿qué quieres que les conteste cuando los llame?

—Diles que sí —respondió suspirando, mientras se paraban en un semáforo.

—Humm... Y yo... ¿tendré que ir? —demandó inquieta mientras se mordía el labio.

«¡Por favor, di que sí!... ¡Di que sí!», rezó.

—Sí, por supuesto —le comunicó, extrañado por la pregunta—. Pensé que te había quedado claro que, en los viajes de trabajo, tendrás que acompañarme, y, por lo

que he notado, éste te hace especial ilusión.

—Sí, lo sé. Pero... bueno... como coincide en un fin de semana, no sabía si... preferirías ir acompañado por... humm... por otra persona —declaró mirando al frente y fijando su vista en la gente que cruzaba el paso de cebra.

Se sentía tan incómoda haciendo esa clase de preguntas que, sin poder evitarlo, se había ruborizado. No quería que él se diera cuenta, aunque su curiosidad fuera más fuerte que la vergüenza. Por otro lado, Alexia se excusaba diciéndose a sí misma que era su trabajo saber ese tipo de cosas.

Martín giró la cabeza para mirarla, y se quedó observando cómo se mordía el labio inferior. Esos labios cada vez le parecían más bonitos, casi podría decir que le parecían *sexis*. Eran carnosos, pero no excesivamente grandes, y tenían un tono rosado más fuerte de lo que normalmente estaba acostumbrado a ver. Parecía que los llevara pintados, pero, para su sorpresa, era su tono natural, y lo sabía porque, con tanto mordisqueo, el *gloss* que se solía aplicar había desaparecido hacía rato.

Un coche tocó el claxon, devolviéndolo a la realidad, y arrancó el vehículo, pues el semáforo ya estaba en verde.

—Cuando vaya a ir acompañado por otra persona, ten la seguridad de que te lo haré saber —le contestó de forma brusca, enfadado consigo mismo por andar pensando en los *sexis* labios de su asistente personal.

Ella lo miró de reojo, confusa por el tono rudo con el que le había contestado, y supuso que le había parecido mal la pregunta que le había planteado.

—Está bien —replicó dolida por el cambio de humor, y porque hubiera aparecido de nuevo el ambiente tenso entre los dos.

En ese instante sonó uno de sus móviles y, aliviada, se dio prisa en contestar. Esa llamada la tuvo ocupada el resto del camino, y dio gracias a Dios por ello.

Cuando llegaron, Martín, seguido por Alexia, se fue directamente a hablar con el director, para saber qué escenas tenía que grabar ese día. Luego se dirigieron a peluquería, para que lo peinaran y lo maquillaran. Mientras lo preparaban, Alexia conversó con María y Eva, dos de las chicas que trabajaban allí.

Después de que ambas le dieran ánimos por tratarse de su primer día de trabajo sin Verónica, y tras asegurarle que lo haría genial, estuvieron charlando sobre cosas intrascendentes. Cuando acabaron, se fueron a vestuario para que él se probara la ropa que usaría en las siguientes grabaciones, y luego se vistió con la que le tocaba ese día. Mientras lo hacía, el actor observó cómo Alexia hablaba y se reía con algo que le decía el ayudante de vestuario, que ni sabía cómo se llamaba. Advirtió que, cuando le susurraba algo que no quería que los demás escucharan, se acercaba a él y le tocaba el brazo, y se sintió algo molesto por la familiaridad que tenía con ese hombre.

Una vez vestido, estaba impaciente por salir de allí, y se fueron al *set* de grabación. Rápidamente buscó de nuevo al director y, junto con el técnico de sonido, el de iluminación y los guionistas, empezaron a discutir sobre cómo harían las tomas.

Primero las ensayarían, para que el sonido y la luz estuvieran perfectos, y después las grabarían.

Entre toma y toma había muchos tiempos muertos, que aprovechaba para ponerse al día con sus correos y llamadas personales a través de su móvil. También hablaba con Alexia, si ésta tenía algo importante que decirle o preguntarle referente a posibles y futuros proyectos. Y cuando ya nada de eso lo tenía ocupado, charlaba con los compañeros de reparto, con los que se llevaba bien.

Por lo general, Martín no solía tener problemas con los actores con los que acostumbraba a trabajar, pero siempre había alguno que otro que tenía el ego muy subido, e iba de divo o diva, generando tensiones con sus caprichos y rabieta, por lo que solía ser cortés pero distante con ellos.

Había pasado gran parte de la mañana y, mientras conversaba con Roberto Garrido, uno de los actores secundarios con los que ya había trabajado anteriormente y con quien tenía una cierta amistad, buscó con la mirada a Alexia. Ésta estaba hablando por teléfono, alejada de los técnicos para no molestar, en una esquina del set, para tener algo de privacidad y poder charlar cómodamente, pero lo suficientemente cerca como para acudir si él la necesitaba. Cuando acabó la conversación y sus miradas se encontraron, la llamó para que le trajera una botella de agua. Cuando se dirigía a él con la bebida en una mano e intentando guardar en el maletín la tableta con la otra, sin querer tropezó con un cable de una cámara de grabación que estaba cerca de Martín, por lo que, trastabillando, a punto estuvo de caer de bruces; lo hubiese hecho si no llega a ser porque él la sujetó a tiempo, evitando la caída con su propio cuerpo.

El actor volvió a sentir el mismo extraño hormigueo que notó la primera vez que la vio, cuando le estrechó la mano. En el instante en el que Alexia recuperó la estabilidad, la soltó bruscamente, como si su contacto lo quemara.

—¿Estás bien? —le preguntó Roberto agarrándola del codo, pues Martín se había quedado sin habla.

—Sí... sí... estoy bien —contestó mientras le ofrecía a su jefe la botella de agua que había pedido.

Éste la agarró con cuidado de no tocarla, casi como si fuera un arma nuclear a punto de estallar. Alexia estaba avergonzada, pues había estado a punto de caerse delante de todo el mundo, y sobre todo delante de él. Menos mal que al final no había pasado nada. Bueno, nada, nada... tampoco, porque también había sentido esa sacudida por todo el cuerpo cuando el actor la sujetó para evitar que se cayera. Todavía podía sentir la presión de sus manos allí donde la había tocado. Volviéndose hacia él, le dijo:

—Gracias por cogerme; he... he sido muy torpe, lo siento —se disculpó mientras se recomponía la ropa.

Martín se quedó blanco, y la gente que estaba más cerca y la había oído se calló de pronto.

—¿Qué has dicho? —preguntó con los labios apretados.

Alexia detuvo lo que estaba haciendo y levantó la cabeza para mirarlo a la cara al darse cuenta, por el tono de su voz, de que estaba molesto. Luego se giró para mirar a Roberto, al notar que éste se estaba aguantando las ganas de reír. Miraba a uno y a otro alternativamente, sin entender qué estaba pasando.

—Eh... ¿Que he sido... muy torpe?

—No, lo otro —masculló mientras sus ojos echaban chispas.

—¿Gracias por... cogerme? —añadió confundida.

En ese momento Roberto rompió a reír sin poder aguantarse más las ganas, igual que los que estaban alrededor y que la habían oído, aunque éstos lo hacían más disimuladamente. Martín abrió la boca para decirle algo, pero la volvió a cerrar, furioso, y se fue, dejándola sola con Roberto. Ella se volvió hacia el hombre que se estaba riendo con cara de total asombro, porque no entendía nada de lo que estaba pasando.

—¿Qué he dicho? —preguntó desconcertada.

A Roberto le volvió a dar otro ataque de hilaridad.

—Lo siento... —se excusó éste inspirando y expirando aire, para intentar tranquilizarse y dejar de reír.

—Pues a mí no me hace ni pizca de gracia —contestó irritada por ser el motivo de mofa sin saber por qué.

Roberto volvió a desternillarse sin poder evitarlo, y Alexia, enfadada, se dio la vuelta dispuesta a irse, pero el actor la sujetó del brazo para detenerla.

—Lo siento, de verdad —se disculpó mientras se secaba las lágrimas—. Han sido más las caras que habéis puesto los dos que lo que en realidad has dicho.

—¿Y me puedes explicar qué es lo que he dicho que resulte tan gracioso? —demandó molesta mientras ponía los brazos en jarras.

—Bueno... verás... —empezó a aclararle—... la palabra «coger», aquí en México, no significa lo mismo que en tu país. Por cierto, ¿de dónde eres? —quiso saber.

—Soy española.

—¡Claro, eso lo explica todo!

—¿Y qué significa la palabra «coger» aquí? —preguntó confundida.

Roberto se acercó a ella y le susurró al oído.

—Mantener relaciones sexuales.

—¡¿Qué?! —exclamó horrorizada—. Estás de broma, ¿verdad?

—No, lo siento. —Negó con la cabeza.

—¡Oh, Dios mío! —murmuró totalmente mortificada.

Alexia se quería morir. Miró a su alrededor con la sensación de que todo el mundo la estaba observando y riéndose de ella y, disculpándose de forma precipitada, dejó a Roberto solo, mientras ella corría para escapar de allí. Cuando llegó a los baños, entró en uno de los habitáculos y se encerró dentro; su corazón iba a mil por

hora.

«¡Dios mío, qué vergüenza!»

No podría volver a mirar a la cara a Martín, con razón se había enfadado tanto. Al final había metido la pata y hasta el fondo, como tanto había temido la noche anterior.

Tras flagelarse durante unos minutos, decidió que no podía seguir escondiéndose y que tenía que salir para dar la cara. Haciendo acopio de valor, salió de los baños y buscó a su jefe. Después de un buen rato, lo halló en un *set* cercano que simulaba ser el salón de una casa, sentado en un sofá.

Martín no sabía cuánto tiempo llevaba sentado allí; quería estar solo y había sido el mejor lugar que había encontrado para poder hacerlo.

Cuando llegó, estaba furioso.

Al principio creía que estaba enfadado con Alexia, por haberlo puesto en esa situación tan incómoda y convertirlo en el hazmerreír de todo el mundo. Estaba seguro de que, lo que había sucedido, correría por todo el foro como la pólvora, para ser la anécdota graciosa del día. Tendría que aguantar a más de uno burlándose de él... pero, después de pensar en lo que había ocurrido, y siendo totalmente honesto, reconoció que no estaba furioso con ella, sino consigo mismo. Entendió que su empleada, en el momento que pronunció la palabra «coger», al ser de otro país, no sabía lo que significaba allí en México, y que lo había dicho de la forma más inocente. Lo que realmente le molestó fueron todas las imágenes que habían pasado por su mente en cuanto ella la dijo. Se imaginó a sí mismo mordisqueando esos labios, besándolos, succionándolos, bebiendo de ellos, introduciendo su lengua en su boca y enroscándola con la de ella...

«¡Maldita sea! ¿En qué demonios estaba pensando? —se recriminó mentalmente—. ¡Es mi asistente personal, por Dios!»

Lo peor de todo era que ni tan siquiera le gustaba. Como mujer no era su tipo en absoluto; él estaba acostumbrado a otra clase de féminas... jóvenes hermosas y sensuales, que no tenían ningún miedo de mostrar su cuerpo y sus encantos. Algo que su asistente no hacía, pues se escondía debajo de esas ropas que no la favorecían lo más mínimo.

Y lo más importante de todo era que él, en todos estos años, nunca... jamás había mantenido ningún tipo de relación sentimental con ninguna de sus empleadas. Incluso había despedido a más de una por insinuársele descaradamente. Y lo peor era que Alexia no había hecho nada para tentarlo... ni para provocar que su imaginación se desbocara de esa manera.

Estaba frustrado y enojado consigo mismo, y arrepentido de la actitud infantil con la que había actuado, saliendo furioso del *set* y dejándola sola con Roberto. Seguramente estaría confusa por su forma de actuar, al no entender qué era lo que había sucedido.

En ese momento sintió su presencia, como siempre le ocurría cuando ella estaba cerca; eso era algo que tampoco se podía explicar y que lo confundía. Observó cómo se acercaba despacio, con cautela, retorciéndose las manos y mordiéndose el labio inferior. Martín desvió la mirada y se pasó las manos por el pelo de forma impaciente.

—Martín... yo... —empezó a decir Alexia—... venía a... a disculparme. Siento mucho lo que ha pasado antes, yo no...

—No —la interrumpió—. El que se tiene que disculpar aquí soy yo —reconoció levantándose del sofá.

El actor se volvió a pasar las manos por el pelo de forma nerviosa.

—Lo siento, Alexia —se excusó mirándola a los ojos—. Sé que no actué correctamente. Entiendo que lo que dijiste, para ti, no significa lo mismo que para los demás que estábamos allí. No debí darle tanta importancia, ya que no la tiene, pues es una tontería. No sé qué me pasó.

—De todas formas, debería haberlo sabido —le dijo apenada—. Si esto hubiera sucedido delante de un importante directivo, hubiera sido muy bochornoso y lamentable. Lo siento mucho.

—No, discúlpame tú a mí, de verdad, y no le des mayor importancia. Vamos a hacer una cosa —le sugirió sonriendo—: Lo mejor es olvidar lo que ha pasado, ¿de acuerdo?

Ella asintió aliviada y le devolvió la sonrisa.

—Bien, pues volvamos al trabajo. Seguramente me estarán buscando —comentó mientras se dirigía nuevamente al set de grabación.

Alexia lo siguió, totalmente desconcertada. En el baño, mientras pensaba angustiada cuál sería la mejor manera de disculparse con él, se había imaginado infinidad de posibilidades, pero ninguna había acabado así. En su mente, se había visto cargando sus maletas y saliendo de su casa de forma precipitada; jamás hubiera adivinado que Martín acabaría disculpándose con ella. Con gran alivio, hizo lo que él le había sugerido y retomó sus obligaciones. Y aunque pudo observar alguna que otra sonrisa cómplice, se dio cuenta de que él tenía razón: al poco tiempo, la gente ya no se acordaba de lo que había pasado. Todo había quedado en una simple anécdota.

Llegó la hora del almuerzo y, después de escoger la comida del *catering* y colocarla en su bandeja, se encaminó, como siempre, a un rincón del comedor donde todos los días comía con Eva y María, las chicas de peluquería y maquillaje, y con Mauro, el ayudante de vestuario.

Aunque se llevaba bien con todo el mundo, con ellos tenía un *feeling* especial. Desde el primer día, cuando Verónica se los presentó, la habían tratado como a una más, haciéndola sentir cómoda y a gusto en su compañía.

—Alexia, cariño, tengo que hablar contigo muy seriamente —le dijo Mauro en cuanto se sentó a la mesa.

—Me estás asustando, ¿ha pasado algo malo? —preguntó preocupada.

—¿Algo malo?... No... —contestó mientras con el dedo índice hacía círculos

señalando su cuerpo—... algo catastrófico.

Se miró la camisa y el pantalón que llevaba puestos, pensando que tendría alguna mancha o un roto producido durante el tropezón de antes. Cuando se cercioró de que todo estaba en perfecto orden, levantó la cabeza para mirar de forma interrogativa a Mauro, dando a entender que no sabía de qué le estaba hablando.

—¿A qué te refieres? —planteó finalmente.

—Álex, cariño... te lo digo con toda la buena intención, y espero que no te ofendas: tu ropa es... horrible.

—¿Perdona?

—Lo siento, querida, pero alguien tenía que decírtelo. Lo que sueles llevar puesto no te sienta bien.

Ella desvió la mirada hacia María y Eva, buscando un poco de apoyo femenino. Aunque Mauro era el ayudante de vestuario y le encantara la moda, ya que era su medio de vida, creía que estaba siendo algo exagerado sobre su estilo de vestir, pero las dos mujeres agacharon la cabeza en cuanto ella las miró.

—A mi ropa no le pasa nada, no seas exagerado —contestó sin querer darle mayor importancia.

—No estoy siendo exagerado, cielo. Es demasiado oscura para este clima, está algo desfasada, te hace parecer mayor y, como has adelgazado unos cuantos kilos, te queda demasiado grande.

—Estoy totalmente de acuerdo —secundó Roberto Garrido, el actor que había sido testigo de su anterior metedura de pata, mientras se sentaba a la mesa con ellos.

Al principio se sorprendió de verlo allí, al igual que las chicas y Mauro, pero después se enfadó. ¿Quién era él para opinar sobre su ropa? Que lo hiciera Mauro tenía un pase, pues, aunque le dolía, podía entenderlo, ya que lo consideraba su amigo... pero él no la conocía lo suficiente como para opinar al respecto. Alexia nunca le había dado demasiada importancia a la ropa, y sinceramente no creía que su vestuario estuviera tan mal.

—¿Y a ti quién te ha dado vela en este entierro? —espetó enojada.

¡No estaba teniendo un buen día; no, señor!

—Sólo estoy constatando algo que es evidente —afirmó sonriendo.

—Pues, si no me equivoco, nadie ha pedido tu opinión —soltó mientras lo veía llevarse el tenedor a la boca.

—Bueno... —contestó después de tragarse el bocado de comida—... Ésta te la regalo, pero, la siguiente, te la cobraré —se burló guiñándole un ojo.

Alexia se quedó con la boca abierta, al igual que sus amigos, aunque por diferentes motivos, y, agarrando sus cubiertos, se dispuso a comer ella también.

¡Ja!, no iba a permitir que se riera de nuevo de ella.

—Pues fíjate que no las necesito, y menos de alguien tan grosero que se ha reído en mi propia cara por un malentendido —le recriminó mientras le señalaba con su tenedor.

—*Touché!* —exclamó Roberto, todavía con la sonrisa en los labios—. Y es algo que vengo a subsanar, pidiéndote mis más humildes disculpas.

—No te creo. Si realmente tus disculpas fueran sinceras, no tendrías esa estúpida sonrisita en la cara.

—Vuestra amiga es un poquito rencorosa, ¿no? —preguntó dirigiéndose a sus compañeros.

Éstos estaban estupefactos y boquiabiertos al ser testigos de la pelea entre ellos dos.

—¿Qué malentendido? —inquirió Mauro después de acordarse de cerrar la boca, todavía asombrado de que uno de los actores estuviera sentado con ellos en la misma mesa.

—¡Oh... nada importante! Aquí, nuestra querida... perdona, ¿cuál es tu nombre? —preguntó dirigiéndose a ella.

—Alexia —contestó María cuando fue evidente que ésta no tenía intención de abrir la boca.

«¡Traidora!», pensó ella mentalmente, acusándola con los ojos.

—Pues nuestra querida amiga... Alexia —continuó, haciendo hincapié en su nombre— le dio las gracias a su jefe por tener relaciones sexuales con ella. Y lo hizo delante de todo el mundo.

—¿Qué?! —exclamaron todos a la vez.

Ella se atragantó con un trozo de lechuga de la ensalada que estaba comiendo.

—¡Eso no es cierto! ¡Cof... cof! —dijo medio ahogada por la tos.

—Sí, es cierto, yo estaba allí —explicó muy serio, mientras se reclinaba en la silla para darle golpecitos en la espalda.

—¡Diles la verdad! ¡Cof...! —le exigió mientras intentaba coger aire para no asfixiarse y se apartaba de malas formas para que no la siguiera golpeando en la espalda.

—Bueno, quizá ésas no fueran las palabras exactas —continuó, mientras doblaba los dedos índices y corazón de las dos manos, haciendo el gesto de las comillas—. Lo que le dijo fue: «Gracias por cogerme».

Tanto Mauro como las chicas empezaron a reírse.

—¿Qué?! —estalló Alexia—. Tropecé con un cable y estuve a punto de caerme de bruces; si no llega a ser porque él me cogi... me sujetó —rectificó en el último momento—, me hubiese hecho daño.

Los cuatro volvieron a reírse otra vez. Después de unos segundos, Alexia tuvo que reconocer que la situación había sido muy cómica, si lo veías desde fuera, así que, aunque intentó hacerse la digna, acabó riéndose ella también de la absurda escena que había tenido lugar entre ella y su jefe.

Roberto les escenificó a los demás las caras que habían puesto tanto ella como Martín, y éstos, entre risas, no podían más que sentir pena por la situación que había vivido.

Tras pasar el momento jocosos, el actor volvió a pedirle disculpas por haberse reído de ella de nuevo, y Alexia ya no estaba enfadada, así que le contestó que no se preocupara, que todo estaba bien.

—Pero lo que no te perdono es que te hayas metido con mi manera de vestir —lo riñó, dolida.

—Tienes razón, lo siento.

—¡Ah, no, eso sí que no! —saltó Mauro.

—Mauro, déjalo estar —intervino Eva en un intento de pararlo.

—Querida —empezó a decirle bajando la voz—: Quizá las formas no han sido las mejores, lo siento por la parte que me toca, pero no voy a parar hasta que te vengas conmigo y te lleve de compras —declaró mientras la miraba con cariño.

—¿Tan mal se me ve?

Era cierto que había adelgazado un poco debido a la gran cantidad de trabajo que había tenido, y los nervios que había sufrido esas últimas semanas le habían pasado factura. Era verdad que la ropa le quedaba un poquito ancha, pero no pensaba que fuera para tanto.

—Un poquito —le contestó guiñándole un ojo.

—A mí me encantaría ir con vosotros —se apuntó María, dando palmaditas con las manos, como una niña pequeña cuando recibe un regalo.

—Y a mí —añadió Eva, que no quería perderse la fiesta—. Es más: podemos quedar los cuatro y pasarnos el día de *shopping*. —De repente se dio cuenta de que también estaba Roberto—. Tú también puedes venir, si quieres. Puedo decir que sería un honor que lo hicieras.

Él se rió y les agradeció la oferta, pero confesó que, si iba, en cuanto la gente lo reconociera, no podrían dar un solo paso.

—¡Eh!, que todavía no he dicho que sí —les informó, simulando que se lo estaba pensando.

No pudo evitar reírse cuando vio la cara de Mauro, que puso los ojos en blanco. Tenía un poquito de dinero, no mucho, pero algo le quedaba... y pronto cobraría, así que decidió que era un buen momento para renovar su minúsculo fondo de armario.

—Está bien, iré —aceptó rindiéndose—. Pero todavía no sé cuándo voy a tener un hueco libre. Debo consultar la agenda de mi jefe, ya sabéis: su agenda es mi agenda —comentó irónicamente, mientras miraba hacia donde normalmente se sentaba Martín a comer.

Sus miradas se encontraron, ya que él también la estaba observando. Su ceño estaba fruncido, mientras Marta Salgado, una de las actrices de reparto, que tenía un papel minúsculo, le estaba hablando, y algo le debía de estar diciendo que no le estaba gustando. Esa mujer llevaba detrás de Martín desde que Alexia había empezado a trabajar para él. Coqueteaba con el actor descaradamente y, aunque éste nunca la había rechazado abiertamente, tampoco le había dado pie a nada, sólo se dejaba querer.

—Por eso no te preocupes. Podemos ir a Plaza Universidad, y a Centro Coyoacán, que abren los domingos —la informó Mauro, devolviéndola a la conversación.

—Vale, pues, en cuanto pueda, os llamo y quedamos todos.

—¡Perfecto! —exclamó María dando de nuevo palmaditas como una niña.

—Creo que le hace más ilusión a ella que a mí —apuntó Alexia riéndose.

Acabaron de almorzar y cada uno siguió haciendo su trabajo. La tarde transcurrió sin ningún incidente más, y Roberto, cuando no tenía que grabar y estaba esperando su turno, para no aburrirse, se acercaba a ella y charlaban un ratito. El resto del tiempo lo dedicó a atender las llamadas y los correos electrónicos, y a hacerse cargo de las demás tareas de las que se tenía que ocupar. Habló con su jefe un par de veces, para hacerle unas consultas y poco más, y luego se alegró cuando terminaron en el foro y volvieron a casa.

Durante el camino, prácticamente no hablaron. Cuando aparcaron el coche y se bajaron de él, aliviados de que se hubiera terminado el trayecto, cada uno se dirigió a su propia habitación.

Después de darse una larga ducha, Alexia subió a la cocina para cenar algo. Se alegró de ver tanto a Sole como a Justina, y les contó el malentendido que había tenido con Martín, pero esta vez ya de forma graciosa. Las chicas, al principio, se habían apenado por ella, pero después acabaron riéndose de la situación.

Como todos los días, antes de irse a la cama salió al jardín. Permaneció un rato sentada en la silla, con las piernas encogidas y pegadas al pecho. Intentó relajarse con los sonidos de los animales, pensando en todo lo que le había sucedido ese día... y no pudo evitar sonreír al recordar el momento en que Roberto se sentó a la mesa y les contó a sus amigos lo que le había pasado y, sobre todo, las caras que éstos habían puesto mientras se lo explicaba.

Algo más tarde, agotada después de no haber dormido casi nada la noche anterior, decidió que ya era hora de acostarse. Mientras caminaba por el jardín rumbo a la cocina, no pudo evitar levantar la vista hacia la habitación de Martín, pensando que ya estaría acostado o viendo la televisión. Lo que ella no se imaginaba era que él la había estado observando todo el tiempo, escondido en las sombras de su despacho, a oscuras.

Capítulo 5

A la mañana siguiente se levantaron temprano como siempre para ir a trabajar. Ese día era Pedro el que conducía, para llevarlos al foro de grabación. Iban los dos en el asiento de atrás, cada uno en un extremo, lo más alejados posible. Durante el trayecto, Alexia y Martín hablaron exclusivamente de trabajo y, cuando llegaron al set, siguieron la rutina habitual: primero hablar con el director de escena, después peluquería y maquillaje, vestuario y, de nuevo, concretar con el director, con los técnicos de sonido y los guionistas.

Esa mañana estaba siendo tranquila para ella, pues apenas había recibido llamadas. Aunque tenía algunos correos por contestar y debía actualizar la agenda con los nuevos eventos a los que asistiría su jefe, había decidido que lo haría todo por la tarde, ya que la tendría libre, puesto que Martín había solicitado librar para poder ir a buscar a su hijo al aeropuerto.

Así que, con la tableta en una mano y en la otra el teléfono móvil, y con el manos libres encajado en su oído, se pasó gran parte de la mañana en el set de grabación, lo más cerca posible, observando cómo trabajaban los actores y grababan las escenas.

Puso los ojos en blanco por enésima vez al ver cómo Marta Salgado, la guapa actriz de reparto que el día anterior se había sentado al lado de Martín a la hora del almuerzo, seguía coqueteando con él de forma descarada durante un descanso de la grabación. Sus miradas lascivas dirigidas a su jefe, las risas exageradas cada vez que él le decía algo y subirse el escote del *top* que lucía ese día cada dos por tres, para que él se fijara en sus senos operados, no hacían más que decir a voz en grito que estaba disponible y muy interesada en Martín. Y lo peor de todo era que el actor le seguía el juego.

No sólo tenía su total atención, sino que le dedicaba esa sonrisa suya que haría derretirse a cualquier mujer que tuviese un poco de sangre en el cuerpo. Y, de vez en cuando, se acercaba a su oído para susurrarle algo que hacía que ella le sonriera de forma sensual.

—Parece ser que esos dos se lo están pasando muy bien, ¿no? —le preguntaron, asustándola, ya que no lo había oído llegar.

—¡Roberto! —exclamó llevándose la mano a la boca, acto reflejo por el susto que le había dado—. ¿De quién hablas? —disimuló.

—¿No es evidente? De tu jefe y Marta Salgado —contestó, señalando con la cabeza en su dirección.

—No me había fijado —mintió, volviéndolos a observar, pero esta vez de reojo.

—¿Ah, no?

—No. Además, no seas chismoso, sólo están hablando —lo reprendió, intentando quitarle importancia para que no se diera cuenta de que ella sí los había estado

espiando.

—Ya. Pues si una mujer me mirara o me hablara a mí de esa manera, estaría reservando habitación en un hotel ahora mismo —manifestó mirándola intensamente a los ojos.

Alexia desvió la vista, incómoda.

—¿Acaso estás celoso? —indagó a propósito para fastidiarlo y que dejara de observarla de esa forma.

—¿Celoso?... ¿yo? —replicó, asombrado por la pregunta.

—Sí... tú.

—¡Por favor!, ¿por quién me tomas? —exclamó muy serio haciéndose el ofendido—. Hay cientos de mujeres como ella peleándose por colgarse de mi cuello —le expuso arrogantemente después de guiñarle un ojo.

Alexia no pudo evitar reírse, y simuló buscar a todas esas mujeres girando la cabeza a un lado y a otro.

—Sí, ya veo la cola inmensa que hay de ellas peleándose por tus atenciones —se burló.

—No lo entiendes, lo que pasa es que estoy buscando a la mujer perfecta.

—¡Espera, no me lo digas! Como tienes tantas entre las que escoger, se te hace difícil decidirte, ¿no?

—A lo mejor ya la he encontrado —le dijo muy serio acercándose a ella.

—¡Venga ya, no me hagas reír! —exclamó antes de soltar una carcajada.

Luego se tapó la boca, avergonzada al darse cuenta de que todo el mundo la estaba observando. ¡Menos mal que no estaban grabando en ese momento!

—Y, dime, ¿quién es, entonces, la afortunada? —le preguntó bajando la voz.

—Y si te digo que podrías ser tú... —respondió clavándole la mirada.

Siguiéndole la broma, le hizo una seña con el dedo para que se acercara y le susurró al oído:

—Te advierto de que yo no soy como Marta Salgado. Hace falta algo más que una cara bonita para que me cuelgue de tu cuello.

—¡Oh, Alexia, me acabas de romper el corazón! —declaró él llevándose una mano al pecho de forma dramática.

—Estoy segura de que no tendrás ningún problema en recuperarte, y que cualquiera de esas mujeres que están haciendo cola te ayudarán encantadas.

—¡Qué mala eres conmigo! ¿No te doy ni un poquito de pena? —le preguntó mientras hacía un puchero.

—Ni un poquito —contestó riendo.

—¿Interrumpo la fiesta? —preguntó Martín acercándose por detrás.

Alexia dio un respingo. Se giró y se encontró a su jefe con una sonrisa en los labios, pero con los ojos más fríos que había visto en su vida.

—No... cla-claro... que no —contestó tartamudeando.

—¡Ay, amigo! —empezó a quejarse Roberto pasándole un brazo por los hombros

—. Esta mujer acaba de hacerme pedazos.

—¿Ah, sí? —planteó alzando una ceja.

—Roberto, no creo... —intentó frenarlo ella.

—¿Te puedes creer que le he dicho que era la mujer perfecta para mí, y me ha rechazado? —la cortó éste.

—Ya veo —contestó su jefe, taladrándola con la mirada.

—Sólo estábamos bromeando —dijo intentando excusarse.

—¿Nos perdonas un momento, Roberto? Tengo que hablar con mi asistente personal —le señaló, agarrándola a continuación del brazo y llevándola fuera del set de grabación, dejando a su compañero solo.

Ahora Martín ya no mostraba la sonrisa. Estaba mortalmente serio.

—Escúchame, Alexia, y escúchame bien. Trabajas para mí y te pago para que me atiendas —la amonestó—. Llevo un buen rato intentando llamarte, pero tú estabas demasiado ocupada... coqueteando.

—¡Eso no es cierto! —replicó ofendida.

—¿Ah, no? ¿Acaso no es lo que acaba de decir Roberto? —soltó enfadado.

Su boca apretada era una fina línea.

—Lo que ha dicho está sacado de contexto; yo no estaba coqueteando con él, sólo estábamos bromeando —señaló mordiéndose el labio.

—¡Me da igual lo que estuvierais haciendo! —le espetó levantando la voz y echando chispas por los ojos, sin poder apartarlos de su boca—. A partir de ahora, si no estás ocupada contestando llamadas o enviando *e-mails*, te quiero cerca de mí en todo momento, ¿de acuerdo?

Alexia no entendía por qué estaba tan cabreado. A su modo de ver, no había hecho nada malo, y tampoco lo había tenido tan desatendido como él decía. Estaba exagerando, y había tomado lo que le había dicho Roberto como excusa para echárselo en cara.

—¿Me has entendido? —insistió, ya que ella no le había contestado.

—Perfectamente —masculló levantando la barbilla.

—Bien. Pues ahora que ya está todo claro, haz el favor de traerme dos cafés —le ordenó mientras se giraba para volver dentro del set de grabación.

—¿Dos cafés? —preguntó extrañada.

—Exacto. Uno para mí y otro para Marta.

—¿Para eso estabas intentando llamarme antes?

—Sí —le confirmó. Luego, girándose nuevamente hacia ella, levantó una ceja al oír el tono de reproche, para preguntarle—: ¿Hay algún problema?

—No.

Dicho esto, se dio la vuelta para dirigirse a la cafetería, dejándolo allí plantado y mirando cómo ella se alejaba.

«¡Esto es el colmo! —pensó irritada—. Pero ¿quién se cree que soy? ¡¿Su esclava?!»

Llegó a la cafetería y le pidió a la camarera que estaba detrás de la barra dos cafés.

«¿Y por eso me monta semejante pollo?», se dijo mientras seguía rumiando lo que había pasado, enfadándose cada vez más.

Al cabo de unos minutos, la camarera se los sirvió en dos vasos con tapa, y ella recorrió de nuevo el camino hacia el *set* para entregarle los malditos cafés.

«¡Ojalá se atraganten!»

Cuando llegó junto a ellos, Alexia se imaginó simulando que tropezaba y les tiraba el líquido ardiendo encima a los dos, a modo de venganza, pero decidió que lo mejor era no tentar demasiado a la suerte, por ese día ya había tenido suficiente.

—Gracias —le dijo él cuando le ofreció su vaso.

Ella le respondió con una mueca y se acercó a la actriz para ofrecerle el otro.

—¡Oh, Martín, gracias, eres un cielo! —le agradeció, ignorándola por completo y plantándole un beso en la mejilla al actor—. Me moría por un café.

¡Qué demonios!

Alexia se quedó estupefacta. Esa actriz de pacotilla le había hecho un desplante delante de su jefe; había sido una acción muy fea y fuera de lugar, en su opinión. Y, además, le había dolido. Sabía que, en comparación con la arpía rubia, no tenía nada que hacer. Ella era mucho más alta, más guapa y más interesante que Alexia. Sólo con levantar un dedo, captaría la atención de cualquier hombre que ella deseara, pero no por eso podía ningunearla de esa manera. Se sintió pequeña e insignificante... y de repente esbozó una lenta sonrisa; quizá, después de todo, no había tenido suficiente y podía tentar a la suerte un poco más. Por lo general, Alexia solía dejarle su espacio vital a su jefe, tanto por él como por ella misma. Procuraba estar lo suficientemente cerca como para acudir pronto si él la necesitaba, pero lo suficientemente apartada como para que él pudiera disfrutar de su propia privacidad.

«¡Muy bien!, ¿no quería tenerme cerca? —pensó—. ¡Pues me va a tener tan cerca como un grano en el culo!»

—Ejem... ¿interrumpo? —preguntó con ironía, mientras se interponía entre los dos.

Él se dio cuenta de lo que había hecho y enarcó una ceja que ella ignoró por completo.

—Quería informarte de que el contrato con Desires & Lies está cerrado, y ya he reservado habitación para mí en el hotel Reef Yucatán.

—¿Reservaste en el hotel Reef Yucatán por...? —preguntó confundido.

—Porque es el hotel donde te ha reservado habitación la productora... los cuatro días que nos vamos a Telchac, a grabar exteriores, dentro de dos semanas, ¿recuerdas?

—Es verdad, se me había olvidado por completo.

—Yo tengo muchas ganas de ir —interrumpió esta vez Marta—. Estar cerca del mar, dar paseos románticos por la orilla, bañarme desnuda a la luz de la luna. —Tras

decir esto, la mujer sonrió, prometiéndole con la mirada que, si él quería, podría ser el espectador de excepción—. ¿Tú, no? —le preguntó acercándose otra vez.

Alexia se atragantó y empezó a toser de forma escandalosa. ¡No daba crédito!

«¿Cómo se puede ser tan... tan... descarada?, por llamarla finamente.»

—¿Estás bien? —le preguntó su jefe con una extraña sonrisa en la cara.

—Sí... sí, estoy bien —contestó ruborizada por lo que había dicho la arpía rubia, que estaba fulminándola con los ojos para que los dejara solos.

Martín dirigió su mirada otra vez hacia Marta, y ésta, encantada de tener de nuevo su atención, se humedeció los labios de forma sensual.

—La verdad es que, ahora, yo también tengo muchas ganas de ir a Telchac —le respondió él con esa sonrisa que hacía temblar las piernas de Alexia.

—Por cierto... —los interrumpió nuevamente, en cuanto se recuperó del ataque de tos... han llamado del programa «Hoy», de Univisión, para una entrevista; quieren hablar contigo sobre tu trabajo en la telenovela.

—¿Para cuándo sería? —quiso saber su jefe, suspirando por la interrupción.

—El lunes que viene, por la mañana. Si quieres, puedes asistir, ya que tienes grabaciones en el foro sólo por la tarde.

—Está bien, diles que sí —contestó, centrando su atención de nuevo en Marta.

La actriz entendió lo que Alexia estaba intentando hacer y decidió desplegar todas sus armas de seducción. Martín le interesaba, y mucho además, y no iba a permitir que la estúpida de su asistente le fastidiara el plan. Ahora que, después de tanto tiempo detrás de él, le estaba haciendo caso, no iba a dejar pasar la oportunidad.

—Y dime, Martín, ¿cuándo me vas a invitar a cenar? —le preguntó haciendo pucheros y acercándose a él, para simular que le enderezaba la camisa, mientras rozaba sus senos contra su pecho—. Me prometiste que lo harías, pero todavía sigo esperando.

—Perdona de nuevo... —se disculpó Alexia, interponiéndose otra vez entre ellos y sin darle la oportunidad a éste de que le contestara.

—Alexia... —empezó a recriminarla él.

En esos momentos, el regidor se acercó a su jefe para llamarlo: debía volver a grabar.

—Tú y yo hablaremos más tarde —la amenazó, dejándola sola con la arpía rubia, para seguir al hombre y volver al trabajo.

La rubia se volvió hacia ella hecha una furia.

—¿Se puede saber qué estás haciendo? —le espetó enfadada.

—¿Yo?, nada. —Contestó Alexia haciéndose la inocente—. ¿No sé a qué te refieres?

—Sabes perfectamente a qué me refiero, no te hagas la tonta.

—¿Quién se hace la tonta? —preguntó Roberto, que apareció en ese instante junto con la actriz principal de la telenovela, Esther Vargas.

—Aquí, tu amiguita... —contestó la actriz.

—Aquí, mi amiguita, como tú la llamas, de tonta no tiene un pelo —la defendió él—. Seguro que es un malentendido; a las rubias de bote como tú, a veces, el tinte os hace mala reacción.

—¿Perdona? —exclamó ofendida.

—¡Claro que estás perdonada, querida Marta! Seguro que Alexia no te lo ha tenido en cuenta. ¿No es cierto, amiguita? —le preguntó guiñándole un ojo.

Alexia se había quedado con la boca abierta, estupefacta por lo que estaba haciendo Roberto. Reaccionando un poco tarde, asintió con la cabeza cuando se dio cuenta de que estaban esperando su respuesta.

Marta, roja de la rabia y de la humillación de la que estaba siendo objeto, sin saber qué replicar, se dio media vuelta y se fue enfadada.

Esther Vargas tampoco daba crédito a lo que había pasado.

—¿Se puede saber a qué ha venido eso? —lo recriminó la actriz—. En todo el tiempo que te conozco, nunca habías sido así de grosero con nadie.

—¡Arg...! ¡Es que no la soporto! Lo siento, yo no soy así, pero no puedo con este tipo de mujeres.

—¿Y de qué tipo de mujer es Marta? —demandó su compañera.

—Es una arpía trepadora, a quien no le importa lo que tenga que hacer o a quién tenga que pisar para conseguir lo que quiere.

Alexia estaba dividida en dos. Sabía que lo que había hecho no era lo correcto, ante todo estaba trabajando y le debía un respecto tanto a su jefe como a sus compañeros de trabajo. No debería haber reaccionado de esa manera tan infantil, pues no era propio de ella. Y en su cabeza había una vocecita que no paraba de decirle que había reaccionado así por celos, algo que ella rechazó tajantemente.

Era cierto que Martín la atraía mucho, no podía negar que era muy guapo, ya que era evidente... pero, ante todo, era su jefe, y eso era algo que ella no iba a olvidar nunca. Sobre todo después de lo que había pasado en España. No volvería a cometer el mismo error.

Por otro lado, le estaba muy agradecida a Roberto por haberla defendido. Y seguía pensando exactamente lo mismo: que Marta Salgado era una arpía. Sin embargo, en cuanto Martín se enterara de lo que había sucedido, iba a tener problemas, y esta vez con razón.

—Roberto, te agradezco lo que has hecho, de verdad, pero ella también tenía razón, no actué correctamente —le confesó.

—¿A qué te refieres? —planteó Esther.

Alexia procedió a explicarles lo que había sucedido: la manera en que Marta la había despreciado, ignorándola cuando le llevó el café, y la forma absurda en la que ella había reaccionado, intentando devolverle la ofensa con la misma moneda.

—Actué impulsivamente y es algo que nunca debió ocurrir.

—Alexia, por favor, no la disculpes. Lo que ella te hizo no estuvo bien —replicó Roberto.

—No la estoy disculpando, sólo constato lo que es evidente: mi comportamiento tampoco estuvo bien y lo reconozco —rebatí—. Sobre todo porque Marta es una actriz de reparto, y yo sólo soy una asistente personal.

—Eso no tiene nada que ver.

—Sí, sí tiene que ver. Si ella quisiera, podría ir a quejarse a Lucía o a Julio... los productores ejecutivos de la telenovela, y crearle un problema a Martín. Y eso es lo último que deseo.

—En eso tiene razón —señaló Esther.

—Tú, ¿de qué parte estás? —le preguntó Roberto a la actriz; había empezado a enfadarse porque sabía que lo que Alexia decía era cierto. Volviéndose hacia ella, añadió—: Si tienes algún problema, con los productores o con Martín, por culpa de Marta Salgado, me lo dices y yo hablaré con ellos.

—¡De eso ni hablar! —exclamó Alexia alarmada—. Ni se te ocurra decirle nada a nadie. No quiero que nadie se meta en problemas por mi culpa; hablaré con Marta y le pediré disculpas.

—De eso nada, no tienes por qué rebajarte —replicó él, cada vez más molesto.

—¡Roberto, prométeme que no vas a decir nada! —le rogó Alexia tocándole el hombro.

El actor no contestó y empezó a pasearse de un lado a otro, negando con la cabeza.

—¡Prométemelo! —le exigió.

—¡Está bien! Pero, si me entero de que ella ha ido de mala fe, me va a oír.

Alexia miró a Esther, haciéndole la misma pregunta muda con los ojos, y ésta asintió con la cabeza.

La asistente se acercó a Roberto y le dedicó una sonrisa.

—Gracias por ser mi caballero de brillante armadura.

Él la miró y por sus ojos cruzó algo que Alexia no supo descifrar.

La actriz, que había estado escuchando y observando atentamente, esbozó una sonrisa.

Con todo lo golfo y calavera que había sido Roberto, por fin había conocido a una mujer que le interesaba realmente. Estaba segura de que si se lo preguntaba, él lo negaría, pero lo conocía lo suficiente como para saber que Alexia le importaba. Ahora la pregunta que se hacía era si a ella le interesaba Roberto o bien sería la primera mujer que le daría a probar de su propia medicina. Esa respuesta no se la perdería Esther por nada del mundo, por lo que los seguiría muy de cerca a ambos. Además, la asistente le caía bien.

—Pensándolo mejor, Roberto —los interrumpió ésta—, a mí tampoco me cae muy bien esa mujer. Y, tienes razón, a las rubias de bote, a veces, les da reacción el tinte... y no piensan con claridad.

Él y Alexia se quedaron callados sin saber qué decir, porque ella era rubia de bote también.

—¡No me miréis así, yo soy rubia natural! —les aclaró, y los tres rompieron a reír a la vez.

Se quedaron hablando durante un buen rato. Poco a poco se les fueron uniendo otros actores, entre ellos Martín, que iban y venían dependiendo de si tenían que grabar alguna toma. Rieron y bromearon entre ellos, y Alexia nunca había estado tan relajada teniendo al lado a su jefe. Quizá tuviera suerte y la amenaza anterior de que tendrían que hablar se le hubiera olvidado. Entretanto, Marta no se había acercado; estaba en una esquina, lanzándole miradas asesinas, y ella intentó ignorarla todo lo que pudo.

Llegó la hora del almuerzo y se dirigió, como siempre, al rincón, donde ya estaban sus amigos esperándola. Se quedó sorprendida cuando se dio cuenta de que también se sentaban a la misma mesa, además de Roberto, que ya lo había hecho el día anterior, Esther y dos actores más. Aunque llevaba poco tiempo trabajando allí, a Alexia le había quedado claro que los actores y directivos de la telenovela no se juntaban con el resto de los trabajadores. El primero que lo había hecho había sido Roberto, por eso Mauro y las chicas se habían sorprendido tanto cuando el día anterior se había sentado a la mesa con ellos. Tendrían que verse la cara en esos momentos, era impagable. No daban crédito, y se hincharon como globos cuando se dieron cuenta de que los demás trabajadores los miraban con envidia, así que Alexia no pudo evitar sonreír.

Martín se sentó en su lugar habitual, y Marta no dudó en aprovechar que había un sitio libre a su lado para ocuparlo.

—Has estado increíble en la última escena, querido —lo halagó delante de todos.

—Gracias —contestó éste, algo molesto por el término cariñoso que estaba usando delante de los demás.

—No seas modesto; es de todos bien sabido que eres un excelente actor. Y, a título personal, te reconoceré que eres un referente para mí, del que me gustaría aprenderlo... todo —añadió, dándole a la última palabra un significado sexual.

Éste se quedó mudo por la sorpresa durante un momento. Los demás comensales les echaban miradas furtivas, disimulando unas sonrisitas los hombres, y recriminando la actitud de ella las mujeres.

—Te agradezco tus palabras, Marta, pero estoy seguro de que todos los que estamos aquí pensamos que todavía tenemos mucho que aprender. Yo, por lo menos, lo hago de cada uno de mis compañeros. Ésta es una profesión en la que estamos en constante aprendizaje, o por lo menos ése es mi caso —expresó algo avergonzado por su comportamiento.

—¡Por supuesto! —contestó Marta cuando se dio cuenta de que había metido la pata, ya que había dado a entender que del único que merecía la pena aprender algo era de Martín, dejando al resto de los actores como mediocres—. Creo que no me he

explicado correctamente. Sin duda todos los que están aquí son excelentes actores; lo que quería decir es que, a ti, te admiro especialmente —manifestó, casi susurrándole y acercándose a él para que pudiera admirar su escote.

El actor se dio cuenta de las intenciones de ella y, como hombre que era, no pudo dejar pasar la oportunidad de admirar sus pechos. La actriz, cuando se percató de que ya tenía toda su atención dirigida donde ella quería, se acercó más a él para conseguir lo que se había propuesto.

—Por cierto —susurró para que sólo la oyera él—, tienes que hablar con tu asistente personal y ponerla en su sitio.

Martín levantó la vista y, clavando la mirada en sus ojos, preguntó:

—Y eso, ¿por qué?

—Por el comportamiento que ha tenido antes, por supuesto. No hacía más que interrumpirnos... y lo hacía a propósito, sólo para molestar —se quejó haciendo pucheros.

Él tenía claro que el comportamiento de Alexia no había sido el adecuado, pero, si era honesto consigo mismo, no podía recriminárselo, aunque la hubiera amenazado antes con hacerlo. Su actuación había sido fruto del desprecio con el que la había tratado Marta, y realmente le había resultado graciosa la manera en la que ella había intentado vengarse. Todo lo contrario que la actriz, haciéndolo por la espalda y tratando de manipularlo malintencionadamente.

—Si no recuerdo mal, la que empezó fuiste tú. Si no la hubieras ignorado y le hubieses agradecido el detalle de que te hubiera traído el café, seguramente Alexia no se hubiera ofendido —le recriminó.

Marta se quedó callada por un instante, ya que sabía que él tenía razón. Estaba acostumbrada a manipular a los hombres a su antojo, pero estaba claro que con Martín esa táctica no le estaba resultando.

—¿Eso hice?! ¡Te juro que no me di ni cuenta! —mintió descaradamente, poniendo cara de inocente y rezando para que él la creyera.

Martín levantó una ceja y esbozó una sonrisa torcida, dejando claro que no se había tragado la mentira ni por asomo.

—De todas formas, querida, soy yo el que decide cuándo y por qué tengo que llamarles la atención a mis empleados —le aclaró de forma intencionada.

—¡Por supuesto! Y te pido disculpas si en algún momento la he podido ofender, aunque te aseguro que ha sido sin mala intención —reculó Marta.

—Me alegra de que te des cuenta de tus errores y seas capaz de pedir perdón por ello. Y espero que lo hagas, pero no a mí, sino a la persona que has ofendido, que en este caso es mi asistente personal.

Marta estaba furiosa. No sólo la había ofendido Roberto cuando había defendido a esa estúpida mujer, sino que ahora tenía que pedirle disculpas y tragarse todo el veneno que tenía guardado para ella, si quería quedar bien con Martín. Hoy nada le estaba saliendo como ella pretendía, y esa mujer se las iba a pagar, de eso estaba

segura.

—Eso dalo por hecho; no estaré tranquila hasta que no lo aclare con ella —
mintió.

El actor asintió con la cabeza aprobando su actitud y se dispuso a empezar a comer, siguiendo la charla que estaban manteniendo el productor, Julio Menéndez, con Fernando Ríos, el actor malvado de la telenovela.

Capítulo 6

Terminaron de comer y Alexia se despidió de sus compañeros, no sin antes quedar con Mauro y las chicas para ir de compras el domingo. Se reunió con Martín, que estaba hablando con varios de los actores principales y el productor Julio Menéndez, quien los estaba invitando a una barbacoa al día siguiente en su casa.

Por supuesto Marta aceptó enseguida y, aunque su jefe no estaba muy convencido de ir, ya que tenía ganas de pasar el día con su hijo, que llegaba en pocas horas de viaje, aquélla no desistió hasta que consiguió convencerlo de que fuera.

Se habían despedido de todos y estaban a punto de salir, cuando la rubia aprovechó ese momento para acercarse a ellos.

—¡Alexia! —la llamó la actriz—. No me gustaría que te marcharas sin hablar un segundo contigo.

Ella sabía que ese instante tenía que llegar. La arpía rubia no iba a dejar pasar la ocasión de ponerla en evidencia delante de Martín, y para su desgracia tendría que aguantar el chaparrón. Aunque le saliera una úlcera, se tragaría la bilis y le pediría disculpas, ya que, lamentablemente, no le quedaba otra.

—He estado hablando con Martín sobre lo que ha sucedido antes en el set —empezó a decirle—, y parece que él tiene la sensación de que te pude ofender cuando no te agradecí convenientemente que me hubieras traído el café.

Alexia, sorprendida por lo que estaba escuchando, no sabía muy bien a qué atenerse. Giró la cabeza para mirar a su jefe, que estaba detrás de ella y las observaba a ambas con una expresión inescrutable en el rostro.

—Me gustaría pedirte disculpas, si en algún momento he dicho o hecho algo que te haya podido parecer mal —continuó, tratando de parecer pesarosa.

En ese instante, ella se percató de dos cosas importantes. La primera era que Marta Salgado no era muy buena actriz; aunque lo estaba intentando, quedaba claro que no podía disimular el odio que sentía por ella... y en esos momentos sus ojos le decían lo mucho que la despreciaba. Y la segunda, que era una mujer muy inteligente. La actuación que estaba realizando era única y exclusivamente para Martín; sólo quería quedar bien y ganar puntos disculpándose con ella delante de él.

—Marta, yo... —empezó a decir.

—No me gustaría que pensaras que soy una desagradecida —la interrumpió—. Te juro que, si te ofendí en algún momento, nunca fue mi intención. ¡Me gustaría que fuéramos amigas, Alexia!

—¿Amigas? —preguntó totalmente desconcertada—. ¿Tú y yo? —añadió sin poder dar crédito a tanta falsedad.

Miró a su jefe, que había fruncido el ceño nada más oír su tono escéptico.

—Sí —afirmó la rubia con un brillo extraño en la mirada.

En esos instantes, la asistente se sintió como la mosca que ha caído en la tela de la araña, pues estaba siendo dirigida sutilmente hacia donde la rubia quería.

—Con ello podría demostrarte que lo que sucedió fue un error, y que en ningún momento actué de mala fe.

Si Alexia decía lo que pensaba y era fiel a sí misma, quedaría como una mujer soberbia y prepotente que no había sido capaz de aceptar unas disculpas. Y si no lo hacía y le seguía la corriente a Marta, entraría en su mezquino juego para quedar bien delante de su jefe y engañarlo, dejando que creyera que todo estaba bien. Se mordió el labio inferior y no pudo evitar mirar nuevamente hacia él. Y aunque no le gustaba en absoluto lo que iba hacer, la arpía rubia no le había dejado otra opción, si no quería tener problemas con Martín.

¡Muy bien! Si quería jugar, ¡ella también podía hacerlo! Aunque estaba claro que la actriz le llevaba mucha ventaja.

—¡Por favor, Marta, no hay nada que perdonar! Estoy segura de que tienes muchas cosas en la cabeza... —«Como, por ejemplo, llevarte a Martín a la cama», pensó—... y que ha sido un despiste sin importancia. No te preocupes más —concluyó con una gran sonrisa.

—Me alegro de que pienses así. Sabía que nos entenderíamos perfectamente —mintió la rubia de forma descarada.

A continuación le dio un abrazo que no pudo rechazar.

Miró a su jefe para saber si se había creído la pantomima que había realizado, y le pareció que sí lo había hecho, ya que la expresión de su cara era más relajada, aunque había un brillo extraño en su mirada. Alexia se zafó como pudo de las garras de la actriz y esbozó una leve mueca, que, en vano, intentó parecerse a una sonrisa.

—Si nos disculpas, se nos hace tarde —se excusó deseando salir de allí. Luego se dirigió a Martín—: Pedro me mandó un mensaje para decirme que ya nos estaba esperando fuera para llevarnos al aeropuerto —informó a su jefe.

El actor asintió con la cabeza y se aproximó a Marta para despedirse de ella con un beso en la mejilla. Le murmuró algo al oído que Alexia no pudo escuchar, y que hizo que la arpía rubia esbozase una amplia sonrisa y que sus ojos brillaran de satisfacción. A ella se le revolvió el estómago y, cuando ya se disponían a irse, fue incapaz de reprimir un impulso y le dijo:

—¡Ah, Marta! El domingo, unos amigos míos y yo vamos a pasar el día juntos; te lo comento por si quieres venir. Ya sabes, por lo de ser amigas y eso.

—¡Eh! ¿Este domingo? —preguntó, sorprendida por la propuesta.

Cuando se lo confirmó, su cara demostró desesperación por encontrar una buena excusa para no ir, pues quedaba claro que ella no tenía ninguna intención de juntarse con semejante chusma. Estaba intentando escalar alto en la esfera social, atrapar a un hombre rico y famoso, y a poder ser guapo y joven, como Martín, pues quería ser algo en la vida, ya que la belleza no iba a durarle mucho más y tenía que sacarle el mejor partido. Al principio pensó que, con su hermosura y su talento para la

interpretación, lograría todo lo que ella siempre había soñado: dinero, lujos, comodidades, prestigio y poder. Pero, al poco de empezar su carrera artística, le habían dejado bien claro que el talento no la acompañaba y que, si la llamaban, era porque su atractivo quedaba bien en pantalla. Y, por supuesto, por el agradecimiento de algún productor o directivo casado, con el cual se había acostado, que le conseguía pequeños papeles en alguna telenovela. Por eso había tenido que cambiar sus prioridades, y estaba dispuesta a luchar por ello, haciendo lo que hiciera falta.

—Yo... te agradezco la invitación, pero... este domingo me va a ser imposible. Lo siento —mintió.

—¡Vaya, es una pena! —Sonrió, sin sentirse en ningún momento culpable por el embuste que le había soltado—. Pero no te preocupes, quedaremos otro día, ¿si te parece bien?

—Claro, otro día.

Alexia se giró y se encaminó hacia su jefe con una amplia sonrisa en los labios y, sin poder evitarlo, Martín soltó una enorme carcajada. Las dos mujeres expresaron total perplejidad, pero él las ignoró y se dirigió hacia la salida en busca de su chófer.

El actor había sido testigo de excepción de la increíble farsa que había presenciado, pues conocía mucho mejor a las mujeres como Marta de lo que ella se creía. Llevaba mucho tiempo en ese mundillo... suficiente como para saber detectar a las mujeres trepadoras y ambiciosas como ella. Había intuido desde el primer momento cómo había intentado manipularlo, haciéndole creer que era una mujer con nobles sentimientos y que estaba verdaderamente arrepentida por haber ofendido a su asistente. Pero era una pésima actriz, y se lo demostró en el momento en el que se hizo la sorprendida cuando él la amonestó por haber sido prepotente con Alexia, después de que ella le hubiera sugerido unos segundos antes que tenía que ponerla en su sitio. No había hecho falta verle el rostro para saber que sus disculpas con su empleada eran falsas. Sólo con observar la cara de su asistente se dio cuenta de que todo lo que había salido de su boca no eran nada más que patrañas. En su rostro habían surgido toda una paleta de sentimientos y reacciones encontradas: incredulidad, desconfianza, disgusto, dudas, ironía, escepticismo...

Aunque le había quedado claro que Alexia tampoco era muy buena actriz, sí era lo bastante inteligente como para percatarse de las intenciones de la otra mujer. Por un momento creyó que no sería capaz de seguirle el juego, y fue el instante en el que, por segunda vez, lo miró con dudas en los ojos. Él ya la conocía lo suficiente como para saber que, cuando se mordisqueaba el labio inferior, estaba nerviosa o preocupada. Y no sabía de qué se había sentido más orgulloso: si del intervalo fugaz que tuvo Alexia de ser totalmente sincera y decirle a Marta en su propia cara todo lo que pensaba de ella, dejándole claro con ese hecho que su asistente no se parecía ni remotamente a la actriz secundaria, pues sus sentimientos eran nobles y no se sentía

cómoda con el engaño... o del instante en el que se dio cuenta de que, con personas como ella, lo mejor era seguirles el juego y saber cuándo actuar en el momento justo.

Por eso se alegró cuando descubrió que tenía las suficientes agallas como para enfrentarse a una adversaria que le llevaba mucha ventaja en el arte del engaño y la manipulación. Lo que realmente no se había esperado era el golpe final, cuando puso en evidencia a Marta invitándola a salir con ella y sus amigos, sabiendo de antemano que ésta se negaría... provocando el patético intento de la actriz de no quedar mal delante de él. Por eso no pudo evitar reírse al ver la cara de satisfacción de Alexia por haber ganado una pequeña batalla, aunque no la guerra.

Todo eso lo iba pensando en el coche camino del aeropuerto. Giró la cabeza para observar a su empleada, que estaba jugueteando con el cable del manos libres, tensa y lo más alejada posible de él. No era capaz de relajarse en su presencia, y era algo que entendía perfectamente, porque a él le pasaba lo mismo. Quizá por eso se había molestado tanto cuando la descubrió riéndose con Roberto. Aunque el actor siempre le había caído bien, y lo conocía desde hacía algunos años, últimamente le estaba empezando a tener algo de ojeriza. Era un buen tipo, pero le gustaban demasiado las mujeres, y no quería que ella acabara herida, enamorándose del hombre equivocado. Había observado que se sentía cómoda en su compañía, por lo que no tardaría en sentir algo por el actor... que éste aprovecharía en su beneficio, destrozando el corazón de su asistente cuando ella se diera cuenta de que no era correspondida.

Se recordó por enésima vez que era algo que no tenía que importarle, pues había decidido que no se involucraría más con sus empleados, ¿no?

Justo en ese momento llegaron al aeropuerto, y salió veloz del coche para ir a encontrarse con su hijo. Le pidió a Alexia que lo acompañara, y a Pedro, que esperara en el vehículo, para que no tuviera que aparcar más lejos.

Cuando se plantaron en la puerta de llegadas, estaba nervioso, porque no sabía cómo encontraría a Lucas. Había hablado con él todos los días, y todos los días le había preguntado si estaba bien o quería volver a casa. Pero su hijo, aunque pequeño, tenía muy claro lo que deseaba, y en todo momento le confirmó que estaba bien y pasándolo en grande con sus abuelos maternos, así que no le quedó más remedio que seguir sufriendo en silencio por lo mucho que lo echaba de menos.

Esperaron algunos minutos más, que se le hicieron eternos, hasta que vio aparecer a los padres de Vanesa, la madre de su hijo. Lucas iba en brazos de su abuelo, y lo buscaba con la mirada por todas partes, ansioso por encontrarlo. A su lado iba su mujer. Martín hizo señas con los brazos para que su hijo lo ubicara y, cuando éste se percató de su presencia, empezó a retorcerse en el regazo de su abuelo para que lo soltara. Cuando lo dejó en el suelo, echó a correr hacia él.

—¡Papi!... ¡Papito! —gritó el niño.

Martín se agachó y alzó al pequeño, cubriéndolo de besos y abrazos. El actor llevaba gafas de sol y una gorra, para intentar pasar lo más desapercibido posible, ya que no quería que la gente lo reconociera... porque, si eso sucedía, lo más probable

era que necesitaran la ayuda de la seguridad del aeropuerto para poder salir de allí. Cuando empezó a notar que la gente se paraba para observarlos, rápidamente pidió a los abuelos de Lucas que lo siguieran y se encaminó a una sala VIP del aeropuerto, donde enseguida lo reconocieron y lo dejaron pasar.

—Alexia, te presento a los abuelos de Lucas: Jaime Duarte y su mujer, Teresa Páez —le dijo haciendo las presentaciones—. Alexia es mi asistente personal —explicó Martín a la pareja.

—Encantada de conocerlos —los saludó mientras les ofrecía la mano para estrechársela.

—Igualmente —contestó Jaime—. ¿Y Verónica?, ¿le ha pasado algo? —preguntó extrañado.

—No. Verónica está perfectamente, pero va a casarse en breve y ha dejado de trabajar para mí —les explicó Martín, para después girar la cabeza hacia el niño que tenía en brazos.

—Y este hombrecito que está aquí es mi hijo Lucas —lo presentó por fin.

Ella se acercó al niño y le hizo un saludo con la mano.

—Hola, Lucas, por fin te conozco. Me han hablado mucho de ti, ¿sabes?

El crío se acercó más a su padre, mirándola de forma reticente, escondiendo al final la cara en el cuello de su progenitor.

—¿Tienes vergüenza, hijo? —preguntó Martín sonriendo.

—Papi... habla raro... como los abuelos —declaró el niño.

Los mayores se echaron a reír.

—Tienes razón. Lucas. Hablo raro como tus abuelos porque no soy mexicana como tu papá y tú —le aclaró Alexia.

—Ella nació en otro país, muy lejos de aquí —añadió su padre.

—Pero estoy intentando hablar... casi como vosotros —le comentó, sin poder evitar ruborizarse al recordar el incidente léxico que había sufrido el día anterior.

Miró de reojo a su jefe, que mostraba una sonrisa cómplice en la cara.

«¡Vaya, ahora le hace gracia! —se dijo a punto de poner los ojos en blanco—. Ayer no pensaba lo mismo. ¡Hombres!»

—Pero ¿quieres que te cuente un secreto? —continuó hablándole.

Éste despegó la cara del cuello de su padre y asintió con la cabeza.

—Hay dos personas en casa que te han echado mucho de menos, y están deseando que llegues para comerte a besos, y... —le dijo poniendo énfasis en las siguientes palabras—... ¡tienen una sorpresa para ti!

—¿Qué sorpresa? —planteó el niño con curiosidad.

—¡Ah!, eso sí que no te lo puedo decir, o Sole y Tina me cortarán la lengua —le explicó, tapándose a continuación la boca con las manos de forma exagerada y fingiendo que había metido la pata al decirle el nombre de las dos amigas.

—¡Papito, quiero ir a casa! —le exigió el crío con cara de expectación por saber qué le esperaba—. ¡Porfis!, ¡porfis!

—¡Claro, hijo, ahora te llevo! —Girándose hacia los abuelos del niño, preguntó —: ¿Se van a quedar en México? ¿Quieren que les acerque a algún hotel?

—No, gracias, en dos horas volvemos a tomar un avión para Caracas —le agradeció la mujer.

—No hace falta que se vayan tan pronto, pueden quedarse unos días si quieren.

—Te lo agradecemos, pero no puedo faltar al trabajo —comentó Jaime. Luego, acercándose a Lucas, añadió—: Pero nos veremos pronto, campeón. ¿Me das un beso antes de marcharte?

Los abuelos se despidieron de su nieto entre besos, abrazos y lágrimas. Finalmente, cuando el actor, aún con su hijo en brazos, ya que no lo había soltado en ningún momento, se giró para salir de la sala VIP, Jaime Duarte lo detuvo.

—Gracias, Martín, por dejar pasar al niño unos días con nosotros. Ha significado mucho para mi mujer y para mí —le confesó, todavía emocionado.

Él asintió con la cabeza lacónicamente y se fue, dejando a los abuelos despidiendo con la mano a su nieto.

Alexia no pudo evitar conmovirse; se estaba secando los ojos humedecidos de forma discreta, cuando su jefe la sorprendió. Intentó disimular, pero se ruborizó al ser pillada en un momento tan sensiblero.

Llegaron al coche y se subió en el asiento delantero, junto a Pedro; por tanto, su jefe y Lucas se acomodaron en el de atrás. El niño habló sin parar. Mientras le contaba a su padre todo lo que había hecho con sus abuelos, Martín no dejaba de sonreír, escuchando atentamente todo lo que decía, y se convenció de que había hecho bien al permitir viajar a su hijo solo para que pudiera estar con sus abuelos y la familia que no había podido conocer antes, ya que, cuando lo había llevado él mismo a Venezuela para que estuviera con ellos, siempre se habían visto en la habitación de un hotel y en su presencia. Cuando creció un poco, como mucho habían ido a un parque cercano para que jugaran con su nieto, pero nunca habían estado en Caracas más de dos días, ni por supuesto estado con sus abuelos sin su supervisión. Ahora no se arrepentía de la decisión que había tomado, al ver cómo su hijo, con los ojos brillantes, le hablaba de todos los primos y tíos que había conocido.

Cuando llegaron a casa, Sole y Tina, como las llamaba Alexia, los estaban esperando en la entrada. Su hijo bajó del vehículo corriendo y se dejó abrazar y besar infinidad de veces por las dos mujeres, hasta que, ya impaciente, les preguntó cuál era la sorpresa que le tenían preparada. Gritó de alegría cuando la cocinera le anunció que le habían preparado su comida preferida, unos deliciosos tamales.

Martín y Lucas pasaron la tarde jugando y riendo, mientras Alexia terminaba el trabajo que había dejado pendiente. Más tarde, padre e hijo cenaron el resto de tamales y se dedicaron después a ver una película de superhéroes, hasta que el niño, agotado, se quedó dormido en el regazo de su papito. Éste lo acostó, lo arropó y, tras darle un beso de buenas noches, lo dejó dormido en su cama.

El actor estaba exhausto. Pensó que se estaba haciendo viejo, pues, con treinta y

tres años, cada vez le costaba más seguirle el ritmo a su hijo. Se dirigió a su habitación y, antes de meterse en la cama, observó desde la ventana a su asistente, sentada en el jardín. Era una costumbre que ella había adquirido desde que llegó a trabajar a su casa, y ahora era una costumbre en él observarla desde su cuarto o desde el despacho. Sentía curiosidad por saber en qué estaría pensando, sentada todas las noches en la semioscuridad. En un impulso que no pudo resistir, bajó al jardín.

No tenía pensado acercarse, sólo quería observarla más de cerca, pero una necesidad imperiosa que no supo explicar lo incitó a caminar hasta quedar de pie detrás de ella.

Y, de repente, notó cómo su empleada se tensaba y giraba la cabeza, para encontrarse con su mirada.

Alexia percibió su presencia cuando el vello de su cuerpo se le erizó. Por una parte era curioso y, por otra, aterrador ser tan consciente de otra persona. Era como si su cuerpo y su mente despertaran de un largo letargo cuando él aparecía. Todavía podía recordar con todo detalle los estremecimientos que había sentido cuando él había tocado o rozado su piel. Su mera presencia hacía que ella se sintiera viva.

—Hola —la saludó Martín de forma tímida, pues no estaba muy seguro de que fuera una buena idea lo que estaba haciendo.

—Hola.

—Espero no molestarte si me siento contigo.

—Claro que no. —Señaló la silla de mimbre que tenía a su lado—. ¡Como si estuvieras en tu casa! —bromeó.

Permanecieron unos segundos en silencio, relajados y con la mirada perdida, hasta que él le preguntó:

—Desde que has llegado a esta casa, he observado cómo todas las noches te pasas a veces minutos, a veces horas, sentada en esa silla. Y siempre me he preguntado en qué estarías pensando.

—No sabía que me observaras —soltó con una expresión de asombro en el rostro.

Martín se removió en la silla, incómodo. No había querido revelar ese detalle, y menos a ella; se le había escapado y se maldijo mentalmente por ello.

—Bueno, me resultaría imposible no hacerlo, ya que, tanto desde mi habitación como desde el despacho, las ventanas dan al jardín... y no he podido evitar fijarme.

—Entiendo —contestó y, barriendo con la mirada el jardín, le explicó—: En mi casa, en España, siempre he vivido en un piso; por tanto, si quería disfrutar de un jardín, tenía que ir a los públicos que hay por la ciudad. Cuando me sentía triste o estresada, me relajaba mucho andar por la arena de la playa. Pero aquí carezco de ella, así que me gusta venir a este «rinconcito», como lo llama Sole. Me relaja el sonido de los animales, la paz y tranquilidad que me transmite el jardín y, ya que no tengo arena por la que pasear, me conformo con este pedacito de Edén —terminó,

esbozando una triste sonrisa.

Martín cerró los ojos y escuchó el sonido de los grillos, el canto de algún cenizote que estaba posado en un árbol y, un poco más lejos, el croar de las ranas que debían de estar en alguna charca cercana. Aspiró el aroma de la hierba recién mojada por los aspersores, y las fragancias de las dalias y buganvillas que había alrededor... y no pudo impedir que saliera la pregunta de sus labios al recordar la sonrisa triste que había esgrimido Alexia cuando había hablado de su casa en España.

—Echas de menos tu país, ¿cierto?

Alexia suspiró.

—La verdad es que sí, pero sólo en momentos puntuales.

Sonrió cuando él levantó una ceja al no entenderla; lo hizo con los ojos cerrados y la expresión más relajada que le había visto desde que lo conocía.

—Te explico. Me siento muy a gusto aquí, me encanta mi trabajo, conocer gente nueva e interesante prácticamente todos los días, lo bien que me han acogido, la cultura y la gente mexicana, los amigos que he hecho... —e hizo un gran esfuerzo porque su voz no le temblara al añadir—... pero, de vez en cuando, en momentos concretos, me acuerdo de mi familia, de mis amigos, y no puedo evitar sentir morriña.

—¿Morriña?

—Perdona, es una palabra gallega. Significa nostalgia, añoranza.

No pudo evitar emocionarse, y Martín abrió un ojo en el mismo instante en el que una lágrima se deslizaba por su mejilla. Tuvo el impulso de atrapar con un dedo esa pequeña gota de agua salada, y el sentimiento de protección que rugió desde su pecho lo asustó. Se percató de que le enfurecía pensar en el mero hecho de que algo o alguien pudiera hacerle daño, o tan siquiera hacerla llorar.

Ella se secó la lágrima con impaciencia cuando notó la humedad que le recorría la cara, pues le irritaba demostrar debilidad delante de la gente.

—Siento haberte puesto triste —declaró, enojado consigo mismo.

—No lo sientas, es bueno emocionarse al recordar a la gente que quieres. Sería peor no tener a nadie a quien extrañar, y no recordar los buenos momentos que has pasado con ellos, ¿no crees?

—Cierto.

Después de unos minutos en silencio, él le preguntó con curiosidad:

—¿A qué te referías con palabra gallega?

Alexia pensó durante un breve momento cómo explicarle lo que quería decirle.

—Para que te hagas una idea, es como los estados que hay en México. Por ejemplo, la ciudad de Telchac, a la que vamos a ir en dos semanas, pertenece al estado de Yucatán. Pues yo nací en Vigo, que es una ciudad que pertenece a la comunidad gallega.

—¿Y tenéis un idioma propio?

—Sí, y es muy parecido al portugués.

—¿En serio? —soltó sorprendido.

Cuando ella asintió con la cabeza, no eludió la pregunta que surgió en su mente.

—Entonces, ¿tú sabes hablar portugués? —Y durante un segundo se quedó callado, pues recordó algo que lo confundió—. En tu currículum no consta que sepas hacerlo.

Alexia no pudo evitar sonreír.

—Es que no sé. Que el gallego sea parecido no significa que sea igual que el portugués. Se diferencian en muchas palabras, y sobre todo en la pronunciación —le aclaró.

—¡Vaya, es una pena! —exclamó poniendo una expresión de tristeza a propósito.

—¿Por qué?, ¿no sabía que fuera importante? —preguntó preocupada.

—Tenía la esperanza de que, si conocía a una brasileña, podrías hacer de traductora —le explicó guiñándole un ojo.

—Creo que no me pagas lo suficiente como para que yo me preste a ello —contestó bufando—. Peeeero... si alguna vez tienes que tratar de negocios con alguien que hable portugués, sólo si lo hace despacito o me lo escribe, podría tratar de traducírtelo.

—¿Sólo de negocios? —bromeó con una sonrisa perezosa en los labios, y chasqueó la lengua cuando ella le lanzó una mirada asesina, dejando clara su postura.

Martín volvió a cerrar los ojos, todavía con la sonrisa bailando en su rostro, e inspiró profundamente para volver a quedar en silencio. Por primera vez desde que la conocía, estaba a gusto en su compañía. Es más, llevaba mucho tiempo sin estar tan relajado al lado de una mujer. Ni con Verónica, a la que quería como a una hermana, había sentido la paz que estaba experimentando en ese instante, pues Vero podía llegar a ser muy crítica con él, y solían discutir a menudo. En verdad era una cualidad que le encantaba de ella, ya que siempre había sido sincera con él y no le regalaba los oídos como hacían los demás, pero podía llegar a ser muy fastidiosa.

Ahora que lo pensaba detenidamente, había imaginado que la extrañaría enormemente cuando ya no trabajara para él; sin embargo y para su sorpresa, no había pensado mucho en ella. Su mente había estado más ocupada en la menuda mujer que tenía a su lado.

Alexia no pudo impedir que se le escapara un bostezo.

—Espero que no te esté aburriendo —comentó él.

La expresión de ella cambió radicalmente del sopor al horror en milésimas de segundo.

—Yo no... lo siento... no era mi intención... —Enmudeció de repente cuando se percató de que Martín estaba sonriendo.

—Ja... ja... ja. —Se rió irónicamente, y no pudo evitar sonreír ella también.

«¡Dios, qué guapo es! ¿Qué se sentirá al ser besada por esos labios? ¿Cómo sabrán? Y esos hoyuelos, lo que haría yo con esos...»

—Sabes, tienes razón: me aburres soberanamente —dijo mientras fingía otro

bostezo. Lo mejor era que se retirara ahora que estaba a tiempo, ya que sus pensamientos estaban tomando unos derroteros nada recomendables—. Así que, con tu permiso, me voy a acostar —lo informó mientras se levantaba de la silla.

—Permiso concedido —contestó mientras se repantigaba más en el asiento de mimbre, poniéndose cómodo, y volvía a cerrar los ojos.

Alexia lo observó, y no pudo o no quiso evitar pensar lo agradable que sería poder sentarse a su lado y recostar la cabeza en su pecho, y escuchar el latido de su corazón. Sacudió la cabeza por estar soñando con fantasías que nunca se harían realidad y haciéndose daño ella misma por anhelar algo que era imposible.

—Buenas noches, Martín —se despidió con un extraño tono en la voz que hizo que él abriera los ojos.

—Buenas noches, Alexia —contestó, sondeando la expresión de su cara e intentando descifrar el cambio de humor que había experimentado su asistente.

Ella esbozó una leve sonrisa, sin poder librarse de la inmensa tristeza que ahora estaba sintiendo. Y Martín, sin entender qué había sucedido durante ese breve lapso de tiempo en el que él había permanecido con los ojos cerrados, le devolvió una tenue mueca, que quiso ser una sonrisa pero que quedó en un simple conato. Observó cómo se marchaba, dejándolo solo, para, de repente y sin saber explicar el porqué, sentir un inmenso vacío en el pecho.

Capítulo 7

Al día siguiente, Alexia se despertó algo tarde y, cuando subió a desayunar, se encontró con una Sole un poco estresada, pues iba de un lado para otro como una gallina sin cabeza. Cuando le preguntó qué era lo que pasaba, la cocinera le explicó que el padre de Tina estaba ingresado en el hospital por una intoxicación alimentaria. Martín le había dado permiso a su amiga para quedarse todo el día con su padre, ya que el hombre se encontraba en observación y su hija estaba muy preocupada por su salud. Pero, por culpa de eso, ella tenía mucho trabajo que hacer, ya que estaba sola.

Alexia tranquilizó a su compañera, asegurándole que la ayudaría en todo lo que pudiera. La cocinera se lo agradeció en el alma, y ella le comentó que, si antes no la había ayudado, había sido por falta de tiempo, pero que, ahora que tenía el trabajo con Martín más controlado, podían contar con ella siempre que pudiera.

Un buen rato después, cuando el actor entró en la cocina, se topó con su asistente cortando unas verduras, para añadirlas luego a una cazuela. Llevaba un pequeño delantal y el pelo recogido en una coleta, aunque observó que varios mechones se le habían escapado y le caían sobre la cara. Cuando ella advirtió su presencia, le regaló una sonrisa, que hizo que el corazón le diera un pequeño brinco en el pecho.

—¿Necesitas algo? —le preguntó, mientras se apartaba con una muñeca un mechón rebelde que le caía sobre la frente.

—Estaba buscando a Soledad —contestó, intentando contener el impulso de colocarle él mismo el cabello detrás de la oreja.

—Creo que está en el cuarto de la colada, ¿te puedo ayudar yo?

—No, gracias, necesito hablar con ella.

—Muy bien —aceptó y volvió a la tarea que estaba realizando.

Martín se acercó por detrás para espiar lo que estaba cocinando. No podía identificarlo, pero olía delicioso.

—¿Qué haces? —le preguntó cerca del oído.

Alexia se sobresaltó y se le escapó un pequeño grito.

—¡Dios!... ¡me has asustado! —exclamó la joven, que se dio la vuelta para quedar frente a él—. Creía que ya te habías ido.

—Pues todavía sigo aquí —contestó mientras se le formaba una media sonrisa torcida, y sus ojos brillaban con sorna.

—Estoy... estoy preparando un guiso de cerdo para Sole y Lucas —le aclaró; sus ojos eran atraídos por su boca, sin poder apartarlos de esa sonrisa traviesa, que hizo que su corazón empezara a latir con violencia—. Y... y... para mí.

—¡Vaya!, es una pena que hoy tenga que comer fuera —declaró mientras miraba el contenido de la olla.

—Sí... una pena... —susurró ella.

Martín giró la cabeza al escuchar el extraño tono de sus palabras y se percató de que le estaba mirando fijamente los labios. Cuando ella alzó la mirada para encontrarse con la suya, ya no pudo pensar en nada coherente. De repente todo cambió. La atmósfera se volvió más densa, y sus pupilas se dilataron cuando advirtió que estaban cerca... demasiado cerca.

El hecho de que sus cuerpos casi se rozaran hizo que Alexia sintiera pequeños escalofríos recorriéndole la columna vertebral de arriba abajo... y durante un momento se olvidó de respirar. Sin poder evitarlo, se perdió en su mirada, en esos preciosos ojos verdes, que en un instante dejaron de estar alegres para acto seguido expresar algo más oscuro, más intenso. Un anhelo que ella no supo descifrar. Se moría por tocarlo, por oler su piel, por sentir cómo la barba raspaba las yemas de sus dedos... y levantó la mano, que quedó a medio camino hacia su rostro.

Él desvió la mirada hacia la boca de Alexia y lenta, muy lentamente, se fue inclinando, con el loco impulso de besarla. Durante una milésima de segundo, en lo único en lo que pudo pensar fue en probar esos labios rojos, en sentirlos bajo los suyos, en deshacerle la coleta y enterrar sus manos en su pelo, mientras mordisqueaba y lamía esa boca plena y apetecible.

No supo cuánto tiempo transcurrió hasta que recuperó la cordura. Sólo supo que un ruido lo distrajo lo suficiente como para percatarse de que había estado a punto de cometer una locura. Tuvo el tiempo justo para separarse de ella y que Soledad no los pillara a punto de besarse, pues ésta entró por la puerta del servicio.

—¡Hola, patrón! —lo saludó la cocinera, ajena a lo que había estado a punto de suceder un segundo antes.

—Hola, Soledad —contestó confuso, asintiendo con la cabeza y todavía en estado de *shock*.

Alexia empezó a trajinar por la cocina intentando disimular. Estaba tan nerviosa que no sabía qué estaba haciendo, e iba de un lado a otro sin ton ni son. Las manos le temblaban, pero no era capaz de quedarse quieta, y Sole se dio cuenta de que algo raro estaba pasando, pero fue incapaz de descifrar qué era.

—¿Necesita algo? —quiso saber su empleada.

—Eh... ¡cierto!... sí, sí, por eso he venido aquí —contestó él de forma ambigua, mientras se pasaba una mano por el pelo, nervioso—. Necesito que me facilite el teléfono de...

«¡Mierda!, ¿cómo se llamaba? ¡Piensa!... ¡Piensa!»

—Pilar —dijo al fin.

—¿Qué Pilar?

—¿Qué Pilar? —repitió el actor.

De pie en medio de la estancia, la cocinera inclinó un poco la cabeza mientras fruncía el ceño, algo confusa.

—Sí, patrón, ¿por qué Pilar me está preguntando?

—Ah... sí... esto... la canguro de reserva, a la que llamo cuando Carmen no

puede venir. Es que ayer me invitaron a comer... quiero decir... que ayer me invitaron a ir a comer hoy... —intentó explicarle de forma imprecisa.

—Ya.

—Bueno, el caso es que me olvidé de llamar a Carmen... ayer, digo... para que hoy se ocupara de Lucas, y me acaba de decir que no puede venir, ya que está cuidando de otro niño —le aclaró, mientras paseaba de forma nerviosa.

—Ajá.

—Y... por eso necesito el teléfono de Pilar, para llamarla y preguntarle si puede venir. ¡Hoy! —concluyó por fin.

«¡¿Qué diablos acabo de decir?!»

—Claro.

Sole observó primero a Martín, al que no había visto tan raro como ahora en toda su vida, y después desvió la mirada hacia Alexia, que llevaba un buen rato levantando los botes de las especias y a continuación volviéndolos a colocar en el mismo lugar. Una sonrisita comenzó a formarse en su rostro.

—Necesito ese teléfono. ¡¡¡Ahora!!! —la apremió, pues deseaba salir de allí lo antes posible.

—Sí, *ahorita* se lo doy —contestó la mujer, mientras abría un cajón de la encimera y sacaba una agenda que le ofreció, donde tenía anotados todos los números.

Él salió casi corriendo de la cocina, dejando a solas a las dos mujeres. Cuando llegó a su despacho, se dejó caer en el sillón del escritorio, cerró los ojos y apoyó la cabeza en el respaldo.

«¡¿En qué demonios estabas pensando?! ¡Por Dios!»

No podía creer lo que había estado a punto de hacer. Lo más increíble de todo era que, si no hubiera sido por la interrupción de Sole, estaba seguro, totalmente seguro, de que la habría besado. Y lo más grave, si cabe, era que todavía deseaba con todas sus fuerzas hacerlo.

¡No!... ¡No!... ¡No!... ¡Eso no podía ocurrir!... ¡Nunca!

Intentó tranquilizarse y respiró profundamente varias veces, con la esperanza de que su corazón dejara de bombear tan fuerte.

Llevaba demasiado tiempo sin estar con una mujer, algo más de una semana, si no recordaba mal. Sí... ¡claro que era eso!, ¡tenía que ser eso! En un rato vería a Marta y estaba completamente seguro de que no encontraría ningún problema. Llevaba tiempo insinuándosele, así que tomaría lo que con tantas ansias le ofrecía, y al día siguiente tendría la cabeza lo suficientemente fría como para enfrentarse a Alexia. Eso era lo que haría. ¿Por qué no se le había ocurrido antes?

«¡Maldita sea!»

Alexia no era capaz de mirar a los ojos a Sole. Había retomado la tarea de seguir

cortando las verduras que le faltaban, y ésta, a su vez, no dejaba de observarla. La estaba poniendo nerviosa... muy nerviosa.

—¡Mierda! —exclamó cuando se cortó un dedo con el cuchillo.

—¿Estás bien? —se interesó su compañera.

—Sí... sí... estoy bien —contestó mientras lo sumergía debajo del agua del grifo.

—¿Tú sabes qué le pasa al patrón? —preguntó Sole, después de confirmar que era un corte sin importancia.

—¿Yo? —graznó Alexia.

Carraspeó para quitarse el nudo que se le había formado en la garganta y prosiguió, simulando ignorancia.

—¡Nada! Yo no sé nada, ¿por qué?

—No sé, lo noté muy raro —le respondió, haciendo grandes esfuerzos para esconder la enorme sonrisa que pugnaba por salir.

La asistente seguía sin poder mirar a su amiga a la cara y, mientras, tenía los ojos clavados en la sangre que corría por el desagüe.

«¡Jesús! ¿Qué he estado a punto de hacer?»

Le temblaban las manos y no salía de su asombro. Nunca... nunca le había pasado algo así, ni remotamente parecido. Había perdido el control por completo. Una cosa era soñar inocentemente con él, dejar volar la imaginación y fantasear con algo que no ocurriría jamás, y otra totalmente distinta era permitir que sucediera lo que había estado a punto de pasar.

—¿Me estás escuchando? —le preguntó su compañera.

—¿Qué?

—Te preguntaba si sabías por qué estaba tan nervioso.

—Eh... no... La verdad es que no —mintió.

—¿Te encuentras bien? Estás muy pálida.

—¡Sí, sí, estoy bien! Es que estoy sangrando mucho. Creo que lo mejor será que vaya al baño a cortar la hemorragia con un poco de alcohol y una tirita —le explicó a la vez que agarraba papel de cocina y se lo enroscaba en el dedo camino del baño—. ¡Por favor, atiende un momento la comida! ¡Vengo ahora! —gritó mientras salía disparada y dejaba a Sole sonriendo de oreja a oreja.

En el baño, curándose la herida, Alexia no dejaba de recriminarse mentalmente, ya que sentía mucha vergüenza de sí misma. ¡Había sido una estúpida!

Se sujetó al lavamanos, fijando la vista en el espejo, e intentó calmarse. ¡Estaba horrible! Se deshizo la coleta y volvió a colocarse de nuevo el pelo. Cuando terminó, inspiró profundamente varias veces y decidió dos cosas. La primera, que tenía que volver a la cocina, porque ya llevaba mucho tiempo escondida allí, como la cobarde que era. Y la segunda, que haría como si no hubiera ocurrido nada. Porque no había ocurrido... ¡¡¡nada!!!

Cuando regresó, con quien menos se esperaba encontrar era con Martín.

«¡Mierda!... ¡Mierda!»

—No pasa nada, Soledad. Llamaré y les diré que no puedo asistir —le estaba diciendo su jefe.

La cocinera se encontraba dándole vueltas a la comida en la cazuela, con una cuchara de madera y cara de consternación, sin saber muy bien qué hacer con ella, ya que no conocía la receta ni qué paso seguía a continuación. Mientras, Martín caminaba impacientemente de un lado a otro, con Lucas agarrado con fuerza a su pernera y colgando de ella. Por tanto, el niño arrastraba las piernas, con las que su padre tropezaba continuamente. La escena habría resultado muy graciosa, si Alexia hubiese estado de humor.

—¡Lucas, deja de jugar! ¡Ahora no es un buen momento, hijo! —lo regañó él.

El pequeño siguió tirando de su pierna, hasta que Martín se percató de su presencia y se detuvo de golpe.

—Eh... Me ha contado Sole que te has cortado un dedo, ¿te encuentras bien? —preguntó preocupado.

Alexia asintió con la cabeza.

—Sí, estoy bien, no te preocupes —contestó, esbozando una leve sonrisa.

—Bien, pues... necesito el teléfono de Julio Menéndez. Tú lo tienes, ¿verdad? Es que no lo encuentro por ningún lado.

—Sí, claro; ahora te lo busco.

Sacó el teléfono móvil del bolsillo de su pantalón y empezó a rebuscar en la memoria de la agenda.

—¿Ha pasado algo? —preguntó mientras deslizaba el dedo por la pantalla.

—Sí. Bueno... he llamado a Pilar, la canguro suplente, y me ha dicho que no puede venir —le explicó Martín mientras cargaba a Lucas en brazos.

—Parece ser que se acaba de casar —comentó Sole, haciendo el gesto de que estaba embarazada con una mano en su barriga—, y por lo visto su marido no la deja trabajar.

—¡Soledad, no seas *metiche*! —la regañó su jefe.

—Lo siento, patrón —contestó la cocinera sin arrepentirse en ningún momento.

Alexia levantó la mirada de la pantalla del móvil y la fijó en el actor.

—Si quieres, puedo cuidar yo a Lucas.

Martín parpadeó varias veces, desconcertado.

—¿Harías eso? —preguntó sorprendido.

—Sí, claro.

El hombre miró a su hijo y luego a ella con los ojos entornados, sopesando la decisión, y después negó con la cabeza.

—No, gracias. Es muy amable tu ofrecimiento, pero será mejor que no.

Por un segundo los ojos de ella demostraron decepción, pero enseguida agachó la cabeza para seguir buscando el teléfono del productor.

—Muy bien, entiendo —le dijo con una nota de pesar en sus palabras.

Él dio un paso adelante, pero volvió a pararse en seco.

—No es que no me fíe de ti —le aclaró adivinando lo que había pasado por su mente—. Es que no es tu trabajo y no me parece razonable. Ya bastante estás haciendo ayudando a Soledad porque no está Justina. Además, hoy es tu día libre. ¡No!, ¡no sería justo!

—Si te lo propongo es porque no me importa —le señaló. Luego, mirando a Lucas, sonrió con alegría—. A no ser que este grandullón no quiera quedarse conmigo.

Martín miró a su hijo, que la observaba con vergüenza.

—¿Tú qué dices, Lucas? ¿Quieres quedarte con Alexia?

El niño empezó a negar con la cabeza, escondiéndola después en el cuello de su padre.

—¡Vaya!, así que no quieres quedarte conmigo, ¿eh? Entonces, a partir de ahora, en vez de grandullón tendré que llamarte... eh... ¡pitufo!

—¿Pitufo? —preguntó el crío con curiosidad.

—Sí —dijo muy seria. Había sido lo primero que se le había ocurrido—. ¡Pitufo Miedoso!

Lucas miró desconcertado a su padre.

—Papito, yo no soy miedoso —se quejó con una vocecilla.

Y éste le guiñó un ojo antes de hablar con mucha seriedad.

—¡Claro que no, hijo! Lo que pasa es que Alexia no sabe que tú no conoces a los pitufos.

—¿Quiénes son los pitufos? —demandó el pequeño con curiosidad a su padre.

—¡No puede ser! —exclamó su asistente con cara de sorpresa—. ¿No conoces a Papá Pitufo?

—No —contestó negando con la cabeza.

—¿Ni a la Pitufina? —El niño volvió a negar—. ¿Y a Gargamel tampoco?

Alexia le guiñó un ojo y le dijo con una gran sonrisa.

—Bueno, ¿por qué no hacemos un trato? Tú te quedas conmigo y yo te enseño todos los dibujos de los pitufos que tengo en mi ordenador. Después, si no quieres que yo te siga cuidando, te prometo que llamaremos a papá para que venga corriendo. ¿Qué dices?

Él observó atentamente a su padre, que asintió con la cabeza y le dijo:

—Sólo si tú quieres, hijo.

Lucas cambió de opinión y aceptó, por lo que se fue caminando agarrado de la mano de Alexia rumbo a su habitación, a buscar el ordenador para enseñarle los dibujos que le había prometido. Martín se quedó de pie, quieto, observando cómo su hijo se iba con ella.

—Si pasa cualquier cosa, yo lo llamo, patrón —le prometió Soledad—. Váyase tranquilo.

Su jefe asintió con la cabeza y se fue.

La cocinera volvió a mirar dentro de la olla y puso los ojos en blanco, porque

seguía sin saber qué hacer a continuación.

—¡No, si hoy no comemos! —protestó, para acto seguido ir a buscar a Alexia.

Por fin había llegado a casa. Martín había pasado gran parte de la tarde en la residencia del productor, disfrutando de una larga sobremesa y hablando sobre todos los pormenores que surgen en la grabación de una telenovela. Estaban teniendo tanto éxito que se planteaban seriamente aumentar la emisión de capítulos. Era algo complicado, sobre todo por los compromisos que tenía cada actor con otros proyectos y contratos, y también porque la continuación de la historia debía ser congruente, no sólo alargar por alargar. Con todo, resultaba muy satisfactorio saber que el público estaba respondiendo tan favorablemente, gracias al gran trabajo que estaban llevando a cabo, y querían aprovechar ese tirón.

El problema era que el actor había estado bastante distraído durante la tertulia, y a cada rato revisaba el móvil por si tenía alguna llamada o mensaje. Tenía otras cosas en mente que no le permitían concentrarse todo lo que debía. Así que, cuando ya no pudo más, se despidió de todo el mundo dispuesto a regresar a casa.

Marta, al mismo tiempo que él, decidió que también era hora de irse y, después de despedirse de todos y ya en el aparcamiento, lo invitó a tomar una copa en su apartamento. Martín aceptó, pensando en disfrutar de una agradable velada con una hermosa mujer.

Cuando llegaron a su casa, la actriz abrió una botella de vino y vertió el líquido de color rubí en dos copas, para luego ofrecerle una de ellas con una sugerente sonrisa. La chica, después de beber un sorbo, se acercó al actor y le susurró al oído que se iba a poner algo más cómodo.

Éste le devolvió la sonrisa, aceptando la velada insinuación. Mientras hacía tiempo para que ella se cambiara de ropa, se paseó por el apartamento dando pequeños sorbos de vino. Después de un buen rato, Marta salió de su dormitorio con un sugerente picardías en color rojo, a juego con una finísima bata que no dejaba mucho a la imaginación. La mujer tuvo que carraspear varias veces para llamar la atención del actor, que estaba ensimismado observando las vistas desde la ventana del salón. Como no consiguió nada, se acercó a él por detrás para tocarlo en el hombro.

—¿Querido? —murmuró para atraer su atención.

Martín regresó de sus pensamientos y recorrió con la mirada el increíble cuerpo de ella, admirando sus perfectos pechos operados, sus interminables piernas y sus vertiginosas curvas. Era muy hermosa y ella lo sabía. La actriz se acercó aún más a él, de forma lenta y sensual, se mojó los labios con la punta de la lengua y abrió muy despacio la minúscula bata, para poder acariciarse lentamente un pecho. Reparó en que él no se movía, por lo que decidió tomar la iniciativa y levantó sus brazos para cruzarlos detrás de su cuello y atraerlo hacia ella para poder besarla.

Cuando Martín bajaba la cabeza para besarla, advirtió que sus labios eran bonitos,

pero no eran naturales, y que tenían el tono pálido de unos labios normales, pero que no eran tan apetecibles como otros que tenía en mente en esos momentos.

«¡Maldita sea!»

La besó con dureza y luego con fuerza, exigiendo y luchando por quitarse de la cabeza el recuerdo de otra boca que lo estaba volviendo loco. Acercó su cuerpo al suyo, presionando sus senos contra su pecho, y dejó sus labios para seguir besando el cuello, la clavícula...

—¡Oh, sí, cariño! —exclamó Marta totalmente excitada, mientras le tiraba del pelo y se frotaba más contra él.

De repente se puso tenso y dejó de besarla mientras recuperaba el aliento. Observó la expresión de la actriz, con la cabeza hacia atrás, la boca abierta y los ojos cerrados, y no pudo seguir.

Le sujetó las manos y las apartó de su cabeza, dejándolas caer a los costados del cuerpo de ella. Marta abrió los ojos al percatarse de que algo había cambiado, y se dio cuenta de que se había alejado mientras se pasaba las manos por el pelo de forma impaciente.

—¿Qué pasa, amor? —planteó totalmente desconcertada.

El hombre dio un paso atrás cuando se percató de que ella intentaba acercarse de nuevo con las manos extendidas, para volver a tocarlo.

—Lo siento, Marta, pero no... Yo no... —No pudo acabar la frase, pues ni él mismo sabía por qué se había detenido.

De lo único que estaba seguro en ese instante era de que no había sido buena idea ir.

—¿Acaso no te excito? —le preguntó la rubia, mientras se pasaba las manos por los pechos, de los cuales se sentía muy orgullosa.

—Sí... claro que sí. Lo que pasa es que estoy... estoy preocupado y no... no es un buen momento.

Ella volvió a acercarse a él, intentando desabrocharle los botones de la camisa y acercar su boca para volver a besarlo.

—¡Oh, cielo!, tú no te preocupes de nada y déjame todo a mí —le susurró, mientras intentaba meter su lengua en la boca de él.

Martín retrocedió de nuevo, apartando las manos de ella de su cuerpo. Mientras ponía distancia entre los dos, trataba de inventar una excusa para poder escapar de allí sin ofenderla.

—Lo siento, Marta, de verdad. No es culpa tuya —intentó excusarse mientras se abotonaba la camisa—. Eres una mujer increíble, cualquier hombre estaría más que encantado de estar contigo, pero... cuando salí de casa mi hijo no se encontraba muy bien, y tengo miedo de que haya enfermado —mintió.

La actriz estaba asombrada. ¿Qué hombre podía estar pensando en si su hijo estaba enfermo o no teniéndola a ella delante? ¡Era increíble!

—Puedes llamar a tu casa y preguntar si está bien, para dejar de preocuparte —

propuso, en un intento desesperado de retenerlo y que no se fuera.

Él se acercó a ella y, tras darle un beso en la frente, le dijo:

—No estaré tranquilo hasta que no lo vea por mí mismo, pero te prometo que seguiremos con esto en otra ocasión, ¿de acuerdo? —le aseguró, regalándole luego su sonrisa más arrebatadora.

—Está bien, si es lo que tú quieres...

—Gracias.

Y se fue de allí, dejando a la actriz totalmente desconcertada y sin poder creerse que la hubiera abandonado así.

Capítulo 8

Cuando Martín entró por la puerta de casa, se asustó. Oyó unos gritos provenientes del salón que parecían salidos del infierno. Se acercó corriendo, pensando que estaba ocurriendo algo grave, y se detuvo en seco cuando se topó con la escena más surrealista que había visto en mucho tiempo.

Su hijo estaba encima del sofá pegando botes con un micrófono en la mano, mientras Alexia estaba de rodillas en el suelo, con otro micrófono, delante del televisor... cantando, mejor dicho, berreando los dos, la canción de la película *El Rey León*, *Hakuna Matata*^[1]. Además, Soledad bailaba al ritmo de la música por toda la habitación, haciendo los coros.

Habían conectado la consola, y tenían un juego de karaoke de canciones de Disney, con el cual su hijo había jugado sólo una vez, hacía mucho tiempo. El actor apoyó un hombro en el marco de la puerta y no pudo evitar sonreír al ver semejante espectáculo. Su asistente realmente cantaba muy mal, desafinaba de tal manera que le dolían los oídos. Habían terminado la canción y estaban discutiendo sobre cuál poner a continuación, totalmente enfrascados en ello, cuando de pronto Alexia giró la cabeza y lo pilló espíandolos. Ella se ruborizó hasta la raíz del pelo, y a Martín no le había parecido nunca tan encantadora como en ese momento.

—¡Papi!... ¡Papito! ¡Ya has llegado! —gritó el niño bajando del sofá y corriendo a abrazarlo cuando se percató de su presencia.

Alexia se levantó del suelo con una sonrisa vergonzosa, mientras su compañera se puso a recoger algunas cosas que habían caído al suelo, intentando disimular.

—¡Hola, hijo! —lo saludó cogiéndolo en brazos—. ¿Qué tal lo has pasado?

—¡Padrísimo^[2], papi! —exclamó de forma vehemente, y comenzó a contarle todo lo que habían hecho desde que se había ido—. Álex me enseñó los dibujos de los pitufos, y después jugamos a la pelota. ¡Y le metí muchos goles, papi!

—¿En serio? —preguntó clavando los ojos en ella.

La asistente tuvo que desviar la mirada, ya que la forma en la que la observaba Martín la puso nerviosa. Cuando antes se había dado cuenta de su presencia, se había querido morir por la vergüenza que había sentido al ser consciente de que la había pillado haciendo el tonto con su hijo. Se había dejado llevar, y la verdad era que se lo estaba pasando en grande. Lucas era un encanto de niño y, aunque en un principio era muy tímido, en cuanto te tomaba un poco de confianza, resultaba fácil estar con él. No era un crío caprichoso y se entretenía con facilidad.

—Sí, papito —afirmó Lucas y, bajando un poco la voz, le confesó—: La verdad es que no es muy buena con el balón.

—¡Oye! —exclamó Alexia.

Martín echó la cabeza hacia atrás y no pudo evitar soltar una enorme carcajada. Ella, cuando oyó tanta hilaridad, bufó ofendida, entornando los ojos.

—Muy bien, hijo, así me gusta, siempre se tiene que decir la verdad —lo felicitó por su sinceridad.

Lucas no pudo evitar hincharse de orgullo cuando oyó el cumplido de su padre.

—Ja, ja, ja. —Rió ella de forma irónica—. Y tú... —le dijo al niño, amenazándolo—: No vengas a pedirme más que juegue contigo a la pelota.

—No le hagas caso —la contradijo su jefe—. Tiene muy mal perder. ¿Y qué más has hecho? —le preguntó a Lucas, que volvió a sonreír al tener de nuevo toda la atención de su padre puesta en él.

—Después llegó el abuelo y vimos la película *Superman*. Y ahora estábamos cantando con el karaoke que me regaló la tía Vero.

Martín frunció el ceño, confundido.

—¿El abuelo?

—¡Sí, papi! —contestó el pequeño bajándose de sus brazos y acercándose al sillón que tenían justo delante, donde había una persona sentada.

—El abuelo Miguel —le explicó, tirando de la mano del hombre para que se levantara.

Martín no había podido ver al individuo antes, porque el respaldo del sofá lo escondía de su vista.

—Ha estado tapándose los oídos todo el tiempo, porque dice que Álex desafina mucho, y que la cabeza le iba a estallar con tanto chillido —se chivó su hijo, riéndose.

Cuando éste se levantó y quedó frente a él, el actor, de inmediato, se puso rígido. La sonrisa que había bailado en su rostro desde que había entrado en la habitación se le quedó congelada en el acto. Sus ojos dejaron de expresar hilaridad para tornarse fríos como el acero.

—Lucas, sube con Soledad a tu habitación, ya es hora de acostarse —le ordenó muy serio, sin apartar los ojos del hombre que tenía enfrente.

—¡Papi, no! ¡Todavía es muy temprano! —protestó el niño.

—No me desobedezcas, hijo. —Posó su mirada en el crío e, intentando sonreírle, le prometió—: Ahora subo a arroparte y a darte el beso de buenas noches.

Lucas hizo un puchero, pero se dirigió hacia donde estaba Alexia y se despidió de ella dándole un beso de buenas noches. Ésta no entendía nada de lo que estaba pasando, pero enseguida cayó en la cuenta de que, en el momento en que Martín había visto a su padre, el ambiente había dejado de ser alegre para tornarse sombrío... y no sabía qué había ocurrido para que sucediera tal cosa.

—Hasta mañana, mi pitufo, que descanses bien —se despidió, mientras le devolvía el beso y le daba un abrazo.

El crío se acercó a su abuelo y se despidió de él también; ella no pudo obviar el gesto de desagrado que surgió en el rostro de su jefe. Cuando el niño abandonó la

estancia de la mano de Soledad, Martín se acercó hecho una furia a su padre.

—¿Qué demonios haces aquí? —le espetó con los dientes apretados.

—Hijo, no te pongas así —le pidió el hombre, con las palmas de las manos levantadas intentando calmarlo.

—¡No me llames así! —exclamó Martín, con el músculo de la mandíbula temblándole por el esfuerzo que hacía al contenerse para no gritar—. ¡Te he hecho una pregunta! ¿Qué haces aquí?

—He venido a conocer a mi nieto.

El actor rió sin ganas, y Alexia observó que tenía los puños tan apretados que los nudillos estaban blancos.

—¡Vaya, esa sí que ha sido buena! En casi cinco años no te has preocupado de su existencia y, de repente, ahora quieres conocer a mi hijo —le reprochó.

Ella se había dado cuenta de que Lucas había estado muy tímido al principio con su abuelo, pero lo había achacado a que se veían poco, no a que no lo conociera. Y no le dio mayor importancia cuando comprobó que el niño, al poco rato, se comportaba de forma normal.

—Eso no es cierto —se defendió el hombre con una extraña expresión en el rostro.

—¿Que no es cierto? —le preguntó sorprendido por su desfachatez. Se pasó la mano por el pelo con impaciencia—: Dime, entonces, ¿dónde has estado todos estos años? Porque mi hijo ha conocido a su abuelo... ¡hoy!

—Sabes perfectamente que no me has dejado acercarme ni a él ni a ti antes.

—¡Tienes razón! —contestó Martín—. Y he tenido mis motivos para hacerlo... pero, si realmente hubieras querido conocerlo, si te hubiera interesado lo más mínimo, lo hubieras hecho mucho antes —le recriminó clavándole los ojos directamente—. Por cierto, ¿quién te ha dejado entrar?

—Eso no importa —contestó su padre, y se movió, alejándose de él como para reunir fuerzas.

—Sí, sí que importa.

—Fui yo —intervino Alexia.

Su jefe se giró hacia ella con una expresión de dolor en los ojos, como si lo hubiera traicionado o decepcionado de alguna manera.

—Contigo hablaré más tarde —le dijo fríamente.

Alexia levantó la cabeza, retándolo con la mirada. No sabía qué era lo que pasaba entre padre e hijo, pues estaba claro que no se llevaban bien, pero de lo que sí estaba segura era de que ella no había hecho nada malo.

—No la tomes con ella —la defendió Miguel—. No sabía nada y me aproveché de ello.

Luego, mirándola a los ojos, se disculpó.

—Lo siento, Alexia. Cuando te llamé y me invitaste a venir, no pude desaprovechar la oportunidad que llevaba tiempo esperando.

Ella vio tanta sinceridad en sus palabras, y tanta vergüenza en sus ojos por haberla engañado, que no pudo más que ofrecerle una leve sonrisa.

—No te preocupes, no pasa nada.

El actor estaba anonadado. No sabía qué le dolía más: si la presencia de su padre en su casa después de tantos años o la complicidad que había observado entre Alexia y él.

—¡¡Se acabó!! —tronó tajantemente.

Y sin poder mirar a su padre a la cara, hizo un movimiento con la cabeza hacia la puerta.

—¡Quiero que te vayas...! ¡¡¡¡Ahora!!!!

—¡Martín! —exclamó Alexia asombrada.

¿Cómo podía tratarlo así? Por mucho que él le hubiera hecho, no tenía ningún derecho a hablarle de esa manera. ¡Era su padre, por Dios!

—¡No pasa nada! —le dijo Miguel interponiéndose entre ellos dos, pues su hijo se había girado hacia ella echando chispas por los ojos.

»Me voy a ir, no te preocupes —le explicó a Alexia asintiendo con la cabeza.

—¡Estás tardando! —replicó el actor.

La asistente pudo observar el dolor que cruzó por el rostro de aquel hombre al oír a su hijo, y se le partió el corazón. Pero Miguel se enderezó y carraspeó para aclararse la voz, y luego se dio la vuelta para enfrentarse a Martín.

—Hay algo en lo que tienes razón, hijo. He tardado... demasiado. Pero eso es algo que estoy dispuesto a rectificar a partir de ahora. —Y clavando la mirada en él, le aclaró—: Hoy... por fin, he conocido a mi... nieto, y quiero seguir haciéndolo, y tú no vas a poder hacer nada por evitarlo.

—En eso estás totalmente equivocado. Soy su padre y...

—¡Y yo, su abuelo! —lo interrumpió alzando la voz—. ¡Tengo derecho!

—Ese derecho lo perdiste hace muchos años —le espetó, retándolo con la mirada.

El hombre se la sostuvo con orgullo y, con todo el aplomo que pudo reunir, le respondió.

—Pues te informo de que he venido a recuperarlo.

Dicho esto, con mucha dignidad, se dirigió hacia la salida. Alexia se fue detrás de él para acompañarlo, dejando al actor sorprendido por su respuesta.

Cuando llegaron a la puerta de entrada, ella observó cómo Miguel extendía una mano temblorosa hacia el pomo, para luego dejarla apoyada allí durante unos segundos, sin fuerzas para abrir la puerta. Cuando se percató de que estaba a su lado, soltó un largo suspiro de pesar.

—Lo siento mucho, Alexia, yo no sabía que no estabas enterada de la situación entre mi hijo y yo. Debí haberlo imaginado cuando me invitaste hoy a venir.

—No. No sabía nada —le confirmó.

—Sinceramente, pensé que, antes de irse, Verónica te habría puesto al tanto, pero está visto que me he vuelto a equivocar —comentó, mirándola apesadumbrado.

Abrió la puerta para marcharse, pero en el último momento se volvió hacia ella.

—Sé que no tengo derecho a pedírtelo, y mucho menos después de lo que acaba de suceder, pero te suplico que me dejes seguir llamándote, para saber de mi nieto y de mi... hijo. —Le rogó—. ¡Te juro...! ¡Te prometo que él no se va a enterar!

Ella le tocó el brazo con una mano y esbozó una leve sonrisa de consuelo.

—No te preocupes, Miguel: puedes seguir llamándome las veces que quieras —lo tranquilizó—. No sé qué es lo que ha pasado entre los dos, pero intentaré hablar con Martín. Tiene que entender que tú y él sois mayorcitos para tener vuestras disputas, pero Lucas es un niño que no tiene culpa de nada, y tiene derecho a conocer a su abuelo.

El hombre la miró con tanto agradecimiento y alivio en los ojos que se le encogió el corazón. No consiguió evitar emocionarse, y en ese instante se percató de que, fuera lo que fuese lo que hubiera hecho o pasado entre padre e hijo, Miguel estaba arrepentido.

—Gracias. Sé que tu intención es buena, pero conozco a mi hijo y no le vas a hacer cambiar de opinión. Es más, te ruego que no le digas nada, no quiero que tengas más problemas por mi culpa.

—Bueno, ésa es una decisión que tengo que tomar yo —contestó con una sonrisa—, no ese cabezota —señaló con la mirada en dirección al salón—, ni tú tampoco. Si lo hago, meterme en problemas digo, será por Lucas.

Él la observó fijamente durante unos segundos con una extraña mirada y al final la obsequió con una sonrisa de agradecimiento. Luego, moviendo la cabeza de un lado a otro, añadió:

—Me parece que tú también eres un rato terca. —Se acercó a ella para darle un beso de despedida—. Hasta luego, Alexia, y gracias por todo.

Y salió por la puerta principal.

—Hasta luego, Miguel —se despidió sonriendo, y cerró la puerta a sus espaldas.

«Bien, ahora tengo que volver al salón y enfrentarme con mi jefe», pensó, dejando morir la sonrisa que tenía en el rostro.

Y no pudo evitar morderse el labio inquieta. Una cosa era decir que se iba a enfrentar a él y, otra muy distinta, hacerlo.

Cuando llegó a la estancia, él andaba de un lado a otro como un león enjaulado, pasándose las manos por el pelo, como solía hacer cuando estaba nervioso o preocupado. Se detuvo en seco cuando la vio, y con el dedo índice extendido le indicó que se sentara.

—Prefiero quedarme de pie, gracias —le contestó ella a la orden muda.

—¿Me estás retando? —preguntó lanzando dagas con la mirada.

—No, pero no quiero ponerme cómoda, por si me echas de tu casa igual que acabas de hacer con tu padre.

—¡No me juzgues, Alexia! ¡Tú no tienes ni idea! —le exigió alzando la voz.

—¡Tienes razón, no tengo ni idea! Si me lo explicaras, quizá podría entender cómo un hijo puede tratar así a un padre.

Él se acercó a ella peligrosamente. Estaba furioso.

—A ti no tengo que darte ningún tipo de explicación —masculló entre dientes—, cosa que tú no puedes decir. ¿Se puede saber por qué demonios invitas a desconocidos a *mi* casa cuando *yo* no estoy?

Alexia tuvo que levantar la cabeza para mirarlo directamente a los ojos y sostenerle la mirada. Martín se sorprendió de su actitud desafiante.

—No invité a un desconocido, invité a tu padre, con el que llevo hablando todos los días desde hace semanas.

El actor retrocedió un paso, desconcertado.

—¿Cómo? ¿De qué estás hablando?

—Desde que empecé a trabajar para ti, Miguel me ha estado llamando todos los días, preguntándome por ti y por Lucas. La verdad es que me resultaba raro que no quisiera que te pasara el teléfono, pero nunca me atreví a preguntarle a él o a ti el motivo. Siempre me decía que no te dijera nada, que no quería molestarte.

Él comenzó a negar con la cabeza, no podía creer lo que le estaba diciendo. Estaba realmente confundido, intentando comprender.

Hacía años que no lo veía y, de repente, aparecía en su casa como si no hubiera pasado nada, amenazándolo con que quería entrar en su vida para ejercer de abuelo. ¿A qué demonios estaba jugando?

—Yo no sabía nada sobre vuestra... situación —siguió explicándole—, y, cuando hoy me llamó y me preguntó nuevamente por ti y por tu hijo, me pareció buena idea decirle que, si quería, podía pasar la tarde con Lucas. Es su abuelo, en ningún momento dudé de que no fuera bien recibido en esta casa.

Martín se sentó en el sofá.

—¿Ese hombre ha estado hablando con Verónica? —le preguntó cabizbajo.

Comprendía que ella era desconocedora de la situación y no podía juzgar como traición su actitud... pero, desde luego, no entendería que Verónica, a la que consideraba como una hermana, hubiese estado hablando con su padre a sus espaldas.

—Sinceramente, no lo sé.

Aunque tenía la fuerte sospecha de que así era, ya que Miguel había hablado con ella desde el primer día y no se había acercado a pedirle el teléfono, por lo que era obvio que tenía que habérselo facilitado alguien, y lo más lógico era pensar que había sido Vero. Sin embargo, no quiso exponerle sus dudas y delatar a su amiga, por si así fuera el caso.

Alexia también se sentó en el sofá, a su lado, y dejó escapar un suspiro al verlo tan abatido.

—Martín... —empezó a decir de forma suave y conciliadora—... no sé qué ha pasado entre vosotros dos, pero de algo estoy segura: tu hijo no tiene la culpa de los

errores que cometen los mayores. No le niegues la oportunidad de conocer a su abuelo.

—Tú no lo entiendes, Alexia. Ese hombre me ha hecho demasiado daño, y no quiero que se acerque a mi hijo —respondió casi en un susurro.

El actor levantó la mirada y la posó en ella, y Alexia se sorprendió a ver el dolor que reflejaban sus ojos. Era tanta la tristeza que desprendían que sintió como un pinchazo en el pecho. Comprendió que, irónicamente, a pesar de la furia y el enfado, su jefe sufría, como también lo hacía su padre.

—Estoy segura de que tu padre está arrepentido, y de que quiere arreglar la situación entre vosotros dos. Dale la oportunidad de hacerlo.

Él se rió irónicamente y se levantó del sofá.

—¡Miguel arrepentido! ¡No me hagas reír! —exclamó con sarcasmo, acercándose al ventanal del salón, desde donde podía observar el jardín.

—Todos cometemos errores, nadie es perfecto. Yo también me he enfadado con mi padre, y no por eso...

Su jefe se giró furibundo y se acercó a ella. Los músculos de la mandíbula le temblaban, y sus labios eran una fina línea.

—No te atrevas a comparar un simple enfado con tu padre con lo que me ha hecho ese hombre —la increpó, interrumpiéndola—. No quiero tenerlo cerca, no quiero que forme parte de mi vida ni de la de mi hijo y, por supuesto, no quiero que vuelvas a hablar más con él.

—Lo siento, pero no lo voy a hacer.

—¿Cómo has dicho? —soltó totalmente sorprendido—. Por supuesto que lo vas a hacer —exigió tajante—. Es más, a partir de ahora te prohíbo terminantemente que ese hombre entre en mi casa. Y, por supuesto, que vuelva a acercarse otra vez a Lucas.

Alexia se levantó despacio del sofá. Se arregló la ropa con calma, en un intento de reunir el valor para poder enfrentarse a él, y levantó la cabeza para poder mirarlo directamente a los ojos.

—Si no quieres que tu padre entre en esta casa, tendrás que ser tú quien se lo prohíba en persona. Y también tendrás que ser tú quien le diga a tu hijo que no podrá volver a ver a su abuelo. Y, por supuesto, tú no eres nadie para prohibirme a mí hablar con quien yo quiera —contestó firmemente.

Él parpadeó varias veces, mudo por el asombro. No entendía la actitud que estaba teniendo, ni tampoco entendía por qué defendía tanto a su padre. ¿Quién diablos se creía que era para hablarle así?

—Escúchame, y escúchame bien, Alexia —le dijo con los dientes apretados, haciendo verdaderos esfuerzos por no gritarle—. Tú sólo eres mi empleada, y vas a hacer lo que yo te ordene. Si no te gusta, ya sabes lo que tienes que hacer —la informó moviendo la cabeza en dirección a la puerta.

Y, sin más, salió del salón con paso firme, dejándola sola y dolida por sus

palabras.

Martín intentó calmarse antes de subir a arropar a su hijo; lo consiguió a duras penas, pero pudo disimular lo suficiente delante de Lucas como para que él no sospechara que estaba enfadado. Pero, cuando más tarde Sole lo buscó en el despacho, para preguntarle si quería algo de cenar, no pudo evitar ladrarle que no tenía hambre.

No hacía más que darle vueltas a la discusión que había mantenido con su asistente. Estaba furioso con ella, por abogar por su padre y no estar de su lado. No entendía su actitud. Y lo que menos comprendía era por qué le importaba tanto la decepción que vio en sus ojos. Le dolía que ella defendiera a su padre de esa manera y, sin embargo, lo juzgara a él sin conocer la verdad.

Pudo observar, desde las ventanas de su despacho, cómo Alexia se dirigía hacia las sillas del jardín, y recordó lo bien que se había sentido con ella la noche anterior en ese mismo lugar. No logró evitar pensar en el beso que casi se dieron esa misma mañana, ni recordar cuando ella se ofreció a cuidar de su hijo. No consiguió impedir que le naciera una sonrisa cuando se acordó de la forma en que la encontró, tirada en el suelo gritando a pleno pulmón con Lucas, en el salón. Y reflexionó sobre que quizá había sido un poco duro. Y no pudo ni quiso eludir el impulso de ir a hablar con ella.

Cuando llegó a su lado, le preguntó si podía sentarse, y ella le contestó con un encogimiento de hombros.

—Alexia, yo... —empezó a hablar—... quería disculparme. Reconozco que tengo un temperamento fuerte y que a veces me cuesta reprimirme —se excusó—, pero no me gusta estar enfadado contigo.

Ella lo miró con una extraña expresión en el rostro, y trazó una trémula sonrisa.

—Quiero que entiendas que este... ejem... —carraspeó—... asunto de Miguel, a mí, me hace daño. No puedes comparar un simple enfado con tu padre, seguramente por una tontería, con el problema que tengo con el mío.

Alexia desvió la mirada hacia el frente, y Martín observó cómo le temblaba la barbilla.

—¿Sabes...? —empezó a decirle ella, y se detuvo mordiéndose el labio, pero esta vez para evitar llorar.

Levantó la cabeza al cielo parpadeando varias veces, para que los ojos no se le llenaran de lágrimas, y después de unos segundos volvió a hablar.

—Yo también quiero pedirte disculpas —continuó, sin ser capaz de mirarlo a la cara—, por meterme donde no me llaman. Y, tienes razón, no puedo comparar el enfado que tuve con mi padre con el tuyo, no tienen nada que ver.

—Alexia...

—Por favor, déjame explicarte por qué actué así —le rogó, mirándolo esta vez.

Su expresión era de tal angustia que Martín sólo atinó a asentir. Cuando ella

recuperó la atención de su jefe, dirigió su mirada al frente.

—Hace siete años tuve una fuerte discusión con mi padre —se dispuso a explicarle— y, no te has equivocado, fue por una tontería. Tenía veintiún años y había conocido a un chico del que me había enamorado.

Él no pudo evitar sentir una punzada en el estómago.

—Por la tontería de la edad, desatendí mis estudios, y mis notas sufrieron un bajón importante. Ese día mi padre se enteró y me prohibió salir aquella noche. Por supuesto yo me enfadé, y le dije cosas que... —Alexia enmudeció por un momento, y no pudo evitar que las lágrimas rodaran por su mejilla—... le dije cosas de las cuales me arrepiento profundamente.

La chica subió las piernas encima de la silla y se las agarró con fuerza, mientras se balanceaba mirando hacia el vacío.

—Horas más tarde recibí una llamada de la policía, informándome de que mis padres habían sufrido un accidente de coche. Tan egoístamente enfadada estaba con el mundo, por lo injusto que era conmigo, que ni me había percatado de que ellos se habían marchado a hacer unos recados por la tarde y que eran las diez de la noche y todavía no habían regresado.

Se secó las lágrimas con el dorso de la mano de forma impaciente, aunque ya no podía evitar que corrieran como ríos por sus mejillas, e inspiró profundamente.

—Mi mundo se vino abajo en un segundo cuando me dijeron que el accidente había sido mortal, y que los dos habían... fallecido. De repente, en un solo instante, todo cambió. Me encontré sola, rota, indefensa y... y... me enfadé. Me enfadé mucho.

—Alexia, la culpa no fue tuya —intentó consolarla Martín.

Su asistente se levantó de la silla, sin poder estar por más tiempo quieta en un lugar.

—¡No lo entiendes! —exclamó ella con una extraña sonrisa en los labios—. No me enfadé conmigo, me enfadé con él —le explicó con tanta vergüenza que no pudo sostenerle la mirada—. Estaba furiosa con los dos. Con mi padre, por haber salido con el coche y no haber evitado el accidente, y con mi madre, por habérselo permitido.

Él también se levantó, sin saber muy bien qué hacer ni cómo comportarse. Quería consolarla, abrazarla y mantenerla entre sus brazos hasta que desapareciera el dolor por completo, pero no se atrevió.

Alexia intentó calmarse, y deseó que toda la culpa que sentía la dejase respirar. Era importante para ella que Martín entendiera sus motivos, aunque el dolor volviera a atravesarla tan vivamente como hacía siete años.

—Me fui a vivir con mi hermana, hasta que pude conseguir un trabajo y emanciparme. Trabajaba de día y estudiaba de noche. Y lo más irónico —añadió sonriendo sarcásticamente— fue que no volví a ver nunca más a ese chico. También lo culpé a él. La verdad es que culpé a todo el mundo, menos a mí.

Se rodeó el torso con los brazos, tratando de que desapareciera el frío que ahora sentía, y Martín dio un paso para acercarse a ella, pero luego se detuvo.

—Durante muchos años no quise reconocer que la culpa no había sido de ellos. Estaba furiosa porque me habían dejado sola, me habían abandonado cuando más los necesitaba. Me era más fácil culparlos que enfrentarme al hecho de que ellos se habían llevado la peor parte, y que había sido sólo culpa mía... que si yo hubiera sido mejor hija, si no hubiera sido tan egoísta... Si ese día no le hubiera dicho todas las barbaridades que le dije... mi padre no habría ido distraído y... no habrían sufrido el accidente. —No pudo evitar romperse por los remordimientos que la carcomían.

Él se puso rígido de repente, y algo en el fondo de su mente pugno por salir; quería luchar para llegar a la superficie, pero se negó a dejar que brotara.

—Y... ¿sabes qué? —le confesó cuando tuvo las suficientes fuerzas como para seguir hablando y mirarlo a los ojos directamente—. ¡Tienes razón! No sé qué es lo que ha pasado entre tu padre y tú, lo ignoro por completo, pero... si te puedo decir algo...

Ahora era él quien no podía sostenerle la mirada. Sabía que lo que le iba a decir le dolería. Había tanto sufrimiento en esa mirada, tanto dolor, tanta verdad...

—Yo, ahora... daría lo que fuera, lo que fuera para poder... —Alexia no pudo evitar el sollozo que la atravesó—... hablar con ellos... volver a verlos, aunque sólo fuera una vez más. Decirles lo mucho que los quiero, que los echo tanto de menos que me duele, que me acuerdo de ellos todos los días de mi vida. Y, aunque les he pedido perdón un millón de veces, ahora, la que no... la que no puede perdonarse, soy... yo.

Alexia se acercó a su jefe, que estaba de pie sin poder moverse, y vio en su rostro el mismo sufrimiento que ella sentía. Se secó los ojos, que estaban anegados de lágrimas, y le tocó suavemente el brazo. Él se envaró más, si eso era posible.

—Tú tienes la oportunidad de hacerlo, Martín. Puedes sentarte con tu padre y hablar. Intentar solucionar vuestro... problema. Él ha dado el primer paso al acercarse a ti; no permitas que tu orgullo te impida hacer lo que es correcto. Y, si no puedes perdonarlo, no dejes que tu hijo crezca sin su abuelo. Todo el mundo tiene derecho a rectificar, y es posible que él no haya sido un buen padre, pero quizá sí pueda ser un buen abuelo —le aconsejó.

Como él no respondió, decidió que ella había hecho lo que había podido. El dolor era tan intenso que estaba agotada emocionalmente. Había vuelto a revivir su peor pesadilla, y de corazón esperaba que hubiera valido la pena.

—Buenas noches —le dijo esperando una respuesta, algo que le indicara que su esfuerzo había tocado una fibra sensible en él que le hiciera recapacitar. Como eso no sucedió, descorazonada, decidió irse.

Si ella se hubiera dado la vuelta, habría visto cómo una lágrima surcaba una mejilla de su jefe.

«¡Maldita sea!», pensó éste.

Capítulo 9

Alexia se levantó temprano el domingo; no había podido dormir muy bien esa noche, después de su charla con Martín, así que, cansada de dar vueltas en la cama, se duchó y se preparó para quedar con Mauro y las chicas.

Iban a ir de compras y, aunque no le apetecía mucho, pensó que quizá sería lo mejor para distraerse. Además, tampoco deseaba encontrarse con su jefe; ese día necesitaba su propio espacio.

Cuando subió a la cocina a desayunar, ya estaban sus compañeras allí, y le preguntó a Tina por su padre. Ésta la tranquilizó, comentándole que se encontraba mucho mejor y que en breve lo mandarían para casa. Soledad intentó interrogarla sobre lo que había pasado la noche anterior y se lo contó rápidamente por encima, poniendo en antecedentes a Tina, que se lo había perdido. Por supuesto, omitió la dolorosa confesión que tuvo lugar en el jardín, y algún que otro detalle; tampoco es que ella supiera mucho más.

En el momento en el que la pasaron a recoger, Martín y Lucas todavía no se habían levantado, así que avisó a Sole de que, si surgía cualquier problema, la llamaran al móvil.

Cuando se subió al coche de Mauro, las chicas ya estaban dentro.

—¡Hola, Cenicienta! Somos tus hadas madrinas y venimos a recogerte en nuestra humilde carroza —la saludó su amigo.

—¡Hola! —respondió riéndose por la ingeniosa ocurrencia.

—¿Estás preparada para el largo día que te espera con nosotras? —preguntó Eva, mientras el vehículo se ponía en marcha.

—Supongo que sí.

—¡Me alegro!, porque te tenemos una sorpresa increíble —la informó María, emocionada.

—¡María! —gritaron al unísono sus amigos.

—¡Ups!... ¡lo siento! —se disculpó la peluquera, poniendo los mismos ojos que el gato con botas de *Shrek*.

—¿Qué sorpresa? —quiso saber Alexia, curiosa.

—¡Será posible! ¡No se puede tener un secreto contigo! —le recriminó el modisto a su amiga mientras cambiaba de calle.

—¡Lo siento, se me ha escapado! —se excusó de nuevo.

—¿Qué secreto? —volvió a preguntar Alexia.

—¡No te vamos a contar nunca nada más! —la reprendió Eva, lanzando dagas por los ojos y girando el cuello hacia atrás, ya que tanto Alexia como María iban en la parte trasera.

—¡Bueno, vale ya! Os he pedido disculpas, ¿no? ¿Qué queréis?, ¿qué me

fustigue? ¡Echadme a la hoguera por bocazas! —exclamó ella, ofendida.

—Pero ¿de qué estáis hablando? —inquirió por tercera vez la asistente.

—No es eso María, es que...

—¡¡¡Eeeehhhh!!!! —gritó Alexia, harta de que la ignoraran—. ¿De qué estáis hablando? ¿Cuál es la sorpresa? —preguntó de nuevo cuando todos se callaron.

—¡Álex, cariño, es obvio que no te lo podemos decir! —exclamó la peluquera asombrada por la pregunta—. ¡No ves que, si no, ya no sería una sorpresa! —le explicó, dando a entender que era la pregunta más tonta que había oído jamás.

Alexia parpadeó, pasmada por la reacción de su amiga. Abrió la boca varias veces para contestarle, pero se quedó sólo en un intento, ya que no fue capaz de articular palabra. En ese instante, tanto Eva como Mauro rompieron a reír al ver su cara de estupefacción.

—Ahora recuerdo por qué la queremos tanto —comentó su amigo entre risas.

Cuando llegaron al centro comercial, aunque no era tarde, ya había mucha gente, y Mauro estaba disfrutando como un niño con juguetes nuevos, aunque bufaba sin parar para disimular. No dejaba de ir de un lado a otro, revolviendo entre las perchas y murmurando que toda la ropa que había era un asco.

—¡No puede ser! —exclamó contrariado—. ¡Toda la ropa es igual! ¿Es que no tienen ni un poquito de imaginación? ¡Ay, si me dejaran a mí! ¡Diseñaría ropa que las dejaría a todas con la boca abierta y las bragas en el suelo!

—¡Uf!, ¿te imaginas a Mauro triunfando como diseñador? —le preguntó Eva a María irónicamente.

—Estarías tan inaguantable que no habría quien te tosiera —le espetó la peluquera para luego sacarle la lengua, cuando se percató de que Mauro le hacía muecas.

—Sí, tú riéte de mí. Ya me vendrás a suplicar que te diseñe el traje de novia cuando te cases —le contestó socarronamente.

—Buenooo... ¡eso es distinto! —repuso ésta acercándose a él, que estaba enfrascado buscando ropa entre las perchas—. Tú sabes que yo te quiero un montón, y que somos panas^[3] desde hace mucho tiempo —apostilló, haciéndole la pelota y dándole un beso de reconciliación en la mejilla.

—Sí... sí. Arrieritos somos y en el camino nos encontraremos —señaló éste, devolviéndosela.

—¡Mauro, mira este top! —exclamó Eva unas veinte perchas más allá.

—¡Es divino! —soltó el modisto, olvidando la conversación anterior y observando detalladamente la prenda con ojo crítico.

Se pasaron toda la mañana de una tienda a otra. Su amigo cargaba a las chicas con montones de prendas, que llevaban al probador para que Alexia se las probara. Y ésta tuvo que admitir que él sabía lo que se hacía. La ropa que le traían las chicas nunca la hubiera escogido para sí misma, pero, cuando se la probaba, no le quedaba más remedio que aceptar que le sentaba increíble. Fueron descartando algunas y

comprando las mejores.

Alexia había adelgazado bastante desde que había llegado a México, sobre todo porque no se acostumbraba a la comida tan picante, por lo que, cuando comía fuera, se alimentaba a base de ensaladas. Aun así, tenía un poquito de barriguita, algo de cartucheras y algún que otro molesto michelín, pero nada que no se pudiera arreglar comprando una fajita, como bien le aconsejó Mauro.

—Cariño, ¿te crees que las grandes estrellas no las utilizan? La mayoría de ellas van enfundadas en fajas reductoras especiales, desde el pecho hasta por encima de la rodilla. Son los secretos mejor guardados de todas las *divinities* —le aseguró él—. Hay muy pocas que se puedan permitir usar un vestido ceñido sin nada por debajo... después de gastarse un dineral en tratamientos de belleza y pasar de vez en cuando por quirófano para hacerse una liposucción o la operación de turno, claro. Y sólo salen ligeras de ropa si después hay una sesión completa de *Photoshop*. La pena es que los mortales como tú y como yo no nos lo podemos permitir, sino estaríamos igual o mejor que ellas.

Después de lo que a Alexia le parecieron las horas más largas de su vida, pararon para comer. Definitivamente estaba agotada. Pero lo peor vino luego, cuando acabaron y decidieron que ya era hora de retomar la tortura a la que la estaban sometiendo. Las chicas tuvieron que sujetarla entre las dos y tirar de los brazos de la asistente para sacarla del restaurante, ya que se negaba a seguir de *shopping*, pues ahora tocaba la peor parte: zapatos y complementos.

—¡Dios mío, ten piedad de mí! —gritó después de entrar en la última zapatería.

Había perdido la cuenta de cuántos comercios había pisado.

Decidieron parar a media tarde, fundamentalmente porque el dinero que tenía se le había acabado —menos mal que, al trabajar con Martín, disfrutaba de pensión completa, porque no tenía ni para un perrito caliente— y, sobre todo, porque se había negado a dar un paso más: si seguían así, no llegaría a estrenar la ropa, ya que le daría un síncope antes.

Tanto ella como sus amigos iban cargados de bolsas; Alexia no entendía cómo, con el ajustado presupuesto del que disponía, Mauro había podido estirarlo de esa manera. Su amigo era un genio.

—¿Sabes?, podrías dedicarte a trabajar como *personal shopper*. ¡Serías increíble! —le comentó, mientras iban de camino a la salida del centro comercial.

—¡Noooo, ni hablar! Eso ya lo hace mi pareja y es un infierno. Una cosa es salir con una amiga de compras, y otra muy distinta tener que aguantar a unas viejas insoportables con dinero o, en su defecto, a famosillas insoportables de tres al cuarto.

—Pues es una pena, porque se te da genial —lo halagó con total sinceridad.

—Algún día, Álex, seré un gran diseñador, por el que se pelearán las mujeres más famosas e importantes de este país para que las vista con mis increíbles diseños. —Le comentó de forma soñadora.

—De eso estoy totalmente segura —afirmó Alexia, contundente, sacándole una

sonrisa de gratitud a su amigo por la confianza depositada en él—. Y te aseguro que, si puedo, te ayudaré en lo que sea.

Cuando acabó de decir esto, se paró en seco, porque acababa de ver el vestido más asombroso que se pudiera imaginar. Se acercó despacio al escaparate, imaginando un mundo perfecto donde ella se lo pudiera poner y lucirlo de forma increíble.

Sus amigos la siguieron cuando se dieron cuenta de que se había desviado del camino hacia la salida y también se acercaron al escaparate, atraídos como ella por una fuerza invisible, con las bocas abiertas de admiración.

—¡Vaya! —dijo Mauro con los ojos abiertos como platos.

—¡Uauuu! —exclamó María.

—¡Fantástico! —comento Eva, antes de soltar un silbido de entusiasmo.

Era un vestido en organza de seda natural de color morado, y tenía unas flores blancas muy elegantes bordadas por toda la tela. El escote era palabra de honor, entallado al cuerpo, y el corte, estilo sirena, se ajustaba hasta encima de las rodillas, de donde salían unos pliegues con volumen y un poco de cola. El remate era un sencillo cinturón de seda en blanco, con una flor del mismo color que hacía resaltar la cintura.

—¡Mierda! —se quejó la asistente llamando la atención de sus amigos, que se giraron todos a la vez, pensando que se había hecho daño—. ¡¿Habéis visto qué precio tiene?!

Todos miraron nuevamente, y pusieron la misma cara de desolación cuando vieron la cifra.

—¡Me cago en...!

—¡No mames...!^[4]

—¡No lo podría pagar aunque trabajara toda mi vida! —reconoció apesadumbrada, ya que, soñadoramente, se había imaginado vestida con él, caminando agarrada del brazo de Martín por una alfombra roja en algún evento importante. De repente, a Mauro se le iluminó la cara y no pudo evitar que se le formara una gran sonrisa de oreja a oreja.

—¡Quizá no tendrías que hacerlo! —le dijo éste de forma enigmática.

Alexia se giró para ver si a su amigo le habían dado algún golpe en la cabeza que le hiciera decir tonterías sin que ella se hubiese enterado.

—No recuerdo que hayas tomado alcohol en la comida —le soltó.

—No lo he hecho —confirmó Mauro.

—Pues, entonces, peor me lo pones. —Se volvió hacia María y le preguntó mordazmente—: ¿Ha sufrido recientemente algún episodio de locura transitoria o algún tipo de delirio? Lo digo por si hay que llevarlo atado con una camisa de fuerza al médico. —De nuevo miró a Mauro y le dijo—: Sin ningún tipo de acritud, ¡eh! Lo digo por tu bien.

—¿Todas las españolas sois así de graciosillas? —preguntó él con sorna.

—No, yo rompí el molde. ¡Soy única e inigualable!

—¡Ya! —soltó de forma desdeñosa—. Ahora, en serio... antes me dijiste que harías lo que fuera por ayudarme a ser un gran diseñador.

—No, te dije que te ayudaría en lo que pudiera —puntualizó.

—Bueno, es lo mismo.

—No, no lo es.

—¡Da igual! —contestó su amigo, impaciente—. El caso es que se me ocurre una idea para que puedas ayudarme.

—¿Y cuál es? —se interesó Eva intrigada.

—Bueno, la idea es que... seguramente tendrás que acompañar a tu jefe a importantes eventos, fiestas, homenajes y ese tipo de cosas...

—Que yo sepa, no —lo interrumpió ella—. Lo más probable es que vaya acompañado por la actriz o modelo de turno con la que esté saliendo en ese momento.

—Si no recuerdo mal, creo que Vero lo acompañó a más de un evento cuando trabajaba para él —la informó María.

—Pues no sé...

—Es probable que lo hagas —continuó Mauro—. En todo caso, si no te invita él, lo hará otro, de eso estoy totalmente seguro —aseveró de forma contundente, echando miradas de complicidad a sus amigas.

—¿A qué te refieres? —quiso saber Alexia, intrigada por tal afirmación.

—¡Oh, nada, no te preocupes! —contestó sin darle mayor importancia, para que no le siguiera preguntando—. El caso es que probablemente acudirás a eventos importantes, y te codearás con gente rica y poderosa. Conozco a una mujer, era amiga de mi madre cuando ésta vivía, que posee una tienda de telas. Me tiene mucho cariño, por lo que me deja las telas a muy buen precio; incluso, si son retales sueltos, me los regala.

María empezó a dar palmitas y saltitos muy contenta, y a Eva le nació una sonrisa enorme al darse cuenta del plan que su amigo estaba urdiendo.

—¿A dónde quieres ir a parar? —preguntó Alexia sin tener claro lo que quería decir.

—Quiero hacer un trato contigo —le planteó muy serio—: Cuando tengas que acudir a un evento, una reunión muy importante, gala, fiesta... lucirás un modelo de ropa que yo haya diseñado. No tendrás que pagar nada, sólo tendrás que hacer, a cambio, publicidad de mí y de mi creación. A las mujeres que te pregunten sobre el modelo que lleses esa noche, les dirás que yo lo diseñé. ¿Qué me dices?

—No sé... —contestó simulando que se lo estaba pensando—. Me estás pidiendo que me vista como una modelo, que luzca ropa impresionante... porque supongo que será impresionante, ¿no?

—Eso dalo por hecho —contestó su amigo, ansioso porque aceptara.

—Y, claro, eso tiene que ser cuando vaya a unas superfiestas megapijas y extremadamente aburridas, y tenga que conocer a... ¿cómo fue que dijiste?... ¡Ah,

sí!, famosillas insoportables de tres al cuarto —siguió mofándose Alexia.

—Bueno, sí, pero...

—Y, por supuesto, de todo este *marketing* gratuito que yo haré desinteresadamente sin ningún ánimo de lucro, no sacaré ningún tipo de beneficio, ¿no? —preguntó entornando los ojos.

—Buenooo... al principio no, pero...

—¡Claro que sí, tonto! —le dijo al fin, sin poder seguir haciendo sufrir más a su amigo—. ¡Será un placer!

—¡¿De verdad?! —exclamó maravillado.

—De verdad de la buena —le contestó ésta, asintiendo con la cabeza.

—¡Uuuuu! —gritó Mauro en medio del centro comercial, riendo y abrazando a Alexia mientras daba vueltas con ella y todo el mundo se paraba para mirarlos—. ¡Gracias!... ¡Gracias!

Las chicas se unieron a la celebración y, cuando acabaron de girar como peonzas y después de recuperarse, ya que Alexia se había mareado un poco, ésta tuvo que advertirlo.

—Sólo hay un problema.

—¿Cuál?

—Que dudo mucho que yo vaya a asistir a ninguna de esas fiestas.

—Bueno, eso ya lo veremos.

Salieron del centro comercial rumbo al *parking* donde habían aparcado el coche. Alexia pensaba que la llevarían directamente a casa, ya que estaba agotada, pero se llevó una decepción cuando sus amigos le anunciaron que ahora venía la sorpresa, esa que casi había revelado anteriormente María. Así que la llevaron al apartamento de la peluquera y le explicaron que le harían un completo.

—¿Cómo? —preguntó, ya que la frase le había sonado un poco mal.

—Vamos a hacerte un cambio de *look* total —le explicó María—. Yo voy a hacerte el corte de pelo que más favorezca a tus rasgos faciales. Te haré unos reflejos para que destaque tu color natural, y te enseñaré cómo debes tratar tu cabello y las diferentes formas de peinarlo.

—Y yo te voy a enseñar cómo maquillarte, para que resalten esos preciosos ojos que tienes... y esa increíble boca. Te mostraré los diferentes tipos de maquillaje, el de mañana, el de tarde-noche y el de fiesta, y cómo ocultar las imperfecciones —le indicó Eva.

—Y yo te tomaré las medidas exactas para empezar a diseñarte los modelos más alucinantes que hayas visto en tu vida —terminó Mauro—. Y entre la ropa que has comprado y los trucos de belleza que te vamos a enseñar, vas a estar increíble.

—¡Ey, ey, ey! Esperad un momento —intervino Alexia, abrumada por tanta información dada así de golpe y sin anestesia—. Chicos, os agradezco todo lo que queréis hacer por mí, pero os informo de que los milagros no existen. Como dice el refrán, aunque la mona se vista de seda, mona se queda.

María se acercó a ella y le dijo, mirándola muy seria:

—¡Ay, cielo, cuánto tienes que aprender!

Dicho esto, sus amigos hicieron con Alexia lo que les dio la gana.

Cuando horas después acabaron con ella y se pudo ver por primera vez delante de un espejo después de la transformación, ya que antes se lo habían prohibido expresamente, se quedó sin palabras. La imagen que le devolvía no podía ser real. Alexia estaba anonadada: la mujer que tenía delante tenía que ser otra persona. Era literalmente imposible que esa chica elegante y sofisticada pudiera ser ella misma.

María y Eva habían hecho un trabajo increíble. El nuevo corte de pelo, por encima de los hombros, le enmarcaba el rostro, haciendo que fuera más fino y alargado, y las suaves ondas que caían alrededor le suavizaban la expresión y armonizaban perfectamente con su cara.

El maquillaje, aunque sutil, porque Alexia había sido muy tajante en ese aspecto, ya que no le gustaba ir excesivamente pintada, era perfecto. Estaba impecablemente aplicado, en la medida justa y sin excesos. Y era muy simple, con sombras muy suaves y naturales, pero el efecto del *eyeliner*, alargando sus ojos y haciéndolos más almendrados, en conjunción con la máscara de pestañas que los hacían parecer más grandes, y el colorete resaltando sus pómulos, hacían que su rostro dejara de ser normal para convertirlo en hermoso. El toque final era su boca, a la que ella nunca le había prestado especial atención. Habían perfilado sus labios llenos y carnosos, y con una barra de labios de color marrón muy sutil y el *gloss* final, habían provocado que su boca resultara fresca y jugosa.

Por último, se había cambiado de ropa... y, aunque sólo se había puesto unos vaqueros azules, que le sentaban de maravilla, una camiseta básica blanca, una cazadora de piel y unos botines negros, la hacían sentir como una estrella de cine.

No podía parar de girar sobre sí misma delante del espejo, asombrada por lo que veía. Y miraba de hito en hito a sus amigos con cara de total asombro, mientras éstos la observaban con unas radiantes sonrisas.

—¡Dios mío, esto es increíble! —exclamó cuando pudo recuperar el habla—. ¡No... no puedo ser yo!

Mauro se acercó a ella y le dijo muy suavemente, casi susurrándole al oído:

—Sí, cielo, ésta eres tú. Alguien dijo una vez que... no hay mujeres feas, sino mujeres que no se saben sacar partido.

—¡Gracias! —les dijo, llorando emocionada.

Luego abrazó a su amigo, llamando a continuación a las chicas con la mano para que se unieran al abrazo colectivo. Éstas se reunieron con ellos, también llorando conmovidas.

Alexia no podía creer la suerte que había tenido... la inmensa fortuna de haber encontrado en otro país, a miles de kilómetros de distancia de su hogar, a personas que valían la pena y a las que consideraba ya no sólo sus amigos, sino también su familia.

Era afortunada por haber conocido a María, Eva, Mauro, Soledad, Justina, Vero, incluso a Roberto, que la habían recibido en un país extraño para ella con los brazos abiertos. La habían aceptado y acogido sin ningún tipo de prejuicio, y la cuidaban y se preocupaban por ella sin pedir nada a cambio... sólo con la generosidad de corazón, de la que algunas personas presumen, pero que muy pocas poseen.

—¡Al final sí que vais a ser mis hadas madrinas! —afirmó emocionada.

Y los tres se echaron a reír.

Capítulo 10

Martín agarró la cazadora de cuero y salió a toda prisa de su habitación, pues se había retrasado un poco por culpa de su hijo, que se había hecho el remolón esa mañana para ir al colegio.

El día anterior había bajado tarde a desayunar, porque no había dormido mucho por la noche, debido a la charla que había mantenido con Alexia. Se había pasado gran parte de las horas digiriendo lo que ella le había confesado, y luchando contra sus propios demonios. En su interior se removieron muchos sentimientos y recuerdos que él, cuidadosamente, había escondido, y que pensaba que ya estaban enterrados y olvidados... pero descubrió con amargura que no era así. De tal manera que, tras meditar mucho, llegó finalmente a tomar una importante decisión, que esperaba con toda su alma que fuera la correcta. Y pudo por fin dormir algo, hasta que se presentó su hijo a despertarlo a base de gritos y saltos en su cama. Adoraba ser despertado de esa manera por Lucas, ya que, a continuación, él se podía vengar, atrapándolo y dándole un millón de besos entre cosquilla y cosquilla, mientras se retorció muerto de risa.

Cuando estaba sentado a la mesa del jardín desayunando con su hijo, le preguntó a Soledad por Alexia, y ésta lo informó de que había salido temprano a pasar el día fuera. Martín sintió un pequeño pellizco de decepción en el estómago por no poder verla y, especialmente, por no saber con quién estaba en ese momento. No es que estuviera celoso, no era eso, simplemente se preocupaba por ella. Así que, para olvidar ese desasosiego, había decidido pasar el día con Lucas para estar distraído y, sobre todo, porque nada lo hacía más dichoso que ver a su hijo feliz... pero tenía que admitir que la había echado mucho de menos todo el día.

Cuando el actor bajaba por la escalera a toda prisa, colocándose la chaqueta a la vez, vio de soslayo a una mujer al pie de la escalera e hizo un gesto de desagrado por no ser informado de que tenía una visita, pues en ese momento no disponía de un minuto para atenderla, ya que llegaba con el tiempo justo para la entrevista. Justo cuando se disponía a despacharla de forma amable, la mujer que estaba esperando en la entrada de su casa levantó la cabeza y posó su mirada en él, impactándolo de tal manera que no apoyó bien el pie, con el consecuente resbalón que casi lo hizo rodar escaleras abajo, y que pudo salvar *in extremis* al agarrarse al pasamanos, pero que no logró evitar que su culo rebotara varias veces en los escalones, quedando desparramado cuan largo era al final de la escalera de madera.

Alexia, cuando vio el accidente, corrió hacia él preocupada por si se había hecho daño y al llegar se dio cuenta de que éste la miraba con una cara de total asombro, como si en vez de verla a ella estuviera en presencia de un fantasma, o de un monstruo con tres cabezas esputando baba verde.

—¿Te encuentras bien? ¿Te has lastimado? —preguntó preocupada.

A Martín las palabras se le quedaron atascadas en la garganta. No daba crédito a lo que estaba viendo: delante de él estaba la mujer más *sexy* que había visto en su vida... y había visto y estado con unas cuantas.

Alexia se había cortado el pelo y maquillado de tal manera que, en ese momento, era lo más parecido a un ángel que él había contemplado jamás. Pero también iba enfundada en un conjunto de chaqueta y falda negra entubada hasta la rodilla, con un corte impecable que le sentaba como un guante, con una camisa entallada y unos zapatos de tacón con plataforma. Y todo eso, en conjunto, la hacían parecer la típica secretaria *sexy* que sale en las revistas masculinas, hechas para satisfacer los instintos y fantasías más primitivos de los hombres... aunque, por supuesto, ella no tenía nada de típica, ni como mujer ni como secretaria. Es más, si hubiese sido otra clase de fémica, ahora estaría encantada de haber provocado semejante reacción en él; sin embargo, estaba genuinamente preocupada porque se hubiera hecho daño, sin darle la más mínima importancia a su aspecto. Mejor dicho, sin ser realmente consciente de lo hermosa que estaba, ni del impacto que provocaba. Las mujeres tenían la idea equivocada de que, para ser *sexy*, se debía llevar la menor cantidad de ropa posible, dejando a la vista la máxima cantidad de piel o, en su defecto, una ropa muy provocativa. Nada más lejos de la realidad, ya que algunas, más que *sexis*, parecían vulgares. Un ejemplo de ello era Marilyn Monroe, que iba tapada casi hasta los tobillos y, sin embargo, era considerada la mujer más *sexy* de todos los tiempos. Era algo inexplicable, que se tenía o no se tenía... y Alexia lo tenía, ¡vaya si lo tenía! Lo que no comprendía era como él no lo había visto antes.

«¡Dios, esta mujer es un pecado!»

De repente advirtió con pesar que se encontraba espatarrado al final de la escalera, con cara de embobado y observándola... no, para ser más exactos, devorándola con los ojos. Se sintió como un patán que no era capaz de reprimir sus instintos más básicos, y se avergonzó de su patética actitud.

—Estoy bien —respondió intentando levantarse.

—¿Seguro?

—Sí, por supuesto. Tengo que decirle a Justina que sea más cuidadosa con el encerado de la escalera —declaró bruscamente, sin poder evitarlo por el bochorno que sentía... pero, sobre todo, para justificar la caída y que no lo considerara un idiota.

—Está bien —aceptó ella, quedándose más tranquila al comprobar que no le había pasado nada, pero, al mismo tiempo, desalentada por la reacción que había tenido al verla. Estaba claro que el cambio de aspecto no había sido de su agrado, malinterpretando por completo la cara de total asombro de él y la rudeza con la que le había hablado después.

A continuación se subieron al coche y salieron pitando hacia la productora de televisión, donde tenían que grabar el programa, que casualmente era la misma que

producía la telenovela. Durante el trayecto, Martín no podía quitarle los ojos de encima, por lo que no fue consciente de que casi habían sufrido un accidente de circulación. Se había pasado en rojo un semáforo y no estaba muy seguro, pero juraría que un coche se había quedado cruzado en medio de una intersección. Luego evitó, en el último momento, una colisión, pues se desvió al otro carril de forma brusca porque se iba a pasar de largo la calle donde estaba la productora, con los consiguientes pitidos de cláxones e insultos varios.

No se dio cuenta de que, al principio, Alexia empezó a contarle algunos detalles de las propuestas que había recibido por *e-mail*, para que él decidiera cuáles le interesaban y cuáles no... pero, durante el camino, dejó de hablar, para sujetarse con fuerza a los asideros que tenía el coche en la puerta del acompañante, rezando lo que sabía, y lo que no, se lo inventaba, para que no tuvieran un accidente. Lo miraba de hito en hito mientras Martín conducía, aspirando aire de forma brusca cuando él cometía un error al volante, por el temor de no llegar viva a su destino.

Cuando aparcaron el vehículo en el *parking*, se bajó pálida y como pudo del automóvil, dando gracias a Dios por haber llegado sana y salva. A punto estuvo de besar el suelo del aparcamiento, como hacía el papa, en agradecimiento.

De repente él se percató de que tenía mala cara.

—¿Te encuentras bien? —preguntó preocupado.

Él no era consciente de todas las infracciones en las que había incurrido por estar distraído con lo que Alexia le provocaba, ni de lo mal que ella lo había pasado.

—¡Nooo, estoy perfectamente! —contestó con sarcasmo.

—¡Ah, vale! —exclamó aliviado, sin haber captado la ironía con la que le había hablado.

—¡Ah, vale!... ¡Ah, vale! —repitió ella enfadada, subiendo el tono, cada vez más alto. Agarró su maletín y empezó a andar a paso ligero, dejando atrás a Martín, enojada con la estupidez de los hombres que se creían que sabían conducir como los pilotos de carreras.

»¡Casi me da un infarto!, pero, por lo demás, estoy... ¡perfecta!

—¿A qué te refieres? —inquirió confundido por su actitud y corriendo para alcanzarla.

Alexia se detuvo de golpe y lo miró furiosa, y se quedó pasmada cuando se dio cuenta de que realmente Martín no sabía que había puesto sus vidas en peligro.

—Me refiero a que le tengo mucho aprecio a mi vida como para ponerla en manos de un... de un... —balbuceó sin encontrar la palabra adecuada—... ¡kamikaze! —soltó al fin, por no decir nada más fuerte.

—¿Por qué lo dices? —preguntó extrañado—. No hemos tenido ningún problema. Y yo he conducido bien, como siempre.

—¡Ja! —exclamó asombrada—. ¡Que ha conducido bien, dice! ¿Y quién te ha dado el carné de conducir?, ¿Paco Martínez Soria?

—¿Quién?

—¡Da igual! —contestó frustrada por su desconocimiento, y volvió a caminar, dirigiéndose impaciente al ascensor.

Él se quedó durante unos segundos hipnotizado por el contoneo de sus caderas al caminar, incapaz de retirar la vista de ese baile sensual. Parpadeó varias veces y enseguida recuperó el sentido, apresurándose a alcanzarla.

—¿Tienes alguna queja de mi forma de conducir? —le preguntó, con la intención de fastidiarla y sonriendo de forma pícaro.

Parecía que su pequeña asistente tenía carácter, y pensó que realmente estaba preciosa cuando se enfadaba.

—A lo mejor piensas que conduces tan bien como Fernando Alonso —contestó ella con acritud—. Pues siento decepcionarte, pero no le llegas ni a la suela de los zapatos.

—¡¿No me digas que sabes quién es Fernando Alonso?! —inquirió, poniendo cara de sorpresa de forma exagerada sólo para molestarla, mientras ella seguía andando enérgicamente.

—Típico de los hombres: pensar que sólo vosotros sabéis de coches y motos —señaló irritada mientras seguía su camino—. Pues te informo de que me gusta la Fórmula 1 y las carreras de Moto GP, que soy fan incondicional de Alonso y que, en estos momentos, España es una potencia mundial, con pilotos tan extraordinarios como Lorenzo, Pedrosa y Márquez.

—Que España sea una potencia mundial en los deportes del motor no te erige como una experta en ello; por lo tanto, no puedo tener en cuenta tu opinión —le contestó él de forma condescendiente.

Eso consiguió que Alexia se parara de sopetón, con la boca abierta por la sorpresa de sus palabras.

—Sobre todo porque iba algo distraído, nada que no pudiese controlar —confesó, mientras se apresuraba para detener el ascensor antes de que cerrara las puertas y subiera.

—¡¿Perdona?! ¿Cómo que no puedes tener en cuenta mis palabras? —preguntó furiosa—. ¿Acaso te crees que estamos en el medievo y que las mujeres no podemos dar nuestra opinión?

Martín levantó una ceja de forma inquisitiva, y le hizo un gesto con la cabeza para que se apresurara a entrar, ya que había gente dentro y él estaba bloqueando el elevador mientras la esperaba.

—¡¡Aarrggg!! —clamó Alexia poniendo los ojos en blanco y frustrada por no poder contestarle como ella quería, pues no estaban solos.

Ya dentro, vio que su jefe esbozaba una sonrisa con suficiencia y tuvo el impulso de borrarla con un tórrido beso, sólo para ver su cara de asombro. Mientras ella estaba fantaseando con ese beso, no se percató de que el ascensor se había vaciado y quedó totalmente asombrada cuando Martín aprovechó ese momento para pulsar el botón del *stop*.

Alexia no daba crédito a la actitud de él, que se acercó despacio a ella muy serio, atravesándola con la mirada y apoyando el brazo muy cerca de su cabeza. Su corazón empezó a latir a mil por hora e inconscientemente abrió los labios, aguantando la respiración... y fue incapaz de retirar los ojos de su boca, de la cual había desaparecido la sonrisa pedante que antes había esbozado. ¿Sería posible que su fantasía anterior se hiciera realidad?

—Después de pensarlo mucho, he tomado una decisión importante en mi vida. — Empezó a decirle—. Me ha costado mucho hacerlo, no te creas que ha sido fácil... pero te advierto de que, lo que te voy a decir a continuación, es estrictamente confidencial, debe quedar entre tú y yo —le explicó con gravedad.

—¿Qué?! —susurró Alexia muy bajito.

«¡No puede ser! ¡Madre mía! ¡Madre mía! ¡No! ¡Esto no está ocurriendo!», pensó, con un cúmulo de emociones de alarma y emoción a la vez.

—Voy a permitir que Miguel pueda ver a Lucas —soltó al fin—, pero tengo varias condiciones que son inalterables, y serás tú quien se las comunique al abuelo de mi hijo. La primera, que sólo podrá verlo en mi casa. La segunda, que siempre llamará antes para avisar y tener permiso. La tercera, que yo no quiero verlo. Y la cuarta y la más importante es que Lucas nunca estará solo con su abuelo, siempre habrá alguien cerca. Quiero que seas tú, pero, si no puedes, entonces serán Soledad, Justina o Pedro, pero nunca solo. ¿Has entendido las condiciones? —preguntó ceñudo, al ver su cara de total desconcierto.

—¡Sí...! ¡Sí, claro...! —balbuceó absolutamente confundida.

Le resultaba muy difícil hilvanar un pensamiento con otro al tenerlo tan cerca que su aliento le hacía cosquillas en la sien, eso no le dejaba tener un pensamiento coherente. El actor se giró y pulso el botón de arranque, esperando al lado de ella, mientras ésta asimilaba lo que había pasado y lo que le había dicho. Un segundo antes de que se abrieran las puertas en el piso al que se dirigían, añadió mirándola directamente a los ojos:

—Por cierto, si pasa algo, te hago a *ti* totalmente responsable.

Dicho esto, salió del ascensor para encaminarse al plató de grabación, dejando a Alexia dentro, mientras una sonrisa de auténtica alegría crecía en su semblante, después de haber comprendido lo que él le había comentado.

Era increíble cómo el carácter de su jefe podía ser tan volátil y conseguía pasar de estar juguetón durante un momento para, al segundo siguiente, ser totalmente autoritario. Pero en ese instante no le importaba en absoluto. Estaba feliz de que hubiera tomado esa decisión, sobre todo por el bien de Lucas. El mal rato que había pasado cuando había hecho su confesión había servido para algo, y no podía estar más contenta... aunque, en cuanto tuviera ocasión de estar sola, tendría que analizar seriamente cómo había actuado, y lo que había pensado cuando había creído que la iba a besar y a... a confesarle que...

«¡Dios, soy una estúpida! ¿Qué creías que iba a pasar, Alexia? —se recriminó

mentalmente—. ¿Pensabas que te iba a besar con pasión mientras te confesaba que estaba locamente enamorado de ti? ¡Por favor, no seas ilusa!»

Negó con la cabeza suavemente.

—¿Cuándo aprenderás que las mujeres como tú no pueden estar con hombres como él? —se preguntó en voz alta.

Mientras se le escapaba un triste suspiro, pensó que, cuanto antes lo asumiera y lo entendiera su terca cabecita, mejor le iría.

En cuanto Martín estuvo realizando la entrevista, no perdió un solo segundo en llamar a Miguel para preguntarle sutilmente cómo se encontraba. El hombre le comentó que estaba algo decepcionado, por lo mal que había salido el encuentro con su hijo, pero, en cuanto ella le contó lo que le había dicho el actor, no pudo evitar excitarse por la noticia. Le agradeció varias veces lo que había hecho por él y, aunque ella le aseguró que no había hecho nada, no fue capaz de evitar emocionarse también cuando volvió a darle las gracias con la voz rota por el llanto contenido. Cuando acabaron con la entrevista, se fueron al foro de grabación de la telenovela, situado en el mismo edificio. Habían llegado justo a tiempo para la hora del almuerzo, así que se dirigió con su bandeja de comida a la mesa donde se sentaba siempre con sus amigos, mientras él se acercaba a la del director, para ponerse al tanto de lo que iban a hacer esa tarde. Por fortuna Marta no estaba, ya que ese día no tenía ninguna escena que grabar, y menos mal, pues a Alexia no le apetecía nada tener que soportarla.

Por supuesto, en la mesa donde se sentó también estaban Roberto y Esther, y la impresión de ambos fue mayúscula cuando vieron el cambio que Alexia había sufrido. Roberto parpadeó varias veces, perplejo por la transformación y permaneciendo con la boca abierta; a continuación se recostó contra el respaldo de la silla, sin dar crédito a lo que veían sus ojos, y se quedó sin palabras por una vez en su vida. Esther, después de recuperarse de la sorpresa, esbozó una lenta sonrisa de alegría por el cambio para bien que había experimentado Alexia, y también de satisfacción cuando observó la reacción de su amigo. Su sonrisa se hizo aún más grande cuando reparó en que Martín vigilaba con celo a su asistente, prestando especial atención a Roberto y a Mauro.

«¡Esto se va a poner interesante! ¡Muy interesante!», pensó la actriz.

Tanto el modisto como las chicas elogiaron a Alexia, logrando que se sonrojase cuando todos le dijeron lo preciosa que estaba, incluido Roberto, después de recuperar el habla. Ésta les rogó que dejaran de decirle esas cosas, porque se sentía muy incómoda, y eso no hizo más que afianzar la buena opinión que tenía Esther de ella. Después de los elogios, y de algún que otro chiste sobre las reacciones de los hombres con respecto a Alexia y lo celosas que estarían las demás mujeres por su culpa, empezaron a charlar sobre otros temas, aunque todos se dieron cuenta, menos la asistente, de que el actor no era capaz de quitarle los ojos de encima.

Cuando acabaron de almorzar, cada uno siguió con sus respectivos quehaceres y, durante una pausa de grabación, Roberto se acercó a hablar con ella.

—Hola, princesa.

—¡Vaya, ahora tengo rango de princesa! ¿A qué se debe ese honor? —le preguntó burlándose.

—Pues a que hoy luces como una de ellas —contestó con una sonrisa pícaro.

—Yo más bien diría que luzco como una simple secretaria —replicó con una sonrisa condescendiente.

—Estoy en total desacuerdo. Ya me gustaría a mí tenerte como secretaria —confesó él mirándola de arriba abajo apreciativamente, dando a entender con esa mirada que le gustaría que fuera algo más que sólo su secretaria.

—Y, por cierto, ya que ha salido el tema: si alguna vez te cansas de trabajar para Martín, yo te contrato al momento.

Ella lanzó una mirada furtiva en dirección a su jefe, que estaba grabando en ese instante.

—Gracias, pero de momento estoy muy bien trabajando para él —contestó, algo incómoda por la mirada de antes.

—Por otro lado, ya que yo soy tu príncipe azul, ¿te gustaría acompañarme mañana a un estreno de una obra de teatro? —le propuso el actor, con un toque de ansiedad en los ojos por si ella se negaba.

—Yo... no creo que sea una buena idea.

—¿Por qué? —inquirió dolido.

Realmente Alexia lo fascinaba como mujer. Era de las pocas chicas que había conocido en su vida por la que estaba sinceramente interesado. Roberto no la invitaba ahora porque hubiera cambiado de aspecto y estuviera increíblemente guapa, pues ya se había sentido atraído por ella antes, sólo que no había querido reconocerlo... pero sí se había fijado en cómo la miraban los hombres ahora, y había sentido celos, algo que hacía mucho tiempo que no experimentaba por una mujer.

Alexia le parecía honesta, trabajadora, divertida, agradecida, leal, encantadora... Una persona con la que podías hablar de cualquier cosa y no te aburría su conversación; para nada egoísta, ni egocéntrica, algo de lo que andaban sobradas la mayoría de las mujeres con las que tenía que tratar. Se sentía cómodo a su lado y, aunque tenía fama de ser un crápula, una fama merecida por cierto, con ella era diferente.

—Porque trabajamos juntos y, aunque me caes genial y me lo paso muy bien contigo, no creo que sea lo adecuado —se justificó la asistente.

—Eso no son nada más que pretextos —la recriminó él—, y no voy a aceptar un no por respuesta, Alexia.

—Roberto, de verdad, yo te lo agradezco, pero...

—Nada de excusas —la interrumpió tercamente—: Mañana te recojo a las nueve de la noche.

—No son excusas, te lo juro. Además, no sé cómo tengo que ir vestida, ni cómo comportarme en un evento de éstos —intentó explicarle bastante alarmada cuando vio

que él seguía en sus trece—, ni tampoco sé a qué hora estaré libre, ya que dependo del horario de trabajo de Martín y...

—Puedes ir vestida como quieras, no es nada formal, se trata sólo de un estreno, y después estamos invitados a un cóctel, en una sala privada de un local muy cercano. Tienes que comportarte como tú eres, nada de artificios. Y mañana por la tarde los actores la tenemos libre, sólo trabajarán los técnicos, que tendrán que recoger todo el equipo para desplazarlo a Telchac —le explicó pacientemente—. Así que, cariño, no tienes escapatoria. Mañana a las nueve de la noche te recojo en casa de Martín.

Ella abrió la boca para replicar, pero Roberto se marchó, dejándola allí plantada boqueando como un pez, para no darle opción de negarse. Por ello, después de pensar unos minutos, salió corriendo en busca de Mauro. Necesitaba su ayuda urgentemente.

Capítulo 11

Alexia volvió a mirar su reloj por enésima vez, era tardísimo. Todo el mundo se había ido, menos el director de escena, algunos técnicos, uno de los productores, Martín y ella. Estaba cansada y con muchas ganas de volver a casa, pero parecía que la cosa se iba a alargar, ya que estaban todos reunidos hablando o discutiendo, no estaba muy segura, desde hacía un buen rato. Centró de nuevo su vista en la pantalla mientras navegaba por Internet, pasando el tiempo hasta que decidieran terminar. Al cabo de unos minutos, levantó la cabeza de nuevo y se percató de que alguien se dirigía hacia ella. Se llevó una gran desilusión cuando advirtió que no era Martín quien se acercaba, sino la productora Lucía Andrade, por lo que se le escapó un suspiro al ser consciente de que todavía no se iban a marchar. Aun así, apagó la tableta.

—Hola, Alexia —la saludó la mujer sentándose a su lado.

—Hola —contestó un poco intimidada, ya que Lucía era la jefa de su jefe.

—Necesito pedirte un favor. Me da un poco de apuro, pero te aseguro que es estrictamente necesario que te lo solicite —le comentó de forma solemne.

—Claro, será un placer ayudarlos en lo que pueda.

La productora sonrió aliviada al escuchar esas palabras.

—Verás, es que tenemos un gran problema. Alguien ha cometido un grave error... —comenzó a explicar mientras cruzaba por sus ojos un resquicio de ira al recordar el equívoco que una persona en concreto había cometido—. Hoy debíamos ensayar unas escenas importantes, que tenemos que grabar mañana sin falta. Las escenas en cuestión son las de la primera vez que Diego, o sea, el personaje que interpreta Martín, hace el amor con Sara, es decir, el personaje que interpreta Esther... pero la persona que estaba a cargo se equivocó y no avisó a la actriz para que se quedara al ensayo general con las luces y el sonido.

Alexia estaba confundida, porque no sabía qué tenía que ver eso con ella.

—Hemos estado hablando un largo rato... —siguió contándole— y hemos tomado la decisión de venir a rogarte que nos ayudes. Queremos que tú sustituyas a Esther, para poder ensayar las tomas con Martín y que así, al menos, mañana él sepa lo que tiene que hacer y guíe a su compañera en la grabación.

—¿¡Qué?! —exclamó horrorizada.

—Entiendo que no quieras hacerlo y estás en todo tu derecho. Si te niegas, nadie te lo echará en cara, pero nos harías un extraordinario favor. Ya vamos bastante retrasados en la grabación y montaje de capítulos, y eso nos está costando mucho dinero, haciendo que trabajemos bajo mucha presión. Hemos hablado antes con tu jefe, y él no tiene ningún inconveniente en hacerlo, pero nos ha exigido que seamos nosotros quienes hablemos contigo, ya que no quiere influirte... y ha añadido que

sólo lo hará si tú estás de acuerdo.

—Pero yo no soy actriz, no sabría qué hacer... yo... yo...

Alexia ignoraba cómo proceder. Estaba realmente perturbada por lo que le estaban pidiendo que hiciera. Por un lado, si decía que no, perjudicaría a Martín, ya que no dejaban de ser sus jefes y, además, estaba segura de que, si hubiera otra opción, él se habría negado de plano. Y, por el otro lado, tendría que ensayar con él, y ella llevaba el tiempo suficiente trabajando allí como para saber que un ensayo general era una actuación en toda regla... donde se marcaban los tiempos y las posiciones, se colocaban las luces para saber dónde iluminar mejor sin crear sombras y se hacían pruebas de cámara para grabar las tomas perfectas. Y si encima eran las escenas de la primera vez que los dos protagonistas hacían el amor...

¡Dios!, no se lo quería ni imaginar. Empezó a sentir un vacío en el estómago de auténtico vértigo.

—No puedo... no, yo no puedo —balbuceó mientras negaba con la cabeza, turbada sólo por la posibilidad de estar tan cerca de él.

—Está bien, lo entiendo —comentó la productora, decepcionada, mientras se levantaba.

Alexia alzó la mirada, clavándola en Martín, mientras éste, a su vez, escudriñaba su rostro a lo lejos para ver su reacción... y pudo vislumbrar una expresión en sus ojos que no supo descifrar, pero que produjo que un resorte saltara en ella e hiciera detener a Lucía Andrade.

—¡Espere! —exclamó, pero sin tener claro por qué lo estaba haciendo, aunque interiormente sabía a ciencia cierta que era un error descomunal...—. Antes de tomar una decisión definitiva, me gustaría hablar con él.

—¡Por supuesto! —asintió la mujer con una pequeña luz de esperanza y se encaminó hacia el actor para informarlo de su requerimiento.

Mientras éste se acercaba, Alexia no sabía qué hacer ni qué decir. Martín percibía que estaba muy nerviosa, porque no hacía más que mordisquearse el labio inferior, y no la culpaba, porque él también estaba algo intranquilo, por no decir bastante tenso. Cuando llegó a ella, ésta lo miró con indecisión, vacilando sobre si preguntarle o no.

—Creo que Lucía te ha explicado la situación —comenzó a hablar, para llenar el silencio que se había producido con su llegada.

—Sí —contestó después de carraspear, ya que tenía la garganta reseca.

—Me ha dicho que querías hablar conmigo —le indicó, al advertir que ella no decía nada.

—Sí —repitió.

Martín ladeó la cabeza impassible, preguntándose qué estaría pasando por su mente.

—¿Y qué has decidido?

«¡Dios! ¿Qué hago...?, ¿qué hago?» Alexia estaba a punto de sucumbir al pánico.

—¿Quería saber qué opinabas al respecto? —soltó al fin, después de unos

segundos que se le hicieron eternos, mientras seguía mordisqueándose el labio, nerviosa.

—Yo no quiero influirte, Alexia, es una decisión que tienes que tomar tú. No quiero que tengas ningún tipo de presión, es algo que no te atañe y no estás obligada a hacer.

—Eso ya me lo ha dicho Lucía, pero realmente quiero saber qué opinas tú —le preguntó de nuevo, ansiosa por oír su respuesta.

—Para mí no es nada más que trabajo. Reconozco que les harías un gran favor a mis jefes por el gran retraso que llevan y, por ende, a mí también. Yo no tengo ningún problema en ensayar contigo o con cualquiera —mintió, sin poder evitar que sus ojos observaran cómo ella se mordisqueaba el labio.

—Entiendo —murmuró, sin saber muy bien qué sentir, si alivio o decepción, ya que le había quedado claro que a él no le importaba que fuera ella o una ameba con quien tuviera que ensayar.

—Pero yo no soy actriz ni tengo experiencia en estas cosas... ni creo que sea correcto hacerlo —le comentó, confesando sus dudas.

—No hace falta que seas actriz, ya que no tienes que decir ningún texto ni actuar. Sólo tienes que dejarte llevar por mí y por el director de escena, que nos irá guiando a ambos —le explicó él—. Y ¿por qué dices que no te parece correcto?

—Bueno... básicamente porque soy tu empleada —contestó, sonrojándose hasta la raíz del cabello.

Martín esbozó una sonrisa ladeada e intentó tranquilizarla.

—Si es por eso, ya te he dicho que para mí sólo es trabajo, nada más —le aseguró, deseando con todas sus fuerzas que los años de actuación ocultaran lo que realmente sentía.

Porque lo que realmente quería era besarla de una vez por todas para quitarse esa maldita obsesión de la cabeza, y ésa era una oportunidad perfecta para ello... para después olvidarla, como había hecho antes con tantas otras, y poder tratarla como lo que era, una simple empleada, se dijo intentando convencerse de ello.

Pero para Alexia no sólo era trabajo y ahí radicaba el problema. Estaba muy confundida, y sondeaba el rostro de él buscando algo, sin saber muy bien el qué. Cualquier cosa que la ayudara a decidirse, una palabra, un gesto... algo... lo que fuera. Y durante una fracción de segundo, pudo vislumbrar una chispa como de anhelo, o de vulnerabilidad, en sus ojos, no estaba muy segura, pero que hizo que por fin se decidiera.

—¡Está bien! Si crees que es importante, lo haré.

Al oírlo, Martín no pudo impedir que una luz de satisfacción brillara en su mirada, mientras asentía con la cabeza. Alexia rezaba internamente porque la decisión que había tomado fuera la correcta.

—Vamos a comunicarles tu decisión, entonces —le indicó, mientras le hacía un gesto con la mano señalando el lugar donde los estaban esperando los demás.

El actor fue quien les informó de que estaba dispuesta a ayudarlos, y todos demostraron el placer que la noticia les produjo. Empezaron a dar órdenes y a indicarle lo que tenían que hacer. Ella tuvo que ir al camerino de Esther, acompañada por la productora, que le agradeció el esfuerzo que estaba haciendo. Allí la hizo cambiarse de ropa, para que se vistiera unos *leggings* de color oscuro y una camiseta interior del mismo color. A continuación la enfundó en un vestido que le quedaba un poco apretado, ya que Alexia no tenía el cuerpo espectacular de la actriz. Cuando le preguntó para qué era ese cambio de vestuario, Lucía le explicó que Martín tendría que fingir que la desnudaba, y por supuesto no iban a dejar que se quedara en ropa interior... así que, cuando la despojara del vestido, se quedaría en camiseta y *leggings*. La noticia le produjo tal impresión que se olvidó de tragar y sufrió un ataque de tos mientras las piernas le empezaron a temblar.

Intentó retrasar el momento todo lo que pudo, pero al final se presentó con semejante guisa delante de los que quedaban, sintiéndose totalmente ridícula, en el *set* de grabación. Todos la comenzaron a bombardear con órdenes e indicaciones de las que sólo entendió la mitad. Cuando su jefe se colocó frente a ella, advirtió el pánico en sus ojos.

—Tranquila —le dijo en un suave susurro, sin apartar la mirada en ningún momento—. Confía en mí, tú sólo déjate llevar.

Lo único que pudo hacer fue asentir con la cabeza, ya que era incapaz de articular palabra de lo nerviosa que estaba, demostrándole que confiaba plenamente en él.

Martín se acercó muy despacio, devorándola con la mirada, y Alexia tuvo que alzar la cabeza, ya que era mucho más alto que ella. Mientras, su corazón latía desbocado, y estaba completamente segura de que él podía oírlo, de lo fuerte que palpitaba. En cuanto escuchó la orden de grabar de parte del director, él alzó la mano para tocar con dulzura su mejilla, con una caricia que fue tan suave que por un momento creyó que se la había imaginado. Recorrió su rostro con el reverso de los dedos, de forma lenta y delicada, parando en la comisura de su boca, para después recorrer suavemente su contorno con el dedo pulgar. A continuación acercó su cuerpo al suyo agarrándola por la cintura, pegándola fuertemente contra su pecho y quedando sus bocas a escasos centímetros, a la vez que sujetaba su mejilla y parte del cuello con la mano libre. Y mientras sus alientos se entremezclaban, sus ojos no podían apartar la mirada de sus labios, que en ese momento Alexia se mojó con la punta de la lengua, haciendo que Martín no aguantara más las ganas de besarlos... por lo que inclinó la cabeza hasta que rozó sutilmente sus labios contra los de ella, tan delicadamente como la caricia de una pluma. Ella cerró los ojos, mientras miles de descargas eléctricas le recorrían el cuerpo de los pies a la cabeza, logrando que su respiración fuera agitada y sus sentidos estuvieran en tensión, esperando el siguiente movimiento de él, que siguió depositando ligeros besos por su mandíbula, para luego bajar por su garganta hasta llegar a la vena del cuello, que palpitaba furiosamente, consiguiendo que la chica echara la cabeza hacia atrás para que él pudiera acceder

mejor.

De repente el actor la soltó, haciendo que ella perdiera el equilibrio por un momento, ya que había desaparecido su cuerpo como apoyo. Y sintió un frío helado al abandonarla el calor que él desprendía, originando que abriera de golpe los ojos. Martín rodeó a Alexia para quedarse detrás de ella y, con una mano, le apartó el pelo del cuello para poder aspirar su aroma, que olía a champú de frutos cítricos. A continuación fue depositando delicados besos desde detrás de la oreja hasta llegar a la clavícula y el hombro. Se embriagó del olor de su piel, que era una mezcla dulce de moras y frambuesas del perfume que usaba ella y una fragancia exuberante que lo estaba volviendo loco y que le hizo morder su exquisita piel, con la intención de marcarla suavemente. Logró estremecerla, a la vez que el vello de su cuerpo se erizó, mientras él le bajaba la cremallera del vestido. Alexia entreabrió la boca y estuvo a punto de dejar escapar un suspiro de placer, mientras oleadas de pequeños estremecimientos recorrían su cuerpo, convergiendo todos en el centro de su ser. Cuando el vestido cayó al suelo, la dejó sólo con la camiseta y los *leggings* y, aunque fuera absurdo, ella tuvo la impresión de que estaba desnuda delante de él, ya que, cuando se colocó nuevamente enfrente, observó en el rostro de Martín que tenía las pupilas totalmente dilatadas y que sus ojos demostraban el ardiente deseo que sentía por ella en ese mismo instante. Durante un breve momento de cordura, ella tuvo que reconocer que era un excelente actor, ya que, si no fuera porque era completamente consciente de que estaba actuando, juraría que él realmente la deseaba como mujer, de la misma manera que tenía que admitir que ella lo deseaba a él. Lo que ella desconocía por completo era que el actor no hacía más que repetirse mentalmente, una y otra vez, que lo que estaba sucediendo no era real, a modo de mantra, para poder concentrarse y no perder el poco control que tenía en esos momentos.

Con la voz ronca, Martín le pidió a Alexia que le quitara la camisa y se desprendiera de los zapatos. Ésta abrió sus enormes ojos marrones, aspirando aire con fuerza y produciendo un ruido mitad quejido, mitad gemido. Con las manos temblorosas, acató sus órdenes, desabrochando torpemente el primer botón cerrado de la camisa, mientras se descalzaba. Y sin apartar la vista del pecho de él, ya que no era capaz de mirarlo a los ojos, siguió el mismo destino el segundo y el tercer botón. Cuando ya tuvo una buena parte de la camisa abierta, y una considerable porción de piel a la vista, no fue capaz de resistir la tentación de tocarlo, de acariciar con las yemas de los dedos ese musculoso pecho y recorrer el sinuoso camino por su vientre plano hasta el nacimiento de su pelvis, que el pantalón vaquero que llevaba puesto dejaba entrever.

Ella no pudo más que admirar su impresionante cuerpo. Se notaba que lo trabajaba en el gimnasio y, aunque su complexión era delgada, sus poderosos brazos y su ancha espalda eran duros como piedras, destacando cada uno de sus músculos. Su vientre plano marcaba la tan deseada tableta por las que miles de mujeres suspiraban cada noche cuando encendían el televisor. Su piel era dorada, y a Alexia le

costaba Dios y ayuda no acercarse a besar y lamer cada centímetro de ese glorioso cuerpo. Así que se tuvo que contentar con acariciarlo solamente, ocasionando que el cuerpo del hombre se contrajera en cada zona que acariciaba con las yemas... hasta que, sin querer, rozó el pequeño pezón de Martín, haciendo que tuviera que ser él quien se mordiera esta vez el labio, para reprimir un gemido de puro placer. Ansioso de terminar con esa tortura, ante la cual no sabía si podría resistirse mucho más, el actor se abrió de golpe la camisa, arrancando los restantes botones, que saltaron por los aires. Se desprendió de ella y de los zapatos con impaciencia y, a continuación, sostuvo la cara de Alexia entre sus manos, mientras la besaba con la boca abierta, atrapando con sus labios los de ella, consiguiendo que el beso fuera más intenso, pero controlando siempre la situación.

Su empleada se aferró a él como si de un salvavidas se tratara, ya que el calor que él desprendía provocaba que su cuerpo ardiera en llamas, sintiendo sus piernas como si fueran de gelatina y la sostuvieran débilmente. A ella le era imposible imaginar cómo sería la sensación de tener su piel pegada a la de él.

Y de pronto Martín la levantó en brazos, haciendo que soltara un pequeño respingo de sorpresa, para llevarla a la cama, donde la depositó con delicadeza. Sin darle casi tiempo, en cuanto ella apoyó la cabeza en la almohada, él se colocó encima, instándola a abrir las piernas para acomodar su cuerpo entre ellas, taladrando a la vez con sus ojos los de Alexia, que no podría apartarlos aunque su vida dependiera de ello, y pudiendo vislumbrar una tormenta de emociones, de las cuales él era víctima al igual que ella misma.

Martín aprovechó ese breve momento para intentar aplacar el fuerte deseo que sentía por Alexia, por lo que decidió disminuir la intensidad, o todo se descontrolaría sin que él pudiera hacer nada por evitarlo.

«Esto no es real, es sólo trabajo. Esto no es real, es sólo trabajo. Esto no es real, es sólo trabajo», se repetía una y otra vez.

Bajó su mirada para dirigirla hacia esa boca plena, carnosa y tan apetecible que deseaba poder saborear a conciencia, pero que sabía que en esos momentos era totalmente imposible. Descendió poco a poco la cabeza mientras la inclinaba hacia un lado, y cerró los ojos antes de presionar sus labios contra los de ella, logrando que la joven suspirara de placer. Depositó allí pequeños besos, tan ligeros que eran delicadas caricias, que lo dejaron totalmente insatisfecho, ya que él quería profundizar más, aunque comprendía que no era lo correcto. Sólo Dios sabía el esfuerzo titánico que estaba haciendo para controlarse, ya que, si las pocas veces en las que había tenido contacto con ella había notado pequeñas descargas que recorrían su cuerpo, sintiéndose desconcertado al principio por ese hecho, ahora entendía con asombrosa claridad que lo que sentía era atracción pura y dura, y que lo que antes había percibido no tenía nada que ver con lo que ahora estaba experimentando.

De pronto, ella sacó la lengua, lamiendo sus labios de forma tímida, pero sin poder reprimir lo que su cuerpo en ese momento le pedía a gritos. Él levantó la

cabeza de golpe, consiguiendo que Alexia abriera los ojos y se sintiera avergonzada por el impulso que había sentido. El actor, en ese instante, se percató de que su empleada no sabía que era algo implícito entre los actores de telenovelas que los besos fueran castos a no ser que estuvieran de acuerdo entre ellos en que fueran más apasionados para darle más realismo al espectador. Por eso Martín no pudo evitar la sorpresa al notar la lengua de Alexia en sus labios.

—Lo... lo... siento —susurró totalmente avergonzada por su desliz.

Y éste no pudo más que observar cómo la mujer respiraba entrecortadamente al igual que él, entremezclando sus alientos, mientras sus ojos se encontraban ligeramente entrecerrados y su cuerpo temblaba por el deseo contenido. Escudriñó su rostro, buscando un ligero sentimiento de rechazo o repulsa por lo que estaba sucediendo entre ellos, y lo único que distinguió fueron los mismos sentimientos encontrados que él estaba experimentando, por lo que no pudo, o más bien no quiso, seguir reprimiendo el fuerte deseo que sentía por ella.

Así que volvió a besarla, pero esta vez lo hizo de manera apasionada y firme, dando a la vez que recibía, acariciando y lamiendo con su lengua, introduciéndola en su boca mientras la enlazaba con la suya. Y por fin, sí, por fin se atrevió a mordisquear suavemente con los dientes esos labios que lo volvían loco, logrando que finalmente perdiera el poco control que tenía.

Alexia no se quedó atrás y le respondió de la misma manera, jugueteando con su lengua de forma suave y tentadora por momentos, y succionando y mordisqueando de forma apasionada en otros, mientras enterraba sus manos en su cabello. Y también se abandonó al torrente de emociones que él le hacía experimentar. Su beso cada vez era más profundo, arrancándoles pequeños suspiros de placer, y el actor se deleitó con el sabor de su boca; estaba seguro de que, si existiera la ambrosía, sabría completamente a ella. Era un sabor dulce y suave, como el néctar de melocotón combinado con un sabor ligeramente picante, que hacía que la mezcla resultara totalmente explosiva... y adictiva, muy adictiva... tanto que era incapaz de parar de saborearla.

Hasta que, de repente, una voz traspasó la bruma de pasión que lo tenía absolutamente ajeno a todo lo que no fuera lo que Alexia le estaba provocando. Esto hizo que apoyara su frente contra la de ella, mientras intentaban que sus respiraciones agitadas se apaciguaran, consiguiendo que lentamente se diera cuenta de dónde estaba y con quién.

Cuando la realidad pudo por fin penetrar en su mente, Martín cerró los ojos y se maldijo una y mil veces por lo que había hecho. Nunca, en toda su vida profesional, había perdido los papeles de esa manera, y no sabía cómo iba a lograr ocultar la enorme erección que sufría en esos momentos. Estaba avergonzado y abochornado, y esta vez le tocó a él ruborizarse hasta las cejas. Y no estaba muy seguro de que pudiera volver a mirar a la cara a nadie de los que estaban allí presentes, incluida Alexia.

«¡Oh, Dios, Alexia!»

Volvió a abrir los ojos para observar con absoluta consternación cómo por el rostro de su asistente cruzaban la confusión y la desorientación, sin saber muy bien qué era lo que estaba pasando... hasta que la realidad de golpe se abrió paso en su embotada cabeza, consiguiendo que también fuera totalmente consciente de la situación tan bochornosa que habían protagonizado.

—¡Tranquila, Alexia! —le susurró intentando calmarla, a la vez que fijó su mirada intensa en sus ojos, desesperado porque entendiera lo que quería transmitirle con ella.

La mujer estuvo a punto de salir corriendo, para meterse en la madriguera más profunda que pudiera encontrar y no salir en lo que le quedara de existencia. No podía creerse lo que había hecho. Empezó a negar con la cabeza mientras su jefe la taladraba con la mirada. Le daba igual lo que él le dijera, no se había sentido más abochornada y avergonzada en toda su vida. Hasta que, de súbito y sin saber explicar cómo, entendió lo que quería decirle con los ojos. Era hora de actuar y, aunque ella no era actriz, tendría que realizar la mejor actuación de su vida para que su orgullo no sufriera tamaña humillación y pudieran salvar algo de su maltrecha dignidad. Asintió con la cabeza, indicándole que había entendido.

«¡Buena chica!», pensó, y le dedicó una tensa sonrisa en respuesta.

Así que, como buenamente pudo, se separó de ella y se sentó en el borde de la cama, dando la espalda a los demás para ocultar el gran problema que tenía entre las piernas, a la vez que le rogaba a Dios que Alexia tampoco se hubiera dado cuenta de ello. Mientras, ella, con toda la sobriedad que pudo encontrar y deseando con toda su alma salir pitando de allí, se bajó de la cama por el lado contrario al de su jefe.

Martín rodeó el lecho despacio, intentando en todo momento no girarse, y se agachó de forma vergonzosa para recoger la camisa tirada en el suelo, rezando para que le cubriera de alguna manera sus partes hinchadas, apretándola con fuerza en la mano. Luego se acercó al lugar donde estaban sus jefes y los técnicos, cogiendo antes a Alexia por la cintura para darle fuerzas y apoyo. No iba a dejar que pasara ese penoso momento ella sola. Lo harían juntos.

La sorpresa fue mayúscula para ambos cuando descubrieron que nadie los estaba juzgando; es más, recibieron felicitaciones por la excelente interpretación que habían realizado ambos. A él lo elogiaron por haber captado de forma tan precisa la pasión y la ternura que necesitaba la escena, exaltando también el hecho de que hubiera sido capaz de crear esa atmósfera tan íntima entre los dos. Y a Alexia le llovieron cumplidos y alabanzas por lo bien que lo había hecho. Todos protestaron y alegaron que, o bien ella había recibido clases de interpretación antes, o tenía un talento innato digno de mención. Los dos se miraron confusos, sin entender muy bien lo que estaba ocurriendo, porque, o bien todos disimulaban increíblemente, o nadie se había dado cuenta de nada. Así que, cuando el director les aseguró que no hacía falta volver a ensayar las tomas, decidieron que ya era hora de marcharse a casa a descansar. Tanto él como Alexia se dirigieron a sus respectivos camerinos a cambiarse de ropa,

dándose la mayor de las prisas, agradecidos por la suerte que habían tenido.

Cuando él entró en su camerino, se fue directo al baño a intentar refrescarse y calmarse lo suficiente como para poder salir de allí lo antes posible. Pero le estaba resultando realmente difícil, ya que no hacía más que ponerse duro cada vez que pensaba en lo que había ocurrido con su empleada en el *set* de grabación.

—¿Qué te pasa, idiota?! —se increpó mirándose al espejo con los dientes apretados—. ¿En qué demonios estabas pensando?! ¿Cómo has podido cagarla de esa manera delante de tus jefes?

No entendía qué le había sucedido, qué era lo que le había pasado para perder el control de esa forma. Tenía la suficiente experiencia con las mujeres como para saber tratar esas situaciones, y no iba a permitir que Alexia trastocara su vida. Estaba seguro de que, ahora, esa absurda obsesión por besarla iba a desaparecer, así que lo mejor era calmarse y hacer como que nada había ocurrido. Ya lo había hecho antes con ella el día del casi-beso, por lo que estaba convencido de que volvería a funcionar.

Inspiró aire y lo expulsó lentamente. Inspirar y expirar. Inspirar y expirar. Inspirar y expirar...

Mientras, a Alexia, que estaba en el baño del camerino de Esther, le caían los lagrimones de vergüenza y desolación por las mejillas.

—Eres una idiota, y una estúpida, y una imbécil, y una... —Volvió a sollozar—. Sabía que era un error. ¿Por qué no le dije que no? ¡Dios mío, qué vergüenza! ¡No podré volver a mirarlo a la cara! No podré mirar a la cara ¡¡¡a nadie!!!

Mientras pensaba esto, se observó en el espejo con detenimiento, quedando horrorizada por el aspecto tan lamentable que tenía, ya que su pelo estaba despeinado; su boca, hinchada por los besos que había recibido; sus mejillas, algo enrojecidas por la fricción de la barba de Martín, y el maquillaje, totalmente corrido por las lágrimas derramadas.

De repente una fría furia empezó a recorrerla por todo el cuerpo, mientras se secaba las lágrimas de forma brusca con el dorso de las manos. No había hecho nada malo. Ella no era actriz y no podía controlar sus reacciones como ellos sí sabían hacer. Había sido por culpa de él. Martín tendría que haberse negado desde un principio, y no haberla obligado a tomar la decisión de ayudarlos. Y no tendría que haberla besado y tocado de esa manera, tendría que haber sido más profesional, ¡por Dios! Mientras su ira crecía por momentos y despotricaba contra su jefe, se arregló el pelo, se puso su propia ropa y se retocó su maltrecho maquillaje con lo que tenía Esther en el camerino. Ella saldría de allí con la cabeza bien alta, ya que la culpa era enteramente de Martín.

Después de estar un buen rato esperándola, el actor cada vez estaba más nervioso. No sabía si llamar a la puerta del camerino para pedirle que se apresurara a salir, y eso que él había tardado un buen rato en tranquilizarse. Había estado a punto de hacerlo un par de veces, pero se había arrepentido en el último momento. Por fin ella

apareció, con una expresión muy seria en la cara, y se dirigió caminando enérgicamente hacia la salida, dejándolo atrás, bastante confundido. Él pensó que Alexia estaría avergonzada y nerviosa por lo que había sucedido antes entre los dos, pero lo que no se esperaba para nada era que ella saliera del camerino de una forma totalmente fría y seca. Y se encontró, de manera recurrente, persiguiéndola... como esa mañana por el *parking*.

—¿Te encuentras bien? —le preguntó cuando logró alcanzarla.

—Perfectamente.

—¿Estás segura? —volvió a preguntar, confundido por su actitud.

—¡Por supuesto! —le contestó toscamente, sin aminorar la marcha en ningún momento—. ¿Acaso debería ser al contrario? —soltó, mirándolo por primera vez desde que había salido del camerino.

—No, claro que no —murmuró totalmente desconcertado.

Y sin mediar más palabras entre ellos, se dirigieron a buscar el coche al aparcamiento para poder regresar a casa. Durante el camino, Martín le lanzaba miradas furtivas, volviendo a no ser consciente de las imprudencias que estaba cometiendo al volante por estar más pendiente de ella que de la carretera, y sólo salvándolo el hecho de que era tarde y no había mucho tráfico. Pero, esta vez, Alexia estaba tan absorta en sus problemas que no se dio cuenta de ninguna de ellas.

Cuando llegaron a casa, aparcaron el coche en el garaje y caminaron juntos hacia la entrada de la mansión, todavía sin dirigirse la palabra, cada uno ensimismado en sus propios pensamientos. Ella, furiosa, y él, confundido. Éste abrió la puerta y le cedió el paso, para cerrar a continuación. Durante un segundo, siguieron sin abrir la boca ninguno de los dos, parados delante de la escalera donde esa misma mañana él había sufrido el accidente.

—Buenas noches —se despidió Alexia con brusquedad.

Luego caminó estirada y con la cabeza muy alta, rumbo a la cocina para llegar a su dormitorio.

—Buenas noches —susurró Martín.

Esa noche no iba a haber confidencias entre los dos en el jardín.

Capítulo 12

—¡Corten! —volvió a gritar por cuarta vez el director de escena, y se acercó a Martín con cara de pocos amigos.

«¡¡Mierda!!», maldijo mentalmente el actor cuando lo vio acercarse a él.

—¿Te encuentras bien? —le preguntó el hombre.

—Sí —contestó pasándose la mano por el pelo—. Sólo que me está costando un poco concentrarme, eso es todo.

—De acuerdo —respondió poco convencido de que fuera sólo eso—. Lo que pasa es que, como ayer estuviste tan bien, salió la escena tan rodada, que me extraña que hoy no seas capaz de repetirla.

Esther, que estaba a su lado, le echó una ojeada de desconcierto. Cuando había llegado esa mañana a trabajar, le informaron del error que se había cometido el día anterior y también le dijeron que estaba todo solucionado, ya que el actor lo había ensayado con otra persona y todo estaba en perfecto orden, por lo que no tenía que preocuparse de nada. Por ello, ella también estaba algo extrañada por la actitud de su compañero desde que había llegado. Cuando intentó hablarlo, lo único que Martín le comentó era que se dejara llevar por él, pues lo tenía todo en su cabeza, ya que no había hecho más que rememorarlos una y otra vez desde la noche anterior.

—Tienes razón y lo siento. Te prometo que esta vez saldrá bien —le contestó al director.

El hombre, que no lo tenía muy claro, le lanzó una mirada seria y, después de pensarlo unos segundos, decidió que, pese a lo mal de tiempo que iban, lo mejor sería descansar cinco minutos.

—¿De verdad que estás bien? —le preguntó esta vez Esther, preocupada, ya que era cierto que había notado a su compañero nervioso y desconcentrado.

—Sí, de verdad —mintió éste.

Nada había estado bien desde que llegaron esa mañana, ya que la situación había estado algo tirante desde que salieran Alexia y él de casa. Su asistente había estado seca y fría desde que se montaron en el coche, hablándole sólo lo estrictamente necesario. La única pregunta que le había formulado que no tuviera nada que ver con trabajo había sido si esa noche la iba a necesitar. Él le confirmó que podía estar tranquila, ya que no tenía pensado salir.

Durante el camino, no había hecho más que pensar en por qué estaría tan enfadada, y no creía que fuera por culpa de él, ya que no había hecho nada malo. A la única conclusión que llegó era que debía de estar avergonzada por lo que había pasado la noche anterior en el *set* de grabación. Él también lo estaba, pero no por eso lo pagaba con ella. Fue más tarde, cuando entraron como siempre en el vestuario y él oyó esa conversación, cuando se puso tenso.

—Álex, cariño, ¡estás preciosa! —exclamó el ayudante de vestuario, Martín todavía no sabía cómo se llamaba, admirándola apreciativamente de arriba abajo.

A lo que el actor tuvo que darle la razón, ya que ese día su empleada llevaba una falda pantalón de gasa muy vaporosa de color verde militar, con cinturilla alta, que le hacía las piernas más largas, y un top negro ajustado a juego con sus zapatos de tacón alto y plataforma, para hacerla parecer más esbelta. Todo le quedaba genial.

—Gracias —contestó ésta, ruborizándose y devolviéndole el abrazo y el beso.

—Pero estoy muy enfadado contigo —continuó diciendo el ayudante, poniendo un mohín—. ¡Te estuve esperando en casa hasta tardísimo ayer!

«¡¿¿Cómo??!!», pensó Martín, girando bruscamente la cabeza hacia donde estaban esos dos.

—¡Oh, Dios mío! ¡Es verdad, me olvidé por completo! —exclamó ella consternada.

«¿Había quedado con ese... con ese...?»

El actor no daba crédito.

—¡Y lo peor de todo es que estuve despierto toda la noche por tu culpa! —le recriminó el hombre.

«¿De qué me suena eso?», se dijo poniendo los ojos en blanco.

—¡Lo siento mucho, Mauro...!

«¿Así que ese fante se llamaba Mauro?»

—Pero estuve... —En ese momento Alexia giró la cabeza hacia él, a quien pilló espiando.

Aunque Martín intentó disimular, no fue lo suficientemente rápido. Al verlo, a ella se le ocurrió una idea a modo de venganza por lo mal que lo había pasado la noche anterior por su culpa, gestándose en su cara una malvada sonrisa que éste no llegó a ver.

—... trabajando hasta tarde —continuó, mientras Mauro la miraba desconcertado.

—Pudiste haberme llamado, cielo, y avisarme de que no ibas a venir —le reprochó su amigo.

—Tienes razón. Lo siento mucho, cariño...

«¡¿Cariño?!»

Martín se fijó detenidamente en él. Aunque era alto y delgado, no se lo podía considerar guapo, en su modesta opinión; como mucho, atractivo, si acaso. Y a pesar de que él no se fijaba demasiado en los hombres, ya que estaba más interesado por el sexo femenino, tenía que admitir que el ayudante tenía un gusto impecable a la hora de vestir. También era cierto que era a lo que se dedicaba. Ahora lo importante era saber si Alexia estaba interesada en él.

—... lo que pasa es que aún no sabes lo que me ocurrió ayer —le dijo poniendo cara de hastío.

Y bajando un poco la voz, pero lo suficientemente alta como para que Martín la oyera, le confesó a su amigo:

—Ayer por la noche tuve que ensayar con mi jefe la escena de cuando hacen por primera vez el amor los protagonistas de la telenovela.

«¿Qué?! ¡No me lo puedo creer, eso es confidencial! —pensó, aunque nadie hubiese dicho que lo fuera—. ¡Esa mujer me va a oír!»

—¿En serio? —preguntó Mauro, incrédulo.

—En serio —le confirmó ella mientras asentía con la cabeza—. Es que... verás... —y empezó a contarle toda la historia del error con Esther y cuando la productora le pidió el favor de que los ayudase... y me he dado cuenta de que es muy fácil ser actriz —finalizó Alexia.

«¡¡Ja!!!»

Su amigo la estaba mirando con los ojos como platos y la boca tan abierta que estuvo a punto de desencajarse la mandíbula.

—Al principio estaba algo nerviosa, tengo que confesarlo...

«¿Nerviosa? ¡Si estaba como un flan!», pensó el actor, formándosele una sonrisita pícaro mientras recordaba lo que había pasado la noche anterior.

—... pero después todo fue muy fácil... —continuó, observándose atentamente una uña... sólo hay que saber fingir bien. Y eso, a las mujeres, se nos da de maravilla...

«¿Perdona?! ¡¡Estabas temblando entre mis brazos, y eso no se finge!!»

Aunque ahora él ya no lo tenía tan claro, así que clavó una mirada penetrante en su asistente para saber si mentía o no.

—... ¿no sé por qué les pagan tanto a los actores? Es algo que podría hacer cualquiera.

«¡¡Que podría hacer cualquiera, dice!!»

Martín se estaba enfadando por momentos. ¿Podiera ser que lo que él sintió no fuera recíproco? ¿Que sus gemidos, sus suspiros, sus estremecimientos... todo, fuera fingido? A ver, que no es que quisiera que Alexia se enamorara de él, ni que él tampoco se fuera a enamorar de ella. No era eso, ni mucho menos. Pero no se podía creer ni por un momento que ella no hubiese sentido nada y que realmente hubiera actuado. Porque, si era así, la muy condenada era mejor actriz que él.

«¡No puede ser! ¡Es imposible! ¡Cualquier mujer estaría encantada de estar conmigo!»

—¿No lo dices en serio? —preguntó el modisto, pasmado.

«¡Por supuesto que no, imbécil! ¡Está mintiendo!»

O eso creía. Martín ya no estaba tan seguro. ¿A lo mejor por eso estaba tan rara? ¿Podía ser que Alexia pensase que él sentía algo por ella? Que al final no hubiese podido esconderle la erección que había tenido y que creyese que él se sentía fuertemente atraído por su persona. Quizá por eso había estado tan fría y distante con él, para cortar todo intento de interés por su parte, dejándole bien claro que ella no sentía lo mismo.

«¡Por favor! ¿Por quién me toma? ¡¿Por ese patán?! —se dijo mirando con furia a

Mauro, mientras sacudía la cabeza negando firmemente—. Yo no ando detrás de las mujeres mendigando un poco de cariño. ¡Y menos detrás de ella!»

—Totalmente en serio —le confirmó Alexia, intentando no echarse a reír por la cara de asombro de su amigo—. Es más, estoy pensando en dedicarme a ello. ¿Sabes que todo el mundo me felicitó? Hasta el director de escena y la productora Lucía Andrade...

—¿Ya se ha decidido? —La encargada de vestuario interrumpió a Martín, obligándolo a dejar de poner la oreja.

Éste, con la paciencia perdida y echando humo, le entregó la primera camisa y el primer pantalón que encontró colgado del perchero, con la consiguiente cara de asombro de la chica, ya que le había entregado un modelo de pantalón chino en color marrón caqui y una camisa gris marengo que no pegaban ni con cola.

—¿Está seguro? —le preguntó la encargada.

—¡No sé! Escoja lo que usted quiera, confío en su criterio —refunfuñó impaciente e intentando seguir la conversación, aunque para su desgracia se había perdido parte de la tertulia que estaba teniendo lugar entre esos dos.

No le gustó ni un pelo observar cómo Alexia tenía una mano apoyada en el brazo del tal Mauro, con demasiada intimidad para su gusto. Y cómo éste la miraba embobado, mientras su asistente seguía hablando de lo fácil y gracioso que fue fingir, perdón, ahora lo llamaba *interpretar*, las escenas de amor con su jefe.

—... fue muy divertido, aunque, eso sí, sólo fue trabajo. Sinceramente, no pensé que se me fuera a dar tan bien...

—¡¡¡Alexia!!! —ladró, haciendo que su empleada diera un respingo de sorpresa—. ¡Vamos! —ordenó con los dientes apretados y bajando el tono de voz, ya que se había dado cuenta de que antes había gritado.

Ella lo miró con los ojos entornados, intentando dilucidar el porqué de su mal humor. Tras dar un fuerte suspiro, asintió con la cabeza para, a continuación, despedirse de su amiguito.

—Me tengo que ir, después seguimos hablando. —Le dio otro beso y un abrazo.

—Claro, y acuérdate de que tenemos que comentar lo de esta noche. ¡Te tengo una sorpresa increíble!

—¡Alexia! —la avisó el actor arrastrando las palabras.

—¡Voy! —le contestó y, volviéndose hacia su amigo, susurró—: Más tarde busco un hueco y hablamos. —Se despidió finalmente con un guiño de complicidad y salió corriendo detrás de él con una enorme sonrisa dibujada en la cara, que enseguida ocultó cuando el actor giró la cabeza para confirmar que lo seguía.

—¿Con quién ensayaste las tomas ayer? —quiso saber Esther, interrumpiendo los pensamientos de Martín.

—¿Qué? —murmuró confuso, mientras parpadeaba varias veces para volver al

presente—. ¡Ah, con Alexia! —le comentó—. Por cierto, ¿no sabrás dónde está, verdad? —añadió buscándola con la mirada.

—No, ni idea —contestó la actriz sonriendo.

Ahora empezaba a entenderlo todo.

—¡Si me disculpas! —le dijo impacientemente, mientras se ponía a buscar a su empleada por todo el foro.

«¡¡Como esté con ese tipejo, me va a oír!!», pensó, furioso porque no la encontraba.

Lo hizo a los pocos minutos en la cafetería, pero, para su disgusto, no estaba sola, sino que estaba riéndose de algo que le estaba contando Roberto Garrido. ¿Podía ser posible que esa mujer no pudiera dar un paso sin estar coqueteando con un hombre?

—Creo que te dejé muy claro el otro día que no te quería lejos de donde yo estuviera, Alexia.

Ella se dio la vuelta rápidamente, asustada por la frialdad de sus palabras. Sabía que estaba rabioso, porque le estaba clavando esos increíbles ojos verdes mientras la vena en el cuello le latía de forma frenética.

—Lo siento —se disculpó—. Sólo vine a buscar un café y...

—No me interesa lo que tengas que decir.

—Creo que te estás pasando —señaló su compañero de repente, poniéndose delante de ella para, de algún modo, defenderla de su furia, algo que lo pilló totalmente desprevenido, pero que lo hizo ponerse a la defensiva.

A Roberto se le había congelado la sonrisa desde el mismo momento en que Martín le había hablado de forma despectiva a Alexia. Por mucho que fuera su jefe, no le iba a permitir que la tratara de esa manera.

—No te metas donde no te importa, Roberto —lo amenazó éste, acercándosele de forma peligrosa.

—¿Necesitas algo? —le preguntó Alexia débilmente y con evidente miedo a que pasara algo desagradable entre los dos hombres, que se estaban retando con la mirada. Su jefe ni la miró.

—No tienes derecho a tratarla de esa forma. No estaba haciendo nada malo, y no creo que ésa sea la manera correcta de hablarle a nadie —siguió defendiéndola Roberto, dando él también un paso hacia delante sin desviar los ojos de su compañero.

Alexia se interpuso entre ambos. Ahora no era miedo, sino una certeza absoluta de que, si no hacía algo, esos dos idiotas se iban a liar a golpes. Así que tocó con la palma de la mano el pecho de su amigo para intentar tranquilizarlo, pero fue un gesto que no le pasó desapercibido a Martín, quien arrugó el ceño.

—No te preocupes, Roberto, todo está bien. Seguro que es un malentendido —intentó calmarlo ella.

—No intentes excusarlo, Álex. No sé qué demonios le pasa, pero no voy a consentir que te siga faltando al respeto.

—Roberto, por favor...

La asistente estaba muerta de miedo, pues no quería que aquella situación acabara a golpes, que era lo que parecían querer esos dos energúmenos, y, como era tan temprano, no había nadie en la cafetería que pudiera ayudarla a sosegar los ánimos.

—Te he dicho que no te metas donde no te importa —lo volvió a amenazar Martín, con los dientes apretados y el cuerpo totalmente en tensión.

Alexia se giró hacia su jefe y fue a él a quien tocó en el brazo esta vez para intentar apaciguarlo.

—¡Martín! —gritó Esther cuando entró en la cafetería y vio lo que estaba a punto de suceder—. ¡Tenemos que ir a grabar! ¡Nos están esperando!

La asistente dio gracias a Dios por la intervención de la actriz, pero no retiró el contacto de la mano con su brazo, ya que éste parecía no haber oído a su compañera de reparto.

—¡Por favor! —le suplicó ella mientras se mordía el labio nerviosamente—. ¡Vamos!

Él desvió la mirada de la cara de Roberto hacia la mano que ella tenía posada en su brazo, para a continuación dirigirla hacia su rostro, que estaba contraído con un gesto de auténtica alarma. Alargando ese mismo brazo, posó la mano en su espalda, instándola a pasar delante de él para marcharse de allí, cosa que hizo soltando el aire contenido que tenía en el pecho, con un suspiro de evidente alivio.

Cuando tanto Alexia como Martín pasaron delante de Esther, a la actriz la situación ya no le hacía tanta gracia.

El resto de la mañana transcurrió con aparente normalidad. El actor consiguió grabar las escenas con Esther y, furioso como estaba, las dotó de una increíble fuerza. Y como su asistente no se había movido de allí, no le había resultado difícil imaginar que era a ella a quien estaba besando y castigando de alguna manera, por lo que también la pasión le salió a raudales, ganándose nuevamente las felicitaciones de todo el equipo.

Por su parte, aunque Alexia estuvo en todo momento lo más cerca que se podía por órdenes expresas de él, no fue capaz de mirar cómo grababa las tomas, ya que le dolía verlo de esa forma tan íntima con otra mujer cuando hacía sólo unas horas lo había hecho con ella. Aunque fuera con Esther y estuviera actuando... Sabía que era absurdo, pero no podía evitar sentir esa quemazón en el pecho, que, aunque no quisiera darle nombre en su fuero interno, sabía que eran celos. El resto de la mañana se la pasó atendiendo llamadas y enviando *e-mails*, mientras él seguía grabando escenas, o hablando con Esther, o recibiendo instrucciones del director de escena, o haciendo lo que se suponía que tenía que estar haciendo.

Sabía que todavía estaba furioso, porque, si las miradas matasen, estaría enterrada bajo tierra hacía rato. Y ella no se quedaba corta, pues también estaba molesta con su

actitud, por eso todavía no se había acercado a él. Tenía miedo de que, en un arranque de ira, le dijera algo de lo que se pudiera arrepentir después. Pero, sobre todo, estaba desconcertada porque no entendía un par de cosas. Primero, ¿por qué se había enfadado tanto cuando la encontró hablando con Roberto? Y segundo, ¿por qué esa manía de tenerla cerca aun cuando no la necesitaba? Porque, durante todo ese tiempo, no le había pedido nada, ni tan siquiera que le llevara una botella de agua. ¿Por qué, entonces, tanta insistencia? No podía ser que él no se fiara de que no estuviera haciendo bien su trabajo, ya que no le había hecho ningún comentario negativo al respecto. Ni tampoco que hubiera recibido alguna queja sobre ella, por lo menos que Alexia supiera. Puede que la broma que le había gastado con Mauro le hubiera molestado un poco, pero ¿tanto como para hacerle perder los estribos de esa manera? No, definitivamente Alexia no entendía a ese hombre y sus bruscos cambios de humor.

De repente apareció Marta, contoneando sus caderas con el vestido más corto y ceñido que pudiera existir, sin dejar nada a la imaginación, y con una enorme sonrisa dirigida a Martín. Cuando Alexia la vio llegar, levantó los ojos al cielo preguntándole a Dios por qué no había dotado a la arpía rubia con un malestar, que no fuera grave ni contagioso, pero sí lo suficientemente incómodo como para que ese día se quedara en casa. A continuación se reprendió a sí misma por haber pensado eso. Aunque se retractó enseguida al ver cómo la actriz se colgaba del brazo de su jefe sin que éste hiciera nada por impedirlo, más bien todo lo contrario, ya que la obsequió con su sonrisa más *sexy*.

A los dos minutos, él la llamó y Alexia se acercó de mala gana, ya que no quería estar cerca de ellos.

—¿Podrías hacerme el favor de traerme una botella de agua para mí y...? —Se volvió hacia la actriz.

—Un café para mí. Gracias.

—¿Un café para Marta? —terminó con una sonrisa en la boca, pero con los ojos fríos y acerados.

—Claro —contestó ella, que estuvo a punto de explicarle con total detalle cuál era el camino más cercano para irse al infierno. Pero, pensándolo mejor, sólo puso mala cara, algo que no pudo evitar, y salió de allí lo más rápidamente posible.

Mientras ella se marchaba a la cafetería para traerles el pedido, Esther se acercó a la parejita.

—Hola, Marta.

—Hola, Esther —la saludó ésta, con algo de recelo pues sabía que no le caía muy bien a la actriz.

—¿Vas a ir hoy al estreno de la obra de teatro *El otro lado de la cama*?

—Pues no. La verdad es que me habían invitado... —explicó con un gesto de aburrimiento, dando a entender que recibía tantas invitaciones que le era difícil aceptarlas todas—... pero al final decidí no ir.

—Pues es una pena. Dicen que el texto es excelente, y el elenco es de lo mejor que hay en estos momentos en Ciudad de México. Me refiero en obras de teatro, claro —le explicó.

—Claro —contestó la rubia, sin saber a qué venía tanta amabilidad.

—Pues yo voy a ir con mi marido, y después al cóctel que van a ofrecer. Por supuesto que tú también vas a asistir, ¿verdad, Martín?

—No. La verdad es que no tengo pensado hacerlo —la informó sacándola de su error.

—¡Oh!, ¡vaya!, ¡Pues estaba segura de que irías! —le respondió su compañera poniendo cara de extrañeza.

—Y eso, ¿por qué?

—Bueno, como Alexia también va a ir, di por sentado que tú también lo harías.

A Martín la sonrisa que tenía en la cara se le congeló en el acto.

—Pues no tenía ni idea de que mi asistente tuviera pensado acudir —dijo entornando los ojos—. ¿Estás segura?

—Por completo.

—¿Y sabes con quién va a ir? —demandó con la voz tensa.

—¿Qué más da? —los interrumpió Marta, que se estaba poniendo celosa por el interés que estaba demostrando el actor por esa estúpida asistente—. ¿No me dirás que ahora te importa con quién salen tus empleados? —señaló despectivamente.

—Por supuesto que no, era simple curiosidad.

—Bueno, pues es una pena. Le daré saludos a Fernando de tu parte esta noche —le comentó Esther, refiriéndose a su marido, aliviada por una vez de que Marta hubiera interrumpido antes la pregunta que le había formulado él.

—Sí... sí, por supuesto —le contestó algo distraído, mientras masticaba la noticia que le había dado su compañera de reparto.

«¿Así que mi asistente va a ir al estreno?», pensó mientras las mujeres se pusieron a hablar del modelito que iba a llevar la actriz esa noche.

¿Y con quién diablos iba a ir? ¿No acudiría con el payaso de Mauro?

Frunció el ceño, ya que, ahora que lo pensaba mejor, se acordó de las últimas palabras que le había dicho el ayudante a Alexia. Algo concerniente a esa noche... que tenían que hablar o que le iba a dar una sorpresa, no estaba muy seguro. Pero ¡no podía ser! Mauro era un simple ayudante de vestuario, él no recibiría una invitación para asistir a un evento como ése.

«¡Mierda!, ¡pero Alexia sí!»

Gracias a que trabajaba para él, su asistente también podía recibir invitación a los eventos en los que Martín era requerido. Todo dependía de lo bien que se llevara con el organizador, o el representante, o el relaciones públicas... Así que había sido ella quien lo había invitado, no al revés.

«¡Maldita sea! ¡Esto confirma que sí está interesada en él!»

Martín no pudo evitar que se le escapara un fuerte resoplido mientras se pasaba

una mano por el pelo, llamando la atención de las dos mujeres que en ese mismo instante dejaron de hablar, para fijar su mirada en él. Justo en ese instante aparecía la susodicha, que regresaba del recado que le había mandado realizar, pero ninguno de los tres comentó nada sobre el estreno de esa noche.

A Esther, porque no le interesaba, sólo había informado a su compañero para ver cuál era su reacción ante la noticia, pues había sido la propia Alexia la que le había comentado que él no tenía pensado asistir.

Marta, porque estaba muerta de la envidia al saber que la estúpida asistente había sido invitada y ella no.

Y el actor, porque no quería que Alexia pensase que a él le importaba con quién salía o dejaba de salir.

Así que, cuando ésta llegó a su lado, se encontró con tres pares de ojos mirándola fijamente, con distintos semblantes en su cara: uno, de regocijo; otro, de envidia, y el último... bueno, el otro como había estado mirándola prácticamente toda la mañana, sólo que con un brillo extraño en sus ojos que no supo descifrar.

Capítulo 13

Acabaron de grabar justo para la hora del almuerzo, así que Alexia se sentó con su bandeja a la misma mesa de siempre. Durante la comida, procuró excusarse con Roberto de forma discreta un par de veces para no tener que asistir al estreno de esa noche. Cuando lo intentó por tercera vez, éste hizo un gesto de enfado que la hizo desistir, ya que no quería ofenderlo. No es que no quisiera ir con él, es que no se sentía cómoda con la idea de asistir a un evento donde iba a estar tanta gente famosa en México, y tantos periodistas y medios de comunicación. Pero no le quedó más remedio que resignarse. Aprovechó la ocasión también para hablar con Mauro y las chicas, y quedar con ellos a las siete en casa de su amigo, ya que la iban a ayudar a vestirse y prepararse para la ocasión. La verdad era que Alexia no sabía qué habría hecho sin ellos, les estaba enormemente agradecida por lo bien que se estaban portando con ella.

En esos momentos iba en el coche con Martín, camino a casa, sumida en sus propios pensamientos. El ambiente en el vehículo era más tenso, si eso era posible, que por la mañana, ya que no sólo Alexia estaba molesta, sino que ahora había que añadir también el enfado del actor.

Él le lanzó varias miradas de soslayo y comprobó que, aparte de tener la costumbre de morderse el labio cuando estaba nerviosa o preocupada, ahora podía añadir otra manía más, que era la de tamborilear con los dedos, como hacía en ese instante en la funda de la tableta.

—¿Te pasa algo? —le preguntó, con la esperanza de que por fin le dijera por qué estaba molesta con él.

—No. No me pasa nada —contestó, interrumpiendo su observación del tráfico y fijando su mirada en él.

—Ya.

—¿Y a ti?

—¿A mí? Nada tampoco —aseguró mientras cambiaba de carril.

Permanecieron unos minutos en silencio, mientras cada uno pensaba que el otro le estaba mintiendo.

—¿No tienes nada que decirme? —le preguntó con la esperanza de que ella se sincerara con él y le dijera lo de esa noche... y que dejara por fin de hacer ese ruidito infernal que lo estaba volviendo loco.

—No, nada.

—Vale.

Alexia volvió a girar la cabeza, mirando sin ver el tráfico y los viandantes por la acera, y de repente se fijó en un niño que estaba llorando, negándose a andar mientras su madre tiraba de él enfadada.

—Bueno, sí tengo algo que decirte —le soltó—. ¡Casi se me olvida!

«¡Bien!, ¡por fin!»

—Llamó tu padre y me preguntó si tendrías algún inconveniente en que pasara esta tarde por tu casa para ver a Lucas.

—¿Mi padre? —preguntó confuso por un momento—. ¡Mi padre! ¡Sí, claro, no hay problema! —respondió sin pensar, y decepcionado con ella porque le seguía ocultando lo de esa noche.

Después se arrepintió, ya que, tal y como estaba de humor, no le apetecía mucho que su padre rondara por su casa.

—Bien, pues lo llamo ahora para confirmárselo —anunció sacando el teléfono móvil.

Que Alexia llamara a Miguel fue un alivio para los dos, ya que la conversación duró hasta la llegada a la casa del actor y fue la excusa perfecta para atenuar esa tensión reinante entre ambos. Pero esa llamada le hizo darse cuenta a Martín de la complicidad existente entre su padre y ella, y no estaba muy seguro de que eso fuera algo que le gustara. Cuando entraron en la mansión, Lucas corrió a saludarlos. Primero a su padre, quien lo atrapó en sus brazos y le dio un fuerte beso, y después se volvió hacia Alexia, a quien le regaló un fuerte abrazo y un sonoro beso en la mejilla.

—¡Dios, pero qué buenos son estos besos y abrazos! —exclamó la asistente en cuclillas, devolviéndole el cariño que le estaba dando mientras el pequeño sonreía encantado.

El actor sintió como un pequeño pellizco en el pecho, mitad envidia, por la ternura que le estaba prodigando a su hijo, y mitad tristeza, por la constatación de que Lucas también necesitaba el amor de una mujer. Aunque había varias en esa casa, con ninguna se había comportado así. Había conectado de una manera muy especial con Alexia y ésta con él. De repente cayó en la cuenta de que su hijo necesitaba el amor de una madre. Un amor que la asistente le daba incondicionalmente, porque se sentía sola en un país extranjero y cualquier muestra de afecto era recibida con ansias, y devuelta de la misma manera. Y, aunque había pensado que al crío no le hacía falta ese tipo de cariño, ya que él le daba todo lo que tenía y más, se percató de que, por mucho que lo negase, a él le había hecho mucha falta su madre cuando era pequeño, a quien nunca tuvo a su lado, al igual que Lucas. Al pequeño le pasaba exactamente lo mismo, pero sí había habido una diferencia sustancial entre los dos, y era que su hijo siempre lo había tenido a él, a su padre; Martín no podía decir lo mismo.

Sintió que la amargura volvía a subirle por la garganta otra vez, y sacudió la cabeza para ahuyentarla lo más lejos posible.

—¡Bien, campeón! Dime, ¿qué has hecho hoy? —le preguntó mientras iban hacia el salón, después de que Alexia soltara al niño.

Mientras Lucas le contaba a su padre cómo le había ido en el colegio, ella aprovechó para ir a saludar a Sole y Tina y, después, a su habitación a cambiarse de ropa y ponerse cómoda. A la media hora apareció Miguel, y Martín, en cuanto lo

supo, se encerró en su despacho.

Alexia se pasó gran parte de la tarde en el jardín con Lucas y su abuelo. Primero Miguel ayudó a hacer los deberes a su nieto, mientras ella trabajaba en su ordenador, y después la asistente se encontró haciendo de árbitro mientras los dos jugaban al fútbol, corriendo detrás de ellos sin saber muy bien qué tenía que hacer, ya que no era muy forofa de ese deporte. En ese momento se encontraba atada a un árbol y amordazada, a la espera de que el niño la fuera a rescatar, disfrazado de Capitán América, en tanto que su abuelo lo perseguía con una pistola de agua, intentando alcanzarlo para matarlo a base de disparos líquidos.

Así la encontró Martín, que la estaba observando desde su despacho. Por culpa de los gritos y risas de su hijo y su padre, no podía concentrarse y, después de librar una batalla interna que perdió, se hallaba de pie delante del ventanal, viendo cómo Alexia intentaba inútilmente desatarse de las cuerdas, mientras Lucas, escondido detrás de las hortensias, buscaba el mejor momento para acercarse a ella y liberarla. El hombre tenía un cúmulo de sentimientos encontrados. Por un lado se moría de ganas de estar ahí abajo, disfrutando y pasándolo en grande con su hijo, como lo hacían ella y su padre... pero, por otro lado, no quería estar cerca del hombre que le había hecho tanto daño. No podía, o no quería, perdonarlo. Era una herida que todavía estaba abierta y sangrando. Y ahora, después de tanto tiempo, observaba asombrado cómo jugaba con su nieto como nunca lo había hecho antes con él.

De nuevo la amargura lograba subirle por la garganta y dejarle el desagradable sabor de la bilis en la boca.

Tenía que reconocer que se alegraba de que Miguel jugase con su nieto como lo estaba haciendo en ese instante, pero, sobre todo, lo que más le gustaba era ver la alegría reflejada en la cara de Lucas. Quizá Alexia tuviese razón y, durante todo ese tiempo que se había negado a ver y a hablar con su padre, también había estado negándole a su hijo la posibilidad de conocer otro amor diferente al que él le daba.

Y se sintió culpable. ¿Acaso había sido muy egoísta por su parte? ¿Había estado tan lleno de rencor que no había podido vislumbrar que su hijo necesitaba más amor del que él le era capaz de dar? Pero no podía. ¡Dios!, en verdad no podía perdonar a ese hombre. Lo que él hubiera dado por tener una palabra de cariño, un gesto, una caricia... y lo único que había recibido habían sido reproches, amargura y rencor. Sí, rencor del hombre que se suponía que tenía que amarle y apoyarlo incondicionalmente, de la persona que tenía que defenderlo y protegerlo de todo lo malo que le pudiese ocurrir.

Martín sacudió la cabeza y volvió a fijar toda su atención en esa menuda mujer, a la que ahora la estaban persiguiendo y mojando de arriba abajo tanto su padre como su hijo, mientras ella corría tratando de escaparse, riendo a carcajadas. Y no pudo evitar esbozar una pequeña sonrisa, desvaneciéndose así los malos recuerdos.

Mauro acababa de dejar a Alexia en casa de Martín, preparada y echa un manojo de nervios, esperando a que llegara Roberto para recogerla. La asistente se llevó una decepción cuando se enteró de que su jefe hacía un buen rato que se había marchado y no le había dicho a nadie a dónde había ido. En su fuero interno sabía que estaba mona, y le hubiese gustado que él la viera así. Tanto Tina como Sole, cuando la miraron, se quedaron impresionadas por lo increíble que estaba y, cuando se lo hicieron saber a su amiga, ésta no le dio mayor importancia porque pensaba que estaban exagerando. No hacían más que observarla de arriba abajo una y otra vez, suspirando por poder ser una de ellas la que estuviera en su sitio, mientras que ella daría lo que fuera por cambiar su lugar y no tener que ir.

Esa noche Alexia iba ataviada con un vestido de color rosa con encaje negro, de tirantes y largo hasta la rodilla. Cuando vio por primera vez el atuendo, se negó en redondo a ponérselo. Era tan ceñido que, si no fuera por la milagrosa faja que Mauro le había obligado a comprar, se le hubieran marcado todos los michelines. ¿Y el escote? ¡Dios!, era tan pronunciado que tenía miedo de que se le salieran los pechos si respiraba un poco más fuerte de lo normal. Lo complementaba una torera de piel negra, a juego con unos zapatos con un tacón de infarto y un bolso de mano del mismo color. El resultado del conjunto era elegante, pero a la vez informal y muy juvenil. Llevaba un maquillaje de noche ahumado que hacía resaltar sus enormes ojos, aunque ella creía que parecía un oso panda y había protestado por lo excesivo que era. Y, finalmente, lucía un recogido informal pero muy elegante.

Cuando quince minutos más tarde sonó el timbre, salió a abrirle la puerta a su acompañante. En el momento en que se paró en el umbral de la entrada, delante de Roberto, éste se quedó boquiabierto.

—¡Estás increíblemente hermosa! —exclamó cuando fue capaz de recuperar el habla.

No pudo evitar ruborizarse y sentir una ligera incomodidad por la forma como la estaba mirando. Cerró la puerta mientras por su mente pasó veloz una conversación anterior que había mantenido con Mauro y las chicas, cuando la estaban preparando para esa noche. Ellos estaban convencidos de que Roberto la había invitado al estreno esa noche porque estaba interesado en ella. Alexia se rió de ellos irónicamente, e intentó sacarlos de su error cuando les explicó que era del todo imposible que un hombre de su talla, un actor tan conocido en ese país, con tantas mujeres detrás de él, tuviera el menor interés por alguien como ella. Les aclaró que tan sólo eran amigos y nada más. Por supuesto, ellos no estaban de acuerdo con lo que les había dicho; es más, afirmaban que él la miraba de una forma muy especial, algo que Alexia se negó a aceptar. Pero, durante un breve segundo, por su mente cruzó una pequeña duda al respecto, que descartó al instante. Esa noche estaba mona, sí, pero Roberto podría escoger a mujeres que le daban mil vueltas, y a las que no les llegaba ni a la suela del

zapato. Era totalmente absurdo que pudiera estar interesado en alguien tan insignificante como ella.

—Tú también estás muy guapo —contestó, devolviéndole el halago con una tímida sonrisa.

Y era cierto. De pronto, y quizá por lo que había pensado hacía un segundo, lo observó de otra manera. Roberto tenía el pelo negro como la noche, que en ese momento llevaba corto y engominado. Era muy apuesto, con unos rasgos marcados y algo aniñados, unos ojos muy dulces de color marrón mezclados con un verde más oscuro, una nariz recta y una boca *sexy*; en conjunto, era un hombre muy atractivo. No era tan alto como Martín, pero debía de medir un metro ochenta, más o menos. Esa noche iba vestido con unos pantalones chinos de color gris marengo y una camisa azul cielo que le hacía resaltar su piel morena, y llevaba una americana gris oscura que le sentaba como un guante, terminando con unos zapatos de piel, negros.

Después de observarlo detenidamente, llegó a la conclusión de que sólo pensaba en él como en un amigo; no le aceleraba el pulso como lo hacía su jefe.

—Eso ya lo sé —le dijo guiñándole un ojo y doblando el codo para que ella pasara su mano por debajo, algo que Alexia hizo mientras se reía de él por ser tan engreído.

Justo cuando bajaron el primer peldaño de la escalera de la entrada, clavó su mirada en ella y le dijo muy serio.

—Pero nada en comparación contigo esta noche. ¡Estás preciosa!

Y durante unos segundos, que se hicieron eternos, Alexia no supo qué contestar.

—No seas ridículo, ¿quieres? —soltó al fin, roja como un tomate maduro y sin saber qué hacer.

—¿Por qué? —preguntó confuso.

—Porque no es cierto, y seguro que eso mismo se lo dices a todas —añadió, sonriendo levemente para quitarle un poco de intensidad al momento.

—Es la pura verdad —le confirmó muy serio.

A continuación le levantó la barbilla para mirarla directamente a los ojos.

—Y no se lo estoy diciendo a cualquiera, te lo estoy diciendo a ti.

Ella tragó saliva.

—Bueno, pero yo no estoy acostumbrada a oír ese tipo de piropos, y te rogaría que no los hicieras, me siento muy violenta —le confesó casi en un murmullo, después de retirar la barbilla que él tenía sujeta con dos dedos y con una expresión de vergüenza en los ojos.

—Está bien —la tranquilizó, formándosele una sonrisa traviesa en el rostro y retomando la bajada por la escalera para dirigirse al coche.

—Y, ahora, ¿de qué te ríes?

—¿Yo? De nada.

Alexia se paró delante de la puerta del coche que él le había abierto galantemente, y le lanzó una mirada de advertencia, porque quería saber el motivo por el cual se

estaba burlando de ella.

Él se rió mientras se dirigía hacia la puerta del conductor.

—Sólo pensaba que no eres como las demás mujeres —le confesó mientras entraba en el vehículo.

—¡Por supuesto! ¡Yo soy única e inigualable! —fanfarroneó a la vez que entraba en el coche.

—De eso estoy totalmente seguro —sentenció.

Tras arrancar por fin, se dirigieron hacia el teatro. Durante el camino, le preguntó y le expuso todas las dudas que tenía sobre cómo debía comportarse y qué tenía que hacer al llegar allí. Él le respondió a todo pacientemente, al darse cuenta de que estaba muy nerviosa y preocupada, y, aunque intentó tranquilizarla, asegurándole que todo saldría bien, ella no lo tenía tan claro y estaba hecha un manojo de nervios.

Cuando llegaron a su destino, la asistente se quedó asombrada al ver la gran cantidad de gente que estaba allí reunida. Lo había visto antes por la televisión, pero no era nada comparable con vivirlo en directo. Se negó a salir con él en el *photocall*, lugar donde los famosos se detenían para que la prensa gráfica y los diferentes canales de televisión les sacaran fotos y les hicieran entrevistas. Aunque Roberto intentó convencerla, le resultó imposible, por lo que tuvo que pasearse solo por la pequeña alfombra roja, con ella unos metros detrás de él, mientras posaba para los fotógrafos y contestaba a algunas preguntas. Cuando entraron dentro del teatro, los llevaron hasta una pequeña sala VIP donde estaban los demás personajes públicos y les ofrecieron una copa de champán.

Alexia estaba impresionada por la cantidad de gente que había en aquel lugar. Las mujeres brillaban deslumbrantes luciendo modelazos, con sus cuerpos increíbles, sus perfectos maquillajes e impecables peinados. ¡Menos mal que le había hecho caso a Mauro! Tenía que acordarse de darle las gracias debidamente. ¡Y a las chicas también!

Pasearon entre la multitud, mientras el actor saludaba a unos y a otros, hasta que se encontraron con Esther y su marido. Alexia la saludó con evidente alivio de poder toparse con una cara amiga entre tanto desconocido.

—¡Estás guapísima, Álex! —declaró la actriz, admirándola sinceramente.

—Muchas gracias, ¡tú también!

—Te presento a mi marido, Fernando Aguado —le dijo mientras se volvía hacia él—. Querido, ya me has oído hablar de ella. Es Alexia Montero, la asistente de Martín Ledesma.

—¡Encantado de conocerte! —la saludó el hombre mientras se acercaba para darle un beso en la mejilla.

—Igualmente.

—Esther me ha hablado mucho de ti.

—Espero que bien.

Él le iba a contestar cuando otro lo agarró por detrás, cortando su respuesta.

—¡Fernando, amigo!, ¡necesito tu ayuda sobre un tema! —le dijo, interrumpiendo de forma maleducada.

Al marido de Esther no le quedó más remedio que atender al individuo, que ya le estaba contando los problemas que tenía con su mujer, no sin antes ofrecerle un gesto de disculpa a Alexia, que le sonrió con lástima.

—¡Vaya!, así que los rumores eran ciertos —murmuró la actriz, observando a su marido y al hombre que estaba a su lado—. ¡No me extraña!

—¿A qué te refieres? —preguntó Alexia, intrigada por el comentario.

—¡Oh, perdona! —se excusó, saliendo de su ensimismamiento—. Es que Fernando es un importante abogado en este país, y está especializado en divorcios. Yo lo conocí cuando me separé de mi primer marido —le explicó.

—No lo sabía, lo siento.

—¿Por qué? —preguntó ésta confusa.

—Porque tu primer matrimonio no funcionara —respondió un poco incómoda, buscando con la mirada a Roberto, que estaba hablando con una pareja muy cerca de ellas.

—¡Ah, no te preocupes! Eso fue hace mucho tiempo; yo lo tengo superado y ahora estoy encantada.

La asistente bebió un sorbo de champán, aliviada de no haber metido la pata.

—Por cierto... —continuó hablando Esther—... ¿no me habías dicho que Martín no iba a venir hoy a este evento?

—Y no va a venir.

—Pues, si el hombre que está detrás de ti no es él, es que tiene un hermano gemelo y yo no lo sabía —bromeó mirando por encima de su hombro.

Alexia giró la cabeza alarmada y clavó los ojos en el hombre que estaba unos metros detrás de ella, hablando con una mujer mayor que él. Y de pronto, como si hubiera presentido que ella lo estaba observando, su jefe levantó la cabeza para posar la mirada en la suya.

«¡Oh, no! ¡No es posible! ¡Mierda!»

Volvió a mirar al frente, encontrándose con Esther, que observó su expresión de inquietud.

—¿Te encuentras bien?

—Sí —le contestó, acabando luego de un trago la copa de champán.

—Álex, cariño, es sólo tu jefe, no un asesino en serie —intentó tranquilizarla, sintiéndose en ese instante un poco culpable por el nerviosismo que estaba demostrando la asistente—. No estás haciendo nada malo.

—Ya lo sé —respondió con la voz un poco más aguda de lo normal—. Lo que pasa es que no le dije que iba a venir, y ahora se va a pensar algo que no es.

—¿A qué te refieres?

—Martín ya me acusó de estar... coqueteando con Roberto —le confesó avergonzada—. ¡Pero no es cierto! Intenté por todos los medios no venir, pero

Roberto no me dejó otra opción —se defendió.

—Tranquila, cariño.

—Tú sabes lo cabezota que puede ser. —Tras chasquear la lengua, matizó—: Mejor dicho, lo tercicos y cabezotas que pueden ser los dos.

—Lo sé —contestó la actriz agarrándole la mano y consolándola.

Alexia se empezó a morder el labio.

—Y no quiero que piense que estoy... —A la asistente no le salían las palabras—. ¡No soy una buscona, Esther! ¡Ni tampoco ninguna trepadora! —se lamentó amargamente—. ¡Dios, sabía que no era buena idea venir!

—¡Ey, espera un momento!

La sujetó por los brazos, mientras echaba un vistazo a Roberto y otro a Martín, que se dirigía hacia donde ellas estaban, acompañado de Marta Salgado. Luego, fijando la mirada en su rostro, le dijo muy seria:

—¡Escucha! Tú no estás haciendo nada malo, ¿vale? ¡No te permito que te castigues por esto! —declaró rotundamente—. Martín es tu jefe, es cierto, pero ahora estás fuera del horario laboral, y él no tiene derecho a juzgar con quién sales o dejas de salir.

Alexia se la quedó mirando durante unos segundos, hasta que sus palabras calaron en su mente aturdida por los nervios. Levantó la barbilla y cuadró los hombros.

—¿Sabes?, ¡tienes razón! —contestó envalentonada—. ¡No puede ser tan controlador! ¡Y me niego a que me diga lo que tengo y no tengo que hacer! ¡Y por supuesto no le voy a permitir que cuestione cuándo, dónde ni con quién salgo! ¡Faltaría más! ¡Es un dictador, es un ególatra, es un...!

Esther levantó una ceja algo sorprendida por sus palabras, y ella paró de hablar en seco.

—Tienes razón, creo que me he venido un poco arriba —añadió bajando la voz.

Capítulo 14

—¡Hola, Alexia!

El actor se dio cuenta perfectamente de que su asistente se había puesto rígida en cuanto oyó su voz. Esperó a que se diera la vuelta para enfrentarlo, algo que ella hizo muy despacio. Martín la había visto a lo lejos, y entonces había estado más concentrado en su reacción cuando advirtiera su presencia que en su aspecto. Por eso, cuando la pudo observar con más detenimiento, se quedó realmente fascinado. ¡Estaba impresionante! Aunque, por su rostro, la única emoción que cruzó fue un leve brillo en los ojos, de admiración. Esperó unos segundos a que le hablase, pero ésta no lo hizo.

—¡Hola, Esther! —saludó a su compañera, todavía esperando a que su asistente le respondiera.

—¡Hola, Martín! ¡Me alegro de verte!

—Yo también me alegro de verte a ti.

Como Alexia todavía no había abierto la boca, él decidió centrar toda su atención en ella.

—No sabía que ibas a venir —mintió con desfachatez.

—Tampoco yo que ibas a venir tú.

Éste levantó una ceja, sorprendido por su actitud.

—Cambié de opinión en el último momento.

—A mí no tienes por qué darme explicaciones.

—Tampoco tenía pensado dártelas —le contestó él, entrecerrando los ojos.

—Bien, porque yo tampoco te las he pedido —soltó ella cruzándose de brazos.

¿Qué demonios estaba pasando? Eso no estaba saliendo como él había imaginado. Había pensado que, en cuanto ella lo viera, quedaría mortificada por haberle ocultado la cita de esa noche. Y por un momento, cuando antes había descubierto su presencia, Martín hubiese jurado que era lo que había sucedido. Pero lo que no se esperaba de ninguna manera era que, en vez de darle algún tipo de explicación o de disculpas, lo estuviera retando, ofendida, y dándole la vuelta a la situación.

Durante unos segundos mantuvieron un combate de miradas, para ver quién de los dos ganaba la batalla de la terquedad, pero Marta, cansada de que la idiota de la asistente fuera el centro de atención, decidió meterse en la conversación.

—¡Vaya, querida! ¡Estás muy cambiada esta noche! Hasta se podría decir que... —apuntó señalándola con el dedo índice—... estás guapa.

La asistente, por un momento, se quedó muda de asombro. Primero, porque había estado tan concentrada en no dejarse intimidar por su jefe que no se había percatado de que estaba acompañado. Y segundo, por el desdén con el que le había hablado la arpía rubia delante de él.

—Tienes que decirme dónde te has comprado esa ropa, y a la peluquería de barrio que has ido. ¡Está claro que obran maravillas! —continuó la actriz con un desprecio mal disimulado.

—No te permito... —empezó a decirle Roberto, que justo se había incorporado a la conversación en ese momento.

Pero Alexia levantó una mano, interrumpiendo su defensa.

—Tranquilo, Roberto —lo cortó sin apartar la mirada de la actriz—. Estoy segura de que mi amiga Marta no lo ha dicho con ninguna mala intención.

Alexia estaba furiosa y harta de que esa mujer no hiciera más que insultarla de forma velada, pero ella también podía jugar a ese juego, así que... ¡al demonio con las consecuencias! Dedicándole la sonrisa más falsa que supo esbozar, siguió hablando.

—Me alegro de verdad, querida, de que te guste mi apariencia esta noche. Por lo menos, si yo arreglo mi aspecto, se nota el cambio para bien. No puedo decir lo mismo de otras... —constató mirándola de arriba abajo con todo el desprecio que le provocaba... que, se pongan lo que se pongan, siguen pareciendo las mismas busconas barriobajeras de siempre. Y, sobre mi vestido, te puedo decir que es de un amigo mío, un joven diseñador con mucho talento que me lo ha regalado. Creo que tú no puedes decir lo mismo, ¿verdad? Pero, no te preocupes, cuando quieras estaré encantada de presentártelo.

Marta se quedó atónita por su respuesta y, roja por la mortificación, no supo qué contestar. Ella tampoco le dio mucha opción. Esperó su respuesta durante unos segundos, mientras sostenía la mirada hostil que la actriz le estaba lanzando para contraatacar de nuevo si hacía falta, pero, como vio que no iba a decir nada, le pidió a Esther que la acompañara a los aseos.

—Yo te acompaño —se ofreció Roberto, doblando el codo para que ella se agarrara a su brazo.

Mientras se marchaban, el actor le susurró al oído.

—¡Bien hecho! ¡Estoy muy orgulloso de ti! —le comentó, arrancándole una sonrisa.

Detrás de ellos, la acompañante de Martín se giró furiosa hacia él.

—¡No me puedo creer lo que me ha dicho! —explotó Marta elevando la voz mientras veía cómo la estúpida se alejaba, consiguiendo que algunas personas giraran la cabeza con curiosidad.

—Tranquila, ¿de acuerdo? —murmuró el actor con los dientes apretados, y se dirigió hacia Esther, que estaba sonriendo abiertamente.

—¿Con quién ha venido mi empleada?

—Pues...

Marta bufó totalmente indignada y a punto de perder los papeles.

—¿Es lo único que te interesa? —le preguntó roja por la rabia—. ¿Saber con quién ha venido tu empleada? ¿Y qué pasa conmigo? ¿Acaso no te importa lo que

acaba de decirme?

—¿Quieres bajar la voz?! —masculló él de forma brusca—. ¡Estás montando un escándalo!

—¡Martín, tu empleada me acaba de llamar buscona barriobajera! —gritó la actriz, ofendida por su impasibilidad.

El actor se puso tenso y le clavó sus fríos ojos verdes... Era esa mirada que alguna vez le había echado a Alexia, pero que jamás la hizo temblar de miedo, como sí estaba haciendo temblar a Marta, ya que, como la cobarde que era, nunca iba de frente, sino por la espalda y de forma sibilina. Harto de aquel absurdo berrinche, estaba dispuesto a ponerle freno en ese mismo instante.

—Ésas no fueron sus palabras exactas, en ningún momento dijo tu nombre.

—No, claro que no, pero lo insinuó, que para el caso es lo mismo.

—Y, según tú, ¿qué tengo que hacer?, ¿eh? —preguntó crispado.

—Ponerla en su lugar.

Furioso por su descaro, se acercó más a ella, aproximando su cara a la suya para que notara en sus ojos que estaba hablando totalmente en serio y que no le quedara ninguna duda, haciendo que la actriz tragara con fuerza, incapaz de sostener su mirada nada más que un segundo.

—¿Por qué? ¿Por defenderse? Te recuerdo, Marta, que yo también estaba aquí... y mi empleada lo único que ha hecho es responder a un ataque directo por tu parte. Porque, si su respuesta no fue la adecuada, tu comentario sin ninguna duda estuvo fuera de lugar. Y si mi memoria no me falla, es la segunda vez que lo haces... y de la misma manera que no tomé partido por ella, tampoco lo voy a hacer por ti. Pero no me pongas más a prueba... —se acercó a su oído para que sólo ella pudiera oírlo—... porque quizá la próxima vez en verdad no te guste mi reacción. Detesto que me manipulen, querida, y tú es la segunda vez que lo intentas, no habrá una tercera.

Después de decirle eso, le dio un beso en la mejilla, dejándola plantada allí para poder acercarse a continuación a un hombre que estaba llamando su atención, y hablar con él como si no hubiera pasado nada. La actriz tenía los ojos abiertos como platos, sin poderse creer lo que acababa de ocurrir. Cuando al mediodía él la había invitado al evento de esa noche, había creído que por fin sus esfuerzos habían logrado su recompensa. Por un momento había asumido que no tenía nada que hacer con él, ya que, a pesar de todos sus intentos, todavía no había conseguido llevárselo a la cama o, en su defecto, tenerlo comiendo de su mano, como había hecho antes con otros. Al recibir la invitación, había estado feliz porque iba a ser la acompañante del hombre de moda en ese momento en todo México y parte de Latinoamérica. Había tardado horas en arreglarse y prepararse para el instante en el que iba a aparecer delante de todos los *flashes* y cámaras de televisión que estaban congregados allí, peleándose por sacarle a Martín una foto o unas palabras.

Ése era el momento que había estado esperando desde hacía mucho tiempo. Mañana saldría en todos los programas de cotilleos de las televisiones nacionales, e

incluso en las del mercado latino en Estados Unidos, sin contar con todas las revistas, radios e Internet. Si era inteligente, podría aprovechar eso en su beneficio. Por fin, después de haberse acostado con viejos babosos, liarse con hombres que le habían dado asco que la tocaran y haberle hecho la pelota a una gran parte del medio artístico, tendría la oportunidad de conseguir lo que siempre había querido... Y esa estúpida asistente no le iba a echar a perder todo el trabajo que había llevado a cabo con tanto esfuerzo. Si tenía que arrastrarse, lo haría, y si tenía que pedirle perdón a ese adefesio de chica, estaba dispuesta a hacerlo. Haría lo que fuera necesario para conseguir todo lo que quería. Y... si con ello tenía que morderse la lengua y tragarse todo el veneno que tenía... pues lo haría encantada. Por mucho que le doliera.

Justo cuando se disponía a ir detrás de Martín para disculparse con él, Esther, que había estado todo ese tiempo allí y había visto lo que había pasado, la frenó agarrando su brazo, para decirle.

—Si tuvieras un poco de dignidad, te marcharías en este instante.

Soltándose de un tirón, Marta la miró con todo el desprecio y la ponzoña que retenía en su interior y, sin hacerle caso, se encaminó hacia donde estaba él. La palabra «dignidad» no entraba en el vocabulario de la actriz, y Esther no pudo evitar sentir pena por ella.

Durante todo el tiempo que estuvieron esperando en la sala VIP a que empezara la obra de teatro, Martín estuvo buscando disimuladamente a Alexia y al ayudante de vestuario. Atendió a toda la gente que se acercó a saludarlo y felicitarlo por el éxito de la telenovela, pero no prestó mucha atención, ya que estaba más pendiente de encontrar a su asistente y al tal Mauro que de las personas que le estaban hablando. Al fin los llamaron para entrar y acomodarlos en sus asientos y, después de un buen rato y de ignorar la cara de disgusto de Marta, que por cierto había entrado en razón, consiguió ubicar el lugar donde estaba sentada su empleada.

—¡Pero ¿qué demonios...?!

Por fin había encontrado al acompañante de su asistente, y no era la persona que el actor había creído. ¡Había sido un estúpido! ¿Cómo no se había dado cuenta antes? Estaba claro que Roberto llevaba detrás de Alexia desde hacía tiempo, y éste no había perdido el tiempo. Lo que no entendía era cómo Alexia no se había percatado de que el actor lo único que quería era aprovecharse de ella. Era su *modus operandi*. Primero la camelaba con su encanto y su carisma, y después, cuando ya había obtenido lo que quería, la abandonaba para dedicarle su atención a otra. Conocía a Roberto sobradamente, y sabía cuál era su forma de actuar; su fama de mujeriego era tan conocida como la suya propia.

—¿Te encuentras bien? —le preguntó Marta al ver su cara desencajada.

—¡¿Qué?! Sí, perfectamente.

En cuanto bajaron las luces y los actores salieron al escenario, Martín no pudo quitarles los ojos de encima a la parejita que tenía a unos metros a su derecha delante de él. Aunque sabía que su actitud era absurda, e intentó por todos los medios centrar

su atención en la comedia, no pudo evitar estar pendiente de lo que hacían aquellos dos.

Cuando por fin la obra de teatro finalizó, dio gracias a Dios por ello, pues estaba deseando salir de allí, ya que se sentía como un león enjaulado. Aunque su compañero se había comportado bien durante toda la actuación, varias veces se había acercado a Alexia para decirle algo al oído, y a Martín, esa actitud cariñosa, le había repateado el estómago. Estaba ansioso por dejar ese lugar para poder pegarse como una lapa a su asistente y no permitir que ese gusano se acercara demasiado a ella.

Cuando Alexia llegó al local donde se celebraba la fiesta privada, buscó disimuladamente a su jefe entre la multitud, mientras Roberto le presentaba a un montón de gente. Después de un buen rato, cuando no pudo encontrarlo por ningún lado, se alegró de que hubiera decidido no asistir, pudiendo concentrarse en las personas a las que estaba siendo presentada. Tenía una copa en la mano y acababa de rechazar un aperitivo, cuando, de repente y por detrás, alguien le tapó los ojos. Cuando tocó las manos de la persona que se estaba escondiendo, pudo comprobar que eran de mujer, y su sorpresa fue mayúscula cuando reconoció la voz que le habló a continuación.

—¿Quién soy?

—¡Oh, Dios mío, Verónica! —exclamó dándose la vuelta para abrazarla.

Tras unos segundos, en los que estuvieron unidas en un cariñoso apretón, su amiga se separó de ella para poder observarla mejor.

—¡Álex, cariño, estás increíble! —exclamó asombrada por el cambio—. ¡Me costó un buen rato reconocerte! ¡No estaba segura de que fueras tú!

Ella le sonrió azorada, pues todavía no se acostumbraba a los piropos.

—¡No sabes cuánto me alegro de verte! —le dijo emocionada—. ¡Te he echado tanto de menos!

La mujer la escrutó con su mirada.

—¿Ha pasado algo con Martín? —preguntó preocupada.

—No —mintió—. Sólo que me han pasado tantas cosas en estos días que estoy un poco abrumada.

Y pasó a contárselo todo. Bueno... todo, todo, no.

Omitió la parte del casi-beso que estuvieron a punto de darse en la cocina, la confesión que tuvo lugar en el jardín, la noticia de que Miguel podía visitar a su nieto, los apasionados besos que se dieron durante el ensayo en el *set* de grabación, las peleas que había tenido con su jefe... En definitiva, todo lo que tuviera que ver con él. Por lo demás, se lo contó todo. Y eso sólo le había ocurrido en ¿cuánto?, ¿seis días? Alexia no creía que, a ese ritmo, llegase a final de mes.

—¡Esa Marta es una víbora! Tú no le hagas ni caso, lo mejor es que la ignores.

—¡Ya! Te juro que lo he intentado, pero esa arpía rubia saca lo peor de mí.

—¿La llamas arpía rubia?

—Sí. Bueno, fue lo primero que se me ocurrió.

Las dos mujeres se miraron y no pudieron evitar echarse a reír.

—Le queda muy bien —opinó su amiga.

—¡A que sí! Le queda como el tinte al pelo.

Y volvieron a echarse a reír.

Verónica le presentó a su futuro marido, Raúl Villarrubio, y estuvieron charlando durante un buen rato de la boda y de los preparativos que conllevaba organizar un evento como ése.

—Por supuesto, estás invitada. Sé que soy un desastre y tenía que haberte avisado antes, pero he estado tan liada...

—Tranquila, Vero, lo entiendo perfectamente —le aseguró agarrándola de la mano en un gesto cariñoso—. Estaré encantada de asistir.

—Lógicamente, tu acompañante también está invitado —le susurró al oído, haciendo un gesto con la cabeza hacia Roberto, que estaba hablando con una presentadora de televisión.

—¡No, espera... espera! Roberto no es mi pareja, sólo somos amigos —le explicó para aclararle la situación.

—Da igual lo que seáis —comentó guiñándole un ojo—. Roberto estaba invitado de todas formas. Pero, así y todo, avísame con antelación para saber si tengo que sentaros juntos.

Cuando iba a volver a aclararle a su amiga la relación que la unía con él, éste, al oír su nombre, aprovechó para disculparse con la presentadora y decidió que ya la había descuidado demasiado y que quería bailar con ella un rato, llevándola a la zona de baile.

Así la encontró un rato después Martín, cuando consiguió dar con ellos. No había logrado llegar antes, ya que todo el mundo quería hablar con él. Aunque intentó por todos los medios desembarazarse de la gente, había importantes productores y directores a los que no podía ofender, sin contar, por supuesto, con la inestimable ayuda de Marta, a quien sólo le había faltado besarle los pies a más de uno. Por lo que, cuando los vio bailando tan juntos, no estaba de muy buen humor que digamos. Sólo lo salvó el hecho de encontrarse con Verónica, a la que sinceramente se alegró de ver. Estuvo hablando con ella y Raúl durante un buen rato, interrumpido de vez en cuando por los suspiros de fastidio de su acompañante, quejosa por tenerla de pie allí, totalmente ignorada, en vez de invitarla a bailar.

A Alexia se la veía feliz, bailando y riéndose de lo torpe que era al intentar seguir los giros y pasos que Roberto le marcaba. Después de bailar con el actor, de que la hubiera invitado el marido de Esther, de que bailara con Raúl, que la invitara un tipo al que no conocía de nada y de volver a hacerlo con Roberto, Martín decidió que era el turno de bailar con su empleada. Por supuesto, ella ya lo había visto hacía rato, y se alegró al notar un pequeño gesto de inquietud en su rostro. Sin importarle lo más

mínimo que Marta se ofendiera, se disculpó con Verónica para, a continuación, acercarse a la parejita feliz.

—¿Te importa si bailo un poco con mi asistente? —le preguntó a Roberto, parado detrás de Alexia y con una mano en su cintura, sin darle opción a negarse.

—¡Claro! —contesto éste apartándose, pero no muy contento por el hecho de hacerlo.

Ella, inmediatamente, se puso en tensión. En cuanto su mano se posó en su cintura, sintió como si todo su cuerpo, de repente, despertase, así como un millón de escalofríos recorriéndola de arriba abajo. Y cuando la pegó a él dejando el mínimo espacio posible entre ambos, no pudo evitar que sus piernas empezasen a temblar y que su corazón martilleara con fuerza dentro de su pecho.

Quedó atrapada en esos ojos verdes por la intensidad de su mirada, y el aroma de esa piel tan varonil, mezclado con su perfume, hizo que los sentidos de Alexia aflorasen, deseosos de poder tocar, probar, sentir...

—Veo que te lo estás pasando bien —apuntó él, haciendo que ella parpadease confusa durante un segundo, hasta que se percató de dónde estaban.

Era como si, cada vez que la tocaba, tejiese una especie de tela de araña que hacía que sus sentidos se embotaran y perdiera todo atisbo de inteligencia. Pero ahora que su cordura había vuelto de darse una vuelta por los mundos de Yupi, Alexia estaba decidida a no dejarse engatusar.

—La verdad es que sí —contestó sin poder evitar echar una mirada hacia Marta, que estaba furiosa por el desplante de él y le lanzaba miradas asesinas a ella.

—Alexia, sobre Marta...

—¡No, Martín! —lo interrumpió—. Sé que lo que le dije no estuvo bien, pero no le voy a permitir que me siga insultando delante de todos.

—Estoy de acuerdo.

—He intentado llevarme bien con ella... —continuó sin escuchar lo que él había dicho.

—Lo sé.

—... pero no puedo. ¡Te juro que no puedo! ¡Esa mujer me supera...!

—Lo entiendo.

—... y... y... saca lo peor que hay en mí...

De repente paró de hablar y lo miró a los ojos, confundida.

—¿Lo entiendes? —planteó asombrada.

Martín estaba sonriendo y asintió con la cabeza.

¡Dios, cómo le gustaban esas pequeñas arruguitas que se le formaban en las mejillas!

—Entonces, ¿no estás enfadado conmigo?

—Sólo un poco molesto.

Lo observó extrañada por su actitud, pues, a pesar de que ahora su expresión era seria, todavía asomaba un poco de diversión a sus ojos.

—¿Por qué? —quiso saber, sin entender nada.

—Por entrarle al trapo como lo has hecho. Tienes que ser más inteligente, Alexia, y no permitir que te manipulen y te lleven tan fácilmente a su terreno. Aunque reconozco que tu ataque ha sido espectacular.

—No te entiendo.

—Lo sé y, a pesar de todo, eso es lo que más me gusta de ti. Eres demasiado honesta, y en este trabajo hay tiburones mucho más fieros que Marta. Te puedo asegurar que yo he conocido gente que, en comparación, hacen que ella sea una dulce gatita.

—Pues no sé si quiero formar parte de este mundo. No ha sido una experiencia muy agradable para mí, ¿sabes?

—Pero para eso me tienes a mí... para defenderte —le confesó, volviendo esa mirada divertida a sus ojos, acompañada por una sonrisa pícaro.

«¡Jesús, qué *sexy* es!»

—¡Ja! ¡Ya he visto cómo me has defendido delante de ella!

Mirándola con una intensidad y con una intención que ella no supo comprender, le dijo:

—¡Te juro que, mientras yo esté presente, no voy a consentir que nadie te haga daño! Sabía perfectamente que te podías defender tú solita. De todas formas, no tienes que volver a preocuparte por ella, le he dejado muy claro lo que pienso al respecto, y no volverá a molestarte.

Soltando un largo suspiro, agarró las manos de ella para posarlas en su cuello y, después, volvió a sujetarla por la cintura, acercándola más a él. Luego bajó la cabeza y le susurró al oído, haciéndole cosquillas:

—¿Te importa si cambiamos de tema? Me aburre soberanamente y quiero disfrutar de este baile contigo.

Alexia no pudo más que asentir, mientras pensaba, asombrada, que la había defendido.

¡Dios!, ¿en serio había puesto en su lugar a esa arpía rubia por ella?

—Por cierto, no te lo había dicho antes, pero... ¡estás preciosa!

Ahora a la que le tocó sonreír fue a ella. Aunque seguro que no lo hubiera hecho si se hubiera dado cuenta de que eran los únicos que bailaban pegados un tema lento, cuando la música que estaba sonando era reguetón.

Aparte de a Marta, la otra persona en aquella fiesta a quien no le estaba haciendo ni pizca de gracia lo que estaba viendo era Roberto. Sabía que no tenía derecho a reclamarle nada a Alexia, no les unía ningún tipo de relación que no fuera la de ser sólo amigos, pero eso sería algo que cambiaría lo antes posible... aunque antes le preguntaría si sentía algo por su jefe. En cuanto a Martín... Bueno, por lo que estaba viendo, no tenía tan claro que no se sintiera atraído por su empleada, pero había

habido otros momentos en los que se había comportado con ella como si la detestara. Roberto estaba confundido, así que lo mejor sería hablar con él en cuanto tuviera oportunidad, de hombre a hombre.

Decidió que ya había sido suficiente el tiempo que habían estado bailando juntos, así que se acercó a su acompañante para reclamar su atención. Martín no podía hacer nada al respecto, a no ser que montara un escándalo, por lo que no le quedó más remedio que devolverla a los brazos de su compañero. Él regresó al lado de Marta, que lo estaba esperando con una sonrisa en los labios, y se quedó un poco extrañado por la actitud de la actriz. Lo que no sabía era que Marta había decidido que haría todo lo posible para llevárselo a la cama esa misma noche. No se dejaría vencer por una estúpida e insignificante asistente de pacotilla, no después de todo lo que estaba en juego.

Alexia estaba sentada en el jardín y llevaba un buen rato dándole vueltas a todo lo que había pasado ese día. ¡Dios!, desde que trabajaba para Martín Ledesma, su vida se había convertido en un tiovivo de emociones. De repente estaba en lo más bajo, enfadada, dolida, avergonzada, y después subía arriba de todo, excitada, eufórica, expectante. Nunca sabía qué esperar de él. La sorprendía todo el tiempo con sus inesperados cambios de humor. Era el hombre más extraño y complicado que había conocido en toda su vida. Luego decían que los hombres eran criaturas básicas y muy simples... ¡Ja!, eso era porque no conocían a su jefe.

De pronto se sobresaltó al notar que algo le rozaba el cuello y, cuando se giró, allí estaba la persona que ocupaba sus pensamientos, detrás de ella, retirando la mano que había usado para acariciar su nuca, logrando poner su vello de punta.

—Lo siento, no pretendía asustarte.

—La próxima vez haz un poco de ruido.

Martín le sonrió levemente y le hizo un gesto con la mano preguntándole si se podía sentar. Ella asintió.

—No te había visto ese tatuaje antes, ¿significa algo? —le preguntó mientras se pasaba la mano por la cara en un gesto de cansancio.

Ella se tocó instintivamente las estrellas que tenía tatuadas en la parte posterior del cuello, en la base de la nuca.

—La más grande es mi padre, y la pequeña, mi madre.

Él se quedó callado, sin saber qué decir.

—Sé que, estén donde estén, serán las estrellas que me cuiden y guíen en mi camino. ¿Un poco tonto, verdad? —añadió algo avergonzada.

—En absoluto, me parece muy hermoso —contestó con una extraña mirada.

Alexia desvió la suya incómoda, y se quedaron unos minutos en silencio, disfrutando de ese extraño momento de tranquilidad existente entre ambos, hasta que a ella se le escapó un inoportuno pensamiento.

—No te esperaba tan pronto en casa.

«¡Mierda!»

—¿A qué te refieres? —inquirió él, levantando una ceja.

«¡Mierda! ¡Mierda!»

—¡A... nada!, no me hagas caso —soltó turbada, intentando enmendar el error. Martín centró toda su atención en ella cuando percibió su inquietud.

—¿Alexia?

—Bueno... pensé que... tardarías un poco más en volver.

Arrugó el entrecejo intrigado, mientras ella se quitaba los zapatos de tacón y subía las piernas a la silla, tirando nerviosamente del vestido hacia abajo.

—¿Y por qué pensaste eso?

—Ya te he dicho que por nada. ¡Son bobadas mías!

Alexia lo miró de reojo y observó cómo su rostro se tensaba, lanzándole una mirada que quería decir ¡basta de tonterías!

—¡Oh, está bien! —exclamó rindiéndose—. La verdad es que pensé que pasarías la noche con tu amiguita.

—¿Mi amiguita? —preguntó confundido mientras se rascaba la frente.

—¡Sí, tu amiguita Marta Salgado!

Cuando él se dio cuenta de a dónde quería llegar, no pudo evitar esbozar una sonrisa de complacencia. Ella, cuando la vio, puso los ojos en blanco.

—¿No sé de qué te ríes?

—No estarás celosa, ¿verdad?

—¡Oh, por favor! —bufó la asistente—. No seas ridículo, ¿quieres? A mí me importa bien poco con quién te acuestas o te dejas de acostar —mintió, apartando la mirada para que no se diera cuenta, mientras él se repantigaba en la silla muy ufano.

—¿En serio?

—¡Por supuesto! Lo que pasa es que, en la fiesta, se te restregaba tanto bailando que...

—¿Sí...?

No pudo seguir, se estaba poniendo en evidencia y eso era lo último que quería. Bajó la cabeza y cerró la cremallera de la torera de piel, abochornada, pues de pronto notó frío a pesar de que tenía las mejillas ardiendo.

—Nada —dijo en un murmullo.

—Sigue, por favor. —Martín la animó con una sonrisa de oreja a oreja.

—No seas tan engreído, ¿quieres? Además, hay algo que no entiendo: si tan mala opinión tienes de Marta, ¿qué haces saliendo con ella?

—Yo no he dicho que tenga mala opinión de Marta, sólo que conozco bien a la gente como ella.

—Y, por supuesto, el hecho de que coquettee contigo de forma descarada y se te ofrezca abiertamente no tiene nada que ver, ¿no? —le espetó cruzando los brazos, y con un sentimiento de rebeldía subiendo por su garganta, mientras le sostenía la

mirada.

—Bueno, normalmente los hombres no rechazamos algo que se nos ofrece con tantas... ganas.

Ella lo escrutó por un segundo. Estaba muy relajado, con los brazos apoyados en la silla y las piernas cruzadas, mientras tenía plantada una pretenciosa sonrisa ladeada en el rostro. De modo que sí tenían una relación. Esa respuesta era la confirmación de todas sus sospechas. Aunque la hubiera defendido delante de ella, ahora le quedaba claro que él y Marta eran algo más que compañeros de trabajo y amigos. Eran amantes. Una ola de irritación le empezó a subir por el pecho.

—Pues déjame decirte que tienes muy mal gusto para las mujeres.

—¿De veras? ¡Fíjate que yo no lo creo! —contestó de forma petulante—. ¿No será que te molesta?

Alexia chasqueó la lengua y miró al cielo, exasperada.

—¡Por favor! ¿Molesta, yo? ¡No digas tonterías! Ya te he dicho antes que me da igual con quién te vayas a la cama. Lo único que te digo es que podríais ser más... discretos.

Rápidamente la expresión de Martín cambió por completo, y pasó de estar contento y hinchado de sí mismo a ponerse mortalmente serio.

—¿Me hablas a mí de ser discreto? —masculló enojado.

—¿Qué quieres decir?

—Pues que no eres la más indicada para hablar, ¿no crees? Esta mañana un hombre te estaba diciendo que había estado toda la noche esperando por ti, y por la noche sales con otro totalmente distinto para ir a una fiesta.

Alexia se quedó blanca, pues no se podía creer de lo que la estaba acusando.

—¡¿Disculpa?! ¿Ahora también espías las conversaciones ajenas? —contraatacó, perfectamente consciente de que en ese momento él la había estado escuchando.

—Hablabais lo suficientemente alto como para no poder evitar oírlo.

Ella se levantó de la silla alterada, ya que él lo estaba sacando todo de contexto.

—No es lo que tú te crees: Mauro y yo sólo somos amigos.

—¡Ya! Ahora se le llama así, ¿no? ¡¡¡Amigos!!! —explotó éste, levantando un poco la voz.

Luego se pasó, molesto, la mano por el pelo, ya que no se podía creer que ella se lo estuviera negando en su propia cara.

—¡Es que es lo que somos!

—Por favor, Alexia, no mientas, ¿quieres? No me tomes por estúpido, sé perfectamente lo que escuché —le reclamó levantándose él también, exasperado porque le siguiera negando lo evidente.

Y de pronto, pequeña como era en comparación, se plantó delante de él con los brazos en jarras y furiosa por estar llamándola mentirosa.

—¡No, Martín! ¡Tú no tienes ni idea de lo que escuchaste! Es cierto que había quedado con Mauro esa noche, pero no para lo que estás pensando. —Señalando la

ropa que llevaba puesta, continuó—: Él me regaló este vestido; habíamos quedado esa noche para que me lo probara y me hiciera los arreglos necesarios para poder llevarlo hoy.

Martín abrió los ojos sorprendido por sus palabras.

—¿Mauro es el diseñador amigo tuyo? ¿Ese del que le hablaste a Marta?

—Sí —confirmó—. Me pidió que, si alguna vez iba a un evento importante donde pudiera conocer a gente famosa, llevara un modelo suyo para promocionarlo. Por eso estuvo toda la noche trabajando en él, para que quedara perfecto.

—Bueno, pero eso no significa que él no esté interesado en ti, o que tú no lo estés en él —sostuvo tercamente.

Ella levantó los brazos y puso los ojos en blanco, sin poder creerse que fuera tan necio. Luego se alejó unos pasos para intentar calmarse, ya que lo que ahora quería hacer, más que nada, era gritarle lo tozudo que era.

—Pues lo veo muy difícil, ¿sabes?, porque, a no ser que ahora pueda obrar milagros, es muy complicado que un hombre pueda cambiar su orientación sexual por mí.

—¿Qué quieres decir? —demandó, totalmente perdido.

—¡Pues que es gay, Martín! ¡Mauro es gay!

—¿Gay?

«¡Dios!»

Alexia movía la cabeza, asombrada de que un hombre pudiera ser tan cabezota. ¿Qué parte de «Mauro es gay» no entendía? ¿Acaso se lo tendría que explicar como a los niños pequeños? Recogió los zapatos del suelo, harta de tener que darle explicaciones, para irse a su habitación.

¡Arrgggg...! Pensándolo mejor, le iba a dejar muy clara su opinión.

—¿Sabes qué? Me importa un bledo si me crees o no. Y no tengo que darte ningún tipo de explicación sobre quiénes son mis amigos. Y, por supuesto, tampoco de con quién salgo o dejo de salir. Soy una mujer soltera que puede hacer lo que le venga en gana.

Dicho esto, se dirigió con la cabeza muy alta hacia la casa, satisfecha de haberle dejado las cosas claras y de que entendiera de una vez por todas que no iba a controlar su vida.

—¡Ves, lo que yo decía! Antes arriba y ahora abajo —murmuró para sí, a la vez que abría la puerta de la cocina para encaminarse a su habitación.

Mientras, en el jardín, seguía Martín, que se había sentado nuevamente, asimilando todavía la información.

—Es gay —dijo en voz alta.

No se podía creer que no se hubiera dado cuenta antes. Pero ¿cómo había estado tan ciego? Ahora que lo pensaba fríamente, había tenido claras evidencias desde un principio... pero no las había visto.

«¡No podría ser más imbécil aunque quisiera! ¡Pero espera...!»

Si Mauro era gay, eso significaba que ni le gustaba ni estaba mínimamente interesado en Alexia... y poco a poco fue creciendo una enorme sonrisa en sus labios.
—Mauro es gay —volvió a repetir en alto y soltó una carcajada.
Empezaba a caerle bien Mauro, a partir de ahora le iba a quitar lo de «el tal».

Capítulo 15

Cuando Martín entró en la cocina halló a las tres mujeres hablando sin parar. Le estaban realizando un interrogatorio de tercer grado a Alexia, que estaba acabando de desayunar, mientras Sole y Tina la acompañaban tomando un café. El actor se había levantado tarde, básicamente por dos razones. La primera, porque tenían que subir a un avión a Telchac a media mañana, por lo que no era necesario madrugar tanto. Y la segunda, porque hacía varios días que no había dormido tan bien como esa noche, y le había costado Dios y ayuda levantarse esa mañana.

En cuanto hizo acto de presencia, las féminas se callaron, interrumpiendo la conversación, pero no le importó y se dirigió a la nevera para servirse un zumo de naranja recién exprimido.

—Patrón, no se moleste: yo misma le sirvo el desayuno en el comedor, o en su habitación —le propuso la cocinera mientras se levantaba de la mesa.

—Tranquila, Soledad, siéntate. No hace falta que hagas nada, yo mismo me lo sirvo.

Las tres mujeres se miraron unas a otras, sorprendidas.

—Podéis seguir charlando, por favor, no os calléis por mí —les comentó antes de dar un sorbo a su zumo y quedarse de pie delante de la nevera con la puerta abierta, observando su contenido.

—¿Está seguro, patrón?

—Sí, Justina, no te preocupes —le aseguró girando la cabeza para mirarla—. Seguid con lo que estabais haciendo. ¡Por cierto!, ¿Pedro ya ha llevado a mi hijo a la escuela?

—Sí, patrón.

—Muy bien. —Volvió su atención al interior de la nevera.

Soledad hizo un gesto con los hombros en señal de no entender nada y volvió a pasar una página de la revista que estaban ojeando.

—¿Y conociste a Cristián de la Fuente? —le preguntó a Alexia, enseñándole la foto y reanudando la conversación que habían interrumpido al entrar su jefe.

—¿A ver...? No. Si estuvo allí, no lo recuerdo —respondió antes de darle un sorbo a su café.

—¿Y a éste? —intervino Tina.

—Sí, a ése, sí. ¿Cómo se llama...? —preguntó chasqueando los dedos en un intento de acordarse.

—¿Conociste a William Levy? —exclamó Sole con los ojos abiertos como platos—. ¡Dios! ¡Es un papasote^[5]!

La asistente hizo un gesto con la cara, dando a entender que no estaba muy de acuerdo.

—Bueno... personalmente no me atrae mucho, no es mi tipo.

Las dos amigas se la quedaron mirando, como si de pronto le hubiesen salido cuernos en la cabeza.

—¡Qué! —exclamó—. Reconozco que es muy atractivo, pero a mí no me gusta.

—¡No tienes ni idea! —le soltó la cocinera mientras negaba con la cabeza, pensando que su amiga no estaba muy bien de la azotea.

Ésta volvió a pasar otra página de la revista, mientras Martín, apoyado en la encimera, le daba un mordisco a una manzana y observaba la escena que tenía lugar delante de él con una sonrisa divertida.

—¡Espera! —exclamó Alexia señalando con el dedo una foto en particular—. Verónica me presentó a éste. ¡Uau, está tremendo! Y, además, es un tipo encantador y muy educado. ¡Este hombre sí que cumple todos mis requisitos!

—¡¡¡No!!! ¡¡¡¿En serio?!!! —gritaron las dos amigas a la vez.

—¡Os lo juro! —les aseguró mientras asentía con la cabeza y sonreía ampliamente—. ¡Ay, es tan guapo! —añadió soltando un suspiro exagerado, mientras miraba de reojo a Martín, que seguía comiendo la manzana tan tranquilo.

—¡Arg! Te odio, ¿lo sabías? —soltó Tina mirando la foto con envidia.

—Sebastián Rulli... —murmuró Sole mientras se reclinaba en la silla y observaba atónita a Alexia—. Has conocido a Sebastián Rulli... —volvió a murmurar sin poder creérselo.

Tina miró a su compañera y pasó la mano por delante de su cara, intentando llamar su atención, mientras que la cocinera seguía en trance murmurando el nombre del actor. Alexia no pudo evitar reírse de la pantomima de su Sole.

De pronto él también soltó una carcajada, ya que, al igual que a su asistente, la escena que estaba viendo le parecía sumamente cómica, además de muy educativa.

—Así que, ¿de esto habláis las mujeres cuando estáis juntas?, ¿de hombres? —preguntó irónicamente.

Las tres dirigieron su mirada hacia él.

—Y después nos recrimináis a nosotros que sólo tenemos una cosa en mente, cuando vosotras hacéis lo mismo.

Alexia se reclinó en su asiento mientras se cruzaba de brazos.

—Bueno, la diferencia es que nosotras no *sólo* pensamos en eso. Podemos presumir de que el noventa por ciento restante de nuestro cerebro lo utilizamos para más cosas, al contrario que vosotros, que no podéis decir lo mismo.

—Por lo menos somos sinceros con nosotros mismos —contestó con un brillo divertido en la mirada, mientras daba un sorbo a su zumo.

Se había levantado de muy buen humor. Después de la noticia de la noche anterior, nada podría aguarle el día, ni tan siquiera su empleada.

Durante unos segundos, los dos se sostuvieron la mirada, y la de Martín tenía un brillo extraño que ella no supo descifrar.

—¡Ay, patrón! ¡Lo que yo daría por poder conocer a unos papasitos como éstos!

—se quejó Sole lastimosamente.

—¡Nah! ¡Tampoco es para tanto! —comentó la asistente haciendo un gesto con la mano para quitarle hierro al asunto.

—¡Claro!, como ahora la señorita se codea con ellos, se siente importante —la recriminó Tina con retintín.

—¡Sí, eso! —secundó la cocinera haciendo un mohín.

Alexia se quedó totalmente sorprendida por el ataque de sus amigas, mientras que éstas la censuraban con la mirada.

—Os recuerdo que, a la que no le apetecía nada ir al estreno ayer, era a mí.

—¡Porque Dios le da pan a quien no tiene dientes! —apostilló Sole.

—¿A qué te refieres?

—A que cualquiera de nosotras dos daría un brazo para poder asistir a una fiesta como a la que fuiste tú anoche —respondió Tina.

—Y no nos andaríamos quejando como tú —le reprochó la cocinera.

—¡Bueno, esto es el colmo! ¿Estáis así porque no os traje ningún autógrafo? —replicó sorprendida mientras se retorció en la silla—. Ya os he pedido perdón, ¡pero es que no era el momento!

El actor sonreía divertido después de oír bufar a las dos amigas a la vez; se lo estaba pasando en grande.

—Pues ya no os tendréis que preocupar más, porque no pienso volver a asistir a algo así —afirmo, molesta por su actitud.

—Sí, seguro, hasta que te vuelvan a invitar. Y la próxima vez, como no nos traigas aunque sea una servilleta con una firma, no entrarás en casa —la amenazó Tina.

—Os lo digo en serio: no voy a volver a un evento o fiestas de ésas —aseguró negando con la cabeza al mismo tiempo.

—¿Por qué? —preguntó Sole, sorprendida.

—Porque no me siento cómoda en esos sitios —respondió bajando la voz—. La gente va muy elegante, y las mujeres son guapísimas, y... y... yo me siento totalmente fuera de lugar.

—Pues yo ayer no noté que te lo estuvieras pasando tan mal —intervino él después de darle un mordisco a un cruasán.

Alexia giró la cabeza hacia donde estaba y le lanzó una mirada envenenada, que lo único que consiguió fue que su jefe sonriera más.

—Te recuerdo que tuve un momento bastante tenso con una amiguita tuya —le reprochó entrecerrando los ojos.

«¿Por qué demonios está hoy tan contento?», se preguntó ella.

—¿Qué pasó? —planteó Tina con curiosidad.

—¡Nada! —respondió ella de forma brusca sin apartar la mirada de él.

—Tienes razón —contestó el actor antes de darle otro mordisco al bollo—. Lo que pasa es que tu deseo no se va a poder cumplir.

—¿A qué te refieres? —preguntó inclinándose hacia atrás en la silla, temerosa de pronto de su respuesta.

—A que, dentro de unas semanas, estoy invitado a los premios TVyNovelas, ya que estoy nominado como mejor actor —le explicó.

—¿Y...?

—Pues que tendrás que acompañarme, por supuesto.

Tanto ella como sus dos compañeras se quedaron boquiabiertas y con los ojos como platos. Y, después de que la noticia entrara en su mente y empezara a comprender lo que quería decir, Alexia se levantó de golpe de la silla sin poder dar crédito a lo que él le estaba diciendo.

—¡No! —exclamó de forma vehemente—. ¡De eso nada!

Martín levantó una ceja, sorprendido. Era la tercera vez en dos días que se le enfrentaba, y ningún empleado suyo lo había hecho anteriormente. Bueno, con la excepción de Verónica, pero ella había tardado mucho más que Alexia en replicarle. Estaba claro que había juzgado mal a su asistente. Había pasado de tartamudear y morderse el labio en su presencia como un asustado ratoncillo a saltar como una fierecilla en cuanto la picaba un poco.

—¿Perdona?

—¡No pienso ir! —aseguró mientras empezaba a pasearse de un lado a otro de la cocina, inquieta.

Sole y Tina se miraron mutuamente, igual de sorprendidas o más que su jefe.

—¡No tengo por qué ir! —volvió a replicar, mordiéndose el labio preocupada, ya que en su mente empezaron a surgir un montón de imágenes.

—Eso lo tengo que decidir yo, ¿no crees?

Alexia se paró de pronto delante de él con los brazos en jarras, mientras el actor se acababa el cruasán, y lo miró directamente a los ojos, desafiándolo con la mirada.

—¡No quiero ir! Y tú no puedes obligarme a hacerlo —lo retó decidida.

No estaba dispuesta a ir; sólo de pensarlo le daban náuseas. Lo conocía lo suficiente como para saber que querría que estuviera pegada a él todo el tiempo. Y, aunque no disponía de ninguna información sobre esa gala en concreto, en cuanto escuchó *nominado* y *premio* en la misma frase, supo instintivamente que saldría retransmitida por la televisión. Y ella se moriría de la vergüenza si tuviera que ir. Iba a estar rodeada de mujeres espectaculares, con trajes espectaculares y cuerpos espectaculares, que harían que ella quedara a la altura del betún. ¿Y si le hacían alguna pregunta? ¡No! ¡Definitivamente no iba a ir!

—Pues te informo de que estás totalmente equivocada y, si no recuerdo mal, hay una cláusula en tu contrato que dice lo contrario.

—¿De qué diablos estás hablando?

Martín se acabó el último trago de zumo tranquilamente, se limpió la boca a continuación con una servilleta y la dobló con cuidado después, mientras en su rostro seguía bailando una sonrisa de medio lado.

—Del contrato que tú firmaste: te obliga a acompañarme a un evento si yo lo considero necesario —respondió mirándola directamente a los ojos.

—Pero eso no hará falta, ¿verdad?, ya que cualquiera de tus amiguitas estará encantada de acompañarte —replicó con los dientes apretados, furiosa.

Ninguno de los dos, enfrascados como estaban en esa discusión, se dio cuenta de la cara de total asombro que tenían Tina y Sole, que no daban crédito a la bronca de la que estaban siendo espectadoras de primera fila. Aunque, bueno, tampoco se la podía llamar bronca exactamente, porque la única que estaba enojada allí era Alexia. Anonadadas, observaban la escena que estaba protagonizando su amiga, mientras que su jefe parecía de lo más tranquilo, sonriendo de forma abierta.

—Pero resulta que soy yo el que decide quién me acompaña, y he decidido que quiero que seas *tú* la que lo haga, y no alguna de mis amiguitas.

Alexia se cruzó de brazos mientras daba pequeños golpes con la punta del pie. Si creía que se iba a salir con la suya, estaba muy confundido, porque, si él era cabezota, ella podía serlo mucho más.

—¿Y si me niego? ¿Qué vas a hacer? ¿Me vas a despedir? —le planteó de forma bravucona.

Él dejó el vaso de zumo en el fregadero con calma y se encaminó hacia donde estaba Alexia sin ninguna prisa y se plantó delante de ella, todavía con la sonrisa en la boca. Tenía un día estupendo, y su empleada no se lo iba a fastidiar. Además, debía reconocer que se lo estaba pasando bien. Incluso más que bien. Le encantaba esa nueva faceta que estaba descubriendo... cuando su asistente se enfadaba de esa manera, a Martín le resultaba muy atractiva.

—Alexia, cielo, si te echas un farol, procura que no se te note; si no, no te será efectivo. Te he dicho que me vas a acompañar, y no hay más discusión sobre el asunto.

La mujer dejó su pose y bufó exasperada.

—¿Por qué me haces esto? ¡Yo no quiero ir! ¡Pídeselo a Marta! —le suplicó haciendo pucheros inconscientemente.

Él no pudo evitar soltar una carcajada, que hizo que ella le lanzara miradas hostiles. Luego, de forma cariñosa, le agarró el mentón para poder depositar un beso en su frente.

—Ya he dicho mi última palabra —sentenció, y sus ojos, que todavía brillaban divertidos, se posaron en los de ella, que lo miraban con rabia—. ¿Sabes que me encanta que te enfades? Te pones muy *sexy*.

Dicho esto, se giró hacia la salida de la cocina, dejando a las tres mujeres pasmadas y a Alexia con la boca abierta a punto de desencajársele la mandíbula, sin saber reaccionar.

—¡Uy, lo que me ha dicho! —exclamó ésta después de unos segundos, saliendo disparada detrás de él.

—¿Se puede saber a qué ha venido eso? —le preguntó corriendo en su busca por

el pasillo.

—A qué ha venido, ¿qué? —contestó él cuando llegó al principio de la escalera.

Mientras, Sole y Tina asomaban la cabeza por el pasillo para no perderse nada, sin que ellos se dieran cuenta.

—Lo que has dicho.

—¿Y qué he dicho?

—Lo sabes perfectamente —se quejó, empezando a desesperarse, mientras veía cómo él apoyaba su cuerpo en el pasamanos de la escalera de forma indolente.

—Refréscame la memoria, ¿quieres?

—¡Arg! Eres... eres... ¡imposible!

La asistente comenzó a caminar de un lado a otro, exasperada, mientras Martín, que apoyó la cabeza en una mano, no se lo podía estar pasando mejor.

—¿Por qué has dicho que te parecía... ejem... —carraspeó la mujer—... eso? —terminó diciendo, ruborizándose.

—¿Eso? —preguntó simulando que no la entendía.

—¡Dios! —explotó desquiciada dirigiendo la mirada al techo—. ¿Que te gustaba cuando me enfadaba porque te parecía...?

—¿Sí...?

—¡Sexy! —soltó al fin, cerrando los puños con fuerza para aguantarse las ganas de golpearlo para borrarle esa sonrisa burlona de la cara.

—¡Ah, eso! —dijo sin darle la menor importancia, girándose para subir los peldaños de la escalera en dirección a su habitación—. Porque es cierto.

Ella se quedó atónita, sin saber muy bien cómo tomarse esa declaración, e inclinó la cabeza hacia un lado intentando descifrarlo. No entendía nada de nada. Estaba totalmente perdida con él. ¿Por qué lo había dicho? ¿Para enfadarla? Porque, si era así, no lo había conseguido; lo único que había logrado era confundirla. ¡Y mucho! Martín tenía un día divertido, casi diría que juguetón, mientras que tan sólo hacía unas horas, furioso, la había acusado de estar flirteando con varios hombres a la vez. ¿A qué estaba jugando? ¿Quería volverla loca? Desde luego, si seguía por ese camino, lo iba a lograr.

—Este hombre sufre de trastorno bipolar —murmuró para sí mientras lo veía ascender, sin darse cuenta de que lo había dicho en voz alta.

Martín se paró en seco en uno de los peldaños y giró la cabeza para mirarla, mientras que ella se tapó la boca con las manos, asustada, cuando se percató de lo que había hecho.

—¿Qué has dicho? —demandó entrecerrando los ojos.

—¿Quién? —preguntó reculando y dando un paso hacia atrás.

—¿Tú?

—¿Yo? —disimuló, volviendo a andar hacia atrás.

—¡Sí! ¡Tú! —contestó mientras bajaba un peldaño.

—Yo no he dicho nada —mintió mientras seguía reculando, pero esta vez más

deprisa.

—¿Me estás vacilando?!

—¿Quién, yo?

Y la asistente no pudo evitar esbozar una sonrisa divertida. ¿Quería jugar? ¡Pues iban a jugar!

—No te atrevas a negarlo, te he oído perfectamente —le espetó empezando a irritarse.

—Es que yo no he dicho nada —le aseguró poniendo cara de inocencia.

Martín se quedó inmóvil, sin comprender por qué le estaba mintiendo tan descaradamente... y por qué lo hacía riéndose de él. Siguió bajando otro peldaño mientras la advertía.

—¿Alexia...!

—Era un pensamiento que se me ha escapado sin querer, que es distinto. —Mirando el reloj de su muñeca, exclamó—: ¡Uy, qué tarde es! Nos vemos dentro de media hora, ¿vale? ¡O, si no, perderemos el avión!

Dicho esto, giró sobre sus talones para salir pitando de allí en dirección a la cocina, donde la estaban esperando sus dos compañeras, que se pusieron a disimular por la estancia para que no se enterara de que los habían estado espiando todo el tiempo. Dejó al actor solo al pie de la escalera, confundido por su reacción... pero, después de pensar durante unos segundos, se dio cuenta de que su empleada le había devuelto la pelota y no pudo evitar soltar una carcajada.

A la media hora, como bien le había dicho, Martín la encontró esperándolo como siempre en la puerta de entrada. Pero esta vez ya tenía el manos libres del teléfono conectado a su oído, y hablaba gesticulando con las manos.

—No es que no quiera darte información, Alberto, es que no dispongo de ella —le explicó a su interlocutor; luego esperó unos segundos a que el otro terminase de hablar—. Te juro que, en cuanto pueda hablar con él, se lo preguntaré. De momento mi respuesta sigue siendo la misma, no hay comentarios.

Alexia le echó una mirada de fastidio a su jefe, cuando éste se acercó a ella, mientras seguía atendiendo la llamada.

—Vamos a hacer una cosa, ¿vale? —le dijo mirando su reloj—. Llámame dentro de quince minutos y te confirmo lo que él me diga. No, no puede ser después, porque vamos camino al aeropuerto y tendré que apagar el teléfono. —Esperó a que la otra persona acabase de hablar y se despidió de él—. ¡Perfecto!, pues quedamos así. Un beso, Alberto. Adiós.

—¿Qué pasa? —quiso saber él.

—Bueno, es la tercera llamada que recibo por el mismo tema. Quieren saber si confirmamos el rumor de tu relación sentimental con tu compañera de trabajo Marta Salgado.

—¿Y eso a qué viene? —preguntó mientras abría la puerta para salir al exterior y dirigirse al coche, donde los estaba esperando Pedro para llevarlos al aeropuerto.

—No lo sé. ¡Espera! ¿Puede ser porque ayer te acompañó al estreno de una obra de teatro? —soltó irónicamente.

El actor levantó una ceja por su reacción. Estaba claro que le molestaba la relación que lo unía con la actriz, y eso era algo que le encantaba.

—Bueno, pues díles que no hay comentarios —respondió mientras se subían al vehículo.

—Eso es lo mismo que les he dicho a todos —le siguió explicando mientras se abrochaba el cinturón de seguridad—, pero resulta que quieren confirmar lo que una fuente fidedigna y muy cercana a la pareja asegura, y es que sí estáis juntos. — Cuando acabó, lo miró directamente a los ojos y añadió—: Tú dirás lo que hago. ¿Se lo confirmo?

Alexia se lo preguntó con un atisbo de esperanza de que le dijera que no.

—¿Te han dicho qué fuente cercana ha sido?

—No.

Martín podía imaginarse quién era esa fuente cercana. Marta había intentado acostarse con él varias veces, sin ir más lejos la noche anterior, y no lo había conseguido. Sinceramente, aunque al principio sí lo había hecho, ahora al hombre no le atraía en absoluto. Era una mujer muy guapa y con un cuerpo espectacular, pero su desmedida ambición y su carácter ruin hacían que el actor no sintiera ningún impulso por mantener una relación con ella... aunque sólo fuera sexual. En otros tiempos no le hubiera importado lo más mínimo; se hubiese acostado con ella sin ninguna duda y hubiese disfrutado de su cuerpo hasta que se hubiera cansado de la actriz. Quid pro quo. Ella aprovecharía su fama y sus contactos, y él disfrutaría de su... compañía.

Pero en esos momentos no le apetecía encamarse con Marta. Le estaba empezando a irritar su comportamiento tan explícito... en cuanto a sus intenciones respecto a él. Y, honestamente, no le gustaba que lo manipularan ni que lo tomasen por tonto. Casi podría asegurar con certeza que la fuente cercana era ella... Como no le había salido bien el intento de mantener un romance con él, ahora lo estaba insinuando por detrás. Era una actitud que no le costaría nada y que estaba muy acorde con su forma de ser. A algunos periodistas no les importaría informar sobre una noticia sin confirmar; se escudarían en que su fuente era fidedigna y podrían decir lo que les viniera en gana. No era la primera vez que lo hacían, ni sería la última.

Si seguía dándole pie a la actriz era porque a Alexia le molestaba la cercanía que tenía con ella, y a él, verla así, le encantaba. Disfrutaba molestándola y percibiéndola... ¿celosa? No, ése no era el objetivo. Porque, si fuera así, querría decir que a él le importaba sentimentalmente su empleada, y ése no era el caso. A ella le caía mal Marta, y con razón, tenía que admitir, y él sólo disfrutaba incomodándola... por lo que la dejaría salirse con la suya mientras le favoreciera, pero no le iba a dar el

gusto de confirmar algo que no era cierto.

—Sigue diciéndoles lo mismo, que a ti no te consta, que sólo somos amigos y compañeros de reparto, y que no hay más comentarios al respecto —contestó al fin.

—¡Pero me van a acribillar a preguntas! —exclamó decepcionada con la respuesta, ya que, aunque no confirmaba el rumor, tampoco lo desmentía rotundamente, dejándolo en el aire para que cada uno lo interpretara como quisiera.

—Estoy seguro de que sabrás apañártelas, que para eso te pago.

Ella lo miró enfadada y respondió la siguiente llamada, que había estado vibrando en el móvil durante toda la conversación.

—Buenos días, soy Alexia Montero, la asistente personal de Martín Ledesma. ¿En qué puedo ayudarlo...?

Su empleada siguió hablando por teléfono hasta que llegaron al aeropuerto, repitiendo lo mismo una y otra vez en todas las llamadas que tuvo que atender. Pedro los ayudó con las maletas en el momento de facturarlas, para después marcharse a casa. A continuación, se dirigieron a la sala VIP, donde seguramente iría llegando el resto del equipo, para esperar la salida del avión.

Cuando subieron al aparato, al actor se le había cambiado el humor. Durante toda la mañana no se había acordado para nada de Roberto, pero, en esos momentos, Martín estaba lanzándole miradas hostiles desde su asiento de pasajero. Cuando llegaron a la sala VIP, el hombre ya estaba allí y, al percatarse de la presencia de Alexia, se acercó deprisa para saludarla con un beso y un abrazo. Su empleada no pudo atenderlo debidamente, ya que no paraba de recibir llamadas, hasta que subieron al avión y no le quedó más remedio que apagar el móvil. Cuando ella se sentó, Martín lo iba a hacer a su lado, pero Roberto fue más rápido que él y le quitó el sitio, sin darle otra opción que sentarse justo detrás, oportunidad que aprovechó también Marta para sentarse junto a él.

Decididamente, el acoso al que estaba siendo sometida su empleada por ese individuo lo estaba empezando a fastidiar bastante, y en esos momentos no le apetecía tener que aguantar a la actriz. Lo único positivo era que estaba lo suficientemente cerca como para escuchar de qué hablaban. Cuando pudo comprobar que Marta no le iba a dejar espiar lo que decía la parejita feliz, ya que empezó a parlotear de lo bien que se lo había pasado la noche anterior y de toda la gente que había conocido, Martín se disculpó con ella y se hizo el dormido. Mientras, tenía la oreja bien puesta hacia lo que esos dos conversaban. Al principio manifestaron lo mismo, lo estupenda que había sido la obra de teatro, e hicieron algún que otro comentario sobre la gente y la fiesta privada. Después hablaron de un montón de cosas diversas, entre las que, sorprendido, se enteró de que Alexia sabía conducir una motocicleta. Ya estaba enterado de que le gustaban los deportes de motor, por aquella conversación que habían mantenido en el *parking*, pero no sabía que en España tenía una moto de ciento veinticinco centímetros cúbicos, que conducía habitualmente. Él mismo era un apasionado de las motos, incluso tenía un par de ellas en propiedad

aparcadas en el garaje de su casa, y era curioso que nunca le hubiese comentado nada.

Cuando por fin aterrizaron en el aeropuerto de Mérida, y después de recoger las maletas, tuvieron que responder a algunas preguntas de periodistas que los estaban esperando. Pero, antes de encontrarse con ellos, el actor quedó con Marta en que no responderían a ninguna cuestión y, si lo hacían, sería para desmentir el rumor y contar la verdad: que sólo eran amigos y compañeros de trabajo, nada más. A pesar de que a la actriz no le hizo ninguna gracia, no le quedó más remedio que aceptar. Minutos después, por fin consiguieron subir a un minibús, que tardó más o menos una hora en llevarlos al hotel en el pueblo de Telchac.

Cuando llegaron al lugar donde debían hospedarse, y después de identificarse, el actor dejó a Alexia en el mostrador de recepción del hotel para que acabase la gestión del registro de las habitaciones y que les subieran las maletas. Mientras, él iría al lugar de reunión, que anteriormente le había indicado el productor Julio Menéndez, para organizar el horario de trabajo.

Martín estaba empezando a preocuparse, pues llevaba un buen rato esperando a que su empleada se reuniera con él. Ya tendría que haber acabado con el registro de las habitaciones y estar a su lado por si necesitaba cualquier cosa. No podía estar entretenida con Roberto, porque estaba en la misma reunión que él, por lo que no sabía dónde demonios se había metido. Tras terminar de ponerse de acuerdo con el director de escena y los productores, estaba a punto de ir a buscarla cuando la vio aparecer con no muy buena cara. Cuando se acercó, se le notaba la preocupación en el rostro, logrando que Martín se preguntara qué era lo que había pasado.

—¿Puedo hablar contigo un momento? —le preguntó mordiéndose el labio y con el gesto tenso.

—¿Ha ocurrido algo?

—Por favor, acompáñame, es urgente —le pidió, mientras se dirigía hacia un lugar algo apartado para tener un poco de intimidad.

—¿Lucas está bien? —demandó alarmado.

—Sí —le confirmó, haciendo que él soltara un suspiro de alivio y a la vez estuviera más intrigado que nunca sobre lo que estaba pasando.

—Pero tenemos un problema.

Capítulo 16

—¿Qué problema?

—¿Recuerdas que la semana pasada llamé para reservar habitación para mí?

Martín asintió.

—Bien, pues resulta que la chica que me atendió era nueva en recepción y se hizo un pequeño lío con las reservas. Tal lío se hizo, que se equivocó, y al final, cuando tuvo que confirmar la reserva en el ordenador, no lo hizo correctamente, por lo que no tengo habitación. Y el problema es que el hotel está lleno y, como se corrió la voz de que ibais a venir a grabar aquí, los demás hoteles del pueblo están ocupados al ciento por ciento. En resumen: no hay ni una maldita habitación libre en toda la zona.

—Tienen que arreglarlo de alguna manera —declaró molesto.

—Ya lo hemos intentado, pero no hay forma.

Alexia se frotó la frente, nerviosa por el inconveniente que había surgido. Había estado barajando las opciones que le quedaban y sólo había dos, y esperaba que alguna de ellas le pareciera bien, aunque tampoco es que tuvieran mucha elección.

—He estado pensando y tenemos dos opciones a tener en cuenta.

—¿Cuáles? —preguntó, cada vez más irritado.

—La primera es que coj... pille el primer vuelo que salga para Ciudad de México —le explicó, a tiempo de cambiar la dichosa palabrita. Era española y las costumbres resultan difíciles de cambiar, sobre todo cuando llevas tantos años usando la palabra «coger» para casi todo.

—¡Ni hablar! ¡Te necesito aquí! —aseguró de forma vehemente mientras empezaba a caminar de un lado a otro, pensando en una manera de arreglar la situación.

Ella se lo quedó mirando con curiosidad, pues tampoco es que su trabajo fuera tan crucial, ¿no? «Porque, para traerle un café o una botella de agua, se lo podría pedir a su amiguita Marta, que estoy segura de que no tendría ningún inconveniente en hacerlo», pensó.

—Creo que es una buena idea. Las llamadas y los *e-mails* puedo responderlos desde Ciudad de México y, si tengo que hacerte alguna pregunta, puedo llamarte para consultarlo.

—¡He dicho que no! —respondió lanzándole una mirada airada.

—¡Está bien! —contestó suspirando—. Entonces tenemos otra opción.

—¡Ilumíname! —solicitó con ironía.

«¡Dios, dame paciencia!», rogó ella mentalmente, poniendo los ojos en blanco.

—La otra *opción* —le empezó a explicar haciendo hincapié en la palabra— es que le pida a cualquiera de las chicas, me refiero a Eva o a María, que me dejen compartir la habitación con ellas.

Martín se paró en seco.

—¡No!, ¡olvídalo! —le prohibió tajantemente.

—¿Por qué? —preguntó sin entender tanta negatividad.

—Te he dicho que no, Alexia.

Ella se cruzó de brazos, molesta.

—¡Muy bien! ¡Pues tú dirás qué hacemos! ¿Me subo a una palmera y paso la noche ahí?

Él dio un paso hacia ella, para dejarle claro que la insolencia estaba fuera de lugar en ese momento, pero de repente su rostro cambió. Se le había ocurrido una idea, y una sonrisa empezó a nacer en sus labios... pero enseguida la borró, pues no quería que su empleada se mosqueara más después de lo que le iba a decir. Pero la idea era buena... muy muy buena.

—Hay una tercera opción —la informó muy serio, pero sin poder evitar el brillo de complacencia en sus ojos.

—¡Ilumíname tú ahora!

El actor levantó una ceja. Su impertinencia estaba alcanzando el límite de su paciencia, pero nada le iba a fastidiar el día... que, sinceramente, cada vez estaba resultando mejor.

—Compartirás la habitación conmigo.

Durante unos segundos, a ella se le cortó la respiración.

—¡¿Qué?! —preguntó atónita.

No podía dar crédito a lo que le acababa de decir. ¿Acaso estaba chiflado? Definitivamente se le había ido la cabeza. Ni loca dormiría con él en la misma habitación.

—¡No! ¡De eso nada!

—Alexia...

—¡Ni hablar, Martín! —recalcó categóricamente, mientras negaba con la cabeza una y otra vez—. ¡No pienso compartir habitación contigo!

—Es la mejor opción —contestó intentando ocultar la sonrisa que pugnaba por salir.

Estaba observándola y esta vez fue ella la que empezó a caminar de un lado a otro mordiéndose el labio, mientras por su rostro pasaba una gran variedad de estados de ánimo: incomprensión, incredulidad, inseguridad, luego enojo para volver a incredulidad, después... ¿vergüenza?, para seguir nuevamente con irritación y, para acabar, enfado directamente.

—¡¿La mejor opción?! ¡¿Estás de broma?! —soltó bajando la voz cuando se dio cuenta de que casi estaba gritando.

Alexia no se podía creer que estuvieran manteniendo esa conversación. De ningún modo iba a compartir la misma habitación con él. ¡Dios mío, sólo pensarlo ya le daba un síncope! Tenía que haber alguna otra forma. Si no la dejaba volver a casa, seguiría con la idea de compartirla con alguna de sus amigas. Si él era terco, ella

también podía serlo.

—La mejor opción es que hable con María o Eva; estoy segura de que no tendrán ningún inconveniente; es más...

—Ya te he dicho que no —la interrumpió.

—¿No? ¿Por qué no? Explícamelo, porque te juro que no lo entiendo —le exigió, exasperada con su actitud, mientras se cruzaba de brazos, furiosa.

—Porque no quiero tener que deber nada a la producción —argumentó molesto mientras se frotaba la frente—. Y a ti tampoco tengo que darte ninguna explicación, haz lo que te ordeno y punto.

Martín estaba comenzando a crisparse. ¿Qué demonios le pasaba a esa mujer? Cualquiera chica estaría encantada de compartir cama con él; si no, que se lo preguntaran a Marta, o a cualquiera de las féminas que habían pasado por ella. No había tenido nunca ninguna queja referente a ello, más bien todo lo contrario. Además, ése no era el tema, ya que no se iba a acostar con ella, sólo a dormir. ¿Cuál era el problema, entonces? ¿Qué se pensaba acaso, que la iba a violar? ¡Pues ya podía esperar sentada! Alexia no era su tipo, aparte, por supuesto, de ser su empleada, por lo que no tenía ningún pensamiento lascivo con respecto a ella.

«¡Mientes!»

—¿Perdona? —le preguntó mirando a un lado y a otro con los brazos en jarras—. No veo a ningún hombre con un látigo, ni estamos en la época de la esclavitud. ¡Por supuesto que me debes una explicación! No pienso acatar tus órdenes sólo porque el patrón lo ordene.

De repente al actor le hizo gracia su actitud, y fue él quien esta vez se cruzó de brazos, mientras una sonrisa socarrona bailaba en su boca.

—Dime, Alexia, ¿qué es lo que tanto te molesta? ¿Acaso tienes miedo de dormir conmigo? ¿Piensas que me voy a propasar contigo o que te voy a violar?

—No, claro que no —contestó parpadeando varias veces, confundida por la pregunta.

—Entonces, ¿cuál es el problema?

Lo miró sin comprender a dónde quería llegar. Cuando sonreía de esa manera, la ponía nerviosa.

—El problema es que no es correcto, Martín.

—¡Ah, no es correcto! —repitió acercándose peligrosamente a ella y borrando la sonrisa de su cara—. ¿No será que te preocupa lo que pueda pensar Roberto, o cualquiera de tus ligues, si se entera de que estamos durmiendo en la misma habitación?

Él clavó su mirada en la de ella, intentando vislumbrar lo que realmente pensaba. Mientras, Alexia estaba sorprendida por la pregunta, ya que era obvio que le preocupaba, pero no sólo lo que pudiera pensar Roberto, sino por lo que pudiera pensar cualquiera.

—Por supuesto que me preocupa, pero no por lo que tú crees...

—¡Ya! —la interrumpió para que le quedara clara la situación—. Te informo de que no quiero deberle ningún favor a la productora, porque después, tarde o temprano, me van a pedir algo a cambio. Y, estoy seguro, será algo que no me hará mucha gracia, pues ya me ha ocurrido anteriormente —le explicó mientras se pasaba la mano por el pelo, molesto sin saber muy bien por qué.

—No entiendo, ¿qué tiene que ver la productora en esto? ¿Sería un favor personal que le pediría yo a una de mis amigas!

Él soltó un suspiro, deseando terminar ya con esa conversación, pues de pronto le había dejado de hacer gracia. Le exacerbaba el hecho de que ella pusiera tantas excusas y tantos impedimentos sobre el asunto. El caso es que era la mejor solución a su problema, y no había que darle tantas vueltas. Estaba seguro de que, si esa complicación hubiese ocurrido estando Verónica trabajando para él, no habría puesto ningún inconveniente.

—Y dime, Alexia, ¿para quién trabajan tus amigas?

—Pero... si yo les pido que no digan nada, no lo harán —le explicó empezando a entender por dónde quería ir.

—Ésa no es la cuestión. La cuestión es que tú eres mi empleada; por lo tanto, mi responsabilidad, y no quiero darles ninguna excusa que puedan utilizar para sacar provecho. Además, los dos vivimos en la misma casa y bajo el mismo techo, por lo que no te tendría que resultar tan difícil compartir habitación conmigo.

—No es lo mismo —contestó tercamente.

«¡Sí! ¡No es lo mismo!», le dijo una vocecita interior a Martín, la misma que había escuchado hacía un momento... de la misma forma que su relación con Verónica no era la misma que con Alexia, pero, igual que antes, el actor la quiso ignorar.

—Sea o no lo mismo, da igual. El hecho es que estamos en esta situación ahora, y hay que darle una solución. Y la solución más adecuada y la más factible es que compartamos la misma habitación. Y te advierto de que no pienso seguir discutiendo sobre este asunto.

—Pero...

—¿Va todo bien? —preguntó Roberto, que se estaba acercando a ellos.

Tanto jefe como empleada se sorprendieron por la interrupción de la que fueron objeto. Tan ensimismados estaban en ellos mismos que, como solía ocurrirles muy a menudo, se olvidaban de lo que pasaba a su alrededor. Roberto llevaba un rato observándolos mientras hablaban, y se había percatado, por las expresiones de Alexia y los aspavientos de sus manos, de que estaban discutiendo. Pensando que necesitaba su ayuda, decidió salir en su rescate como buen caballero de brillante armadura.

—¡Sí!

—¡No!

Contestaron los dos a la vez, con expresiones adustas en su rostro. El primero en reaccionar fue Martín, que, por primera vez y sin que sirviera de precedente, se

alegraba de la interrupción del actor.

—¡Roberto, amigo! —exclamó mientras le pasaba un brazo por los hombros, sonriendo de forma amistosa.

Eso hizo desconfiar a Alexia, quien arrugó el ceño de forma inconsciente. Roberto, sorprendido, no entendía la afabilidad con la que lo estaba tratando Martín ahora, sobre todo después de tantas malas caras.

—Mi empleada y yo estábamos tratando un asunto en el que no nos ponemos de acuerdo. Quizá tú puedas echarnos una mano y darnos tu valiosa opinión —le comentó condescendentemente sin dejar de mirarla en ningún momento.

Cuando ella se percató de lo que quería hacer, intentó detenerlo.

—Martín, no...

—Verás... —la interrumpió—: nos ha surgido un pequeño inconveniente y...

—Teníamos una diferencia de opiniones —continuó ella antes de que añadiera nada más—, pero creo que ya hemos llegado a un entendimiento.

—¿Ah, sí? —le preguntó él con una expresión burlona en la cara.

Alexia lo miró furiosa. Estaba colorada de indignación por la forma en la que estaba siendo manipulada. Y lo peor de todo era que no podía hacer nada, excepto dejarlo hablar y que Roberto y el resto del mundo se enteraran de que iba a compartir la habitación con él. Porque, ¿cómo le explicabas a alguien que sólo iban a dormir y nada más? Se reírían en su cara sin creer una sola palabra, y además pensarían lo peor de ella, sobre todo con la fama de mujeriego de él. Estaba claro que no le iba a dejar otra opción que no fuera salirse con la suya. Si estuviera en España, se subiría a un taxi y se largaría de allí mandándolo al diablo... y que la despidiera si quisiera, por lo que a ella le importaba... Se iría para su casa y le contaría las penas a su hermana o a su mejor amiga. Pero estaba sola en un país extranjero, con un jefe condenadamente guapo, y terco, y cabezota, y engreído, e imprevisible, con un carácter del demonio, y... y...

¡Dios, la sacaba de quicio!

Nunca había sido agresiva, pero en ese instante le gustaría pegarle de lo rabiosa que estaba, y le borraría esa increíble y sexy sonrisa que tenía en su perfecta cara. Así que tomó una decisión: compartiría la cam... la habitación con él. Rezaba con todas sus fuerzas para que sólo compartieran el cuarto y hubiera un acogedor sofá donde poder dormir. Como intentara algo, lo más mínimo, se volvería para Ciudad de México, aunque fuera en cayuco.

—¡Sí! —masculló con los dientes tan apretados que le dolían—. Lo he pensado mejor y creo que tu opción es la mejor.

—¡Vaya! Me alegro de que hayas cambiado de opinión —contestó con cara de satisfacción—. ¿Estás segura?

A Alexia le saltaban chispas de los ojos. Si las miradas matasen, él estaría fulminado y enterrado. Lo que más le fastidiaba era que el muy bribón se estaba divirtiendo de lo lindo con todo aquello. Asintió con la cabeza de una forma un tanto

rígida, y Roberto, no muy seguro de lo que estaba pasando allí, le preguntó amablemente:

—Álex, cariño, ¿de verdad está todo bien?

La mujer se giró hacia él, proyectando toda su furia hacia su persona.

«¡Toda la culpa es tuya!», pensó colérica.

Si no los hubiera interrumpido, habría podido convencer a Martín de hallar otra solución, pero se había tenido que entrometer, sin dejarle otra opción que claudicar, y ahora su jefe estaba sonriendo de oreja a oreja de forma petulante, consciente de que la había acorralado y que no tenía escapatoria, a no ser que quisiera quedar en evidencia delante de todo el mundo. Muy en el fondo sabía que estaba siendo injusta con él, pero a alguien tenía que echarle la culpa, ¿no?

—Sí, Roberto, todo está bien. Gracias a ti, todo está perfecto —soltó con retintín y arrogancia.

Eso sorprendió al actor, que no entendía la actitud de Alexia hacia él.

—Ahora, si me disculpáis, voy a seguir trabajando, y a solventar la diferencia de opinión que el *señor* y yo teníamos... —informó recalcando la palabra «señor» y mirando con reproche a su jefe.

Los dos hombres la vieron alejarse.

Mientras uno estaba sorprendido, el otro estaba muy contento. Sin saber muy bien qué opinar, Roberto se giró hacia Martín, que todavía tenía el brazo encima de sus hombros y una extraña mirada dirigida a su empleada.

—¿Se puede saber qué ha pasado? —preguntó.

Su compañero se encogió de hombros y exclamó:

—¿Y a mí me lo preguntas? ¿Sabe acaso alguien qué es lo que pasa por la cabeza de las mujeres? —respondió haciéndose el sorprendido.

Martín volvió su mirada hacia ella de nuevo, que seguía andando furiosa camino de la recepción contoneando las caderas.

—Menudo carácter se gasta tu querida Alexia —le comentó a Roberto sin dejar de sonreír en ningún momento.

—Ya te digo.

Y, siguiendo la mirada de él y sin comprender todavía lo que había pasado allí, añadió:

—Bueno, ya que estamos solos y parece que estás de buen humor, me gustaría hablar contigo, Martín.

El actor lo miró y apartó el brazo de sus hombros, dejando atrás la buena camaradería que habían compartido hacía un segundo, y se puso algo tenso.

—¡Claro! Tú dirás.

—¿Nos sentamos a una mesa mientras tomamos una cerveza y charlamos?

—¡Está bien! —le contestó, intrigado por el hecho de que su compañero le diera tantas vueltas al asunto.

Salieron de la sala de reuniones, que en ese momento ya estaba vacía, y se fueron

a la cafetería del hotel. Después de estar cómodamente sentados, y con una cerveza fría en la mano, Roberto empezó a hablar.

—Verás, quería comentarte un asunto en concreto. Tú y yo hace tiempo que nos conocemos... —empezó a hablar mirándolo a los ojos, y el actor asintió con la cabeza mientras daba un sorbo—... y, bueno, siempre te he considerado un colega dentro de esta profesión... —continuó sonriendo.

Martín empezaba a entender por dónde iban los tiros, y sus ojos se fueron tornando cada vez más fríos.

—Quería haber hablado contigo hace tiempo, pero... parecía que nunca estabas de buen humor, y...

—Quieres ir al grano y dejarte de tanto rodeo —lo recriminó, deseando acabar con aquello de una vez por todas.

Roberto le lanzó una mirada inquisitiva, ya que el humor de su amigo había vuelto a cambiar radicalmente.

—Estoy interesado en Alexia, y quería saber si hay algo entre vosotros dos.

Lo soltó a bocajarro y sin anestesia. ¿Quería ir al grano? ¡Pues ya estaba dicho! Más directo no podía ser.

Martín dejó a medias el recorrido de la botella de cerveza a su boca, para posarla nuevamente en la mesa, y parpadeó varias veces, incrédulo por la pregunta. No le pillaba por sorpresa la noticia de que Roberto estuviera interesado en su empleada, en absoluto; no era estúpido y tenía ojos en la cara. Pero sí le había sorprendido que el actor creyera que entre Alexia y él había algo.

—¿Se puede saber a qué demonios viene esa pregunta? —exclamó apoyando las manos en la mesa para no estamparle el puño en la cara—. ¿En algún momento, tanto Alexia como yo, hemos sugerido que hubiera algo entre nosotros?

—No —contestó Roberto, incómodo por su reacción, y bajó los ojos para observar cómo giraba el líquido ambarino de su bebida, mientras le daba vueltas a la botella.

Quizá se había precipitado y había visto fantasmas donde no los había. Quizá la cercanía entre jefe y empleada era debida sólo a la simpatía que generaba Alexia... y todo había sido fruto de su imaginación, inducida por los celos. Ahora Roberto comenzaba a cuestionarse si no había estado por completo equivocado respecto a sus dudas, ya que la sorpresa de Martín le parecía verdaderamente genuina.

—¡Por supuesto que no hay nada entre mi empleada y yo! Sólo una estricta relación de trabajo —le espetó éste, irritado por la pregunta, pero sin ser capaz de mirar a su compañero a los ojos.

«¿Sólo?», volvió a hablarle esa vocecita interior, desechándola de nuevo.

—¡Perdona si te he ofendido! No era mi intención, y quizá malinterpreté las cosas.

—Pues sí que lo has hecho.

Martín volvió a beber de su botella, con el entrecejo fruncido.

«¿Desde cuándo escucho vocecitas?», se preguntó molesto e intrigado a la vez.

—Bueno, pues ya que está todo aclarado, supongo que no tendrás ningún inconveniente en mi interés por Alexia, ¿no? —añadió su compañero, sonriendo aliviado y dando por sentada la respuesta.

—¡Pues fíjate que sí tengo algunos inconvenientes! —expuso Martín dando a continuación otro trago a su cerveza.

Roberto se atragantó cuando escuchó la respuesta de su amigo, y mientras tosía y luchaba por coger aire, éste le daba pequeñas palmaditas en la espalda. Cuando por fin pudo hablar, después de limpiarse, lo miró sin entender por qué le había dicho eso.

—¿Y qué inconvenientes tienes?

—El principal y más importante, ¡eres tú! —declaró sin inmutarse, mientras el otro ponía cara de pasmo.

—¿Cómo? —inquirió sin salir de su asombro.

—Verás, Roberto... como bien te dije antes, Alexia es sólo mi empleada y no me une a ella nada más que una relación profesional, pero soy consciente de que está sola en este país y no tiene a nadie que la proteja ni la cuide, y yo, de alguna manera, me siento responsable de ella.

—¿Y eso qué tiene que ver conmigo?

—Lo tiene que ver ¡todo!

Martín se pasó la mano por el pelo impacientemente. ¿Acaso se creía que era idiota? ¡Por favor, que no había nacido ayer! Lo que más le repateaba los hígados era esa cara de no haber roto un plato en toda su vida.

—No te hagas el tonto, ¿quieres? Nos conocemos desde hace tiempo, como tú muy bien has comentado antes, y sé perfectamente lo que quieres hacer con Alexia. Te divertirás con ella hasta que te aburras y, cuando te canses, te buscarás a otra con quien pasar el rato en la cama. Pero, ya te lo he dicho, trabaja para mí y no voy a permitir que le hagas daño.

—¡Estás equivocado! —exclamó su compañero empezando a entender lo que quería decirle—. Realmente estoy interesado en ella.

—¡Venga ya! Vete con ese cuento a otro lado, porque yo no me lo creo.

—¡Te estoy diciendo la verdad!

Martín cruzó los brazos y le lanzó una mirada penetrante, intentando discernir si era sincero. A continuación le preguntó a bocajarro:

—¿Con cuántas mujeres has estado en estos dos últimos meses? Con cinco, con seis, siete... —siguió mientras hacía un gesto con la mano de suma y sigue.

—Eso no tiene nada que ver.

—¿Ah no?, pues yo creo que eso tiene mucho que ver —le contestó irónicamente, agarrando su cerveza para beber.

La bilis le estaba subiendo por la garganta, asqueado por su hipocresía. Si creía que se la iba a colar, iba listo.

—Alexia es distinta, Martín. Es divertida, dulce, inteligente, leal, honesta...

Puedes mantener una conversación con ella de cualquier cosa, tiene un sentido del humor excepcional, y no es egocéntrica ni egoísta como la mayoría de las mujeres que conocemos aquí —le explicó Roberto, abriendo por primera vez su corazón y confesando algo que ni tan siquiera a él mismo había tenido el valor de reconocerse.

«Eso es totalmente cierto», pensó Martín, estando de acuerdo por primera vez en toda la conversación con su compañero.

—Además, desde que la conozco no he salido con nadie más.

Dicho esto, agarró la botella de cerveza y le dio un buen trago; después de semejante confesión, no era capaz de mirarlo a los ojos. Martín, que a punto estuvo de atragantarse, se quedó totalmente perplejo y sin saber muy bien cómo digerir esa información. Al cabo de unos segundos, como no decía nada, Roberto giró la cabeza para saber cuál era su reacción a lo que le había dicho, y se encontró con el actor negando con la cabeza repetidamente.

—Lo siento, hermano, pero me cuesta mucho creermelo.

De repente Roberto se levantó furioso por su incredulidad. ¿Cómo podía dudar de su palabra? ¿Quién demonios se creía que era para cuestionarlo? Además, él no era precisamente la persona más adecuada para darle clases de integridad, pues hacía exactamente lo mismo con las mujeres. Roberto sabía de la fama de su amigo, que era igual o mayor que la suya propia.

—¿Sabes qué? Me importa muy poco que me creas o no —le recriminó con la botella en la mano y señalándolo con un dedo—. Como bien me has recalado hace unos minutos, tú sólo eres su jefe, por lo que no te tengo que dar ningún tipo de explicación. En tal caso, se la tendría que dar a ella. Sólo quería hablar contigo por respeto a la amistad que creía que teníamos, y para aclarar una duda. Ahora que esa duda está despejada, no tengo nada más que decir.

Le dio el último trago a su bebida y la dejó vacía encima de la mesa con un golpe más fuerte de lo normal. Luego, ofendido como estaba, sacó un billete de la cartera que tiró con desdén al lado de la botella.

—Por supuesto, a este trago estás invitado.

Insultado en lo más hondo, se dio media vuelta para marcharse de allí lo antes posible.

—¡Roberto! —lo detuvo Martín antes de que pudiera dar dos pasos.

Éste se detuvo y se giró despacio para mirar a su compañero.

—Te estaré vigilando de cerca —le advirtió con mucha tranquilidad.

Alguien que conociera un poco a Martín sabía que esa tranquilidad no presagiaba nada bueno. El actor estaba apretando con tanta fuerza la botella que tenía en la mano que tenía los nudillos completamente lívidos; intentaba controlarse todo lo posible para no saltar encima de su compañero y romperle la cara a puñetazos.

—Y como me entere de que la has molestado o le has provocado el más mínimo sufrimiento, te las tendrás que ver conmigo. ¡Eso te lo juro!

—¿Me estás amenazando?

—¿Tú qué crees? —le preguntó esbozando una sonrisa mortífera.

A continuación, bebió tranquilamente de su cerveza sin apartar la fría mirada de su rostro.

Roberto entrecerró un poco los ojos, calibrando la veracidad de esa amenaza, y, después de un segundo, no le cupo la menor duda de que era totalmente cierta. Se volvió a girar y se marchó de allí, dejando solo a Martín sentado a la mesa, con el ceño fruncido y con cara de pocos amigos.

Estaba claro que, al final, sí le habían fastidiado el día. ¡Y aún no era ni mediodía!
«¡Mierda!»

Capítulo 17

En el momento en el que los empleados del hotel abandonaron la habitación, Alexia no pudo evitar el impulso de patear el suelo por la frustración.

—¡No se puede tener más mala suerte que la mía! ¡Arrrggg!

Cuando le subieron las maletas, la mujer inspeccionó la habitación de cabo a rabo. Tampoco es que hubiera mucho que ver: era grande y espaciosa, pero sencilla, con un estilo que emulaba las antiguas villas mayas. Disponía de un baño enorme, una televisión grande, unas puertas vidrieras que daban a un pequeño balcón con vistas al mar y una cama de dos metros por dos metros decorada con dos toallas en el centro, reproduciendo dos preciosos cisnes, adornados con flores. Pero, para Alexia, era la cama más enana que había visto nunca.

«¿Qué digo enana?, ¡es diminuta! ¿Qué diminuta?, ¡es liliputiense! ¡No, liliputiense no!, ¡ahí no entra ni la Pitufina que tanto le gusta a Lucas!»

Lo peor de todo era que sólo había una mesa redonda donde poder comer en la habitación, con dos sillas... ni rastro de ningún sofá, o un pobre sillón del que poder echar mano. Su mayor pesadilla se había hecho realidad: tendría que compartir la cama con su jefe.

«¡Dios!, ¿qué voy a hacer?», se preguntó sentándose en el borde de la cama.

Cabizbaja, apoyó los codos en las piernas y se agarró la cabeza entre las manos, pero se levantó de golpe cuando se dio cuenta de dónde se había posado. Esa cama le había quemado el trasero sólo de pensarlo, ¿cómo se suponía que iba a dormir ahí?

Salió al balcón para poder respirar mejor; allí corría una pequeña brisa marina que le agitó el pelo; notó que le estaba dando un pequeño ataque de ansiedad, producto de la agitación que sentía en su interior, que iba en aumento. Desde allí pudo observar las instalaciones del hotel, mientras inspiraba y expiraba lentamente agarrada a la barandilla. El edificio era grande y hermoso, y disponía de amplias zonas con césped. Tenía una enorme piscina con tumbonas donde tomar el sol si te apetecía, y salida a una playa privada donde podías nadar en el agua cristalina de color verde esmeralda, o echarte en una hamaca para relajarte y disfrutar de la paz que allí se respiraba. Todo eso estaba rodeado de grandes palmeras y en el marco incomparable del mar caribeño. Además, podías jugar al tenis en una cancha disponible para los clientes y un minigolf donde practicar el *swing*. El lugar era hermoso, pero en esos momentos no podía disfrutar de su belleza, pues estaba más preocupada por cómo pasaría esa noche.

Cuando ya no pudo retrasarlo más y después de cambiarse de ropa para ponerse un vestido fresco y vaporoso, ya que allí hacía más calor que en Ciudad de México, salió de la habitación y fue en busca del hombre que la traía por la calle de la amargura.

Cuando logró encontrarlo, estaba fuera de las instalaciones del hotel, en una de las dos *roulotte* de las que disponía la producción. En una estaban todos los equipos electrónicos de sonido y de imagen que necesitaban para grabar. Y en la otra, la zona de vestuario y peluquería, que era justo donde se hallaba en esos momentos. Mientras lo estaban preparando, ella no dejaba de contestar al teléfono... siempre esas malditas preguntas de la supuesta relación entre su jefe y la arpía rubia. Así que, cuando fue la hora de comer y se dirigieron todos al restaurante/cafetería/autoservicio, Alexia no estaba de muy buen humor que digamos. Éste no mejoró para nada cuando, al sentarse a la mesa con sus amigos, a su lado izquierdo se situó Roberto, como siempre, y a su lado derecho se sentó Martín, quitándole el sitio que normalmente ocupaba Iván, uno de los técnicos de sonido, que esta vez se tuvo que ir a otra mesa porque ya no cabía. Todos estaban sorprendidos en mayor o menor medida, menos él, que actuó como si siempre se hubiera sentado allí, y ella lo único que pudo hacer fue mascullar un «¡Maldita sea mi suerte!».

Después de esos segundos de sorpresa, Esther empezó a charlar como si no pasara nada, a pesar de las miradas asesinas que se lanzaban Martín y Roberto, y de que Alexia no hubiera abierto la boca todavía.

Martín no hacía más que echar miradas de soslayo a su asistente; ella apenas había probado bocado y lo único que hacía era darle vueltas a la comida.

—¿No piensas comer nada? —le susurró al oído acercándose a ella.

—No tengo hambre.

—Tiene razón, no te he visto comer nada en todo el día —la regañó Roberto.

Alexia soltó el tenedor en el plato y se cruzó de brazos para, a continuación, contestarle de forma grosera.

—¿Qué eres, mi padre, ahora? ¡He dicho que no tengo hambre!

Su amigo la observó turbado por la respuesta y una ráfaga de dolor cruzó por su rostro, consiguiendo que ella se sintiera como una rata por lo mal que lo había tratado.

—¡Lo siento! —exclamó arrepentida—. ¡Perdóname, Roberto, por favor! Yo... no he debido hablarte así. ¡Lo siento mucho!

Todos habían dejado de hablar para dirigir su atención hacia ella en el mismo momento en el que había explotado en contra del actor.

—No pasa nada —la tranquilizó, seguro de que el arrepentimiento era sincero—. Sólo estaba preocupado. Llevas un día de lo más rara, ¿seguro que estás bien?

—¡Sí! —mintió, y después se arrepintió de hacerlo—. Bueno, la verdad es que no...

Y todos los que estaban a la mesa, sin excepción, miraron a Martín, y éste, cuando se dio cuenta de aquella reacción, puso los ojos en blanco bufando indignado.

—¿Por qué? ¿Por la diferencia de opinión con tu jefe? —inquirió Roberto echando una mirada significativa al otro actor.

Eso consiguió que todos le lanzaran reiteradas miradas recriminatorias,

confirmando lo que antes habían sospechado: ¡que toda la culpa era de él! Martín levantó las palmas de las manos hacia arriba, mientras se reclinaba en la silla pidiéndole ayuda a Dios por tener que aguantar semejantes injurias.

—¡No! —mintió Alexia rápidamente y miró a su jefe, que estaba algo molesto y tamborileaba con los dedos encima de la mesa, para volver su atención hacia Roberto—. Sólo es que no he tenido un buen día. Me han bombardeado a llamadas y a preguntas, y estoy un poco estresada, eso es todo.

La asistente observó de nuevo a Martín, que disimulaba después de que él les devolviera una mirada de satisfacción a los demás, dejando claro que no había tenido nada que ver con el malestar de Alexia, y consiguiendo que bajaran la cabeza, arrepentidos por ser tan mal pensados. La mujer no había sido lo suficientemente rápida como para ver esa maniobra, así que arrugó el ceño confundida por su reacción y la de los restantes compañeros.

«¡Ay, si supieran la verdad!», pensó Alexia.

—Pero estoy bien, de verdad —volvió a mentir—. No te preocupes, sólo es... que no tengo ganas de comer nada en este momento.

Roberto asintió con la cabeza, aunque no estaba muy convencido... pero ése no era el momento ni el lugar para intentar sonsacarle la verdad, así que siguieron con el almuerzo como si no hubiera pasado nada.

—Así que tú te llamas Mauro, ¿cierto? —le preguntó Martín al cabo de unos minutos al ayudante de vestuario.

Éste asintió, sorprendido de que el primer actor de la telenovela supiera su nombre. Si se lo hubieran preguntado un segundo antes, hubiese jurado que el tipo no sabía ni que existía.

—Me ha dicho un pajarito que eres diseñador.

Mauro abrió mucho los ojos y tanto él como María y Eva se giraron hacia su amiga. Ésta a lo único que acertaba era a mirarlos perpleja, ya que desconocía por qué su jefe había salido con aquello, así que se giró hacia él preguntándose qué estaría tramando ahora.

—¿Tú eres el diseñador íntimo amigo de Alexia? —inquirió Esther, después de caer en la cuenta de lo que había dicho su compañero.

—Buenooo... —empezó a balbucear, sin estar muy seguro de que aquello fuera bueno o malo—. Sí, soy yo.

—¡Vaya! —exclamó la actriz impresionada.

—Pues tenemos que hablar tú y yo muy seriamente —soltó el actor de forma grave, después de haber pinchado con su tenedor un trozo de carne, llevárselo a la boca y estar señalándolo en esos momentos con el cuchillo.

Mauro tragó saliva sin saber muy bien qué pensar, y la cara de Alexia era de total espanto. Si había metido a su amigo en un lío, no se lo iba a perdonar jamás. No estaba muy segura de por dónde saldría su jefe; temía que se metiera con él por ser gay, aunque no creía que a esas alturas del siglo XXI eso fuera un problema, aunque

con Martín nunca se sabía, o por estar confeccionando ropa fuera del trabajo. También pudiera ser que tuviera alguna cláusula en su contrato donde quedara claro que tenía prohibido coser para gente de fuera de la empresa, o a lo mejor... quizá... ¡a saber por qué demonios! Empezó a bajarle por la espalda una gota de sudor frío.

—Aparte de ropa de mujer, ¿diseñas trajes masculinos? —le preguntó éste.

—Sí, claro. Bueno, la verdad es que se me da mejor la ropa femenina, pero tengo algunas ideas muy buenas para trajes de hombre.

—¡Perfecto! —exclamó el actor sonriendo—. Cuando puedas, me gustaría que me pasaras algunos bocetos; dentro de poco tengo un evento muy importante y estaría muy interesado en ver tus diseños. Si son tan buenos como el vestido que le diseñaste a Alexia, estoy seguro de que llegaremos a un acuerdo.

Mauro estaba pasmado, sin poder dar crédito a lo que sus oídos estaban escuchando, y tanto María como Eva, así como la propia Alexia, no salían de su asombro.

—¡No, espera! —intervino Esther, consiguiendo que todos la miraran—. Primero tiene que hablar conmigo, el vestido de una mujer es muchísimo más importante que el de un hombre, ¿no es cierto?

—Bueno, yo... —empezó a responder el modisto.

—Discúlpame —interrumpió Martín—. ¡Eso no es justo! Un hombre tiene que ir igual de impecable, debemos cuidar nuestra imagen tanto o más que vosotras; además, yo se lo he dicho primero...

Los dos se pusieron a discutir, mientras el trío de amigas no podían evitar mirarse unas a otras y esbozar una sonrisa de pura alegría por Mauro. Éste, tras recuperar el habla, estaba poniéndose de acuerdo con los tres, ya que Roberto se había unido a la conversación, para quedar con ellos y hablar de sus ideas y los gustos de cada uno.

Después de un buen rato en el que, al final, todos —daba igual que fuera actor, peluquera, modisto, ayudante de sonido, cámara...— aportaron ideas, a cual más loca, volviendo tarumba al pobre Mauro, las miradas de Martín y Alexia se encontraron durante un segundo; la gratitud que en ese instante sentía ella por lo que había hecho su jefe desbordaba en su cara, y él, al darse cuenta, simplemente asintió de forma elegante al percatarse de lo que le había querido decir sin emitir ni una sola palabra. Luego volvió a enfrascarse en la discusión, provocando que ella sonriera de oreja a oreja.

Después de comer, se dirigieron en un minibús al centro del pueblo, pues querían grabar en el puerto de Telchac. El lugar era pequeño y muy pintoresco, con sus casas bajas, de suaves colores o encaladas en blanco, de estilo colonial; había también una hermosa plaza, un malecón y un faro diminuto. Durante los cuatro días que iban a pasar allí, también querían grabar en dos zonas cercanas a Telchac. Una era la espléndida laguna Rosada, hogar de aves migratorias y de los espectaculares

flamencos, y la otra era Xcambó, un yacimiento arqueológico maya, que Alexia estaba deseando visitar. Y, por supuesto, aprovecharían la playa privada de la que disponía el hotel, donde pensaban grabar unas tomas esa misma noche.

Cuando llegaron a la zona de grabación, la asistente estaba maravillada del caos que allí reinaba. Al hacerse público que algunos capítulos de la telenovela más vista del país se iban a grabar en este pueblo, cientos de personas se congregaron en el lugar. La gran mayoría eran mujeres, que gritaban desconsoladas cuando veían a alguno de los actores del elenco de la serie, desesperadas por poder conocer, tocar, besar o hacerse una foto con uno de ellos. El más perseguido era Martín, por supuesto, y él estaba encantado con todo aquel espectáculo.

A pesar de que había un cordón policial para contener a aquella jauría de féminas dispuestas a cualquier cosa por estar cerca de su ídolo, las autoridades y la producción se estaban viendo realmente desbordadas por la situación. Algunas señoras llegaron a saltarse el perímetro de seguridad para poder acercarse a su jefe, e incluso tuvieron que llamar a una ambulancia y a equipos sanitarios para atender desmayos y alguna que otra contusión, producida por un altercado entre fans más apasionadas de lo normal.

Alexia no podía dejar de estar alucinada, preguntándose cómo unas personas normales de carne y hueso, a las que ella conocía personalmente, podían asumir algo así. De pronto se acordó de las palabras que le había dicho la mujer de gris el día de su entrevista: para toda aquella gente, Martín y los demás actores eran dioses del celuloide, al nivel incluso de las estrellas de Hollywood. Aunque todos los días hablaba con periodistas, productores, directores... hasta ese momento no había sido consciente de qué y quién era su jefe. Esos cientos de personas que estaban agolpadas gritando y llorando la hicieron tomar conciencia, de pronto, de todo lo que antes le había parecido «normal» a ella, pues, al ser profana en ese mundo, sólo le había parecido un trabajo más. Era cierto que trataba a diario con personas importantes del país, pero Alexia, al no conocerlas, les había dado la misma importancia que a cualquiera, como si aún estuviera ejerciendo de secretaria de dirección en su antiguo trabajo. Ahora entendía la actitud que habían tenido en algunos momentos sus amigos y sus compañeras de trabajo en la casa.

¡Dios!, ¡y ella tendría que dormir con su jefe en la misma cama esa noche! Tragó saliva con fuerza y empezó a abanicarse con la mano.

Pasaron la tarde entre toma y toma, con largos períodos de espera por las continuas interrupciones del gentío, que hacía oídos sordos a las constantes peticiones de la producción demandando silencio para poder grabar. A Alexia le costaba mucho acostumbrarse a esas demoras; había que tener mucha paciencia para aguardar, sin hacer nada, a que los técnicos y el director de escena decidiesen la mejor manera de grabar una buena toma. Lo que hacían muchos de los actores era repasar el texto una y otra vez, y preguntar al guionista si tenían algún tipo de duda, o chatear y navegar en las redes sociales con el teléfono móvil, o simplemente esperar pacientemente

mientras les retocaban el maquillaje y el pelo.

A lo que definitivamente ella no podía acostumbrarse era al continuo parloteo de la arpía rubia, que no hacía más que decir tonterías a todo aquel que quisiera o no escucharla. La actriz no tenía nada que hacer allí, pero decidió ir con el elenco que debía grabar por el simple hecho de que era donde estaba Martín, para poder estar cerca de él. Y no le había gustado ni un pelo que el actor, a la hora de la comida, se hubiese sentado a la misma mesa que la estúpida de su asistente personal. No es que hubiera perdido el tiempo, ya que se había encargado de coquetear y hacerle la pelota al productor ejecutivo Julio Menéndez, pero no quería dejar solos en ningún momento a esos dos, ya que cada vez estaba más convencida de que Martín sentía algo por su empleada, por lo que no podía permitir que las cosas entre los dos fueran a más. Tenía varias ideas en mente; una de ellas era hablar con Roberto, ya que era evidente el interés que sentía por esa estúpida mujer. Francamente, Marta no lograba entender qué podían ver en esa insignificante empleaducha, ya que no era nada fuera de lo normal. Era cierto que, desde que había cambiado de estilo de ropa y de peinado y había aprendido a maquillarse mejor, estaba... como decirlo... decente. Pero nada que ver con ella ni tampoco, si la apurabas, con alguna de las otras actrices. Por eso seguía siendo un misterio para ella qué era lo que podía llegar a atraer de esa poca cosa a los hombres, sobre todo a hombres acostumbrados a la calidad de mujeres realmente hermosas como ella.

La otra idea la pondría en práctica en cuanto pudiera. Estaba segura de que funcionaría, pues nunca le había fallado antes, así que sólo era cuestión de tiempo que se deshiciera de esa chica.

Cuando llegaron al hotel, ya había anochecido... pero había merecido la pena: la puesta de sol que habían grabado en el puerto había sido sencillamente espectacular. Todos se dirigieron al restaurante a cenar, pues estaban hambrientos. Todos, menos Alexia, que todavía sentía un nudo en el estómago que no le dejaba pasar ni un bocado. Aunque intentaron convencerla de que comiera algo, ella no pudo tragar ni un trozo; estaba demasiado alterada y preocupada como para tener hambre.

Martín no hacía más que observarla intranquilo, ya que sabía que estaba nerviosa y tensa, pues no hacía más que mordisquearse el labio, algo que lo estaba volviendo loco. Porque, a pesar de que por un lado estaba preocupado por ella, por otro no podía evitar desear ser él quien mordisqueara esa boca. Era algo que estaba empezando a obsesionarlo, aunque se lo negara rotundamente.

Después de cenar, el actor se cambió de ropa para grabar unas escenas en la playa con Esther y, cuando terminaron, era pasada la medianoche. Todos estaban agotados, pero todavía seguían discutiendo sobre unos planos en concreto que no sabían si volver a grabar o no.

Alexia estaba cada vez más nerviosa, ya que se acercaba el momento que tanto

temía. Cuando al final resolvieron recogerlo todo y seguir al día siguiente, Martín, Esther y algunos más, entre los que se encontraba Marta, pues todavía seguía por allí, decidieron ir a tomar algo antes de subir a descansar. Ella declinó la invitación, ya que quería aprovechar ese tiempo para darse una ducha tranquila, y estar metida en la cama, y con mucha suerte dormida, para cuando llegara su jefe.

Minutos más tarde, él entró en la habitación y coincidió con que, justo en ese instante, salía ella del baño. Se paró en seco al ver aparecer a su empleada, y sus ojos se encontraron. Tras unos segundos, recorrió con la mirada el cuerpo de Alexia y se quedó sin respiración. Llevaba una camiseta tres o cuatro tallas más grande que la suya; era gris y con un corazón sangrante atravesado por una daga alada y unas letras impresas en las que ponían «Bon Jovi» en el centro. La prenda, al ser tan grande, le llegaba por encima de las rodillas, y el hombro izquierdo quedaba al descubierto; le pareció la mujer más *sexy* que había visto en toda su maldita vida. Ninguna que él pudiera recordar en ese momento, vestida con el picardías más sugerente, el negligé más delicado e insinuante o la ropa interior más provocativa y tentadora, se podía comparar con lo excitante y fascinante que en esos instantes se veía Alexia. No podía apartar la mirada de ella, devorando ese rostro limpio, sin una gota de maquillaje, y deseando poder acercarse y acariciar esas facciones perfectas, para poder reverenciar ese cuerpo que era un pecado de Dios. Sus ojos hambrientos no podían dejar de observar, maravillados, cómo algo tan sencillo como una camiseta podía hacerle sentir ese calor abrasador que le recorría todo el cuerpo.

Alexia, avergonzada y sin saber muy bien cómo actuar, y sobre todo cómo interpretar la fogosa mirada que le estaba lanzando su jefe, decidió simular un enorme bostezo.

—Estoy agotada, así que lo mejor será que me meta en cama... pero sólo para dormir —le aclaró para que no hubiera ninguna duda—. Me refiero a que me voy a meter en la cama para dormir, nada más. Sólo para eso.

Después de callarse de golpe, ruborizada por el ridículo que estaba haciendo, corrió hacia el lecho roja como un tomate maduro.

Cuando él la oyó hablar, despertó de su ensoñación, abochornado por la forma en que la había estado mirando durante todo ese rato y con la vana esperanza de que ella no se hubiera dado cuenta de la enorme erección que tenía en ese momento. Así que carraspeó y, sin saber muy bien qué hacer, balbuceó mientras buscaba algo de ropa en la maleta:

—¡Sí! ¡Ah... y yo me voy a dar antes una ducha! —mencionó, desesperado por encontrar un calzoncillo y el pantalón del pijama.

Cuando por fin halló lo que buscaba, salió disparado hacia el baño y cerró la puerta con más fuerza de la necesaria.

«¡Maldita sea! ¡No puedo ser más imbécil aunque entrene!»

Estaba furioso consigo mismo, no entendía cómo había podido comportarse de esa manera.

«¿En qué demonios estabas pensando?», se recriminó duramente.

Abrió el agua fría de la ducha mientras se desvestía; tenía que bajar esa erección como fuera. Todavía no podía explicarse por qué había actuado de esa forma, sólo le había faltado espumar por la boca y abalanzarse sobre ella como un semental en celo... y lo peor de todo era que le había faltado muy poco para ello. ¿Qué demonios le pasaba? En la vida le había ocurrido algo semejante; se había comportado de nuevo como un estúpido adolescente, incapaz de controlar su impulso sexual. No era la primera vez que le pasaba eso con Alexia, y ya se estaba convirtiendo en una detestable costumbre. No le extrañaría en absoluto que su empleada pensase que era un salido. Se metió debajo del chorro, y esta vez el que se tuvo que morder el labio fue él, para que no se le escaparan pequeños jadeos por el contraste del agua helada en su caliente cuerpo. No quería añadir más motivos de vergüenza a su ya larga lista; si su asistente oía salir esos sonidos del baño, pensaría, con razón, que estaba haciendo otra cosa. Después de un buen rato, ya con todo controlado, o eso creía, salió del baño. En parte decepcionado y en parte aliviado, se encontró con que ella estaba durmiendo como un lindo angelito. Así que se metió con cuidado en la cama, intentando no despertarla... pero fue un error. En el momento en el que lo hizo, otra vez su amiguito decidió que era hora de despertar. El calor que desprendía Alexia y el aroma de su cuerpo recién duchado no hacían más que sumar pensamientos eróticos y muy calientes a la ya de por sí fértil imaginación de Martín, y éste empezó a pensar que tal vez su empleada había tenido razón y no había sido muy buena idea la de compartir habitación.

Llevaba más de una hora en la misma posición fingiendo estar dormida, y le estaban empezando a doler músculos de su cuerpo que ni sabía que existían. Había intentado dormir, de verdad que lo había hecho, pero le era literalmente imposible hacerlo. Sentía la presencia de Martín cerca de ella, su olor, su calor, y no podía hacer otra cosa más que pensar en él. Se estaba volviendo loca, así que, en cuanto estuvo segura de que se había quedado dormido por la quietud de su respiración, decidió que tenía que salir de allí.

Se levantó despacio y se fue al baño a cambiarse de ropa, y después, de puntillas para no despertarlo, se dirigió a la puerta, la abrió y salió.

El actor abrió los ojos en el mismo instante en el que oyó cerrarse la puerta.

¡¿A dónde diablos iba esa mujer?!

Se levantó de la cama con la fuerte sospecha de que sabía hacia dónde se dirigía; se cambió de ropa y salió disparado detrás de ella. Cuando llegó a la habitación de Roberto, o creía que ésa era la habitación de su compañero, estuvo a punto de golpearla y tirarla abajo, pero se lo pensó mejor. No tenía derecho a hacer lo que más estaba deseando hacer; como bien le había dicho a su amigo, sólo era su jefe, nada más, así que, frustrado, se dirigió a otra puerta. Estuvo a punto de llamar, pero al

final, en el último momento, no lo hizo, pues sabía a ciencia cierta que no era una buena idea. En el mismo instante en el que pensó en buscar a Marta, su querido amiguito, el que antes había estado despierto e incordiándolo, había desaparecido en combate. Ni estaba, ni se le esperaba, por lo que decidió salir de allí e irse a emborrachar o... algo.

Al pasar por delante de recepción, saludó a la mujer que estaba de guardia.

—Buenos noches, señor Ledesma —le dijo sonriente, sin mostrar ningún asombro por encontrarlo a esas horas deambulando por el hotel.

—Buenas noches.

—¡Vaya, parece que su asistente personal no es la única que no puede dormir esta noche!

Martín se paró en seco.

—¿Ha pasado por aquí mi empleada? —preguntó estupefacto.

Ella asintió con la cabeza.

—Sí; dijo que no era capaz de dormir y que iba a dar un paseo por la playa.

—¡Gracias! —le contestó sin poder evitar esbozar una enorme sonrisa.

—¡De nada, señor! Estamos aquí para lo que necesite, sobre todo después de haber metido la pata como lo hice. No he tenido la oportunidad de expresarle mis más sinceras disculpas —añadió la chica, avergonzada y cabizbaja.

—¿Fuiste tú la que se equivocó a la hora de hacer la reserva?

—Sí, señor. ¡Lo siento mucho!

Sin saber muy bien por qué lo hacía, se acercó y, agarrándole la cara con ambas manos, le plantó un sonoro beso en la mejilla, dejando a la recepcionista boquiabierta del asombro. Luego se marchó rumbo a la playa.

Cuando llegó a ella, no le costó mucho trabajo dar con Alexia: estaba sentada en la arena muy cerca de la orilla, con las piernas dobladas y agarrándose las rodillas. Se sentó a su lado y ella se sobresaltó, pues no esperaba su presencia; a él se le cayó el alma a los pies cuando se dio cuenta de que estaba llorando, aunque ella rápidamente desvió la cara para intentar, disimuladamente, secarse las lágrimas.

—De verdad, ¿tan difícil te resulta tener que compartir la habitación conmigo? —le preguntó después de unos segundos, mirando hacia el mar con la voz algo envarada por el rechazo.

Alexia soltó un sonido mitad carcajada, mitad sollozo.

—¿Alguien te ha dicho alguna vez que no eres el ombligo del mundo, Martín?

Él se volvió hacia ella al oír su contestación, sorprendido por la respuesta, y se la encontró mirándolo con los ojos brillantes por las lágrimas, mientras negaba con la cabeza, recriminándolo por su enorme ego. Alexia giró la cabeza para centrar la vista en el mar infinito.

—Sabes de sobra que no me hace ni pizca de gracia tener que compartir la... habitación contigo, pero no estoy llorando por eso.

—Entonces, ¿por qué?

Ella soltó un fuerte suspiro y se mordió el labio en un inútil intento por no volver a llorar. Odiaba que Martín la encontrase siempre en esos momentos de bajón; creería que era una estúpida llorona, ¡y con razón! Pero ¿qué podía hacer? Estaba claro que los dioses conspiraban en su contra.

—¿Te acuerdas de cuando te expliqué lo que significaba la palabra gallega «morriña»?

Martín asintió con la cabeza, empezando a comprender.

—Pues no hay mucho más que decir. Cuando me senté aquí sobre la arena y olí el salobre del mar y escuché el sonido de las olas romper, me acordé de mi casa, de mi familia, de mis amigos... de todo lo que he dejado atrás.

Y las lágrimas comenzaron a correr de nuevo por sus mejillas.

El actor se levantó y se colocó detrás de ella, dejándola entre sus piernas, y la abrazó con sus fuertes brazos. Su empleada, cuando se percató de lo que había hecho, protestó.

—¡Martín!

—¡Chisst...! Olvida por un momento que somos jefe y empleada, ¿quieres? Piensa que sólo somos Alexia y Martín. ¡Por favor! —le suplicó.

Cuando lo miró, confundida, con el cuello girado y la cara levantada, él no pudo evitar secarle las lágrimas tiernamente con el dorso de una mano. Le dedicó una dulce sonrisa y miró hacia el frente, sin darle otra opción que seguir su ejemplo. Durante unos minutos, unos preciosos y agradables minutos, estuvieron abrazados, con la barbilla de él apoyada en la coronilla de ella y la mirada perdida en la inmensidad del océano bañado por el resplandor de la luna, cada uno sumido en sus propios pensamientos, siendo solamente Alexia y Martín.

—Si tanto echas de menos tu casa y tu familia, ¿por qué te marchaste? —se interesó, muerto de curiosidad, unos minutos después.

—¡Puf!, es difícil de explicar —contestó, reacia a contarle esa parte de su historia.

—¿Tienes algo mejor que hacer?

Ella adivinó la sonrisa pícara que debía de estar bailando en su cara en esos instantes, así que se volvió de nuevo y, mirándolo directamente a los ojos, le dijo:

—Yo te lo cuento, si antes tú me cuentas algo a mí.

—¿Qué quieres saber? —preguntó, reprimiendo el loco impulso de besarla.

«¿Llegaría alguna vez el día en que dejaría de sentir esos pequeños escalofríos cuando la tocaba?», se preguntó.

—¿Qué pasó entre tu padre y tú?

Martín se puso rígido y la expresión de su cara cambió drásticamente.

—No creo que eso te importe.

—¡Sí que me importa! ¡Por favor, Martín! —Esta vez le tocó a ella suplicar.

—¿Por qué? —inquirió con una expresión de dolor en el rostro.

—Porque... quiero comprender.

Alexia deseaba gritarle que era porque él le importaba. Porque, todo lo que le doliera o hiciera daño, a ella le importaba. Porque quería poder borrarle esa mirada de tristeza, ese dolor que tenía enterrado en su alma, el sufrimiento que se vislumbraba en sus ojos cada vez que mencionaba a su padre... pero no tuvo valor.

Ahora le tocó suspirar a él y durante unos segundos, que parecieron interminables, permaneció callado.

—Mi madre nos abandonó a Miguel y a mí cuando yo tenía ocho años —dijo al fin, sin poder mirarla a los ojos y fijándolos en el océano.

Alexia abrió mucho los suyos, sorprendida. Se preguntó cómo alguien podía abandonarlo, y menos cuando estaba segura de que habría sido un adorable niño a los ocho años.

—Al principio, yo era demasiado pequeño para darme cuenta de lo que había pasado. Sólo sabía que mi abuela por parte de padre se había venido a vivir a nuestra casa durante una temporada. Antes de eso, Miguel nunca pasaba mucho tiempo con nosotros; trabajaba demasiado para poder darnos una buena vida a mí y a mi madre.

El actor sonrió de forma sarcástica.

—Éramos una familia humilde, como tantas más que hay en México; por aquel entonces no disponíamos del dinero ni de los lujos que tengo ahora. Mi padr... Miguel adoraba a mi madre y tenía dos trabajos que a duras penas podía compaginar para darle todo lo que ella se merecía. Su reina, como la llamaba él, sólo se merecía lo mejor y, aunque no estaba mucho tiempo en casa, el poco que pasaba era del bueno... y yo esperaba ansioso esos momentos. Jugábamos al balón o con los coches de juguetes, y tenía una paciencia infinita conmigo; por muy cansado que estuviera, siempre encontraba un hueco para disfrutar juntos.

Durante un instante, no pudo seguir hablando.

—Lo querías mucho, ¿verdad?

Él asintió, y Alexia pudo observar cómo la nuez de su garganta subía y bajaba cada vez que tragaba.

—Era mi padre —prosiguió— y lo idolatraba. Lo amaba como sólo un hijo puede amar a un padre.

Martín se pasó una mano por el pelo y la miró, pero sin ver nada. El dolor en su rostro expresaba toda la decepción, la frustración, la amargura, la ira... que sentía en ese momento.

—El día en que mi madre se fue, también perdí a mi padre. Durante los dos meses siguientes, Miguel vagaba como un alma en pena, y empezó a beber y a faltar al trabajo, por lo que, al poco tiempo, lo despidieron. Casi no comía ni dormía, y empezó a cambiar... y de aquel padre amante y cariñoso no quedó ni la sombra.

Alexia parpadeó varias veces, pues no quería llorar.

De pronto se levantó, furioso, y ella con él. Mientras se daba unos golpes en el pantalón para desprender la arena que había quedado adherida a ellos, volvió a hablar, pero esta vez levantando la voz.

—Se suponía que él era el adulto, ¿no? —señaló con amargura—. Se suponía que él tenía que ser fuerte por los dos. Que tenía que protegerme, cuidarme, consolarme, decirme que todo iría bien... Debía prometerme que estaría siempre conmigo, que él nunca me abandonaría. ¡Para eso es un padre!

Alzando las manos, comenzó a reírse, pero era una risa triste y amarga.

—¡Pero no! ¡Miguel no hizo eso!

Mirándola con ira, le preguntó con desprecio:

—¿Sabes lo que hizo tu querido Miguel?

Ella negó con la cabeza, sin atreverse a decir nada.

—¡Tu querido Miguel no hizo nada de eso! ¡No señor! Tu querido Miguel hizo todo lo contrario. Se sumió en la amargura y se hizo duro y ruin. Lo único que conseguí fue su desprecio, su rencor, su odio. Nada de lo que hacía estaba bien, nada era lo suficientemente bueno para él.

—No creo que él te odiara, Martín.

El hombre la miró y volvió a reírse.

—¡No, Alexia! ¡Eso es algo de lo que estoy completamente seguro! Mi padre me odiaba porque me culpaba del abandono de mi madre.

Ella no podía creérselo. No quería creérselo.

—¿Te lo dijo él?

—No hacía falta que lo hiciera —contestó bajando la voz.

Se había dado cuenta de que se estaba alterando demasiado, y Alexia no tenía la culpa de nada. Se acercó más a la orilla y se agachó a recoger una concha de mar para luego tirarla hacia el océano.

—Sólo tenías que fijarte en cómo me hablaba, en cómo me miraba, para comprender que me hacía responsable del abandono de su esposa... de mi madre. Cuando ya no pude más, a los quince años, me marché. Me fui a vivir con mi abuela hasta que, dos años después, murió, y con diecisiete empecé a trabajar de modelo y a hacer mis pinitos como actor... hasta ahora.

Se dio la vuelta y observó cómo Alexia sonreía.

—¿Te hace gracia?

—¡No! —exclamó cuando se percató de que podía llevar a confusión lo que estaba pensando en ese instante—. ¡Para nada!

Él levantó una ceja, indeciso acerca de si creerla o no.

—Sólo me estaba acordando de algo que me dijo Verónica hace tiempo.

—¿El qué?

—Nada que tenga importancia —contestó—, pero ahora empiezo a entender que tú y tu padre os parecéis más de lo que creéis.

Martín se quedó sin aliento, incrédulo a lo que acababa de escuchar. Su rostro se convirtió en una fría máscara de desprecio y, con los dientes apretados y la mandíbula tensa, masculló.

—Yo no me parezco a mi padre en ¡¡¡¡nada!!!!

Luego empezó a caminar furioso hacia el hotel y Alexia se asustó al ver la expresión de su cara.

—¡Martín! —gritó corriendo detrás de él, hasta alcanzarlo y sujetarlo por el brazo para detenerlo.

—¡Suéltame!

—¡Escúchame! ¡Por favor, escúchame! —le rogó poniéndose delante y cortándole el paso.

—¡No tengo nada que escuchar! —gritó.

Pero al final se detuvo y se pasó las dos manos por el rostro, dolido y decepcionado. Le había dejado entrever su corazón, le había enseñado una herida que todavía sangraba, y ella había metido y retorcido el dedo para causarle más dolor.

—¿Cómo...? ¿Cómo has podido decirme eso? ¡Sobre todo tú! —la recriminó sin poder creérselo.

—¡Escúchame, por favor...!

—¡Has sido a la única persona en mi vida a quien se lo he contado! —le confesó abriendo los brazos—. Ni tan siquiera a Vero, a la que considero como a mi hermana, le he dicho nada. Pensé... pensé... que precisamente tú me entenderías, porque, al igual que yo, tú perdiste a tus padres muy joven y sabes el dolor que se siente. Porque, aunque los míos no murieron como los tuyos, yo los perdí a la vez, como tú.

En ese instante su rostro reflejaba dolor y decepción, y se giró porque en esos momentos no soportaba verla.

—¡Martín, por favor! ¡Déjame explicarte...! —le suplicó Alexia.

—A mi hijo también lo abandonó su madre —añadió con un hilo de voz—. Y yo nunca... nunca lo he dejado. Siempre he estado ahí, amándolo, protegiéndolo, apoyándolo. ¡Daría mi vida por él!

—¡Lo sé! ¡Y eso te honra!

—Entonces, no entiendo cómo puedes decir que me parezco a él —sentenció iracundo, y cegado por la ira, le gritó—: ¡No quiero que lo vuelvas a decir, te ha quedado claro! ¡Ese hombre y yo no tenemos nada que ver!

—¡Pero es la verdad! —gritó ella—. ¡¿Acaso no lo ves?!

Parpadeó varias veces, confuso.

—El que tú no hayas cometido el mismo error que tu padre con Lucas no significa que no os parezcáis —empezó a explicarle.

Martín se cruzó de brazos y levantó una ceja; un músculo de su mandíbula palpitaba por lo apretados que tenía los dientes.

—Ilumíname, ¿quieres?

Alexia se quedó sorprendida, pues iba a dejar que se explicara. ¡Inaudito!

—Por lo que me has dicho, es evidente que tu padre amaba mucho a tu madre, y Miguel no supo o no pudo gestionar el hecho de que ella lo abandonara. Le fue más fácil sumirse en la ira y en la amargura; no todo el mundo asume el dolor de la misma manera, Martín, y está claro que tu padre no supo hacerlo.

—Y eso, ¿qué tiene que ver conmigo?

—Pues que tú has hecho exactamente lo mismo con él. ¿Te has parado a pensar en algún momento en que todo aquello lo superó? ¡No!, estabas más ocupado echándole la culpa. Te era más fácil odiarlo a él, que era el que estaba presente, que a tu madre, que fue la que os abandonó. Toda esa ira, esa frustración, los remordimientos, la decepción, la rabia, todo lo volcaste en él, y nunca te paraste a intentar comprenderlo.

Después de decirle eso, la cara del actor era de absoluta consternación, como si hubiera recibido un puñetazo que no se esperaba en el estómago, y cayó de rodillas en la arena, con una expresión de total desaliento.

—¡Por Dios, era sólo un niño!

Alexia se arrodilló junto a él.

—Lo sé —le dijo con mucha dulzura—, y tú no has tenido la culpa de nada. Miguel se equivocó; tu padre no actuó correctamente y no lo estoy justificando. Sólo quiero que entiendas que no todos reaccionamos de la misma manera y que, siendo un niño como eras, estabas en todo tu derecho a sentirte traicionado y abandonado. Pero, ahora que eres mayor, que eres hombre, que eres padre, puedes entender que las personas nos equivocamos y que también podemos cometer errores.

—Tú no puedes entenderlo, Alexia, no estabas allí. No puedes saber el odio, el desprecio que había en su mirada cada vez que me veía, cada vez que me hablaba.

—Pero sí pude ver su arrepentimiento.

Él negaba con la cabeza, sin poder creerla.

—Pude ver todo el sufrimiento y toda la tristeza reflejada en su rostro cuando lo echaste de tu casa, y lo arrepentido que estaba de haberme metido en la disputa entre los dos. Lleva años intentando arreglar el dolor que te causó y que tú no le has dejado reparar. Desde que el lunes le diste permiso para poder visitar a su nieto, vino el martes para estar todo el día con él y hoy me ha vuelto a llamar. Por supuesto, Pedro ha estado en todo momento con ellos, pero eso quiere decir que lo está intentando.

Martín estaba abrumado tratando de asimilar todo lo que le estaba diciendo; ella le agarró la mano para intentar darle consuelo.

—Hay una cosa en la que no tienes razón: yo te entiendo perfectamente, Martín, porque pasé por lo mismo que tú y por lo mismo que tu padre. Lo que pasa es que yo no he sido tan terca y cabezota como vosotros dos, y me he dado cuenta antes de mi error.

La miró fijamente durante unos segundos y vio sinceridad en su rostro, pero también vislumbró algo más, algo que no supo descifrar. Después sonrió levemente, acordándose de lo que acababa de decir...

—¿Que no eres terca ni cabezota? ¡Ja! ¡Eso no te lo crees ni tú!

Alexia se quedó un poco sorprendida por su cambio de actitud y lo observó durante unos segundos con los ojos entrecerrados, mientras él no podía disimular la sonrisa que le estaba naciendo en los labios.

—¿Qué?! ¡Es cierto! —replicó sin saber muy bien si tenía o no que ofenderse.

—¿Cierto? ¡Que sepa, señorita Montero, que usted es la mujer más terca, cabezota y desesperante que he conocido en mi vida!

—¡Ya! ¡Le dijo la sartén al cazo!

Los dos se quedaron mirando con una extraña mirada.

—¿Puedo pedirte un favor? —preguntó ella al fin.

Martín asintió.

—¿Puedo abrazarte?

El hombre tragó saliva y volvió a asentir nuevamente.

Y Alexia lo abrazó. Y después de unos segundos de incertidumbre, él se aferró a ella. La estrechó entre sus brazos mientras sentía cómo un gran peso se desprendía de su pecho, dejándolo respirar como hacía tiempo que no hacía. No se había dado cuenta en todo ese tiempo de lo bien que sentaba un simple abrazo. ¡Oh, Dios!, ¡se estaba tan bien allí! Martín no cambiaría ese momento por nada en el mundo.

Después de unos minutos, que al actor se le hicieron cortos, Alexia se alejó para ocupar la posición que habían mantenido antes: ella entre sus piernas y él abrazándola por detrás, con la barbilla apoyada en su coronilla, mirando hacia el mar.

—No sé si puedo o si quiero perdonarlo, Alexia —le confesó después de permanecer durante un rato callados, mientras cada uno reflexionaba sobre lo que acababa de pasar.

Había estado asimilando, digiriendo, todo lo que ella le había dicho; le había hecho pensar en algo que hacía muchos años se había negado a tan siquiera recordar.

—Ésa es una decisión que sólo tú puedes tomar, pero los demonios sólo desaparecerán si eres tú quien les da una patada en su mugroso trasero, mandándolos derechos al infierno —le contestó sin apartar la mirada del océano y colocándose un mechón de pelo detrás de la oreja, pues le hacía cosquillas mecido por la suave brisa marina.

Martín no pudo evitar echar la cabeza hacia atrás y soltar una enorme carcajada.

—Eres increíble, ¿lo sabes?

Ella no contestó, sólo sonrió contenta de oírlo reír. Estuvieron un buen rato así, hasta que, a regañadientes, decidieron que sería mejor ir a dormir el poco tiempo que les quedaba, ya que era tardísimo.

Los dos habían caído exhaustos en la cama. Estaban agotados física y mentalmente, por lo que les había resultado fácil quedarse dormidos, hasta que, de pronto, él abrió los ojos como platos. No habría dormido ni tres horas cuando, súbitamente, algo lo despertó. Y ese algo se llamaba Alexia, que en esos momentos tenía la cabeza apoyada en su hombro, el brazo derecho descansando en su pecho y su pierna rozando su ingle. El actor solía dormir desnudo, pero, cuando se hospedaba en hoteles, siempre metía en su maleta un pantalón de pijama por lo que pudiera

pasar. Ahora el cabello de su empleada le hacía cosquillas en el cuello, su brazo le quemaba el pecho, y su pierna...

¡Virgen santa, su pierna lo estaba volviendo loco!

Aún con el pantalón del pijama puesto, había hecho despertar a su inoportuno amiguito, que en esos instantes, y a pesar del cansancio, estaba tan dispuesto como hacía unas horas antes de meterse en la ducha. Intentó moverla levemente para que se apartara, pero consiguió todo lo contrario. Ella se arrimó más a él y restregó su pierna contra su miembro, haciendo que se le escapara un gemido de placer. Todavía quedaba una hora para que amaneciera y a Martín se le iba a hacer eterna.

«¡Mierda! ¡Maldita sea!»

Capítulo 18

A Alexia la despertó el ruido del agua de la ducha al correr; alargó un brazo hacia la mesilla y cogió el reloj para mirar la hora y darse cuenta de que era demasiado temprano todavía. Si su jefe quería madrugar, era su problema, pero ella estaba muerta de sueño, así que se envolvió de nuevo con las sábanas y la colcha, ahuecó la almohada y se dispuso a volver a caer en brazos de Morfeo. Unos minutos después, oyó abrirse la puerta del baño y cómo Martín caminaba por la habitación, haciendo tanto ruido que estaba claro que no la iba a dejar dormir.

—¿Se puede saber qué haces levantado tan temprano? Hoy no tienes que grabar hasta después de comer —protestó, todavía con los ojos cerrados, intentando no despejarse.

Oyó cómo se acercaba a la cama y se sentaba a su lado.

—¿Estás gruñona esta mañana, dormilona?

Ella abrió un ojo y observó cómo sonreía.

«¡¿Cómo se puede estar tan guapo a estas horas de la mañana?! —pensó—. ¡Este hombre no es de este planeta!»

—Los mortales como yo necesitamos dormir —contestó, después de bufar exageradamente y taparse la cabeza con las sábanas.

—Pues yo necesito ir al gimnasio y descargar... tensiones.

Y era cierto. Como había supuesto, no había podido pegar ojo después de que Alexia se arrimara a él, y esa hora se le había hecho eterna. Había tenido que hacer acopio de toda su fuerza de voluntad para no atacarla en plan hombre de las cavernas para cumplir todos y cada uno de los pensamientos eróticos que habían pasado por su cabeza durante ese rato. Por ello, en cuanto observó que entraba por la ventana el primer rayo de luz, se levantó y fue a ducharse nuevamente con agua helada para calmar a su amiguito. Si seguía así, iba a pillar una pulmonía.

Mientras se duchaba, decidió ir al gimnasio. Estaba claro que necesitaba desfogarse, y ya que el sexo, sobre todo con su empleada, estaba descartado, tendría que hacerlo de otra manera... y hacer un poco de ejercicio le pareció una muy buena idea.

—Dios mío, qué pereza —susurró ella mientras bostezaba estirando el cuerpo y los brazos.

Con ello provocó que la sábana se deslizara hacia abajo y su camiseta se tensara sobre sus pechos, y Martín no pudo despegar los ojos de esa zona, comprobando de nuevo que la ducha que se había dado hacía unos minutos no había servido para nada, pues su amiguito se despertó otra vez, preparado y listo para entrar en acción.

—Humm... Con lo bien que se está aquí en la cama —murmuró sin ser consciente de la mirada de él.

—Si sigues así, me vas a convencer de que lo mejor es que, en vez de sudar la camiseta en el gimnasio, me meta contigo en la cama y haga otro tipo de ejercicio.

Alexia abrió de golpe los ojos y bajó los brazos, logrando despejarse de inmediato. Se había quedado boquiabierto por su insinuación y cuando, confundida por su comentario, lo observó, descubrió que él lucía una sonrisa depredadora.

—Yo no... yo no quería insinuar... que... —empezó a balbucear.

Martín soltó una carcajada al ver su expresión de pánico. Estaba encantadora con el pelo revuelto, su aspecto adormilado y el sonrojo que le subía por el rostro. Su cara de espanto era una pequeña recompensa, su venganza por tenerlo duro y con dolor de testículos mientras ella dormía plácidamente. Pero se estaba empezando a morder el labio y eso fue una voz de alarma para él, porque quizá no fuera capaz de resistirse una vez más, así que se levantó, con cuidado de que ella no notara su erección, y, agarrando la chaqueta de deporte, le dijo:

—Te espero dentro de hora y media en el restaurante.

Alexia cogió una almohada y se la tiró a la cabeza, errando el tiro por mucho, pues se había burlado de ella haciéndole pasar un mal rato. Si hubiera sido otra persona, no le hubiese importado, pero por un momento... por una milésima de segundo... creyó que lo que le estaba diciendo era en serio, provocando que el corazón casi se le saliera del pecho.

—¡Venga ya! —protestó—. ¿Dentro de hora y media? ¡Estás de broma, ¿no?!

—No —contestó él después de esquivar la almohada y seguirla con la mirada.

Alzó una ceja y centró su atención en ella, que lo estaba retando agarrada a la otra almohada y dispuesta a contraatacar si hiciera falta.

—Te tengo una sorpresa, así que, dentro de hora y media, te quiero dispuesta y preparada.

—¿Una sorpresa? ¿Qué sorpresa? —preguntó intrigada poniéndose de rodillas en la cama.

Martín abrió más los ojos y una lenta y seductora sonrisa hizo aparición mientras la devoraba con la mirada. Su empleada tenía el hombro al descubierto y la camiseta se le había subido casi hasta la altura de las caderas, haciéndole imaginar qué diminuta ropa interior se podía asomar por allí. Esa mujer se lo estaba poniendo difícil... muy difícil.

«¡¿Cómo se puede ser tan sexy y no ser consciente de ello?! —pensó—. Necesito ir al gimnasio. ¡¡¡Ya!!!»

Ella arrugó el ceño sin saber muy bien qué pensar, ya que los cambios de humor de Martín seguían sorprendiéndola. Hasta hacía un minuto estaba divertido y juguetón, y ahora... Bueno, ahora era mejor no pensar en lo que su rostro expresaba, porque no hacía más que confundirla.

Él se encaminó hacia la puerta mientras le decía:

—Si te lo digo, dejará de ser una sorpresa. —Y girándose hacia ella en el último momento, le recordó—: Y, por cierto, ponte ropa cómoda; yo te aconsejaría un

pantalón y cazadora. ¡Ah!, y el teléfono y la tableta, déjalos apagados en la habitación, te quiero para mí y sólo para mí.

Dicho esto, se marchó, cerrando con suavidad la puerta y dejando a Alexia totalmente pasmada, e intrigada, y turbada, y... y...

«¡Dios!»

Así que no tardó nada en meterse en el baño y prepararse para bajar a desayunar.

Tres cuartos de hora después, estaba sentada en el restaurante, vestida como le había sugerido su jefe, con unos vaqueros, una camiseta blanca y una cazadora de cuero. Frente a ella tenía un succulento desayuno... ¡Humm, adoraba cuando era tipo bufé continental! Estaba muerta de hambre después de no haber probado bocado el día anterior desde la mañana, y había tantas cosas donde elegir que se estaba volviendo un poco loca. Había adelgazado unos cuantos kilos desde que estaba en México, debido al estrés del trabajo, aguantar a su jefe, que quizá era la causa más importante, y que todavía no se había acostumbrado a la comida picante de ese país, y jamás en su vida había comido tan sano. Todavía debía bajar unos cuantos kilos más para estar en su peso ideal, pero nunca había conseguido seguir una dieta estricta y ahora, sin proponérselo y sin que le quedara más remedio, estaba a base de ensaladas, frutas, zumos... Tenía tantas ganas de comerse una *pizza*, o unos huevos con patatas fritas, su comida favorita, o un cocido gallego, o unos callos, o una empanada... o... o... ¡nada! Mejor no pensar en ello o se iba a echar a llorar de nuevo.

—¡Hola! —la saludó Roberto mientras se sentaba a la mesa.

Por fin conseguía estar con ella a solas sin que estuviera su jefe vigilándola como un halcón.

—¡Hola!

—¿Te encuentras bien? —le preguntó preocupado.

—¿Tan mal me veo? Es la segunda vez que me preguntas eso desde que hemos llegado a Telchac, y estoy empezando a inquietarme.

—¡No! ¡Estás preciosa como siempre! Pero te noto algo abstraída y no sé si es porque tienes algún problema o preocupación.

Alexia le sonrió, turbada; siempre era agradable que le dijeran a una que estaba preciosa, aunque fuera mentira.

—No, no tengo ningún problema —le aclaró—. Es sólo que echo de menos la comida de mi país, pues tengo que reconocer que no soy capaz de acostumbrarme al picante de aquí. Me encantaría poder zamparme algo sustancioso sin que me ardiese la garganta, me llorasen los ojos y me quedase la lengua dolorida y estropajosa durante una semana. Lo más picante que he comido en mi casa es el pulpo *á feira*^[6], o los pimientos de Padrón, que *uns pican e outros non*^[7].

Le comentó esto último guiñándole un ojo. Roberto tuvo que reconocer que no le sonaban de nada, y ella hizo un gesto con la mano de que daba igual.

—Son unos pimientos de una zona específica de Galicia y son muy conocidos. La peculiaridad de esos pimientos es que, en el mismo puñado, hay algunos que pican y

otros no, así que es como una lotería saber cuáles de ellos son picantes. Lo que hacemos es probar la puntita del pimiento y, si pica, por supuesto lo apartamos en una esquina del plato. No tenemos el estómago a prueba de bomba como vosotros.

—Querrás decir que sois muy delicados.

Alexia le sacó la lengua.

—Pero se me está ocurriendo una idea genial —le comentó, con una sonrisa de oreja a oreja.

—¿Ah, sí? ¿A ti solo? ¿No te ha ayudado nadie a pensarla? —se burló.

Con Roberto le era fácil hacerlo, podía bromear y meterse con él sin ningún problema. Como buena gallega, tenía mucha *retranca*, como se decía en su tierra, al igual que los mexicanos; o sea, lo que comúnmente la gente denomina «ironía». Sin embargo, esa faceta, con Martín, era muy complicado que Alexia la mostrara, aunque había habido veces en las que no había sido capaz de reprimirla y, contra todo pronóstico, él no se lo había tomado tan mal como ella había supuesto.

—¿Acaso tengo que reírme? —le preguntó el actor muy serio, resultándole muy difícil no demostrar la sonrisa que bailaba en sus labios.

Por eso le gustaba tanto Alexia: era natural, sin artificios. Si estaba enfadada, te lo decía; si estaba divertida, te vacilaba; si estaba triste, no podía ocultarlo... Era refrescante, casi como un libro abierto para él. Y lo más importante era que lo miraba y lo trataba como a Roberto solamente, no como a Roberto el actor, el rico y famoso, sino como a él mismo. Había demasiadas Martas Salgado en ese negocio, y él nunca sabía si las féminas se acercaban a él por su persona o por su fama y dinero. Sin embargo, con ella era distinto; era la primera vez en su vida que se encontraba con una mujer así.

—Sólo si has entendido el chiste.

—¿Qué chiste? —preguntó confundido.

Ella no pudo evitar reírse a carcajada limpia. Esta vez el hombre se había perdido, pero le daba igual, pues le encantaba verla reír de esa manera y se hinchó de orgullo por ser él quien consiguiera eso.

—A ver, dime —añadió después de controlar la risa—: ¿Qué has pensado tú solito?

—Pues invitarte a cenar esta noche.

—¿Invitarme a cenar? —repitió sorprendida.

—Sí, a un restaurante de aquí del pueblo. Dicen que tienen la mejor langosta de la zona, pero, si no te gusta, puedes pedir lo que te apetezca y que te lo preparen como quieras.

—Buenooo... No sé si es buena idea —respondió insegura, antes de beber un sorbo de su zumo.

Roberto se reclinó en la silla y la observó algo molesto.

—Estoy empezando a pensar que no te caigo tan bien como yo creía.

—No digas tonterías, ¿quieres? Claro que me caes bien.

—Pues, francamente, no entiendo cuál es el problema. Siempre que te invito a algo, pones excusas.

—Es complicado.

Alexia no sabía cómo explícaselo, porque ella tampoco lo entendía muy bien. ¿Cómo podía hacerle entender que, si aceptaba su invitación, iba a tener problemas con su jefe? Sin duda pensaría que ocurría algo raro entre los dos, ¡claro! Porque Martín, invariablemente, cada vez que los había encontrado a ella y a Roberto solos hablando o riendo, se había cabreado, con la consecuente bronca posterior, así que Alexia se encontraba en un dilema.

—¡Espera! —exclamó el actor—. A no ser que me haya perdido algo, como... ¿estás casada?

—No, claro que no.

—Tienes novio, entonces.

—Ah, ah —le contestó negando con la cabeza, mientras se metía en la boca un trozo de huevos revueltos.

—¡Te gusta un hombre! Confiesa, ¿quién es? —intentó sonsacarla.

—No, tonto —respondió riéndose—. ¿Crees que tengo tiempo de conocer a alguien? Me paso la vida trabajando.

—Bueno, yo por aquí veo a unos cuantos —le dijo señalando a uno—. Mira, ahí tienes a Juan, el regidor. ¡Oh, espera!, ¿qué te parece Sergio, el ayudante de atrezo?

Ella se echó a reír y, después de beber un sorbo de su café con leche, le dijo:

—¡¿Qué pasa?! ¿Ahora me quieres emparejar con cualquier bicho viviente? Te he dicho que no, no estoy interesada en ningún hombre —mintió, ya que el único que realmente le interesaba no podía ser. Su jefe estaba fuera de su alcance.

Él se quedó callado durante un minuto, sopesando si le decía lo que tenía en mente o no. La noche anterior había mantenido una charla muy interesante con Marta mientras Martín estaba en la playa grabando. La actriz, al principio de forma indirecta y después ya claramente, le contó que tenía las mismas fuertes sospechas que él. Aunque Roberto, después de haber hablado con su compañero, dudó de si se había equivocado, tuvo que reconocer que Marta había visto los mismos signos que él, por lo que ahora tenía más claro que antes que éste le había mentido y que realmente sentía algo por su empleada. Lo que no era tan evidente era lo que sentía Alexia por su jefe... y tenía que descubrirlo. Pero, para ello, necesitaba estar a solas con ella y no tener al otro rondando cerca, así que tenía que convencerla como fuera.

—Entonces, quizá sea... —le dijo mirándola detenidamente y de forma especulativa, mientras ella se comía un trozo de salchicha—... que tienes problemas... ¡no, espera!, que ahora se llama *diferencia de opiniones*, con tu jefe porque no le gusta que salgas con otros hombres.

Alexia se atragantó. Empezó a toser de forma descontrolada mientras luchaba por coger aire. Incluso se tuvo que levantar, porque un trozo de la maldita salchicha se le había ido por el otro lado y le ardían los pulmones mientras Roberto le daba pequeñas

palmaditas en la espalda.

—Tranquila —le dijo de forma pausada.

Ella lo estaba taladrando con la mirada.

—¿Se puede... cof... cof... saber... —intentaba decir en medio de un ataque de tos—... de... cof... cof... dónde...?

—Despacio, Álex, cielo —le soltó Roberto entre palmadita y palmadita—. O respiras o hablas, pero las dos cosas a la vez no pueden ser.

Le dio un empujón mientras lo miraba molesta, pues encima se estaba riendo de ella.

—¡Serás... cof... cof... imbécil!

Después de un buen rato, recuperó la normalidad. Estaban nuevamente sentados a la mesa, pero a ella se le había quitado el hambre.

—Que te quede claro que soy lo suficientemente mayorcita como para decidir con quién salgo y con quién no. Y mi jefe no tiene nada que decir u opinar al respecto. — Le espetó, incómoda por lo que le había dicho antes.

Aunque, si era honesta consigo misma, se había asustado de lo cerca que había estado él de sus sospechas. No es que Martín estuviese celoso de otros hombres, que es lo que había insinuado Roberto y que por otro lado era absolutamente ridículo, sino que se molestase por hacerlo, cosa que era completamente cierta. Eso era algo que a la propia Alexia le resultaba complicado de entender; para ella, su jefe, en muchos aspectos, le resultaba difícil de descifrar.

—¡Está bien! Si eso es cierto, no me has dado ninguna excusa aceptable para rechazar mi oferta. Sólo somos dos amigos que salen a cenar y no hay nada de malo en ello, ¿o sí?

—No, claro que no —tuvo que admitir.

—¡Perfecto! ¿A qué hora te paso a recoger?

De repente tuvo la pequeña sospecha de que había sido manipulada para poder llegar hasta ese punto, pero escrutó a Roberto, que tenía una inocente expresión en el rostro, y lo descartó al momento. Así que no le quedó más remedio que aceptar, pues no quería ofenderlo; además, como él bien decía, sólo eran un par de amigos que salían a cenar, y eso no tenía nada de malo.

—Está bien, saldré a cenar contigo. Pero ya puede estar de vicio la comida; si no, me vas a oír.

El actor agarró su taza de café y la chocó contra la taza de ella, celebrando la noticia.

—Y sobre la hora —prosiguió Alexia—, no te la puedo confirmar. Todo dependerá de cuándo acaben de grabar, por lo que a lo mejor me va a resultar imposible, así que no te hagas muchas ilusiones.

—No importa; cuando llegue el momento, ya veremos.

—¿Qué es lo que ya veremos? —preguntó Esther mientras se sentaba a la mesa.

—Nada importante —contestó él volviéndose hacia ella—. ¿No sabes de lo que

me enteré ayer? —añadió para cambiar de tema.

—¿De qué?

Y Alexia puso los ojos en blanco mientras los dos cotilleaban el chisme del día.

Al cabo de unos minutos, se fue uniendo cada vez más gente y esta vez le volvió a tocar a Iván quedarse sin sitio, ya que se lo ocupó el otro actor protagonista de la telenovela, Fernando Ríos, que tenía el papel de malvado. La asistente sonrió disimuladamente al advertir cómo María no podía quitarle los ojos de encima; bueno, para ser sinceros, tampoco Eva y mucho menos Mauro. Ella lo observó con detenimiento. Era cierto que era tremendamente guapo, pero no le encontraba el punto. Cuando pensaba en un hombre guapo, varonil, *sexy*... el único que le venía a la mente era su jefe.

«¡Demonios! ¡Quítatelo de una vez de la cabeza!», se recriminó.

Intentó centrarse en la conversación y le sonrió a Roberto cuando éste le lanzó una mirada curiosa. Iban pasando los minutos mientras escuchaba discutir a los actores sobre el arte de besar y las mejores maneras de hacerlo ante una cámara... cuáles eran las más reales sin tener que llegar a meter la lengua, para no ser tan explícitas como en el cine o los telefilmes. Alexia empezó a ponerse colorada cuando se enteró de que, en las telenovelas, a no ser que el director lo requiriese o los actores se pusieran de acuerdo de antemano, lo normal era que, cuando se besaban, simplemente juntaban los labios, tratando de que pareciese lo más real y apasionado posible.

Alexia no lograba recordar quién de los dos había sido el primero, pero lo que tenía meridianamente claro era que, cuando ensayó con Martín aquella noche, sí que hubo lengua. ¡Vaya si la hubo!

Todos se levantaron de la mesa cuando uno de los ayudantes de dirección los avisó de que tenían que ponerse a trabajar, mientras seguían hablando del asunto. Justo en ese momento pasó Marta, que se unió al tema de conversación.

—Pues, para mí, el que mejor besa sin ningún tipo de duda es Martín —comentó la actriz, después de oír a Roberto y Fernando vanagloriarse de que ellos lo hacían mejor que nadie.

—Lo siento, Marta, pero tu opinión no la puedo tener en cuenta —proclamó Roberto.

—¿Por qué? —preguntó ofendida—. Yo me he besado con los tres grabando escenas y sé de lo que estoy hablando.

—De eso no me cabe la menor duda —intervino Fernando, ocultando con su sonrisa la ironía de sus palabras.

La arpía rubia le sonrió agradecida, sin entender el doble sentido de lo que había dicho, lo que provocó que Alexia mirara a sus amigos y no pudiera evitar reírse de ella.

—Lo que quiero decir es que tu interés por Martín no te deja ser imparcial —le aclaró Roberto.

—¡Ah! Bueno, pues no estoy de acuerdo. Tengo la experiencia suficiente como para saber comparar y decidir quién lo hace mejor.

—De eso tampoco me cabe la menor duda —volvió a repetir Fernando.

Alexia tuvo que taparse la boca con la mano para no reírse abiertamente.

Marta, cuando se dio cuenta, desplegó todo su veneno contra ella, ofendida por la risa de la asistente, pero no por lo que había insinuado Fernando, ya que eso todavía no lo había llegado a pillar.

—Pues tú no sé de qué te ríes, Alexia; estoy segura de que no te han besado muchos hombres... o, por lo menos, hombres que merezcan la pena —apuntó mirándola despectivamente de arriba abajo.

La asistente iba a responderle cuando fue interrumpida por su amigo Mauro.

—Alexia tiene demasiada clase como para irse besando con cualquiera.

Marta se rió escandalosamente.

—Cuando dices a cualquiera, ¿a quién te refieres?, ¿a alguien cómo tú? —replicó con desdén—. Porque estoy segura de que, con los hombres más guapos de este país, no se ha besado, y menos de la categoría de su jefe o de Roberto y Fernando, cosa que yo sí he hecho —contestó orgullosa.

Mauro iba a contestarle, pero Alexia lo paró con la mano y negando con la cabeza, indicándole que no se metiera. Lo único que iba a conseguir era crearse un problema por culpa de esa mujer y no merecía la pena.

—Lo que Mauro quiere decir —continuó Esther por él— es que quizá su amiga... ¿por qué?, ¿tú tienes amigas, Marta? —le preguntó.

—¡Por supuesto!

La actriz levantó una ceja y se la quedó mirando fijamente durante unos segundos, poniendo en duda la respuesta de la chica.

—Lo que Mauro quiere decir... —volvió a repetir— es que su amiga Alexia quizá no se haya besado con los hombres más guapos, ricos y poderosos de este país, pero tampoco tiene una larga lista de hombres viejos, prepotentes y babosos con los que se haya acostado... sólo por el simple hecho de conseguir un acuerdo económico o conveniente para su carrera o ambiciones.

Dicho esto, fue Esther la que la miró de arriba abajo con todo el menosprecio del que fue capaz, esbozando una sonrisa desdeñosa.

—¿Qué estás insinuando, Esther? —le preguntó, blanca por la acusación.

—¿Yo? —exclamó la actriz poniendo cara de inocencia—. Yo no insinúo nada, pero si tú te das por aludida... —contestó alzando los hombros, sugiriendo que ella no tenía la culpa.

Fernando estuvo rápido y detuvo a tiempo el avance de Marta hacia la otra actriz. Si no llega a ser por él, Alexia estaba segura de que se hubieran tirado de los pelos, dejando salir el lado más barriobajero de la arpía rubia.

—Chicas... chicas... vamos a tranquilizarnos, ¿vale? —intervino Fernando intentando calmar a Marta, que le estaba echando miradas envenenadas a su

compañera.

—Yo estoy muy tranquila —contestó ésta con una sonrisa, consiguiendo que la arpía rubia se enervara aún más.

—¡Hay que ver lo que hacen las mujeres para llamar la atención! —bromeó Roberto, intentando ser gracioso para quitar hierro al asunto—. En cuanto no se habla de ellas, ya la están liando.

—La culpa es tuya —le recriminó Alexia, sacándole la lengua después—. Nos picas y luego las verdaderas amigas salen en defensa de una... —sostuvo, mientras le lanzaba un beso a Esther agradeciéndole que hubiese puesto en su lugar a Marta—... y se arma la de San Quintín.

—¿Qué?! —exclamó haciéndose el ofendido.

Y de pronto una malévola mirada apareció en sus ojos.

—Así que la culpa es mía, ¿no? —dijo acercándose a ella poco a poco.

—¿Qué vas a hacer? —le preguntó, reculando alarmada.

—He pensado que no puedes opinar sobre quién besa mejor si no lo pruebas, así que...

—¡No! —pronunció, a la vez que levantaba las palmas de las manos para intentar pararlo—. ¡No, Roberto, no! —volvió a decir mientras seguía reculando—. ¡Ni se te ocurra!

—¡Es una excelente idea! —afirmó Marta alentándolo, ya que acababa de advertir cómo Martín se acercaba a ellos—. Así dejará de reírse y sabrá lo que es besar a un hombre de verdad.

Su amigo la agarró de las manos y se las puso detrás de la espalda, y luego la acercó a él mientras ella seguía suplicando que no lo hiciera. Y mientras con una mano aprisionaba las de la mujer, con la mano libre la agarró del cuello y la besó.

Alexia no fue la única que se quedó asombrada por lo que estaba ocurriendo: Esther, María, Eva, Mauro, y por supuesto Martín, se quedaron de piedra. Al principio ella se quedó tan asombrada por lo que estaba haciendo Roberto que durante unos segundos no fue capaz de reaccionar, pero después empezó a retorcerse, furiosa. El beso fue más breve de lo que al actor le hubiese gustado, y no había sido como a él realmente le hubiera encantado besarla, pero por lo menos lo había hecho.

Cuando se separó, tenía una espectacular sonrisa en los labios, pero no se podía decir lo mismo de ella, que le estaba lanzando miradas airadas sin lograr comprender por qué había hecho aquello.

—Ahora te toca a ti, Fernando —lo instó Marta sonriendo ladinamente, ya que había sido la única que se había percatado de que Martín se había quedado petrificado unos metros detrás de ellos.

—Realmente no hace falta —le dijo ella al hombre que se estaba acercando, con las manos extendidas para intentar parar el avance de alguna manera—. Estoy segura de que los dos besáis genial y de verdad que no es necesario que me demuestres nada.

—¡Ah, no!, Roberto tiene razón. Eres la única mujer imparcial aquí, así que te

toca decidir quién besa mejor.

Alexia estaba desesperada, sin saber qué hacer ni decir, sin ofenderlo, para que el actor no la besara. Porque con Roberto tenía algo de confianza, pero con Fernando era la segunda vez que cruzaba unas palabras. Miró a sus amigas, que estaban igual de impactadas que ella, pero que la observaban con una cara de envidia que echaba para atrás.

—¡Te equivocas! —exclamó—. No soy la única mujer imparcial aquí; estoy segura de que tanto María como Eva estarían encantadas de hacerlo —insinuó tratando de convencerlo.

Mientras, sus amigas suspiraban para que dijera que sí, incluso Mauro había suspirado expectante, pero Fernando miró a las demás mujeres y después volvió su cabeza hacia Alexia, que rezaba fervorosamente para que cambiara de opinión.

—No sería lógico, ¿no crees? Si Roberto te ha besado a ti, yo tengo que hacer lo mismo para que puedas comparar.

Y la besó.

Ella seguía sin creerse lo que le estaba ocurriendo; no era posible que eso le estuviera sucediendo. Con todas las mujeres que habían soñado con esa situación, ¿por qué le estaba pasando precisamente a ella?

«¡Menos mal que Martín no está aquí!», pensó aliviada.

—¿Se puede saber qué demonios está ocurriendo aquí? —preguntó su jefe, después de lo que para Alexia había sido una eternidad.

No pudo evitarlo y, en cuanto oyó su voz, apartó a Fernando de un empujón, logrando que éste, sorprendido, trastabillara un poco hacia atrás.

—¡Oh, Martín, querido!, ¡llegas justo a tiempo! —intervino Marta, encantada de la vida—. Tu empleada está decidiendo quién de los dos besa mejor.

La asistente se quedó helada por las palabras de la arpía rubia y, cuando se encontró con la mirada de su jefe, el mundo se le vino abajo. Lo conocía lo suficiente como para saber que estaba furioso, sobre todo porque le temblaba el músculo de la mandíbula y la vena del cuello se le estaba hinchando. Lo que más le dolía era que Marta se lo estaba pasando en grande; estaba disfrutando con la situación en la que se encontraba, y lo peor era que no podía reprochárselo, ya que, si fuera al revés, ella haría lo mismo.

—¿Ah, sí? —dijo él apretando los dientes.

—Martín, no le des importancia, no es más que una tontería —saltó Esther procurando calmarlo, pues la actriz lo conocía un poco y, que su rostro no demostrara nada, no era muy buena señal.

Él no hacía más que mirar a Alexia, y ella lo único que quería era salir de allí y meterse en el agujero más profundo que pudiera encontrar.

—Y la tontería de la que estás hablando, ¿es que mi empleada se dedique a besar a los hombres para saber quién lo hace mejor? —interpeló sin desviar la mirada de ella.

Alexia encogió los hombros y bajó la cabeza, dolida por sus palabras; estaba pensando lo peor de ella nuevamente. La estaba juzgando y condenando sin haberla escuchado tan siquiera, así que se giró para que no pudieran ver el esfuerzo que estaba haciendo por contener las lágrimas.

—Eso no es así —replicó Roberto, arrepentido del impulso que lo había llevado a meterla en ese lío—. Lo estás sacando de contexto, no entiendes que...

—Lo estoy entendiendo perfectamente —lo interrumpió el actor.

—Escucha, hermano... —empezó a decirle Fernando—... ya sabes cómo somos los hombres. Nos pican un poco en el orgullo y enseguida tenemos que demostrar que somos los mejores. Para ser honestos, Alexia no quería que la besáramos.

—¡Sí, ya he visto cómo se apartaba para no hacerlo!

—Martín... —empezó a hablar Roberto.

—¡No, tranquilo! ¡Lo entiendo! —contestó éste, todavía sin apartar la vista de su empleada—. Pero no es justo, ¿no creéis? —añadió acercándose a ella—. Si tiene que comparar, tendrá que hacerlo entre los tres.

Dicho esto, la agarró por el brazo, la hizo girar y, sin que le diera tiempo a saber qué es lo que estaba pasando, la sujetó con fuerza por la cintura con un brazo, pegándola a su cuerpo y aplastando sus pechos contra su torso, mientras que con la otra mano la cogió del cuello para que no se escapara, y la besó.

Alexia quedó atrapada entre sus brazos mientras el actor devoraba su boca. No fue un tierno y dulce beso, noooo, sino todo lo contrario: fue un beso duro, intenso, feroz. Quería castigarla de alguna manera, porque lo que había hecho era imperdonable... No tenía nada que ver con la ira descontrolada que había sentido cuando la vio besarse con otros hombres, ni tampoco tenía nada que ver con el hecho de que lo estuviera haciendo delante de todo el mundo. En absoluto. Y mucho menos porque se sintiera traicionado, o dolido, o... ¡Dios, no lo sabía!

Lo único que sabía era que no quería que en sus labios quedara la huella de otro que no fuera él, y que no soportaba que otro la tocara. Lo único que sabía era que un instinto primitivo quería marcarla, quería borrar los vestigios de los demás y que no quedara ningún rastro de nadie que no fuera él. Como un macho alfa marcando su territorio.

Mientras Martín sentía todo ese tumulto de emociones a la vez, ella estaba asombrada por su reacción. Respondió en un principio a toda esa pasión desenfrenada, hasta que su mente empezó a reaccionar, percatándose de dónde y con quién estaba. Entonces sintió cómo la furia subía por su cuerpo también, pero esa furia era totalmente distinta a la que sentía él. Esa furia era de vergüenza por lo que estaba sucediendo, por el bochorno por el que la estaba haciendo pasar. Porque ese beso no era como el de sus compañeros de reparto. Ese beso no era casto ni tierno, sino todo lo contrario: era húmedo, salvaje y apasionado. Sus lenguas encontrándose, saboreándose, luchando entre ellas. Y sabía que Martín lo estaba haciendo a propósito para castigarla y humillarla... y lo estaba consiguiendo. Porque Alexia era

completamente consciente de las miradas de los que estaban allí, y de que el beso entre ella y su jefe estaba resultando todo un espectáculo. Ayudándose con las manos que tenía apoyadas en su pecho, empezó a hacer fuerza y a revolverse hasta que logró separarse de él.

—¡Basta! —exclamó furibunda.

Los ojos de los dos se encontraron, retándose mutuamente, mientras intentaban que sus respiraciones agitadas se aquietaran. Porque, para su desgracia, el único que la había hecho temblar había sido él. De entre los tres, Martín fue el único que hizo que su corazón latiera a mil por hora, que su cuerpo reaccionase como si le perteneciera, que se quisiera perder entre sus brazos y permanecer allí para siempre. Y estaba furiosa por eso también.

—Bueno, ahora podrás opinar con conocimiento de causa cuál de los tres besa mejor, ¿no crees? —masculló irritado, pasándose luego la lengua por los labios para degustar todavía su sabor, mientras sus fríos ojos verdes no demostraban ninguna emoción.

—¿Sabes qué? —empezó a contestar, colérica—. Sois una panda de niños ricos luchando para demostrar quién es el más machito de los tres. A ver quién es el que la tiene más grande y se siente más importante. Vuestros egos son demasiado enormes en comparación con vuestros minúsculos cerebros, que no pueden llegar a entender que una mujer no esté desesperada por besaros. ¡Sois patéticos!

—¿Nos vas a dejar con la duda ahora? —preguntó Martín—. ¿Acaso me vas a decir que no te ha gustado?

—¡Martín, te estás pasando! Alexia tiene razón —lo increpó Roberto.

Tras decir esto, avanzó hacia él de forma amenazadora, dispuesto a partirle la cara si hacía falta, pues estaba muy enfadado por la forma en la que la estaba tratando, pero sobre todo por la manera en que la había besado, y no se lo iba a permitir. Pero no llegó muy lejos, ya que Fernando lo sujetó a tiempo de evitar que allí se mascara la tragedia.

«¿Qué demonios está pasando aquí? —pensó éste—. ¿Esto no es sólo por un estúpido beso?»

—¡No, Roberto, ahora no salgas en mi defensa, pues tú lo empezaste todo! —contestó, furiosa con él también.

Se irguió todo lo que pudo, intentando que su orgullo quedara lo menos dañado posible, para poder continuar.

—Por supuesto que no voy a daros el gusto. Quizá vosotros, por ser actores, estáis acostumbrados a besaros con cualquiera, pero yo no. No estoy acostumbrada a que un desconocido me meta la lengua hasta la campanilla. Y soy yo la única que decide cuándo, cómo y con quién me beso —soltó mirándolos a los tres—. Y puedo aseguraros que ninguno de vosotros está en mi lista.

—Yo no he metido la lengua —protestó Fernando, mientras miraba a Roberto, al que todavía estaba sujetando.

Y éste, junto con los demás, miró al unísono a Martín, que ni se había inmutado, todavía con los ojos fijos en su empleada.

—¡Es una forma de hablar! —contestó ella exasperada, cuando se dio cuenta de que había metido la pata.

—No seas hipócrita, Alexia, y no finjas que no te ha encantado que estos hombres te hayan besado —la contradijo Marta, aprovechando el momento para meter cizaña.

La actriz estaba molesta por la manera en que Martín había besado a su empleada. Había demostrado más pasión en ese beso que en todos los intentos que ella había hecho con él. La jugada no le estaba saliendo todo lo bien que ella había querido. Por un lado había conseguido que él se enfadara con su asistente, pero, por otro, no se había esperado la falta de control de éste ni la demostración tan entusiasta de la cual había sido testigo. Eso le hizo pensar que quizá lo que sentía era más profundo de lo que ella sospechaba.

Alexia se acercó peligrosamente hacia la arpía rubia, y Esther y Eva dieron un paso adelante para intentar pararla, pero enseguida rectificaron cuando su amiga les lanzó una mirada mortal.

—Mi querida Martita... —empezó a decirle con todo el desprecio del que fue capaz—. Estoy harta de tu veneno ponzoñoso. Y quizá tú estés acostumbrada a que te metan cualquier cosa en la boca, pero, como ya dije antes, yo no. Llámame maniática si quieres, pero es que soy muy escrupulosa para ciertos asuntos.

Entonces decidió marcharse de allí antes de ser incapaz de controlarse y agarrar por los pelos a la actriz para darle una paliza. Empezó a andar, pero a medio camino se giró y comprobó que no sólo Marta se había quedado con la boca abierta por su salida de tono, sino que los demás, incluyendo a Martín, estaban igual de asombrados que ella. Y ya de perdidos al río, Alexia apuntilló:

—Y hazme un favor, ¿quieres, *amiga*? Antes de que vuelva a verte... ¡vete un poquito a la mierda!

Y dicho esto, se encaminó hacia la salida del hotel, dejándolos a todos allí plantados.

Capítulo 19

—Ahora vas a saber quién soy, ¡perra! —escupió Marta por lo bajo—. En cuanto hable con Julio, tus días aquí van a estar contados.

—¡Ni se te ocurra abrir la boca! —le advirtió Esther.

La actriz se había quedado igual de perpleja que los demás con la contestación que le había soltado Alexia a Marta y, después de unos segundos de desconcierto, observó cómo Martín salía detrás de su asistente con cara de pocos amigos, una señal evidente de que nada bueno iba a ocurrir. Sabía que su amiga iba a tener problemas por lo que había hecho y, aunque una parte de ella estaba orgullosa de Alexia por tener los redaños de enfrentarse a su compañera, otra parte, la realista, sabía que iba a tener serios inconvenientes tanto con su jefe como con Marta. Observó también a Roberto, que estaba preocupado por cómo habían salido las cosas; se estaba frotando la frente con una mano y decidiendo si salir él también detrás de ellos o no. No se atrevió a hacerlo, ya que no sabía si sería todavía peor, dada la mala relación que tenía en ese momento con Martín. Lo que Esther sí sabía, sin lugar a dudas, era que él no había querido que la situación llegara hasta ese extremo.

Después de que el ayudante de dirección los avisara por segunda vez de que debían volver a sus respectivas obligaciones, advirtió que su amigo había tomado la sabia decisión de no ir en su busca, por lo que todos terminaron siguiendo su ejemplo y retomaron sus trabajos. Todos menos Marta, que se había quedado rezagada y con una expresión de regodeo en el rostro que hizo desconfiar a Esther, que permaneció detrás de ella sin que su compañera lo advirtiera, pues había oído su amenaza.

—Estoy en mi derecho, me acaba de insultar gravemente —le contestó ésta con una sonrisa maliciosa, deseando que llegara el momento para poder disfrutarlo plenamente.

—¡Escúchame, Marta! ¡Y escúchame bien, porque no te lo voy a repetir! —la amenazó Esther, muy seria—. Como me entere de que le has dicho algo a los productores o que has hecho algo que pueda perjudicar a Alexia, te puedo asegurar que moveré todos los hilos e influencias que tengo para que te echen de esta telenovela y no vuelvas a trabajar en ninguna otra por lo que te resta de vida.

La actriz se quedó pálida ante la advertencia.

—¡No puedes hacer eso!

—¡Pruébame, si quieres! —la retó—. Te aseguro que estoy hablando muy en serio. A diferencia de ti, que presumes de conocer a personas importantes, yo sí que las conozco. ¡Y fíjate que además me respetan! Por algo soy la actriz protagonista y tú, una simple secundaria.

Marta estaba asombrada por el ultimátum de su compañera y no entendía el afán de ésta por proteger a la estúpida de la asistente.

—¡Es más! —continuó Esther—. ¡Me encantaría que lo hicieras! Así tendría la excusa perfecta para llamar a mis muchos amigos periodistas y contar todo lo que sé sobre ti. Y te puedo asegurar que, en dos días, tu reputación quedaría por los suelos, además de todos los escándalos que saldrían a la luz.

—¡No te atreverías! —soltó con un brillo de miedo en los ojos.

Esther se cruzó de brazos y esbozó una enorme sonrisa de satisfacción.

—Tú sólo dame una excusa y verás de lo que soy capaz.

La arpía rubia no sabía qué pensar; era la primera vez que trabajaba con ella y, aunque nunca había oído que hubiese tenido problemas con ninguna compañera anterior, veía en sus ojos que no estaba hablando en broma, y no podía arriesgarse a perder esa oportunidad. Así que, aunque le fastidiase enormemente, de momento dejaría en paz a esa estúpida asistente, ya que tenía otro as guardado en la manga que muy pronto utilizaría y con lo que conseguiría lo que estaba buscando. Además, rezaba para que Martín la estuviera poniendo en su lugar en esos instantes y pensaba que ojalá la hubiera despedido ya.

—¡Está bien! Para que veas que no soy tan mala persona como piensas, he decidido que no voy a tomar represalias contra Alexia —dijo con condescendencia—, pero no te puedo asegurar que, si en un futuro vuelve a ser igual de grosera conmigo, no tome las medidas oportunas.

Esther se acercó a ella con la misma sonrisa en la cara, pues sabía que su compañera era lo suficientemente cobarde como para echarse atrás en el mismo momento en el que la había amenazado, y porque además tenía muuucho que perder. Y daba gracias a Dios por haber estado en el lugar y el momento oportunos para así poder ayudar a Alexia, por lo que esa amenaza estaba controlada. Lo que no sabía a ciencia cierta era lo que le pasaría con Martín, eso era algo que ya no estaba en sus manos.

—Pero ¡qué noble y bondadosa eres, mi queridísima Marta! —exclamó con sarcasmo—. La verdad, me acabas de decepcionar. Esperaba de corazón que no me hicieras caso para poder darme el gusto de contarle a todo el mundo lo que realmente eres. Pero ¡qué le vamos a hacer! —le dijo encogiéndose de hombros con pesar—, ¡quizá en otra oportunidad! Aunque espero, por tu bien, que esas medidas de las que hablas nunca llegues a tomarlas. Ahora, si me disculpas, me voy a trabajar. Y si me permites un consejo, haz lo mismo, ¿quieres?, de esa forma no tendrías tanto tiempo para andar maquinando a quién tocarle las narices esta vez.

Luego se fue en dirección a la *roulotte* de maquillaje y peluquería, ya que ella sí tenía que grabar esa mañana, dejando atrás, roja de la rabia, a la otra actriz; ésta, mientras, se juraba que llegaría un día en el que se vengaría de ella también.

Cuando Alexia se marchó dejando a los demás allí plantados, estaba rabiosa por varios motivos en concreto. Primero, estaba enfadada con Roberto por haber

empezado todo aquel embrollo; de no haber sido por su estúpida broma, nada de aquello hubiese sucedido. Segundo, estaba enfadada con Marta por haber instigado a Roberto y Fernando, y después por intentar dejarla en mal lugar delante de su jefe. Tercero, estaba enfadada... ¡no!, ¡estaba furiosa con Martín!, por humillarla delante de todo el mundo, por haberla juzgado y condenado sin haberla escuchado tan siquiera. No le había dado la más mínima oportunidad de explicarse y dar su versión de los hechos. Y cuarta y la más importante, estaba furiosa consigo misma por dejar que todo eso la hubiera afectado, provocando que perdiera el control.

¡Pero estaba harta!

Harta de la arpía rubia y de sus insultos velados, creyéndose mejor que los demás cuando no tenía que estar orgullosa de ella en absoluto, e intentando dejarla siempre en evidencia delante de su jefe. Harta del egoísmo de los hombres y su machismo, que creían que podían utilizarla como les viniera en gana. Y harta del carácter de Martín, de sus explosivos cambios de humor, de su conducta dominante, de que siempre se tuvieran que hacer las cosas como él quería, sin importar lo que ella sintiese o pensase.

Y, aunque estaba segura de que estaba despedida después de haber protagonizado delante de todo el mundo semejante espectáculo, en ese momento no le importó. Quizá fuera lo mejor. Posiblemente eso significaba que ya era hora de recoger sus maletas y volver a casa.

Mientras estaba teniendo esos funestos pensamientos, no advirtió cómo su jefe la alcanzaba, para a continuación agarrarla del brazo y arrastrarla a la salida del hotel.

—¿Se puede saber qué haces?! —le preguntó sorprendida.

—¡Tú y yo vamos a tener una seria conversación! —contestó Martín obligándola a dirigirse hacia la derecha del edificio.

—¡Suéltame, Martín! ¡Me estás haciendo daño!

El actor hizo oídos sordos hasta llegar a una moto que estaba aparcada en la acera, cogió uno de los cascos que estaba apoyado en uno de los manillares y se lo pasó.

—¡Póntelo! —ordenó, para luego colocarse el otro casco y subir a la moto.

—¡No!

Martín alzó la mirada hacia ella y comprobó que tenía el casco en las manos, pero sin intención de ponérselo.

—¡Escúchame bien, Alexia, porque mi paciencia está llegando a su límite! ¡He dicho que te pongas ese maldito casco y te subas a la moto! ¡¡¡¡Ahora!!!!

Ella agarró el casco por las correas de sujeción con un dedo, para ser más exactos con el dedo corazón estirado hacia arriba, y alargó el brazo hacia él.

—Y yo he dicho que... ¡¡¡¡no!!!!

El actor estaba a punto de bajarse de la moto para obligar a su terca empleada a subirse a ella aunque fuera a la fuerza, cuando hizo acto de presencia la productora Lucía Andrade.

—¡Hola, Martín! Ya veo que estás a punto de probar la moto, como me comentaste ayer.

—¡Ah... sí! Bueno... eh... estaba a punto de salir con mi empleada a dar un paseo —le dijo mientras clavaba la mirada en Alexia.

Ella seguía desafiándolo; no iba a permitir que la manipulara y la hiciera sentir culpable por negarse a subir a la moto delante de su jefa, así que ya podía esperar sentado. Mientras, Martín se volvió hacia Lucía y le comentó:

—Como ya te dije ayer, quería tantearla antes de grabar esta tarde, y como sé que a Alexia le encantan, había pensado en darle una sorpresa y llevarla de paseo a conocer los alrededores.

«¡¿Qué?! ¡Ay, no! ¡No me hagas esto, por favor! ¡Esto no! ¡¿Era ésta la sorpresa?!»

Mientras hablaba con Lucía, esgrimía una falsa y encantadora sonrisa que iba dirigida a la productora, pero su mirada seguía siendo igual de fría y letal que hacía un segundo.

—Me parece... ¡perfecto! —opinó la mujer, ajena a lo que estaba pasando entre ellos dos—. Por nada del mundo quiero que te suceda algo; si crees que, probando antes la moto, te sentirás más seguro, pues adelante.

—¡Gracias, Lucía!, por permitirnos dar una vuelta con esta preciosidad. Estoy seguro de que Alexia te estará igual de agradecida que yo, ¿no es cierto?

«¡Maldita sea! ¡Lo mato! ¡Te juro que lo mato!»

—¡Ah... sí! Sí... claro, ¡por supuesto! Muchas gracias, Lucía... es... es un bonito detalle por tu parte —le dijo con una rígida sonrisa.

Entretanto, por su cabeza bullían un montón de pensamientos, todos ellos evocando distintas y crueles maneras de acabar con su guapo jefe.

—No hay de qué, cielo —contestó la mujer tranquilamente—. Sólo espero que no tengáis ningún accidente y volváis sanos y salvos para grabar esta tarde. Así que conduce con cuidado, ¿de acuerdo, Martín?

—Por supuesto, eso corre de mi cuenta.

A continuación los dos se quedaron mirándola y Alexia no sabía por qué lo estaban haciendo. Así que, perpleja, primero miró a Lucía, que la estaba observando extrañada, y después miró a Martín, que estaba esperando a que hiciera algo, aunque ella no sabía exactamente el qué.

—¿Te vas a subir hoy a la moto, Alexia? —preguntó él, mientras contemplaba, sin abandonar esa falsa sonrisa en ningún momento, cómo seguía con el casco colgado de su dedo corazón.

—¡¿Qué?! ¡Oh... sí, por supuesto!

Así que no le quedó más remedio que colocarse el ¡maldito casco! y subirse a la ¡maldita moto!, con su ¡maldito jefe! Y todo eso sin dejar de sonreír, porque la había hecho sentir culpable después de saber que la ¡maldita sorpresa! era llevarla de paseo en esa espectacular pero ¡maldita moto!

«¡Maldita sea!»

Después de sentarse detrás y sujetarse a la parte posterior del vehículo, porque por nada del mundo se iba a agarrar a él, Martín arrancó la moto, metió la primera marcha y salió zumbando de allí. Atravesaron todo el pueblo para desviarse luego por una carretera principal; podría haber disfrutado del paisaje, que por cierto era precioso, de no estar cagada de miedo.

A Alexia le gustaba la velocidad, le encantaba sentir la potencia del motor de su moto entre las piernas y disfrutar de la sensación de libertad que le proporcionaba. Y, aunque muchas veces había tenido que hacer verdaderos esfuerzos por no apretar el acelerador al máximo, sabía cuáles eran los límites a los que podía llegar. ¡Y Martín los estaba sobrepasando todos! Estaba conduciendo como un loco desde hacía unos cuantos kilómetros, sin tomar ninguna medida. Sentía su furia por la manera como cambiaba las marchas, con movimientos secos y rápidos, para seguir apretando el acelerador al máximo. Estaba conduciendo a velocidad de vértigo, que hacía que ella tuviera pánico de que perdiera el control y se estamparan contra un quitamiedos. Así que empezó a golpearlo con los puños en la espalda mientras le gritaba que parase.

El actor giró a la derecha, cruzó un camino de tierra y se adentró hasta lo que parecía una entrada de una casa que estaba a unos cincuenta metros más al fondo, a punto de derrapar por haber parado de golpe y bruscamente. Casi antes de que apagara el motor y posara el cabestrillo en tierra, ella ya se había bajado del vehículo y, mientras se quitaba el casco, gritó furiosa:

—Pero ¡¿qué te pasa?! ¡¿Estás loco?!

Martín se quitó el suyo mientras se acercaba a ella.

—¡¿Que qué me pasa?! ¡¿Qué te pasa a ti?! —le espetó iracundo, arrancándole el casco de las manos para tirarlos a un lado del camino, entre la vegetación.

Por un momento tuvo miedo, llegando incluso a dar un paso hacia atrás. Nunca lo había visto de esa manera, estaba fuera de sí.

—¡¿Cómo se te ocurre, Alexia?! ¡¿En qué demonios estabas pensando?!

Martín se acercó a ella y la agarró de ambos brazos. Tuvo que hacer un esfuerzo titánico para no zarandearla, así que se apartó de ella bruscamente, mientras caminaba de un lado a otro cerrando y abriendo las manos en un gesto de frustración.

—¡Te dejo sola un momento! ¡Un solo momento! ¡Y ya te encuentro besándote con dos hombres delante de todo el mundo!

—Te equivocas —lo contradijo con tranquilidad, cruzándose de brazos y bajando el tono de voz peligrosamente—. No fue con dos, fueron tres.

—¡Me da igual! —le volvió a gritar, mientras se pasaba las manos por el pelo—. ¡Como si son cuarenta! ¡El caso es que te estabas besando con varios hombres! Y eso es... ¡inaceptable!

—Te equivocas de nuevo —volvió a corregirlo—. Me estaban besando ellos a mí, no yo a ellos.

Él se paró bruscamente delante de ella, escrutándola con la mirada.

—¿Acaso te estás riendo de mí?

—¡No, en absoluto! —contestó negando con la cabeza, muy seria.

—Pues, entonces, ¡explícamelo, Alexia! ¡Porque no lo entiendo! ¡Te juro por Dios que no logro comprender qué estaba pasando por tu cabeza para hacer lo que hiciste!

—No lo sé, ¡dímelo tú! —replicó sin inmutarse.

Martín estaba perplejo por la actitud que estaba adoptando. Seguía parada allí, delante de él, con los brazos cruzados y una fría máscara en el rostro, como si nada de lo que le estuviera diciendo tuviera que ver con ella.

—¡¿Que te lo diga yo?! —exclamó sorprendido—. ¿A qué demonios estás jugando? Estoy intentando mantener una conversación contigo...

—¡Ah, claro! —lo interrumpió, y se dio un golpe en la frente con la palma de la mano—. ¡Qué estúpida! ¡Ahora lo entiendo! Es que esto, para ti, es una conversación —añadió con ironía—. Verás... es que yo siempre he pensado que una conversación es cuando dos personas interactúan, aportando su versión o diferentes opiniones, para llegar a un entendimiento.

Él la miraba confundido, sin saber muy bien qué pensar.

—¿Acaso no es lo que estamos haciendo?

De repente observó anonadado cómo Alexia se transformaba, dejando esa fría máscara de indiferencia y convirtiéndose en un Miura. Por una décima de segundo, Martín habría jurado que su empleada tenía los ojos inyectados en sangre.

—¡¿Perdona...?! Esto, ¡¿una conversación?! —le gritó, acercándose a él de forma amenazadora—. ¡Esto es un ataque en toda regla! ¡Me has acusado, juzgado y condenado sin haberme hecho una sola pregunta ni dado la oportunidad de defenderme en ningún momento! ¡Pero ¿para qué?, si al final no escuchas!

—Sé lo que vi —replicó, siendo él esta vez quien se cruzó de brazos.

—¿Lo que viste? ¡¡¡Ja!!! —Levantó los brazos al cielo, frustrada por su terquedad—. ¿Y qué fue lo que viste, Martín? ¿Cómo me besaba con dos hombres?

Él asintió con la cabeza, apretando los dientes con fuerza.

—¡¿Cómo te hago entender que yo no lo busqué?! —gritó desesperada—. ¡Que yo no quise que nada de aquello ocurriera! ¡Que yo no me voy besando por ahí con varios hombres a la vez! ¿Acaso escuchaste cuando Esther te dijo que había sido una tontería? ¡Noooo! ¿Y escuchaste también cuando Roberto intentó explicarte que no era lo que parecía? ¡Nooo, tampoco! ¿Y cuando Fernando te informó de que habían sido ellos los que me habían besado, y que yo me había negado? ¿Lo escuchaste también? ¡Por supuesto que no!

—Tampoco vi que hicieras nada por evitarlo.

—¡Ja, ja, ja! —se rió ella amargamente—. ¡No, claro, lo mejor era que me liara a dar puñetazos a diestro y siniestro, ¿no?! Y cuando me besaste tú, ¿qué tendría que haber hecho? ¡¿Romperte la cara a ti también?!

«¡Mierda! ¡Sabes que tiene razón!»

Martín se apretó los ojos con los dedos para, a continuación, pasarse la mano por la cara, y no le quedó más remedio que admitir que tenía razón. Quizá había sido muy duro con ella y no era culpable de lo que la estaba acusando. Pensándolo fríamente, era cierto que ella los había empujado para cortar de raíz el beso que le estaban dando.

—¡Está bien! ¡Quizá tengas razón y haya sido injusto contigo! ¡Lo siento! —admitió a regañadientes.

Alexia levantó los ojos y los brazos al cielo, dando gracias a Dios.

—¡Pero es que no puedo! ¡Te juro que no puedo con ese hombre! —exclamó él mientras volvía a pasearse impaciente de un lado a otro—. ¡Sólo de pensarlo me dan ganas de romperle las piernas!

La asistente soltó un fuerte suspiro, preguntándose: «¡Por Dios! ¡Y ahora, ¿qué?!».

—¡Sé lo que está tratando de hacer, pero no se lo voy a permitir! —le dijo cuando se paró delante de ella, señalándola con el dedo índice y una expresión seria en el rostro.

—¿Qué no le vas a permitir? —preguntó desconcertada—. ¿De quién estás hablando?

—¡De tu novio! —gritó enfadado—. ¡¿De quién, si no?!

Alexia se quedó estupefacta. Movi6 la cabeza varias veces, parpadeando e intentando comprender de qué estaba hablando.

—¡¿De quién diablos hablas?! ¡¿Qué novio?!

—¡De Roberto, por supuesto! —le escupió 6l con una mirada asesina.

Solt6 aire en6rgicamente con los ojos abiertos como platos, incr6dula por lo que estaba oyendo, y empez6 a caminar mientras negaba una y otra vez con la cabeza y con las manos.

—Tú est6s mal... —empez6 a murmurar, todav6a asimilando lo que hab6a dicho—. Se te ha ido la cabeza por completo. ¿De d6nde diablos has sacado esa est6pida idea? ¡No lo puedo creer! ¡Roberto mi novio! ¡Esto es el colmo!

—¡Acaso me lo vas a negar! —chill6 enfadado, observando c6mo ella se alejaba susurrando para s6.

—¡Aarrgg! —grit6 exasperada, y se dio la vuelta echando chispas por los ojos para dirigirse directamente hacia 6l—. ¡Por supuesto que te lo niego! ¡Roberto y yo no somos novios! ¡S6lo somos amigos, nada m6s!

—¡No me niegues que est6is juntos! —replic6 entre dientes—. ¿Acaso no salisteis hace dos d6as? ¿Acaso no estabais bailando muy apretados la otra noche?

—¡Es rid6culo! —exclam6 crispada—. Roberto y yo s6lo somos amigos. *¡¡¡¡Ami-gos!!!!*

—¡Por favor, Alexia! —bram6 levantando los brazos, indignado—. ¿Crees que soy un imb6cil? ¿Que no me he dado cuenta de c6mo te mira, c6mo te trata o c6mo te habla? Yo soy un hombre tambi6n y s6 perfectamente cu6ndo uno desea a una mujer.

¡Y Roberto te desea y de eso no me cabe la menor duda!

—¡No es cierto! —contestó incrédula—. ¡No estás diciendo nada más que tonterías! ¿Quién te ha metido esas absurdas ideas en la cabeza? ¿Ha sido Marta?

—No seas ingenua, ¿quieres? Marta no me ha dicho nada, no ha sido necesario, porque yo tengo ojos en la cara.

—¡Sí, claro! ¿Y crees que me puedo fiar de ti? —le preguntó sarcásticamente—. Hasta hace dos días creías que Mauro estaba interesado en mí también.

«¡Maldita sea! ¡Ahí me ha dado!», pensó él.

Se pasó, incómodo y crispado, la mano por el pelo... No quería decirle que el propio Roberto se lo había confesado. Si realmente no había nada entre ellos, algo que Alexia estaba defendiendo en ese momento, no quería que supiera de la confesión del otro hombre, no fuera a ser que, debido a ello, se empezara a interesar de verdad en él.

De repente, ella soltó un fuerte suspiro y levantó las manos hacia arriba en señal de rendición.

—¿Sabes qué...? ¡Me da igual! No sé de dónde sacas esas estúpidas ideas y no quiero saberlo. Lo único que sé es que Roberto y yo sólo somos amigos, y me importa un comino si me crees o no.

—Alexia...

—¡No, Martín! —lo interrumpió, agarrándose la cabeza con las dos manos, exasperada y frustrada por su cabezonería.

»¡Estoy cansada! Estoy cansada de tener que defenderme continuamente contigo. Estoy cansada de que, a la menor oportunidad, pienses lo peor de mí y me ataques injustificadamente. Estoy cansada de que no creas nada de lo que te digo...

—¡Eso no es cierto! —exclamó, dolido por las recriminaciones que le estaba haciendo y sabiendo en su fuero interno que tenía razón.

—Sí, sí es cierto. Y, honestamente, no entiendo por qué. ¡Nunca te he mentado!

Se alejó de ella inquieto, posando sus manos encima de su cabeza, frustrado y enervado consigo mismo, porque... ¿cómo podía explicarle lo que sentía cuando ni él mismo lo sabía?, ¿cuando ni él se explicaba el porqué del fuerte sentimiento de posesión que sentía respecto a ella?, ¿cuando sacaba a relucir todo lo peor que había en él?

—¡Está bien! ¡Es cierto! —reconoció al fin, acercándose de nuevo—. Y te creo cuando me dices que no estáis juntos. Y seguramente soy el mayor imbécil del mundo por no saber expresar como una persona normal lo que siento, pero... ¡estoy preocupado por ti!

Alexia se quedó callada durante un segundo, mirándolo a los ojos desconcertada por la respuesta.

—¿Preocupado por mí? ¿Por qué?

—Porque conozco a Roberto desde hace mucho tiempo y sé cómo actúa. Es un mujeriego empedernido y en estos momentos se ha encaprichado de ti, pero, cuando

se aburra, cuando te haya utilizado y encuentre a otra mujer con la que pasar el rato, te dejará. Te desechará como si fueras un clínex y se buscará a otra... y... y... ¡no quiero que te hagan daño, Alexia!

—¡Basta! —soltó sorprendiéndolo—. Soy una mujer de veintiocho años soltera y libre, y lo suficientemente mayorcita como para cuidar de mí misma. Y tú no eres ni mi padre ni mi hermano ni mi novio o marido, así que no tengo que darte ningún tipo de explicación.

—Soy tu jefe —alegó, dolido por su reacción después de decirle que le importaba.

—¡Exacto, eres mi jefe!, y, como tal, te tendré que dar explicaciones sobre cuestiones laborales o si no estás contento con mi forma de trabajar o cometo un error en un asunto de trabajo. Pero, en lo que respecta a mi vida privada, no tengo por qué hacerlo. Y Roberto es mi amigo y tendrás que acostumbrarte a ello, porque voy a seguir relacionándome con él. Y si me invita a una fiesta y me apetece ir, ¡lo haré! Pero no sólo con él, sino con quien yo crea conveniente. No voy a dejar que nadie me diga de nuevo lo que tengo y lo que no tengo que hacer, ni quiénes pueden ser mis amigos y quiénes no.

Y, menuda como era en comparación con él, admiró su valentía cuando se acercó a él y, mirándolo muy seriamente a los ojos, le dijo:

—Y si no entiendes eso, entonces tenemos un problema.

Durante unos segundos se mantuvieron la mirada uno al otro, en una batalla de voluntades. Unos preciosos ojos verdes luchando contra unos enormes e increíbles ojos marrones... retándose, midiéndose, para ver quién de los dos daba su brazo a torcer. Y esta vez le tocó hacerlo a él.

—¡Maldita sea! —exclamó enfadado mientras iba a recoger los cascos que estaban tirados en un matorral.

Sabía lo que ella estaba insinuando y no iba a consentirlo. No iba a dejar que se fuera. Eso, ¡ni loco! Antes de permitir que Alexia se marchara, la ataría a la pata de la cama.

—¡Eres la mujer más terca, más cabezota, más exasperante, más... más irritante que he conocido en toda mi vida! —farfullaba mientras se peleaba con un casco que se había quedado enredado con una planta.

Después de darle varias patadas a un arbusto y conseguir por fin sacarlo de entre la maleza, le dijo, señalándola con el dedo mientras se acercaba a la moto:

—Y tienes razón en una cosa. ¡Soy un tarado! ¡Y un menso^[8] por preocuparme por ti! ¡Dios!, ¡porque, si no me importaras, me daría igual lo que te ocurriera!

Ella se tuvo que tapar la boca para que no advirtiera que se estaba riendo de él. Su reacción con el casco había sido muy cómica y, por qué no admitirlo, le había encantado lo último que había dicho.

—¡Mierda! —exclamó él mientras se peleaba con un casco nuevamente para hacerlo entrar en el manillar de la moto y dejarlo colgando allí—. Y soy tu jefe, sí, y

por eso mismo me preocupo. Porque estás sola aquí, lejos de tu familia y de tu país, y porque no tienes a nadie que te cuide y te proteja.

Alexia se fue acercando a él despacio.

—¡Y de alguna manera me siento responsable de ti!

Después de colocar correctamente el casco en el manillar, se dio media vuelta y se encontró con ella justo enfrente, con una tierna mirada en los ojos mientras se mordía el labio inferior.

—¡No hagas eso! —le soltó más bruscamente de lo que había pretendido.

—¿El qué?

—¡Morderte el labio!

—¿Por qué?

—Porque... porque... ¡me pone nervioso!

—¡Oh, lo siento! No lo hago conscientemente —contestó desconcertada.

—¡No importa!

Y con un suspiro, la agarró de un brazo y tiró de éste para poder abrazarla, y permanecieron así durante un minuto, saboreando ese momento.

—Lo siento —le dijo Martín después de darle un beso en la coronilla.

—Yo también.

—Sé que a veces soy algo difícil.

—Pues sí.

—Y que tengo un carácter de mil demonios.

—Ajá.

—Y puedo llegar a ser muy... ¿cómo decirlo...?

—¿Protector?

—¡Sí, exactamente!, protector.

—Sí, lo sé.

Se separó un poco para mirarla a la cara inquisitivamente cuando se percató de que estaba corroborando todo lo que decía, y ella, haciendo un mohín y a regañadientes, tuvo que admitir:

—¡Vale!, yo también puedo ser muy cabezota.

—¿Y...?

Alexia se lo quedó mirando y, de mala gana, le hizo un gesto con el índice y el pulgar.

—Y un poquito terca... pero sólo un poquito, ¡eh!

—¡Y menudo carácter que te gastas! —añadió Martín—. En un momento dado creí que me ibas a saltar a la yugular.

—La verdad es que lo pensé —le contestó, para a continuación obsequiarlo con una brillante sonrisa.

¡Jesús! ¡Era tan hermosa!

Martín se acercó a su cara con un repentino y demoledor deseo de besarla, que fue capaz de reprimir a tiempo para besarla sólo en la mejilla, y con otro suspiro la

acercó más a él, estrujándola casi entre sus brazos.

—¡Es increíble!

—Lo sé —contestó él sonriendo, después de unos maravillosos minutos de estar abrazados.

Podría estar así el resto de su vida.

—¡Me encantaría poder montarla!

El actor arrugó el ceño confundido.

—¿Montarla?

—Sí. Me encantaría sentirla entre mis piernas y exprimirla hasta no poder más.

Se separó un poco para poder mirarla directamente a la cara.

—¡¿Qué?! —preguntó sorprendido, con la voz estrangulada y el corazón latiéndole a mil por hora.

—¡Sería maravilloso poder sentir su fuerza, su poder! —añadió soñadoramente—. Se me pone el vello de punta sólo de pensarlo.

¡Virgen santa!

A él también se le estaba poniendo algo de punta, pero no el vello precisamente.

—¿Me dejas? —planteó esperanzada—. ¡Di que sí, Martín! ¡Porfis! ¡Porfis!

El actor se separó de ella nervioso y empezó a pasarse las dos manos a la vez por el pelo mientras caminaba de un lado a otro.

—Alexia... yo...

—No se lo diré a nadie, ¡te lo juro!

Él no salía de su asombro. No es que no quisiera... ¡que sí quería!, pero no estaba bien... ¿no? O... ¿o sí?

«¡Mierda!»

—¿Acaso no te fías de mí?

—¿Cómo? —inquirió aturdido—. ¡Ah... sí! ¡Claro que me fío de ti! No es eso... es que...

—¡Genial! —exclamó subiéndose a la moto—. ¿A dónde te llevo? —le preguntó mientras se colocaba el casco.

¡Por Dios! ¡Estaba hablando de la moto!

—¿Te encuentras bien? —indagó Alexia al advertir su extraño comportamiento.

Martín no pudo contestarle, sólo asintió con la cabeza y se fue detrás de un gran árbol. Se apoyó en él e intentó acallar los latidos de su corazón, que estaba a punto de salirse del pecho, y trató de recobrar la compostura. Después de unos minutos y recuperarse de lo que estaba seguro que casi había sido un amago de infarto, se acercó a la moto y a su empleada.

Ella estaba observando atentamente el manillar, ubicando el intermitente, las luces... Cuando él se acercó, Alexia lo miró algo extrañada y éste sólo pudo ofrecerle una sonrisa avergonzada, pero estaba tan contenta que no le dio mayor importancia.

—¿Estás segura? Casi no llegas con los pies al suelo —comentó divertido.

—Completamente segura —afirmó algo molesta por la falta de confianza.

—Está bien —aceptó, y se quedó con los dedos agarrados al mentón por un instante, pensativo y sumido en sus pensamientos.

—¿Qué pasa? —inquirió ella, impaciente.

—¡Nah! Estaba intentando recordar si tenía mi testamento en regla.

—¡Serás tonto! —exclamó dándole con el casco libre en el estómago.

—¡Aaayyy!

—¡O te subes o te dejas en tierra! ¡Y como vuelvas a soltar una bobada más, seré yo misma la que le diga a Lucas que es huérfano de padre!

—¡Vale... vale!

Se puso el casco y se colocó detrás de ella después de que quitara el cabestrillo. La moto se bamboleó un poco mientras Alexia se acostumbraba al peso de los dos y, cuando estuvo segura, la encendió y le preguntó:

—¿A dónde vamos?

—Bueno, tenía pensado llevarte al pueblo de Uaymitún, desde donde se pueden observar los flamencos de la laguna Rosada en un mirador que hay allí. Y, después, a la zona arqueológica de Xcambó, para poder pasear por el pequeño pueblo maya. Sé que vamos a ir a esas zonas en los próximos días, pero estaremos trabajando y no podrás disfrutarlas como se debe.

Ella le sonrió de oreja a oreja.

—¡Me encanta la idea!

—¡Genial! —contestó sonriendo también.

—A la derecha entonces, ¿no?

—¡No, espera! —exclamó Martín—. Eh... tienes que ir a la izquierda.

Lo miró sorprendida, ya que era por donde habían venido.

—¡Qué! —le contestó avergonzado—. ¡Estaba tan molesto cuando salimos que me equivoqué de dirección! ¡Es a la izquierda!

Alexia movió la cabeza varias veces, asombrada por su cabezonería, y metió primera para salir volando hacia Uaymitún.

El paisaje era increíble. La carretera iba bordeando las playas llenas de palmeras e inmensos arenales, mientras pasaban al lado de modestas casas encaladas o pintadas de suaves colores, y las gaviotas revoloteaban en el cielo. Realmente sabía manejar una moto y, cuando Martín adquirió algo de confianza, pudo disfrutar del paseo.

Era la primera vez que una mujer lo llevaba en moto y tuvo que reconocer que le encantaba la sensación. E hizo algo que siempre había visto en las películas y que él nunca había hecho: abrió los brazos y cerró los ojos, disfrutando del sentimiento de libertad mientras el viento le azotaba el rostro. Y la pura felicidad lo embargó, ya que supo con seguridad que estaba en el sitio perfecto, en el momento perfecto y... ¿por qué no?, en la compañía perfecta.

Cuando llegaron al mirador, miró divertido cómo Alexia observaba admirada los flamencos, exclamando que eran preciosos. Después de llevar un rato allí, no pudo evitar reír a mandíbula batiente cuando una gaviota que los sobrevolaba dejó caer un

pequeño regalito en forma de cagada en la chaqueta de cuero de ella. Así que, gracias a ello y a todos los improperios que salieron por su boca mientras se limpiaba, cuando unos turistas lo reconocieron y le pidieron que se hiciera una foto con ellos, decidieron que era el momento de salir de allí. Tomaron rumbo a Xcambó. Cuando llegaron a las ruinas, ella disfrutó de todo, embelesada, mientras le preguntaba a Martín sobre la cultura maya. Éste le contó todo lo que pudo recordar, mientras se alejaban disimuladamente de los turistas que se acercaban a ellos antes de que lo reconocieran, para poder seguir recorriendo tranquilamente el lugar.

Ya casi era mediodía y tenían que regresar al hotel y, a pesar de que intentaron retrasarlo lo máximo posible, no les quedó más remedio que partir rumbo a Telchac. Esta vez era Martín quien conducía la moto, no quería arriesgarse a que la vieran a ella y tener problemas con producción. Su cara expresó máxima alegría cuando Alexia se arrimó a él, introduciendo las manos por debajo de la cazadora, para agarrarse a su torso con ambos brazos mientras apoyaba su mejilla en la espalda.

«¡Definitivamente este momento es perfecto!», pensó el actor.

Capítulo 20

Cuando llegaron al hotel y después de bajar de la moto, Alexia lo detuvo un momento para decirle:

—Martín, quiero hablar un instante contigo antes de entrar.

—Dime.

—Sobre lo de Marta... Sé que no hemos hablado nada al respecto, y que lo que le dije, rotundamente, estuvo fuera de lugar pero... ¡no pienso disculparme con ella!

El actor la miró con una tierna sonrisa.

—No te preocupes, de eso ya me encargo yo.

Ella se sorprendió por la forma tan tranquila con la que se tomó lo que le dijo. Por un segundo se preguntó si acaso él no se estaría dando cuenta de cómo era realmente su amiguita, pero decidió que no quería darle más vueltas al asunto, esa arpía no se merecía ni un solo pensamiento más, así que asintió con la cabeza y entraron dentro del edificio. Se fueron derechos al restaurante, ya que era la hora de la comida, y en cuanto Roberto advirtió su presencia se dirigió directamente hacia ella.

—¿Puedo hablar un segundo contigo? —preguntó algo inquieto.

Miró a su jefe y le hizo un breve gesto de asentimiento para que los dejara solos, y éste, a regañadientes, no tuvo más remedio que aceptar.

—En estos momentos no tengo muchas ganas de hablar, Roberto; estoy muy enfadada contigo —manifestó cruzándose de brazos.

—Lo sé, y tienes todo el derecho del mundo a estar disgustada. No sabes lo preocupado que he estado toda la mañana pensando si por mi culpa habías perdido el empleo, y por eso necesito hablar contigo: quiero pedirte perdón.

Ella no dijo nada, todavía con el disgusto reflejado en la cara.

—¡Lo siento, Álex! ¡Lo siento mucho! —se disculpó, francamente arrepentido—. Sé que fui un idiota y un patán, pero ¡te juro que no quería crearte problemas! Y si... si has perdido el empleo por mi culpa, quiero que sepas que estaría encantado de que trabajaras para mí.

Alexia puso cara de sorpresa.

—¡Vaya, eso sí que no me lo esperaba!

—Es lo menos que puedo hacer. Estoy seguro de que la discusión con Martín... bueno, no creo que haya sido muy agradable, y todo ha sido por mi culpa, así que te brindo mis más sinceras disculpas y, para que me perdones, te ofrezco un puesto de trabajo. Estoy seguro de que te resultará mucho más fácil trabajar conmigo que con él —remató con una débil sonrisa, no muy seguro todavía de su reacción.

La verdad era que Roberto había estado profundamente preocupado toda la mañana; no había hecho más que darle vueltas a lo que había sucedido, y sobre todo a la reacción posterior de Martín. Cuando había salido detrás de Alexia, su cara era de

asesino en serie, y no había tenido la menor duda de que ella iba a tener graves problemas. Había estado a punto de ir detrás de ellos para intentar razonar con él y explicarle que Alexia no había tenido nada que ver y que toda la culpa era sólo suya. Pero, tal y como se estaba comportando últimamente su compañero, estaba convencido de que hubiese sido contraproducente. Así que, después de meditar qué podía hacer para ayudarla, llegó a la conclusión de que quizá era lo mejor que podría haber sucedido, a pesar de que no lo hubiera buscado a propósito. Si Martín decidía despedirla, podría ofrecerle que trabajara para él, y así tener la oportunidad de tenerla para él solito sin la molestia de tener al otro rondando a su alrededor.

—Bueno, te agradezco tu ofrecimiento, pero no va a ser necesario. Martín no me ha despedido, así que sigo trabajando para él.

—¡Oh, vaya! —contestó sorprendido.

—Sí, bueno... al final hemos tenido un intercambio de opiniones y lo hemos aclarado.

—Me alegro por ti —mintió, sin poder evitar la desilusión que le había provocado la noticia.

—Gracias.

De repente Alexia observó a Roberto extrañada; la decepción que demostraba su rostro ante el hecho de que no hubiera sido despedida le hizo preguntarse si lo que le había dicho Martín sería cierto. ¿Podía ser que realmente estuviera interesado en ella?

—¡Pues entonces tenemos que celebrarlo, ¿no?! —exclamó Roberto con falsa alegría—. ¡Y qué mejor manera que cenando juntos esta noche!

Ella todavía estaba seria, y de repente ya no estaba tan seguro de que fuera a cenar con él.

—Porque iremos a cenar juntos esta noche, ¿no? —preguntó preocupado—. La invitación sigue en pie.

—Yo no he dicho que te haya perdonado —lo informó, todavía con los brazos cruzados y el semblante serio.

—¡Por favor! —suplicó—. ¡Perdóname, Álex! ¡Por favor!, ¡por favor! ¡Me vas a destrozar el corazón si no me perdonas! —le siguió rogando mientras hacía pucheros—. ¡Los amigos se perdonan! Y tú y yo somos amigos, ¿no? ¿Acaso quieres verme vagando como un alma en pena lo que me resta de vida? Además, me han dicho que la langosta está deliciosa. ¡Por favor!

Alexia intentaba permanecer seria porque no quería perdonarlo tan fácilmente, pero le estaba resultando difícil. Realmente era un payaso cuando quería y él, dándose cuenta de que estaba a punto de claudicar, le comentó:

—Si quieres, me pongo de rodillas y te pido perdón delante de todo el mundo.

Dicho esto, empezó a arrodillarse.

—¡No! —exclamó ella.

Y comenzó a ruborizarse mientras impedía que Roberto se agachara, sin poder evitar reír por las tonterías que estaba haciendo. Definitivamente descartó la idea de

que aquel hombre pudiera sentirse atraído por ella, no eran más que imaginaciones de Martín. Y se sentía estúpida por haber pensado por un solo instante que alguien como él, un hombre guapo, divertido, famoso e inteligente, pudiera estar mínimamente interesado en ella. ¡Era absurdo!

—Está bien —aceptó sonriendo—. ¡Pero sólo porque me muero por comer algo succulento!

—¡Quien dijo que a los hombres se los conquistaba por el estómago no conocía a Alexia Montero! —soltó exultante por haberse congradado con ella.

—No lo estás arreglando, ¿sabes? —señaló molesta por sus palabras—. ¿Acaso me estás llamando glotona? O, lo que es peor, ¿gorda?

La expresión de Roberto fue de tal espanto que Alexia supo que ésa no había sido su intención, y él empezó a balbucear mientras trataba de disculparse de nuevo con ella.

—¡Por Dios, no! Yo... yo no quería decir eso, yo... lo que yo quería... ¡tú eres preciosa!... y...

Alexia soltó una carcajada mientras observaba lo mal que lo estaba pasando y éste, cuando se percató, suspiró más tranquilo.

—¡Serás pérfida, mujer! ¡Menudo susto me he llevado!

—Vamos a comer, anda, que me muero de hambre —le propuso mientras se dirigía al *self-service* del restaurante.

Martín ya se había servido y estaba sentado a la mesa esperando a su asistente mientras no le quitaba el ojo de encima. Durante ese tiempo de espera, Marta había intentado sentarse en su sitio, pero él puso una servilleta en el asiento de la izquierda indicando que estaba ocupado. Cuando ésta trató de sentarse en el otro asiento libre, la que puso la servilleta fue Esther, informándola con una enorme y cínica sonrisa de que era el asiento de Roberto, así que no le quedó más remedio que irse a sentar donde siempre.

Mientras seguía vigilando a la parejita, no se percató del extraño silencio que reinaba en la mesa hasta que su compañera, armándose de valor, hizo la pregunta que todo el mundo quería hacer pero que nadie se atrevía.

—¡Ejem...! Esto... Martín. —Empezó a hablar algo inquieta—. Las cosas con Alexia... ¿están bien?

El hombre interrumpió su vigilancia para contestarle y cortar un trozo de pollo que después se llevó a la boca.

—¡Sí, claro! ¿Por qué iban a estar mal?

Todos suspiraron aliviados al oír la noticia y él arrugó el ceño, confuso por su actitud.

—¡Me alegro mucho! —proclamó Esther sonriendo, evidentemente más tranquila.

—¿Por qué tenéis esa cara? —preguntó extrañado.

Todos bajaron la cabeza, porque no se atrevían a mirarlo a los ojos.

—Bueno... La verdad es que creíamos que Alexia ya no iba a compartir mesa con nosotros.

Se quedó desconcertado por la respuesta de su compañera, ya que no comprendía el porqué...

«¡Ah, vale!», cayó en la cuenta por fin.

—En ningún momento fue mi intención despedirla —les aclaró—. ¡No entiendo cómo habéis podido pensar eso!

—Verás, es que últimamente estás muy raro y...

—¿Raro? —planteó, interrumpiéndola.

—Sí, bueno... ejem. —Carraspeó algo incómoda.

—Hemos notado que estás muy irascible —soltó Mauro armándose de valor.

—Y con unos extraños cambios de humor —apuntó Eva, envalentonada.

—Nunca te habíamos visto comportarte así —finalizó María.

Se quedó pensativo mientras asimilaba lo que le habían dicho y observó a Esther, buscando una confirmación que llegó con un asentimiento de cabeza de la actriz.

Había trabajado con ella antes en otros proyectos, y además la consideraba su amiga, y al resto también, ya que eran trabajadores de la empresa, aunque nunca se hubiera aprendido sus nombres o preocupado por conocerlos. Por tanto, sabía que lo conocían, aunque fuera mínimamente, y que debía tener en cuenta su opinión.

—Sólo quería aclarar mis diferencias con ella —murmuró confundido—. No soy un monstruo, ¿sabéis?

—¡Por supuesto que no! —exclamó la actriz, apiadándose de él.

Era triste que para todos fuera tan evidente lo que Martín sentía por su empleada... para todos menos para él.

—¡Estoy segura de que simplemente es el estrés y la presión que supone ser el protagonista de la telenovela! —comentó, rogándoles a los demás con la mirada que le siguieran el juego.

—¡Sí!, ¡Sí, claro! —confirmaron todos—. ¡Seguro que es eso!

—¿El qué? —preguntó Roberto cuando llegaron a la mesa.

—¡Oh, nada! —respondió Esther, para cambiar de conversación y ponerse a hablar de otras cosas.

El almuerzo transcurrió sin incidentes, aunque Martín estuvo más pensativo de lo normal, algo que extrañó a Alexia, pero a lo que tampoco le dio mayor importancia, ya que se estaba acostumbrando a los raros estados de ánimo de su jefe.

Después de comer se fueron a grabar directamente. Esta vez les tocaba en la plaza y las zonas más emblemáticas del pueblo. Las tomas de acción con las motos fueron arduas y complicadas, pero, al final, todos quedaron muy satisfechos con el resultado.

Alexia tenía trabajo acumulado, ya que, al no haberlo hecho por la mañana, estaba recibiendo casi todas las llamadas juntas, más todos los *e-mails* que tenía que revisar y enviar. Mientras Martín estaba grabando una de las escenas que entrañaba más riesgo, y en un breve descanso entre llamada y llamada, Esther se acercó a ella

para mantener una pequeña charla.

—Pareces liada —comentó constatando lo evidente.

—Sí, un poco —contestó Alexia, soltando un profundo suspiro para expulsar algo de estrés.

La actriz no sabía muy bien cómo abordar el tema y estaba un poco intranquila, algo de lo que se percató la asistente, por lo que frunció levemente el ceño, extrañada.

—Ejem... quería preguntarte... que... bueno, ¿cómo te fue con Martín?

—¿Cómo me fue con Martín? —repitió confundida—. ¿Cuándo?

—Hoy por la mañana —le aclaró—. Sé que no debería meterme, ya que no es asunto mío, pero... —Esther se colocó un mechón detrás de la oreja en un gesto evidente de incomodidad—... te he tomado cariño y, sinceramente, he estado muy preocupada —finalizó mirándola a los ojos.

Ella le sonrió para tranquilizarla.

—No creas que soy una cotilla... aunque, bueno... ¡un poco sí! —le confesó avergonzada—... Es que pensé que, después de lo que había pasado con Roberto y con Marta... la verdad, creí que iba a despedirte.

Alexia se enterneció por su preocupación y, acercándose a ella, le susurró:

—Si te soy sincera, yo también pensé que iba a echarme —confesó—. Y no era para menos, después de la que monté.

—¡Pero si tú no hiciste nada! —le rebatió Esther—. Fue culpa de Roberto y sus tonterías, y... bueno, con un poco de ayuda de Fernando. Que digo yo, ¿en qué demonios estarían pensando esos dos? Y después... ¡arg!, de esa mujer no quiero ni hablar. ¡No la soporto!

Alexia se rió por la defensa tan entusiasta.

—Tienes razón, pero al final yo tampoco me quedé corta. Se me calentó la boca y...

—No dijiste nada que no fuera cierto. Por un lado fue muy cómico... Si hubieses visto las caras que teníamos todos cuando te marchaste de esa forma tan triunfal... —Esther no pudo evitar sonreír al recordar la escena—. ¡Hasta me dio envidia! Pero, por otro lado, tanto Mauro como las chicas, y por supuesto Roberto, nos quedamos muy angustiados, sobre todo al ver la expresión de Martín cuando salió detrás de ti. ¡Daba miedo! —le contó mientras le recorría un escalofrió por la espalda—. Estábamos todos preocupados, menos Marta, ¡claro!

Puso los ojos en blanco al mencionar el nombre de su compañera de reparto.

—Pues no te preocupes —la tranquilizó la asistente—. Martín y yo tuvimos una acalorada conversación en la que le dejé muy clara mi opinión. Y creo que por fin hemos llegado a un entendimiento. ¡O eso espero!

Alexia percibió que su amiga quería preguntarle algo más, pero que no se atrevía.

—¿Qué más te preocupa?

Esther desvió la mirada, azorada.

—No es que me preocupe algo en concreto —le explicó, estirándose el vestido—,

es más una curiosidad.

La asistente se rió por la incomodidad de su amiga y se preguntó cuál sería esa curiosidad para que no se atreviera a plantearla.

—Esther, no tengo nada que ocultar, si eso te preocupa, y te considero mi amiga, así que puedes ser sincera conmigo.

La actriz levantó los ojos y esbozó una tenue sonrisa, algo más tranquila.

—Yo también te considero mi amiga.

—Lo sé, me lo has demostrado —afirmó, y le hizo un gesto con la cara para que siguiera hablando.

—¡Está bien! —suspiró—. ¡Pero no quiero que te enfades conmigo!

Ella bufó, impacientándose por sus recelos.

—¿Hay algo entre tú y Martín?

Alexia se quedó boquiabierta. Abrió y cerró varias veces la boca, incrédula.

—¡Olvídalo! —le dijo la actriz al ver su reacción—. Actúa como si jamás te hubiera hecho esa pregunta.

—¡No!, no pasa nada —contestó, un poco indecisa sobre qué pensar—. Sólo es que no me la esperaba por nada del mundo.

No podía entender por qué había llegado a esa conclusión. En realidad, Martín y ella no se llevaban precisamente bien, y la prueba más palpable era lo que había sucedido esa misma mañana. Era cierto que tenían sus momentos, como los de la noche anterior en la playa o los del paseo de esa mañana, pero eran muy aislados, por lo que no se podía suponer que hubiera una buena relación entre ellos. Pesaban más los malos ratos, a decir verdad, a pesar de lo atraída que ella se sentía por él, y, sobre todo, nadie había estado presente en los buenos, y menos Esther.

—No, no tengo nada con Martín —le aclaró—. Sólo somos jefe y empleada, que además no se llevan demasiado bien gracias al encantador carácter que se gasta éste —añadió irónicamente—. Si lo dices por el beso de esta mañana, simplemente estaba furioso y quiso castigarme de alguna manera... y la mejor forma que se le ocurrió fue ponerme en evidencia delante de todos besándome él también, pero tú mejor que nadie sabes que esos besos no significan nada para un actor.

La actriz examinó concienzudamente su rostro y llegó a la conclusión de que ella se creía a pies juntillas lo que estaba diciendo y, al igual que su jefe, no era consciente de sus propios sentimientos. Unos sentimientos que eran tan fuertes que todo el mundo percibía, menos los propios interesados. Por mucho que lo negara, Esther había observado cómo Alexia miraba a Martín cuando éste no se percataba, y al revés... y las llamas de los celos que la consumían cuando él coqueteaba con otras mujeres o cuando Marta se arrimaba demasiado a él, de la misma forma que le ocurría a él cuando sucedía lo contrario. Ese par de... tontos se buscaban con la mirada cuando creían que nadie los veía, pero no eran lo suficientemente honestos con ellos mismos como para aceptarlo. Tenía claro que no se llevaban mal porque no se soportaran, sino todo lo contrario, pues era indiscutible que los dos luchaban

contra sus sentimientos. Al principio, a la actriz le resultó muy evidente lo que Martín sentía por su empleada, ya que él era mucho más impulsivo y visceral que ella, pero, con el tiempo y después de observarla detenidamente... esto era lo que surgía de las largas esperas entre cada escena, que daba tiempo a todo, y descubrió que Alexia también se sentía fuertemente atraída por él, aunque lo disimulaba muchísimo mejor.

La asistente se inquietó por el escrutinio al que estaba siendo sometida.

—Te estoy diciendo la verdad, Esther.

—Te creo.

—Pero no te entiendo, ¿a qué viene esa pregunta?

La actriz decidió no inmiscuirse más.

—No me hagas caso, son tonterías mías.

Pero Alexia no iba a dejar pasar ese comentario tan fácilmente.

—Por favor, dime por qué has llegado a esa conclusión.

Viendo la terquedad en el rostro de su amiga, Esther soltó un suspiro mientras se maldecía por ser tan chismosa, e intentó explicárselo.

—Conozco a Martín desde hace algunos años; no es que seamos íntimos amigos, pero sí lo suficiente como para saber cómo es su carácter, ya que siempre nos hemos llevado muy bien... y te puedo asegurar que, desde que empezaste a trabajar para él, su forma de comportarse ha cambiado radicalmente.

—¿A qué te refieres?

—Es por todos conocido que es un hombre con temperamento, pero siempre se había comportado correctamente. Nunca antes lo había visto de mal humor, alterado o irascible. Es cierto que lo había visto discutir con Verónica alguna que otra vez, pero nada comparado con lo tuyo.

—Por si no lo sabías, no le hizo ninguna gracia que Vero se marchara —le confesó Alexia—, y aún menos que yo empezara a trabajar para él.

—Eso no tiene nada que ver.

—Sí, sí tiene —la contradijo—. Además... tiene algunos problemillas familiares que quizá le tengan el carácter un poco más agrio de lo normal —le comentó sin llegar a especificar cuáles.

Nunca se le ocurriría airear los conflictos que Martín pudiera tener con su padre, y Esther observó a su amiga mientras negaba con la cabeza. Alexia podía llegar a ser tan obtusa como su jefe.

—No me refiero a eso, Álex.

Ésta la miró confundida, sin entender a dónde quería llegar.

—Me refiero a la forma en que te trata, cómo te habla o cómo actúa contigo. Conozco perfectamente la relación que tenía con Vero, y he estado en su casa más de una vez para saber cómo se comporta con los demás empleados... y te puedo asegurar que no tiene nada que ver a cómo lo hace contigo.

Alexia cada vez estaba más confusa y no tenía la más remota idea de lo que quería decir.

—Sinceramente, no sé a qué te refieres —admitió—. A no ser que lo hayas visto más... cómo podría decirlo... protector conmigo.

—Sí, se le podría llamar así —insinuó su amiga, sonriendo.

¡Por fin entendía lo que quería decirle!

—Pero eso tiene una explicación muy sencilla.

Esther levantó una ceja, intrigada por la respuesta.

—Y es que Martín y su terquedad... —bufó levantando los ojos al cielo— creen que, de alguna manera, son responsables de mí. Piensa que, porque estoy sola en un país extranjero, sin mi familia y mis amigos, de algún modo él... tiene que cuidarme.

—¿Él te dijo eso? —preguntó incrédula.

—Sí. Ridículo, ¿no?

Ahora a la que le tocó bufar y mirar al cielo fue a la actriz. ¿Cómo se podía haber tragado semejante patraña? Lo que estaba claro era que Alexia era más necia incluso que el propio Martín.

—Sí, totalmente ridículo.

Justo en ese momento, su amiga recibió una llamada y tuvieron que interrumpir la conversación. Mientras tanto, uno de los guionistas se acercó a la actriz para hacer unos cambios de última hora, así que la dieron por zanjada.

Cuando el actor tuvo un momento para acercarse a su empleada, ésta estaba hablando muy animada con alguien por teléfono. En el instante en que ella advirtió su presencia, le pasó el móvil para que hablara con él sin decirle quién era, por lo que se quedó muy sorprendido al descubrir la identidad del interlocutor.

—¿Hola?

—Hola, hijo.

El actor tardó un par de segundos en responder, recriminando con la mirada a su entrometida y desobediente asistente mientras que ella se mordía el labio, inquieta.

—Miguel —contestó cortante.

—Sólo quería preguntarte si le puedo comprar un helado a mi nieto.

—¿Comprarle? ¿Por qué?, ¿dónde estáis?

—Hemos venido con Pedro al parque de atracciones para pasar la tarde —lo informó—, y Lucas se está volviendo muy insistente para que le compre un helado, pero no sé si puedo hacerlo. ¡Te prometo que no lo llevaré muy tarde a casa! —le aclaró para que no se enfadara con él.

Martín estaba perplejo. Nunca, ni en sus más locos sueños, podría haber imaginado a Miguel llevando a su hijo... ¡qué demonios!, a nadie, al parque de atracciones. Un nudo se le formó en la garganta y se giró para que Alexia no viera la emoción que estaba sintiendo.

—Ejem... —carraspeó—. Sólo si tú lo crees conveniente.

Desde el otro lado del aparato, el que se quedó mudo fue su padre. Apretó con fuerza el teléfono y sonrió feliz al darse cuenta de que, con esa pequeña concesión, su hijo de alguna manera se estaba ablandando y ofreciéndole una segunda oportunidad.

Dio gracias a Dios por ese pequeño milagro; bueno, a Dios y a esa increíble mujer a la que estaba seguro que le debía mucho.

—Gracias.

Por el tono de su voz, Martín supo que no sólo le estaba agradeciendo el consentimiento sobre el helado, y volvió a carraspear.

—¿Me puedes pasar con mi hijo?

—Sí, claro, ahora mismo. —Antes de hacerlo, le pidió—: Despídeme de Alexia, ¿quieres?

—Está bien.

A continuación se puso a hablar con Lucas, quien estaba feliz de que su abuelo lo hubiera llevado a las atracciones. Le contó todas las cosas que habían hecho juntos desde el día anterior; estaba exultante, y todo gracias a la atención que Miguel... que su padre le estaba proporcionando. Martín, conmocionado por el cambio surgido, a lo único que acertaba era a sonreír mientras el crío no hacía más que hablar y reírse. Después de colgar, hizo lo que su padre le había pedido, y luego se marchó abruptamente, ya que necesitaba estar un momento a solas para procesar lo que había pasado, dejando a Alexia totalmente intrigada, aunque no muy preocupada, ya que no le había hablado a voz en grito, como solía hacer cuando ella metía la pata.

Cuando acabaron de trabajar, estaban agotados. El actor en lo único que pensaba era en cenar algo y, después de una larga y relajante ducha, meterse en la cama y dormir. Era algo que había hecho muy poco la noche anterior y, sólo de pensar en el motivo que lo mantuvo despierto, se puso inmediatamente duro sin poder evitarlo. Su sorpresa fue mayúscula cuando su empleada lo informó de que saldría a cenar y, para colmo, ¿a que no se imaginaba con quién? Sí, precisamente ¡con el señor Garrido! Así que no le quedó más remedio que poner la maquinaria a funcionar y lo único que se le ocurrió fue hablar con Esther.

—¡Esther! —la llamó apresurado.

Cuando ella se acercó, Martín no tenía muy claro qué le iba a decir, así que no le quedó otra que improvisar.

—¿Sabes dónde van a ir a cenar Alexia y Roberto?

—Ni idea —le confesó—, sólo sé que es en un restaurante del pueblo.

Él quedó contrariado por la información.

«¿A saber a qué restaurante la va a llevar? —pensó mientras se rascaba la mandíbula—. ¡Maldita sea!»

La actriz, al ver su decepción, le ofreció un poquito más de información, por ayudar más que nada.

—No debe de ser muy difícil de averiguar, ya que sólo hay dos y están por el muelle.

Al él se le iluminó el semblante al instante.

—¡Padrísimo! —exclamó—. ¡Te invito a cenar! ¿Qué te parece?

—Pues... pues... —empezó a balbucear sin saber muy bien qué decir.

—¡Estupendo! —celebró sin dejarla terminar—. Te espero aquí dentro de media hora, ¿te parece bien?

Ella sólo acertó a asentir, presionada por el ímpetu de Martín y sin estar muy segura de que fuera una buena idea.

—Sólo necesito que me prometas algo —añadió Martín.

Se lo quedó mirando intrigada y dudosa, pero, después de pensarlo un segundo, venció la curiosidad, así que asintió con la cabeza de nuevo.

—¡Prométeme que, si te preguntan esta noche, la idea de salir a cenar ha sido tuya! —le suplicó.

Lo miró a los ojos atentamente. Vio tanta inseguridad en su mirada, mezclada con miedo y un sentimiento de vulnerabilidad tan acuciante, que no le quedó más remedio que decirle que sí. Se lo prometió, imaginándose lo que quería hacer, pues no hacía falta ser ningún Einstein para deducirlo. A pesar de que nunca había querido meterse en esa situación, ya que Roberto también era su amigo y sabía que, como Martín, estaba interesado en Alexia, en ese instante decidió que lo sentía mucho por él... pero esos dos estaban enamorados, y haría lo que estuviera en su mano para poder ayudarlos, a pesar de ellos mismos.

Cuando Alexia y Roberto llegaron al restaurante, los sentaron a una mesa en una terraza que estaba situada casi encima del mar. Estaba decorada con un pequeño pero precioso centro de flores y una vela dentro de un recipiente de cristal. El ambiente era cálido y sugerente, ambientado con unas luces tenues; era una zona íntima, alejada de los demás clientes para no ser molestados. Eso era algo en lo que había hecho mucho hincapié Roberto con el dueño, ya que no quería que los estuvieran interrumpiendo cada dos por tres, por el acoso de las fans que estuvieran en el pueblo para pedirles un autógrafo o una foto. Aunque el ambiente era distendido, con Roberto era así siempre, Alexia no pudo evitar sentir algo de incomodidad. A pesar de que lo había descartado por completo, por culpa de su jefe y sus incongruentes ideas ahora sentía una pequeña desazón; no estaba igual con él que esa misma mañana. El actor se estaba esforzando por resultar agradable mientras desplegaba todas sus armas de seducción, hasta que, después de lo que le pareció una alucinación, vio cómo se acercaban Esther y... Martín.

Su mirada se volvió asesina y Alexia no pudo más que alarmarse.

—¿Qué pasa? —preguntó preocupada.

—¿Tú le dijiste a tu jefe dónde ibas a cenar conmigo? —soltó entre dientes.

—No. Si no sabía ni dónde era. ¿Por qué?

—¿Tú qué crees?

Ella se giró hacia donde él dirigía la vista y, para su sorpresa, vio cómo se

acercaban Martín y Esther. Volvió a mirar al frente, para apoyar la cabeza en una mano, consternada por lo que estaba a punto de suceder. ¡Como su jefe le montara una escena, allí iba a arder Troya!

—¡Vaya, qué sorpresa! —exclamó éste esbozando una inocente sonrisa.

—Sí, toda una sorpresa —contestó con sarcasmo Roberto.

—No esperaba encontraros aquí —continuó el actor, mintiendo escandalosamente.

Alexia observó primero a Martín, que seguía expresando sorpresa e ingenuidad, aunque por supuesto no se lo tragaba, y después a Esther, que tenía un leve rubor de azoramiento. La verdad era que, para ser dos actores de reconocidísimo prestigio en su país, no lo estaban haciendo nada bien.

—Se me ocurrió invitarlo a cenar —explicó la actriz—. La comida del hotel me estaba empezando a aburrir.

Roberto se quedó con la boca abierta por la flagrante mentira que acababa de decir la que se suponía que era su amiga.

—Si no os importa, nos gustaría compartir la mesa con vosotros —soltó su jefe.

Y mientras Alexia veía atónita cómo se sentaba sin ser invitado, Roberto apretó los dientes con fuerza, intentando controlarse para no saltar encima del otro hombre y partirle la cara. Le costó sudor y lágrimas no hacerlo. A Esther no le quedó más remedio que sentarse también; había prometido ayudar a Martín, pero, sinceramente, si hubiese llegado a sospechar lo que éste iba a hacer, no se hubiera prestado a ello. Ella había supuesto que, como mucho, estarían en una mesa cercana para que los pudiera espiar tranquilamente.

—¿Habéis pedido ya? —preguntó él, sonriendo de oreja a oreja al haberse salido con la suya.

—¡No! —gruñó Roberto.

—¡Perfecto! —exclamó alegre, como si no hubiera pasado nada—. Alexia, ¿me pasas la carta, por favor?

A ésta, que todavía no había abierto la boca, no le quedó otra opción que dársela. La cena transcurrió bastante tensa, básicamente por los gruñidos y frases cortantes que escupía Roberto, aunque Esther y Martín intentaron ignorarlo mientras conversaban de un montón de cosas.

Al principio la asistente estaba bastante incómoda, pero después no pudo evitar relajarse algo, sobre todo porque su jefe no le había montado ninguna escena y por lo divertido e ingenioso que estaba. Era la antítesis de Roberto, pues, así como uno estaba alegre, dicharachero y hablador, el otro estaba de pésimo humor y parco en palabras. Bueno, más bien, en gruñidos.

Alexia estaba intrigada por la actitud de su amigo. Vale que no se llevaban muy bien entre los dos, pero compartían mesa todos los días para comer y cenar y nunca había tenido esa actitud.

Aunque la langosta estaba deliciosa, era enorme y la mitad la compartió con él, ya

que después les iban a servir pescado y no iba a poder con las dos cosas. A pesar de que Martín no dijo nada, no le gustó el gesto que tuvo su empleada; le hubiera gustado que la hubiese compartido con él, aunque entendía que, como era la invitada del otro actor, ella tuviera esa deferencia con su compañero. El pescado también estaba exquisito, sobre todo por el especial hincapié que había hecho Roberto, cuando habló con el dueño, en cómo prepararlo, explicándole que no quería que le echara ninguna especia, sólo un poco de sal y a la plancha. Ese hecho intrigó a Esther, quien le preguntó al actor por la especial insistencia, y él se lo aclaró brevemente. Alexia, a continuación, le contó de forma más detallada el motivo; Martín lo desconocía y frunció un poco el ceño al enterarse.

Y después de una extraña velada, decidieron que ya era hora de marcharse al hotel, aunque al final tuvieron una breve discusión, ya que Roberto insistió en abonar la cuenta de la cena e invitarlos a todos, apresurado por pagar lo antes posible para salir de allí y estar a solas con ella.

Cuando llegaron al hotel, Roberto se despidió resueltamente de Martín y Esther, siendo bastante grosero, todo hay que decirlo, para poder llevarse a Alexia a una mesa aparte. Cuando se sentaron, le preguntó si quería tomar algo, molesto al percatarse de que su jefe se había sentado a unos pocos metros, en una mesa desocupada, mientras Esther se marchaba a descansar.

—No, gracias —le contestó la asistente, desconcertada por su comportamiento.

Había estado muy raro toda la noche y no tenía ni idea de por qué. Bueno, si era honesta consigo misma, quizá sí sabía por qué estaba así, pero no le hacía ni puñetera gracia admitirlo, por dos motivos básicamente. El primero, porque tenía que darle la razón a su jefe, cosa que le repateaba el estómago. Era totalmente incomprensible para ella, algo que no llegaba a entender y ya de paso creer, cómo un hombre como Roberto podía estar mínimamente interesado en ella. Pero no podía obviar la actitud que había tenido esa noche; Alexia no se consideraba tan estúpida como eso. Así que, después de pensarlo fría y detenidamente, a la única conclusión que llegó, y de la que estaba del todo segura, era de que se trataba de un reto... Un simple encaprichamiento por parte del actor, porque ella no bebía los vientos por él como hacían las demás, y la consideraba un desafío a su hombría, por llamarlo de alguna manera. ¡Por Dios!, ¿dejarían alguna vez los hombres de ser tan machistas y tan ridículos? Y lo segundo, pues que ella no sentía lo mismo por él, sólo lo veía como un simple amigo, por lo que se haría la loca todo el tiempo que pudiera para poder evitar el mal trago que pasarían ambos si él llegaba a decirle en algún momento lo que creía sentir, cosa que dudaba, ya que ella se encargaría de darle a entender todo lo contrario a lo que el actor quería escuchar.

—Sinceramente, Roberto, estoy muerta. —Añadió. Algo que, por otro lado, era totalmente cierto—. Sólo deseo meterme en la cama y quedarme inconsciente hasta que mañana suene el despertador.

Él hizo un gesto de disgusto, apartando la vista del rostro de Martín, que sonreía

sardónicamente desde la otra mesa. Cuando ella se iba a levantar, le dijo:

—¿Puedo hacerte una pregunta?

Alexia suspiró y se volvió a sentar.

«¡Mierda!»

—Dime —le dijo nerviosa mientras se mordía el labio inconscientemente.

—¿Tienes algo con tu jefe? —soltó a bocajarro.

Roberto necesitaba saberlo ya. Sencillamente los celos lo estaban carcomiendo desde el mismo instante en que ella le había dicho que había arreglado sus diferencias con Martín. Y, sobre todo, por ver tan seguro al otro hombre sentado a una mesa cercana sin quitarles la vista de encima. Toda la cena se la había pasado haciendo sutiles comentarios, que habían pasado desapercibidos para las dos mujeres, pero no para él.

Ella se quedó sorprendida por la pregunta, pues por segunda vez ese día no se la esperaba en absoluto. La habían pillado, como se decía vulgarmente en España, con las bragas en el suelo.

—Pero ¿qué os pasa a todos hoy con el temita? —preguntó ofendida.

El actor la miró suspicazmente.

—¿Acaso ya te han hecho esta misma pregunta hoy? ¿Quién?

—¡Da igual!

—¡A mí no! —contestó molesto—. ¿Ha sido Martín?

—¡Eso a ti no te importa!

—No me has contestado a la pregunta, Álex —masculló enfadado, ya que la mujer estaba eludiéndola.

«¡Bueno, esto es el colmo!»

No sólo estaba agotada, sino que, como no tenía ya bastante con las recriminaciones de su jefe, ¿ahora también tenía que apechugar con los supuestos celos de Roberto? ¿Qué le pasaba a esta gente? ¿Se había vuelto loca? Si creía que en España tenía problemas, ahora tenía claro que estaba totalmente equivocada; desde que trabajaba para Martín, no hacía más que salir de uno para meterse en otro.

«¡Por Dios, qué estrés!»

Alexia se levantó de la mesa todo lo dignamente que pudo y, enfadada con su amigo, recalcó:

—Por el valor que le doy a nuestra amistad, voy a hacer como que esa pregunta nunca ha salido de tu boca. —Y apoyando las manos encima de la mesa y acercándose a él, le aclaró, mirándolo directamente a los ojos—: Y, aunque no tengo que darte ningún tipo de explicación, sólo te diré que... ¡por supuesto que no! Al señor Ledesma y a mí nos une, sólo y exclusivamente, una relación laboral entre jefe y empleada. Y espero... —añadió mientras se incorporaba— que esta conversación no se vuelva a repetir. ¡Buenas noches!

Agarró su bolso para marcharse de allí con una desagradable sensación de *déjà vu*.

Igual que la noche anterior, Martín hizo acto de presencia cuando Alexia estaba a punto de meterse en la cama, y tuvo que tragar saliva con fuerza cuando vio a su empleada, quien, al igual que la noche anterior, sólo llevaba una camiseta... esta vez de color rosa, con un dibujo de Hello Kitty delante. Notó enseguida cómo su miembro se despertaba para saludarla como era debido; era demasiado *sexy* para su paz mental. Lo que no entendía era cómo, a pesar de lo agotado que estaba, por su cabeza no pasaban más que imágenes con toda clase de fantasías sexuales con ella. Pero, a pesar del deseo que lo estaba consumiendo, advirtió levemente que estaba enfadada. Así que, después de recolocarse su miembro para que le molestara lo menos posible aprovechando que ella estaba de espaldas en ese momento, le preguntó con cierto temor.

—¿Estás enfadada?

—¡Puf, vaya lumbreras! —bufó, mientras se extendía crema por los brazos.

Él enarcó una ceja, pero no dijo nada. Sinceramente, tenía miedo de su reacción, debido a su aparición en el restaurante. Aunque no había dicho nada en aquel instante, la conocía lo suficiente como para saber que no le había gustado nada su visita. Sobre todo, después de que le hubiera dejado muy clara su opinión respecto a su amistad con Roberto y con el hecho de que no le iba a permitir que se entrometiera en su vida privada, como muy bien había enfatizado ella. Pero no lo había podido evitar: cuando se enteró de que iba a salir con ese patán; un sentimiento apremiante le hizo tomar la loca decisión de abordarlos en el restaurante. Sabía que no había sido una buena idea, pero, excepto en escena, el actor era pésimo improvisando, y aquel intento desesperado era lo único que se le había ocurrido. Daba gracias a Dios porque Esther no le hubiera hecho preguntas y se prestara a aquella charada; le debía un enorme favor a su amiga.

Como él todavía no había abierto la boca, Alexia se volvió para mirarlo, y se dio cuenta al momento de su salida de tono.

—Lo siento —se disculpó por lo borde que había sido, y suspiró cansada.

—¿Qué te pasa? —preguntó inquieto.

Aunque sinceramente no sabía si estaba más preocupado por su respuesta o por ver cómo se acariciaba las piernas con la crema mientras estaba sentada en el borde de la cama. A todo esto, Alexia era totalmente ajena a los pensamientos del actor, extendiéndose la crema por la inercia de la costumbre, sin pararse a pensar en lo que estaba haciendo. Sobre todo porque tenía otras cosas en la cabeza.

—Nada, no te preocupes. He tenido un día duro y francamente estoy exhausta. Sólo quiero meterme en la cama y dormir de un tirón hasta mañana por la mañana.

Martín, por un lado, se quedó aliviado, ya que no tenía que preocuparse de que la furia de su empleada fuera dirigida hacia él, máxime después de la mañana tan perfecta que habían pasado, si excluía su momento de locura transitoria, claro. Más bien se inclinaba a pensar que era contra Roberto, al percatarse de la tensión que

había habido entre ellos cuando Alexia se despidió de él, aunque sólo lo había podido intuir y no estaba muy seguro de ello.

Por otro lado, no estaba encontrando nada de alivio en el interior de sus pantalones, sino todo lo contrario, pues le estaban apretando demasiado y el que no pudiera apartar la mirada de sus piernas no hacía más que empeorarlo. Principalmente porque se estaba imaginado maneras más agradables de pasar la noche que haciendo lo que Alexia estaba sugiriendo, y otras formas y sitios más apetecibles por donde extender esa dichosa crema.

La asistente levantó los ojos, intrigada por la falta de respuesta que estaba teniendo, ya que, de repente, se había quedado muy callado después de estar tan hablador toda la cena. Él desvió su mirada al instante, y se giró para realizar la misma rutina de la noche anterior. Así que, mientras cogía su pantalón del pijama y unos calzoncillos limpios para dirigirse al baño y meterse en la ducha, le dijo:

—Sí, yo estaba pensando exactamente lo mismo que tú.

Cuando cerró la puerta del baño, se apoyó en ella respirando con dificultad, completamente seguro de que le esperaba otra ducha fría; de lo que no estaba tan seguro era de si podría aguantar otra noche sin abalanzarse sobre ella. Tenía que admitir, al fin, que deseaba a Alexia. No es que estuviera enamorado de ella ni nada de eso, pero sí que se sentía sexualmente muy atraído. Sobre todo después del beso tan devastador que le había dado esa mañana, y de todos los pensamientos que pasaron por su cabeza cuando confundió las palabras que le dijo referente a su deseo de subirse a la moto y conducirla. Deseaba con todas sus fuerzas que estuviera profundamente dormida cuando saliera del baño. Unos minutos más tarde, después de darse una frustrante ducha helada, cuando salió descubrió con una mezcla de alivio y de pesar que su deseo se había cumplido. Se metió cuidadosamente en la cama para no despertarla y, tras un largo tiempo de dar vueltas, incómodo y exasperado, se quedó dormido.

¡Pero ¿qué...?!

Alexia abrió de golpe los ojos, despertando en el acto. Estaba a punto de amanecer, pero no había sido eso lo que la había despertado, sino una cálida mano agarrando su pecho derecho mientras el miembro erecto de Martín se restregaba contra su trasero. Estaban en la postura mundialmente conocida como la cuchara. La asistente dormía de lado en posición fetal, tenía la camiseta subida por encima de la cintura y apoyaba su cabeza en el brazo extendido de Martín. Éste estaba acoplado a ella en la misma orientación, mientras con la mano izquierda libre que tenía por debajo de la camiseta le agarraba un pecho, y hacía sinuosos movimientos de cadera, frotando su erección contra ella. La chica no pudo evitar sentir cómo una ardiente corriente de fuego bajaba por su espalda, mientras oleadas de placer le hacían vibrar el bajo vientre, logrando que su zona más íntima se humedeciera al instante. Se tuvo

que morder el labio con fuerza para que no se le escapara un gemido, mientras su respiración se agitaba estremecida por lo que estaba sintiendo. Alexia se había quedado paralizada, incapaz de girar la cabeza, porque estaba verdaderamente aterrorizada por lo que se podría encontrar. Si Martín estaba despierto, honestamente no sabría cuál sería su reacción.

«¡Mierda!, ¡Mierda! y ¡mierda!»

Capítulo 21

Había cerrado los ojos con fuerza, negándose a abrirlos, cuando oyó un intenso suspiro de placer que le hizo cosquillas en la nuca, provocando que miles de pequeños escalofríos recorrieran todo su cuerpo y logrando que toda su piel se erizara. Quería parar aquello, de verdad que quería, pero no era capaz. Martín se acercó más a ella, si eso era posible, murmurando algo inteligible mientras que, con el dedo pulgar, empezó a describir pequeños círculos poniendo duro su ya sensible pezón.

«¡Oh, Dios! ¡Oh, Dios mío!»

La respiración de Alexia cada vez era más agitada, al igual que la de él, y su corazón latía desbocado a punto de salirse por la boca. Tuvo que sofocar un jadeo hundiendo su rostro en la almohada, y mientras intentaba obligarse a darse la vuelta, él dejó de atormentar su inhiesto pezón para comenzar a bajar su caliente mano por su torso, sin dejar de empujar con sus caderas buscando alivio para su dolorido pene. La asistente volvió a abrir de golpe los ojos cuando su mano siguió bajando por su vientre para intentar esconderse dentro de su húmedo tanga. Entonces sí que giró la cabeza para darse un pequeño golpe contra el mentón de él, que lo único que provocó fue que murmurara algo que ella no entendió, todavía con los ojos cerrados. La mujer pudo ver, gracias a la tenue luz que entraba por las ventanas abiertas, cómo el ceño se le arrugaba levemente por el molesto golpecito, que no consiguió despertarlo en ningún momento.

Martín tenía los labios entreabiertos mientras su respiración se volvía entrecortada, y su mano volvió a intentar el avance hacia el centro de su sexo, pero no consiguió llegar, gracias a la barrera encontrada en las piernas fuertemente cerradas de ella y en la mano que impidió su recorrido. Así que, como por ahí no podía seguir, su tenaz jefe lo intentó acariciándole las caderas para bajar por su trasero.

Alexia logró parar su caricia agarrándole el brazo y separándolo de su cuerpo, y éste, inconscientemente, protestó y la volvió a aferrar con firmeza, acercándola más a él, mientras su miembro seguía embistiendo, esta vez un poco más fuerte, provocando que ella soltara un pequeño gritito de sorpresa que intentó ahogar tapándose la boca con ambas manos. Pacientemente y rezando para que no se despertara, consiguió escapar de su abrazo y salió lo más rápido que pudo de la cama.

«¡Jesús bendito!»

Las piernas le temblaban como una hoja al viento, y observó cómo Martín protestaba levemente por la pérdida del cuerpo en el que había estado recreando su sueño erótico, para luego darse la vuelta en la cama y seguir soñando... con quien Alexia suponía que era su fantasía, que no podía ser otra más que Marta Salgado.

Como buenamente pudo, salió al balcón de la habitación porque ansiaba refrescar

su acalorado cuerpo, y se dejó caer, temblorosa, en una silla mientras intentaba que su respiración se normalizara. No sabía qué era lo que más le dolía, si su frustración sexual, ya que ella no era de piedra, o el hecho de que la hubiera confundido con la arpía rubia, aunque fuera en sueños.

El actor despertó al oír un ruido. Se desperezó lentamente mientras una sonrisa se dibujaba en su semblante al recordar el increíble sueño que había tenido. ¡Vaya!, había sido tan fantástico que durante un momento incluso le había parecido real. La única pega era que, en esos instantes, estaba tan caliente que no tenía ni idea de cómo bajar esa dolorosa erección que palpitaba furiosa entre sus piernas. Y, honestamente, no le apetecía nada tener que darse otra vez una ducha fría y...

De pronto su sonrisa se quedó congelada al recordar una cosa.

«¡¡¡¡Espera!!!! Sueño más ducha fría igual a... ¡¡¡¡Mierda!!!!»

Se había prometido antes de quedarse dormido que no volvería a pensar en su empleada en ningún término que no fuera sólo y estrictamente profesional. De acuerdo que se sentía... ¿cómo decirlo?, especialmente atraído por ella. Y sí, por fin se lo había admitido a sí mismo; le había costado, pero lo había hecho, pero también era cierto que, lo que le había dicho el día anterior, era verdad. De alguna manera se sentía responsable y reconocía que Alexia era una persona muy especial para él. Le provocaba un sentimiento de ternura mezclado con un feroz instinto protector, y eso nunca le había sucedido antes con nadie, a excepción de su hijo, claro. Y si no quería que Roberto le hiciera daño, lo que menos deseaba era hacérselo él mismo, ya que era igual o peor que su compañero.

¡Y eso sería algo que jamás se perdonaría!

Tenía demasiadas heridas sin cicatrizar y desde el abandono de Vanesa, la madre de Lucas, había quedado dañado de alguna manera, por no decir más bien roto, aunque eso nunca lo reconocería. Y por esa misma razón se había vuelto muy cínico con respecto a las mujeres; le encantaban y disfrutaba de ellas, de eso no cabía la menor duda, pero nada más. De ahí a tener una relación estable o comprometerse... ¡ni hablar! Jamás volvería a cometer ese mismo error.

Se echó las manos a la cara, tapándose los ojos con las palmas, mientras soltaba un largo suspiro, pues... ¿qué era lo primero que había hecho después de hacerse aquella solemne promesa? Nada más y nada menos que tener el sueño erótico más increíble de su vida. ¿Y con quién?, pues con la persona que menos quería... con Alexia.

«¡Demonios!»

Metió la cabeza debajo de la almohada para ahogar un gruñido de pura frustración y... ¡Un momento!

¿Dónde estaba metida el objeto de su deseo?, porque en la cama no estaba. Sacó la cabeza de debajo de la almohada y aguzó el oído, y una lenta sonrisa volvió a

surgir en sus labios, aunque ésta era distinta a la anterior, era más sensual y depredadora. Durante un instante barajó la posibilidad de levantarse de la cama para espiar a su empleada en la ducha, ya que oía cómo estaba corriendo el agua.

«¡Pero ¿qué te pasa, imbécil?! ¡Hace un segundo estabas pensando todo lo contrario!», se recriminó volviendo a meter la cabeza debajo de la almohada.

Su amiguito pegó un pequeño latigazo bajo los pantalones del pijama, porque, aunque Martín lo estaba intentando con todas sus fuerzas, no era capaz de quitarse de su mente la visión de Alexia acariciando sus piernas... pero, en vez de extenderse crema, se estaba restregando una espumosa esponja, para, a continuación, subir por su cadera y luego enjabonarse el vientre con movimientos circulares... hasta llegar a un pecho, al que le prestaba una especial atención... mientras el agua hacía resbalar esa espuma, que se colaba entre sus piernas, que...

¡¡Aaarrggg!!

Mordió la almohada exasperado y rabiosamente excitado. Estaba seguro de que sus testículos iban a estallar en cualquier momento, debido a la presión que estaban soportando. O eso, o él iba a acabar rematadamente loco.

Cuando Alexia salió del baño recién duchada, se llevó una extraña pero grata sorpresa al no encontrar a su jefe en la habitación. Había desaparecido misteriosamente sin decirle nada, y por una parte le resultó un gran alivio, pues así tendría más tiempo para preparar su encuentro con él. Había estado meditando durante el rato que había transcurrido hasta que empezó a amanecer, y aprovechó ese lapso de tiempo para serenarse. Lo que tenía más claro que nunca era que él no era culpable de sentirse atraído por una mujer que dejara tanto que desear. Al fin y al cabo, Marta era muy hermosa, con un cuerpo impresionante que volvería loco a cualquier hombre. Y su jefe no dejaba de ser eso, un hombre. Y si encima la actriz se le insinuaba de esa manera, dejándole claro que el sentimiento era mutuo, pues... ¿qué más le podía pedir? Sería tonto si desaprovechara esa ocasión, y ella podía tildar a Martín de muchas cosas, pero no de tonto. ¿Que tenía un dudoso gusto con las mujeres? Sí, pero tonto... eso no.

Así que, gracias a que ella había sido la única que había pasado un mal rato, ya que su jefe había estado en otro mundo paralelo y mal, precisamente mal, no parecía que se lo estuviera pasando, decidió que haría como si aquello nunca hubiera ocurrido. Después de tomar aquella sabia y sensata decisión, se metió en la ducha para prepararse lo antes posible y abandonar la habitación justo a tiempo de que él se despertara. Le sería más fácil enfrentarse a él si no tenía aquella detestable cama a la vista. Pero qué casualidad que había decidido adelantársele y hacerle la situación más fácil para ella, que no pudo evitar fruncir el ceño preguntándose a dónde habría ido. ¿Quizá a terminar su sueño, convirtiéndolo en realidad?

Sacudió la cabeza intentando convencerse de que aquello no era asunto suyo; lo

que estuviera haciendo Martín y con quién no era de su maldita incumbencia. Cuando se encontraron una hora más tarde en el restaurante, ella ya había desayunado hacía rato, pero estaba sentada con los demás mientras hacía tiempo para que terminaran y los llevaran al pueblo de Uaymitún, donde debían grabar esa mañana.

Intentó disimular, pero no pudo evitar acordarse de aquellos breves pero intensos minutos antes del amanecer. Debido a ello, mirar a su jefe a la cara se le hacía especialmente difícil, así que estuvo un tanto cohibida, para desconcierto de Martín. Fue durante el desayuno cuando se enteró de que el actor se había ido al gimnasio, para volver a descargar tensiones.

«¡Pues sí que está estresado el hombre! —pensó Alexia—. Si sigue así, se va a poner cuadrado.»

Tras ese pensamiento, no pudo evitar sentir cierto alivio y esbozar una leve sonrisa; lo prefería cuadrado a revolcándose con su amiguita.

Cuando llegaron a la laguna, Roberto se acercó a ella mientras su cara lo decía todo: estaba pálido y ojeroso, y su expresión era de arrepentimiento. Había estado todo el desayuno inusualmente callado; aunque los demás lo notaron, no quisieron hacer ningún comentario, incluido Martín. A pesar de que Eva había intentado mejorar su aspecto utilizando más maquillaje, el semblante del actor no era muy bueno.

—¿Podemos hablar un instante?

—No sé si es buena idea —le contestó, todavía enfadada con él.

—¿Por favor? —suplicó.

Alexia comprobó que su jefe no la necesitaba, así que asintió con la cabeza y se alejaron un poco para obtener algo de intimidad.

—Lo siento.

Fue lo único que él dijo, con los ojos clavados en el suelo, ya que no se atrevía a mirarla a la cara. Alexia suspiró. Ella también lo sentía y quizá había sido un tanto dura con él. La noche anterior verdaderamente estaba agotada, y había perdido los nervios haciéndoselo pagar a él. Habían sucedido demasiadas cosas... la mala noche que había pasado, la discusión con Martín, la charla con Esther, la cena tan incómoda... y después él lo había rematado haciéndole una pregunta que estaba definitivamente fuera de lugar. Él alzó el rostro para saber cuál era la reacción de ella y también suspiró, pero de alivio al ver que la asistente se ablandaba.

—Roberto, yo...

—¡Escúchame! —le rogó antes de que dijera nada—. Sé que soy un imbécil y que ayer, durante la cena, no me comporté debidamente, pero es que tenía puestas tantas esperanzas en ella...

—¿Esperanzas?

—Sí —le confirmó y la agarró de las manos.

«¡Ay, Dios! ¡Va a hacerlo! ¡Aquí, delante de todo el mundo!, ¡No, por favor!»

—Alexia, yo...

—¡Roberto! —graznó una octava más agudo de lo normal, provocando que las personas más cercanas se giraran para observarlos extrañados—. Eh... no te preocupes, ¿vale? —lo interrumpió mientras retiraba disimuladamente las manos y bajaba la voz—. Yo ayer tampoco tuve un día muy bueno y... tal vez fui un poco borde y brusca contigo, pero...

—No, Álex —la contradijo—. La culpa fue totalmente mía y...

—¡Y no pasa nada! —exclamó, simulando una alegría que no sentía para intentar enmascarar el pánico que la estaba embargando—. Somos amigos, ¿no?, y los amigos se perdonan. Y... y yo te perdono, así que hagamos como que no ocurrió nada.

—Pero Alexia, yo quería hablarte de algo...

—Roberto, no creo que sea un buen momento.

—Quizá éste no sea el sitio más adecuado, pero...

El actor se estaba poniendo insistente y ella ya no sabía qué más hacer para que no siguiera hablando, así que no se le ocurrió otra cosa que darle un abrazo de forma brusca e inesperada. Tan inesperada, que él se quedó mudo de asombro. Cuando iba a corresponder al abrazo, con una enorme sonrisa en los labios, Alexia hizo algo que lo dejó más desconcertado todavía. Le dio un beso en la mejilla y, a continuación, se apartó para decirle:

—¡Puf, tengo muchísimo trabajo que hacer! —Luego, mirando por encima de su hombro, fingió que Martín la estaba llamando—. Y mi jefe me requiere, así que nos vemos más tarde, ¿vale? —Y se alejó como alma que lleva el diablo, dejándolo totalmente estupefacto.

El resto del día pasó sin mayores incidentes. Grabaron durante la mañana en la laguna Rosada y después, por la tarde, lo hicieron en el yacimiento arqueológico. Acababan de llegar al hotel cuando Julio, el productor, le pidió a Martín que atendiera a un grupo de periodistas de varios países y les concediera una breve entrevista para promocionar la telenovela. Los atendió a todos con amabilidad y paciencia, a pesar de que estaba deseando descansar y tomarse una buena cerveza. Y mientras estaba atendiendo a una impresionante periodista paraguaya llamada Natalia, el actor buscó con la mirada a su empleada, que en esos momentos le estaba lanzando dardos envenenados con los ojos a la mujer. Martín alzó una ceja, extrañado por la actitud de Alexia, pues había estado todo el día de lo más rara, evadiendo su mirada, contestándole sólo con monosílabos o movimientos de cabeza, situándose cerca pero a la vez alejada de él. Y lo mismo había hecho con Roberto, esquivando su compañía de forma sutil pero eficaz. Ciertamente le había venido muy bien su actitud, ya que le había hecho más fácil la tarea de sólo pensar en ella de forma seria y profesional, y de paso no estar tan preocupado por lo que le pudiera estar diciendo o haciendo su compañero. Pero ahora, aprovechando un despiste, la encontraba con cara de malas pulgas, taladrando a la pobre periodista con sus hermosos ojos y con una expresión de desprecio mal contenido. Se preguntó a qué venía ese comportamiento, dado que no era usual en ella. Observó más detenidamente a la reportera y tuvo que reconocer que

era una mujer muy hermosa, con un cuerpo increíble, una admirable cabellera castaña y unos sensuales ojos marrones que no hacían más que pestañear de forma coqueta, mientras le realizaba unas preguntas un poco salidas de tono. Estaba claro que intentaba flirtear con él, pero era un juego al que ya estaba acostumbrado, pues de esa forma las entrevistas eran más del agrado femenino, que era el público al que mayoritariamente iban dirigidas. Cuando Alexia advirtió que la estaba observando, un intenso rubor tiñó sus mejillas y se giró de repente, avergonzada, provocando que él sonriera más ampliamente a la hermosa mujer, mientras su asistente daba pequeños golpecitos exasperados con la punta del pie.

Cuando acabaron, se dirigieron al restaurante para cenar y, después, a tomarse algo para relajarse.

—¡Te juro que no los soporto! —explotó Esther mientras se sentaba al lado de Alexia, que estaba tranquilamente en una de las mesas cercanas a la piscina.

Llevaba un buen rato allí, observando cómo las ramas de las palmeras eran mecidas por la suave brisa que corría esa noche, buscando esa ansiada soledad que hacía varias noches que no tenía, ensimismada en sus pensamientos y sintiéndose identificada con esas hojas, ya que eran movidas de un sitio a otro sin control ninguno, como el torbellino de sentimientos y emociones que tenía en la cabeza. Había logrado esconderse durante unos valiosos minutos de todo el mundo, sobre todo de su jefe y de Roberto, que había intentado hablar con ella otra vez, aunque logró eludirlo con éxito.

—¿A quién no soportas? —preguntó suspirando, obligada a regresar a la realidad.

La actriz estaba haciendo pucheros mientras se recolocaba correctamente el flequillo. Alexia la observó extrañada, ya que no era muy dada a enfadarse con nadie, sino todo lo contrario: Esther era la mujer con más paciencia que había conocido en su vida.

—¡A los hombres!

—¿A qué hombres?

—Buf... ¡A todos!

Se rió, divertida por su actitud.

—¿Qué han hecho ahora?

Su amiga le lanzó una mirada rencorosa por mofarse de ella.

—Están todos jugando al póquer y no dejan participar a las mujeres porque dicen que es un juego masculino —protestó ofendida.

Alexia abrió la boca, sorprendida.

—¿En serio?

—¿Te lo puedes creer? Con la de veces que he jugado con mi marido al *strippoker* y he ganado. —Luego levantó varias veces las cejas para aclararle—: Y cuántas me he dejado ganar.

—Bueno, pues ellos se lo pierden.

—¡No! ¡Me niego! ¿Por qué los señoritos pueden pasarse la noche jugando y nosotras aquí, muertas del asco? ¡No es justo! —concluyó, cruzándose de brazos como una niña pequeña en medio de una pataleta.

—¿No estás exagerando un poco?

Alexia estaba medio divertida y medio sorprendida por la reacción de su amiga.

—Me revienta cuando se ponen machistas —contestó Esther—. ¡Ojalá supiera algún juego que los tuviera rojos de envidia! Cuando quisieran jugar, les diría: «¡No querido, este es un juego sólo de chicas, no apto para machotes!».

La asistente se quedó callada durante unos segundos, barajando la posibilidad que se le estaba pasando por la cabeza.

—Quizá yo tenga una idea.

—¿De veras?!

—Espera un momento, es sólo una idea, ¿vale? Y seguramente muy tonta —la avisó, preocupada por no darle falsas esperanzas—. Pero lo que sí te puedo asegurar es que nos lo pasaremos en grande.

Y ella necesitaba desconectar una noche de sus problemas, aunque fuera una sola noche.

—¡Padrísimo! —exclamó su amiga con júbilo—. Eso es lo único que importa y... si encima me puedo vengar de ellos, ¡pues mejor!

Las dos se echaron a reír.

—Está bien, pero necesito ayuda.

—Lo que precises.

—Humm, apunta.

Esther abrió su bolso y sacó lápiz y papel.

—¡Perfecto! Pues vamos a necesitar unas barajas de cartas; si pueden ser españolas, mejor, que con las otras me lío.

—Ajá —contestó mientras escribía.

—Y también una cazuela de barro, con un cucharón del mismo material, unos litros de aguardiente, unos granos de café...

Alexia paró de hablar cuando se percató de que su amiga no estaba escribiendo.

—¿Me quieres decir para qué necesitamos todo eso? —preguntó extrañada—. Sólo vamos a jugar a las cartas, ¿no?

—Bueeeeno...

—¿Cómo que bueno?

—Tú calla y apunta.

La actriz se la quedó mirando unos segundos más, hasta que se encogió de hombros. En la cara de Alexia había una expresión traviesa que le daba algo de miedo, pero... ¡qué demonios!, quería pasárselo bien y de paso, si se terciaba, burlarse de los hombres.

—Me quedé en la cazuela de barro.

Su amiga resopló y empezó de nuevo.

Montaron el tenderete en una mesa cercana a la de los hombres. Cuando lo tuvieron todo perfectamente preparado, llamaron a las mujeres y a Mauro, que no contaba como del bando masculino, y por supuesto ignoraron a Marta, ya que ella no contaba en ningún bando, era una especie aparte. Luego comenzaron a jugar.

—Bien, amigas... —se dispuso a explicar de manera misteriosa, de pie delante de la mesa—: Lo que vais a presenciar esta noche es un *meigallo* ancestral de mi pueblo.

Mientras hablaba, iba agregando los ingredientes a la cazuela de barro.

—Este *meigallo*, o hechizo, lo elaboraban las *meigas*^[9] de las aldeas más recónditas de Galicia, y se llama *A queimada*^[10]. Cuenta la leyenda que los celtas lo usaban para alejar a los malos espíritus y a las brujas...

Y qué casualidad que justo en ese momento pasaba la arpía rubia por delante de ellos, mirándolos con desprecio pero con una curiosidad mal disimulada.

—... y también los protegían de los maleficios, como el mal de ojo. Con el tiempo, la tradición pasó de familia en familia, y ahora sólo las buenas *meigas* lo realizan correctamente. Y todo *meigallo* tiene su conjuro, que leeré en alto mientras lo realizo.

A la vez que iba contando todo eso, iba agregando el aguardiente a la cazuela, con el azúcar, una copa de ron, unos granos de café, la corteza de una lima, ya que no había limones en el hotel, y por último la corteza de una naranja. A continuación, pidió que apagarán las luces y se quedaron en absoluta oscuridad, sólo iluminados por la luz de la luna, que estaba en fase llena esa noche y cuya luz entraba por los ventanales. Cuando todo estuvo como ella quería, miró a cada uno de los que estaban a la mesa, quienes presentaban diferentes estados de ánimo: atentos, confundidos, expectantes, curiosos... Procedió a verter en el cucharón un poco de aguardiente y azúcar que había reservado y lo encendió con un mechero. Tomó el papel en la otra mano y empezó a leer, mientras acercaba el cucharón a la cazuela y el alcohol comenzaba a arder:

*Mouchos, coruxas, sapos e bruxas;
demos, trasnos e diaños;
espíritos das neboadas veigas,
corvos, pintegas e meigas;
rabo ergueito de gato negro
e todos os feitizos das menciñeiras...*^[11]

Mientras pronunciaba el conjuro y revolvía el líquido en llamas sin tocar el fondo del recipiente, los asistentes estaban admirados y maravillados por el calor, el color y el olor del brebaje. El tono azulado de las llamas al quemarse el alcohol junto con el azúcar, y las palabras que pronunciaba Alexia, los tenía como hipnotizados y en diferentes fases de asombro. Y no sólo a los que estaban sentados a la mesa, sino

también a las demás personas que estaban cerca, incluidos los jugadores de póquer, que se acercaron, incapaces de resistirse a la curiosidad de saber qué estaban haciendo.

Cuando terminó de recitar el conjuro, apagó las llamas con un fuerte soplo, dando por terminado el hechizo.

—Bien, ahora, mientras la pócima se enfría, os diré cuáles son las reglas del juego.

Apartaron el recipiente con cuidado a otra mesa, encendieron las luces y Alexia cogió dos barajas de cartas que se dispuso a mezclar.

—¿Alguien ha jugado alguna vez a los animales?

Todos se quedaron mirándose unos a otros con cara de extrañeza, para a continuación responder que no.

—Está bien: el juego de los animales es muy sencillo. Consiste en que cada uno de los jugadores tiene que elegir un animal, el que queráis; puede ser un perro, una gallina, un burro, un grillo, un mono...

Llegados a este punto, los hombres del póquer decidieron que aquello era una tontería, y volvieron a su partida. Esther observó fastidiada cómo se iban, pero después siguió las instrucciones de su amiga.

—Voy a repartir las cartas boca arriba —siguió explicando Alexia—. Cada carta tiene un palo; hay cuatro: oros, copas, bastos y espadas. Cuando yo reparta, las personas que tengan el mismo palo de la carta tienen que imitar en alto el sonido del animal del contrario. El que primero acierte, gana, y el perdedor se queda con las cartas del contrario. ¿Lo habéis entendido?

—No —reconoció María.

—Voy a poneros un ejemplo. Yo elijo ser un pato y tú, María, un gallo. Si reparto las cartas y a mí me toca, por ejemplo, espadas, y sigo repartiendo y a ti te tocan espadas también, yo tengo que decir «quiquiriquí» y tú, «cuac, cuac». La que antes lo diga, gana, y la otra se queda con su carta. La dificultad de este juego es acordarse de los animales de todos los contrincantes.

—¿Y *A queimada*?

—El que pierda se tiene que beber un chupito.

A todo el mundo le pareció genial, así que se pusieron a jugar de inmediato.

Al cabo de un rato, el escándalo que estaban montando era tal que incluso a los jugadores de póquer les resultó difícil ignorarlo. Se acercaron curiosos nuevamente y observaron cómo se lo estaban pasando en grande. El grupo se había acrecentado, por lo que resultaba más difícil todavía adivinar el animal de cada uno, y se ponían tan nerviosos que, cuando les tocaba, terminaban imitando el sonido de los animales de corrillo, hasta que se acordaban del correcto o lo adivinaban por casualidad. O directamente balbuceaban intentando inútilmente acordarse, poniendo caras extrañas y gritando más alto que el rival para que se los oyera mejor si acertaban.

Cuando Martín y los demás se acercaron, se encontraron a Eva tirada en el suelo

con un ataque de risa, mientras Mauro la intentaba levantar. Esther se sujetaba la barriga, doblada en dos, con evidentes dificultades para poder respirar por culpa de las carcajadas, y Alexia, llorando de risa, trataba de acordarse de a quién le había repartido la carta anterior.

Al principio la asistente se había negado a beber, alegando que ella no estaba acostumbrada y que, además, tenía que repartir las cartas, pero la ignoraron por completo y no le quedó más remedio que beber chupitos del brebaje que había preparado. Cuando éste se acabó, mandaron traer más botellas de alcohol, por lo que estaba ligeramente contenta. Bueno, para ser honesto, bastante contenta. Cuando los hombres del póquer quisieron jugar, Esther, al principio, se negó rotundamente, pero después de que les suplicaran que les dejaran hacerlo, le guiñó un ojo a Alexia y claudicó.

Martín no se lo había pasado tan bien en años. El juego era una tontería, porque sinceramente era lo más sencillo y simplón a lo que había jugado en su vida, pero resultaba extremadamente gracioso. Si a eso le añadías un poco de alcohol, aquello era un desmadre. Le dolía el estómago y la mandíbula de tanto reír. Llevaban un buen rato jugando cuando tuvo que impedir a su empleada que siguiera repartiendo las cartas, porque ya no controlaba mucho que digamos. A pesar de que él también había bebido, no llevaba la misma cantidad de alcohol que tenían los que habían empezado a jugar desde el principio, y menos las mujeres, que toleran el alcohol peor que los hombres. Así que decidió llevarse a Alexia para la habitación a dormir la mona.

Al principio ella se resistió, pero al final se despidió de todo el mundo, asegurándoles que los quería como si fueran sus hermanos. Dio abrazos y besos a diestro y siniestro, incluso a algún empleado del hotel despistado que pasó justo por allí. Estaba muy graciosa, pero al actor no le quedó más remedio que sujetarla con fuerza para obligarla a ir a descansar.

Cuando llegaron a la habitación después de mucho esfuerzo, ya que en el ascensor se le había ocurrido la absurda idea de irse a bañar al mar, porque decía que no se podía ir de allí sin despedirse adecuadamente del lugar, y había pulsado todos los botones hasta que el actor consiguió que llegaran a su piso, Martín sentó a Alexia en la cama.

—¿Dónde tienes tu camiseta de dormir? —le preguntó agotado de forcejear con ella.

Ella se lo quedó mirando fijamente, como si le estuviera hablando en otro idioma.

—Alexia, tu camiseta de dormir, ¿dónde la has puesto? —volvió a preguntar pacientemente.

—No *shee*. *Sshupongo* que *enlaco... enlaco...* la cómoda —le dijo mientras intentaba hablar y pensar a la vez.

Él revolvió todos los cajones del mueble, pero no encontró nada... sólo ropa interior, un bañador, unas blusas... ropa normal, vamos, así que, al final, agarró una camiseta suya y se acercó a ella.

—Escucha, no la encuentro, pero te dejo una mía para que puedas dormir, ¿vale?
—le propuso hablándole muy despacio, mientras observaba cómo le estaba resultando difícil mantenerse erguida.

—Vaaale.

La ayudó a levantarse para llevarla al baño para que se cambiara.

—*Shaabesss* que te quiero *muxo*, ¿verdaad?

—Sí —le contestó mientras abría la puerta del baño.

—Como la *truxa* al *truxo*, ja, ja, ja...

Martín la dejó sentada encima de la tapa del inodoro.

—Te dejo que te cambies de ropa; si me necesitas, estoy ahí detrás, ¿de acuerdo?

Alexia asintió con la cabeza tan fuerte que se inclinó un poco hacia delante, perdiendo el equilibrio. La ayudó a encontrar la estabilidad mientras sonreía divertido y luego la dejó sola para que se cambiara. Después de unos minutos que se le hicieron eternos, asomó la cabeza para comprobar si estaba bien, porque llevaba un rato llamándola y lo único que oía eran unos ruidos amortiguados. Cuando lo hizo, pudo comprobar con alivio que seguía sentada en el mismo sitio donde la había dejado, pero estaba espatarrada en el asiento y atascada, pues tenía la cabeza y los brazos levantados y luchaba afanosamente, sin éxito, por sacarse la prenda.

Se acercó a ella y la ayudó a desembarazarse de la ropa. No dejaba de sonreír mientras pensaba en lo avergonzada que se sentiría al día siguiente cuando le contara todo lo que había hecho. Pero la sonrisa le duró poco, ya que su mirada se tornó seria cuando, después de desprenderse del vestido, ella se quedó únicamente en ropa interior. Intentó no fijarse mucho y ayudarla a ponerse su camiseta lo más rápidamente posible, pero no lo consiguió. El conjunto de culote y sujetador a juego, a Martín le pareció exquisito. Era de color blanco, con unas delicadas y minúsculas flores moradas, y la piel de ella era tan blanca y suave, y sus curvas tan sinuosas y delicadas, que la boca se le hizo literalmente agua. Intentó pensar en otra cosa mientras la ayudaba, pues por culpa del alcohol estaba más patosa de lo normal, provocando que algo tan sencillo como ponerse una camiseta resultara una tarea titánica. El problema era que la dichosa mujer se movía tanto que su cuerpo y sus manos no podían evitar tocarla y rozarla, consiguiendo que una furiosa erección volviera a despertar a su amiguito por...

«¡Maldita sea, ya he perdido la cuenta! ¡Mierda!»

Logró por fin llevarla a la cama, a pesar de lo complicado que se lo estaba poniendo, ya que nunca pensó que ver vestida a una mujer con su propia camiseta lo pudiera excitar de tal manera, por lo que le estaba resultando extremadamente difícil no arrojarse encima de ella y hacerle el amor desesperadamente. Después de conseguir acostarla y arroparla, mientras repasaba mentalmente el guion del día siguiente para intentar distraerse, Martín se levantó de la cama, pero fue detenido por Alexia, que le agarró una mano.

—¿Dón... dónde vas?

—No te preocupes, no me voy a ir lejos.

Ella se incorporó y, con un semblante muy serio, le dijo:

—*Shabess* que te quiero *muxo*, ¿verdad?

—Lo sé. Hoy quieres mucho a todo el mundo —respondió suspirando y deseando que fuera cierto.

Ella sonrió divertida.

—Sip.

—Estás muy borracha, Alexia, es mejor que te duermas.

—Yoooo no *essstoy borraxa*. *Sholo esstoy* un poquito per... perju... perjudicada —replicó mientras hacía un gesto con los dedos índice y pulgar.

Martín no pudo evitar lanzar una carcajada. Estaba encantadora.

—¡Vaya!, ¿ahora se le llama así?

—Sip.

Y volvió a ponerse seria, después de sacudir la cabeza afirmativamente.

—Peeeeero tú *eress* muy importante *paarra* mí, ¿*shabess*?

Él observó su rostro con una mirada penetrante. Se dice que los niños y los borrachos son los únicos que no saben mentir, y se le ocurrió una idea. No era correcto lo que iba a hacer, pero en ese momento no le importó.

—Dime una cosa, ¿te gusta Roberto?

Ella se lo quedó mirando durante un segundo hasta que filtró la información.

—¿Robeeerrto? ¿Robeerriiiiiito? Nooooo, *claaarro* que noooo —contestó sonriendo—. *Sholo sooomos amiguis*.

Martín exhaló el aliento que había estado conteniendo inconscientemente.

—¿Y Fernando? ¿Qué me dices de él?

—Peero ¡qué dices! ¡No, qué vaaa! —exclamó con énfasis—. *Es buapo*, muy *buapo*, *peeeerro* no es mi tipo.

Sonrió aliviado.

—Y... ¿hay alguien que sea tu tipo? O sea, ¿que te guste?

—Sip —contestó asintiendo enérgicamente con la cabeza.

Al actor se le borró la sonrisa en el acto, y le preguntó después de carraspear:

—Y... ¿quién es?

Alexia se acercó sonriendo a él y los ojos se le iban juntando cuanto más se aproximaba.

—¡A tiii te lo voooy a decir! ¡¡¡Ja!!!

Se levantó furioso mientras se pasaba una mano por el pelo.

—¡Tienes que decírmelo!

—*Nop* —contestó mientras sonreía de oreja a oreja, y después escondió un bostezo con las manos.

«¡Maldita sea!»

Martín empezó a pasearse por la habitación con una enorme erección, cabreado y con su asistente borracha como una cuba. ¿Es que ni bebida iba a soltar prenda? ¡Era

una mujer insoportable! ¿Y quién era ese hombre? ¿Podiera ser que se estuviera viendo con alguien y él no se hubiese enterado?

¡No, imposible!

Él lo sabría, estaban juntos prácticamente las veinticuatro horas del día. Entonces, ¿cómo era posible? A no ser... que fuera alguien de su pasado. Que un hombre, un antiguo novio quizá, la estuviera esperando en España. Realmente no sabía nada de la vida anterior de su empleada.

—Tienes a alguien en España esperándote, ¿no? ¿Un novio?

Alexia, de repente, se puso seria y una expresión de dolor cruzó por su rostro, antes de que inclinara la cabeza y centrara su mirada en sus manos. Él se acercó a ella y se volvió a sentar en el borde de la cama.

—¡Dime, Alexia! ¿Es eso?

Ella levantó la cara y se lo quedó mirando con una extraña expresión en el semblante... y despacio, muy despacio, alzó su mano para acariciarle la cara, y a continuación dijo algo que lo dejó totalmente descolocado.

—Bésame.

—¿Qué? —preguntó parpadeando varias veces, incrédulo.

—Bésame, Martín.

Durante unos segundos se quedó petrificado, sin saber qué hacer ni qué decir, a la vez que por su mente pasaban un millón de sentimientos y pensamientos encontrados... hasta que al final dejó de luchar contra sí mismo, contra ella y contra el mundo entero, para hacer algo que deseaba desde hacía mucho tiempo. Así que se abalanzó sobre ella, sujetándole la cara con ambas manos y besándola con ansia, con absoluta desesperación. Martín sabía que lo que estaba haciendo no era correcto; la dichosa vocecita en su cabeza lo advertía de que Alexia estaba borracha y se estaba aprovechando de ello. Pero la desechó, relegándola a lo más profundo de su mente, porque su deseo por ella era más fuerte que su conciencia... y continuó devorando su boca mientras gruñidos de frustración y de deleite a la vez surgían de su pecho, expresando lo mucho que había esperado ese momento. Porque la había besado antes, pero no como lo iba a hacer ahora, a sus anchas, con detenimiento, disfrutando mientras daba pero también reclamando, exigiendo.

Lamía, mordisqueaba y exploraba mientras miles de escalofríos recorrían su cuerpo, sintiéndolo extremadamente sensible a cada roce del de ella. Era como si cada terminación nerviosa, cada centímetro de su piel, surgiera a la vida y despertara de un largo e interminable letargo.

A Martín la ropa le sobraba y se desprendió de la camisa con tanta impaciencia que la rasgó en una manga, pero no le importó. Lo único que importaba era esa mujer que lo miraba con una extraña expresión en los ojos. Volvió a besarla con furia, y con cada envite de su lengua, en una lucha encarnizada con la de ella, fue reclinándolos a ambos sobre la cama hasta quedar tendidos.

—¡Por Dios, Álex!, ¡me vuelves loco! —susurró con la voz temblorosa.

Alexia había enterrado una de sus manos en su pelo mientras jadeaba con la respiración entrecortada porque él le estaba besando el cuello, y con la otra le acariciaba la espalda, consiguiendo que la piel de él se erizara. Martín tampoco estaba quieto y su mano derecha apartó con urgencia la ropa de cama, para dejar a la vista el cuerpo de ella enfundado en su camiseta.

¡Virgen santa! ¡Era tan hermosa!

Recorrió con delicadeza el contorno de su pierna con las yemas de los dedos, subiendo por ella hasta llegar a la altura de su cadera, para introducir una mano por debajo de la camiseta y recorrer el camino hasta su pecho, que rozó ligeramente por encima del sostén, logrando que ella arqueara la espalda buscando un contacto más íntimo. La tenía temblando entre sus brazos, con la boca entreabierta, la respiración agitada y los ojos cerrados. Y volvió a atacar esos labios que lo habían tenido obsesionado durante tanto tiempo, agarrando el inferior suavemente con sus dientes para tirar delicadamente de él.

—¡Dios! ¡Cómo había soñado con hacer esto!

A continuación siguió lamiendo y explorando, incansable. Su pene palpitaba doloroso entre sus piernas; el pantalón le hacía insoportable el encierro al que lo tenía sometido, y estaba a punto de separarse de ella para quitárselo cuando notó algo extraño. Sintió que algo no iba bien. Los labios de Alexia estaban como inertes, sin vida, no respondían como lo habían hecho dos segundos antes.

Martín levantó la cabeza para observar, estupefacto, su rostro.

—¡No puede ser! ¡No me puede hacer esto! ¡Es increíble! ¡Esto no me puede estar pasando!

Y sin poder dar crédito a lo que veían sus ojos, descubrió exasperado y frustrado que Alexia se había quedado dormida. Se levantó de la cama como movido por un resorte y, furioso con su empleada, empezó a caminar de un lado a otro pasándose las manos por su cara impacientemente, mientras miraba de hito en hito a la mujer y presenciaba, asombrado, cómo ella se ponía de lado, buscando una postura más cómoda para seguir durmiendo tranquilamente.

—¡La mato! ¡Te juro que la mato!

Bajó la mirada hacia su miembro henchido e injustamente maltratado, mientras su rostro era un puro poema, dándose cuenta de que se encontraba en la misma situación que esa misma mañana. ¡No! ¡Mentira!, estaba peor, mucho peor.

—¡Joder!

Capítulo 22

Alexia se despertó creyendo sinceramente que los Ángeles del Infierno estaban en su habitación haciendo rugir el motor de sus motos como si la vida les fuera en ello. Intentó abrir los ojos, pero le supuso una tarea imposible, así que se tapó los oídos con la almohada, mientras gemía atormentada por culpa de una insoportable jaqueca. Pero aquel sonido infernal no desaparecía. Estuvo durante más de un minuto intentando descifrar de dónde salía aquel maldito ruido, pero se dio por vencida, ya que su cráneo iba a estallar. Abrió los ojos con mucha dificultad, buscando a la persona o personas que se estaban vengando de ella de una forma tan cruel moviendo la cabeza de un lado a otro... pero tuvo que parar, ya que de repente le subieron unas arcadas a la boca, por lo que a punto estuvo de vomitarlo todo en aquel momento. Y lo peor era que allí no había nadie.

Se quedó quieta mientras trataba de deducir qué diablos estaba pasando y de paso aquietar un poco el estómago, hasta que se dio cuenta de que lo que estaba sonando era la alarma de su móvil. Se arrastró como pudo por la cama y apagó el insufrible aparato, que estuvo a un tris de acabar estampado contra la pared.

—¡La Virgen, qué alivio!

Se quedó tirada en la cama deseando con todas sus fuerzas poder mover los brazos y las piernas, pero su cuerpo no le respondía. Tenía la boca pastosa y su lengua parecía de estropajo, y de pronto recordó por qué se encontraba tan mal. La noche anterior se había corrido una juerga padre. Alexia no era ninguna mojigata y antes de esa noche se había emborrachado varias veces; no muchas, para ser sincera, pero alguna que otra sí. Pero, como aquélla, verdaderamente no recordaba ninguna. Hablando de recordar... tenía una enorme laguna de la noche anterior: desde que empezaron a jugar los hombres del póquer hasta... hasta esa misma mañana. No recordaba cómo había llegado a la habitación, ni con quién, ni quién la había acostado en la cama, ni...

«¡Mierda!»

Levantó las sábanas para ver si estaba desnuda.

¡Uff!

Suspiró aliviada al descubrir que tenía puesta una camiseta.

¡Bien, todo correcto!

—¡Un momento! ¡¡¡¡Esta camiseta no es mía!!!! —gritó aterrada, pero bajando la voz al instante por su terrible resaca.

Desesperada, se subió la prenda hasta los pechos, para comprobar, más tranquila, que al menos tenía la ropa interior en su sitio. Se llevó las manos a las sienes, trazando círculos con los dedos para activar la circulación sanguínea, a ver si mejoraba algo el dolor, pero nada, seguía ahí, martilleándole la cabeza. Hizo acopio

de valor, y lenta, dolorosa e inexorablemente se arrastró como alma en pena hacia el baño, para acabar vomitando en el retrete. Se quedó sentada en el suelo durante unos minutos, con la frente apoyada en la pared, aliviada por la frescura de los azulejos, hasta que recuperó más o menos la normalidad. Entonces se dirigió hacia la ducha para intentar, por lo menos, sentirse nuevamente persona.

Cuando se sentó a la mesa del restaurante con su manzanilla y sus dos analgésicos, no era la única que tenía un aspecto lamentable. No sufría ya las arcadas, pero el estómago lo tenía tan mal que no le entraba nada más que un poco de líquido caliente. Cuando levantó la vista y observó a través de sus gafas de sol a sus compañeros, pudo apreciar que cada uno, en mayor o menor medida, padecía un malestar similar al suyo. Todos estaban callados, sin emitir ni una palabra, sólo algún que otro gemido seguido por una mueca de dolor. Todos, menos su insoportable jefe, que estaba desaparecido en combate y con el cual tendría que mantener una charla muy seria sobre qué patrón que se precie deja agarrar a su empleada semejante cogerza. Si la tenía tan vigilada para algunas cosas, ya podría estar más atento para otras, ¿no? Y hablando del rey de Roma...

Martín se sentó a la mesa con una bandeja llena de abundante comida. Había dormido poco y hecho mucho ejercicio, así que estaba hambriento. Cuando Mauro olió el aroma de los alimentos que había traído, salió corriendo tapándose la boca con la mano y con la cara de un extraño color verde. No había que ser ningún genio para adivinar a dónde se dirigía con tanta prisa.

—¡Buenos días! —saludó, después de levantar una ceja al observar cómo corría el ayudante de vestuario.

Los demás comensales le respondieron con diferentes gruñidos y gemidos varios. El actor miró a su empleada; ésta revolvía su manzanilla con la cuchara como si fuera una zombi. Para ser justos, no era la única, pero sí la única culpable de su frustración. De su enorme, dolorosa e insoportable frustración.

—No tienes buena cara, ¿te encuentras bien? —le preguntó.

Su asistente hizo un gesto de dolor y se agarró la cabeza con ambas manos.

—No, no me encuentro bien —susurró doliente.

—¡Me alegro! —contestó con una sonrisa de satisfacción.

Por lo menos no era el único que sufría. Alexia levantó la cabeza y lo observó extrañada a través de las gafas de sol.

—¿Y se puede saber por qué te alegras?

—Tengo mis motivos —respondió, antes de llevarse a la boca un bocado de huevos revueltos.

—Pues yo hoy no tengo el horno para bollos —le soltó ella secamente.

Agarró los analgésicos y se tragó los dos juntos con un poco de manzanilla.

—Y menos para tus adivinanzas —añadió.

—Pues fíjate que me importa muy poco para lo que tengas tú hoy el horno — replicó mientras comía otro bocado, dejando a Alexia y a todos los demás asombrados.

También podía ser borde si quería y, si se encontraba mal, no tenía por qué pagarlo con él. Después de ingerir un trago de zumo, prosiguió:

—Si no sabes beber, no lo hagas en días laborables.

Pero ¿qué demonios le pasaba ahora?

—¡La culpa es tuya! —recriminó enfadada.

Martín detuvo el tenedor a medio camino de su boca para colocarlo suavemente en el plato.

—¿Qué has dicho? —preguntó más alto de lo normal, haciendo que todos, incluida Alexia, hicieran una mueca de dolor.

—Si no me hubieras dejado beber anoche, hoy no estaría así —contestó convencida de tener razón.

—¡¡¡¿Qué?!!! —exclamó perplejo, dando un golpe con el cuchillo en la mesa.

Llegados a este punto y segura de que se iba a montar una gorda, de nuevo, entre esos dos tercios, cabezotas, testarudos, obstinados, tozudos... y no siguió con los calificativos porque no tenía ganas, Esther decidió levantarse y marcharse de allí, diciendo:

—¡Que os den!

Los demás la siguieron haciendo una espantada en toda regla. Tanto el actor como su empleada se quedaron con la boca abierta por lo insólito de la reacción en cadena que se había producido, y se quedaron más solos que la una, para a continuación seguir a lo suyo. Martín tenía que desahogarse de alguna forma y, ya que no podía hacerlo como él deseaba, se desquitaría de otra manera.

—¿Desde cuándo la culpa es mía?

—Desde que me dejas beber sabiendo que no tolero bien el alcohol —contestó con terquedad.

—Como muy bien me has recordado últimamente, eres lo bastante mayorcita como para cuidar de ti misma.

—Y como tú muy bien te has encargado de recalcarme, eres responsable de mí. Por ende, es tu deber cuidarme.

—¡Bueno, esto es increíble!

El actor no daba crédito.

—Ahora resulta que soy responsable de ti, ¿desde cuándo?

—Según tú, desde siempre, ¿no?

—Es la primera noticia que tengo... porque me dejaste muy clarito que tenía totalmente prohibido meterme en tu vida privada.

—¡Por supuesto! Y lo sigues teniendo prohibido, que te quede claro —sentenció sin bajarse de la burra.

—Pues entonces, explícamelo, porque no lo entiendo —manifestó exasperado—.

Porque, si eres suficientemente mayorcita como para cuidar de ti misma, si tengo totalmente prohibido inmiscuirme en tu vida privada y si no tengo derecho a decirte lo que tienes o no tienes que hacer, ¿cómo carajo te voy a prohibir que bebas?!

—¡No lo sé! —estalló Alexia, sabiendo que él tenía razón, y se puso de pie, irritada porque no tenía ninguna réplica adecuada que soltarle—. ¿Es que no entiendes que tengo tal resaca que no puedo ni pensar? ¡Ten un poco de compasión de mí, ¿quieres?!

Luego se marchó refunfuñando algo sobre que los hombres eran imposibles, sobre todo el terco que tenía por jefe, dejando al pobre Martín descolocado, y lo que era más importante: seguía frustrado, muy pero que muy frustrado.

—¡Será posible que siempre tenga que decir la última palabra! —masculló, después de limpiarse la boca y tirar la servilleta, enfadado, encima de la mesa.

A continuación se levantó para ir en pos de su irascible empleada.

—¡Un momento, señorita Montero!

Alexia lo ignoró.

—¡Te he dicho que te detengas! ¡¡¡Ahora!!!

—¡Grrr! —gruño rabiosa, y se giró con los brazos en jarras para gritarle—: ¡Y ahora, ¿qué?!

—Vamos a terminar esta conversación.

—No tengo nada más que decir —contestó posando una mano en su frente.

—Pero yo sí tengo algo que decir, y por cierto no me das ninguna pena.

—Martín...

—Me revienta que me dejes con la palabra en la boca, y quiero que me expliques ahora mismo qué has querido decir antes. Porque, honestamente, Alexia, ¡me estás volviendo loco!, máxime después de lo que pasó ayer.

Ella bajó su mano despacio y lo miró con suspicacia.

—¿Y qué fue lo que pasó ayer exactamente?

—¡Da igual! —replicó impaciente, pues no había querido dar esa información—. El caso es que...

—¡No!, ¡No da igual! ¡¿Qué demonios pasó ayer?! —lo interrumpió alarmada, ya que empezaba a preguntarse de nuevo quién diablos la había desvestido, quién le había puesto la camiseta y, lo más esencial, si no habría pasado algo más, de lo que ella tampoco se acordaba.

—No tiene la mayor importancia. Lo que sí importa es que...

—¿Quizá tú y yo no tengamos el mismo concepto de importancia? Porque a mí sí que me importa saber qué pasó ayer.

De repente se quedó callado y la observó con una extraña mirada.

—¿De qué te acuerdas?

—No de mucho, la verdad. Recuerdo estar jugando a las cartas y pasármelo en grande. Más tarde, vosotros, los que estabais jugando al póquer, os unisteis y... poco más.

—¿No te acuerdas de lo que pasó después? —le preguntó, empezándosele a formar una brillante y traviesa, a la vez que sensual, sonrisa.

«¡Ay, Dios!»

Alexia tragó saliva y negó con la cabeza, comenzando a asustarse.

—¡Vaya! Ésa sí que es buena —exclamó sonriendo más todavía, si eso era posible.

De esa forma, esos sexis hoyuelos se le marcaron más en la cara. Martín se dio la vuelta y se dirigió de nuevo hacia la mesa, donde por cierto tenía su desayuno enfriándose, y la que salió disparada detrás de él fue ella.

—¡Martín!

—¿Qué?

—Necesito que me digas qué pasó ayer.

—¡Vaya!, resulta que ahora la señorita quiere hablar, ¿no? —señaló con sarcasmo después de sentarse, y procedió a seguir dando buena cuenta de su desayuno.

—¡Por favor! —le suplicó sentándose ella también.

—Te digo lo mismo que me dijiste tú ayer. ¡Nop!

—¡Oh, por el amor de Dios! ¡Estaba borracha!

—No, según tú. ¿Qué fue lo que me dijiste...? ¡Ah sí!, «No estoy borracha, estoy un poquiiiito perjudicada».

«¡Mierda!»

Alexia reconocía esas palabras como suyas. Que pudiese recordar, era la única persona que las decía, y se tuvo que armar de mucha paciencia para preguntarle tranquilamente.

—¿Fuiste tú el que me llevó a la habitación?

Martín la miró con ironía.

—¿Crees que iba a permitir a otra persona que te subiera a nuestra habitación? —le confirmó antes de masticar otro bocado.

Luego chasqueó varias veces la lengua mientras negaba con la cabeza, dando a entender que era la pregunta más estúpida que le habían hecho nunca. La chica empezó a retorcerse los dedos con aprensión y a morderse el labio, nerviosa.

—Y después... ejem... ¿fuiste tú el que me desvestió?

El actor tragó el bocado de comida y acercó su rostro al de ella para susurrarle, mientras miraba fijamente esa apetecible boca que estaba mordisqueando:

—¿Tú qué crees?

«Uno, dos, tres, cuatro, cinco... paciencia, Alexia.»

—No lo sé, te recuerdo que estaba borracha.

—Humm, ¡es verdad! —se burló, para volver a meterse otro trozo de alimento en la boca.

«Seis, siete, ocho, nueve, diez...»

—Y, ¿bien?

—Bien, ¿qué?

«Once, doce, trece, catorce, quince...»

—¿Si fuiste tú el que me desnudó o, por el contrario, lo hice yo?

—¡Ah, eso! No pienso decir nada, me acojo a la quinta enmienda.

—¡Qué quinta enmienda ni qué gaitas! —explotó Alexia, levantándose de la mesa.

A Martín le dio un ataque de risa. La asistente estaba colérica; se estaba riendo de ella en todas sus narices. Puso los brazos en jarras de nuevo, mientras saltaban chispas de sus ojos.

—DIME-QUÉ-PASÓ-ANOCHE.

Él tardó un rato en dejar de reír, porque cada vez que la miraba no podía evitar volver a carcajearse de ella. Le costaba ponerse serio, pues se lo estaba pasando genial. Nunca pensó que una venganza pudiera ser tan divertida. Tomó aire varias veces para intentar calmarse y, cuando lo consiguió, la miró muy serio. Realmente estaba furiosa y su expresión era inquietante mientras daba pequeños golpes con la punta del pie en el suelo, evidentemente alterada. Si las miradas matasen, él estaría muerto y enterrado desde hacía rato. De acuerdo, le diría lo que quería saber, pero sólo porque estaba encantadora con esa mirada furibunda; cogió aire para soltarle un:

—Nop.

Y volvió a darle otro ataque de hilaridad.

—¡¡¡Martín!!!! —gritó exasperada.

¡Lo iba a matar!, y estaba convencida de que disfrutaría haciéndolo. Ahora entendía lo que podía sentir un asesino, porque las ganas que tenía de retorcerle el pescuezo a ese tipejo eran incontrolables. ¿Cómo podía estar haciéndole eso?

¡Por todos los infiernos!

—¡Está bien! —le soltó rindiéndose—. Si no quieres decírmelo, no puedo hacer nada contra ello. Pero estoy segura de que no pasó nada y por eso no sueltas prenda, porque no hay nada que decir —afirmó, mirándolo muy ufana.

Él se acabó de un trago el café con leche y se limpió la boca con la servilleta.

—¿Tú crees?

—Sí, lo creo. ¡Es más, estoy totalmente segura de ello! —contestó, retándolo a que le dijera lo contrario.

Él se levantó de la mesa despacio e irguió su cuerpo con indolencia, satisfecho por tener el estómago lleno. Se acercó a ella y bajó la cabeza para volver a susurrarle al oído:

—Quizá tengas razón. Lo único que te puedo decir es que me encanta cómo te sienta el conjunto de sostén y culote de color blanco con diminutas y exquisitas flores moradas. ¡Humm, estabas preciosa!

Y dicho esto, esta vez fue Martín quien se marchó, dejándola estupefacta, con los ojos abiertos como platos y la mandíbula desencajada, mientras un intenso rubor le cubría el rostro.

«¡Jesús, qué bien sienta la venganza!»

Cuando llegaron al microbús, Alexia le había pedido por el camino como unas diez veces que le contara lo que había sucedido esa noche, y él le había contestado «no» a todas y cada una de ellas. Estaba disfrutando como un bellaco haciéndola sufrir de esa manera. Que ella padeciera también un poco no le venía nada mal, a pesar de que sabía que no estaba siendo justo, pues nunca lo había hecho conscientemente. Pero daba igual. Su orgullo necesitaba resarcirse, ya que ninguna mujer se le había quedado dormida mientras le estaba haciendo el amor. ¡Nunca! ¡Jamás! ¡¿Cómo se atrevía?! Y el que estuviera borracha no la excusaba en absoluto.

Recordó que, después de semejante insulto a su hombría, se había ido a la piscina a bajar los calores y la enorme erección que sufría. Y tras lo que resultó un duro entrenamiento de largos en el agua, se fue al gimnasio a las tantas de la madrugada a seguir machacándose, hasta calmarse lo suficiente como para volver a la habitación e intentar dormir un poco.

—¡Por favor!

—¡Ah, ah! —le contestó mientras se sentaba, procediendo a hacerlo ella a su lado.

En esos momentos, a la asistente le importaba un comino si la arpía rubia quería sentarse al lado de su jefe o no.

—¡Te lo suplico! ¡Te lo imploro! —rogó.

—Y erre que erre. Pues va a ser que no.

«Y después me llama terco a mí. ¡¡¡Ja!!!»

—¡No es justo! —gimoteó haciendo pucheros.

—Algún día tenías que aprender que la vida no es para nada justa —se burló.

—¡Aarrgggg! ¡Te odio, ¿lo sabías?! —exclamó ofuscada, sin importarle que los demás la oyeran.

—Eso no era lo que me decías ayer —le susurró con una sonrisa traviesa.

Ella ya no sabía qué más hacer, pero necesitaba desesperadamente saber, era imperativo enterarse de lo que había sucedido esa noche. En la habitación. Entre los dos.

—¡Tengo derecho a saberlo!

—No haber bebido.

De pronto Esther se levantó de su asiento, mientras el microbús se ponía en marcha, haciendo que perdiera el equilibrio.

—¡Vosotros dos! —les gritó cabreada, sujetándose con fuerza a la butaca de delante—. Como os vuelva a oír decir una sola palabra más, os bajo yo misma del autobús a patadas.

Tanto Martín como Alexia, ¡qué demonios, todo el mundo!, se quedaron sorprendidos. Estaba claro que, los excesos de la noche anterior, a la actriz no le habían sentado nada bien. Pero la asistente, sin ser consciente del peligro que corría su vida, intentó replicar:

—Pero, Esther, es que...

—Ni Esther ni nada. Por lo que veo, a ti se te ha pasado la resaca, pero yo tengo un dolor de cabeza de mil pares de narices, y estoy harta de oírlos discutir como un matrimonio. Si tenéis problemas, resolvedlos en casa.

Alexia se quedó pasmada por la respuesta de su amiga y se cruzó de brazos enfurruñada. Para ser sincera, la actriz tenía razón: se le había pasado gran parte del dolor de cabeza, pues estaba más preocupada intentando averiguar qué demonios había pasado entre su jefe y ella, y se había olvidado por completo de su malestar; pero eso no justificaba que le hablase así. Martín, viendo el panorama, no pudo evitar soltar una carcajada.

—¡Por fin hay alguien que es capaz de callarle la boca! —exclamó divertido, volviendo a reírse escandalosamente.

Pero, cuando se percató de la mirada asesina de su compañera, cerró la boca de golpe, aunque le resultaba muy difícil ocultar los espasmos de la risa contenida.

A media mañana, Esther se acercó a su amiga con una enorme sonrisa de reconciliación en la cara. Ya no estaba de mal humor, porque se le había pasado la terrible jaqueca que sufría, además de las arcadas y los calambres en el estómago. Y Dios la había escuchado, porque ese día no tenía que besarse con ningún actor, ya que el mal sabor de boca que padecía echaba para atrás... En fin, que estaba feliz. Pero se quedó un poco preocupada al ver a su amiga bufar cuando la vio llegar, haciéndole recordar el rapapolvo que les había echado a los dos unas horas antes.

—Lo siento —se disculpó cariacontecida.

—Sí, claro, a buenas horas —contestó Alexia de malhumor.

Llevaba toda la mañana intentando sonsacarle información a su jefe, y no había manera de que soltara prenda; era el hombre más insufrible que había tenido la desgracia de conocer.

—¿Lo arreglaría si te dijera que ayer me lo pasé bomba?

La asistente no le contestó, ni tan siquiera la miró.

—Y que, gracias a ti, nos pudimos vengar de esos machistas dándoles donde más les duele.

La actriz no pudo evitar echarse a reír al recordar, por lo menos hasta donde ella podía, lo divertido que había sido el juego.

—Estabas muy graciosa subida a la silla mientras imitabas un mono, ja, ja, ja... —siguió riéndose Esther—. Y cuando le discutías a María la diferencia entre el balido de una cabra y el de una oveja... ja, ja, ja... ¡Fue lo más!... ja, ja, ja...

A Alexia le empezó a bailar una ligera sonrisa en la comisura de los labios.

—Estuvo bien, ¿verdad? —contestó sonriendo también, sin poder resistirse a ello.

—Sí.

Y las dos se echaron a reír otra vez, mientras se contaban las anécdotas de las que

se acordaba cada una. Mauro y las chicas se fueron acercando cuando se percataron de que Alexia ya no mordía, pues no se habían atrevido a molestarla antes, al ver cómo despachaba con cajas destempladas a Roberto cuando quiso volver a hablar con ella. En todo el tiempo que la conocían, nunca la habían visto tan irascible.

—¿Te encuentras mejor? —le preguntó Eva al acercarse.

—Sí, y lo siento si he estado un poco irritable —se disculpó arrepentida.

—No pasa nada —respondió María.

—Estás perdonada —añadió Mauro mientras la abrazaba.

A continuación se pusieron a hablar sobre la juerga de la noche anterior, participando de las risas como buenos amigos que eran.

Cuando acabaron de grabar en Xcambó, volvieron al hotel y se fueron a comer. Había intentado por todos los medios sonsacarle a su jefe algo, lo que fuera, pero éste se negaba en redondo a decirle nada. Así que, para que el hombre no se lo pasara tan bien haciéndola sufrir, había optado por ignorarlo, dentro de lo que sus obligaciones laborales le permitían, claro. Durante el almuerzo se enteró de que los productores habían organizado una pequeña fiesta en la playa para despedirse de Telchac, aprovechando los focos que pondrían esa tarde para grabar las últimas escenas que quedaban por filmar a última hora del día. Ella no estaba muy segura de que tuviera ganas de más fiesta, pues creía que, con la de la noche anterior, había tenido más que suficiente durante mucho tiempo.

Después de comer, Martín se fue a cambiar de ropa y a prepararse para las siguientes tomas, y la tarde pasó sin mayores incidentes para Alexia, que hizo lo habitual, respondiendo llamadas y mandando *e-mails*. Incluso Roberto había dejado de insistir con lo de querer hablar. Le pasó una llamada a su jefe que le hizo ella misma a Lucas para saber cómo iba todo por casa, y éste volvió a asombrarse de lo implicado que parecía Miguel con su nieto, al contarle su hijo lo bien que se lo pasaban juntos. Todo sería de lo más normal y tranquilo, si no fuera por la sonrisa de suficiencia que le mostraba él cada vez que la miraba, logrando que ella se enervara y maquinara diferentes formas de hacerlo sufrir.

«¡Algún día me vengaré! No sé cómo, ni cuándo, ni dónde, pero... ¡te juro que me las vas a pagar!», pensó Alexia.

Lo que ella no sabía era que ya lo había hecho. ¡Y de qué manera!

Cuando el director de escena gritó: «¡Corten!», todos y cada uno de ellos se felicitaron por el trabajo bien hecho. Después, la asistente ayudó a montar y organizar unas mesas y unas sillas en la playa, para que pudieran traer comida y bebida para todos, mientras que los ayudantes de sonido preparaban el equipo de música. Martín le comentó que no tenía por qué hacerlo, ya que no era su trabajo, pero ella le contestó que no le importaba ayudar. Y después, como estaba empezando a anochecer y a refrescar, Alexia decidió subir a la habitación para asearse y cambiarse de ropa. Su sorpresa fue mayúscula cuando, al entrar, se encontró con una visita no deseada.

—¡Dios mío, lo siento! —exclamó abochornada, girándose inmediatamente para

salir de allí.

Pero se paró en seco a medio camino hacia la puerta cuando alguien le preguntó toscamente.

—¿Se puede saber qué haces tú aquí?

—Eh... pues... es que... Martín me mandó venir para que le *cogiera*... eh...

—¡¿Qué has dicho?! —la interrumpió Marta, escandalizada.

Alexia se giró despacio. Le había soltado lo primero que se le había ocurrido para que no sospechara que ella compartía habitación con su jefe. Estaba nerviosa y no sabía muy bien cómo actuar, por lo que había improvisado al darle esa tonta excusa. Además, también estaba descolocada por la situación tan incómoda que estaba viviendo, ya que por nada del mundo se habría esperado toparse con la amante de su jefe estirada en la cama y vestida solamente con un picardías, en concreto una prenda de color negro semitransparente que no dejaba mucho a la imaginación. De pronto se dio cuenta de lo que estaba haciendo aquella mujer allí.

—Un momento. La pregunta aquí es... ¿qué diablos estás haciendo tú en la habitación de Martín?

—¿Tú qué crees? —contestó con una sonrisa satisfecha para, a continuación, añadir con desprecio—: Lo que no sé es lo que haces tú.

—Mira, Marta, sólo soy una mandada, ¿vale? *Cojo* lo que me han pedido y enseguida me voy, para dejaros a los dos solitos.

La actriz no daba crédito al descaro de esa empleaducha de pacotilla: le estaba admitiendo en su propia cara que se acostaba con su jefe, y encima había tenido la desfachatez de insinuar que ella se iba acostando con todo hombre que se le pusiera a tiro.

—¿Cómo tienes la poca vergüenza de admitirlo delante de mí? —la increpó levantándose de la cama, furiosa.

Alexia no entendía a qué venía esa actitud, pero se estaba empezando a cansar de tener que aguantar a la arpía rubia y, sobre todo, estaba dolida y resentida por toparse con la cruda realidad.

—¿Que yo tengo poca vergüenza? —replicó indignada—. ¿Acaso te has visto ahí, medio desnuda, ofreciéndote como si fueras una vulgar...?

Se paró a tiempo de decir algo de lo que se habría arrepentido después. Que la actriz fuera la amante de Martín no era culpa suya, y que eso a ella le desgarrara el corazón, tampoco.

—Vístete, ¿quieres? —le pidió, mientras se dirigía al armario para salir de allí lo antes posible.

Marta la ignoró por completo.

—¡No, continúa! ¿Qué ibas a decir? ¿Como una vulgar prostituta? —añadió, y se rió sarcásticamente para, a continuación, mirarla con desdén—. Entonces, ¿tú qué eres, cariño? Porque al menos, a mí, no me paga, cosa que a ti sí hace.

Alexia se giró lanzándole miradas asesinas. Llevaba un día muy malo, por no

decir pésimo, y esa víbora se estaba buscando una buena pelea. Nunca se había peleado con nadie en toda su vida, pero Marta Salgado se estaba rifando todas las papeletas.

—¿Qué estás insinuando? —le preguntó, bajando la voz de forma letal, con los dientes apretados y acercándose a ella.

—No estoy insinuando nada —proclamó mientras esbozaba una sonrisa torcida—. Me lo acabas de decir tú muy clarito.

Se quedó confundida, empezando a pensar seriamente que a esa mujer le faltaba un tornillo.

—¿De qué demonios estás hablando?

La actriz levantó los brazos y bufó exasperada.

—¡Venga ya! ¿Ahora te vas a hacer la inocente conmigo? ¿Y vas a tener el descaro de no admitirlo? Acabas de confirmarme hace un minuto que te acuestas con Martín.

—¡¿Que yo qué?! —chilló parpadeando varias veces, incrédula por lo que estaba escuchando.

—Al menos, querida, yo tengo un límite... —continuó hablando la actriz—, porque tengo muy claro que no voy a hacer un trío, por mucho que me guste tu jefe.

Alexia se quedó boquiabierta, sin poder dar crédito a lo que ésta estaba insinuando.

—¡Tú estás loca! Estás muy mal, Marta, de verdad te lo digo. Búscate ayuda pronto, porque la necesitas con urgencia.

—¿Me estás llamando mentirosa? —le gritó con los brazos en jarras, furiosa por el descaro de esa perra.

Ella negó con la cabeza varias veces.

—No, te estoy llamando loca, por si no te ha quedado claro. Yo no he dicho en ningún momento que me acuesto con Martín —afirmó hablando despacio y con cautela.

Porque, sinceramente, le estaba empezando a tener miedo: si era capaz de inventarse eso, podía ser capaz de cualquier cosa.

—¿Me vas a negar ahora que lo primero que dijiste cuando entraste por esa puerta fue que Martín te había mandado venir para coger? ¿Y que, cuando lo hubieras cogido, nos dejarías solitos?

De repente Alexia se dio cuenta del error que había cometido. De nuevo la dichosa palabrita la había metido en un problema, ya que los nervios al encontrar a la actriz medio desnuda en su cama y la preocupación de que descubriera que compartía habitación con su jefe, aunque no se acostara con él, hicieron que usara esa palabra como normalmente lo hacía en España, sin percatarse de que allí no tenía el mismo significado. Y no supo muy bien si fue por los nervios, o debido a toda la tensión y frustración acumulada del día, o porque tenía que explotar de alguna manera, se empezó a reír. A reír, pero de forma descontrolada, con una risa triste y desgarrada,

dejando a Marta totalmente descolocada y empezando a pensar que la que realmente necesitaba ayuda era ella. Cuando pudo controlarse un poco, se acercó al armario otra vez, agarró una americana del actor y, girándose para acercarse con tranquilidad a la puerta de salida, le dijo:

—Sólo venía a *coger* esto, Marta —le explicó alzando la chaqueta para que la viera bien—. En España, la palabra «coger» no significa lo mismo que en México y, si fueras un poquito más culta, lo habrías sabido.

Dicho esto, se marchó cerrando con un portazo. Ya fuera de la habitación, soltó un fuerte suspiro e, iracunda, se fue a buscar a su querido jefe para dejarle claras unas cuantas cosas.

Martín estaba sentado tranquilamente tomándose una cerveza, cuando vio aparecer a su empleada. Se dirigía hacia él con evidentes signos de enfado, algo que lo sorprendió, ya que, aunque le había estado vacilando todo el día, hacía rato que Alexia había dejado de insistir, privándole del gusto de seguir burlándose de ella. De buenas a primeras, le lanzó una chaqueta a la cara, haciendo que levantara una ceja y tornara su mirada de apacible a ligeramente tormentosa.

—¡Quiero hablar contigo a solas! —requirió, sin haber visto que, sentado a su lado, estaba Julio Menéndez.

El productor, al igual que el actor, levantó una ceja sorprendido.

—En estos momentos estoy ocupado —le contestó, en apariencia tranquilo.

—¡Ahora! —le exigió.

Él entrecerró los ojos mientras apretaba los dientes con fuerza. Alexia se estaba tomando demasiadas libertades y su impertinencia estaba llegando al límite de su paciencia.

Cuando ella se percató de la compañía de su jefe, se ruborizó avergonzada, consciente de que había meado fuera del tiesto, pero ya era demasiado tarde.

—Por favor —concluyó, suavizando el tono de voz para intentar rectificar en alguna medida la metedura de pata.

Martín se levantó mientras se disculpaba con Julio y, sujetando a su insolente empleada del brazo, la apartó hasta la zona del minigolf, para hablar discretamente y sin que nadie los molestara.

—¿Se puede saber qué demonios pretendes?

—Lo siento —se disculpó arrepentida—. No me di cuenta de que estabas con Julio.

—Eso ya da igual —soltó enfadado—. Pero te estás extralimitando, Alexia, y te exijo respeto como tu jefe que soy.

Ella se quedó callada durante un segundo, molesta por lo que le estaba diciendo, y, aunque sabía que se lo tenía merecido, en ese momento no le importó. Lo único que le importaba era que no se podía quitar de la cabeza la imagen de Martín y la

arpía rubia retozando en su cama. La enfurecía saber que se iba a acostar con la actriz en la misma cama que había compartido con ella... si es que no lo había hecho ya...

—Pues, si tú exiges respeto, yo te pido lo mismo. Y te informo de que, desde este momento, tienes para ti solito la habitación: yo me voy a dormir con alguna de las chicas.

—¿De qué estás hablando? —preguntó desconcertado.

—Sabes perfectamente de lo que te estoy hablando —replicó, dolida porque la creyera tan estúpida—. Pero, no te preocupes, esta noche podrás disfrutar de tu nidito de amor sin que yo te moleste.

Luego se giró para marcharse de allí antes de que la viera llorar. Por ningún motivo ese hombre podía descubrir lo mucho que le dolía saber que se acostaba con otra mujer en el mismo lugar donde después dormía abrazado a ella. Pero ¿de qué se sorprendía? ¿Acaso no había tenido un sueño erótico con Marta, confundiéndola con ella?

—¿Me puedes explicar qué está pasando ahora? —le exigió él, agarrándola del brazo e impidiendo que se marchara.

—¡Suéltame! —le ordenó furiosa, observando su mano.

—¡No hasta que no me digas lo que ocurre!

—¡Martín, me estás haciendo daño!

En cuanto dijo eso, la liberó al instante.

—Lo único que tengo que decirte es que esta noche compartiré habitación con María o Eva, así que no te preocupes si no ves mis cosas —lo informó mientras se frotaba el brazo.

—Creo que te dejé muy claro que no vas a dormir con nadie que no sea yo —aseveró muy serio.

—Eso no lo decides tú. Pero da igual: si me lo prohíbes, me iré a dormir a la playa o encima de un banco. En cualquier sitio menos... en ese lugar.

Alexia lo retaba con la mirada; estaba molesta y él no tenía la más remota idea de por qué. Suspiró y se pasó las manos por la cara, cansado de tanta obstinación.

—¡Por favor! Explícame por qué estás tan enfadada.

—¿De verdad hace falta que te lo explique? —le preguntó alzando el mentón con terquedad—. Pues pregúntaselo a tu amiguita, que te está esperando muy dispuesta e impaciente en nuestra habitación.

Dicho esto, se dio la vuelta para marcharse de allí lo antes posible. No entendía por qué estaba negando lo evidente y haciéndose el ignorante de esa situación, cuando estaba claro que había quedado con la actriz para hacer... lo que sea que fueran a hacer.

El actor se puso delante de ella, cortándole el paso.

—Alexia, ¡te juro que no entiendo de qué estás hablando! ¿A qué amiguita te refieres?

Ella explotó.

—¡Oh, por favor, Martín: no disimules, ¿vale?! Subí para cambiarme de ropa y me encontré con Marta Salgado esperándote medio desnuda tumbada en nuestra cama.

Él abrió la boca asombrado.

—¿Y después me pides respeto a mí? —prosiguió, sin darse cuenta de que no tenía ni idea de lo que le estaba hablando—. Si tantas ganas tenéis de estar... ¡juntos!, podías haber quedado con ella en su propia habitación.

—Alexia...

—¡Dime, ¿qué te costaba?! Porque me hubiese podido ahorrar un rato muy desagradable con esa víbora, ¿sabes? —Empezó a pasearse furiosa de un lado a otro, mientras hacía aspavientos con las manos—. Sólo te pido un poco de consideración, ¿es tanto pedir?

—Alexia, por favor...

—Podíais hacerlo en cualquier sitio, pero... nooo, tenía que ser en la misma cama donde yo duermo.

—No sé de...

—Y la muy... víbora, me insulta llamándome prostituta. ¡¡¡A mí!!! Porque se cree que me estoy acostando contigo por un sueldo. ¡Es increíble!

—¡¿Qué?!

—Así que, por mí, no te preocupes: me iré a dormir a otro lado, porque puedes estar bien seguro de que yo no volveré a pisar esa habitación, ni por supuesto esa cama.

—Escúchame...

—No, Martín, no tengo nada que escuchar. Te lo digo muy en serio...

—¡Alexia! —gritó mientras la zarandeaba por los hombros.

Ella se calló al instante al verle la cara, desencajada por la furia.

—¡¡Dime exactamente qué ha pasado!! —rugió sin darle ninguna opción.

Procedió a explicarle, muerta de la vergüenza, lo que había ocurrido. Cuando terminó de hacerlo y se aventuró a mirarlo, tenía una extraña expresión en los ojos. Nunca, jamás, lo había visto tan enfadado.

—¡Te prometo que no sabía nada de esto! —le explicó muy serio, todavía agarrándola por los hombros—. Y... ¡te juro que no tengo ninguna relación con Marta!

Alexia puso los ojos en blanco, incrédula, y giró la cabeza para que no viera el dolor que le producían sus palabras, ya que no se lo creía.

—¡Nunca me he acostado con ella! ¡Jamás! —le aseguró mientras le sujetaba el mentón con suavidad y clavaba sus ojos en ella con intensidad—. ¡Te lo juro por mi hijo!

Tragó saliva, sabiendo en ese instante que le estaba diciendo la verdad. Nunca lo había oído jurar por nadie, y sabía que Lucas era lo más sagrado para él.

—Es cierto que te he dejado creer que entre ella y yo había algo más, pero ha sido

un error por mi parte. Honestamente, sólo lo hacía para molestarte, porque sabía que te caía mal —se sinceró Martín.

Abrió un poco los ojos, sorprendida por sus palabras.

—Y también es cierto que hace un rato Marta me dio un sobre —continuó explicándole mientras lo sacaba del bolsillo posterior del pantalón—, pero ni tan siquiera lo he abierto. Lo guardé sin darle mayor importancia, aunque obviamente me equivoqué.

—No tienes por qué darme explicaciones —le dijo, avergonzada por su reacción anterior.

—Lo sé. Pero quiero que sepas la verdad por mí, porque te juré que esa mujer no te volvería a molestar y no ha sido así. Pero de eso me encargo hoy mismo, voy a solucionarlo.

Abrió delante de ella el sobre y leyó su contenido en alto. En una nota, Marta le solicitaba una reunión en su habitación, ya que necesitaba enseñarle algo urgentemente. Cuando terminó, guardó de nuevo el sobre en el bolsillo de su pantalón.

—Martín, yo... —Suspiró, en parte aliviada y en parte abochornada por el numerito que le había montado—. Me hizo creer que los dos estabais de acuerdo con ese encuentro. Evidentemente ella se sorprendió de verme allí y yo me inventé lo primero que...

—No tienes por qué justificarte, Alexia, tú no tienes ninguna culpa. Hace dos días, cuando volvimos del paseo en moto, hablé con Marta y le dejé muy claro que no quería que se volviera a meter contigo y añadí que, si lo hacía, sus actos tendrían consecuencias, pero está claro que no me hizo ningún caso. Nunca le di a entender que quisiera algo más con ella, simplemente le seguí el juego, pero evidentemente esto se me ha ido de las manos.

—Pero yo también he sido una tonta por dejarme manipular. Y... y lo siento. Desearía con toda mi alma poder olvidar todo lo que ha ocurrido y no volver a hablar sobre ello nunca más.

—Estoy totalmente de acuerdo contigo —aceptó serio—, pero yo no lo voy a olvidar. Esta mujer ha llegado demasiado lejos, y ten por seguro que no voy a permitirle, bajo ningún concepto, que te insulte ni te menosprecie.

Alexia lo observó con evidente alivio de que creyera en su palabra sin cuestionarla en ningún momento.

—Lo único que te pido es que mandes al servicio de habitaciones cambiar la ropa de cama. —Su cuerpo se estremeció con un escalofrío de repulsión.

—¿Sólo eso?

Ella lo miró sintiéndose un poco culpable por lo que le iba a solicitar, pero lo hizo:

—Bueno, ya de paso, ponla en su lugar. Con una buena bronca de las tuyas, tendrá más que suficiente.

Ella lo miró fijamente con un extraño brillo en los ojos. Después suspiró, mientras él la agarraba de la nuca para acercarla y darle un beso en la frente y un breve abrazo.
—Eres demasiado buena, Alexia.
Dicho esto, se marchó.

Capítulo 23

Cuando Martín llegó a la habitación, se encontró con que Marta todavía lo estaba esperando con una radiante sonrisa en los labios... pero, cuando la actriz observó la expresión de su rostro, supo que algo no iba bien. Nada bien.

—¡Vístete! —le ordenó con los dientes apretados.

—Pero, querido, he venido expresamente a darte una sorpresa —contestó desde la cama en una pose muy sexual.

Él la miró detenidamente y se preguntó en qué momento esa mujer le había parecido sensual y hermosa. Estaba tumbada lánguidamente, casi desnuda, con una lencería que en otros momentos le habría parecido extremadamente *sexy*, pero que ahora no le movía ni un pelo. Recordó la imagen de otra mujer que, con una simple camiseta, para ser más exactos, su camiseta, lo había puesto cardíaco la noche anterior, y que con un conjunto de simple algodón le había hecho la boca agua. Sin embargo, ahora observaba a la actriz y le parecía vulgar e insignificante en comparación con Alexia.

—Marta, si te queda algo de orgullo, te aconsejaría que lo agarraras y te marcharas con él fuera de mi vista.

La actriz se levantó de la cama con movimientos lentos y perfectamente estudiados.

—No sé qué es lo que te ha dicho tu asistente, pero, sea lo que sea, no es cierto —mintió sin hacerle caso.

Mientras, se fue acercando a él muy decidida y con un brillo de deseo en los ojos, a la vez que se pasaba la lengua por los labios, en lo que ella creía que era un gesto muy *sexy*, pero que a Martín sólo le produjo repulsión. Cuando intentó tocarlo, él detuvo esa caricia, apartando la mano de ella con brusquedad.

—Estás agotando mi paciencia y quiero que te vayas ahora mismo de aquí.

—Martín...

—¡¡¡Ya!!!

Se quedó sorprendida por el desprecio hacia ella que veía en su rostro. Suponía que la pequeña perra le habría ido con el cuento, pero, sinceramente, creía que ella lo podría manejar en el momento en que el actor la viera deseosa y dispuesta a pasar un buen rato en la cama con él. Se había equivocado y ya se estaba cansando de andar detrás de ese hombre mendigando un poco de su atención. Definitivamente, las sospechas que tenía, acerca de que entre el actor y su empleada había algo más que una relación laboral, las acababa de confirmar sin ningún género de duda. Pero ella tenía un plan B, siempre tenía un plan B. A consecuencia de ello, no le importaba mucho haber sido rechazada por él; lo que le molestaba más era su orgullo, dolido por haber sido derrotada por una cualquiera que no se le podía comparar.

Verdaderamente la actriz no entendía qué podía ver ese hombre en ella. Así que, mientras se ponía su bata de seda, le dijo con desdén:

—Honestamente, Martín, no comprendo qué puedes ver en esa... zorrita que te atraiga tanto. Es muy poca cosa en comparación conmigo. Debe ser muy buena en la cama para tenerte tan fascinado —declaró con envidia.

El actor se echó a reír.

—¿De verdad te crees eso? ¿En serio piensas que eres mucho mejor que ella? ¿Te crees que, por haberte operado las tetas, la nariz y los labios, eres mucho más deseable y *sexy* que Alexia? —le preguntó burlándose, y volvió a reírse mientras la miraba de arriba abajo con toda la repulsión que le producía, y los ojos fríos como el acero—. Estás muy equivocada si piensas que todo el mundo usa el sexo como moneda de cambio, Marta: que tú lo hagas no significa que las demás también se aprovechen de ello.

Mientras le decía esto, se acercó furioso y, con su cara pegada a la de ella, le escupió:

—Esa *zorrita*, como tú la has llamado, es mucho más mujer que tú en todos los aspectos. Si tuvieras sólo un poco de su inteligencia, su clase, su carácter, su sencillez, su honestidad, su sentido del humor, su orgullo, su dulzura... ¿quieres que siga? —preguntó con desprecio.

—Ella no es nada, no es nadie —replicó con evidente odio.

—¿Crees que tú sí? —exclamó mientras se alejaba de ella, ya que no soportaba su presencia—. Pero ¡qué equivocadas estás, querida! ¿Quién eres tú?, nada más que una simple actriz de reparto que sólo puede conseguir trabajo si se acuesta con algún mandamás... mientras que Alexia... —le cambió la expresión de la cara cuando pensó en su empleada—. Si tan sólo tuvieras una pizca de todas las cualidades que ella posee, quizá otro gallo te cantara, Marta. Y ten la seguridad de que, la que no le llega ni a la suela de los zapatos, eres tú, porque, mujeres como Alexia, no hay, sólo existe ella, es única. Mientras que, mujeres como tú, las puedo encontrar en cualquier esquina. Y ahora haz el favor de desaparecer de mi vista, si no quieres que te saque a patadas de aquí yo mismo.

Marta se quedó callada sin saber qué responder al ataque verbal, así que se dirigió a la salida lo más dignamente que pudo.

—Por cierto —le advirtió él antes de que alcanzara la puerta—: Vete buscando un nuevo trabajo, porque hoy mismo me encargo de que te despidan.

Marta abrió los ojos, asustada por sus palabras.

—No puedes hacer eso.

—Sí puedo, y lo haré.

—Si te hace sentir mejor, me disculparé con tu empleada —le propuso para intentar calmarlo.

Era más que evidente que no había medido bien las consecuencias de sus palabras.

—A Alexia no le hacen falta tus disculpas.

—Está bien, pues, si es contigo con quien tengo que hacerlo, lo haré. Lo siento mucho, Martín.

Él no podía creer cómo alguien se podía rebajar de esa manera, después de que la hubiese despreciado, insultado y amenazado. Prefería mil veces a una mujer orgullosa y terca como su asistente, que sabía ganarse su lugar sin ninguna duda, que a alguien que se degradara de esa forma.

—A mí tampoco me hacen falta tus disculpas y, en el caso de que fuera así, habrían llegado demasiado tarde.

—Martín, por favor...

—Quiero que te vayas —espetó, asqueado por su comportamiento.

—¿Podemos hablarlo un momento? —suplicó.

—No tengo nada que decirte. Te avisé varias veces, Marta, y creo que he sido demasiado paciente contigo.

—¡Te prometo que no volveré a dirigirle la palabra! Ni tan siquiera volveré a nombrarla, la ignoraré por completo.

—Tus promesas no me sirven de nada. No tienes palabra, ni orgullo, ni decencia que avalen nada de lo que digas.

Marta entrecerró los ojos al percatarse de que sus ruegos no lo conmovían, y ya estaba harta de suplicar y arrastrarse delante de él.

—¡Oh, por favor, ahora vienes todo digno! —escupió quitándose por fin la careta—. Hasta hace dos días buscabas mi compañía y mis atenciones. ¿Qué es lo que ha cambiado? ¿Es que ahora estás bien servido? Me desprecias a mí cuando esa mujer sólo está contigo por un mísero sueldo, y rechazas a alguien increíblemente espectacular —continuó mientras señalaba su cuerpo— para acostarte con una mujerzuela de tres al cuarto. Sinceramente, querido, pensé que tenías mejor gusto en cuanto a mujeres se refiere. Es evidente que la fama de mujeriego que te precede no es merecida. Podríamos haber pasado un buen rato juntos, pero está claro que prefieres rodearte de lo común.

Martín no daba crédito a lo que oía; esa mujer no escuchaba nada de lo que se le decía. No tenía ni dignidad ni respeto por ella misma, y se cruzó de brazos para hablarle con todo su desprecio.

—Francamente, querida, ¡me das asco! Y doy gracias a Dios por aquella noche que estuve en tu apartamento y no me acosté contigo, porque ahora me estarían dando arcadas hasta el día de mi muerte. Hay varias cosas en las que estás totalmente equivocada. La primera es que Alexia no ha tenido que acostarse conmigo ni con nadie para conseguir un trabajo, y sobre todo para conseguir mi respeto y admiración. Y estoy totalmente seguro de que no soy la única persona que lo piensa, al contrario que tú, que lo único que provocas es repulsión en el mismo instante en el que te fijas en algo más que en tu cara y tu cuerpo. Y déjame decirte, cariño, que eso no te va a durar toda la vida; de pronto, habrá cien más como tú pretendiendo exactamente lo

mismo. Lo segundo es que estás muy equivocada, ya que mi fama de mujeriego es bien merecida, sobre todo por el buen gusto que tengo con las féminas, y por eso a las fulanas ni me acerco. Y te puedo asegurar que no he sido yo el que ha andado detrás de ti todo este tiempo, sino que ha sido al revés, buscándome tú como la ramera que eres. Y tercero: dudo mucho de que pudiéramos pasar un buen rato juntos, ya que me cuido de rodearme de mujeres con buen gusto, inteligentes y con mucha clase, algo de lo que evidentemente careces por completo.

Cuando acabó, señaló con un brazo extendido en dirección de la puerta, invitándola a que se marchara.

—Hazme un favor, Marta, sal de mi habitación, de mi vida y de la de Alexia para siempre. No quiero volver a verte nunca más.

La chica se quedó de pie donde estaba, mirándolo con suficiencia. Nadie la trataba así, ¡nadie!

—Deberías cuidar más tus palabras, querido, porque, si yo quiero, puedo destruirte.

Él levantó una ceja con evidente incredulidad.

—¿Ah, sí? ¿Y me podrías explicar cómo? —preguntó con burla.

—Iré a la prensa y a la televisión, y le diré a todo el mundo que me violaste, que abusaste de mí.

Martín se echó a reír nuevamente, para desconcierto de la actriz.

—¿Crees que alguien te creería? De verdad, Marta, ¿cómo puedes ser tan estúpida? Con tu reputación y la larga lista de amantes que has tenido, mis abogados te comerían con patatas, aunque, para ser sinceros, ningún periodista o cadena de televisión que se precie daría crédito a lo que dijeras. Ahora haz lo que creas conveniente, ¡allá tú!, pero te juro que acabaré contigo y tu patética carrera y no podrás trabajar ni de cajera en un supermercado.

Dicho esto, se pasó la mano por el pelo soltando un suspiro de cansancio, ya que la mujer no tenía ninguna intención de marcharse y él ya estaba harto de tener que soportarla.

—De acuerdo —le dijo mientras se encaminaba hacia la puerta y la abría—. No quería hacerlo, pero no me has dejado otra opción. Voy a buscar a los de seguridad y, si dentro de cinco minutos sigues aquí, serán ellos los que te echarán.

—¡Le diré a todo el mundo que te acuestas con tu empleada! —gritó desesperada.

El hombre la miró con todo el menosprecio y el asco que sentía por ella, y a continuación cerró la puerta.

—¡¡¡Martín!!!

Lo primero que hizo él fue buscar a Julio y Lucía, que estaban en la playa tomando un refrigerio y hablando con Esther, para solicitarles una reunión urgente. Los productores, alarmados, accedieron de inmediato al ver su semblante serio y

grave. La actriz se disculpó, indicándoles que los dejaría hablar tranquilos, pero él le explicó que no hacía falta que se fuera, ya que lo que tenía que decir podía escucharlo sin ningún problema. Cuando estuvieron sentados en la sala de reuniones sin que nadie los molestara, procedió a narrarles todo lo que había ocurrido con Marta Salgado, el acoso al que había sido sometido y, sobre todo, los menosprecios y los graves insultos de los que había sido objeto Alexia. Sin ninguna duda, el más asombrado de todos fue Julio, a quien la actriz tenía totalmente engañado, ya que le había hecho creer que, ciertamente, estaba interesada en él... así que... cuál fue su sorpresa cuando se enteró de que estaba haciendo lo mismo con Martín y los motivos que le llevaban a ello, sobre todo cuando les enseñó la carta que tenía en su poder de su puño y letra. Esther también contó algunas cosas más que sabía de primera mano, y avaló todo lo que dijo el actor, explicando que había estado presente en alguna de esas ocasiones y añadiendo información adicional que Martín desconocía. Por todo ello, no les costó llegar a la conclusión de que el productor era el plan B de Marta. ¡Qué sorpresa se iba a llevar ésta cuando descubriera que todo se le había venido abajo! ¿Tendría acaso un plan C? Por supuesto, tanto Julio como Lucía le aseguraron que el despido de la actriz sería inmediato, y que ya no tendría que volver a preocuparse por ella. El actor, más tranquilo, dio por finalizada la reunión, satisfecho al haber logrado desenmascarar a Marta y, sobre todo, seguro de haber conseguido lo que más le interesaba: que no volviera a molestar a Alexia.

Cuando volvieron a la playa, la asistente estaba bailando con uno de los ayudantes de sonido, sin ser para nada consciente de todo lo que había pasado. Tanto Esther como Martín se sentaron a una mesa, y siguieron hablando de lo sucedido mientras tomaban una cerveza y comían algo, sin que, por supuesto, él dejara de observar a su empleada ni un solo minuto.

—¿Puedo hacerte una pregunta? —inquirió su compañera en un momento en el que estaban solos.

—Dispara —contestó sin apartar la mirada de su asistente.

—¿Por qué le seguías el juego a Marta si no estabas interesado en ella?

Giró la cabeza para contestar, mientras una sonrisa traviesa bailaba en sus labios.

—Si te soy honesto, al principio para molestar a Alexia. Me encanta sacarla de sus casillas y ver cómo se va enfadando hasta que explota y dice lo primero que se le pasa por la cabeza. Pero, sobre todo, para que supiera tratar con alguna gente de este mundillo; sabía que no duraría mucho si no aprendía a defenderse de toda esa panda de hienas que nos rodean. Ya sabes cómo va esto... Aunque no sé si lo he conseguido, es demasiado buena.

La actriz asintió.

—Sí. Es una mujer increíble, a mí me cae muy bien.

—Lo sé; os habéis hecho muy buenas amigas.

—Cierto —contestó con una sonrisa para, a continuación, volver a preguntar—. ¿Y después?

El hombre se encogió de hombros mientras le daba un trago a su cerveza.

—No lo sé.

—¿Estás seguro?

Martín le lanzó una mirada inquisitiva.

—¿Por qué lo preguntas?

Ella le mantuvo la mirada. Sabía que tenía que ir con cuidado. Apreciaba su amistad con él, pero su carácter últimamente era muy volátil y explosivo, y el tiro podía salirle por la culata.

—Porque creo que, en el fondo, hay algo más de lo que tú quieres admitir.

—¿No sé a qué te refieres?

—Creo que le seguías el juego a Marta para darle celos a Alexia —soltó al fin, rogando para que no se tomara a mal lo que le había dicho.

El actor se la quedó mirando con un brillo divertido en los ojos.

—¿Celos? ¡No digas tonterías, Esther, creía que me conocías mejor! —se quejó burlón, mientras volvía a darle un trago a su cerveza.

—Precisamente porque te conozco es por lo que te lo digo —contestó ella con una suave sonrisa.

—¿De dónde sacas eso?

No pudo evitar centrar su mirada en Alexia, que en esos momentos estaba bailando con Roberto.

—Quizá por tu forma de mirarla —alegó ella recuperando de nuevo su atención.

Martín arrugó el ceño, molesto. Molesto por las palabras de su amiga y molesto por ver a su asistente bailando con el otro actor.

—O por la forma en que le hablas —continuó la actriz—. Sin contar la manera en que la tratas.

—Y, según tú, ¿cómo la trato? —le preguntó sin abandonar la seriedad de su mirada.

—Definitivamente, de distinto modo a como lo haces con los demás.

—Y, con los demás, ¿te refieres a...?

—A Soledad o Justina, incluso al propio Pedro, al que conoces desde siempre —le explicó, suspirando satisfecha de que pudiera mantener una conversación con él y no montara en cólera.

Martín no dejaba de girar la botella algo incómodo por lo que estaba sugiriendo su amiga y, sobre todo, porque no era la primera persona que se lo decía, era la tercera. Aunque, cuando lo hizo Roberto, no se lo tuvo en cuenta en ese momento, y la opinión de Marta distaba mucho de tomarse en consideración. Pero ahí estaba. Tres personas distintas y con distintos motivos, que pensaban lo mismo.

—Quizá sea porque trato más con ella que con los demás, ¿no crees? —se justificó después de dar otro trago—. Nos pasamos muchas horas juntos, trabajando, y es lógico que tenga más confianza con ella que con el servicio.

—Tienes razón —confirmó su amiga—, pero es el mismo tiempo que pasabas

con Verónica y con tu asistente anterior, y nunca las has mirado como la miras a ella.

Martín la observó fijamente y después se giró para contemplar a Alexia, que seguía bailando con su compañero.

—Puede que tengas razón —concedió— y la trate de una forma distinta a como lo hago con los demás, pero es simplemente porque me preocupo por ella.

Volvió a mirar a su amiga y continuó con la explicación para que lo entendiera mejor.

—Está sola en este país, Esther; no tiene a nadie que cuide de ella. Sus padres murieron hace mucho tiempo y sólo tiene a una hermana, a la que echa terriblemente de menos.

Ella lo examinó detenidamente. Tenía que ir con cuidado. Debía dejar que cayera él solo en la cuenta, sin que notara que lo estaba presionando y que lo estaba llevando hacia la verdad, que era evidente para todo el mundo menos para él.

—Eso explica por qué eres tan sobreprotector con ella.

Luego se levantó para acercarse y agacharse a darle un suave beso en la mejilla, para después susurrarle al oído:

—Pero no el anhelo en tus ojos cuando la miras sin que ella lo sepa.

Y se alejó, dejándolo solo con sus pensamientos.

Después de un buen rato, Alexia se sentó, agotada, a una de las mesas cercanas, pidiéndoles a los hombres que le solicitaban un baile que la dejaran recuperar un poco de aliento. La noticia del despido de Marta ya era la comidilla de la noche, y no tardó mucho en enterarse de todo. Cuando la mirada de ella se encontró con la de Martín, hubo algo en el brillo de sus ojos que la asistente no supo identificar. Fue breve, pero tan intenso, que la desconcertó durante un instante, preguntándose qué podía ser lo que en aquel momento estaba pasando por la cabeza de su jefe. Si ella supiera lo que él estaba pensando, se habría quedado de piedra.

Desde que Esther se había marchado, él no había hecho más que reflexionar. Meditaba acerca de qué era lo que había podido ver su compañera para que creyera que él sentía algo por Alexia. Lo que le había dicho a su amiga era cierto, se preocupaba por ella. De acuerdo que se sentía muy atraído sexualmente, eso ya se lo había reconocido a sí mismo, era innegable. Y lo que le había dicho a Marta también era verdad: admiraba a su empleada por la valentía de marcharse fuera de su casa y dejarlo todo atrás, pero sobre todo por sus cualidades. Y también era veraz que sentía un especial cariño por ella. Estaba a gusto en su compañía y podía contarle cualquier cosa, ya que quizá, de toda la gente que conocía, Alexia era la que mejor lo comprendía. Le gustaba cómo trataba a Lucas y la adoración que su hijo sentía por ella. Y le gustaba cómo lo trataba a él, pues era de las pocas personas que lo trataba como a Martín, no como al actor famoso y rico Martín Ledesma, sino simple y llanamente como a Martín, el hombre. Con sus defectos y sus virtudes, los cuales se

los había dicho en su propia cara más de una vez, aunque eso la hiciera a veces ser muy impertinente y que se saliera de todos los cánones de relación entre jefe y empleada. Pero por eso mismo le gustaba, porque, para variar, era sincera con él. Pero de ahí a que pudiese sentir algo más... Eso difería mucho de la realidad. Pese a todo, era su empleada, y lo que había pasado la noche anterior había sido producido por el exceso de alcohol y las semanas de abstinencia que llevaba. Y era algo que no volvería a ocurrir nunca más, de eso ya se encargaría él.

Pero... enamorado de Alexia... ¡ni hablar! Esther se equivocaba por completo. Sólo lo había estado una vez en su vida y había sido de la madre de su hijo, ¡y mira cómo le había salido! Su corazón hecho pedazos, y su hijo, abandonado por su madre. ¡No, jamás! Definitivamente, nunca más se volvería a enamorar, sobre todo porque ya no creía en el amor... Todos sus referentes podían atestiguarlo, sino que se lo preguntaran a su propio padre.

«¡Maldita sea! ¡Será posible que no la deje ni a sol ni a sombra!»

Maldijo al buscarla por enésima vez con la mirada y encontrarla bailando con Roberto de nuevo.

—Te he echado de menos.

—Perdón, ¿qué decías? —preguntó Alexia.

Roberto la miró fijamente, molesto por su actitud durante esos dos últimos días.

—Te decía que te he echado de menos.

Ella lo observó desconcertada, sin entender muy bien a qué venía ese comentario. Estaba algo distraída desde que se enteró de lo que había pasado entre Martín y la arpía rubia, y no dejaba de preguntarse qué habría pasado para que se hubiera llegado a esa decisión.

—Pues, ¿no sé cómo?, ya que nos hemos visto todos los días casi veinticuatro horas seguidas.

—Es verdad... si no fuera porque me evitas, estás abstraída y, últimamente, de un humor de perros —le reprochó él.

—Lo siento.

Dejó escapar un suspiro, pues lo que le había dicho era cierto. Lo sentía francamente, y se estaba cansando de estar jugando con él al gato y al ratón, no era justo. No era justo para ella, pero sobre todo para él, para ninguno de los dos.

—Sé que quieres hablar conmigo.

—Tienes razón, llevo intentándolo desde hace dos días y no hay manera —le recriminó de nuevo, pero contento de que, por lo menos, ahora lo estuvieran haciendo por fin—. Es importante para mí, Álex: necesito hablar contigo cuanto antes. Pero no soy tonto y sé que no quieres hacerlo aquí, así que te invito a cenar. Tú y yo. Solos. Pero cuando lleguemos a Ciudad de México, ¿qué te parece? —le propuso sonriendo.

Ella volvió a suspirar, consciente de que no le quedaba otra opción. Sólo esperaba que lo que pasara esa noche no arruinara su amistad.

—Está bien —aceptó con una débil sonrisa—. Cuando lleguemos a casa, saldré a

cenar contigo.

—¡Genial! —celebró, abrazándola más fuerte mientras bailaban una canción lenta.

—Sí, genial —respondió, con una nota de tristeza en la voz.

Martín, harto de tener que esperar a que su asistente tuviera un hueco para poder hablar con ella, se levantó de la mesa para solicitarle a Pablo, el ayudante de dirección, que le dejara bailar con su empleada, y éste aceptó sin ningún problema.

—Hola —saludó, mientras la acercaba a su cuerpo y la miraba fijamente siguiendo el compás de la canción romántica que estaba sonando.

—Hola.

La observó intrigado.

—Si sigues pensando en irte a dormir con una de tus amigas, te digo desde ahora que te olvides de ello. Eso no va a ocurrir. Además, ya mandé que cambiaran toda la ropa de cama, incluidas las almohadas.

Alexia no replicó, simplemente se lo quedó mirando con una expresión de extrañeza.

—¿Qué ha ocurrido con Marta para que se llegara a la decisión de despedirla?

—Hoy estás muy preguntona, ¿lo sabías? —le contestó con una sonrisa para quitarle hierro al asunto.

—Martín, en serio, quiero saberlo —le dijo con un toque de desazón en la voz.

Él volvió a sondear en su rostro, intentando adivinar qué pasaba por su mente.

—¿Por qué?

Ella giró la cabeza, avergonzada.

—Porque me siento culpable por lo que ha pasado. Una persona ha perdido su trabajo por culpa mía y...

—¡Chist! —la silenció mientras la agarraba del mentón para que levantara la vista y lo mirara—. Tú no tienes culpa de nada, Alexia; Marta se lo buscó ella solita. Yo no iba a permitirle que te siguiera ofendiendo y faltándote al respeto ni un segundo más.

—Pero...

—¡Escucha! No es una decisión que tomaste tú, es una decisión que tomé yo conjuntamente con mis jefes —le explicó, admirándola mucho más por el gran corazón que tenía—. Te puedo asegurar que ha sido la opción acertada.

La asistente soltó un gran suspiro.

—No sé —contestó sin estar muy convencida.

—Te aseguro que era lo mejor. Además, ella te odia y no iba a dejar de molestarte.

Alexia entrecerró los ojos, desconcertada.

—¿Me odia? ¿A mí? ¿Por qué?

—Porque te envidia.

Se rió, incrédula por sus palabras.

—¿A mí qué me va a envidiar? Ella es muchísimo más guapa que yo, rodeada de tanto *glamour*, con infinidad de hombres atractivos admirándola y besando el suelo que pisa, con una carrera de actriz... ¡Es absurdo!

Él la miró intensamente, con un brillo en los ojos que no había visto antes.

—Pero eso no es suficiente cuando toda la belleza que tienes en el exterior se convierte en podredumbre por dentro; cuando la envidia te corroe tanto que no puedes soportar que otra mujer sea más admirada que tú, y cuando tu egoísmo y tu prepotencia provocan que todo el mundo te desprecie. La belleza no lo es todo, Alexia, sobre todo cuando no eres buena persona.

Ella no supo qué contestar. Para él era fácil decirlo, pues era extremadamente guapo, tenía todo cuanto quería y podía conseguir lo que se propusiera. Cuando el éxito es una norma en tu vida, es sencillo hablar.

—En cierta forma me da pena, ¿sabes? A lo mejor tuvo una vida difícil o una infancia complicada, no lo sé, pero me cuesta creer que alguien sea malo por naturaleza.

Martín le sonrió con ternura.

—Y a mí me cuesta creer que todavía seas tan ingenua y que, después de todo lo que te ha hecho, sigas intentando excusarla. ¿Sabes qué fue lo último que me dijo?

La asistente negó con la cabeza.

—Pues que iba a ir a la prensa y a la televisión para acusarme de haberla violado y abusado de ella.

Alexia abrió mucho los ojos, escandalizada por lo que estaba oyendo.

—¡¿Qué?! —exclamó sin poder dar crédito.

—Y como la amenacé con demandarla y hundir su carrera, me provocó asegurando que iba a contarle a todo el mundo que me acostaba contigo.

Ella, todavía con la boca abierta, era incapaz de reaccionar.

—Por eso no podía permitir que siguiera trabajando aquí ni un segundo más. No es buena persona, Alexia, y no quiero que sientas lástima por ella, porque no se lo merece.

Asintió con la cabeza, comprendiendo por fin por qué lo había hecho.

—No quiero hablar más de este asunto —le dijo suspirando y pegándola más a su cuerpo—. No vale la pena.

Luego la abrazó más fuerte, aspirando su perfume y todavía sin poderse creer que, a pesar de todo el tiempo que había transcurrido, seguía sintiendo esos pequeños escalofríos recorrer su cuerpo al tocarla, como el primer día.

La fiesta todavía no había decaído, pero Alexia se despidió de todo el mundo alegando que estaba agotada. Cuando salió de la ducha, Martín todavía no había llegado como había sido su costumbre esas últimas noches. Tampoco apareció

minutos más tarde, cuando ya estaba metida en la cama después de echarse su crema hidratante por el cuerpo. Y seguía sin aparecer cuando la asistente se quedó dormida esperándole.

Pero, cuando se despertó porque había sentido cosquillas en la frente, se encontró con Martín observándola con ternura.

—Hola.

—Hola de nuevo. Siento haberte despertado —se disculpó, mientras seguía acariciándole el pelo con las yemas de los dedos, motivo por el cual se había espabilado.

Alexia tragó saliva, estaban los dos de lado, uno frente al otro.

—No pasa nada.

Ambos se quedaron callados unos minutos, mientras él la acariciaba con suavidad, y finalmente ella cerró los ojos disfrutando de esa agradable sensación. Al cabo de un rato, los volvió a abrir, para encontrarse a su jefe con una sensual sonrisa bailando en su cara.

—¿Qué te hace tanta gracia? —preguntó medio somnolienta.

—Estaba recordando algo.

—¿Ah, sí? —añadió mientras se acurrucaba, acercándose más a él, y volvía a relajarse otra vez—. ¿Y qué has recordado?

—Una cosa que me dijiste ayer.

—Humm —ronroneó—. ¿Y qué te dije ayer?

—Que me querías.

Alexia abrió de golpe los ojos, conmocionada.

—¡¿Qué?! —exclamó aterrada.

Martín sonrió mucho más, divertido por su reacción.

—Sí —le confirmó a la vez que asentía con la cabeza—. Me dijiste en esta misma cama que me querías.

Ella se quería morir mientras se ruborizaba intensamente.

—Pero, bueno, eso mismo le dijiste a todo el mundo cuando trataba de traerte a rastras a la habitación. ¿Sabes que te vuelves encantadora cuando estás borracha? —le dijo sin poder resistir burlarse de ella.

—Tú lo has dicho, estaba bebida. Y no un poco, sino bastante, por lo que no era consciente de lo que decía —intentó defenderse.

—Tienes razón —contestó mientras se acercaba a ella un poco más—, pero también me dijiste otra cosa, y ésta no se la dijiste a nadie más.

—Y... ¿qué...? Ejem... ¿qué te dije? —preguntó, nerviosa por la respuesta y empezando a morderse el labio.

De repente la mirada de Martín se tornó más seria, más intensa, ocasionando que el ambiente cambiase, que dejara de ser tierno como hacía apenas un minuto para convertirse en puro fuego.

—Me dijiste que te importaba mucho —le confesó mientras se acercaba más a

ella todavía.

Alexia era incapaz de articular palabra, sus cuerpos pegados, sus respiraciones entremezclándose.

—¿Y sabes lo que me pediste después? —le susurró con la voz ronca mientras no hacía más que comerle la boca con la mirada.

Ella sólo atinó a negar con la cabeza, mientras sus ojos no se despegaban de los labios de él y su corazón latía violentamente.

—Me pediste... —empezó a acercarse su cabeza despacio, anhelando lo que iba a suceder a continuación—... ¡esto!

Y la besó, devorando su boca mientras un gruñido de deseo insatisfecho rugía en su interior y saboreando su sabor, su dulzura. Sus lenguas danzaban un baile sensual por momentos, y luchaban sin cuartel en otros, mientras Martín se incorporaba un poco y enterraba sus manos en el pelo de ella. Alexia le respondía con el corazón en la boca, lamiendo, mordisqueando, con pequeños ruiditos de placer que trastornaban al actor, que deseaba que esos gemidos se volvieran gritos de éxtasis... Se entregaba, rindiéndose por fin al deseo que ella también sentía por él, sin pensar en lo que estaba haciendo, sólo sintiendo. Sintiendo la necesidad de tocarlo, de estremecerse, de fundirse con él como si sólo fueran uno y sin pensar en nada más que en ese momento, ese dulce y precioso momento. Martín abandonó su boca para hundirse en el hueco de su cuello, consiguiendo que ella protestara por no poder seguir saboreándolo. Siguió besando y lamiendo, creando un camino de lava ardiendo que arrancaba suspiros de su garganta, mientras ella con una mano se aferraba a sus hombros y con la otra, a su nuca, agarrándolo del pelo, arqueando su cuello para dejarle mejor acceso. Él continuó su camino con la lengua y los dientes hacia el lóbulo de la oreja, mientras con la mano libre asió la pierna de Alexia y la pasó por encima de su cadera, para a continuación acariciarla despacio desde la rodilla hasta la pelvis, llegando hasta la costura de su tanga mientras hundía su nariz en el pelo y aspiraba su aroma, esa fragancia que lo hacía enloquecer. Y cuando llegó a su trasero, lo apretó acercándolo más a él, mientras Alexia acariciaba su espalda mandándole descargas eléctricas por toda la columna vertebral. Con la respiración agitada, sintiendo su piel totalmente erizada y tan sensible, los jadeos de Martín en su oído hacían que su mente ya nublada no pudiese pensar en nada más que en el placer que ese hombre le provocaba... sólo en la necesidad de ser suya, de unirse como dos almas errantes que por fin se encontraban en el camino y no volver a sentirse sola, sino en comunión con el ser amado. Porque ella no podía seguir mintiéndose más a sí misma, tenía que reconocer, por fin, que estaba loca e irremediablemente enamorada de Martín.

—¡Dios, Álex! —le susurró mientras levantaba la cabeza y la miraba con las pupilas dilatadas por el deseo—. ¡Me vuelves loco! —confesó, para a continuación volver a besar esos labios que tanto deseaba.

Y mientras la besaba de nuevo con absoluta desesperación, acomodó su cuerpo

para acercar su erección dura y palpitante al centro mismo de Alexia, empujando con sus caderas y siseando de placer... sintiendo la poderosa necesidad de despojarla de toda su ropa para poder acariciarla mejor, saborearla por completo, oler su piel y sentirla contra la suya. Anhelaba enterrarse dentro de ella para saciar la sed que sentía por esa mujer. Nunca antes había ansiado tanto a nadie, su necesidad iba más allá del deseo físico.

La mano que tenía acariciando el trasero de ella siguió su camino hacia arriba, introduciéndose por debajo de la camiseta, rozando sus costillas hasta llegar a su pecho... y Alexia no pudo evitar dejar escapar un trémulo jadeo. El actor abarcó con su mano el pequeño seno, mientras seguía empujando su cadera contra su sexo, logrando que se humedeciera todavía más, deseoso de recibir su miembro dentro de ella.

—¡Te deseo, Álex! ¡No sabes cuánto te deseo! —masculló contra su boca, para volver a devorarla con más ímpetu y fundirse con ella.

Sus palabras, de pronto, penetraron en la bruma de pasión que tenía embotada la cabeza de Alexia, haciendo que se diera verdadera cuenta de lo que estaba ocurriendo. Y entonces fue consciente del error que estaba cometiendo, pues lo que estaba ocurriendo entre ella y Martín no era correcto. Era otro error. Un horrible y tremendo error. Así que, sacando fuerzas de no supo dónde, empezó a empujarlo para que se apartara de ella.

—¡Martín, no! —exclamó contra su boca.

Pero él estaba tan ciego de deseo por ella que no la escuchó y siguió besándola y acariciándola con avidez.

—¡Por favor, para! —le suplicó luchando contra su abrazo—. ¡Martín, para!

Alexia lo empujaba con ambas manos para que se detuviera y, después de unos segundos, el actor se percató de que algo había cambiado, pues ella se debatía para apartarlo. Entonces apoyó su frente contra la de ella, respirando con dificultad e intentando discernir qué estaba pasando, con la mente todavía obnubilada por el ardor que sentía mientras sus alientos estremecidos se mezclaban.

—¿Qué?! —preguntó, respirando entrecortadamente mientras intentaba que los latidos de su corazón se aquietaran.

—¡Lo siento! —susurró con la voz desgarrada por el dolor—. Pero no puedo. Yo... no puedo.

Martín abrió los ojos y la taladró con la mirada, y había tal agonía en ella que Alexia se tuvo que morder el labio para no echarse a llorar. Cuando finalmente él fue consciente de lo que le estaba diciendo, se apartó para tumbarse boca arriba en la cama, con una mano tapándose los ojos.

—Alexia...

—Esto no está bien, Martín —le dijo mientras se sentaba en la cama, cubriéndose con las sábanas—. Ha sido un error.

—Yo no sé...

—Esto no puede ocurrir. Esto... esto no ha ocurrido —sentenció finalmente con la voz estrangulada.

Él la miró confundido por su actitud. Y dolido, muy dolido, sin llegar a entender por qué lo estaba haciendo, por qué negaba lo que había pasado entre los dos cuando ella lo había deseado tanto como él. Porque la pasión que había sentido y cómo había temblado entre sus brazos, eso sí que había ocurrido. Eso no podía negarlo, no podía ocultarlo, aunque ahora se empeñara en ello.

Alexia apartó las sábanas para sentarse en el borde de la cama, dándole la espalda sin ser capaz de mirarlo a la cara.

—Tú eres mi jefe y yo soy tu empleada y... y no es correcto. No está bien. Y te pido, por favor... que lo que acaba de pasar... lo olvides. No ha sucedido... nunca. —Finalizó tapándose la boca con la mano para ahogar un sollozo.

Martín abrió la boca exhalando aire, porque había sentido como si le hubieran asestado un puñetazo en el estómago, confundido totalmente por su actitud. Lo estaba desechando, apartando de ella como si no fuera digno, como si lo que había ocurrido entre los dos fuese lo más degradante que le había sucedido jamás. Furioso y humillado, se levantó de la cama.

—Tienes toda la razón —le dijo mientras agarraba una camiseta de la cómoda—. Esto ha sido un tremendo error.

Ella seguía dándole la espalda, mientras sus ojos se anegaban en lágrimas.

—Pero puedes estar tranquila, porque te aseguro que no volverá a pasar.

Dicho esto, se marchó de la habitación rabioso, cerrando con un portazo. Dejó a Alexia sentada en la cama, recordando, mientras las lágrimas surcaban su rostro, cómo había estado de pie delante de las tumbas de sus padres casi un año antes, prometiéndoles que no volvería a cometer la misma equivocación, jurándoles que nunca volvería a enamorarse de su jefe. Y esa promesa no la podía romper, aunque con ello se le desgarrara el alma.

«¡Genial, Martín! ¡Te has lucido, machote!»

El actor iba caminando descalzo por el pasillo y vestido solamente con el pantalón del pijama y una camiseta. Pero estaba tan colérico que eso era lo que menos le importaba. En lo único que pensaba era en cómo ella lo había rechazado, alegando que lo que había sucedido entre ellos dos era una equivocación.

«¡Por supuesto que ha sido un error! ¡Ha sido el mayor error de mi vida!»

Había pensado que era la mujer más valiente que había conocido. ¡¡¡Ja!!! Ni tan siquiera había tenido el valor de decírselo mirándolo a la cara. Pero ¿cómo podía ser tan cínica? Todavía recordaba cómo gemía con sus besos, cómo se estremecía con sus caricias... Martín se paró en medio de la recepción y se pasó ambas manos por el pelo, mientras gruñía desesperado sin poder comprender qué le pasaba a esa mujer. Luego se encaminó hacia el bar, ya que necesitaba un buen trago.

—Un mezcal doble, por favor —le pidió al camarero.

El empleado se quedó asombrado al verlo a esas horas allí. Era el único que estaba de guardia, ya que todos los huéspedes estaban en sus habitaciones menos él; así que, levantando las cejas en un gesto de desconcierto, procedió a servirle el alcohol.

¡Estupendo! Lo habían rechazado, ¿y qué? No era a la primera vez que le ocurría, así que no le tocaba más remedio que asumirlo y punto. Pero escocía, ¡maldita sea! Dolía como el demonio. Su orgullo por los suelos, abochornado, humillado... Sobre todo porque sabía a ciencia cierta que ella lo deseaba tanto como él.

—Gracias —le dijo al camarero para luego beberse el mezcal de un solo trago—. Ponme otro.

Porque ella lo deseaba, de eso estaba completamente seguro. Su piel ardía cuando él la tocaba y su respiración se agitaba cuando él la besaba. Todo su cuerpo pedía a gritos el placer que él le proporcionaba. Y eso, ¡diablos!, no se podía fingir. Entonces, ¿por qué? ¿Por qué se había arrepentido? ¿Por qué lo había apartado? ¿Por qué lo había desechado como si él fuera indigno? ¿Qué había hecho mal? ¿En qué se había equivocado?

—¿Se encuentra bien, señor? —le preguntó el empleado cuando le pidió otro trago más.

—¡Perfectamente! —contestó acabándose la copa, para después señalarle que le sirviera otro.

Pero la culpa era suya por sentirse tan malditamente atraído por ella, porque, cuando la tenía cerca, no era capaz de razonar con coherencia. Se había prometido no volver a tocarla, pero era evidente que no podía apartar las manos de ella. Para lo que había sucedido la noche anterior, se había puesto como excusa el exceso de alcohol y la falta de sexo, pero sabía que se engañaba. Esa estúpida vocecita en su interior lo martilleaba, diciéndole que estaba mintiendo como un bellaco, pero él no lo había querido reconocer.

¡De acuerdo! ¡No pasaba nada! Había cientos de mujeres deseando estar con él, y si a Alexia le parecía tan reprochable su actitud, buscaría a otra deseosa de sus atenciones. Le demostraría que él no la necesitaba, que podría tener a la que quisiera sin mover un solo dedo. Y volvió a pedir otro trago mientras seguía hundándose más en la autocompasión y el engaño.

Martín llevaba tres horas sentado a la barra del bar y, enfadado con el camarero por no servirle más mezcal, se levantó para dirigirse a su habitación. Estaba borracho. No todo lo que él hubiera querido, ya que todavía estaba consciente, pero sí lo suficiente como para que el barman se hubiera negado a servirle una copa más.

—Buenas noches, señor Ledesma —lo saludó la recepcionista cuando lo vio pasar camino de los ascensores.

—Buenas noches.

De pronto se paró en seco, para girarse y acercarse algo tambaleante al mostrador.

—¡Perdón!, ¿cómo era que te llamabas?

—Karen, señor. Karen Rubio.

El hombre se fijó por primera vez en la recepcionista que estaba de guardia, que no era otra que la que se había confundido con las habitaciones.

¡Maldita la hora!

Era una mujer muy atractiva. Morena, con una brillante sonrisa acompañada por unos enormes ojos oscuros y un cuerpo muy bonito. Y sus rasgos acentuaban la dulzura de su voz.

—Dime una cosa, Karen. Si te hago una pregunta, ¿serás totalmente sincera conmigo?

—Por supuesto, señor —contestó con amabilidad.

Si la mujer estaba sorprendida de encontrarlo a esas horas por allí, no dio muestras de ello, y menos de verlo en el estado en el que se encontraba.

—Lo que te voy a preguntar quedará entre tú y yo, ¿de acuerdo?

Ella asintió. Martín se acercó más al mostrador, sonriendo y desplegando todas sus armas de seducción.

—¿Te parezco un hombre atractivo?

La empleada ahora sí que se quedó sorprendida y, cohibida por la pregunta, tardó un momento en contestar.

—Honestamente, señor, me parece el actor más guapo que hay en estos momentos en México —le confesó, ruborizada hasta las cejas.

—Gracias —contestó complacido por la respuesta y recuperando un poco su maltrecho orgullo—. Y si no es mucho abusar, ¿podría pedirte otra cosa?

—Claro que sí, lo que necesite.

Él la miró directamente a los ojos. Necesitaba saber algo y esa mujer era tan buena como cualquier otra para averiguarlo.

—Es importante que quede claro la necesidad de total discreción —le recordó—. ¿Puedo confiar en ti, Karen?

Estaba borracho, pero no era tonto.

—Por supuesto que puede confiar en mí, señor Ledesma. Y le aseguro que nada de lo que me diga saldrá nunca de mi boca.

—Está bien —aceptó—. Me gustaría poder besarte. ¿Puedo hacerlo?

La empleada se quedó boquiabierta, sin poderse creer lo que había escuchado, y boqueó varias veces sin ser capaz de decir nada. Ni en sus sueños más locos se habría podido imaginar que Martín Ledesma quisiera besarla. El actor más guapo y famoso de todo México quería besarla a ella. ¡¡¡¡A ella!!!!

¡Por Dios!

La recepcionista estaba tan impactada que lo único que acertó a hacer fue asentir con la cabeza, y él se inclinó más sobre el mostrador para enmarcar su rostro entre sus manos y besarla tiernamente. Cuando terminó, le dio las gracias con suavidad y se encaminó de nuevo hacia los ascensores, dejando a la pobre mujer con los ojos

cerrados y una expresión de éxtasis en el rostro.

Cuando se cerraron las puertas del elevador, Martín maldijo furioso, porque lo que había averiguado no era lo que él se esperaba. ¡En absoluto!

No había sentido nada cuando besó a la recepcionista. ¡Absolutamente nada! Y lo más grave del asunto era que en lo único que pensaba cuando lo estaba haciendo era en Alexia.

«¡Estoy jodido! ¡Muy jodido!»

Capítulo 24

Cuando el actor salió del ascensor, se encaminó tambaleante hacia la habitación, y mientras se dirigía a ella, intentaba pensar qué era lo que iba a hacer o decir cuando le abrieran la puerta. Improvisaría llegado el momento, así que tocó varias veces con los nudillos, algo incómodo por la situación, y, aunque tardaron unos minutos en abrir, fue un tiempo que aprovechó para tratar de serenarse un poco. En el instante en el que la mujer se asomó por el resquicio todavía semidormida, Martín intentó esbozar una sonrisa de disculpa que se murió nada más comenzar.

—¿Puedo pasar? —preguntó con un tono que era más bien de súplica.

Ella, sorprendida, se hizo a un lado para dejarlo entrar.

—¿Qué hora es? —preguntó Esther mientras se ataba el cordón de la bata y él pasaba dentro.

—No lo sé —contestó su compañero—, y sinceramente no me importa.

La actriz le observó con detenimiento, reparando en el estado tan lamentable en el que se encontraba, y supo que algo no iba bien. Miró de reojo el reloj de su mesilla; eran las cinco menos diez de la madrugada, y él estaba de pie en medio de la habitación, oscilando de vez en cuando, con la mirada perdida.

—¿Qué ha pasado, Martín?

El actor se giró hacia ella perdiendo el equilibrio y evitó la caída porque Esther lo sujetó a tiempo; mientras se agarraba a ella, le sonrió con tanta tristeza que a ella se le rompió el corazón.

—Y si te digo que no lo sé —contestó confundido—. Llevo toda la maldita noche pensando en ello y no tengo ni la más puñetera idea de lo que ha pasado.

La actriz se imaginaba que las condiciones en las que se hallaba su amigo tenían algo que ver con su empleada.

—¿Has discutido con Alexia?

Él la miró y se rió sarcásticamente mientras se encaminaba hacia la cama.

—¿Y cuándo no he discutido con ella? Si es la mujer más obstinada que he conocido en mi vida.

Después de sentarse, se agarró la cabeza con ambas manos y soltó un lento suspiro.

—Necesito a una amiga, Esther. Sólo necesito a una buena amiga que me deje quedarme aquí durante un rato, nada más.

Se acercó a él para abrazarlo, porque nunca lo había visto así, tan vulnerable. Suponía que era por su estado de embriaguez que le había dejado ver esa faceta más frágil y sensible, todo lo contrario a lo que solía mostrar, que era fuerza y confianza en sí mismo. Con cuidado, lo ayudó a acostarse en el lecho mientras negaba con la cabeza por la cabezonería de esos dos tontos.

—¿Quieres que hablemos? —preguntó, aunque, conociéndolo como lo conocía, ya sabía cuál iba a ser su respuesta.

—En estos momentos no me apetece hacerlo, sólo quiero descansar un poco. No te importa, ¿verdad? —repuso tumbado mientras se restregaba los ojos con la mano.

—Claro que no. Voy a traerte un poco de agua —contestó mientras iba al minibar del que disponía la habitación.

Cuando volvió con la botella, Martín ya estaba dormido.

Dicen que el hombre es el único animal que tropieza dos veces en la misma piedra. Pues Alexia era un claro ejemplo de que los refranes llevan razón: no sólo había tropezado dos veces, sino que, además, se había caído de bruces. Se encontraba sentada en la tumbona del pequeño balcón de la habitación, donde había pasado toda la noche pensando después de hartarse a llorar. Estaba empezando a amanecer y ella todavía no había tomado una decisión, y su jefe seguía sin aparecer. Así que aprovechó antes de que él hiciera acto de presencia y, como ya tenía las maletas de los dos organizadas, se preparó y salió de la estancia para bajar a la playa y dar un paseo antes de desayunar. Necesitaba aclarar sus ideas y decidir de una vez por todas qué era lo que iba a hacer.

Minutos después, mientras caminaba por la arena, volvió a recriminarse por milésima vez cómo había sido tan estúpida de volver a cometer el mismo maldito error. Quizá Jorge tenía razón y se creía más lista de lo que era, porque de otra manera no había explicación a lo que había hecho. ¿Acaso no había tenido bastante con su experiencia anterior? ¿No le había quedado claro que era una pésima idea? ¿No había tenido suficiente con lo mal que lo había pasado hacía escasamente un año?

¡¿En qué demonios estaba pensando?!

Pero lo más patético era de quién se había enamorado: ni más ni menos que de Martín Ledesma... que no sólo era su jefe, sino el hombre más guapo y famoso de México, aunque a ella eso poco le importaba. Se trataba de un hombre que, con sólo chasquear los dedos, podría tener a la mujer que le diera la gana, porque... si de algo estaba completamente segura era de que ella sólo había supuesto un calentón en la vida de su jefe. Si hubiera sido algo más, si él hubiera tenido el más mínimo interés en ella, conociendo su carácter, Martín se habría impuesto. Se habría enfadado y habrían discutido, mandándola al infierno sin importar lo que ésta le dijera o pensara, desechando todas las protestas o reparos que Alexia tuviera... se hubiese hecho lo que él quisiera, ya que siempre se salía con la suya. Por lo tanto, que se hubiera ido tan rápidamente sin casi protestar sólo le había demostrado que ella tenía razón. Era cierto que se había ido enfadado, pero ¿qué hombre no lo hubiera hecho después de que lo hubieran rechazado?, a pesar de que le hubieran dado la excusa perfecta. Su orgullo estaría resentido, aunque por otro lado también estaría enormemente aliviado.

Que no hubiera aparecido en toda la noche sólo le confirmaba el hecho de que, seguramente, estaba arrepentido por lo que había sucedido entre ambos, además de avergonzado, por lo que no sabría cómo actuar con ella. Y no lo culpaba. ¿Quién podría estar interesado en una mujer así? Su exnovio, que no era otro que su exjefe, tenía razón: ella no era nadie, sólo una mujer con la que pasar el rato, nada más. Y que se hubiera comprado ropa nueva y hubiese aprendido a maquillarse y prepararse, no ocultaba el hecho de que era una simple secretaria. No era una famosa actriz, ni una espectacular modelo, ni tampoco una archiconocida cantante, con sus caras perfectas y sus increíbles cuerpos, con dinero y medios, codeándose con personas de su mismo nivel social. Era sólo una asistente personal anodina, que le llevaba el agua o el café y atendía las llamadas telefónicas, y que no estaba a su altura y jamás lo estaría. Ellos trataban con gente triunfadora, gente de su misma clase social, gente guapa y carismática, y ella no lo era. Era triste, pero cierto. Era algo que Jorge le había dejado muy claro. Lo que había ocurrido esa noche había sido por estar en el sitio justo y el momento adecuado, nada más. Y, sobre todo, porque ella no había sabido controlarse, no había sido capaz de resistir el poderoso impulso de besarlo, de volver a sentir lo que era estar entre sus brazos, de estremecerse con sus caricias... Y ahora tendría que guardarlo, atesorarlo como lo más preciado que le había pasado en la vida y seguir adelante. Porque de lo que sí estaba segura era de que, si hubiera sido otra mujer, habría sucedido exactamente lo mismo.

Así que, después de secarse impacientemente las lágrimas que surcaban su mejilla, decidió que lo que iba a ocurrir a partir de ese momento lo decidiría él. Si Martín actuaba como le había pedido ella, o sea, como si no hubiese sucedido nada entre ellos dos, se quedaría. Si eso no era así, agarraría sus maletas y, por mucho que le doliese, volvería a su casa, a España, aunque eso le rompiese el corazón. Lo que tenía claro era que nunca, nunca, se enteraría de lo que ella acababa de descubrir esa misma noche: lo profundamente enamorada que estaba de él. No permitiría que volvieran a jugar más con ella y con sus sentimientos; con una vez había tenido más que suficiente.

Se encontraron horas después en el desayuno y ninguno de los dos dijo palabra; ambos llevaban gafas de sol para esconder los estragos de la noche y estaban cabizbajos, sin apenas probar bocado. Alexia no era capaz de mirarlo a la cara, pero a quien sí veía poniendo caretos extraños era a Esther, que no hacía más que observarlos y bufar crispada, reacción que, por otro lado, la asistente no entendía.

Minutos después levantó la cabeza y todos quedaron horrorizados cuando vieron aparecer a la arpía rubia, enfundada en una enorme pamea y parapetada tras unas enormes gafas de sol. Si la actriz quería pasar inadvertida, estaba logrando todo lo contrario, máxime cuando, con un golpe de aire, el estrambótico sombrero salió volando, dejando a la mujer expuesta a las miradas despavoridas de todo el mundo al

comprobar que estaba completamente calva. Ella procedió a correr detrás del dichoso sombrero, desesperada por recuperarlo, oyendo las carcajadas mal disimuladas de sus compañeros de trabajo, a los cuales más de una vez había vilipendiado sin compasión, por lo que ahora estaba cosechando lo que había sembrado durante todo ese tiempo... aunque a Alexia, verdaderamente, le daba mucha pena. Sin poder evitarlo, giró la cabeza para observar la reacción de Martín, pero se quedó con las ganas de saber qué estaría pensando, ya que, detrás de las gafas y con una máscara fría como el témpano, fue incapaz de descifrar cuál era su estado de ánimo. Así que apartó la mirada para observar cómo los demás se reían abiertamente de Marta. Tiempo después se enteraría de que la actriz, disgustada por el despido y porque todos sus planes se hubieran ido al garete, se había equivocado y, en vez de aplicarse esa mañana una carísima mascarilla hidratante en el pelo, se untó una costosísima crema de depilación corporal, que le había dejado el cuero cabelludo liso y suave como el culito de un bebé. Y decían las malas lenguas que los berridos que había pegado eran tan fuertes que se habían oído en todo el hotel, aunque Alexia no pudo oírlos porque en esos momentos se encontraba en la playa, pensando y clarificando cuál sería su futuro. Las desgracias de la joven actriz no habían terminado ahí: por lo visto se había producido una filtración, y había llegado a los medios de comunicación la noticia de su despido inmediato. Por ello, cuando llegaron al aeropuerto, los periodistas la estaban esperando para acribillarla a preguntas, a cuál más perniciosas, y salieron antiguos secretos que en su momento otras personas acallaron. Esa atención era algo que la actriz llevaba esperando toda su vida, pero nunca creyó que se produciría de esa manera. Marta siempre había soñado con el hecho de que los periodistas y las cadenas de televisión se pegaran por hacerle una entrevista o conseguir una declaración suya, pero jamás había imaginado que la pesadilla que estaba viviendo le pudiese estar ocurriendo a ella. Siempre pensó que eso sólo les ocurría a las demás, a las mediocres que no tenían un futuro en ese mundillo, pero no a ella. Nunca a ella. Y no había nada que le gustara más a una cadena de televisión que la caída en desgracia de un personaje más o menos público. La actriz no era realmente muy conocida, pero, al estar trabajando en la telenovela del momento y en horario de máxima audiencia, resultaba la carnaza perfecta para los ávidos espectadores que disfrutaban conociendo las miserias de los demás para olvidarse de las suyas propias. Así, los tertulios y periodistas de los programas del corazón le daban a su público lo que quería, a sabiendas de que estaban arruinando la carrera, la reputación y la vida de una persona, se lo mereciera o no. En esos momentos, la arpía rubia era actualidad y protagonista de un escándalo y, si no lo era, se lo inventaban, a ellos les daba igual.

Cuando subieron al avión, al lado de Alexia se sentó Roberto, que no sabía el motivo de la relación tan fría que había entre ella y su jefe, pero quien, sin importarle mucho el hecho, se sentía feliz de que estuvieran enfadados. Intentó hablar con ella, pero ésta sólo le dijo que tenía una horrible jaqueca y que no se encontraba muy bien,

por lo que se pasó todo el viaje callada y meditabunda, mirando a través de la ventanilla del avión. Martín tampoco es que estuviera precisamente muy hablador; estaba sentado al lado de Esther, con la que se había puesto de acuerdo esa misma mañana, cuando ella lo despertó para que fuera a ducharse y prepararse para el viaje. Al fondo del avión, medio escondida, estaba Marta, a la cual toda su soberbia y aires de grandeza se le habían caído al nivel del subsuelo, humillada y mortificada por las injurias, todas ellas verídicas por cierto, que habían vertido sobre su persona, mientras su teléfono echaba humo por los mensajes de antiguos compañeros que estaban felices de que, por fin, tuviera lo que realmente se merecía.

Cuando llegaron a Ciudad de México, en el aeropuerto los estaba esperando Pedro y, después de meter las maletas en el coche, se dirigieron en completo silencio a casa. Si el chófer encontró extraña la actitud del jefe y su asistente, no dijo nada, aunque se preguntó qué habría pasado para que estuvieran tan fríos y distantes. Sin embargo, la pesadumbre se les pasó a los dos cuando, al entrar por la puerta principal, vieron a su comité de bienvenida, comandado por Lucas y seguido por Sole y Tina.

—¡Papi! ¡Papito! —gritó el niño, contento, corriendo hacia él.

El pequeño se abrazó a su padre mientras éste, feliz, le daba vueltas en el aire y se lo comía a besos. Después, para desconcierto de Alexia, en cuanto Lucas pisó el suelo, se fue corriendo hacia ella para que lo abrazara y lo besara como era debido. El actor se quedó embobado contemplando la estampa de su hijo abrazado a su asistente, mientras ella no podía evitar reírse con él... pero un dolor agudo se le clavó en la boca del estómago al recordar cómo, unas horas antes, Alexia lo había rechazado y, celoso por el recibimiento que había tenido el niño y resentido con ella, llamó a Lucas para que subieran a su habitación y poder desenvolver los regalos que le había traído. Dejaron así a las tres mujeres de pie en el recibidor, y a Pedro subiendo con él y su hijo la escalera mientras le llevaba las maletas a su dormitorio.

Cuando las tres amigas se quedaron a solas, Sole y Tina se abalanzaron encima de su compañera para que les contara qué había de cierto en todo lo que estaban contando en la televisión sobre el despido de la arpía rubia. Y a ella, aunque se moría por irse a su propia habitación y descansar un poco, no le quedó otra que esgrimir una tenue sonrisa y detallarles de cabo a rabo todos los cotilleos y noticias ocurridos durante esos cuatro días.

Cuando Martín se despertó de la no tan pequeña siesta, ya que era avanzada la tarde, se percató de que Lucas no estaba con él en la cama. Se había levantado y marchado del dormitorio sin haberlo despertado, como era su costumbre. Así que se vistió y salió de su habitación... para seguir los horribles bramidos, seguidos por las carcajadas de su hijo, que lo guiaban al piso de abajo. Menos mal que gran parte de la resaca se le había pasado, porque, cuando llegó al salón, se apoyó en el marco de la puerta para contemplar, maravillado, el espectáculo que estaba teniendo lugar. No

pudo impedir que una sonrisa divertida apareciera en su rostro cuando contempló la algarabía que estaba aconteciendo, y entendió más que nunca por qué su hijo adoraba a Alexia. En medio de la habitación estaba su asistente, con un paño en una mano y cantando a todo pulmón, con la música de Maroon Five sonando a todo trapo; intentaba enseñarle al pequeño, que llevaba un plumero en la mano, a bailar como Mike Jagger la canción de *Moves like Jagger*^[12] a la vez que limpiaba el polvo, mientras Tina pasaba el aspirador siguiendo el ritmo de la música con golpes de cabeza y de cadera, sin llegar a descoyuntarse pero faltándole muy poco. Lucas no hacía más que reírse, cuando, en un momento de la canción, la asistente intentó explicarle, tanto a él como a su compañera, a poner la postura correcta, como si fuera la de un pollo con un ataque de epilepsia, emulando los movimientos estrambóticos del conocido cantante de los Rolling Stones, poniendo morritos y sacando la lengua de forma exagerada. Su hijo acabó tirado por los suelos con un ataque de risa.

—¡Lucas, así no vas a aprender nunca! —le gritó ella por encima de la música mientras lo ayudaba a levantarse—. Tienes que sacar pecho mientras pones el culo en pompa, y al mismo tiempo mover los brazos como si te estuvieran picando unas abejas. ¡Así, ves! —le explicó mientras intentaba hacer los movimientos, que, por cierto, no le salían en absoluto.

—¡No, no es así! —gritó el niño, mientras una mirada traviesa muy parecida a la de su padre se formaba en sus ojos—. ¡Es como lo hago yo!

Luego salió disparado detrás de Alexia, esgrimiendo el plumero como si fuera una espada para propinarle su mejor estocada.

—¿Vosotros dos, queréis estaros quietos?! —gritó Tina asustada, al ver que la otra se escondía detrás de ella y, después, escapaba de Lucas sorteando los obstáculos de la habitación—. ¡Como tiréis algo y lo rompáis, me vais a oír!

La sonrisa de Martín se congeló al momento, dejando esa pose indolente, apoyado contra la puerta, para quedarse rígido cuando la asistente se paró en seco al percatarse de su presencia, llevándose el tremendo plumerazo que le propinó su hijo en todo el trasero.

—¡Ay! —exclamó, frotándose la retaguardia, dolorida, sin apartar los ojos del actor.

Cuando Lucas reparó en él, corrió para agarrarlo de la mano e instarlo a jugar también con ellos.

—¡Papi, ven! —le pidió a gritos mientras tiraba de él—. ¡Vamos a jugar con Álex a limpiar el polvo!

Ella se giró para apagar el equipo de música y justo en ese instante sonó el timbre de la puerta, momento que aprovechó Tina para salir corriendo de la estancia, pero no sin antes llevarse la mirada de desaprobación de su amiga, culpándola por dejarla sola ante el peligro.

—Ahora no, hijo —le contestó, desilusionando al niño.

—¿Por qué, papi? —le preguntó, empezando a hacer un puchero cuando se dio

cuenta de que la música ya no sonaba y que el ambiente había cambiado.

Aunque fuera un crío, Lucas se percató de que su padre y Alexia estaban muy serios y como enfadados, y miraba a uno y a otro intentando averiguar qué había pasado.

—¿Me harías un favor, campeón? ¿Le podrías pedir a Soledad que me lleve un café a mi despacho?

—¡Pero...!

—¡Por favor, Lucas! —le pidió mientras se agachaba y le daba un beso en la mejilla—. Y te prometo que después jugaremos en el jardín a lo que quieras.

—¡Está bien! —refunfuñó, mientras se encaminaba hacia la cocina arrastrando el plumero por todo el suelo.

Alexia observó cómo el niño se marchaba, para cerrar los ojos a continuación al escuchar las siguientes palabras de Martín.

—¿Se puede saber qué demonios estás haciendo?

Sorprendida, se preguntó qué había hecho mal ahora.

—Como no especifiques un poco más... —contestó encogiéndose de hombros.

Martín seguía dolido y furioso con ella, así que ésa era una excusa tan perfecta como cualquier otra para poner en su lugar a su irritante empleada.

—¿Por qué estás, con un trapo, limpiando el polvo?

Ella levantó las cejas, desconcertada por la pregunta.

—Es obvio, ¿no? Es lo que se suele utilizar para eliminar la suciedad. Lucas se había pedido el plumero y Tina no me dejó la aspiradora, así que... —contestó tranquilamente.

—¿Me estás vacilando? —le planteó él con los puños cerrados.

—No, estoy respondiendo a la pregunta que me has hecho. Que, por cierto, no entiendo a qué viene —replicó mientras doblaba el paño cuatro veces, poniendo toda su atención en esa acción.

—¿Así que no sabes a qué viene? —masculló entre dientes, mientras se acercaba a ella despidiendo fuego por los ojos y le arrancaba el trapo de las manos, para, al momento siguiente, tirarlo lejos—. Pues viene a que yo no te he contratado para esto. No es tu trabajo; por lo tanto, no quiero que lo hagas.

Alexia se cruzó de brazos, empezando a perder la paciencia.

—Creía que había dejado muy claro que tú no ibas a decidir lo que tenía o no tenía que hacer.

—Mientras vivas en mi casa, ten por seguro que sí lo voy a hacer; sobre todo cuando estás haciendo un trabajo que no te corresponde.

—El trabajo lo estoy haciendo yo, y si me corresponde o no, también es algo que yo decido.

—Ejem... —carraspearon, interrumpiendo lo que empezaba a ser una discusión.

Los dos volvieron la cabeza para encontrarse con Miguel y Tina en el quicio de la puerta.

—¿Vengo en un mal momento? —preguntó el hombre.

—¡Sí!

—¡No!

Tanto Miguel como Tina observaban confundidos a Martín y Alexia, que, enfadados, se echaban miradas coléricas el uno al otro.

—Patrón, la culpa ha sido mía —intervino la asistente, intentando ayudar a su amiga—. Pero le aseguro que no volverá a ocurrir.

—No te metas, Tina, porque esto no va contigo —la advirtió Alexia—. Tú no has hecho nada malo; por lo tanto, no tienes que disculparte por nada.

—Pero Álex...

—Todavía seguimos en el siglo XXI, ¿no? —interrumpió la asistente a su amiga—. O acaso me he despertado esta mañana y...

Martín la agarró del brazo mientras la arrastraba hacia la puerta, cortando su perorata de raíz.

—¿Qué haces? —chilló sorprendida por su reacción.

—¿Tienes ganas de discutir? ¡Muy bien!, pero lo vamos a hacer en mi despacho. Los dos. ¡A solas! —espetó mientras tiraba de ella, consiguiendo que Tina y su padre se apartaran, perplejos.

—Martín, no creo que...

—¡Cállate, papá, esto tampoco va contigo! —le ordenó cabreado.

—¡Martín, suéltame! ¡Te digo que me sueltes! —gritó ella tirando de su brazo.

Cuando por fin lo hizo, se colocó bien la ropa y, con la cabeza muy alta y el cuerpo rígido como una tabla, se dirigió hacia el despacho andando ella solita.

—¿Con quién demonios te crees que estás hablando? —bramó el actor después de cerrar la puerta detrás de ella con un golpe.

La mujer se volvió para mirarlo cara a cara, mientras apoyaba su trasero en la mesa del despacho y se cruzaba de brazos.

—¡Que sea la última vez que me hablas así delante de mi padre y del servicio!

—Perdón si no te he hablado correctamente delante de tu padre y de mi amiga —se disculpó con un tono sarcástico—, pero estaba demasiado ocupada defendiéndome de tus gritos, sin mencionar el ataque troglodita que te dio después, ¡claro!

—Si te he gritado ha sido porque parece que no me entiendes si no lo hago de esa manera. Y óyeme bien, porque no te lo voy a volver a repetir: desde este momento, te prohíbo terminantemente que hagas cualquier trabajo en esta casa que no te corresponda... como cocinar, limpiar, pasar la aspiradora... o, para ser más explícito, cualquier tarea que le concierna a Sole, a Tina e incluso a Pedro. ¡¿Está claro?!

—¡¿Que tú me lo prohíbes?! ¡¡¡¿A mí?! —vociferó totalmente asombrada, levantando las manos para acercarlas al pecho.

—¡¡Sí!! —contestó cruzándose de brazos.

—Pues, lo siento mucho, pero desde ya te digo que no lo voy a hacer —lo avisó, retándolo con la mirada.

De repente él dio dos zancadas, acercándose peligrosamente. Pegó tanto su cara a la de ella que podía ver con total claridad cómo le latía una vena en la frente de lo rabioso que estaba... y cómo esos preciosos ojos verdes se entrecerraban furiosos, mientras sus sexis labios se convertían en una delgada línea. Y tuvo que arrimar más su cuerpo a la mesa del despacho, agarrándose con ambas manos a ella para contener el impulso de enmarcar su rostro y besarlo.

—¡No me desafíes, Alexia! —siseó.

Levantó más la barbilla tercamente, dejándole claro que no la intimidaba.

—¿O qué?

Por la mente de Martín pasaron una veintena de imágenes realizando lo que más quería hacerle en ese momento. Y todas pasaban por besarla hasta dejarla sin aliento, para acabar haciéndole el amor y que gritara de placer entre sus brazos, en diferentes posturas y escenarios... desde la mesa hasta la alfombra, pasando por la silla o contra las estanterías.

«¡Maldita sea!»

—¿Por qué eres tan terca? —preguntó exacerbado, apartándose de ella mientras se tocaba la frente con una mano.

—¿Que yo soy terca? ¡¡¡Ja!!! ¿Te has mirado últimamente en un espejo? Porque tu nombre viene en el diccionario como definición de la palabra «¡¡¡terco!!!», en letras mayúsculas.

—Me da igual lo que digas. No quiero volver a verte con una fregona en la mano, ni limpiando el polvo, ni nada que tenga que ver con las labores domésticas. Me molesta y punto.

Y era cierto. Le fastidiaba verla hacer ese tipo de faenas. No es que tuviera nada en contra de ese oficio, y la prueba es que adoraba tanto a Soledad como a Justina y no podría vivir sin ellas, pero creía que Alexia valía mucho más que para pasar el plumero. Le irritaba verla hacer un trabajo que no estaba a su altura, y máxime cuando ya tenía a dos personas a las cuales pagaba para hacerlo.

—¿Me puedes decir qué día es hoy? —espetó de repente, dejando al actor totalmente descolocado.

—¿Y eso qué tiene que ver con lo que estamos hablando?

—Lo tiene que ver todo. Porque hoy es domingo, ¿verdad? Por lo tanto, es mi día libre, y yo, en mis días libres, hago lo que me da la gana. Y ni tú ni nadie me va a venir a decir lo que tengo y lo que no tengo que hacer. Creía que te lo había dejado claro, pero está visto que me equivoqué —le explicó con los brazos en jarras.

—Yo decido cuáles son tus días libres y eso viene por contrato —le aclaró, contento por fin de que hubiera algo que no le pudiera rebatir.

—Pues tenemos que revisar ese maldito documento, porque, evidentemente, no estaba en mis cabales cuando lo firmé. Y si no estás de acuerdo, ¡me despides!, porque en esto no voy a ceder, Martín. ¡En esto, no!

—¡Arg! —exclamó desquiciado—. ¡Eres la mujer más necia que he conocido en

mi vida! —soltó mientras empezaba a caminar de un lado a otro de la habitación.

—Añádemelo a mi ya larga lista de defectos.

—¿No entiendes que sólo hago lo que creo que es mejor para ti?

—Pues explícamelo, porque francamente no lo comprendo —le pidió confundida.

—No quiero que se aprovechen de ti, ¿entiendes? —le dijo harto de su tozudez—.

Cada cual sabe perfectamente cuáles son sus funciones y tú tienes las tuyas, y te he visto más de una vez hacer cosas que no te corresponden. Esto, con Verónica, no ocurría, y quizá es porque eres demasiado buena para decir que no.

—Está bien —suspiró ella tratando de calmarse para poder hablar con tranquilidad—. Ahora escúchame tú a mí, por favor.

—Soy todo oídos —contestó mientras se volvía a cruzar de brazos.

—En primer lugar, no necesito que me defiendas, puedo hacerlo yo solita. En segundo lugar, yo no soy Vero; por lo tanto, no me compares con ella. Y en tercer lugar, nadie me está obligando a hacerlo, lo hago porque quiero, porque necesito hacerlo, porque deseo agradecerles lo que hacen por mí.

Martín bufó incrédulo mientras se pasaba una mano por la mandíbula y cruzaba la estancia dirigiéndose a la ventana que daba al jardín, resistiendo las ganas de zarandearla para que le entrara en esa dura cabeza que tenía que no se podía ser tan ingenua.

—¿Y se puede saber qué es lo que hacen por ti para que se aprovechen de esa manera?

—Ya te he dicho que no se están aprovechando. Nunca me han pedido nada, siempre me he ofrecido yo —intentó explicarle mientras se giraba para quedar frente a él.

—¡Ya! —resopló incrédulo.

—¿Tan poco conoces a tus empleados? Sinceramente, ¿crees que ellos serían capaces de utilizarme de algún modo?

Francamente, no lo creía, y se dio la vuelta para mirar hacia el jardín y no tener que darle la razón.

—Debes saber que trabajar para ti es tan absorbente que no tengo tiempo para nada más, por lo que tengo que recurrir a pedir favores a mis compañeros, que ellos me hacen gustosos. Por ejemplo, el otro día le pedí a Tina que me comprara algunos artículos personales en un supermercado y lo hizo encantada; o a Pedro, que se ofreció a ir a correos para enviarles un paquete a mi hermana y mis sobrinos. Y no digamos Sole, que se está aprendiendo algunas recetas españolas para que, cuando yo coma en casa, pueda tomar algo que me guste y me recuerde a mi hogar. Y todo esto sin pedir nada a cambio. Por lo tanto, sí, yo me ofrezco a ayudarlos, porque ellos aquí son mi familia. La única familia que tengo en México, al igual que lo son Mauro, Eva, María, Esther, Lucas, incluso tú. Y les estoy enormemente agradecida por cómo me están cuidando. Y si en España mi hermana estuviera trabajando mientras yo me toco las narices, ten por seguro que haría exactamente lo mismo que hago aquí,

ayudarla. Lo he hecho toda mi vida y nunca se me han caído los anillos por ello.

El actor no sabía qué decir; su intención había sido ponerla en su lugar y al final, como siempre, acababa ocurriendo todo lo contrario. ¿Cómo podía prohibirle nada después de lo que le acababa de decir? Su familia. Los consideraba su familia, incluso a él.

Alexia estaba esperando a que dijera algo y, en vista de que no lo hacía, decidió acabar con la discusión y marcharse de allí.

—Siento mucho no poder darte el gusto, pero ya te he dicho que, en esto, no voy a ceder. Y si no estás de acuerdo, ya sabes lo que tienes que hacer; ahora, si no te importa, voy a seguir con lo que estaba haciendo.

—Me has amenazado varias veces con lo mismo, Alexia, y quizá un día te sorprenda mi respuesta y decida hacerte caso —contestó al fin con la voz envarada, pero sin darse la vuelta en ningún momento.

—Quizá sea lo mejor —murmuró tan bajito que pensó que él no la había oído.

Pero sí lo había hecho.

«¡De eso nada! ¡Ni hablar!»

—Muy bien... si es lo que quieres, así será —le contestó girándose y posando su mirada en ella.

Alexia abrió muchos los ojos y dejó de respirar, pensando que al final sí lo había hecho... que finalmente la estaba despidiendo.

—Podrás ayudar sólo y exclusivamente en tus horas libres —sentenció.

Si ella era terca y cabezota, él podía serlo incluso más. Ya se encargaría de que no le quedara tiempo suficiente, o que llegara tan cansada que no tuviera ningunas malditas ganas de hacerlo.

—Pero, a partir de hoy, y esto no es discutible, comerás, desayunarás y cenarás conmigo y con mi hijo todos los días en la misma mesa. Es más, mañana tendré algunos invitados en casa y compartirás el almuerzo con nosotros. Nada de comer en la cocina; son visitas y me ayudarás a atenderlas como la asistente personal que se supone que eres.

—¿Estás de broma? —le preguntó alucinando por completo y respirando por fin al darse cuenta de que no la había echado.

—No.

—Pues, si tengo que compartir contigo la mesa, también lo harán Sole y Tina —contestó tozuda—. Ellas llevan más tiempo que yo trabajando aquí, así que...

—¿Acaso me has oído decir sus nombres?

—Pero...

—No hay peros que valgan; esto es una orden y no es negociable —anunció mientras se dirigía hacia la puerta.

—No estoy de acuerdo —declaró mientras lo veía salir de la estancia.

Tuvo que correr detrás de él, porque se había alejado a grandes zancadas.

—¡Martín!

Cuando el actor llegó a la cocina, se encontró a todos allí, esperando el desenlace de lo que estaba ocurriendo en el despacho, sobre todo Tina, con evidentes signos de nerviosismo y culpabilidad. Incluso Lucas también estaba, pues se encontraba jugando con su abuelo, sentados los dos a la mesa.

—¡Perfecto, estáis todos aquí! Papá, ¿te apetece quedarte a cenar?

Miguel se quedó tan asombrado por la pregunta que durante un segundo no supo qué contestar, para responder después con una brillante sonrisa.

—¡Claro! Estaré encantado, hijo.

—Muy bien. Pues... Soledad, a partir de ahora Alexia compartirá todas las comidas con mi hijo y conmigo en el comedor, así que añade dos cubiertos más a la mesa esta noche, porque mi padre también se queda a cenar.

—Sí, patrón —contestó la cocinera totalmente confundida.

—Martín, no estoy...

—Y, por cierto, mañana voy a tener invitados a comer; en cuanto confirme su asistencia, te diré cuántos son en total y hablaremos del menú —siguió hablando, ignorando por completo a Alexia para volver a dirigirse a su padre—. ¿Quieres venir a comer mañana, papá?

—Martín...

—Sí, claro, por supuesto —contestó encantado.

—¡Genial! Pues ya está todo resuelto. Cuando puedas, Soledad, llévame a mi despacho el café que pedí hace rato.

—Sí, patrón.

Dicho esto, se dio media vuelta y salió de la cocina, dejando a todos con la boca abierta, incluida Alexia. Lucas, sin entender lo que estaba ocurriendo, los miraba a uno a uno de hito en hito.

—Abuelo, te toca jugar —le informó el niño, reclamando su atención.

El hombre, todavía estupefacto y bastante conmocionado, no entendía qué era lo que había pasado para que su hijo lo volviera a llamar «papá» y lo invitara a cenar y a comer al día siguiente... pero, fuera lo que fuese, daba gracias a Dios por ello.

—Eh... sí, campeón. ¿Por dónde íbamos? —le contestó cogiendo una ficha del juego de mesa.

Alexia sí lo sabía. Sabía perfectamente lo que estaba tramando su jefe. Si Miguel estaba en casa, tendría que estar con él y con Lucas, ya que era lo que le había ordenado. Y si con eso no era suficiente, al aceptar la invitación y quedarse a cenar, era un invitado, por lo que también tendría que atenderlo, siguiendo las últimas órdenes recibidas. Así que adiós a su día libre y al de mañana, también.

«¡Mierda!»

El actor estaba en el despacho mientras observaba a su padre y a Alexia jugar con su hijo al balón en el jardín. Le habría encantado estar ahí, pero todavía no estaba

preparado para tratar más de cerca a Miguel. Era algo completamente irónico, ya que lo había invitado a cenar esa noche y a comer al día siguiente. ¿Por qué lo había hecho? ¡Ni idea! Posiblemente porque su molesta e irritante empleada lo había sacado tanto de quicio que hacía cosas que no tenían sentido ni siquiera para él. No se paró a pensar, sólo hizo lo que tenía que hacer y punto. Si quería que Alexia no hiciera lo que tanto le molestaba, tendría que tenerla ocupada haciendo otras cosas... y eso no tenía nada que ver con el hecho de que quisiera tenerla cerca, sobre todo después de que lo hubiera rechazado como lo había hecho, por supuesto que no. Porque eso tenía un nombre y era «masoquismo», y él, de masoquista, no tenía nada. Sólo era que estaba irritado, porque, cada vez que creía que tenía la sartén por el mango, llegaba su desquiciante asistente y le daba la vuelta completamente. Y tenía que desquitarse de alguna manera, por lo que hacía cosas que no tenían lógica. ¿O sí? Porque, a pesar de que le había dejado muy claro que no quería tener nada con él, el actor no podía sacársela de la cabeza: pensaba en ella constantemente e incluso maquinaba formas para no perderla de vista. Porque obligarla a compartir la mesa con él era, simple y llanamente, una excusa para tenerla cerca, sin contar las ganas y el deseo de besar esos labios rojos tan apetecibles que lo volvían loco.

«¡No! ¡Ni hablar!»

Tenía que desterrar a esa mujer de su mente pero ¡¡¡ya!!! Nunca volvería a tocarla, ni aunque se lo suplicara de rodillas, por mucho que se muriera por besarla, o por acariciarla, o por...

«¡¡¡Basta!!!!»

Se alejó de la ventana frustrado, pero sobre todo enfadado consigo mismo, así que decidió dejar de pensar en esa obstinada mujer y hacer algunas llamadas para invitar a unos pocos amigos. Rogaba para que no estuvieran ocupados y aceptaran su invitación, puesto que, cuando dijo que tenía invitados al día siguiente, había sido un plan improvisado. Y sobre su padre... no tenía ni la más remota idea de lo que iba a hacer con respecto a él.

—Alexia, me gustaría darte las gracias.

Estaban sentados en el jardín, observando cómo Lucas jugaba con un coche teledirigido. Empezaba a anochecer y en breve tendrían que cenar todos juntos, y Miguel quería hablar antes con ella.

—¡Perdón, estaba algo distraída! —admitió, volviendo a la realidad.

No había dejado de pensar en ningún momento sobre lo que había pasado antes con Martín. Sinceramente cada día lo entendía menos. ¿Qué pretendía con hacerla sentar a la mesa con él? Ella era una empleada más, como Sole y Tina, y su lugar era comer con ellas y Pedro en la cocina. ¿Qué pensarían sus compañeros al verla sentada con su jefe a la mesa y ellos no? Creía que, después de lo que había ocurrido entre los dos, de lo que tendría menos ganas sería de verla delante de él. Pero no, ese terco

quería que se sentara con él y con su hijo a la mesa como... como si fuera... ni tan siquiera se atrevía a decirlo en voz alta. ¡Jesús, era un hombre desesperante! Con lo tranquila que estaba jugando con Lucas y ayudando a Tina, ¿por qué tenía que hacerle la vida tan difícil?

—¿Por qué me dabas las gracias? —le preguntó al fin, intentando apartar de su mente al imposible pero increíblemente *sexy* de su jefe.

Miguel también había estado pensativo durante todo ese tiempo. No conseguía quitarse de la cabeza la imagen de su hijo y Alexia en el salón, y el fuego que despedían sus miradas al retarse mutuamente cuando creían que estaban solos. Él ya tenía una edad, pero sabía reconocer la pasión contenida cuando la tenía delante de sus narices, y esos dos se atraían uno al otro, de eso no le cabía la menor duda. Y ahora entendía el cambio de actitud de su hijo hacia él.

—No sé qué es lo que has hecho o lo que le has dicho a mi hijo, pero, gracias a ti, me está dando una segunda oportunidad, por lo que te estoy enormemente agradecido.

Alexia no pudo evitar reírse.

—Lo siento —se disculpó cuando observó la mirada de desconcierto del hombre—, pero es que me parece tan irónico lo que acabas de decir... ¿De verdad crees que pueda haber alguien que le diga a tu hijo lo que tiene que hacer? Si existe esa persona, te puedo asegurar que no soy yo, así que no me des las gracias por nada. De verdad que me hace muy feliz que Martín esté cambiando su actitud contigo, pero yo nada tengo que ver, te lo garantizo.

—Yo no estoy tan seguro —porfió el hombre—. Creo que, desde que trabajas aquí, ha cambiado bastante, y ha sido gracias a la influencia que ejerces sobre él.

—¿Yo, influenciar a Martín? ¡Ja! —exclamó poniendo los ojos en blanco—. Tu hijo es demasiado terco y cabezota como para que le entre algo de sentido común en esa mollera dura que tiene sobre los hombros. No... —respondió negando con la cabeza—... estás equivocado, Miguel: lo único que ha cambiado es que se ha dado cuenta de que realmente estás interesado en formar parte de su vida y, sobre todo, de la de Lucas... por lo que ha sido sólo y exclusivamente mérito tuyo, de lo cual tengo que decir que me alegro enormemente. Le haces mucha falta a tu nieto, no hay más que ver lo feliz que es cuando está contigo, y tu hijo, aunque él no quiera reconocerlo, también te echa mucho de menos.

Alexia lo observó con detenimiento y reparó en que se había puesto muy serio. A lo mejor algún día se atrevería a preguntarle qué había pasado exactamente para saber su versión de los hechos.

—Y estoy totalmente segura de que tú también los necesitas a ellos y de que, con el tiempo, todo se solucionará. Ya verás.

Él la miró directamente a los ojos y la mujer vio arrepentimiento en ellos, mezclado con dolor, resignación y un pequeño brillo de esperanza.

—Ojalá tengas razón.

Justo en ese instante los interrumpió Sole para avisarlos de que la cena ya estaba lista. Se levantaron juntos, para después llamar a Lucas y avisarlo de que se fuera a lavar las manos antes de cenar, para luego entrar caminando despacio a la casa como si estuviera dirigiéndose directa hacia el patíbulo.

Ya llevaban un buen rato esperando a que llegara el actor y se sentara a la mesa, pero cuál fue su sorpresa cuando la cocinera los informó de que el patrón había salido sin dar ninguna explicación, dejando tanto a Alexia como a Miguel totalmente confusos por su actitud.

—¿Ha recibido alguna llamada o recado urgente? —preguntó preocupada, pensando que algo grave tendría que haber ocurrido para que se hubiese ido de esa manera.

—Que yo sepa, no —contestó su compañera—. Sólo agarró su cazadora y las llaves de la moto, y se marchó.

Los tres se miraron sin saber qué había ocurrido para que Martín se hubiese largado de esa manera.

Capítulo 25

Martín se encontraba en esos momentos sentado encima de su moto, en una de las zonas más altas de Ciudad de México, contemplando las impresionantes vistas nocturnas que tenía frente a él. Cuando había salido huyendo de su casa no tenía ni idea de a dónde iba a ir, sólo sabía que necesitaba salir de allí como fuera. Llevaba bastante tiempo sentado en ese lugar, intentando tomar una decisión, mientras no podía quitarse de su retina la imagen que le había hecho escapar.

«¿Qué diablos voy a hacer?»

No lo sabía. Respecto a su padre ya había tomado una decisión, pero con Alexia... Su corazón le decía una cosa, y su cabeza, todo lo contrario. Y estaba asustado, no había tenido tanto miedo en toda su vida.

Recordó el momento en que se había asomado a la puerta del salón para ir a cenar y se había quedado paralizado, sin poder mover un dedo, al ver la estampa que allí estaba teniendo lugar. Se encontró a su asistente negando con la cabeza y una suave sonrisa de reproche en su hermoso rostro, mientras su padre regañaba a su hijo.

—Lo que has hecho no ha estado nada bien.

—Tu abuelo tiene razón, Lucas. No debiste haber mentido asegurando que te habías lavado las manos cuando no era cierto —le recriminó ella con dulzura.

El niño bajó los ojos, arrepentido, mientras se dejaba poner por su empleada la servilleta alrededor del cuello para no mancharse al comer.

—Lo siento, abuelo —se disculpó afligido.

—Está bien, hijo, pero que sea la última vez —le contestó suavizando el tono de voz cuando la ternura le impidió seguir firme con su nieto—. Recuerda que los hombres de verdad no mienten.

Y esa frase... esa maldita frase que su padre le había dicho un centenar de veces a él mismo cuando era un niño, consiguió que a Martín se le abriera una brecha en el pecho. De repente sintió un dolor agudo en la boca del estómago y un enorme vacío que no había estado allí tan sólo un segundo antes. Y a su mente acudieron un montón de recuerdos con esa misma estampa familiar de cuando era un crío y se sentaba con su padre y con su madre a la mesa en una típica cena hogareña. Y el pánico se quedó atenazando su garganta y no pudo reprimir el irrefrenable impulso de salir corriendo de allí. Por primera vez en muchos años, visualizó cómo sería una vida perfecta. Y a su mente le vino la imagen de su padre contándole un cuento a su Lucas antes de dormir, y él abrazado a la mujer de su vida mientras observaban la escena desde el quicio de la puerta. Y esa mujer que estaba a su lado era... nada más y nada menos que... Alexia.

¿Por qué? ¿Por qué diablos tenía que ocurrir eso ahora?

Desde que Vanesa los había abandonado, la única familia que existía eran ellos

dos. Lucas y él. Y durante todos esos años no les había hecho falta nadie más, con ellos dos solos se sobraban. O eso era de lo que había estado intentando convencerse durante todo ese tiempo. Por ello, cuando los había visto allí a los tres en una escena totalmente cotidiana, le volvieron los anhelos de cuando era un niño, y el deseo imperativo de tener una familia normal como cualquier otro chaval. Recordó la infinidad de noches que se había pasado llorando deseando que su madre regresara, y que Miguel volviera a ser ese amantísimo padre que se desvivía por él, anhelando que todo lo que había sucedido fuera una pesadilla que en cualquier momento se fuera a acabar.

Hasta que un día, por fin, se convenció de que no sería así. Seguía pensando exactamente lo mismo que le había dicho a Alexia: el día en que su madre los abandonó, también había perdido a su padre, aunque ahora parecía que lo estaba recuperando. Por eso su impresión fue tan fuerte cuando los vio sentados allí a los tres, como una familia, actuando como una familia, pareciendo una familia. Y tuvo que admitir para sí mismo de una vez por todas que eso mismo era lo que quería para su hijo. Una verdadera familia. Y, para ser totalmente honestos, para él también. Quería sentar cabeza, anhelaba con todas sus fuerzas encontrar a la mujer con la que pasar el resto de su vida, que lo estuviera esperando en casa deseando verlo, abrazarlo y cuidarlo. Que fuera, además de su mujer, su amiga, su confidente, su amante y, por supuesto, la madre de sus hijos... Hasta ese momento no se había dado cuenta de lo mucho que lo ansiaba.

Pero eso, con Alexia, no podía ser, eran totalmente incompatibles. Por muy atraído que se sintiera por ella, no podía negar el hecho de que estaban todo el día a la gresca, sin olvidar el pequeño detalle de que ya le había dejado claro que no quería tener nada con él. Y un suceso importante, además, que había pasado por alto durante todo el día, ofuscado y dolido por su rechazo, era lo que ella le había contado la noche de la partida de cartas, cuando le había confesado que le gustaba otro hombre. Si no era Roberto, ni tampoco Fernando, y evidentemente él menos, cada vez era más fuerte la sospecha de que había otra persona esperándola en España, o al menos alguien de quien estaba profundamente enamorada. Y contra eso Martín no podía luchar... Y tanto él como su hijo necesitaban estabilidad, no a alguien que ya lo había amenazado varias veces con que, si no estaba de acuerdo con ella, la despidiera; eso significaba que no le costaría nada hacer sus maletas y marcharse de su casa sin mirar atrás. Y desde luego no estaba dispuesto a pasar por ello nuevamente.

«¡Otra vez no! ¡De eso nada!»

No estaba preparado para soportar que le rompieran el corazón, ni que los abandonaran tanto a su hijo como a él de nuevo, por lo que tenía que tomar una decisión ya. Y tenía que ser de raíz, pues Lucas se estaba encariñando demasiado con ella y eso no podía permitirlo. Su padre, para lo bueno y para lo malo, era sangre de su sangre y el abuelo de Lucas, y además se estaba implicando seriamente en la vida de su hijo, por lo que le daría la oportunidad que llevaba años rogando. Pero Alexia...

Alexia era harina de otro costal.

Tendría que... No le quedaba más remedio...

¡Jesús, sólo de pensarlo, se le encogía el corazón! Pero eso únicamente significaba que, cuanto más tardase, más difícil se le haría el hacerlo. Así que...

«¡Tengo que despedirla!»

Y el nudo que tenía en la garganta se le hizo más grande todavía.

Aunque era lunes, Martín tenía invitados a comer en su casa. Ese día la productora de la telenovela se lo había dado de descanso a todo el personal, a modo de recompensa después del duro trabajo realizado en Telchac. Aun así, Alexia madrugó para ayudar en la cocina a Sole o en lo que necesitasen cualquiera de sus dos compañeras. Lucas tampoco iba a ir al colegio; era pequeño y no tenía mucha importancia si faltaba o no un día a clase. Así que, cuando la asistente apareció por la cocina, sus amigas, sentadas a la mesa tomando el primer café de la jornada, se quedaron asombradas al verla por allí. Sobre todo después de lo que había pasado el día anterior.

—¿Qué haces levantada a estas horas? —le preguntó Tina entrecerrando reticentes los ojos al ver aparecer a su amiga.

Alexia estiró su cuerpo dolorido y cansado después de haber dormido muy poco esa noche.

Había estado esperando despierta a que Martín llegase a casa, pues se había quedado muy preocupada por la forma en la que se había ido. Y, aunque estaba muerta de cansancio, ya que la noche anterior no había dormido nada, sabía que, hasta que no lo viera llegar sano y salvo, sería incapaz de pegar ojo. Por ello lo había estado aguardando sentada en el jardín, mientras pensaba en todo lo que había ocurrido durante esos días y que hasta ese momento no había tenido tiempo de analizar. Cuando él llegó, y la asistente se acercó para preguntarle el motivo por el que se había marchado de esa manera, éste la despachó con cajas destempladas, informándola de forma muy grosera de que no era un asunto de su incumbencia. Así que se marchó ofendida a su cama y, después de recriminarse por lo tonta que había sido por preocuparse por él, y desear que un camión le pasara por encima a su mal educado jefe, se quedó dormida antes de que su cabeza tocara la almohada.

—Buenos días, yo también me alegro de verte —le contestó cuando vio la mala cara que ponía su amiga.

—Buenos días a ti también. Y lo siento si te he hablado de manera cortante, pero es que ya nos vamos conociendo, Álex, y, sinceramente, que tú estés levantada a estas horas no significa nada bueno.

Alexia acabó de echarse el café en su taza y se sentó a la mesa con sus compañeras.

—¿Y eso qué quiere decir? —preguntó después de ahogar un bostezo.

—¿Tú qué crees? —inquirió Sole con evidente sorna—. ¡Ay, amiga!, nosotras te queremos mucho, pero no deseamos tener problemas con el patrón.

—No después de lo de ayer —puntualizó Tina.

—Bueno, pues por eso no os preocupéis, porque ya está hablado con él y me ha dado su permiso.

Las dos compañeras se la quedaron mirando con cierto recelo.

—¿Qué?! —exclamó molesta por su incredulidad—. ¡Es cierto! Si no me creéis, podéis preguntárselo.

—¡Puf!, no, gracias —contestó la cocinera—. No vaya a ser que me muerda.

Alexia esbozó una leve sonrisa al recordar el día que Verónica le había dicho que su jefe sólo era un hombre y que no mordía. Y era cierto, porque, morder, lo que se dice morder, no mordía, pero ladraba que daba gusto.

—De todas formas, si no te parece mal, preferimos que no nos ayudes —continuó su amiga después de soltar un suspiro—. Te lo agradecemos mucho, pero va a ser lo mejor. Además, ayer Tina adelantó mucho su trabajo y me puede echar un capote sin ningún problema.

Ella dejó la taza encima de la mesa muy despacio y con mucha seriedad las miró a ambas.

—¡Por supuesto que me parece mal! —las recriminó, dolida por su rechazo—. Y os voy a decir lo mismito que le he dicho a vuestro patrón.

¡Dios!, ya empezaba a cansarse de repetir siempre la misma cantinela.

—Y es que no voy a permitirle a nadie que me diga lo que tengo o no tengo que hacer y, por supuesto, vosotras entráis dentro de ese lote —continuó adustamente—. Así que voy a echaros una mano queráis o no. Ya me estoy hartando de que todo el mundo piense y opine acerca de lo que es mejor para mí, y decida, sin tener en cuenta mi parecer, qué es lo que más me conviene. Ya soy mayorcita para tomar mis propias decisiones, y punto en boca, ¡hombre ya!

Sus dos compañeras se quedaron sorprendidas por la efusividad con la que había terminado su discurso. Después de unos segundos mirándose la una a la otra con los ojos como platos, para a continuación volver a mirar a Alexia, no pudieron evitar echarse a reír a carcajadas. Ella, cuando se dio cuenta de su enajenación momentánea, se les unió.

—Chicas, de verdad, no os preocupéis, ¿vale? —intentó tranquilizarlas—. Ayer Martín me dio permiso para ayudaros si quiero, siempre y cuando mis obligaciones me lo permitan. Y, como hasta dentro de unas horas no vendrán los primeros invitados, tengo tiempo suficiente hasta ese momento para hacer lo que me venga en gana.

Tina suspiró, dándose por vencida, ya que su amiga, cuando quería, podía ser igual de necia que su jefe o más, y asintió con la cabeza. La cocinera, sin embargo, la miraba con una expresión extraña en los ojos, mitad aprensión y mitad vergüenza.

—¿Qué pasa, Sole? —le preguntó, intrigada.

La mujer miró a Justina con algo de nerviosismo y su compañera negó con la cabeza.

—No, Soledad, no lo hagas —le contestó sin que ésta hubiera abierto la boca.

—¿Que no haga qué cosa? —demandó Alexia.

La cocinera la miró de nuevo, mientras, tensa, doblaba una y otra vez una servilleta.

—Nosotras somos amigas, ¿verdad? —se atrevió por fin a hablar.

—¡Por supuesto! —respondió, cada vez más extrañada.

—Y como amigas que somos... —La mujer no se atrevía a mirarla a la cara.

—¿Sí? —la invitó a que siguiera hablando.

—Si yo te hiciera una pregunta... ejem... —carraspeó turbada—, ¿tú me contestarías con sinceridad?

—¡Claro!

Su amiga volvió a mirar a Tina, titubeando sobre lo que iba a hacer, hasta que se armó de valor y, clavando los ojos en ella, le soltó a bocajarro y sin anestesia:

—¿El patrón y tú estáis juntos?

Alexia se reclinó de golpe en la silla por la impresión que le había producido esa pregunta, que a todas luces no se esperaba en absoluto. Después de boquear, perpleja, sin saber qué contestar, emitió con la voz estrangulada:

—¡¡¡¿Qué?!!!

—Te dije que no era buena idea —le reprochó Tina a su compañera.

—Ahora no vengas a reñirme, porque las dos nos moríamos de curiosidad —la riñó Sole, molesta.

—Sí, pero eso es algo que sólo les atañe a ellos.

—Si yo no digo lo contrario, pero tú tenías tanta ganas como yo de saberlo.

—Pero yo no he sido la que ha preguntado.

—¡Claro!, porque la única que le ha echado narices he sido yo.

—¡Ey, ey, ey!, un momento —las interrumpió—. Si esto viene porque tengo que compartir la mesa con él y con Lucas, he de deciros que lo hace única y exclusivamente por fastidiarme. Nada más.

—Por supuesto que no es por eso —replicó Tina.

—Bueno, eso ha sido una gota más —matizó Sole.

—Está bien —empezó a hablar, cansada ya de ese temita también.

Ya empezaba a ser algo recurrente, y sinceramente no entendía de dónde sacaba la gente esas conclusiones. Si Martín y ella se pasaran el día poniéndose ojitos o dedicándose tímidas sonrisas como dos tontos enamorados, podría llegar a entenderlo, pero resulta que ocurría todo lo contrario. Se llevaban como el perro y el gato y, por muy enamorada que ella estuviese de él, tenía que admitir que muy compatibles no eran. En el hipotético caso de que algún día, y eso no iba a ocurrir en la vida, pudieran tener una relación, ésta se basaría en peleas y gritos, algo que ya hacían sin ser pareja, ¡imagínate si lo fueran! ¡Demonios!, sería un infierno.

—Para que os quedéis más tranquilas, he de deciros que ¡¡¡no!!! No estoy, ni estuve, ni por supuesto estaré, con vuestro patrón —mintió, ya que no iba a contarles nunca el penoso incidente de un par de noches atrás—. Aunque me encantaría que me dijerais de dónde habéis sacado esa increíble, calenturienta y sorprendente idea. No logro entender qué os ha hecho pensar que, entre ese cabezota con patas y yo, hubiese podido haber algo que no sea estrictamente profesional.

Las dos amigas la miraron fijamente, estupefactas, y mientras una bufaba, la otra puso los ojos en blanco.

—¿De veras? —se burló Tina—. ¿Y lo preguntas?

Ella hizo un gesto socarrón.

—¡Es obvio que lo pregunto!

—Está claro que lo sacamos de la forma en la que os tratáis los dos —le aclaró ésta hablándole despacio, como si fuera una niña pequeña y hubiera que explicarle las cosas.

—Sin contar con que salen chispas de fuego cuando os miráis —apuntó la cocinera.

—¡Acabáramos! ¡Es verdad! —exclamó mordazmente—. El otro día leí en una revista de esas para mujeres que, para confirmar que una pareja está enamorada, tienen que sacarse de quicio, exasperarse y gritarse todos los días como si no hubiera un mañana.

Las dos amigas resoplaron a la vez al escuchar su tono sarcástico.

—Y ahora que lo decís... —continuó, cruzándose de brazos—... tenéis razón. Por lo menos, a lo largo del día, nuestro jefe me saca de quicio, me desespera y me grita como unas cien veces. Grito arriba, grito abajo.

—No seas exagerada, ¿quieres? Álex, tienes que admitir que a ti te trata de una manera distinta a como lo hace conmigo y con Sole.

—Tienes razón, a vosotras por lo menos os respeta; conmigo ni se molesta —le contestó, enervándose cada vez más.

—Tiene una complicidad y una confianza contigo que no la tiene con nosotras —insistió Sole.

—Si no recuerdo mal, cuando llegué el primer día a esta casa yo misma presencié una fuerte discusión entre Vero y Martín. Y podría decir, sin miedo a equivocarme, que entre ellos sí que había complicidad, y nunca os oí decir que hubiera nada entre los dos.

—Porque no lo había —confirmó la cocinera—. Pero contigo es diferente. Contigo es...

—No nos malinterpretes, nosotras estaríamos encantadas de que eso ocurriera —intentó aclararle Tina, a la vez que frenaba a su compañera, que estaba poniendo ojitos soñadores—. A ti te queremos mucho y al patrón, igual, y hacéis tan buena pareja que...

—Escuchadme las dos —las interrumpió bruscamente.

Estaba empezando a enfadarse y no quería hacerlo ya de buena mañana, y menos con sus dos amigas, sobre todo porque sabía que lo hacían con buena intención.

—Dejad de ver fantasmas donde no los hay. En primer lugar, él es mi jefe y yo su empleada, y por temas que no vienen al caso yo nunca tendría una relación con Martín. En segundo lugar, en el dudoso caso, que sólo ocurriría en vuestra fértil y asombrosa imaginación, de que yo pudiese concebir tener una relación con él, ¿en serio creéis que tendría alguna oportunidad?

Llegado a este punto, se rió lastimosamente al abrirse de nuevo la herida que intentaba ocultar por todos los medios.

—Vuestro patrón puede tener a la mujer que le dé la gana; meteos bien esto en la cabeza: ¡a cualquiera! Por lo que no va a perder el tiempo con alguien como yo. Por mucho que os duela, esto no es una telenovela en la que la chica pobre y fea se queda con el galán guapo y rico. Esto es la vida real. Y, en la vida real, el chico guapo se queda con la chica guapa. Ojalá fuera un cuento de hadas en el que el príncipe se enamora de Cenicienta... pero no, chicas, bajaos de vuestra nube, porque debéis saber que los príncipes azules no existen... y, si llegasen a existir, se casarían con una princesa, no con una patética secretaria de tres al cuarto.

Levantándose de la mesa, se dirigió al cajón donde estaban guardados los delantales y, mientras se ponía uno, concluyó:

—Y ahora pongámonos a trabajar, que las Cenicientas tenemos mucho que hacer.

El primero de los invitados en llegar fue Miguel, el cual estaba muy nervioso; a pesar de todos los intentos de Alexia por calmarlo, el hombre insistía en que no quería meter la pata y que todo lo conseguido se fuera al garete. Por activa y por pasiva trató de tranquilizarlo, explicándole que nada tenía por qué salir mal, así que se fueron al jardín e intentó distraer al abuelo y al nieto mientras esperaban a los demás invitados. Martín, cuando se despertó, había pedido el desayuno para él y para Lucas en su habitación, algo que, aunque en un principio extrañó a Alexia, después le encantó. Así, de momento, no tendría que aguantar sus impertinencias, pues todavía estaba molesta por la contestación de la noche anterior.

En esos momentos estaba encerrado en su despacho, haciendo Dios sabía qué; en verdad no entendía qué era lo que podía tener tanto tiempo ocupado a su jefe en esa habitación. No es que tuviera que hacer memorándums o cuadrar balances, el trabajo de actor no conllevaba mucho papeleo, sobre todo cuando ya estaba ella para hacer lo poco que se necesitaba. Era un misterio sin resolver que de vez en cuando le traía de cabeza, sobre todo cuando no dejaba de pensar en él, que solía ser casi siempre, para su desgracia.

Habían preparado, en el jardín, unas mesas con sillas y unos centros de flores preciosos que había traído Pedro. Al hacer un día tan hermoso y agradable, se decidió comer al aire libre, disponiendo en una de ellas unos platos de entremeses y picoteo,

con unos refrescos y unas botellas de vino, para que le gente tomara algo antes de almorzar.

Cuando llegaron los demás comensales, se sorprendió y alegró al mismo tiempo cuando descubrió que, entre los asistentes, estaban Verónica y su prometido. Poco tiempo después llegó Esther y el marido de ésta, y unos minutos más tarde apareció Sergio y su novia, uno de los actores de reparto con el que se llevaba muy bien Martín. A la única a la que no conocía era a una modelo despampanante llamada Fiorella Lusich, que llegó un poco más tarde y se pasó casi todo el tiempo colgada del cuello de su jefe, algo que no le hizo ni puñetera gracia.

La cara de Verónica cuando Martín presentó a su padre, ya que era el único al que no conocían los demás, fue de auténtica perplejidad. Durante unos segundos no dejó de mirar a uno y a otro con total asombro, sin saber qué decir. La cara del actor era una máscara fría, mientras que Miguel se fue directo a saludarla cariñosamente, ya que durante mucho tiempo había sido ella la que lo había puesto al corriente de la vida de su hijo. Hablaron durante un rato mientras picoteaban algo antes de sentarse a comer, y Lucas se comportó como un pequeño diablillo intentando llamar la atención de los mayores, hasta que su padre lo puso en vereda.

La comida transcurrió en un ambiente muy agradable, aunque se notaba la evidente tirantez entre jefe y empleada, y la jornada discurrió apaciblemente... o por lo menos en apariencia.

—¿Me puedes decir qué ha estado ocurriendo en todo este tiempo? —le preguntó Verónica a Esther cuando se acercó a ella.

Las dos se habían conocido en uno de los trabajos de interpretación que la actriz había compartido con Martín, y se habían hecho buenas amigas. Honestamente, resultaba difícil no quererla, ya que era un encanto de mujer; de las pocas que había, además.

—¿A qué te refieres exactamente? —preguntó Esther cuando se sentó a su lado.

Verónica llevaba un rato observando extrañada al trío que tenía delante de ella. Trío o cuarteto, ya no estaba muy segura. En esos momentos los hombres estaban jugando un minipartido de fútbol, mientras Lucas corría como un poseso intentando que no le robaran el balón, a la vez que Miguel hacía las veces de portero, y al que inexplicablemente sólo le colaba la pelota en la portería su asombroso nieto. Y éste, feliz, daba botes de alegría cada vez que metía un gol, con el consiguiente manteo de su padre para festejar el tanto en el marcador. Al otro lado del terreno, la modelo hacía un patético trabajo como portera, pero Martín la elogiaba como si fuera el mismísimo Casillas. Y Alexia... bueno, ésta llevaba unos minutos desaparecida dentro de la casa, ocasión que Vero aprovechó para preguntarle a la actriz qué diablos estaba pasando allí.

La exasistente exhaló aire con la pregunta que le había hecho su amiga.

—¿Estás de broma? —exclamó anonadada—. Me marchó unos días y de repente aparece Miguel por aquí como Pedro por su casa.

La actriz arrugó el ceño, extrañada.

—¿Tú sabías de la existencia del padre de Martín?

Vero asintió con la cabeza.

—¡Vaya!, pues yo es la primera noticia que tengo. Es más, juraría que hace tiempo, en una conversación con él, surgió el tema de sus padres y me dio a entender que estaban muertos. ¡Imagínate la sorpresa que me he llevado al comprobar que no era así!

—Bueno, realmente, para Martín así ha sido durante todos estos años —le explicó Verónica—. Llevaban enfadados mucho tiempo.

—No sabía nada —comentó Esther asombrada.

—No es un asunto fácil para él. Es más, he tenido que aguantar muchos de sus gritos cuando intentaba sacar el tema... y ahora me los encuentro jugando al fútbol como si no hubiera pasado nada —comentó, pensativa, Vero.

—La verdad es que tu exjefe ha cambiado mucho en este tiempo.

—¿Ah, sí? Y eso debido a...

—¿De verdad hace falta que te lo explique?

Verónica negó con la cabeza.

—¿Cuánto tiempo llevan juntos?

Esther no pudo evitar echarse a reír y paró de hacerlo al ver el desconcierto en la cara de su amiga. A Verónica no le había costado mucho sumar dos más dos, sobre todo después de ver a ese par juntos.

—Y si te digo que no están liados... —le contestó divertida.

La actriz empezó a negar con la cabeza al ver la incredulidad reflejada en el rostro de su amiga.

—La última vez que los vi fue en el estreno de la obra de teatro y yo juraría que Roberto estaba interesado en Alexia.

—Y así es —le confirmó su amiga—, pero resulta que a Alexia no le interesa Roberto.

—¿Y la modelo?

—Es la primera vez que la veo.

—Ya.

—¡Es increíble que sólo hayan pasado seis días desde aquello! —exclamó asombrada Esther.

Verónica se quedó callada durante unos segundos, todavía pensativa y perpleja por la noticia. Quizá, de todos los que estaban allí, era la que mejor conocía a Martín, y francamente, aunque le caía muy bien Alexia, no era precisamente el tipo de mujer que atraía al actor.

—¿Y por qué no están juntos? —preguntó después de haber asimilado la información.

—Sinceramente, no tengo ni la más remota idea —le contestó su amiga—. Lo que sí tengo claro, y además es evidente a todas luces, es que esos dos estúpidos están

enamorados de los pies a la cabeza... pero son tan necios que no son capaces de admitírselo ni a sí mismos. Lo niegan, creyendo ridículamente que, al hacerlo, lo que sienten se extinguirá con el tiempo.

—¿Por qué? —preguntó Verónica.

Su amiga se encogió de hombros.

—Por separado, los dos son encantadores y adorables, y con un corazón enorme, pero... cuando se juntan, es como si estallara una bomba atómica. Son tal para cual, Vero: tercos, cabezotas, orgullosos, tenaces, tozudos... Pero ¡ay!... —exclamó lastimosamente—. ¡Me dan tanta envidia!

Su amiga la miró con extrañeza.

—No me malinterpretes —intentó explicarse—. Amo a mi marido con toda mi alma, pero tengo que ser sincera y admitir que la pasión y la atracción sexual que desborda a esos dos cuando están juntos, no la he visto en nadie más.

Esther se rió quedamente y continuó, imprimiendo un tono de sanos celos en sus palabras.

—O mucho me equivoco, o el amor que existe entre ellos es de los que acaban muy mal o de los que ves con codicia, cuando observas a esa parejita de ancianos que van agarrados de la mano después de llevar cincuenta años casados, mientras se hacen carantoñas como si fueran unos adolescentes.

—Sinceramente, espero que sean de los segundos —murmuró Verónica mientras observaba cómo Alexia se encaminaba hacia ellas, por lo que acabaron de golpe con la conversación.

—Si esto sigue así, casi te recomendaría que fueras trayendo un cepillo de dientes y el pijama, porque dentro de poco ya te quedas a dormir —bromeó Alexia mientras le guiñaba un ojo a Miguel.

Martín se había acercado a ellos por detrás, por lo que todavía no se habían percatado de su presencia. Estaban solos, sentados en las mismas sillas del jardín donde ella solía estar un rato antes de acostarse, y que había compartido con él más de una vez. La mayoría de los invitados se habían marchado avanzada la tarde y, para no quedarse a solas con su empleada en la cena, el actor había vuelto a invitar a su padre, extendiendo la invitación a Fiorella, aunque no sabía ni por qué lo había hecho. Bueno, para ser francos, sí lo sabía: el motivo era, única y exclusivamente, para darle en las narices a su insoportable empleada. Si creía que después de desecharlo como lo había hecho se iba a encontrar con un hombre que lloraba por las esquinas, lo llevaba claro. Le tenía que demostrar, antes de despedirla, que él ya la había olvidado, que no la necesitaba en absoluto y que cualquier mujer podría ocupar su lugar. Y ahora que la modelo se había marchado, y que su hijo ya estaba acostado y arropado durmiendo tranquilamente en su cama, había llegado el momento que había estado posponiendo todo el día. Por eso la había estado buscando, porque iba a

acabar con ese engorroso asunto de una vez por todas. Pero, en vez de pedirle a Miguel que les dejara un momento a solas para poder hablar con ella, se quedó esperando la respuesta de su padre.

—Quita, quita, que después se me caería la cara de vergüenza si le tuviera que pedir a mi hijo que me dejara traer a la novia a casa —le contestó siguiendo con la broma.

—¡Ah!, con que ésas tenemos, ¿eh? Ya decía yo que la fama de ligón de tu hijo era hereditaria. ¿Y tienes alguna *chati* escondida por ahí?

«Buena pregunta.»

De repente, Miguel se puso muy serio.

—No sé qué significa *chati*, pero me lo imagino. Y no. Hace mucho tiempo que no estoy con una mujer, más concretamente desde que mi esposa me abandonó.

Alexia se quería morir; si hubiera sabido eso, no hubiese bromeado con el tema.

«¡No puede ser!»

—Lo siento —se disculpó con sinceridad—. No lo sabía.

—No tienes por qué disculparte, querida; honestamente, no sé por qué te lo he dicho —se sinceró—. Quizá porque es fácil hablar contigo, o porque estoy tan solo que necesitaba decírselo a alguien. No me malinterpretes: he estado con mujeres, no soy ningún monje y un hombre tiene sus necesidades, pero no he tenido ninguna relación seria. No podría. —Terminó negando con la cabeza.

—No estás solo, Miguel, ya no —le comentó con ternura.

El hombre le sonrió abatido.

—Dios te oiga y mi hijo me perdone definitivamente.

Alexia lo miró con suspicacia.

—¿Por eso quieres su perdón? ¿Para no estar solo?

«¡Vaya con mi empleada! Como siempre, dando donde más duele.»

Miguel la miró dolido por la pregunta.

—Perdona si te ha molestado, pero... tu hijo y tu nieto me importan mucho y por nada del mundo me gustaría que les volvieran a hacer daño.

«¡Así que de verdad le importamos!»

—Y yo no tengo buenos antecedentes, ¿no es cierto? —preguntó afligido.

«La verdad es que no.»

Ella no le contestó y él se cruzó de brazos después de suspirar lentamente.

—No lo hago por eso —le contó después de pensarse la respuesta—. He cometido muchos errores en mi vida, Alexia, y el peor de todos fue perder a mi hijo.

—¿Qué pasó, Miguel? —le preguntó con mucho tacto—. Si quieres contármelo, claro.

«Sí, ¿qué pasó realmente?»

—¿Qué te ha dicho mi hijo? —planteó mirándola fijamente a los ojos.

—Martín tiene su versión y a mí me gustaría saber la tuya —le contestó con dulzura, pero sin traicionar lo que él le había confesado.

El actor la miró con gratitud, aun sabiendo que ella seguía sin reparar en su presencia detrás de ellos. Miguel se tomó su tiempo antes de responder, básicamente porque no sabía cómo empezar, pero sobre todo porque los recuerdos seguían haciéndole mucho daño.

—Cuando me casé con la madre de Martín, lo hice profundamente enamorado de ella; era una mujer muy hermosa —comenzó a contarle, evidentemente afectado—. Es más, hoy por hoy, y después de los años y de todo lo que ha pasado, francamente sigo creyendo que ella ha sido y será la mujer de mi vida.

Alexia abrió la boca sorprendida por esa confesión, y él le sonrió triste al ver la sorpresa en su rostro.

—Es muy patético, ¿no? —dijo avergonzado—. Pero es la verdad. Creo que los hombres Ledesma sufrimos de una maldición, y es que, cuando verdaderamente nos enamoramos, lo hacemos para siempre.

—No es patético en absoluto, sino todo lo contrario —replicó con ternura—... pero, si me dejas darte mi opinión, creo que más que una maldición es la terquedad hereditaria. Conozco a tres generaciones Ledesma, y puedo dar fe de ello. Cuando se os mete algo en la cabeza, no hay quien os haga bajar de la burra —finalizó bromeando, más que nada para aligerar un poco la tensión de esa confidencia de la cual estaba siendo testigo. En ese momento deseó que Martín estuviera allí para oírla él también.

—Puede que tengas razón —contestó Miguel esbozando una leve sonrisa, y giró la cabeza para mirar hacia el frente, mientras reunía valor para seguir hablando.

—Sea o no por terquedad, el caso es que yo la amaba con toda mi alma y hubiera dado mi vida por ella. La adoraba tanto que lo único que quería era que tuviera siempre lo mejor, tanto ella como por supuesto mi hijo, y tratarla como a una reina, aunque no pudiera permitírmelo. Los primeros años fueron increíbles, pero después las cosas comenzaron a cambiar. El dinero casi nunca nos llegaba, por lo que me busqué un segundo trabajo... y quizá ahí fue donde cometí mi primer error. —Suspiró con tristeza.

Martín tenía sentimientos encontrados, al igual que su padre. Por una parte quería saber qué era exactamente lo que había ocurrido, pero, por otro lado, los recuerdos resultaban muy dolorosos.

—Trabajaba tantas horas que empecé a desatender a mi familia... Llegaba muchas noches tarde porque las tareas se me acumulaban, y teníamos muchas discusiones. Siempre intenté que el tiempo que pasaba con ellos fuera el mejor, pero parecía que nunca le era suficiente.

El hombre se giró de nuevo hacia ella esbozando una sonrisa afligida.

—Es irónico, ¿sabes?, porque me recriminaba que casi no me veía y no pasábamos tiempo juntos, pero el dinero que con tanto esfuerzo me ganaba se lo gastaba en caprichos para ella. Y las discusiones que teníamos hacia el final de nuestra relación se basaban en que ya no la sacaba de paseo o a cenar, como hacían el

resto de sus amigas. Durante mucho tiempo me reproché haberla desatendido, llegando a creer que el único culpable de que nos hubiera abandonado era yo.

—No es cierto. Con todos mis respetos, opino que lo que esa mujer hacía era muy egoísta —murmuró Alexia.

—Yo la amaba tanto que me costó muchos años darme cuenta de eso.

Entonces Miguel se giró de nuevo hacia delante y trago saliva con fuerza, intentando deshacer el nudo que tenía atorado en la garganta. Luego se pasó nerviosamente la mano por el pelo, la misma manía que tenía su hijo cuando estaba alterado o incómodo.

—Yo me negaba a ver lo que estaba ocurriendo. Pensaba que, cuando pasara el tiempo y yo ascendiese en mi empresa, ganaría más dinero, por lo que podría dejar el segundo empleo y pasar más tiempo con ellos. Siempre le pedía que tuviera un poco de paciencia, le decía que las cosas se arreglarían... —y, con la voz estrangulada, añadió—... pero no fue así.

Martín apretó los dientes con fuerza. Cuando todo eso ocurrió, él era un niño, pero sí recordaba algunas de las discusiones que habían mantenido sus padres, y tenía que admitir que el hombre decía la verdad.

—Un día... —Miguel se quedó callado por un momento, intentando parar el dolor que le subía por el pecho.

—No tienes por qué contármelo, si no quieres —intervino Alexia con dulzura mientras le tocaba suavemente el brazo.

Él la observó a través de los ojos empañados por las lágrimas.

—Quiero hacerlo —contestó decidido—. Necesito hacerlo.

Ella asintió con la cabeza, mientras encogía las piernas encima de la silla y se las rodeaba con los brazos.

—Un día yo había salido temprano de la oficina porque no me sentía bien. Había llamado al segundo trabajo para avisarlos de que no iría; llevaba varios días con gripe y me encontraba fatal. Lo único que quería era llegar a casa y meterme en cama, agotado por la fiebre y el cansancio físico... pero, cuando llegué a mi hogar, me encontré con una desagradable sorpresa.

De repente la mirada de Miguel pasó de ser nostálgica y melancólica a furiosa y amargada. Y se volvió a girar, avergonzado por lo que iba a contar, echándose hacia delante y apoyando los brazos en sus muslos, tratando de ocultar su rostro parcialmente sin ser capaz de sostenerle la mirada.

—La sorpresa fue... —titubeó un instante antes de proseguir— encontrarme a mi mujer en la cama con mi... con mi propio hermano.

«¡Dios mío!»

Alexia se llevó las manos a la boca para ahogar un grito de sorpresa; estaba tan aturdida que por un segundo no supo qué decir. Miguel había agachado la cabeza, abochornado, y Martín no daba crédito a lo que había oído. No tenía ni idea de que tuviera un tío, ni de que eso fuera lo que había pasado.

—¿Y qué hiciste? —preguntó, algo confundida porque su jefe no le hubiera contado esa parte.

El hombre empezó a reírse amargamente, todavía con la cabeza gacha, mientras los espasmos sacudían sus hombros.

—Estuve a punto de matarlos —confesó levantando la cabeza mientras las lágrimas caían por su rostro—. ¡A los dos!

Todo el dolor, la ira, la amargura que sentía todavía, quedó reflejada en esas palabras.

—Ahora le doy gracias a Dios por el momento de cordura que tuve cuando estaba moliendo a palos a mi propio hermano mientras ella me gritaba que no le hiciera daño. Los eché a patadas de mi casa, amenazándolos con que acabaría lo que había empezado si volvía a verlos.

—Pero yo creía que ella os había abandonado.

—Fue lo que le dije a todo el mundo para que nadie se enterara de la verdad. Los únicos que sabíamos lo que realmente había ocurrido éramos mi madre y yo. Era menos doloroso decir que me había abandonado que confesar que me había traicionado con mi propio hermano, sobre todo por mi madre. Ella sufrió mucho con esta vergüenza; llevaba años sin ver a su hijo mayor porque se había ido a trabajar a Brasil y, cuando regresó, cometió esta infamia que casi la manda a la tumba. Y en cierta forma no habíamos mentido, porque mi hermano le confesó a mi madre que tenían pensado fugarse juntos antes de que yo los encontrara. Años después me enteré de que se habían ido a Guatemala, y ahora parece ser que ya no están juntos y cada uno hace su vida por separado. Les perdí la pista hace mucho tiempo.

—¿Y tenían pensado llevarse a Martín?

Él negó con la cabeza, mientras se secaba las lágrimas con el dorso de la mano.

—No. Por lo visto les resultaba un incordio para comenzar una nueva vida juntos. Querían empezar de nuevo y mi hijo no entraba en sus planes.

—¿Y yo? ¿He sido un incordio para ti? —le preguntó de repente el actor, sin poder aguantar más la duda que le carcomía el alma.

Miguel se levantó de golpe totalmente sorprendido, y Alexia bajó las piernas mientras se giraba en la silla para confirmar que realmente era él, y para, a continuación, levantarse ella también.

—¿Cuánto has escuchado? —quiso saber Miguel, atónito por la presencia de su hijo allí.

—Eso ahora no importa, papá —le contestó, con una máscara fría en el rostro.

—Hijo, es importante...

—Lo he escuchado ¡¡¡todo!!! —respondió interrumpiéndolo—. Ahora contéstame tú a la pregunta. ¿Qué he sido yo para ti, papá? ¿Una molestia, una decepción...?

—¡Por supuesto que no! —exclamó dolido—. Tú siempre has sido lo más importante para mí.

—¡Lo más importante para ti! No me hagas reír, ¿quieres? —se burló.

—¡Martín, escúchame...!

—Si hubiera sido lo más importante para ti, no me habrías apartado de tu lado — continuó sin escucharlo, lleno de resentimiento—. Me habrías apoyado, me habrías cuidado, me habrías llenado de amor y de cariño...

—Lo sé —murmuró desolado—, y no sabes cuánto me arrepiento.

El actor se pasó ambas manos por el pelo, desesperado. Tenía tanta rabia dentro, tanto dolor... Las heridas sangraban frescas como si no hubiesen pasado los años, como si todo hubiese ocurrido ayer.

—¡Te necesitaba, papá! ¡Te necesitaba tanto! —le confesó consumido por el dolor—. Sólo era un niño de ocho años asustado mientras su mundo se hacía pedazos. Y lo único que quería era a mi padre diciéndome que todo saldría bien mientras me abrazaba, asegurándome que él nunca me dejaría, que siempre estaría ahí, amándome... que me cuidaría y me protegería, y que no me abandonaría como lo había hecho mi madre. ¡Mi propia madre!

—¡Dios mío! —masculló Miguel al ver todo el dolor que había causado.

Alexia lloraba emocionada, sin saber muy bien qué hacer.

—Pero ¿qué fue lo que tú hiciste, eh? Me apartaste de tu lado porque, para ti, sólo era una molestia. Te dolía más el abandono de tu mujer que el dolor que estaba sufriendo tu propio hijo. Ella siempre ha sido más importante que yo, más importante que nadie; yo sólo he sido una decepción para ti.

Su padre se tapó la boca para ahogar un sollozo mientras las lágrimas volvían a surcar su rostro angustiado.

—Eso no es cierto —balbuceó afligido.

—¡Sí! ¡Sí lo es! ¡Y ten el valor por una vez en tu vida de decírmelo a la cara! —le gritó Martín atormentado—. Ya no soy un niño y puedo soportar la verdad. Siempre me has despreciado y me has culpado a mí de que ella te dejara, y ahora por fin lo entiendo. —Esbozó una sonrisa abatida—. Tú mismo lo has dicho, ella no me quería... y si yo no hubiese existido, no te habría dejado, no se habría ido.

Se tapó la cara con ambas manos, aborreciendo demostrarle a su padre lo mucho que le dolía su rechazo. Pero no le iba a dar el gusto, ¡antes muerto!, así que lo miró a la cara sabiendo que lo que le iba a decir arruinaría para siempre su relación.

—No sabes cuánto te odio, papá. No tienes ni idea —le escupió cegado por la amargura.

Éste contuvo la respiración al escuchar esas palabras, muriéndose por dentro al comprobar el odio que veía en el rostro de su hijo. Horrorizada al escucharlo, Alexia se llevó las manos al corazón, pero sabía que no hablaba él, que era su ira, su miedo, su dolor el que salía de su boca.

Con los ojos anegados en lágrimas mientras negaba con la cabeza, asumiendo de una vez por todas que la culpa era sólo suya, Martín se enderezó y, con la voz rota, le dijo a su padre:

—Lo siento, papá. Siento mucho haberte destrozado la vida. —Luego se giró para

marcharse de allí y lamerse las heridas a solas, muy lejos de ese lugar.

Ella observaba aterrada cómo su jefe se iba derrotado.

—¡Martín! —lo llamó—. ¡No te vayas!

Pero él la ignoró por completo y ella se volvió para rogarle a Miguel que hiciera algo.

—¡Por favor, dile lo que sientes! ¡No dejes que se vaya! ¡Así no!

El hombre estaba impactado por las palabras de su hijo, mientras la culpabilidad lo atormentaba. Alexia se acercó a él desesperada porque hiciera algo para detenerlo.

—Miguel, mírame —le suplicó sin obtener respuesta, ya que su mirada estaba perdida entre la culpa y el reproche.

»¡Mírame! —le gritó—. ¡No entiendes que ninguno de los dos es culpable de nada! ¡Que la única que tiene la culpa es tu mujer! Ella es la que se fue. Ella fue quien os abandonó a los dos. ¡No lo vuelvas a perder, Miguel! ¡Por favor, habla con tu hijo! ¡Martín no siente lo que te ha dicho! ¡Lo sé, sé que es así!

De repente él enfocó su mirada en ella para recuperar el aplomo e intentar asimilar lo que le estaba diciendo.

—¡No pierdas a tu hijo de nuevo! ¡Lucha por él, Miguel! ¡Recupera a Martín! ¡Es tu última oportunidad! —le rogó llorando impotente.

Él apretó los dientes y una mirada de determinación surgió en sus ojos, y contempló cómo su hijo se alejaba con los hombros hundidos.

—¡Martín Ledesma Valle, ni se te ocurra dar un paso más! —gritó con contundencia, dejando totalmente perpleja a la asistente.

Ahora ya sabía de quién había sacado el carácter su hijo. El actor se quedó parado, sin mover un músculo y sin girarse en ningún momento.

—Entiendo perfectamente que me odies, porque yo también lo hago. Y hay algo en lo que tienes razón: no he sido un buen padre. He cometido muchos errores en mi vida, pero éste no lo voy a volver a cometer. —Tomando aire, le dijo algo que tendría que haberle dicho hacía mucho tiempo—. Te quiero, hijo, te quiero con toda mi alma.

Los hombros de Martín empezaron a sacudirse mientras no podía evitar dejar escapar los sollozos, aliviado por las palabras de su padre. Éste se fue acercando a él por detrás, despacio, mientras seguía hablando.

—He sido un imbécil durante todos estos años, pero jamás, escúchame bien, jamás te he echado la culpa a ti por el abandono de tu madre. Tú no tienes ni has tenido nunca la culpa de nada.

Se puso delante de él para mirarlo directamente a los ojos, mientras éste seguía llorando, roto por dentro.

—Al único al que he despreciado ha sido a mí mismo por no estar a la altura ni como padre ni como hombre, porque me dejé consumir por el rencor y la amargura. Fui tan egoísta que no me di cuenta de lo mucho que me necesitabas y de lo mucho que yo te necesitaba a ti. Estaba tan ciego por el odio y la ira que no me cabía nada más en el corazón. No soportaba la idea de que me despreciaras por no saber retener a

una mujer a mi lado, y no podía vivir con la traición de tu madre y de mi propio hermano. Mi orgullo estaba tan herido que aparté a lo que más me importaba en mi vida, que eras tú, y cuando me di cuenta ya era demasiado tarde. Te había perdido y me hundí más en la autocompasión y el resentimiento, hasta que toqué fondo, hasta que el dolor, la angustia y el tormento eran lo único que tenía.

Tanto padre como hijo lloraban por todo el sufrimiento que habían soportado.

—He sido un cobarde durante todos estos años, pero no te voy a permitir que pienses que no te quiero, porque no es cierto. Te amo, Martín, siempre te he amado y siempre te amaré. Y soy el padre más orgulloso del mundo por tenerte como hijo, porque has sabido salir adelante tú solo, y has criado a un nieto adorable como yo nunca supe hacer. Nunca has sido un estorbo para mí, sino todo lo contrario. Nunca te he merecido, hijo, y me moriré con la pena de haberte provocado todo este dolor durante tantos años, y con la esperanza de que algún día me perdones.

Miguel apoyó su mano en el hombro del actor.

—Lo siento, hijo, no tienes ni idea de cuánto lo siento. No te pido que olvides todos los errores que he cometido, porque eso es imposible, pero te prometo que lucharé lo que me reste de vida para que me perdones y te puedas sentir orgulloso de mí.

—Yo también lo siento, papá.

Alexia empezó a llorar y a reír a la vez cuando contempló cómo padre e hijo se fundían en un abrazo, por fin las barreras entre ellos dos derrumbadas, y los dejó solos mientras seguían hablando. El hijo preguntaba y el padre contestaba a todas y cada una de sus preguntas, dudas y miedos, mientras se perdonaban de corazón e intentaban recuperar esos años perdidos.

Martín se acostó en la cama cansado, pero con una sensación de tranquilidad y consuelo que hacía muchos años que no tenía. Y gran parte de ese logro se lo debía a ella. A Alexia. Estaba tumbado a su lado observando maravillado cómo dormía; nunca había entrado en la habitación de sus empleados sin su permiso, pero esa noche necesitaba hacerlo.

Había estado hablando durante horas con su padre, haciéndole todo tipo de preguntas, intentando comprender y entender por qué había actuado de esa manera. Y, como siempre, Alexia había tenido razón. Miguel había sido incapaz de asimilar la traición de la mujer de la que estaba locamente enamorado, y menos con su propio hermano. Ahora Martín lo entendía un poco mejor, sobre todo porque, cada vez que la imaginaba a ella con otro hombre, le hervía la sangre. Pero había tomado una decisión y cada vez creía con más convicción que era la acertada. Cuanto más tiempo pasara, más difícil se le haría separarse de ella.

De repente la mujer abrió los ojos y se quedó sorprendida al encontrárselo tumbado en su cama. Los dos estaban de costado y se quedaron mirándose uno al otro

sin decir nada, hasta que Alexia ya no pudo soportar más el silencio que había entre los dos.

—Hola —susurró confundida por la intensidad de su mirada.

El actor no dijo nada. Sólo la observaba tratando de memorizar cada centímetro de su rostro, el color de sus ojos, la forma de su boca, el olor de su piel, de su cabello...

Alexia empezó a sentirse un tanto nerviosa.

—¿Estás bien?

Martín asintió.

—Sólo quería darte las gracias —dijo al fin.

Ella arrugó un poco el entrecejo, extrañada; sentía al hombre diferente, como si algo hubiese cambiado. Las arrugas que tenía al lado de los ojos se habían suavizado, pero la intensidad de su mirada era intimidante.

—Las gracias, ¿por qué? —murmuró sin comprender.

Él se incorporó un poco, acercándose más.

—Por todo —respondió, y a continuación la besó.

Fue un beso arrollador, ansiado, desesperado. Un beso de despedida, para que Martín pudiera recordar siempre su sabor, su suavidad, dando y entregando, para recibir con la misma pasión. Después de unos minutos que a él le parecieron muy escasos, paró de devorar esa boca roja y exquisita que tanto lo obsesionaba para apoyar su frente contra la de ella, mientras su rostro estaba entre sus manos e intentaba acallar los latidos atronadores de su corazón y recuperar el aliento, porque sabía que, si no paraba en ese instante, no podría hacerlo nunca más.

—Martín —balbuceó con la respiración entrecortada.

—Chist —la acalló con el dedo pulgar encima de sus labios—. Esto no significa nada.

Para ella quizá no, pero para él lo significaba todo, pero no quería que ella se enfadara, ni que le reprochara. Quería quedarse con ese recuerdo para siempre, atesorarlo en su mente y en su corazón, y volvió a posar sus labios contra los de ella.

¡Dios!, le costaba la misma vida separarse de Alexia.

Pero tenía que hacerlo, debía hacerlo... y con un enorme esfuerzo, se levantó de la cama, dejando a la mujer totalmente desconcertada, y, antes de salir por la puerta, se volvió hacia ella para decirle:

—Mañana, antes de desayunar, reúnete conmigo en el despacho. Necesito hablar contigo.

Y se fue.

Capítulo 26

Alexia llevaba un buen rato en el despacho de Martín, esperándolo. Se había quedado muy intrigada por el comportamiento tan extraño que había tenido la noche anterior, y seguía preguntándose qué era lo que tenía que decirle. Volvió a mirar su reloj, por quinta vez; si no llegaba enseguida, se les iba a hacer muy tarde. De repente Sole introdujo la cabeza por la puerta, anunciándole que fuera directa al comedor a desayunar, porque el patrón quería verla allí. Salió de la estancia bufando y quejándose de que había estado perdiendo el tiempo mientras lo esperaba, para ni tan siquiera dignarse a avisarla con antelación de que no iba a aparecer por el despacho.

—Siento haberte hecho esperar, pero me quedé dormido y se me ha hecho tarde —se disculpó con ella cuando se sentó a la mesa, aunque de una forma muy seca y cortante.

—No pasa nada.

¿Qué le iba a decir? Se había disculpado y era el jefe; por lo tanto, no le quedaba más remedio que acatar y callar.

—¿Dónde está Lucas?

—Pedro ya se lo ha llevado al colegio.

—Ya.

Se sirvió un zumo de papaya y, cuando estaba a punto de atacar los huevos revueltos, volvió a mirar el reloj y se percató de que era tardísimo. Se bebió el vaso de un tirón y agarró dos tostadas, sin mermelada ni mantequilla, mientras se levantaba de la mesa.

—Es mejor que nos vayamos ya o no llegaremos a la entrevista.

El actor echó una ojeada a su reloj y se dio cuenta de que tenía razón, así que se acabó el café y se levantó de la silla mientras se ponía su chaqueta vaquera. Al mismo tiempo que Alexia cogía su portátil y el bolso, Sole le guardó en una servilleta de papel un cruasán y una manzana para que se los fuera comiendo por el camino.

Mientras iban en el coche dirección a la emisora de radio donde su jefe iba a conceder una entrevista, le hizo la pregunta que llevaba horas rondando por su cabeza.

—¿Qué era eso tan importante que tenías que decirme esta mañana?

Martín le echó una breve ojeada mientras conducía.

—Yo no dije que fuera importante.

—Supongo que tenía que serlo, si te tomaste la molestia de despertarme por la noche para decirme que querías hablar conmigo, ¿no?

—Éste no es ni el momento ni el lugar. Ya hablaremos sobre eso, pero no ahora.

—Está bien —murmuró, fastidiada porque la iba a dejar con la intriga.

Se quedó callada unos segundos para preguntar de nuevo.

—Pero ¿no me puedes adelantar nada?

—Alexia...

—Vale, vale.

Él la volvió a mirar brevemente, no muy seguro de cómo le iba a dar la mala noticia. Se había pasado gran parte de la noche dándole vueltas al asunto hasta que el sueño lo venció. Y esa mañana no se había quedado dormido, sino que todavía seguía pensando en la mejor manera de decirle que ya no iba a necesitar sus servicios, y había postergado tanto el dilema que se le había hecho tarde.

—¿Hoy tienes muchas escenas que grabar?

—Pues no lo sé, ¿por qué? —preguntó mientras giraba a la derecha para incorporarse a otra calle.

—Por nada, simple curiosidad.

—¿Simple curiosidad?

Ella no pudo responderle porque justo en ese instante recibió una llamada, que por cierto le vino que ni pintada, porque no quería explicarle que la pregunta que le había formulado era para saber si saldrían pronto del foro... porque, si le revelaba esa información, tendría que confesarle que era para quedar con Roberto, ya que le había prometido que esa semana saldrían a cenar para hablar. No es que le apeteciera mucho, pero tenía que acabar con esa situación.

La mañana pasó volando y, cuando se dieron cuenta, ya estaban en el *set*, grabando. Esther se acercó a la asistente para preguntarle si todo iba bien, ya que había notado a Martín muy seco y tirante con ella, y ésta le mintió cuando le contestó que todo iba de maravilla.

—¿Estás segura? —insistió su amiga, preocupada—. Ya os noté raros ayer en la comida.

¿Y qué podía decirle? ¿Que estaba locamente enamorada de su jefe, pero que no podían estar juntos? ¿Que lo había rechazado y que, desde entonces, él estaba molesto con ella, y que por supuesto no podía echárselo en cara? Aunque, pensándolo mejor, no tendría por qué estar tan enfadado, ya que no le había costado nada encontrar a una mujer mucho más guapa e interesante que ella. Y, no contento con eso, se la había restregado por la cara, invitándola a comer y a cenar, dándole a entender lo que le confirmó más tarde en su cama: que Alexia no significaba nada para él. Quizá, si alguien tenía que estar indignada, era ella, ¿no? Pero ¿a quién quería engañar? No podía molestarse por algo que nunca había existido. Aunque le escociese cada vez que lo recordaba abrazado a la modelo, o se le rompiese el corazón cuando lo viera besarse con otra mujer, tendría que empezar a acostumbrarse, porque de lo que estaba segura era de que detrás de ésa vendrían más, muchas más.

—Bueno ya sabes cómo es, terco como una mula. Y quizá tuvimos una pequeña discusión el otro día, pero ya se le pasará.

—No sería una discusión producida la última noche en el hotel en Telchac, ¿no?

Alexia se quedó blanca, sin saber muy bien cómo reaccionar. Observó a su amiga

más detenidamente, para indagar en su expresión si sabía algo de lo ocurrido esa noche entre ella y Martín. Esther, como buena actriz, no dejó vislumbrar nada en su rostro, por lo que dedujo que había sido un comentario al azar.

—No, para nada —comentó intentando no darle importancia—. Fue una tontería en casa. Me vio ayudando a Tina a limpiar el polvo, y ahora me sale con que no quiere que lo haga porque no me paga para eso.

La actriz sabía que no estaba contándole toda la verdad y ella no podía hacer nada. Y tampoco hizo nada cuando Alexia cambió de tema para desviar la conversación hacia una dirección menos dolorosa.

Roberto se acercó a ella un poco más tarde y la abrazó como si hiciera una vida que no la hubiera visto.

—Humm, te he echado de menos —le confesó al oído estrechando más el apretón.

Alexia esbozó una sonrisa afligida al saber que pronto esa muestra de cariño ya no volvería a repetirse; perdería a un gran amigo y eso la entristecía enormemente. Rezaba porque eso no sucediese y Roberto se tomara con deportividad su rechazo, pero, sinceramente, lo dudaba mucho. ¿Quién le iba a decir a ella unos meses atrás que en tan breve espacio de tiempo habría rechazado a dos portentos de hombres? Por diferentes motivos, cierto, pero... si se lo contara a su hermana, no se lo creería; es más, tampoco se imaginaba la mitad de las cosas que le habían pasado desde que llegó a México, ¿y cómo iba a hacerlo si a ella misma le costaba asimilarlo?

Menos mal que no se percató de la mirada asesina que su jefe les lanzó cuando contempló las demostraciones amorosas y evidentemente públicas de su compañero. Martín estuvo a un pelo de saltar encima de Roberto para partirle la cara, pero se pudo controlar en el último momento. Era irónico; siendo actor como era, el tema de los celos debería tenerlo más que controlado, ya que, por su profesión, sabía que tenía que besarse con mujeres por las que no sentía absolutamente nada, incluso podían desagradarle, y anteriormente había tenido parejas actrices a las que había visto en actitud más que cariñosa con otros hombres por exigencias del guion, y nunca había pasado nada, porque él, como actor, lo entendía y comprendía. Pero el caso es que su empleada no era actriz, y lo que él sentía tampoco eran celos, era rabia y frustración y... y... Bueno, quizá no tenía muy claro lo que sentía, pero esto no hacía más que constatar que lo mejor era dejar fuera de su vida a Alexia. Era la única solución. Lo que tenía que hacer era encontrar la manera y el mejor momento para hacerlo.

—¿Podemos quedar para esta noche? —preguntó su amigo, esperanzado.

La asistente suspiró apenada.

—No lo sé.

—No me estarás dando largas nuevamente, ¿no? —le recriminó mirándola con recelo.

—No, claro que no, pero no sé a qué hora voy a acabar.

—¡Bueno, esto es el colmo! —soltó frustrado—. Ese hombre te hace trabajar como una esclava de sol a sol, y ni tan siquiera tienes unas pocas horas para divertirte cuando te dé la gana.

—Chist, baja la voz, ¿quieres? —le rogó—. Es mi jefe y yo acepté esos términos cuando firmé el contrato —acabó diciéndole, mientras buscaba con la mirada a Martín para asegurarse de que no los hubiera oído.

—¡Pues déjalo!, vente a trabajar conmigo. Te doblo el sueldo, y te puedo asegurar que saldrás ganando si trabajas para mí —le ofreció muy serio.

Alexia puso los ojos en blanco.

—Tú no necesitas a ninguna asistente.

—Tienes razón, no necesito a ninguna asistente, pero te necesito a ti.

Se quedó callada unos segundos mientras el rubor le subía por la cara, totalmente mortificada.

—Roberto, yo...

Él bajó la mirada también, un poco avergonzado por su abrupta declaración.

—Olvida lo que te he dicho, de momento. Éste no es el lugar ni las circunstancias que yo había planeado para mantener esta conversación, así que... habla con tu jefe y después dime cuándo podemos quedar.

Y se fue bruscamente, dejándola sola y apenada por la conversación que tendrían que mantener.

Si durante el día Martín había estado tosco con ella, en esos momentos estaba insoportable, por lo que Alexia no se había decidido a preguntarle nada. Estaba tratando de ser paciente con él. Se sentía culpable por lo que había pasado entre los dos, y también quería excusarlo por todo el impacto que había sufrido la noche anterior con su padre. Entendía que últimamente no habían sido unos días muy buenos para él, pero, francamente, la paciencia se le estaba empezando a agotar. Y el remate final fue cuando Pedro la vino a buscar para llevarla a casa porque él había quedado, y se fue sin dar mayor explicación.

La aclaración le llegó al día siguiente, cuando nada más conectar el portátil empezó a ver una cantidad exagerada de *e-mails* en los que le pedían todos lo mismo: que confirmara si la relación de su jefe con una famosa actriz colombiana que estaba promocionando una campaña publicitaria en México era cierta. Una tal María Isabel. Cuando Alexia buscó información de la mujer en Internet, se quedó con la boca abierta. Por lo visto la noche anterior se los había visto muy juntos cenando en un famoso restaurante de la ciudad, para después ir a bailar a un garito que estaba muy de moda. La actriz era increíblemente guapa. Alta, con un cuerpo de escándalo, operado, eso sí, pero de escándalo, una brillante y espesa melena castaña hasta casi la cintura y los ojos de un extraño pero increíble color miel. La chica era impresionante

y, por un momento, a ella se le vino el mundo abajo.

Cuando lo vio llegar y sentarse a la mesa para el desayuno, ojeroso y con aspecto de cansado, no le dio pena ninguna.

—¡Buenos días! —lo saludó educadamente.

—¡Buenos días, papito! —lo saludó también Lucas.

Él le respondió con un gesto de cabeza a ella y se inclinó para besar en la coronilla al niño.

—¡Buenos días, hijo!

Bueno, era evidente que todavía estaba enfadado con ella y puso los ojos en blanco.

—Tengo que consultar varias cosas contigo, ¿quieres hacerlo aquí o en tu despacho?

—Aquí está bien —le contestó después de beber un poco de zumo de sandía.

—De acuerdo —aceptó mientras lo observaba con interés.

La juerga de esa noche debió de ser buena, porque sinceramente el actor no tenía buen aspecto, pero Alexia despejó las imágenes que le venían a la mente sacudiendo la cabeza, ya que ninguna de ellas era agradable para ella. Luego, inspirando profundamente, empezó a comentarle varios proyectos que le estaban proponiendo y a los que tenía que dar alguna contestación, siendo interrumpidos de vez en cuando por el niño. Durante ese tiempo, Pedro apareció para llevarse a Lucas al colegio y, después de despedirse de él con abrazos y besos cariñosos, siguieron discutiendo sobre trabajo.

—Y ahora —le dijo después de ponerse de acuerdo sobre los asuntos meramente laborales—, si quieres, puedes contarme de lo que querías hablar ayer en el despacho —le propuso, muy intrigada por el contenido de esa conversación pendiente.

Martín expulsó un fuerte suspiro y se reclinó en la silla mientras se limpiaba la boca con una servilleta.

—En estos momentos no me apetece hablar del tema —contestó sin darle más explicaciones.

Y era cierto. Seguía dándole vueltas al asunto y todavía no había llegado a una forma de atajarlo, o quizá lo mejor era admitir que le estaba dando largas y punto. Porque era algo muy sencillo que había estado ensayando en su cabeza durante todo el día de ayer y también el anterior, pero que no era capaz de llevarlo a cabo... porque una cosa era imaginarlo y otra muy distinta, hacerlo. Tan difícil le estaba resultando que no podía ni mirarla a la cara, y ¿cómo podía hacerlo si cada vez que pensaba en hablar con ella sentía que se le clavaban cuchillos en el pecho? ¿Cómo, si cada vez que la miraba en lo único en que pensaba era en comérsela a besos hasta dejarla sin aliento? Esa mujer se le había metido debajo de la piel y, por mucho que lo intentase, no era capaz de quitársela de la cabeza.

¡Dios, esto estaba acabando con él!

—Pero...

—Ahora no, Alexia —contestó tajante.

—¡Bien! —respondió molesta, reclinándose ella también en la silla y cruzándose de brazos—. Pues sigamos con el siguiente punto del día. Me están incordiando todos los periodistas del país, y eso que todavía no he encendido el teléfono, para que les confirme si es cierto que tienes una relación con una tal María Isabel. ¿Qué les contesto?

—Sin comentarios.

—Sabes que con eso no se van a quedar satisfechos, ¿podrías ser más específico? —inquirió empezando a perder la paciencia.

Primero la dejaba sin saber qué era eso tan importante que le quería decir, y ahora tampoco le aclaraba si esa mujer significaba algo para él o no. Ese hombre era desesperante.

—Ése es tu problema. Solúcnalo, para eso te pago —replicó cortante mientras se frotaba la frente.

Martín estaba empezando a sentir un fuerte dolor de cabeza, producido por la tensión acumulada y las pocas horas de sueño.

—¿Por qué los famosos tenéis que complicarlo todo tanto? —estalló Alexia por fin—. Porque, para mí, es muy fácil. Es tan sencillo como decir: «Sólo somos amigos», o «Sólo somos amigos con derecho a roce», o también «Sólo es un rollo de una noche», o «Se me insinuó y me acosté con ella porque me apetecía», o... No sé, cualquier cosa menos «¡Sin comentarios!». Hay infinidad de maneras de definir una relación, pero no, vosotros tenéis que hacerlo más enigmático, diciendo algo sin decir nada. Porque, ¿qué significa «Sin comentarios»? Eso no significa nada, y por supuesto aclara menos y la que se tiene que comer el marrón soy yo.

Cuando acabó su discurso tomando aire por la efusividad con la que lo había soltado, se ruborizó hasta las cejas al notar cómo la miraba. La estaba taladrando con esos fascinantes ojos verdes, y se recriminó mentalmente por ese absurdo ataque de celos que había tenido. Sobre todo delante de él.

—¿Quieres que te explique qué significa «Sin comentarios»? —masculló él con los dientes apretados.

Alexia ya no tenía escapatoria, no después de la que había montado, así que asintió levemente.

—Sin comentarios significa... ¡que no es de tu maldita incumbencia! —siseó furioso—. Ya sería lo que me faltaba si tuviera que dar explicaciones de mi vida a la prensa. Pero... ¡tú misma!, si quieres, puedes decírselo con esas mismas palabras. ¡¿Te ha quedado claro?!

—Cristalino.

—¡Perfecto!

—¡Genial!

—Siempre tienes que decir la última palabra, ¿no es cierto?

La asistente levantó una ceja y no pudo evitar una leve mueca divertida al decir:

—No.

Martín bufó, alzando los ojos al cielo y pidiendo paciencia mentalmente mientras se masajeaba las sienes con ambas manos.

—¡Dios mío! En mi vida he conocido a una mujer más exasperante, más terca, más...

—Blablablá... —le contestó abriendo y cerrando los dedos de una mano varias veces—. Ya sabemos todos lo que piensas de mí. Soy lo peor.

Luego se levantó de la mesa, porque ya se tenían que preparar para marcharse.

—Y, por cierto, el último punto del día es que esta noche me la tomo libre.

—¿Cómo? —preguntó perplejo por la osadía.

—Lo que has oído.

—¡De eso nada!

—No te lo estaba preguntando, sólo te informaba —le soltó mientras se estaba marchando.

—¿Para qué quieres la noche libre?

Alexia se paró en la puerta del comedor y, lentamente, se giró para mostrarle una brillante sonrisa.

—¡Sin comentarios!

Dicho esto, se fue, dejándolo con la boca abierta por la impertinencia que había soltado. Mientras sacudía la cabeza, Martín tuvo que admitir que, pese a lo irritante que era su empleada, estaba claro que con ella nunca se aburría.

¡Maldita sea! ¿Para qué demonios quería la noche libre?

Salió disparado detrás de ella, para pararse en seco en medio del pasillo mientras contemplaba cómo la mujer contoneaba las caderas al andar. Alexia llevaba un vestido negro ajustado y con mangas francesas, marcando las curvas que las mujeres demasiado delgadas matarían por tener, pero que tenían que sacrificar para estar tan esbeltas. Lo complementaba con unos zapatos negros de plataforma, y el toque de color que rompía con el atuendo tan oscuro era un enorme collar de cristal de color naranja, a juego con un cinturón ancho que ocultaba un poco la barriguita que tenía, logrando que se viera increíble.

Martín no quiso ni imaginarse qué ropa interior llevaría debajo de esa vestimenta, por lo que la detuvo agarrándola del brazo y acorralándola contra la pared.

Tenía el cuerpo pegado al suyo, con los brazos apoyados a cada lado de su cabeza, mientras clavaba su mirada en la de ella y preguntaba:

—¿Por qué quieres la noche libre?

Ella tragó saliva al tenerlo tan cerca. Podía oler su loción y sentir cómo el calor de su cuerpo le quemaba las manos, que tenía apoyadas en su pecho, a modo de parapeto para que no se acercara más.

—Eso no es de tu incumbencia —le contestó casi en un susurro.

El actor se perdió en sus ojos, intentando descifrar lo que pensaba.

—¿Con quién vas a salir? —volvió a preguntar, haciendo caso omiso de lo que le

acababa de decir y bajando la mirada hacia sus labios entreabiertos.

Alexia se los humedeció con la lengua inconscientemente, mientras bajaba también su mirada hacia los de él, ya que se le estaba secando la boca sólo de pensar en volver a besarlo.

—¿Acaso te pregunto yo sobre tus citas? —murmuró sin poder apartar la vista de su boca.

—No es lo mismo —contestó éste, haciendo verdaderos esfuerzos por no besarla.

—Por supuesto que es lo mismo.

A ella el corazón le retumbaba en sus oídos de lo fuerte que latía, mientras millones de escalofríos recorrían los dedos de sus manos al contacto con el cuerpo de él.

—Yo soy tu jefe.

¡Virgen santa!

Martín estaba totalmente duro. Esa mujer lo trastornaba como no lo había hecho ninguna otra. Cuando había invitado a Fiorella a cenar, no sólo lo había hecho como despecho para demostrarle a Alexia que no le importaba su rechazo, sino porque, como muy bien dice el refrán, un clavo saca otro clavo. Y la salida de la noche anterior con la actriz colombiana había sido exactamente por lo mismo, quería probarse a sí mismo que podía estar con quien quisiera. Pero su sorpresa fue mayúscula cuando ninguna de las dos le provocó nada. Por lo menos, nada comparado a esto. Y lo peor de todo eran esas dos noches de falta de sueño para constatar lo ya evidente.

—¿Vamos a mantener esta discusión todos los días? —balbuceó ella con la respiración entrecortada.

Tenía que apartarlo de ella, tenía que dejar de ansiar que la besara. Nada de eso le reportaba nada bueno, lo único que conseguía era que todo resultara más difícil... más complicado. Pero en esos momentos no tenía fuerzas suficientes para hacerlo. No podía. Simplemente no podía, aunque su vida dependiera de ello.

—Quizá así te entraría dentro de esa terca cabecita tuya —le contestó, sin apartar sus ojos de esos sexis y apetecibles labios rojos.

Mientras le iba diciendo esto, él empezó a bajar despacio la cabeza para hacer lo único que deseaba hacer con toda su alma, que era... besarla.

—¡Patrón! —lo llamó Sole desde el otro lado de la casa, provocando que los dos se dieran cuenta de lo que había estado a punto de pasar y se separaran al instante.

Cuando la cocinera los encontró segundos después, tanto Martín como Alexia trataban de disimular lo incómodos que se encontraban en esa situación. El actor se pasaba la mano por el pelo, molesto por lo que había estado a punto de suceder, maldiciéndose mentalmente por lo débil que era con ella. Y la asistente se bajaba la manga del vestido avergonzada, intentando taparse el brazo hasta la muñeca, algo a todas luces imposible. Por supuesto, Sole, que de tonta no tenía un pelo, se dio perfecta cuenta de que algo había sucedido entre ambos. Y mientras miraba a uno y a

otro alternativamente con una sonrisa cómplice en el rostro, provocando que Alexia pusiera los ojos en blanco, le pidió a Martín que, antes de que se fuera, le diera dinero para hacer la compra semanal. Después de que el actor sacara el efectivo de la caja fuerte y se lo entregara, y de que la asistente recogiera sus enseres de trabajo, se subieron al coche sin mediar palabra. Sólo se dirigió a ella un instante antes de entrar en la zona de vestuario en el foro de grabación, hablándole otra vez de forma fría y distante.

—Podrás tener la noche libre única y exclusivamente si salimos temprano de grabar.

Dicho esto, se encaminó hacia donde estaba Mauro para escoger la ropa que se pondría en ese capítulo, sin darle opción a replicar. Ya se encargaría él de que acabaran tarde, muy tarde.

Y efectivamente, cuando terminaron esa noche de grabar, ya se habían ido casi todos. Ese día, ya mucho después de acabar de rodar las escenas que le tocaban, el actor se dedicó a hablar con los guionistas y los productores para enseñarles algunas ideas que tenía sobre su personaje, consiguiendo con ello una discusión de varias horas sobre los pros y los contras de los cambios que quería darle al protagonista de la telenovela. Así que, cuando salieron de allí, ya era avanzada la noche, con el consiguiente enfado de Roberto por no poder cenar con ella de nuevo, ya que se había ido frustrado a casa hacía mucho rato, y con el mosqueo de Alexia, al dejarla Martín por segunda noche consecutiva en casa, mientras éste volvía a salir otra vez a saber con quién. Aunque Alexia podría afirmar con rotundidad que, al día siguiente, se enteraría.

Como así fue.

—Supongo que el discurso de hoy será el mismo que el de ayer, ¿no? —le preguntó molesta.

El actor acababa de sentarse a la mesa del desayuno y, después de ahogar un bostezo, le contestó a su empleada, confundido:

—Disculpa, pero no entiendo lo que me quieres decir.

Ella miró furiosa cómo atacaba un plato de fruta recién cortada para después beber un sorbo de café. En cuanto encendió el portátil, volvió a recibir los *e-mails* de los periodistas para que les confirmara si Martín Ledesma estaba saliendo con una presentadora de un conocido programa de televisión mexicano con la que se había visto la noche anterior.

—Perdóneme usted, pero, claro, son tantas cosas las que tiene en la cabeza que es lógico que no se acuerde —contestó mordazmente, tratándolo de usted para chincharlo, pero intentando morderse la lengua para no espetarle todo lo que pensaba sobre él en ese mismo momento—. Me refiero a si le tengo que decir lo mismo a todos los periodistas que me llamen hoy preguntando si tiene una relación con... Espere, es que son tantas ya, que no me acuerdo de todas. ¿Cómo se llamaba ésta...? Humm... ¿qué más da? ¿Importa acaso?

—Quieres controlar lo que dices delante de mi hijo, por favor —le susurró, amonestándola.

Alexia se quedó mortificada al darse cuenta de lo que había comentado delante de Lucas, aunque éste estaba más interesado en su coche de juguete que en la conversación que estaban manteniendo los mayores.

Martín esbozó una pequeña sonrisa divertida. ¿Podría ser que su empleada estuviera celosa?

—¿Te parece gracioso? —le preguntó, cada vez más cabreada.

—No, en absoluto.

Y siguió desayunando como si no pasara nada, consiguiendo exasperarla. Después de unos minutos, en los que hizo verdaderos esfuerzos por no saltar delante del niño, insistió.

—¿Me vas a contestar?

—¡Oh, lo siento!, pero es que no he entendido la pregunta —dijo como si no tuviera ni la más remota idea de lo que le estaba hablando.

Ella resopló enfadada. No sabía qué era lo que más le molestaba: si no saber realmente si estaba burlándose de ella, o que no pudiese evitar ese ataque de resentimiento por no poder olvidarlo tan fácilmente como él había hecho con ella.

—¡Sin comentarios! —siseó rabiosa.

—¡Ah, era eso! Pues sí, por supuesto, ¡sin comentarios!

—¡Muy bien!

El actor observó cómo posaba el tenedor en su plato de fruta recién cortada para cruzarse de brazos, enfurruñada.

—¿No vas a seguir comiendo?

—Se me ha quitado el hambre.

Él no dijo nada y siguió desayunando tranquilamente.

—Sobre esa conversación pendiente...

—¡Jesús!, cuando quieres, eres un rato pesada —la interrumpió molesto—. Olvídate de esa conversación, ¿de acuerdo? Era una tontería y no tengo nada que decirte al respecto.

Se percató de cómo lo miraba extrañada sin creerse en absoluto lo que le había dicho, rezando porque no siguiera con el tema y lo olvidara de una buena vez. Pues era cierto, ya había tomado una decisión. Si quería seguir con su vida, tenía que agarrar el toro por los cuernos y rehacerla con otra mujer, pero con Alexia junto a él. Era la única forma de estar completamente seguro de que podía pasar página si en algún momento de su vida estaba con otra persona. Si no, se pasaría el resto de su existencia cuestionándose qué hubiera pasado si no la hubiera despedido, preguntándose si quizá ella habría sido la mujer de su vida. Y esto no demostraba que estuviese enamorado de Alexia, para nada: lo único que significaba era hasta dónde había llegado su grado de obsesión por ella. Por ello, después de pensarlo mucho, había llegado a la conclusión de que era su mejor opción, pues mataría dos pájaros de

un tiro: reharía su vida completamente seguro y se demostraría que podía olvidarla como a cualquier otra antes que a ella. Aunque le costara la misma vida. Y para eso tenía que seguir haciendo lo que hasta ahora, conocer a otras mujeres con las que poder olvidar a su exasperante empleada, y tener la mente ocupada en otra persona para que no volviera a ocurrir lo del día anterior.

—¡Genial! —respondió, cada vez más enfadada—. Pues te informo, para que después no te sorprendas, de que esta noche sí o sí me la tomo libre. Y me da igual a qué hora termines: yo, a las ocho de la noche, me planto. Y si crees que no me da cuenta de lo que hiciste ayer, estás totalmente equivocado.

—Yo ayer no hice nada —le espetó, empezando a enervarse él también.

—¡¡¡Ja!!! —le soltó mirándolo fijamente a los ojos—. Pero ¿sabes qué? Me da igual, date por enterado.

Luego ojeó su reloj para, a continuación, levantarse de la mesa y decirle:

—Con tu permiso, voy a recoger mis cosas, porque ya se nos está haciendo tarde.

Se marchó de la habitación, dejando al actor furioso y frustrado a la vez. Porque, ahora, ¿qué iba a hacer? ¿Qué excusa se iba a inventar para que no saliera esa noche con otra persona?

—¡Maldita sea!

Miró a su hijo, que a la vez lo estaba observando con los ojos muy abiertos.

—¿Papi?

—Dime, campeón.

—¿Álex y tú sois novios?

Al actor casi le da un síncope al escuchar la pregunta de su hijo y, después de unos segundos de desconcierto, le contestó:

—¡Claro que no, Lucas! ¡No digas tonterías!

—Pues a mí me gustaría que fuera mi mamá.

Y, ahora, ¿qué le respondía a eso? ¿Cómo podía explicarle algo tan complicado a un niño tan pequeño? Durante un minuto se estrujó los sesos tratando de pensar en la manera más fácil de aclararle la situación para que la entendiera, y por fin decidió que sólo podía hacer lo que un padre responsable tenía que hacer.

—¡Pedro! —gritó llamándolo a todo pulmón—. ¡Pedro! —volvió a vociferar desesperado—. ¿Dónde demonios estás?

—Estoy aquí, patrón —le contestó el hombre, jadeando al aparecer casi corriendo en la estancia.

—¿Por qué has tardado tanto? —le preguntó, molesto por la tardanza y, sin darle tiempo a responder, le ordenó—: Llévate a Lucas al colegio, porque se le está haciendo tarde.

Después de que el niño y el empleado salieran desconcertados del comedor, el actor, con los brazos apoyados en la mesa y la cabeza entre las manos, intentó recuperarse de lo que seguramente era el peor momento que había pasado en su vida.

Martín estaba grabando en esos momentos, así que Alexia decidió ir a buscarse un café para ella y, cuando estaba pasando por la zona de los camerinos, Roberto la agarró por la cintura para abrir la puerta del suyo y hacerla entrar dentro.

—Pero ¿qué estás haciendo? —preguntó sorprendida mientras el actor cerraba la puerta.

Él se giró hacia ella para enmarcar su cara entre sus manos y decirle antes de besarla:

—¿Tú qué crees?

Estaba tan impresionada que en un primer instante no supo cómo reaccionar, mientras el hombre bajaba una mano a su cintura para acercarla más a él.

—¡Dios mío, cómo he deseado que llegara este momento! —le susurró en sus labios, para volver a atacarlos de nuevo.

Alexia intentó protestar, apartándolo de ella con ambas manos.

—Roberto... espera...

—No puedo, Álex, llevo demasiado tiempo deseando decirte lo mucho que me gustas —confesó, mientras le besaba el cuello para volver nuevamente a su boca.

La mujer intentó contenerlo, pero le estaba resultando imposible, él era más fuerte que ella.

—Roberto... escucha...

Pero el actor seguía inmerso en su ataque.

—¡Eres preciosa, Alexia! —seguía susurrándole entre beso y beso—. ¡Y me vuelves loco!

—¡No sigas...! —Esta vez lo estaba empujando más fuerte.

No quería ser brusca con él, pero no le estaba dejando otra opción.

—¡Roberto... por favor...! ¡Para!

El hombre por fin se detuvo para mirarla confundido y ella no fue capaz de sostenerle la mirada, pero aprovechó ese momento para separarse de él.

—¿Qué pasa? ¿Te he hecho daño? —preguntó preocupado—. ¡Lo siento!, pero tengo tantas ganas de tenerte en mis brazos que creo que me he dejado llevar un poco.

Se mordió el labio, afligida por lo que estaba escuchando. Se imaginaba que ese momento iba a ser duro, pero... ¡Dios, se quería morir! ¿Cómo podías decirle a alguien que te importaba mucho que no sentías lo mismo por él, pero sin hacerle daño? Era imposible.

—¡Lo siento! —exclamó, estirando los brazos para parar su avance cuando vio que se acercaba a ella de nuevo—. No quiero lastimarte, Roberto, de verdad que no.

Él arrugó el ceño desconcertado y la asistente se dio la vuelta, de forma cobarde, para no mirarlo a la cara.

—Pero me duele enormemente decirte que no siento lo mismo que tú.

—Pero... —El actor estaba perplejo por sus palabras—. Yo pensé que te gustaba, sobre todo después de lo que te dije ayer...

—¡Perdóname! Debí ser más clara contigo.

—¡Pues sí! —le recriminó, dolido—. Sobre todo después de aceptar salir a cenar en Telchac conmigo, o cuando fuimos a la obra de teatro.

—¡Eso es injusto! —le soltó dándose la vuelta para intentar defenderse—. En ese momento te dejé muy claro que sólo salíamos como amigos.

—¡Pero tú sabías lo que yo sentía por ti! —Y de repente cayó en la cuenta—. Por eso me evitabas y me dabas largas, ¿no? ¡Claro!, ¡pero qué tonto he sido!

Alexia negaba con la cabeza, entristecida por sus reproches pero sin ser capaz de decirle nada al ver el dolor reflejado en sus ojos.

—Lo siento, Roberto.

Y fue él quien se giró esta vez para darle una patada a la puerta, cabreado, haciendo que ella se sobresaltara por el golpe.

—Roberto...

—Ahora lo entiendo —le dijo con rencor, dirigiéndose a ella de nuevo—. En el fondo eres igual que todas las demás.

Lo miró sin entender a qué se refería.

—¿Por qué te va a interesar el actor secundario cuando puedes conseguir al protagonista? ¿No es cierto?

—Eso no es verdad, y si realmente piensas eso de mí es que no me conoces en absoluto.

—¿Que no es verdad? —la increpó, furioso—. ¿Crees que no me he dado cuenta de cómo os miráis? ¿Me tomas por tonto?

—Sé que estás enfadado, pero...

Él empezó a reírse para burlarse a continuación.

—Francamente, Alexia, creía que eras más inteligente. Que sepas que sólo eres una novedad para él; en cuanto dejes de ser su juguete nuevo, te desechará como a las demás, ¿no lo entiendes? —le escupió para hacerle daño.

Y lo estaba consiguiendo. Porque una cosa era que se lo dijera ella misma para intentar no caer en la tentación, pero otra muy distinta era que otra persona se lo confirmara.

—Y no sabía que estabais juntos; de haberlo hecho, en la vida se me habría ocurrido decirte nada. Espero que seáis muy felices... el tiempo que os dure —le dijo con sarcasmo, sacando una conclusión errónea.

—Estás equivocado, Roberto, yo no estoy con Martín... No estoy con nadie.

El actor se cruzó de brazos mientras la miraba fijamente.

—¡Pobre Alexia! Así que tu jefe te tiene escondida para que nadie se entere de vuestra relación —insinuó con desdén—. ¿Acaso se avergüenza de ti?

Cerró los ojos dolida por sus palabras, recordando que le había sucedido eso mismo hacía menos de un año.

—¿Por eso se está dejando ver con otras mujeres? —continuó—. ¿Para desviar las sospechas de ti? ¿Es eso lo que él te dice? ¿Que lo hace porque es lo mejor para los dos?

Alexia no respondió, lo único que hizo fue darse la vuelta para que él no viera lo mucho que la estaba lastimando.

—Pues déjame decirte que te está mintiendo. —Se rió irónicamente—. Él mismo, Martín, me confesó que no sentía nada por ti.

—¿Qué?! —le preguntó sorprendida cuando sus miradas se encontraron a través del espejo del camerino.

—Sí, querida —le aseguró con desprecio, para que se diera cuenta de a quién había escogido—. Me lo dijo cuando mantuvimos una conversación en el hotel, en la que le confesé lo que yo sentía por ti. Él sabía perfectamente lo que yo iba a hacer, por eso no comprendí en aquel momento por qué se presentó en el restaurante aquella noche. Pero ahora lo entiendo, ya que está claro que te quería para él solito. Pero ten cuidado, cielo, porque tu querido Martín me acusó de algo que él también es: de ser un mujeriego empedernido y querer jugar contigo. Algo que, evidentemente, está haciendo ahora mismo.

Alexia empezaba a comprender algunas cosas también, como el empecinamiento de su jefe con Roberto, diciéndole que no quería que su amigo le hiciera daño. Por eso estaba empeñado en insinuarle que el actor sentía algo por ella cuando se lo negaba rotundamente, porque él lo sabía de primera mano y no le había dicho nada, y lo escudaba todo diciendo que estaba preocupado por ella.

—Sin embargo, déjame decirte que a mí me gustabas de verdad, Álex —continuó—. Estaba dispuesto a intentar mantener contigo una relación estable. Es una pena que te hayas enamorado del hombre equivocado.

Alexia, tratando de digerir lo que le había dicho, se giró hacia él para levantar el mentón de forma orgullosa.

—Pues déjame aclararte ahora a ti algo sobre lo que estás completamente equivocado. —Y se acercó a él clavándole los ojos—. Lo que te dije aquella noche en el hotel es totalmente cierto, y te lo vuelvo a repetir, por si no te ha quedado suficientemente claro: no estoy, ni estuve, ni estaré nunca con Martín Ledesma. Él es mi jefe y, ante todo, eso yo lo respeto.

El actor bufó, incrédulo.

—Siento mucho no poder sentir por ti lo que tú quieres. En verdad me gustaría que las cosas fueran de otra manera, porque te aprecio mucho, Roberto, pero sólo como amigo, nada más. Y, como amiga tuya, aquí me tendrás para lo que quieras, pero, si no eres capaz de aceptarlo, por mucho que me duela, lo entenderé.

Luego se encaminó hacia la puerta para abrirla, pero antes de salir añadió, mirándolo con tristeza:

—Lo siento, Roberto, de verdad que lo siento mucho. Aunque no lo creas, nunca te he mentado, siempre he sido sincera contigo. Y lamento profundamente si has malinterpretado las cosas de una manera que no son, pero te juro que mi intención nunca ha sido hacerte daño.

Y cerró la puerta detrás de ella, dejando al hombre totalmente abatido.

Capítulo 27

Martín llevaba un buen rato observando el foro, buscando con la mirada a su empleada, que no aparecía por ninguna parte, y ya se estaba empezando a impacientar. Cuando estaba a punto de ir a buscarla él mismo, de pronto la vio llegar, con mala cara y evidentes signos de haber estado llorando.

—¿Dónde demonios te habías metido?

—¿Por qué?, ¿necesitas algo? —contestó obviando la pregunta.

—No. Sólo que has desaparecido durante un buen rato y no sabía dónde estabas —respondió observándola detenidamente.

—Pues ya estoy aquí —manifestó desviando la mirada.

—¿Va todo bien?

Se moría por preguntarle más, pero no se atrevió a hacerlo.

—Sí, por supuesto, todo está perfecto —mintió mientras intentaba sonreír y parecer animada.

Alexia no quería dar más explicaciones, porque, si tenía que hacerlo, quizá no fuera capaz de evitar las lágrimas que pugnaban por salir.

Cuando se marchó del camerino de Roberto, se fue al baño para encerrarse allí durante unos minutos y que nadie la viera llorar. Entendía que él le hubiera hablado de esa manera por despecho, pero le había hecho daño con sus palabras. Sobre todo porque estaba muy reciente lo que le había pasado hacía unos meses y, sin saberlo, su amigo había hecho una radiografía exacta de su relación anterior con su antiguo jefe. Y sus miedos e inseguridades afloraron de nuevo, golpeándola con tanta fuerza como si hubiera sido ayer, por lo que, sin quererlo, la había dejado tocada y hundida.

Pero Alexia tenía que volver al trabajo, así que no le quedó más remedio que retocarse el maquillaje y esbozar una sonrisa de entusiasmo que estaba muy lejos de sentir.

—Y ahora, si no necesitas nada más, tengo que contestar unos *e-mails* y hacer unas llamadas —le comentó mientras se alejaba unos pasos para no molestar ni ser molestada.

Unos minutos después, sin quitarle los ojos de encima a su empleada, Martín observó cómo aparecía Roberto por el *set*, ya que le tocaba grabar, y le apartaba de malas maneras la mano a Eva, que intentaba retocarle el maquillaje. Era algo insólito en el actor, que por lo general era muy amable con todos los trabajadores, y sobre todo con ese grupito de amigos que se había hecho gracias a Alexia. La cara de Eva era la misma que la suya, de total desconcierto, y se preguntó qué le pasaría a su compañero para actuar de esa manera. Y, aunque sentía curiosidad, lo cierto era que ya no tenía aquella amistad o confianza que le hubiera permitido acercarse a él y preguntarle si estaba bien, así que no le quedó más remedio que quedarse con la

intriga y la incertidumbre de por qué Roberto estaba de tan mal humor.

El día pasó muy rápido para Martín, aunque había estado muy desconcentrado todo el tiempo, porque no se quitaba de la cabeza con quién diablos había quedado esa noche su asistente. Sin embargo, para Alexia había sido todo lo contrario, resultándole el día interminable, ya que se quería ir de allí lo antes posible y le parecía que el tiempo no avanzaba. De tal modo que, cuando llegaron a casa, para ella fue un alivio enorme, mientras que para su jefe empezó una tortura para intentar idear una excusa que impidiera que ella saliera esa noche. Pero no encontró nada que fuera lo suficientemente creíble y que no lo dejara como un patán celoso compulsivo, por lo que estuvo bastante distraído durante la cena, sin prestar mucha atención ni a su hijo ni a su padre, mientras pensaba en qué podía hacer.

Cuando Alexia informó de que se iba a cambiar de ropa porque esa noche había quedado, lo único que se le ocurrió a Martín fue pedirle el favor a su padre de que se quedara con Lucas, ya que él también tenía que salir. Por supuesto, Miguel le aseguró que no se preocupara y que se hacía cargo de su nieto con mucho gusto, ganándose un abrazo agradecido de su hijo. Cuando la asistente los buscó para despedirse, su decaimiento fue a mayores cuando se percató de que su jefe también había salido esa noche.

Otra vez.

Lo que ella no sabía era que el actor estaba siguiendo en su moto al taxi en el que estaba montada, y que la persiguió hasta el barrio humilde donde se apeó, para entrar a continuación en un edificio y desaparecer dentro. Él se preguntó qué estaba haciendo Alexia en un barrio así, pues, aunque no era conflictivo, ya que era un barrio obrero como otros tantos que había en Ciudad de México, no entendía a quién demonios iba a ver allí. Estuvo aguardando más de dos horas sentado en su moto, esperando a que saliera de ese lugar, mientras hacía cábalas de a quién podía estar visitando en ese momento. Y rezó porque hubiera estado en la casa de Eva, o de María, o incluso de Mauro, porque, si no era ninguno de ellos, sinceramente no sabía qué iba a hacer. Su mundo se hizo pedazos cuando observó cómo Alexia salía del garaje del edificio dentro de un coche, acompañada por un hombre al que no conocía de nada. Los siguió a una distancia prudencial, para descubrir a dónde se dirigían a continuación, y se topó con la sorpresa de que la llevaba directamente a casa. El beso de despedida había sido normal, dado con aprecio en la mejilla sin más pretensiones, para después, su empleada, salir del vehículo y dirigirse hacia la entrada con tranquilidad, dejando a Martín más confundido que nunca, pero observando detenidamente la cara del sujeto cuando pasó cerca de él, para grabarla a fuego en su mente por si se cruzaba con ese individuo de nuevo. Esperó un tiempo razonable para entrar en su domicilio, y se encontró con su padre dormitando traspuesto en el salón con la televisión encendida, pero ni rastro de Alexia. Salió al jardín con la esperanza de encontrársela allí, aunque sin saber muy bien qué era lo que iba a hacer o decir, pero tampoco estaba, por lo que se imaginó que se habría ido directamente a la cama.

Así que volvió a entrar dentro de la casa para volver a salir al poco tiempo al jardín acompañado de una botella de tequila, y así se lo encontró su padre un rato más tarde, después de haber dado buena cuenta de la botella.

—¿Puedo sentarme? —le preguntó Miguel.

Él hizo un gesto con la mano señalándole la silla vacía que estaba a su lado, mientras su padre lo observaba detenidamente, para a continuación negar con la cabeza cuando su hijo le ofreció la bebida.

—¿Todavía sigues por aquí? —le preguntó después de ingerir un trago de tequila.

—Me quedé dormido en el sofá esperando a que se durmiera Lucas... y, ahora que ya estás en casa, me puedo ir más tranquilo.

—Ya.

—¿Te molesto?

—No, para nada. Sólo que pensé que ya te habías ido, pero puedes quedarte el tiempo que quieras, ya sabes que estás en tu casa.

—Gracias.

Miguel se quedó pensativo, dudando si seguir con esa charla o no. Quizá fuera demasiado pronto para decirle a su hijo lo que pensaba de verdad, pero le dolía verlo en ese estado tan lamentable.

—¿Crees que lo que estás haciendo es una buena idea?

El actor contempló la botella que tenía en la mano y se encogió de hombros.

—No sé si es una buena idea o no, pero sí sé que esto es lo que necesito en este momento.

—No me refería al alcohol, hijo.

Lo observó confuso, sin entender qué era lo que su padre quería decir.

—Lo siento, papá, pero no te entiendo.

—Hablo de Alexia.

—¿Alexia? —preguntó cada vez más confundido—. ¿Y a qué viene nombrar a Alexia ahora?

Observó cómo su hijo volvía a darle un sorbo a la botella.

—Pues porque creo que ya va siendo hora de que le digas lo que realmente sientes por ella, Martín.

El actor se quedó tieso al escuchar lo que su padre le acababa de decir.

—Lo que yo sienta o deje de sentir por mi empleada no creo que sea algo de tu incumbencia —contestó molesto.

«¿Quién demonios se cree que es para venir a darme consejos a estas alturas de mi vida?», pensó enfadado. Ya era lo suficientemente mayorcito como para decidir por sí mismo lo que mejor le convenía. ¡Dios!, estaba empezando a hablar igual que su empleada. Pero la botella se quedó a medio camino de su boca cuando se percató del desaliento en el rostro de su padre y, frustrado, se pasó la mano por el pelo mientras soltaba un largo suspiro.

—Lo siento, papá, soy un imbécil. Perdóname por lo que te acabo de decir.

—Sólo estoy preocupado por ti.

—Lo sé, pero las cosas no son tan sencillas —comentó, para después volver a dar un sorbo.

—Nunca lo son —contestó éste con sabiduría—. Sólo tienes que tener los suficientes redaños para decirle que estás enamorado de ella.

Martín se quedó totalmente pasmado.

—Yo nunca he dicho que esté enamorado de Alexia —le contradijo.

—¡Oh, entonces las cosas cambian! —exclamó Miguel asintiendo con la cabeza.

«¡Por fin alguien que me entiende!», suspiró aliviado.

Y observó cómo su padre le hacía el gesto con el dedo índice de que se acercara a él y, cuando lo hizo, le susurró al oído:

—Entonces, ahora vas a tener que ser valiente hijo, pero que muy valiente.

Martín arrugó el ceño, confuso por sus palabras.

—Lo vas a necesitar para admitirte a ti mismo que estás irremediabilmente enamorado de esa mujer, y serías un gran tonto si la dejaras escapar.

—¡Papá...! —empezó a decir cabreado.

—¡Está bien, no te enfades! —lo cortó él—. Lo único que te pido es que lo pienses, nada más. Sólo piensa en ello, ¿de acuerdo?

Y antes de que dijera nada, le quitó la botella de las manos para beber él también de ella y, después de esperar unos segundos a sentir nuevamente la garganta, que le ardía por haber sido quemada por el tequila, y recuperar el aliento, añadió:

—Y mientras lo haces, yo estaré aquí a tu lado. No te dejaré solo.

Y volvió a pasarle la botella para que le diera otro trago, mientras se hundía en la silla y lo miraba de vez en cuando, sorprendido por lo necio que era. Al final iba a tener que darle la razón a Alexia sobre la cabezonería de los hombres Ledesma.

Después de lo que le pareció una eternidad..., es más, Miguel ya se estaba empezando a quedar dormido otra vez, Martín confesó en voz alta algo de lo que su padre era totalmente consciente.

—Tengo miedo, papá.

—Lo sé.

—¿Y cómo puedo decirle a una mujer lo que siento por ella cuando no quiere tener nada conmigo? Le abriría mi corazón para nada, y no quiero que me vuelvan a hacer daño. Otra vez no. No podría soportarlo.

Miguel se quedó sorprendido por sus palabras.

—¿En qué te basas para decir eso?

Y procedió a contarle todo lo que había pasado en su viaje a Telchac y, sobre todo, lo sucedido la última noche.

—¿En algún momento le dijiste lo que sentías?

—Papá, estamos en otra época y las mujeres de ahora no necesitan palabras de amor para acostarse con un hombre.

—Lo sé, soy consciente de ello. Pero, en esencia, todas las mujeres desean y

quieren lo mismo, y, además, coincidirás conmigo en que Alexia no es como las demás.

—Eso es verdad. Y es cierto que no le dije con palabras lo que sentía, porque hasta ahora mismo no lo tenía muy claro.

Miguel levantó una ceja como tantas otras veces había hecho su hijo antes.

—Vale —aceptó el actor—. No quería admitírmelo a mí mismo. Pero mi deseo por ella era más que evidente, eso te lo aseguro. Y honestamente, papá, se me hace muy difícil tratar estos asuntos contigo —le confesó avergonzado.

—Tonterías —le contestó con un ademán de mano, quitándole importancia—. Para eso estamos los padres y, si no me equivoco mucho, dentro de unos años tendrás una conversación muy parecida con tu hijo.

—Espero que no —murmuró Martín turbado.

—El caso... —prosiguió el hombre— es que ellas necesitan saber lo que uno siente, lo que piensa... además de demostrarles tu amor, de hacerlas sentir que son las únicas, algo en lo que estás fracasando estrepitosamente, hijo, saliendo cada noche con una mujer distinta.

—¿Y qué querías que hiciera? —se defendió molesto, levantándose de la silla—. Ella misma me confesó que le gustaba otro hombre. Al principio pensé que sería alguien de su pasado y contra eso yo no puedo luchar... aunque ahora no lo tengo tan claro. Así que decidí olvidarme de ella, por eso empecé a salir con otras mujeres.

—¿Y lo has conseguido?

Se pasó la mano por el pelo mientras soltaba un suspiro de cansancio.

—No —confesó frustrado.

—¿A qué te referías con que ahora no lo tienes tan claro? —retomó Miguel las palabras anteriores de su hijo.

—Pues que esta noche ha salido con otro hombre al que yo no conozco de nada ni he visto en mi vida —le aclaró empezando a enervarse por los celos que lo consumían—. Estuvo en su apartamento durante más de dos horas y ya te podrás imaginar para qué.

—Y eso, ¿tú cómo lo sabes?

Martín miró avergonzado a su padre.

—¡¡¡No!!! ¡¿La has seguido?! —exclamó Miguel estupefacto—. ¡No me lo puedo creer!

—¿Y qué querías que hiciera, si sólo pensar que está con otro me vuelve loco? —replicó enfadado por su reacción, para ponerse a caminar impacientemente de un lado a otro.

—Sabes que, si se entera, te va a matar, ¿verdad?

—Sólo lo sabemos tú y yo; por lo tanto, no tiene por qué enterarse, a no ser que tú abras la boca —le soltó, amenazándolo con la mirada.

—¡Tranquilo, no pienso decirle nada! —contestó levantando las manos en son de paz—. Pero no saques conclusiones precipitadas, a lo mejor no es lo que parece.

Se paró en seco para taladrar con la mirada a su padre y, a continuación, echarse las manos a la cabeza y contemplar el cielo durante unos pocos minutos.

—¿Sabes qué? Esto no nos lleva a ningún lado —soltó exasperado y cansado de especular una y otra vez sobre lo mismo—. El caso es que estoy enamorado de una mujer que no siente lo mismo por mí, y a la que no puedo despedir porque se me rompe el alma sólo de pensarlo.

—Eso no lo sabes.

—¿Qué más necesitas? ¿Que me lo escriba en letras grandes de neón?

—Martín, soy mayor que tú y sé con seguridad que Alexia siente algo muy fuerte por ti, eso se ve a leguas. No te lo diría si no estuviera completamente seguro.

Lo miró fijamente, valorando si podía fiarse de la percepción de su padre. Quería creerlo, porque, sin ir más lejos, el día anterior, cuando la acorraló en el pasillo, él mismo había sentido esa fuerte atracción que había percibido desde el minuto uno, desde la primera vez que le estrechó la mano para darle la bienvenida a su casa. Esos escalofríos que sentía cuando la tocaba, ese deseo irremediable de besarla, de sentirla, de...

«¡Basta!»

¿Por qué se estaba atormentando de esa manera, cuando hacía sólo unos minutos la había visto salir de la casa de otro hombre? No tenía ningún sentido.

—Pero hay algo que se nos escapa —prosiguió Miguel—. Algo que le hace tener el mismo miedo que tienes tú. Una información que desconocemos y que explicaría por qué ella también niega lo que siente. Y si añadimos los gritos y lo exasperante que puedes llegar a ser a veces, pues...

—¡Gracias por tu apoyo! —le dijo dolido.

—Hijo...

—No, está bien, no te preocupes —enfaticó Martín, para, a continuación, recordar la cara del hombre que la había traído esa noche a casa—. Quizá vemos sólo lo que queremos ver... pero, seamos realistas, papá: si ella sintiese algo por mí, me habría dado alguna señal. —Dicho esto, se pasó una mano por la cara, harto de no llegar a ningún lado—. Pero no ha sido el caso. Me dejó muy clarito que yo sólo era un error y que no quería que me metiera en su vida, y creo que eso lo dice todo.

—Martín...

El actor suspiró, exhausto. El alcohol empezaba a hacer efecto y, entre eso y la falta de horas de sueño, lo único que deseaba era meterse en la cama y dormir profundamente para dejar de pensar y de sentir de una maldita vez.

—Estoy cansado, papá; si no te importa, me voy a dormir. Si quieres quedarte, le puedo decir a Justina que te prepare una habitación.

—No hace falta, no te preocupes —le contestó, capitulando pero sin darse por vencido.

No dejaría de luchar hasta ver a su hijo feliz con la mujer que amaba. Tenía que resarcirse de todo el dolor que le había causado y, de igual manera que sabía que en

unas horas saldría el sol, estaba totalmente seguro de que Alexia estaba tan enamorada como su hijo. Sólo tenía que averiguar la manera de juntar a esos dos.

—No me importa, en serio.

—Prefiero irme a mi casa.

—Está bien, como tú quieras. Buenas noches.

—Buenas noches.

Y cada uno, sumido en sus propios pensamientos, se fue a dormir.

Había pasado más de una semana desde que Roberto le había confesado a Alexia lo que sentía y las cosas seguían igual que entonces. El actor no le hablaba; es más, evitaba su presencia en todo momento, y su jefe seguía igual de distante y frío con ella. La asistente no estaba pasando por su mejor momento y eso se notaba tanto en su aspecto físico como anímico. Harta de verla triste y decaída, Esther intentó hablar con ella, sin conseguir ningún resultado. Su amiga se negaba a decirle nada que no fuera «No te preocupes, todo está bien». Ahora la actriz entendía un poco mejor a Martín, ya que Alexia podía llegar a ser muy necia cuando quería, por lo que, al final, decidió enfrentar a su compañero, además de amigo, citándolo en su camerino para mantener una charla a solas.

—¿Se puede saber qué demonios está pasando? —le espetó Esther a bocajarro.

—No sé a qué te refieres —contestó Roberto, confundido por el tono recriminatorio.

Ella se cruzó de brazos y le lanzó una mirada acusatoria.

—¿Crees que soy tonta? Me refiero, evidentemente, a lo que está ocurriendo entre Alexia y tú.

El actor le esquivó la mirada.

—Bueno, eso es algo que sólo nos atañe a ella y a mí.

Su amiga bufó, molesta por tanto secretismo.

—Pero yo soy amiga de ambos y exijo una explicación.

—Pues pregúntale mejor a ella.

—Ya lo he hecho.

—¿Y qué te ha dicho?

—Nada, pensé que tú serías más razonable.

Él puso cara de póquer, intentando que su semblante no expresara nada.

—Pues mi respuesta es la misma que la suya —le contestó, aliviado de no tener que pasar por la vergüenza de contar su rechazo.

La mujer no pudo menos que negar con la cabeza mientras entornaba los ojos, preguntándose qué era lo que había hecho ella para tener unos amigos tan idiotas.

—Sinceramente, Roberto, no entiendo qué ha podido pasar entre los dos que sea tan grave como para que le dejes de hablar y la ignores y... —De pronto a Esther se le encendió una bombilla—... a no ser...

Él se dio la vuelta, abochornado, en el mismo momento en que supo que su amiga había dado en el clavo.

—¡No me lo puedo creer! —exclamó cuando al fin cayó en la cuenta—. Sabes que te estás comportando como un niño malcriado, ¿verdad?

—¡Venga ya! —se rebotó él—. No fue a ti a quien pisotearon sus sentimientos. Yo le abrí mi corazón y ella lo desechó como si apestara, como si fuera basura.

—¿Y por eso ahora actúas como un niño de cinco años que tiene una pataleta? —preguntó perpleja.

—Para mí esto no es una pataleta, Esther —murmuró dolido por su actitud, dejándose caer en una silla.

Ella se acercó a él, furiosa y con los brazos en jarras.

—¿No me dirás que estabas enamorado de ella?

Ahora le tocó a él enfadarse con su amiga, ya que no estaba siendo nada justa.

—¡Por supuesto que estaba enamorado de ella! ¿Qué pasa, que ahora los hombres no podemos tener sentimientos?

—¡¡¡Ja!!! —le espetó la actriz—. Por supuesto que los hombres tienen sentimientos, pero tú no estabas enamorado de Alexia. Que te sentías atraído por ella, sí, lo acepto, pero enamorado no, de eso nada.

—Tú no tienes ni idea y si piensas eso es que no me conoces en absoluto —le reprochó, afligido porque no lo creyera.

Esther soltó un suspiro al ver el dolor reflejado en sus ojos, y aparcó su enfado porque hiciera sufrir a su amiga sin motivo alguno a un lado.

—Te conozco mejor de lo que piensas —dijo, y se acercó para agarrarle la cara entre las manos, y se la sujetó más fuerte cuando Roberto quiso apartarla de él.

—Cariño, no te enfades conmigo, lo único que quiero es que no seas injusto con Alexia. —Y mirándolo directamente a los ojos, añadió—: No te niego que ella te gustara y te cayera bien, ¿cómo no hacerlo si es un encanto de chica? Pero no puedes discutirme que, al principio, para ti sólo fue un desafío. Te sentiste atraído por ser una de las pocas mujeres que se ha resistido a tus encantos, y eso hizo que ella fuera un reto. Y cuando te diste cuenta de que Martín también estaba interesado en ella, lo tomaste como una cruzada personal para quitársela y quedártela antes que él.

—Lo que estás diciendo no es cierto —se defendió, molesto, y se levantó de la silla empezando a sentirse un poco culpable por lo que estaba oyendo, por lo que le dio la espalda para no tener que mirarla a la cara.

—Lo que estoy diciendo es la verdad, y tú lo sabes. Como también sabías lo que sentían el uno por el otro, ya que era más que evidente para todo el mundo. Pero no te importó; es más, me atrevería a decir que fue un aliciente más en tu guerra personal.

—Alexia me gustaba, y mucho —insistió obstinadamente, pero empezando a sentirse incómodo con sí mismo.

—Por eso no has tardado nada en encontrar consuelo en otra mujer, ¿no? —le preguntó con ironía.

—¡Ah, claro! Si lo hago yo, es que no estoy enamorado —soltó con sarcasmo, dándose la vuelta para enfrentar a su amiga—, pero, si lo hace Martín, no pasa nada, porque él sí está verdaderamente enamorado de ella, ¿no? ¡No me hagas reír, Esther! Es increíble las distintas varas de medir que tenéis las mujeres para justificar según qué cosas, y a según quién las hace, ¡por supuesto!

—Yo no estoy justificando nada, Roberto, ni tampoco comparando cuál de los dos está más enamorado. Eso lo estás haciendo tú. Sólo intento que veas que no estás actuando correctamente. Porque, es más: en el caso de que te creyera y realmente estuvieras enamorado de ella, ¿crees que la forma en la que te estás comportando es la adecuada? Entiendo que estés dolido, aunque honestamente creo que más bien es tu orgullo el que está tocado, pero ¿realmente Alexia se merece que la trates así?

Soltando un fuerte suspiro, la actriz se dio por vencida al ver la mirada obstinada de su amigo.

—Sinceramente, yo no lo creo, y me defraudarías mucho como amigo si tú pensases distinto. Pero ya eres mayorcito para saber lo que haces.

Dicho esto, se marchó del camerino dejando al actor pensativo. Éste empezó a cuestionarse si su amiga no tenía su punto de razón y se estaba comportando como un niño caprichoso y malcriado que no era capaz de aceptar una derrota.

Al día siguiente era miércoles y sólo faltaban dos días para la boda de Verónica. Sería el viernes por la mañana, aprovechando que era festivo en México, pues así los novios tendrían después todo el fin de semana para disfrutar e irse de luna de miel. Y justo el día después, el sábado, Alexia y Martín tenían que realizar el viaje a Nueva York. Un viaje que la asistente temía y deseaba a partes iguales. Ansiaba ir porque visitar esa ciudad siempre había sido uno de sus sueños y por fin podría realizarlo, pero, por otro lado, tal y como estaban las cosas con su jefe, no era algo que le apeteciera demasiado.

—Esta noche tienes que venir a hacerte la última prueba del vestido de la boda —le recordó Mauro.

—Sí, lo sé.

—¡Vas a estar divina, cariño! —le dijo emocionado.

Pero su amigo entrecerró los ojos al percatarse de que ella no tenía la misma ilusión, pues Alexia dejó escapar un trémulo suspiro.

—¿Qué pasa, cielo? ¿Es que no te gusta el vestido?

—¡Por supuesto que sí! —le aseguró esbozando una ligera sonrisa—. ¡El vestido es increíble!

—¿Entonces?

—Es que no me apetece mucho ir, la verdad.

Mauro abrió excesivamente la boca al oír eso.

—Cualquier mujer de este país mataría por asistir a esa boda. ¡Es el evento del

año! Van a ir los personajes más conocidos e influyentes del panorama nacional mexicano. Desde artistas a políticos, pasando por importantes empresarios y gente de la alta sociedad.

—Pues yo, con mucho gusto, le cambiaría mi lugar a cualquiera —le confesó empezando a morderse el labio.

Ahora le apetecía ir menos todavía; desconocía que iba a ir gente tan importante y, si antes estaba nerviosa, en esos momentos empezaba a estar atacada.

—Sólo me hace ilusión porque es la boda de Vero; si no, te puedo asegurar que allí no me verían el pelo.

—¡Ay, amiga, tú sí que eres rara, rara, pero que muy rara!

Ella no pudo evitar reírse del comentario y de los caretos que estaba poniendo Mauro.

—¡Por fin! —exclamó el ayudante de vestuario—. Cuánto tiempo hacía que no veía una sonrisa en ese bonito rostro. —Y mirando por encima de su cabeza, le dijo —: Te tengo que dejar, que por ahí viene el ogro y no me apetece que me fulmine con la mirada —soltó mientras veía cómo Martín se acercaba a ellos.

—¡Cobarde! —susurró su amiga después de mirar por encima de su hombro para comprobar que era de su jefe de quien estaba hablando.

—A ti te paga, pero a mí no.

Le dio un rápido beso en la mejilla para escapar a toda prisa de allí.

Alexia tomó aire y esgrimió una falsa sonrisa mientras esperaba a que el actor llegara hasta ella.

—¿Te apetece tomar algo? —le preguntó cuando ya lo tuvo a su lado.

—No.

La sonrisa de su rostro se le murió al oír la contestación, y se recriminó mentalmente por enésima vez por no poder acostumbrarse a su tono seco y cortante.

—Está bien —contestó resignada.

Él suspiró con pesar al ver el desaliento en su rostro, y se pasó la mano por la cara, molesto consigo mismo por ser tan desagradable. Pero era la única manera que se le ocurría de mantenerse alejado de ella y no volver a caer en la tentación, que cada vez era más fuerte, de estrecharla entre sus brazos y besarla hasta que perdiera el sentido. Y lo que lo tenía más preocupado era que, desde hacía unos días, más concretamente desde la noche que la siguió hasta aquel edificio, Alexia estaba distinta. Estaba más callada y retraída de lo que nunca había estado. Incluso varias veces la había picado para que saltara y demostrara el genio que ella tenía, pero no lo había hecho, dándole la razón como a los locos y soportando su mal humor con una mirada tan triste que se le rompía el corazón cada vez que la veía así. Y, aunque le pareciera increíble, echaba de menos discutir con ella, pues eso hacía que su sangre corriera veloz por sus venas, demostrando que estaba vivo cada vez que se enfadaba o alteraba, exasperado por su terquedad. Lo que antes había odiado de ella, ahora lo necesitaba como el respirar. Quería verla alegre, que sonriera... o que se enfadase,

cualquier cosa que no fuera esa sumisión o docilidad que demostraba ahora y que lo estaba sacando de quicio. Y tampoco entendía qué había pasado entre ella y Roberto. Estaba claro que su relación había cambiado y, aunque había intentado sonsacarle sutilmente información al respecto, ella no soltaba prenda.

—Ya tenemos los billetes de avión para el sábado y las habitaciones están reservadas y confirmadas —lo informó.

—Perfecto.

Alexia estuvo a punto de decirle algo, pero se lo pensó mejor y en ese momento recibió una llamada, así que la atendió, dejando a Martín intrigado por lo que le iba a decir. Él se tuvo que marchar poco después, cuando lo reclamó el director para repetir una toma con la que no estaban muy contentos, por lo que no volvería a hablar con ella hasta mucho más tarde.

Ya habían terminado por ese día, cuando Martín se acercó a su empleada para llevarla a casa, mientras pensaba en si cancelar su cita con la mujer con la que había quedado para cenar esa noche. Estaba intentando acordarse del nombre de la chica en cuestión, mientras buscaba el papel de su teléfono, que se había guardado en el bolsillo del pantalón.

—¿Ya hemos acabado? —le preguntó Alexia cuando se paró al lado de ella mientras desdoblaba el papel con el número de teléfono.

—Sí, por hoy ya estamos. Y mañana sólo hay que grabar unas pocas tomas, por lo que tendremos la tarde libre.

—Genial —contestó mientras observaba como él se quedaba mirando el papel, ensimismado.

El hombre arrugó el ceño, molesto porque todavía no le venía el nombre a la mente, algo que no era de extrañar, ya que había perdido la cuenta de con cuántas mujeres había salido últimamente, y estaban empezando a parecerle todas iguales.

—Ah... pues, si no me necesitas, yo tengo que hacer algunas cosas, así que no hace falta que me lleves a casa, tomaré un taxi para desplazarme.

Martín levantó los ojos del papel para clavarlos en su cara; vio que, nerviosa, se estaba mordiendo el labio inferior.

—¿Qué cosas son ésas? —preguntó, desconcertado por su actitud.

—No es nada importante.

—Si no es nada importante, puedo acompañarte si quieres.

Estaba empezando a mosquearse, ya que su empleada intentaba inútilmente restarle importancia, algo que le hacía desconfiar mucho más.

—De verdad, no te molestes —contestó—. Seguro que tienes algo que hacer esta noche y yo me puedo arreglar perfectamente.

—No es ninguna molestia. Además, precisamente estaba buscando el teléfono de... bueno da igual —le dijo sin ser capaz de acordarse del nombre todavía—. El

caso es que tenía pensado cancelar mi cita y me encantaría acompañarte.

—De acuerdo, como tú quieras. Pero te advierto de que voy a tardar un poco y no sé a qué hora voy a terminar.

—No me importa.

Ella lo miró confundida por tanta insistencia. Se había temido que le prohibiera salir sin haberlo avisado con más antelación, pero había resultado todo lo contrario, tanto que le extrañaba ese excesivo interés por acompañarla. Así que se dirigieron al *parking* para recoger el coche, mientras le daba la dirección de su destino, lo que provocó que el actor frunciera el ceño exageradamente al reconocer el paradero al que se dirigían, que no era otro que el mismo barrio al que la había seguido en moto hacía poco más de una semana. El camino lo hicieron totalmente en silencio, un silencio tan tenso que se podía cortar con un cuchillo. Cuando por fin llegaron, Alexia sólo deseaba bajarse del vehículo lo antes posible para poder respirar con normalidad.

—Gracias por traerme —le agradeció, con la mano en el tirador de la puerta para salir escopeteada.

Martín estaba rabioso y a punto había estado más de una vez de dar la vuelta con el coche, llevarla para casa y encerrarla con llave en su habitación. Pero se había controlado; a duras penas, pero lo había hecho.

—Ha sido un placer —le contestó mientras ella salía por la puerta—. Y tarda todo lo que quieras, que yo estaré aquí esperándote para llevarte de vuelta a casa.

No se iba a ir de allí hasta que le confesara quién era su amante. Sabía que no tenía derecho a reclamarle nada, pero en ese momento su cabeza no pensaba en lo que era correcto o no. Lo único que quería era conocer a aquel tipo en persona para partirle las piernas.

Alexia se paró en seco, para a continuación asomar la cabeza por la ventanilla del vehículo y contemplar la amplia sonrisa en el rostro de su jefe, que no se extendía en absoluto a sus ojos verdes y fríos como el acero.

—No hace falta que esperes; en cuanto acabe, llamaré a un taxi para que me lleve a casa.

—Pues, a no ser que me invites a conocer a tu amigo o amiga —contestó como de pasada, haciéndole ver que no le importaba mucho y ocultando con esfuerzo el hecho de que estaba furioso—, estaré aquí esperándote a que salgas. Esta ciudad es muy peligrosa de noche y no me quedaré tranquilo pensando que te pueda pasar algo malo.

Ella suspiró irritada mientras se frotaba la frente con los dedos y, después de unos segundos, se volvió a reclinar en la ventanilla, resignada. Lo conocía lo suficiente como para saber lo tozudo que era y, si decía que se quedaría a esperarla, lo iba a hacer, quisiera ella o no.

—Está bien, si quieres puedes subir; no creo que haya ningún problema.

«¡Eso es lo que tú te crees!», pensó Martín quitando las llaves del contacto y saliendo del coche.

Estaba dispuesto a dejarle muy clarito a aquel estúpido patán lo que pensaba sobre su relación con su empleada, a pesar de lo enfadada que ella se pusiera. Correría ese riesgo, porque en ese instante no le importaba comportarse como un cromañón de las cavernas y marcar su territorio, para aclarar que esa mujer era sólo suya.

Entraron dentro del edificio y subieron al quinto piso en el ascensor; cuando llegaron al apartamento, llamaron al timbre para avisar de su llegada. Mientras esperaban, él abría y cerraba el puño de la mano derecha, impaciente por estrellarla contra la nariz de ese imbécil.

—Hola, Toni —lo saludó Alexia esbozando una débil sonrisa de disculpa por no haberlo avisado con anterioridad—. Espero que no te importe que venga con mi jefe.

Martín comprobó que el hombre que estaba parado delante de ella era el mismo a quien había visto llevarla en su coche aquella noche... y cómo éste tenía los ojos abiertos de par en par y la mandíbula a punto de desencajarsele. Y, para consternación del actor, se llevó una mano al pecho para, al instante siguiente, gritar a todo pulmón:

—¡¡¡¡Oh-Dios-mío!!!!

Capítulo 28

No supo muy bien cómo reaccionar, sobre todo cuando aquel hombre empezó a chillar como un loco.

—¡No me lo puedo creer! ¡Martín Ledesma! ¡El mismísimo Martín Ledesma en persona! ¡Aquí, en mi casa! ¡¡¡¡En mi propia casa!!!!

—Pero ¿qué pasa aquí? —preguntó Mauro, que se asomó por detrás de Toni—. ¿Qué son esos gritos?

Eso mismo se estaba preguntando el actor, que estaba totalmente perplejo. Y lo que más le intrigaba era la sonrisa divertida en la cara de Alexia; debía de parecerle muy divertida aquella situación, algo que para él no lo era en absoluto. Ahora no sabía a quién pegar primero, si a aquel ridículo hombre por ser el amante de ella, o a Mauro, por ser su cómplice en todo este asunto.

—¡Martín! —exclamó el ayudante de vestuario, asombrado de verlo allí de pie—. No esperábamos tu visita.

—Ya me imagino —escupió con los dientes apretados.

—¿Espero que no os importe que haya subido conmigo? —comentó su empleada sin dejar de sonreír, provocando que él frunciera más el ceño todavía, y que se percatara de que, en realidad, no le importaba en absoluto que la pillara en esas circunstancias con su amiguito.

—Por supuesto que no. Pero pasad, por favor, no os quedéis ahí fuera, que los vecinos que tengo son muy cotillas —contestó Mauro.

Y los invitó a entrar.

—¡Oh, cariño, todavía no puedo creerme que Martín Ledesma esté en nuestra casa! —volvió a repetir Toni mientras cerraba la puerta.

Martín se dio la vuelta, preparado para romperle los dientes a aquel individuo. ¿Cómo se atrevía a llamarla «cariño» delante de él?

—Es que Toni te admira mucho —le explicó Alexia sin darse cuenta de las intenciones de su jefe.

Se giró hacia ella echando fuego por los ojos, y ella se quedó confusa por su extraña reacción.

—Es cierto —corroboró Mauro acercándose al sujeto y besándolo en la mejilla—. Porque sé que me quiere con locura, sino me sentiría muy celoso.

Y Toni lo abrazó con cariño, agarrándolo de la cintura y dejando a Martín completamente descolocado.

«¡Pero ¿qué demonios...?!»

—Ja, ja, ja. —Toni se rió divertido—. Mauro lo dice porque he visto todos sus trabajos y me encanta cómo actúa. Usted me parece uno de los mejores actores de este país.

—Y porque no paras de repetir que tengo mucha suerte de trabajar con un hombre tan guapo —comentó el ayudante, mirándolo con suspicacia.

—¡Ay, tontito! Sabes perfectamente que sólo tú eres el hombre de mi vida y, aunque no seas tan guapo como Martín Ledesma, no te cambiaría por nadie en el mundo —le contestó de forma cariñosa y contemplándolo con mucho amor.

—Bueno, si queríais ponernos los dientes largos, ya lo habéis conseguido. Así que tenemos dos opciones: o mi jefe y yo nos vamos para que podáis estar solitos, o me pruebo el vestido, que es a lo que he venido esta noche aquí. Porque, para darme envidia, mejor me quedo en mi casa —los reprendió Alexia cariñosamente.

En ese momento el que empezó a sonreír como un verdadero tonto fue Martín, al darse cuenta por fin de cuál era la situación allí, provocando que su asistente lo observara más extrañada todavía. El alivio era tan grande que, si no fuera porque estaban en casa de Mauro y su pareja, pues por fin se había dado cuenta de que los dos hombres estaban juntos, hubiera agarrado a su empleada y la hubiese besado hasta hacerle perder la cabeza. Porque el que había estado a punto de perder la suya había sido él, por culpa de sus celos desmedidos. Y daba gracias a Dios por el hecho de que, al final, no hubiera ocurrido un desastre, porque había estado muy cerca de darse de golpes con los dos hombres a la vez.

—¡Claro! Y ahora que lo pienso, me viene genial que estés aquí —comentó Mauro dirigiéndose al actor—, porque tu traje ya está terminado también. Habíamos quedado en que te lo llevaría mañana al foro, pero, ya que estás aquí, te lo pruebas y, si te queda bien, te lo puedes llevar.

—¡Perfecto! —contestó, satisfecho con el arreglo.

—Pero qué maleducado soy. Martín, me gustaría presentarte a mi novio Toni, aunque supongo que ya te lo habrás imaginado.

—Encantado —respondió sin dejar de sonreír y extendiendo la mano para estrechársela.

—¡Qué va!, el que está encantado aquí soy yo —replicó el hombre, emocionado, devolviéndole el saludo.

Y Mauro bufó poniendo los ojos en blanco, provocando que la asistente se lo llevara casi a rastras a la habitación de costura donde tenía el vestido para probarse.

—Pase por aquí, señor Ledesma —le indicó Toni, invitándolo a sentarse en el sofá del pequeño salón de su apartamento—. Nuestra casa es humilde y no tengo mucho para ofrecerle, pero siéntese mientras esperamos a que ellos acaben.

—Gracias. Y, por favor, tutéame —le pidió, más tranquilo y relajado de lo que había estado en mucho tiempo.

—Está bien —le contestó ampliando más su sonrisa, si eso era posible—. ¿Te apetece un refresco, una cerveza, una copa de vino...?

—Una cerveza estará bien, gracias —aceptó mientras se sentaba.

—¡Genial! Ahora mismo te la traigo.

Y mientras el hombre se dirigía hacia la cocina, se le oyó murmurar: «¡Dios mío,

Martín Ledesma en mi casa! ¡No me lo puedo creer!», ocasionando que el actor sonriera y sacudiera la cabeza, divertido.

Y durante el tiempo que Mauro estuvo encerrado con Alexia y le dio los últimos retoques al vestido, se quedó con su novio charlando de un montón de cosas: desde sus trabajos interpretativos antiguos y recientes, demostrando que realmente era un fan incondicional del actor, hasta de su relación con el ayudante de vestuario, pasando por el trabajo de ambos, ya que se dedicaban al mundo de la moda, aunque en diferentes ramas, y, por supuesto, de su amistad con Alexia y evidentemente con María y Eva, a las que conocía desde hacía mucho tiempo y a quienes adoraba. El tiempo pasó volando y, aunque insistió, Mauro fue rotundo cuando se negó en redondo a dejarle ver a Alexia ataviada con su vestido de gala. Según él, quería que fuera una sorpresa para todo el mundo, incluido Martín. A pesar de que a éste no le hizo mucha gracia, tuvo que desistir cuando los tres cerraron filas sobre ese asunto.

Cuando le tocó su turno, el actor se quedó asombrado por el sorprendente trabajo realizado por el modisto. Tenía un traje en su casa de una conocida y prestigiosa marca italiana, por si el trabajo de Mauro no era lo suficientemente bueno como para llevarlo en la boda de su antigua empleada. Siempre era mejor ser previsor, por lo que pudiera pasar, sobre todo en un evento tan importante como aquél. Pero tenía que reconocer que el ayudante tenía mucho talento y era muy bueno en lo que hacía, por lo que se preguntó qué diablos hacía ese hombre perdiendo el tiempo y sus aptitudes en el trabajo que estaba realizando en la productora. Cuando se lo planteó, éste le contestó que no había tenido ni el dinero ni la oportunidad de poder demostrar su destreza, y que sus ideas y bocetos habían sido rechazados una y otra vez por no tener un nombre de prestigio o una persona con influencias que lo respaldara. También le contó el acuerdo al que había llegado con Alexia para que pudiera promocionar sus diseños e intentar darse a conocer poco a poco, algo que Martín ya sabía, pero que le hizo pensar y elaborar una idea para ayudar al que ya consideraba su amigo. Tardaron un poco más de lo esperado, ya que le costó convencer a Mauro para que le dejara pagar un más que generoso precio por el vestido que había diseñado y confeccionado para su asistente, asegurándole que era una inversión, ya que quería ser él mismo quien lo ayudara a conseguir su sueño. Sólo tenía una condición, y era prometerle que no le diría nada a ella, a lo que Mauro finalmente accedió.

Cuando se estaban despidiendo para marcharse, Martín se enteró de que Toni iría a buscar Alexia el viernes a primera hora de la mañana, para recogerla y llevarla a su apartamento, donde estarían sus amigas para ayudarla a prepararse y vestirse para la boda. Fue muy tenaz e insistente para que cambiaran los planes y fueran directamente los cuatro a casa de él, y allí ayudaran a su empleada en lo que necesitara. Y aunque la mujer terqueó cuanto pudo, incluso amenazó con no ir a la ceremonia, su jefe se mantuvo en sus trece, explicándole los motivos de por qué sería mucho más cómodo para todos que se hiciera como él decía, y recriminándole que fuera tan obstinada y caprichosa. Después de resoplar por su comentario y de darse cuenta de que sus dos

amigos se habían puesto de parte de su jefe, Alexia supo que tenía todas las de perder, sin más opción que rendirse a lo que era algo más que evidente: que Martín, con su sonrisa y encanto personal, los tenía totalmente hechizados, incluso a Mauro, quien, tan sólo unas horas antes, había renegado de él llamándolo ogro y escapando de su mal humor, y al que ahora sólo le faltaba postrarse a sus pies. Ella entendía que, cuando quería, podía ser el hombre más encantador que existía sobre la faz de la tierra, pero ese cambio de actitud por parte de Mauro resultaba casi escandaloso, así que se marchó de allí renegando de sus amigos, refunfuñando algo sobre que la habían vendido sin el más mínimo pudor.

Cuando se subieron al coche para volver a casa, las tornas para Martín habían cambiado rotundamente, sintiéndose, por primera vez en mucho tiempo, satisfecho y tranquilo, después de descubrir que sus sospechas sobre Alexia y su amante eran totalmente infundadas. Y estaba comenzando a pensar que quizá su padre tuviera razón y que, si se había equivocado en eso, también podría haberse equivocado en todo lo demás. La miró de reojo, sin poder evitar la misma sonrisa de tonto que se le había quedado desde que descubrió quién era Toni, y empezó a acariciar la idea de que quizá hubiera una esperanza; aunque fuera pequeña, era una esperanza al fin y al cabo.

Cuando llegaron a casa, lo hicieron a tiempo de cenar y, por supuesto, Miguel, quien ya tenía por costumbre acompañar todas las tardes a su nieto, aceptó la invitación de quedarse.

Alexia estaba muy sorprendida por el cambio de actitud hacia ella. Si en algún momento hubiese pensado que llevarlo a casa de Mauro y que conociera a Toni lo iba a poner de tan buen talante, lo hubiera hecho mucho tiempo atrás. Cada vez entendía menos sus repentinos cambios de humor, y empezó a pensar seriamente si no tendría doble personalidad o algo por el estilo. Aunque, para ser honesta, lo prefería mil veces así a tener que aguantar su sequedad y malos modos, aunque fuera por culpa de ella. Cuando acabaron de comer, se dirigieron al salón, como casi todas las noches que cenaban en casa, para ver la película de dibujos animados que en ese momento le apeteciera a Lucas. Pero ese día hubo dos diferencias importantes. La primera fue que Martín no salió esa noche, como venía siendo habitual en los últimos días, y el que sí se marchó fue Miguel, alegando un repentino y sospechoso dolor de cabeza. Y la segunda fue que no vieron una película de dibujos, como quería Lucas, sino que se decantaron por la primera de la saga de Indiana Jones, para sorpresa del crío, que protestó por no poder ver lo que él quería, pero que al final acabó riéndose a carcajadas con el pequeño Tapón y sus travesuras, cosa que alivió sobremanera a Alexia, ya que estaba empezando a cogerle algo de tirria al señor Disney.

Cuando el filme terminó, sorprendió a Martín observándolos embelesado, ya que Lucas, por culpa del cansancio, se había quedado dormido en el sofá cuan largo era, con la cabeza apoyada en su regazo, mientras ella, de forma inconsciente, le acariciaba el pelo con ternura. Y cuando sus miradas se encontraron, se le formó un

nudo en la garganta al ver el sentimiento de gratitud y anhelo en la mirada de él.

—Lucas te ha tomado mucho cariño —le susurró para no despertarlo.

Alexia bajó la mirada y observó con dulzura al pequeño.

—Y yo a él —le contestó después de carraspear para aclararse la garganta—. Es un encanto de criatura. Es muy bueno y dulce, y tienes que estar muy orgulloso de él.

—Sí que lo es, y te aseguro que lo estoy. Estoy muy orgulloso de mi hijo.

Como la situación se estaba volviendo muy incómoda para ella, le hizo un comentario para picarlo y que dejara de observarla de esa manera.

—Nada que ver con su padre, la verdad. Espero que no saque tu carácter, porque, si es así, ¡Dios nos coja confesados!

Martín, en vez de ofenderse por su comentario como creía que iba a hacer, soltó una carcajada que despertó al niño.

—¿Álex...?

—Dime, pitufo.

—¿Ya se ha acabado la película? —preguntó mientras se restregaba los ojos con los puños.

—¡Sí, campeón! —le contestó su padre mientras lo alzaba en brazos—. Y ya son horas de irse a dormir.

—¡Pero yo quiero terminar de ver la peli! —lloriqueó tercamente.

—Por hoy ya ha sido más que suficiente. Mañana acabaremos de verla, ¿de acuerdo? —propuso Martín.

—De acuerdo.

—Y ahora dale un beso de buenas noches a Alexia.

El niño se inclinó para besarla en la mejilla.

—Buenas noches, Álex.

—Buenas noches, pitufo, que sueñes con los angelitos —le dijo después de devolverle el beso.

Y cuando el actor se estaba marchando con el crío, éste dijo algo que lo hizo pararse de golpe.

—Papito, ¿y tú no le vas a dar el beso de buenas noches?

—Tienes razón, campeón.

Se acercó a ella, que ya se había levantado del sofá para irse a dormir también.

—Buenas noches, Álex, y espero que sueñes conmigo esta noche.

Dicho esto, le dio un breve beso en los labios, para marcharse a continuación y dejarla azorada mientras ambos, padre e hijo, subían por la escalera con una enorme sonrisa en el rostro.

Y cuando Lucas ya estaba acostado y arropado en su cama, le volvió a preguntar:

—Papi, ¿Álex y tú sois novios?

—¿Te gustaría que lo fuéramos?

El niño asintió vigorosamente.

—A mí también me gustaría, hijo, pero todavía no lo somos. Aunque, si tú me

ayudases un poquito, podríamos conseguirlo, ¿qué te parece?

—Síiii —gritó el pequeño, exultante.

—Pero ahora tenemos que dormir. Mañana ya pondremos en marcha nuestro plan de ataque; además, creo que el abuelo Miguel también estará encantado de ayudarnos —le confesó guiñándole un ojo.

—¡Padrísimo!

Y se marchó más tranquilo de la habitación del niño al contar con su beneplácito. Después de haber pasado esa noche los tres juntos, por fin sabía lo que quería, y lo que quería era exactamente eso. Quería a Alexia en su vida fuera como fuese. Y quizá su padre tuviera razón, por lo que, por esta vez, le haría caso, pero sobre todo debía escuchar a su corazón, y éste le decía que luchara por el amor de esa mujer. Así que haría todo lo que estuviera en su mano para que se enamorara de él, aunque para ello tuviera que utilizar a su propio hijo, pues se había dado cuenta de que era una debilidad para ella y que podría utilizarlo en beneficio propio. Porque, como dice el refrán, en el amor y en la guerra, todo vale. Y él amaba a Alexia con toda su alma y deseaba más que nada en este mundo que ella lo amara a él. Deseaba formar y construir una familia, juntos, pero no conseguiría nada si él mismo no peleaba por ello, aunque se muriera de miedo y el pánico lo atenazara por completo. Pero estaba decidido. Decidido a darlo todo por el todo y a seguir su instinto. El mismo instinto que le gritaba a voces que Alexia se sentía igual de atraída que él por ella. Que lo que su cuerpo le decía cada vez que la tocaba o la besaba era lo mismo que lo que él sentía; ésa era una verdad rotunda y definitiva, por mucho que ella se empeñara en negarlo. Así que, por fin y después de mucho tiempo, durmió tranquilo y de un tirón toda la noche, convencido, y esperanzado, de que su decisión era la correcta, y deseando que llegara la mañana para empezar su plan de acoso y derribo, algo que, por supuesto, estaba ansiando hacer.

Cuando Alexia, al día siguiente, apareció por el comedor para desayunar, Martín la recibió con una amplia sonrisa, algo que no pasó desapercibido ni para ella ni para Sole, que estaba sirviendo a Lucas. Parecía que se había levantado muy temprano, ya que había terminado de desayunar, y lo que más la dejó extrañada, si cabe, fue lo que le comentó a continuación:

—Vas a tener que cambiarte de ropa, Alexia, ya que ésa no es la adecuada para hoy.

La mujer observó su vestido de algodón conjuntado con una torera vaquera. Eran dos prendas muy simples y funcionales, pero que le sentaban muy bien.

—¿Por qué? —preguntó intrigada.

—Porque, si me vas a llevar en moto a trabajar, no creo que te sientas muy cómoda con esa ropa, aunque tengo que reconocer que estás preciosa.

—¿En serio? —demandó, sorprendida a la vez por la proposición y el piropo,

provocando que se ruborizara hasta las cejas.

Él se levantó de la mesa para acercarse despacio a ella con una sonrisa depredadora en el rostro, y la agarró de la mano para hacerla girar despacio, sin dejar de mirarla directamente a los ojos.

—¿Tú qué dices, Lucas? ¿No te parece que está muy hermosa?

—Sí, papito, está muy *hemorsa* —contestó el niño desplegando una sonrisa tan bribona como la de su padre.

«¡Virgen santa!»

Estaba totalmente perdida en los increíbles ojos verdes de su jefe.

—Se dice hermosa, Lucas —lo corrigió Sole al oído, con una sonrisa de oreja a oreja también.

—Eso, *hemorsa*, papá, muy *hemorsa*.

—Ves, hasta mi hijo lo piensa —le susurró Martín.

—No, yo... ah... no me refería... ah... Yo, eh... —empezó a hablar de forma aturullada.

—¿Sí?

Se tuvo que alejar de él, ya que no era capaz de hilar dos pensamientos juntos. Entre su cercanía, la mirada tan intensa y esos sexis hoyuelos que se le marcaban cuando sonreía, no podía pensar con claridad. Y tragó saliva para después tomar un poco de aire.

—Ejem... —carraspeó mortificada—. Me refería a lo de llevarte en moto.

—Por supuesto que es en serio —confirmó muy tranquilo, acercándose nueva y peligrosamente a ella, haciendo que la mujer siguiera reculando para alejarse de él.

«¡Por el amor de Dios! ¿Y ahora qué le pasa?», se preguntó todavía aturrida y sin encontrar una sola explicación razonable a su extraña actitud.

Esa mañana lo encontraba raro y con un brillo especial en la mirada que no había visto nunca antes.

—Ah... pues... entonces tienes razón y será mejor que me vaya a cambiar. ¡¡¡Ya!!!

Dicho esto, salió corriendo como alma que lleva el diablo de la estancia, y tan rápido corría que no oyó las risas cómplices de las tres personas que dejó atrás.

Cuando a los pocos minutos volvió a subir con unos vaqueros azules gastados, una camiseta de color rosa chicle y la misma torera de antes, se sentó a la mesa mirando a Martín cautelosamente, intentando adivinar si seguía con el mismo humor o si, por el contrario, éste había cambiado. Él le devolvió una mirada hambrienta, admirando apreciativamente su cambio de vestuario, mientras esbozaba una secreta sonrisa de medio lado de la que sólo él sabía el significado.

Después de desayunar, recogieron sus enseres y se dirigieron al garaje para subirse a la moto. El actor tenía varios modelos, y Alexia se decantó por la más baja, debido a sus problemas de altura. Luego salió de la casa en dirección a la productora de televisión, con un sentimiento de alborozo en su interior que hacía mucho tiempo

que no sentía, mientras rezaba con todas sus fuerzas para que ese cambio de comportamiento por parte de él se debiera a que la había perdonado por rechazarlo y decidiera seguir adelante y tratarla con más amabilidad. Aunque, minutos después, cambió de opinión cuando el hombre pegó su cuerpo al de ella, agarrándola de la cintura con suavidad. Sentía el calor que desprendía su torso unido a su espalda, mientras cientos de escalofríos la recorrían de arriba abajo. Y, cuando levantaba el brazo para indicarle la dirección que tenía que tomar, rozaba, no sabía si intencionadamente o no, sus pechos al hacerlo, algo que la estaba volviendo literalmente loca. Por lo tanto, no fue de extrañar que, cuando llegaron al *parking*, Alexia se bajase de la moto tan rápido que a punto estuvo de dejarla caer, algo que no sucedió gracias a la rápida intervención del actor, que sujetó el vehículo con destreza.

—Lo siento —dijo mientras se mordía el labio, nerviosa.

—No pasa nada.

Ahora, sin el casco, él la observó más detenidamente y pudo apreciar el rubor que le teñía las mejillas; volvió a sonreír, contento por el efecto que estaba causando en ella.

—¿Estás bien?

«¡¿Estás de broma?!»

Por supuesto que no estaba bien, no habían sufrido un accidente de tráfico de puro milagro. Ese hombre la perturbaba como ningún otro. Desde su extraño beso la noche anterior hasta ese momento, su comportamiento tenía a Alexia completamente desconcertada. No sabía qué o quién había sido el causante de su cambio de actitud, aunque estaba segura de que, aunque pasaran un millón de años, no llegaría a comprenderlo nunca.

—Sí, estoy bien, gracias.

Él asintió contento por su respuesta y se dirigieron al ascensor. Cuando la puerta se cerró, Martín se acercó despacio con una intensa mirada, como si quisiera devorarla con ella. Lentamente, sin desviar los ojos clavados en los suyos, alzó la mano para acercarla a su rostro, mientras que ella, con el corazón en un puño, deseando y temiendo por igual lo que fuera a hacer al instante siguiente, se echó hacia atrás hasta que su cuerpo topó con la pared del habitáculo. Con mucha suavidad, él sujetó su cara con la mano derecha, para después restregar el pulgar en la comisura de un ojo, para, a continuación, soplar con delicadeza, logrando que Alexia cerrara los párpados y dejara de respirar durante un instante, mientras el vello de su cuerpo se erizaba por completo. Martín la contempló durante unos segundos, luchando contra la necesidad imperiosa de besarla, hasta que, con mucha dificultad, se apartó de ella.

—Tenías una pestaña —comentó cuando la asistente abrió los ojos, señalando con el dedo su cara mientras esbozaba una sonrisa socarrona.

Ella se quería morir por el bochorno que sentía, pero, justo en ese instante, se abrieron las puertas y fue la excusa perfecta para salir a toda prisa de allí.

Las horas pasaban volando mientras Alexia respondía llamadas y hablaba con las chicas y Mauro sobre cómo se organizarían al día siguiente. Su amigo, contento pero algo celoso, le contó lo emocionado que estaba su novio por haber conocido a Martín y cuando, sorprendida, la peluquera preguntó cómo había llegado el actor a su casa, el ayudante les contó con pelos y señales la visita a su apartamento. También les explicó de forma traviesa cómo, horas después, Toni y él lo celebraron en el dormitorio por todo lo alto.

—Tienes que decirle a tu jefe que venga más a menudo por mi casa: dejó a mi cari tan a tono que el polvo que echamos fue espectacular.

—¡Mauro! —susurró escandalizada María—. ¿Cómo se te ocurre decir eso?

—No he dicho nada malo, cariño. Sólo tienes que ver cómo tengo hoy el cutis —replicó mostrándole la cara.

—¡Mira que eres bruto! —lo reprendió Eva.

—Eso es toda la envidia que os carcome.

—¡Tienes razón! —confirmó Alexia mientras soltaba una carcajada—. Pero, para la próxima, invítalo tú, que es tu casa.

—Humm... —ronroneó soñadoramente—. En lo único en lo que pienso es en cómo será el de mañana, cuando salgamos de la mansión. Mi cari estará tan caliente que no sé si nos dará tiempo de llegar a nuestra cama. Ya lo hemos hecho en el coche más de una vez, pero no en pleno día.

—¡Eres un guarro! —exclamó la peluquera—. ¡Oh, Dios, y yo me he sentado ahí! —dijo al darse cuenta después, poniendo cara de asco.

Y los tres se echaron a reír.

—Tranquila, no hace falta que te vayas a hacer el test, que no te he dejado embarazada.

—¿Quién está embarazada? —preguntó Martín, sorprendiéndolos por su repentina aparición.

Como los cuatro se quedaron callados mientras se ponían colorados como tomates maduros, el actor levantó una ceja inquisitivamente.

—Nadie —le aclaró Mauro—. Son cosas de mujeres.

—Ya —contestó de forma escueta, sin dar mayor importancia a la extraña actitud de los cuatro. Luego le dijo a su empleada—: Necesito que me ayudes un momento.

—Claro.

Alexia se fue tras él hasta su camerino. Cuando entró, les estaba esperando Esther, que repasaba el guion que tenía en sus manos.

—Oh, gracias por ayudarnos, cielo. Es que estábamos discutiendo sobre una escena en concreto y no nos ponemos de acuerdo —le explicó la actriz brevemente.

A continuación le expuso el tema de debate, que no era otra cosa que la mejor manera de expresar e interpretar una de las escenas más candentes de la telenovela. Llevaban un rato ensayándola, pero los actores tenían diferentes conceptos a la hora de coreografiar el momento de reconciliación entre los dos protagonistas de la serie.

—¿Tú qué opinas? ¿Queda mucho más sensual si Martín me acaricia suavemente la cara o si me besa el cuello por detrás, a mi espalda? —le preguntó Esther mientras escenificaba brevemente las dos situaciones.

Alexia tragó saliva. Era una situación muy incómoda para ella, porque, aunque sabía que todo era mentira, no era plato de buen gusto contemplar cómo su jefe se besaba y acariciaba con otra mujer, aunque ésa fuera su amiga Esther.

—Ejem... Pienso que eso es mejor que se lo preguntéis al director, ¿no creéis?

—Ya lo hemos hecho y nos ha dado unas pautas, pero el resto, como siempre, nos lo deja a nuestra elección —le explicó su jefe observándola detenidamente.

—Queremos una opinión imparcial sobre esto y tú eres la más adecuada.

—¿Imparcial?

«¡Y un cuerno!», pensó, pues ella era todo menos imparcial.

—Efectivamente. Tú has dicho más de una vez que no has visto muchas telenovelas, así que queremos una opinión fresca y distinta a las que hay por aquí.

—Esther, no sé si soy la persona más adecuada para opinar sobre algo así. Yo...

Alexia buscó ayuda en su jefe, pero éste seguía manteniendo esa sonrisa enigmática en el rostro, que estaba empezando a sacarla de quicio a pasos agigantados.

—Está bien, no te preocupes —le soltó su amiga, y la agarró firmemente por los hombros mientras la situaba delante de su compañero.

—Ahora, Martín, sujétala y acaríciala como a mí.

El actor se apresuró a seguir las indicaciones de la actriz con mucha presteza, mientras la asistente intentaba buscar una excusa para zafarse de ese momento tan comprometido y peliagudo que estaba viviendo, recordando aquel episodio en el que, como ahora, ensayaba con él unas escenas muy calientes y sensuales, pero esta vez a la orden de su amiga. Y, aunque expresó todas sus dudas y miedos, no tuvo ninguna posibilidad, ya que éstos fueron acallados rotundamente por los dos actores. Por tanto, se encontraba delante del hombre al que amaba profundamente con el corazón latiéndole a mil por hora, mientras, con mucha delicadeza, él le acariciaba la cara y ella se perdía en esa profunda mirada verde.

—Bien. Y ahora ponte detrás de Álex y apártale el cabello para besarla en el cuello.

—¿Así? —preguntó mientras agarraba por la cintura a su empleada, acercándola a su propio cuerpo.

Luego, con mucha suavidad, le apartó el pelo con los dedos y pasó a besarla y morderla desde la base del cuello hasta el lóbulo de su oreja, haciéndola estremecer. Martín se paró unos segundos para besar y lamer con reverencia esas dos estrellas tatuadas en la base de la nuca.

«¡Virgen santa!»

Alexia estaba empezando a sentirse un poco mareada y, después de unos segundos que se le hicieron interminables, la actriz asintió levemente.

—Sí, perfecto. Me gusta más esa postura —confirmó Esther.

Sinceramente le importaba bien poco, porque lo que ella quería era ayudarlos, darles un empujoncito. Cuando había llegado esa mañana al estudio, se había percatado del cambio de actitud de Martín con respecto a su empleada: no le importaba demostrar lo que sentía por ella mientras se la comía con la mirada sin ningún pudor delante de todo el mundo. Debido a ello, observó cómo el tormento en sus ojos y el rictus permanente de su rostro se habían disipado totalmente, y no le hizo falta que le dijera nada para saber que las cosas para él habían cambiado. Otro cantar era Alexia, que, aunque se la notaba más relajada y sin el ánimo tan decaído, todavía esquivaba y se ruborizaba intensamente con las miradas ardientes que le lanzaba el actor. Así que trazó un plan que quizá pudiera funcionar, por eso lo mandó a buscarla poniendo como excusa que no estaba muy convencida sobre la forma de ensayar esas importantes escenas. Y todo fue mucho más fácil cuando tácitamente Martín aprobó y colaboró con su idea, siguiendo con mucho interés todas sus indicaciones.

—Bien, ahora acaríciala suavemente el brazo mientras te pones delante.

El actor iba haciendo todo lo que ella le indicaba.

—Ahora mírala demostrando todo el amor que sientes por ella.

—Eso es fácil —susurró él.

Alexia se humedeció los labios inconscientemente, cosa que hizo desviar la mirada de su jefe hacia su boca. Esther no le tuvo que decir nada a su compañero para que éste la sujetara por el cuello y la acercara más a él, pegándola totalmente a su torso mientras juntaba sus labios contra los de ella para atacarlos sin piedad... y, casi al instante siguiente, acosarla y devorarla con los dientes y la lengua, en un beso tan intenso y húmedo como devastador, mientras su corazón palpitaba y su sangre rugía recorriendo su cuerpo vertiginosamente. Por un momento, ella se abandonó a ese ataque, respondiendo con la misma intensidad que él, mientras se aferraba a sus hombros, temerosa de que sus piernas flaquearan. Devolvía con el mismo ímpetu que recibía, mientras sus lenguas se unían y sus respiraciones entrecortadas eran una sola, desesperada por sentirlo de nuevo, por saborearlo, por amarlo con todo su ser... entregando su alma y su corazón en cada envite de sus lenguas, mientras su piel y todo su cuerpo se estremecía gritando de alguna manera que era suya. Pero, de pronto, oyó una risa lejana que pasaba rápidamente delante de la puerta del camerino, devolviendo a Alexia a la cordura y la realidad, y bruscamente se apartó de Martín.

—Lo siento, pero no puedo hacerlo —murmuró mientras salía huyendo del camerino, dejando al actor con las manos apoyadas en el mostrador, donde estaban algunos utensilios de maquillaje, y respirando con dificultad intentando recuperar y normalizar las pulsaciones de su corazón.

—Lo siento mucho, Martín —dijo Esther descorazonada.

Era evidente que su plan no había funcionado, y eso que había creído que era una idea increíble, pero no había contado con la actitud tan necia que estaba adoptando

Alexia. Honestamente, su amiga estaba empezando a desquiciarla por negarse a reconocer que estaba locamente enamorada de Martín, aunque fuera su maldito jefe. Pero se quedó del todo perpleja cuando observó cómo su amigo esbozaba una brillante sonrisa.

—No lo sientas, Esther, porque, gracias a ti, por fin estoy completamente seguro.

—Seguro ¿de qué? —preguntó confundida.

—De que siente algo por mí, de que no le soy del todo indiferente.

—¡Pues ya has tardado, guapo! —le reprochó su amiga poniendo los brazos en jarras—. Y, si me hubieras preguntado a mí, yo te lo hubiese confirmado hace tiempo.

Luego se abrazó a él feliz y aliviada de que, por lo menos, uno de los dos no fuera tan estúpido.

—Esa idiota que acaba de salir de aquí te ama, Martín —le dijo al oído—, y si le preguntas a todos y cada uno de los que están ahí fuera, te dirán exactamente lo mismo que yo.

Se separó un poco para mirarlo directamente a los ojos y contempló, admirada, cómo su amigo esbozaba una enorme y deslumbrante sonrisa.

—Alexia te ama, lo sé.

—Y yo a ella.

Y se volvieron a abrazar.

—Gracias —le susurró el actor.

Esther no pudo responder por el nudo de emoción que tenía en la garganta, mientras lágrimas de felicidad por su amigo surcaban su rostro.

Horas después, Alexia estaba acostada en su cama dándole vueltas a la cabeza, mortificada y sin lograr entender qué era lo que le había pasado por la cabeza para dejarse liar de aquella manera. Lo que había pasado en aquel camerino había sido, de nuevo, una equivocación. Un absurdo y flagrante error. Y se preguntó por enésima vez por qué no se había enamorado del carnicero, o del cartero, o de un hombre acorde a sus posibilidades y que no estuviera tan fuera de su alcance como Martín Ledesma. De pronto sus pensamientos fueron interrumpidos por unos golpecitos en la puerta.

—¿Sí?

—¿Podemos entrar?

—Claro, pitufo, entra.

Lucas apareció en la puerta, seguido por su abuelo.

—Hola, ¿estás haciendo algo? —le preguntó Miguel.

—Pues no, la verdad.

Porque, maldecirse un millón de veces y estrujarse el cerebro como una idiota, no contaba.

—Es que Lucas quería jugar en la piscina y veníamos a preguntarte si querías

acompañarlo.

«Piscina, igual a bikini... ¡No, ni hablar!»

—¡Me encantaría!, pero quizá sea mejor que lo acompañes tú —se disculpó torpemente.

—Ah... pero es que no he traído bañador.

—Porfis, Álex —empezó a suplicarle el niño, haciendo pucheritos.

La asistente se moría por ir a la piscina, pues siempre le había encantado el agua, pero no enseñaría sus loras por ahí y menos estando Martín cerca.

—Estoy segura de que tu papá estará encantado de jugar contigo —le sugirió intentando calmarlo, mientras éste tiraba de su mano para que se levantara de la cama.

—Papi no está.

La mujer miró a Miguel para confirmarlo.

—Eh... es cierto —afirmó con una extraña mirada—. Dijo algo... como que se tenía que marchar.

—¿A dónde? —preguntó extrañada y con un ramalazo de celos subiendo por su garganta.

—No lo sé.

—Venga, Álex. —El crío siguió tirando de ella—. Vamos a jugar a la piscina.

Alexia se lo pensó durante un segundo... pero no, no quería correr riesgos.

—Estoy segura de que, si le pides un bañador de tu hijo a Tina, ella te lo prestará.

—¡Ay, hija!, ya me gustaría a mí que los bañadores de Martín me sirvieran, pero no me entrarían ni en una pierna —contestó él acariciando su incipiente barriga.

—Porfis, porfis, porfis...

—¡Lucas, para ya! —lo riñó Alexia mientras pensaba qué hacer.

—No seas tonta y ven a divertirte un rato —insistió Miguel, intuyendo que estaba a punto de ceder, mientras su nieto seguía tirando de ella y sólo vocalizaba el «porfis».

—No sé si es una buena idea, Miguel. Yo sólo soy una empleada y no creo que sea correcto que me bañe en la piscina.

Él empezó a pensar rápidamente en una excusa plausible, pero no era muy bueno mintiendo.

—Ah...

Quería ayudar a su hijo, pero se le estaban acabando las ideas.

—Papi nos dio permiso antes de marchar, dijo que sólo podía bañarme si tú me acompañabas.

«¡Vaya con el mocoso!», pensó Miguel, pues había sido más rápido en reflejos que él.

—¿Y cuánto va a tardar en volver?

—Dijo que seguramente no vendría hasta poco antes de la cena.

El abuelo sonrió orgulloso a su nieto, porque esa vez había sido aún más veloz

inventándose la mentira.

—Está bien —se rindió por fin al ver que no había ningún problema a la vista—. Dejad que me ponga un biquini y os acompaño.

—¡Padrísimo! —gritó Lucas, loco de contento.

—Sal, muchachote; vamos a dejar que Alexia se cambie.

Poco tiempo después, llegaban los tres a la piscina climatizada.

—¡Espérame, Lucas! —le gritó mientras se quitaba el albornoz y Miguel se sentaba a una mesa a leer un libro.

El niño la esperó en la escalera mientras intentaba infructuosamente ponerse los manguitos en los brazos. Cuando la asistente comprobó que todo estaba correcto, entraron los dos en el agua. Unos minutos más tarde, Alexia oyó detrás de ella el ruido característico de cuando una persona se zambulle de golpe y, cuando se giró para ver quién era, sintió cómo alguien la estiraba de las piernas, logrando que perdiera pie por la sorpresa, y la hundía debajo del agua. Cuando salió a la superficie, tras coger aire y quitarse el pelo del rostro, se quedó boquiabierto al encontrarse a Martín delante de su cara mientras se reía, junto con Lucas, de ella.

—Pero ¿qué...? —farfulló perpleja—. ¿Tú no...? ¿Tú no te habías ido?

Él se encogió de hombros y miró a su hijo para guiñarle un ojo.

—Decidí cancelar la cita.

Ella resopló, indignada, cuando se dio cuenta de que le habían mentido, y procedió a salir de allí nadando hasta el borde, pero no llegó muy lejos, pues fue alcanzada por su jefe, que la atrapó con su brazo por debajo del pecho y la arrastró hacia él.

—¿A dónde vas? —le preguntó al oído mientras ella trataba de zafarse.

—Creo que ya no me necesitas aquí.

—Claro que te necesito, casi como el respirar —le susurró, haciéndole cosquillas y consiguiendo que su piel se erizara.

—¡Martín! —masculló furiosa.

¡Pero ¿qué diablos pretendía diciéndole esas cosas?!

Él se rió al comprobar el efecto que ejercía en ella.

—¿Tienes frío?

—¡Vete al infierno!

Y volvió a zambullirla bajo el agua.

Estuvieron jugando al gato y al ratón durante unos minutos, hasta que Alexia decidió quedarse cuando se percató de que, si salía, el actor le miraría los michelines que le sobraban. Por lo que, al final, estuvieron divirtiéndose los tres juntos mientras eran vigilados disimuladamente por Miguel, y durante ese tiempo ella se preguntó a qué demonios estaba jugando él, sin llegar a ninguna explicación aceptable.

Después de un tiempo, Lucas quiso salir del agua para ir a hacer un pipí y, aunque en un primer momento la asistente se ofreció a llevarlo, después se arrepintió al recordar que para ello tendría que salir del agua. Y antes muerta a que su jefe viera su

fofo cuerpo, así que se sintió aliviada cuando Miguel se brindó a acompañarlo, asegurando que volverían en unos minutos. Pero los minutos pasaban y ni el abuelo ni el nieto hacían acto de presencia, y Martín había dejado de nadar lánguidamente a la espera de la llegada de su hijo para acercarse a ella como un tiburón acechando a su presa... despacio, con parsimonia, como si ella fuera un bocado apetecible y él estuviera hambriento, sin dejar de mirarla fijamente ni perderla de vista ni un instante. Hasta que la fue acorralando contra el borde de la piscina, dejándola sin escapatoria posible.

—Creo que ya es hora de salir —comentó nerviosa.

Él esbozó una sonrisa bribona, mientras se le marcaban esos sexis hoyuelos.

—¿Por qué? ¿No te lo estás pasando bien? —le preguntó acercándose más.

Alexia ya tenía la espalda apoyada en la pared.

—No me apetece seguir jugando.

—Humm... —ronroneó—, pues a mí sí.

Y se acercó tanto que su rostro quedó a sólo unos pocos centímetros del de ella.

¡Dios bendito!

—Martín... —jadeó Alexia.

—¿Sí?

La respiración de la asistente empezó a ser más rápida y agitada.

—No me mires así —susurró quedamente.

—Así, ¿cómo?

«Como si quisieras comerme.»

—Como lo estás haciendo.

—¿Y cómo lo hago, Álex?

—Por favor —le suplicó sin saber muy bien por qué.

—Por favor, ¿qué?

¡Dios!, ella tenía que salir de allí fuera como fuese, porque lo que estaba sintiendo en ese momento era demasiado peligroso. ¡No era de piedra! Y él, cuando quería, podía ser devastador, y tenía miedo de no tener las fuerzas suficientes como para no poder resistirse a sus encantos. Sus piernas le temblaban, su corazón martilleaba descontrolado, la temperatura corporal le había subido de repente uno o dos grados más, y un remolino de sensaciones escalaba desde su estómago. Miró a su alrededor con pánico, buscando una salida, pero no la encontró, así que fijó de nuevo su mirada en la de él.

—Quiero hacerte una pregunta —le dijo el actor sin desviar esos felinos ojos en ningún momento.

La tenía justo donde quería, anticipándose a su cobarde retirada, nerviosa y confundida. Como ella no habló, prosiguió, fijando su mirada en esos carnosos y apetecibles labios rojos que Alexia mordisqueaba inconscientemente. La agarró suavemente de la cintura para acercarse a su oído y susurrarle quedamente, mandándole descargas eléctricas por toda la columna vertebral.

—¿Con quién vas a ir mañana a la boda?

—¡¿Qué?! —farfulló, pues en lo único en que pensaba era en esas manos tocando sus caderas, y los estremecimientos que recorrían su caliente cuerpo.

Martín se separó un poco de ella para mirarla directamente a los ojos, mientras acariciaba despacio con las yemas de los dedos el punto justo donde su espalda terminaba y empezaba la curva de su trasero.

—Sé que últimamente no he sido especialmente agradable contigo y he estado un poco seco y cortante —confesó arrepentido—, pero me gustaría empezar de nuevo, Alex. Comenzar desde cero e intentar que seamos amigos.

Por supuesto, no le quería decir todavía nada sobre sus verdaderas intenciones. Necesitaba ir un poco más despacio con ella, ya que tenía miedo de que saliese huyendo, aunque le estaba costando un esfuerzo descomunal contenerse.

—Por eso me gustaría saber... ¿con quién vas a ir mañana a la boda?

—Con... con nadie. Voy a ir sola —respondió al fin, cuando fue capaz de asimilar la pregunta.

—Quiero que vengas conmigo.

—Contigo.

—Sí. Los dos juntos.

La mente de Alexia empezó a trabajar con algo de dificultad, ya que estaba más pendiente de las caricias juguetonas que Martín le estaba haciendo debajo del agua que de sus palabras.

—Ah... —«Mañana. Los dos. Juntos. Boda»—. De acuerdo —le confirmó, ya que no veía nada malo en ello.

Trabajaban juntos, por lo que no sería ninguna sorpresa si aparecían en la boda en compañía. Él sonrió satisfecho al haber conseguido lo que quería.

—Perfecto —le dijo poniéndose serio de repente.

«¡Dios bendito!»

Le estaba costando la vida misma no abalanzarse sobre ella. Era tan hermosa y la deseaba tanto... Nunca antes había ansiado con tantas ganas a una mujer como a Alexia; en esos momentos le haría el amor en esa piscina sin importarle nada más. Estaba desesperado por ella, y la pasión y atracción que sentía eran devastadoras, algo que todavía lo dejaba sorprendido. Porque los días anteriores había estado con mujeres realmente increíbles, pero por las que había sentido sólo hastío, ya que de su cabeza no desaparecía la imagen de su empleada en ningún momento. Eso le hacía estar completamente seguro de que estaba profundamente enamorado de ella.

Cuando la asistente se percató de que la mirada del actor pasaba de divertida a altamente peligrosa, decidió que le importaba un pimiento si descubría sus michelines y sus kilos de más, lo único verdaderamente urgente era salir de allí pitando.

—Tengo que irme.

De repente, lo empujó con brusquedad y se zafó como pudo, pillando al hombre desprevenido por su huida repentina.

—¡Cobarde!

Pero Alexia ya estaba corriendo, parándose sólo a recoger el albornoz para ponérselo precipitadamente. Él no se atrevió a perseguirla, porque necesitaba algo más que unos minutos para bajar la hinchazón de su entrepierna. Y, aunque el día había sido muy instructivo, tenía que acabar cuanto antes con esa situación o, de lo contrario, iba a explotar. De eso estaba completamente seguro.

Capítulo 29

A las ocho de la mañana se presentaron, nerviosos y algo intimidados por estar rodeados de tanto lujo, Mauro y su pareja, junto a Eva y María, para ayudar a Alexia a prepararse para el enlace. Cuando Martín los encontró, estaban todos sentados alrededor de la mesa de la cocina, tomando un café con unos dulces, mientras sus compañeros de trabajo conocían a sus empleadas, Tina y Sole, con quienes hicieron migas en seguida. Lucas también estaba allí, todavía en pijama y sentado en el regazo de Alexia, mientras escuchaba hablar a los mayores, algo sorprendido por el hecho de que hubiera tanta gente desconocida. Cuando se dieron cuenta de su presencia, al principio se hizo un silencio, pero todos, a continuación, volvieron a hablar sobre los temas que les ocupaban en ese momento, provocando que el actor alzara una ceja al sentirse totalmente ignorado en su propia casa mientras abría la nevera para prepararse un zumo.

—¿Quieres que te sirva un café? —le preguntó Alexia cuando se acercó a él con una tímida sonrisa.

Se quedó impresionado por lo guapa que estaba a primera hora de la mañana, sin una gota de maquillaje en el rostro y con el pelo recogido de cualquier manera con una pinza. Tenía puesta su camiseta de dormir de Bon Jovi, debajo de una bata negra de algodón muy fina, y unas pantuflas de Hello Kitty negras y rosas. Y se le hizo la boca agua sólo de imaginarse quitándole esas prendas una por una.

—Creo que ése es un trabajo de Soledad —le susurró, con la voz ronca por el deseo.

Su empleada lo observó un instante para captar si estaba molesto, pero se dio cuenta de que no era así, por lo que se encogió de hombros desenfadadamente sin fijarse en su mirada de deseo.

—Hoy es mi día libre y no me importa hacerlo a mí.

Dicho esto, buscó una taza para verter a continuación el caliente líquido amargo y aromático, y después añadirle dos cucharadas de azúcar, como a él le gustaba.

—¿Quieres leche?

Martín negó con la cabeza y ella le ofreció la taza; mientras sus dedos se rozaron al recogerla, sus miradas no se apartaron, ajenos por completo a todo lo que no fueran ellos dos.

—Lo siento, patrón —los interrumpió la cocinera, avergonzada—. Enseguida le preparo su desayuno.

—No te preocupes, Sole, no hay ninguna prisa —le contestó sin apartar la vista de ella.

Pero el momento de intimidad había pasado y Alexia se volvió para decirles a sus amigas que ya era hora de comenzar. Así que, mientras ellas bajaban con la asistente

a su habitación, Martín les enseñó la casa a Mauro y su novio, seguido muy de cerca por Lucas, mientras Sole les preparaba el desayuno. Una hora más tarde, llegó Miguel, quien iba a quedarse a cargo del niño mientras ellos estaban en el convite, y se unió a la conversación de los tres hombres. Como las mujeres todavía no habían acabado y les faltaba un buen rato, según los últimos informes del espía de su hijo, que se turnaba en estar un rato con ellos y otro rato con ellas, el actor decidió subir a vestirse ayudado por Mauro, mientras su padre se quedaba con Toni, haciéndole compañía.

Bastante tiempo después, estaba en la entrada de su casa acompañado por su padre y el novio del diseñador, esperando a que apareciera Alexia. No sabía muy bien por qué, pero estaba nervioso, muy nervioso. Tanto que parecía que el novio era él, esperando a la novia en el altar. La espera mereció la pena, pensó cuando la vio llegar.

Primero lo hicieron sus empleadas, seguidas por Eva y María, y después apareció Lucas, pegando pequeños saltitos delante de Mauro y su asistente, la cual estaba... ¡¡¡¡impresionante!!!!

Tardó un rato en cerrar la boca de lo impactado que se había quedado, mientras su corazón se saltaba uno o dos latidos, y no pudo decir palabra, porque en lo único en lo que pensaba era en lo increíble que lucía. El vestido era espectacular y le sentaba como un guante, y el maquillaje y el peinado, elegante y desenfadado a la vez, eran... bueno, sin palabras. Estaba arrebatadora. La había imaginado más de un millón de veces desnuda, pero en ese momento no podía apartar la mirada de ella.

De pronto sintió cómo su padre posaba una mano en su hombro y, cuando giró la cabeza, observó cómo esgrimía una orgullosa sonrisa sin dejar de admirarla en ningún momento. Y Martín no pudo más que emular a su progenitor, mientras contemplaba maravillado cómo su empleada se acercaba con una vergonzosa sonrisa y muchas dudas en sus ojos.

—¿Qué te parece? —le preguntó con timidez.

¡Virgen santa! ¿Que qué le parecía? ¿Por dónde empezar?

Como no decía nada, ella empezó a morderse el labio, nerviosa.

—¿No te gusta?

De repente Martín sintió cómo alguien le daba un pequeño empujón y, aunque miró hacia atrás, nadie dijo nada, así que tomó sus manos y, con una radiante sonrisa y una ardiente mirada, le dijo:

—¡Estás espectacular, Alexia! Me has dejado sin palabras.

Y sin aliento, en el mismo momento en que ella sonrió ampliamente, satisfecha con su halago. No dejaba de asombrarse siempre que se percataba de que ella no era consciente en absoluto de lo hermosa que era, por lo menos para él.

—Parece una princesa, papi.

—Sí, Lucas, una bella princesa —estuvo de acuerdo, sin apartar la mirada en ningún momento, haciéndola ruborizar intensamente.

—Tú también estás muy guapo —murmuró cohibida por la forma en la que la contemplaba.

—Gracias.

—Y tú, papito, pareces su príncipe.

—Sólo si ella quiere —contestó, ofreciendo su brazo para que se agarrara a él.

Cuando ésta lo hizo, su pecho se hinchó cuanto pudo, mientras esbozaba una satisfecha y amplia sonrisa. Inmediatamente se oyó un coro de «¡Ooohhhh!» mayoritariamente femenino, y alguna que otra lagrimita de un Mauro emocionado.

—¡Oh, vamos!, ¡qué tontos sois! —respondió Alexia, mientras, roja como un tomate maduro, ponía los ojos en blanco.

Cuando consiguió arrancarla de las garras de las mujeres y, qué demonios, de los hombres también, que no hacían más que halagarla por lo increíblemente guapa y *sexy* que estaba, alegando que iban a llegar más tarde que la novia a la boda, se metieron en el coche para que Pedro los llevara al lugar donde se iba a celebrar el enlace. El emplazamiento era una hermosa hacienda a las afueras de la ciudad, con unos impresionantes jardines donde estaba montado el templo con el altar para la ceremonia. Todo estaba decorado con unos centros de flores naturales preciosos; las sillas, engalanadas con una tela en color blanco roto, y el pasillo, cubierto por una alfombra roja y unos postes donde estaban encendidas una velas rodeadas de diminutas flores rojas. Muy cerca de allí estaba emplazada una enorme carpa, en la que después se celebraría el convite; había mesas redondas tapizadas con unas telas en color granate y *beige*, que armonizaban muy bien entre ellas, decoradas con más centros florales.

Los invitados fueron llegando poco a poco y, aunque Alexia no estaba muy segura, juraría que al final había alrededor de seiscientas personas, por lo que fue una suerte encontrarse con Esther y su marido entre toda aquella multitud. Tanto la actriz como la asistente se quedaron sorprendidas por los vestidos de cada una, admirando el gran talento que tenía Mauro como diseñador, pues había logrado hacer esas dos obras de arte en muy poco tiempo. Comentaron también lo exquisitamente decorado que estaba todo, alabando el buen gusto de Verónica.

Martín le presentó a un montón de personas que se iban acercando a él, de las cuales Alexia olvidó sus nombres casi al instante. Sin embargo, cuando se acercaban a ellos y las mujeres elogiaban los vestidos que lucían, no perdía el tiempo en hablarles de Mauro y su increíble y portentoso talento, a lo cual también se sumaban la actriz y su jefe, para ensalzar y promocionar el trabajo del diseñador. Muchos de los presentes, mujeres y hombres, se fueron con el número de teléfono de su amigo guardado en la memoria de su móvil. En un momento dado, Alexia advirtió una extraña mirada que Esther le lanzó a su jefe, logrando que acentuara más el ceño cuando éste sólo le contestó con una triste sonrisa y una breve negación de cabeza.

—¿Ocurre algo? —le preguntó a su amiga, curiosa.

—No, nada —respondió desviando la mirada.

La observó detenidamente durante unos segundos, mientras se sentaban en las sillas que estaban ordenadas en filas detrás del altar, intrigada por su misterioso comportamiento. Tenía el insólito convencimiento de que le estaba ocultando algo y quería averiguar de qué se trataba.

—¿Estás segura?

—Sí, por supuesto. ¡Mira, por ahí viene el novio! —exclamó la actriz para esquivar la atención—. ¡Está guapísimo!

Y lo consiguió, ya que Alexia desvió la mirada hacia Raúl y luego comentó lo elegante y guapo que iba.

Minutos después apareció la novia, que estaba radiante, con un maravilloso vestido de corte sirena en blanco roto y con escote palabra de honor; llevaba también un velo, estilo pirata, y un precioso ramo de novia de rosas rojas. Todos quedaron extasiados por lo espectacular que iba Verónica, mientras a muchas mujeres, incluida Alexia, se les caía la baba por la linda pareja que hacían.

Cuando finalizó la ceremonia y pudieron acercarse a los emocionados novios, tanto ella como Martín les ofrecieron sus más sinceras felicitaciones. Es más, su jefe estuvo abrazado a su antigua empleada durante unos largos minutos; emocionado al comprobar lo feliz que era, le susurró, conmovido, que estaba muy dichoso por ella.

Tras ese emotivo momento, cada uno se dirigió hacia la mesa que le correspondía, para sentarse y disfrutar del banquete.

Cuando llegaron al lugar que tenían que ocupar, se percataron de que todos los comensales que los iban a acompañar eran amigos, entre los cuales se encontraban Esther y su marido, los productores Lucía Andrade y Julio Menéndez, con sus respectivas parejas, el actor Fernando Ríos y su novia, y, por supuesto Roberto y su acompañante, que no era otra que una emergente y jovencísima cantante que estaba muy de moda en ese momento en el panorama nacional.

—¿Puedo hablar un instante contigo? —le preguntó el actor a Alexia antes de que se sentaran a la mesa.

Martín, de pie detrás de ella, miró a su compañero entrecerrando los ojos, intentando adivinar cuáles eran sus intenciones, pero no dijo nada cuando su empleada asintió levemente para apartarse un poco y poder hablar con tranquilidad. Se había propuesto confiar plenamente en ella y no dejarse llevar por sus absurdos celos, sobre todo después de lo que casi había ocurrido entre él, Mauro y su novio.

—Antes de nada, me gustaría decirte lo impresionantemente guapa que estás.

—Gracias —le contestó ruborizándose un poco, pero sin abandonar su tono serio, ya que no sabía con qué le iba a salir ahora.

—Y después me gustaría pedirte perdón. He sido un completo imbécil contigo, Alexia, y me he portado como un auténtico cabrón.

Ella empezó a esgrimir una pequeña sonrisa, aliviada por sus palabras, pero que éste no observó al tener la vista fija en la puntera de su zapato, avergonzado por su comportamiento anterior.

—No sabes cuánto me arrepiento de todo lo que te dije aquel día. Primero, porque no te lo merecías; segundo, porque no tenía derecho, y tercero y más importante, porque no era cierto.

—Roberto...

—No, déjame acabar, por favor —la interrumpió levantando la vista para mirarla directamente a los ojos—. Lo siento mucho. Siento mucho haber sido un patán contigo y haber perdido tu amistad. Sé que no tengo derecho a pedirte esto, pero me gustaría que me perdonaras. Te echo de menos, Álex... —y puntualizó al ver que hacía un ligero gesto con la ceja—... ¡como amiga! ¡Sólo como amiga! Y si algún día me perdonaras, me harías el hombre más feliz sobre la faz de la tierra.

Se quedó totalmente sorprendido cuando ella se echó a su cuello para susurrarle al oído:

—¡Mira que eres melodramático! Llevas la actuación en la sangre, ¡idiota! —Y lo estrechó más entre sus brazos, con una reluciente sonrisa, mientras le daba un beso en la mejilla y luego añadía—: Pues claro que te perdono, ¡tonto! Yo también te he echado mucho de menos. Y no me vuelvas a dar estos disgustos, ¿vale? —lo increpó, dándole un pequeño golpe en el brazo con el puño cerrado.

Cuando Roberto se dio cuenta de la mirada asesina que le estaba lanzando Martín, se apartó de ella con reticencia, pero contento de haber logrado lo que quería.

—Gracias —dijo feliz.

—No me las des. Sólo prométeme que no volverás a hacérmelo pasar tan mal.

—¡Te lo prometo! —contestó con gran solemnidad.

Y no se resistió a darle otro beso y un fuerte abrazo, mientras reía contento por la reconciliación.

—Y, ahora, vamos a sentarnos, que mi pareja me está clavando puñales con la mirada —le mintió, para no decirle que quien lo estaba haciendo era su jefe. No tenía ganas de discutir de nuevo sobre lo que su compañero sentía por ella, y menos que creyera que estaba celoso.

La comida transcurrió con total cordialidad. Martín estuvo pendiente de Alexia en todo momento, y ella, aunque algo aturdida por las intensas miradas que le dedicaba y por las deslumbrantes sonrisas que brillaban en su rostro cada vez que le hablaba, se lo estaba pasando en grande. Durante el banquete, los novios se acercaron a la mesa para preguntar si todo estaba de su agrado y, por supuesto, no recibieron más que alabanzas de sus invitados, ya que todo estaba saliendo a pedir de boca.

Mucho rato después, por fin tenía a su asistente entre sus brazos, bailando muy juntitos una canción romántica. Casi se había tenido que enfrentar con los otros hombres para que le dejaran bailar una pieza con ella después de que se acabaran las canciones más marchosas. Y no pudo más que asombrarse otra vez por lo increíblemente guapa que se la veía, con los ojos brillantes y una enorme sonrisa en los labios, y sorprendiéndose por lo locamente enamorado que estaba de ella.

—¿Te lo estás pasando bien?

Alexia asintió quedamente con la cabeza y sus ojos se tornaron un poco más serios cuando habló.

—Hacía mucho tiempo que no me lo pasaba tan bien. Y tú, ¿te estás divirtiendo?

—Mucho... aunque la noche de la partida de cartas la disfruté de lo lindo también.

—Es verdad —le contestó, ruborizándose, algo incómoda—. El problema es que yo no me acuerdo mucho de esa noche.

—Pues yo sí —le susurró con una pícara sonrisa, mientras seguían el ritmo de la música.

Ella tragó saliva. ¡Era tan guapo que dolía sólo verlo!

—Vero está preciosa, ¿verdad? Y se la ve muy feliz; bueno, a los dos se los ve muy felices —comentó para cambiar de tema.

—Es cierto.

Y empezó a mordisquearse el labio, inquieta por la pregunta que le iba a hacer... pero tenía que hacerla o iba a explotar. Quería saber. Necesitaba saber.

—¿Te arrepientes de que te dejara? Me... me refiero... —continuó, balbuceando nerviosa—. Quiero decir... si todavía estás molesto porque ya no trabaja para ti...

Él la observó con intensidad, sin dejar de sonreír en ningún momento.

—No, en absoluto. —Y la acercó más a su cuerpo para susurrarle al oído—: Es lo mejor que me ha pasado en la vida.

Ella exhaló el aire que había mantenido dentro de sus pulmones inconscientemente con evidente alivio.

—Hola, Martín.

De repente el actor se quedó totalmente rígido al oír la voz que lo saludaba, y muy despacio se separó de su empleada, dejando de bailar, para girarse hacia la persona que le había hablado. Para el total desconcierto de Alexia, cuando su jefe se enfrentó a aquella mujer, no dijo palabra, aunque la agarró de la cintura para acercarla más a él. No oyó su voz, pero sí pudo notar cómo el músculo de su mandíbula temblaba por tener los dientes apretados, y supo sin ningún género de dudas que estaba furioso.

—¡Dios mío! ¡Cuánto tiempo hace que no nos vemos! —exclamó ella.

Como él seguía sin decir nada y sin inmutarse en ningún momento, la mujer le presentó a su acompañante.

—Te presento a Joaquín Suárez; es un importante empresario mexicano. Joaquín, te presento a Martín Ledesma, un... viejo amigo.

El actor le dio un frío apretón de manos al otro hombre, más que nada por educación, pero todavía sin abrir la boca para nada. Cuando el empresario, molesto por su actitud, masculló una excusa para irse, no fue seguido por su rubia acompañante.

—Cada vez los escoges más mayores —masculló por fin el actor—. ¿Con la esperanza de que la palmen antes y te dejen todo su dinero? —le espetó con

sarcasmo.

Ella no contestó a la pregunta y tampoco se perturbó por el desprecio de sus palabras, sino que se giró hacia Alexia para preguntarle con una leve sonrisa:

—¿No me vas a presentar a... —la contempló de arriba abajo con escaso interés y mucha condescendencia—... tu amiga?

La que sí la observó con evidente curiosidad fue Alexia, que se preguntó quién sería aquella mujer y qué relación tenía o había tenido con su jefe.

—Prefiero que no se acerque a ti, ya que todo lo que tocas lo pudres.

La asistente se quedó atónita por sus palabras, pero la mujer siguió sin alterarse, volviendo su atención hacia él con desdén.

—¿Cuánto tiempo llevas en México? —preguntó Martín enfadado.

—El suficiente.

—Ya veo. El suficiente como para clavar tus asquerosas garras en otro incauto, ¿no? ¿Cuántos años tiene? ¿Cincuenta? ¿Sesenta?

—¿Celoso? —Sonrió con suficiencia.

—¿Celoso, yo? —dijo, y echó la cabeza hacia atrás para soltar una carcajada—. No, querida, más bien diría asqueado. El pobre hombre tendría que saber la clase de mujer que eres, alguien debería avisarlo.

Ella volvió a centrar su atención en Alexia, ignorando las palabras del actor.

—Visto que Martín ha perdido toda educación, me presentaré yo. —Dicho esto, extendió una mano hacia ella—. Me llamo Vanesa Duarte y...

—¡Escúchame bien! —le escupió él, acercando su cara a la de ella peligrosamente rabioso, después de agarrar la mano de su empleada antes de que la estrechara con la de ella—. No quiero que te acerques a mí ni a nadie que me importe, ¿me has oído? Te advierto, Vanesa: no quiero volver a verte en mi vida. Tu sola presencia me enferma y me repugna, y no voy a correr el riesgo de que corrompas todo lo que amo. Así que, si sabes lo que te conviene, te mantendrás muy lejos y, cuando digo lejos, me refiero a otro país.

Luego se fue de allí, arrastrando a Alexia con él. Sólo se pararon cuando llegaron a una zona de aquel inmenso jardín, detrás de un arbusto, donde no había nadie. Y tan sólo después de unos minutos, en los que Martín inhaló y exhaló aire para intentar calmarse mientras caminaba de un lado a otro, Alexia se atrevió a preguntar.

—¿Quién era esa mujer?

—¡Nadie!

—Martín.

—¡Álex, por favor!, ¿te puedo pedir algo? —le rogó, con una agonía indescriptible en los ojos, mientras la sujetaba por los hombros.

Ella asintió con un nudo en la garganta.

—¡Olvídate de ella! No quiero hablar ni saber nada que tenga que ver con esa mujer. Para mí está muerta, ¿entiendes? ¡¡¡Muerta!!!

Cuando la asistente volvió a asentir con la cabeza, él la estrechó entre sus brazos

para apoyar la barbilla en su cabeza, dejando escapar un suspiro de alivio por tener la inmensa suerte de contar con una mujer tan increíble a su lado.

Por supuesto, minutos después se fueron de allí, no sin antes despedirse de los novios y compañeros de mesa. El humor de Martín había cambiado, y no quería permanecer en ese lugar ni un minuto más.

Alexia estaba muy emocionada, por fin había cumplido uno de sus sueños: conocer la ciudad de Nueva York. Llevaban casi toda la mañana en Central Park, después de dejar las maletas en el hotel, mientras Martín realizaba la sesión de fotos con la empresa de publicidad Desires & Lies. Desde el día anterior no habían vuelto a hablar sobre lo que había sucedido con aquella mujer en la boda; después de lo que le había pedido Martín, ella no iba a volver a tocar el tema, aunque se muriera de curiosidad.

Habían madrugado mucho para tomar el primer avión que salía de México y llegar a primera hora a la ciudad que nunca duerme y, a pesar de ello, el humor de su jefe volvía a ser como en los días anteriores, encantador. Mientras tanto, ella lo observaba todo con la máxima atención, fijándose en los más mínimos detalles para memorizarlos en su mente y llevarse un inolvidable recuerdo de ese viaje. Fue un día muy intenso y, después de un breve descanso durante el que tomaron el archiconocido perrito caliente y tras varios cambios de vestuario, siguieron trabajando, pero esta vez en la Quinta Avenida y en Times Square. Cuando terminaron, ya era avanzada la tarde, así que volvieron al hotel para cenar.

—¿Qué te ha parecido la ciudad?

—¡Increíble! —contestó Alexia, exultante.

Estaban sentados a una elegante mesa del restaurante del hotel mientras cenaban, y Martín sonrió satisfecho al ver la felicidad en su rostro.

—Es cierto que en Estados Unidos todo es más grande —prosiguió—. Y esta ciudad tiene vida propia. Es bulliciosa, vibrante, con una mezcla increíble de gente y de culturas, y te hace sentir poderosa a la vez que muy insignificante.

—Y también es peligrosa y muy sucia, y la gente, muy maleducada —añadió Martín con una media sonrisa.

—Ya sé que a ti no te gusta, y que quizá tampoco sería mi primera opción para vivir, pero tienes que reconocer que tiene algo especial.

Él estiró un brazo para rozar con sus dedos la mano de ella, mientras la miraba intensamente.

—Sí. En estos momentos, tú.

Ella retiró la mano tan deprisa como si se hubiera quemado con fuego.

—¡No hagas eso! —lo recriminó en voz baja, mortificada y sin ser capaz de mirarlo a los ojos.

—¿El qué?

—Lo sabes perfectamente.

—No tengo ni idea de lo que me hablas —contestó poniendo cara de inocente.

—Pues... que me digas esas cosas.

Y le lanzó una mirada asesina cuando el actor no pudo evitar una sonrisa pícara.

—¿Por qué, si es la verdad? ¿Acaso no puedo decir lo que pienso?

—¡Pues no! —soltó molesta—. Sobre todo cuando me hace sentir incómoda.

—Perdona si te molesta mi sinceridad, pero no voy a callarme lo que pienso porque a ti te haga sentir incómoda. Y, sobre todo, cuando es totalmente cierto que, para mí, lo más interesante en esta ciudad, sin lugar a dudas... eres tú.

—No. Lo que es totalmente cierto es que te encanta tocarme las narices. ¡Atrévete a negarlo delante de mí!

Martín soltó una carcajada, divertido por su actitud.

—Tengo que reconocer que eso también es verdad.

Negó con la cabeza varias veces por el comportamiento tan descarado que estaba teniendo últimamente, pero no pudo dejar de sonreír levemente al reconocerse a sí misma que le gustaba lo que él le decía, aunque sólo lo hiciera para molestarla.

—¿Vas a ir a la fiesta que organiza la empresa de publicidad? —le preguntó después de beber un poco del vino de su copa.

—No. La pregunta es si vamos a ir a la fiesta —la corrigió Martín—. ¿Tú quieres ir?

Alexia se encogió de hombros.

—Supongo que estarás cansado, así que a mí me da igual.

—¿Seguro que te da igual? —inquirió él, mirándola detenidamente mientras apoyaba el tenedor en su plato.

—Sí —le contestó sin mirarlo a la cara, antes de meterse un bocado de comida en la boca.

—Porque va a ser una fiesta muy exclusiva.

—Ajá.

—En el ático de uno de los mejores edificios de esta ciudad.

Él seguía examinándola con la mirada, mientras ella comía tranquilamente.

—¡Qué bien! —contestó como si no le interesara en absoluto.

—Con unas vistas magníficas.

Cuando Alexia al fin se atrevió a levantar los ojos del plato, se encontró con su jefe cruzado de brazos y una enorme sonrisa de lado a lado.

—¡Serás mentirosa! ¡Te mueres por ir! —afirmó divertido.

—¡No, eso no es verdad! —protestó.

Martín levantó una ceja con ironía.

—A ver: es cierto que me apetece ir —empezó a explicarse—, pero entiendo que estés cansado. Y, además, mañana aún nos queda ir a la estatua de la Libertad a seguir con la sesión de fotos, así que no me importa si no vamos.

—Pero el caso es que sí quiero ir.

Se echó hacia atrás en la silla y lo miró con cierta duda, intentando averiguar si lo decía en serio o sólo por darle el gusto.

—¿De verdad?

Se puso muy serio para asegurarle:

—Por ti, hago lo que sea.

—¡Eres imposible, Martín Ledesma! —soltó, y resopló incómoda cuando él le guiñó el ojo.

Así que acabaron de cenar y quedaron en que la recogería en su habitación una hora después.

Cuando él tocó a la puerta, Alexia le abrió y lo dejó pasar para terminar de arreglarse. Martín observaba divertido cómo su empleada caminaba a la pata coja intentando calzarse un zapato y, apoyado con indolencia en el marco de la puerta del baño, se preguntaba qué ropa interior llevaría debajo de ese vestido.

—¿Me puedes ayudar un momento? —le preguntó mientras le enseñaba un collar.

—Por supuesto.

Agarró la joya y, mientras se la abrochaba por detrás de la nuca, rozó levemente con sus dedos el cuello que ella tenía despejado al recogerse el pelo con una mano, provocando que Alexia sintiera un millón de escalofríos atravesarle el cuerpo, mientras sus miradas se encontraban a través del espejo de la cómoda de la habitación.

—Estás preciosa.

—Gracias.

—¿Sabes que te he echado mucho de menos?

—¿Perdón? —preguntó aturdida por su comentario y por la espiral de deseo que la consumía.

El actor se inclinó un poco y besó ligeramente el hueco entre el cuello y el hombro de su empleada.

—He echado de menos compartir la cama contigo —le confesó mientras le acababa de subir la cremallera del vestido.

Su respiración comenzó a agitarse conforme él iba bajando el tono de su voz, convirtiéndose casi en un susurro, mientras su corazón empezaba a latir descontrolado.

—Por favor —le suplicó con los ojos cerrados mientras él le acariciaba los brazos hasta agarrarle las manos.

—Por favor, ¿qué?

—Por favor... no me hagas esto.

—Está bien —le susurró al oído.

Y se apartó de ella, dejándola sola y con una sensación agobiante de desamparo. De repente, Alexia sintió un frío demoledor por todo el cuerpo y, cuando abrió los ojos, vio en los de él la misma agonía que ella sufría.

—Será mejor que nos demos prisa, pues la limusina lleva un rato esperándonos en

la entrada del hotel —le comentó él tranquilamente, como si lo que acababa de pasar no hubiera sucedido.

Intentaba dominar sus impulsos, ya que, si se dejaba llevar, Martín sabía que no podría controlarse, y Alexia estaba a punto. Lo sabía. Lo percibía. Presentía que faltaba muy poco para que ella también se dejase llevar por lo que verdaderamente sentía.

Ella asintió despacio, avergonzada por desear en su fuero interno que él no hubiese parado.

Cuando llegaron a la fiesta, ésta estaba abarrotada de gente. Gente a la que la mayoría, ni tan siquiera Martín, conocía, pero tampoco le importó, porque estaba más pendiente de ella que de ninguno de los presentes. Saludaron a algunos directivos de la empresa de publicidad, al fotógrafo que había estado todo el día con ellos y a su ayudante. Y, por último, no le quedó más remedio que atender a algunos medios de comunicación que estaban cubriendo el evento.

Mientras esto sucedía, Alexia lo observaba detenidamente unos pasos más atrás, bebiendo a pequeños sorbos una copa de champán que le había ofrecido uno de los camareros que pululaban por el lugar. Hasta que, de repente, oyó una voz que creyó que no volvería a escuchar nunca más en su vida. Por lo menos, no allí. No tan lejos de su casa.

—¿Alexia? ¿Eres tú?

Se quedó petrificada, mientras el color de su cara la abandonaba, quedando blanca como la cera.

Capítulo 30

Tardó unos segundos en volverse para encontrarse cara a cara con él, con el mismísimo Jorge Cáceres. Su exjefe y su exnovio.

—¡Vaya, pues sí que eres tú! Estás cambiada. Muy cambiada —le dijo admirándola de arriba abajo apreciativamente—. Por un momento me costó creer que fueras la misma persona.

Alexia no fue capaz de articular palabra, todavía atónita por encontrarse con él allí, en pleno Nueva York.

—Si hubieras lucido así hace unos meses, quizá las cosas hubieran sido de otra manera —murmuró él sin dar crédito al cambio experimentado por su exempleada.

El empresario la observó detenidamente con una sonrisa socarrona que la hizo estremecerse de repulsión.

Martín observaba con curiosidad al tipo que estaba hablando con ella, mientras seguía contestando las preguntas de los periodistas. Pero frunció el ceño cuando vio cómo Alexia extendía el brazo y daba un paso atrás, intentando, con el gesto, parar el avance del hombre hacia ella.

—¿Qué estás haciendo aquí? —le preguntó por fin con mucha frialdad.

—¿No me vas a saludar como es debido?

Como ella no le contestó ni tampoco hizo el amago de darle los consabidos besos en la mejilla, se encogió de hombros ignorando su falsa indiferencia.

—Un viaje de negocios. Ya sabes que mi padre siempre ha querido explotar el mercado norteamericano, y por supuesto confía plenamente en mí para ese encargo —le explicó, jactándose como siempre—. Soy la única persona cualificada para este cometido. No puedo permitir que ningún pelagatos cometa ninguna torpeza, ya que es un negocio muy importante. Y, bueno... como me consideran VIP, me han invitado a esta fiesta, por supuesto.

—Por supuesto.

Alexia entrecerró los ojos mientras se preguntaba qué demonios había visto en ese hombre para enamorarse de él. Era un estúpido esnob engreído, demasiado satisfecho de sí mismo, que no miraba más allá de sus narices. Pudo sacarlo de su error allí mismo, contándole la cantidad de veces que lo había salvado de algún que otro fallo garrafal, pero decidió callarse, ya que sería como hablarle a la pared. Además de que nunca lo admitiría: las culpas siempre eran de los demás, nunca suyas. Jorge Cáceres jamás se equivocaba.

—¿Estás sola?

—No —contestó, elevando el mentón desafiante para intentar ocultar la inquietud que estaba empezando a embargarla—. Es más, tengo que irme.

—¡Espera! —le dijo agarrándola por la muñeca con fuerza.

—¡Suéltame! —masculló, furiosa.

—Vuelve conmigo, Lexi. Deja lo que estés haciendo aquí y vente conmigo a casa.

—¡Te he dicho que me sueltes! —le escupió, mientras retorció su muñeca disimuladamente, ya que le estaba haciendo daño—. Y no vuelvas a llamarme Lexi. ¡Odio que me llames así!

—Tu mesa todavía está sin ocupar... —la informó, ignorando por completo lo que acababa de decirle y sin soltarla en ningún momento—, esperando que entres en razón y vuelvas de nuevo. Sabes que no puedes vivir sin mí y estás deseando regresar a mis brazos, pero tu estúpido orgullo no te permite hacerlo.

—Creo que te lo dejé muy claro la última vez que hablamos, Jorge. No volvería a trabajar para ti nunca y mucho menos a estar contigo otra vez, aunque fueras el último hombre sobre la faz de la tierra —le espetó iracunda mientras trataba de soltarse ayudándose con la otra mano.

—Pues estás muy equivocada si crees que me voy a arrastrar para pedirte que vuelvas a mi cama. Mujeres como tú las hay a patadas y están loquitas por mí, peleándose por estar donde tú no quieres, ansiosas de que me meta dentro de sus bragas. No te creas tan especial, Lexi: para mí no eres nadie.

—¿Crees que no lo sé? —musitó intentando con todas sus fuerzas zafarse de su agarre sin llamar la atención—. Así que, por favor, te ruego que te vayas con todas esas mujeres que se pelean por estar contigo y, a mí, ¡déjame en paz!

—Alexia, ¿va todo bien? —le preguntó Martín muy tranquilo.

Aunque ella supo que era todo apariencia en cuanto observó esos fríos ojos verdes, y el músculo de su mandíbula contraerse repetidas veces por estar apretando muy fuerte los dientes. Luego bajó esa mirada letal hacia sus manos, algo que hizo que Jorge la soltara por fin.

—Ah... sí, sí, claro —mintió, mientras se frotaba la muñeca para que volviera a correr sangre por ella, pues le presión le había cortado la circulación.

Los dos hombres se miraron fijamente mientras se medían el uno al otro. Debido a ello, Alexia buscaba frenéticamente una excusa para irse de allí lo antes posible, pero su jefe posó de forma posesiva la mano en su cintura mientras la acercaba a él, un detalle que no le pasó desapercibido a Jorge, que torció la boca en lo que pretendía ser una sonrisa irónica.

—¿No me vas a presentar a tu... acompañante, Lexi?

Ella se quería morir. ¿Qué probabilidades había de que se pudiesen encontrar ella y su exnovio en Nueva York? Estaba segura que era una entre millones, pero justo tenía que sucederle a ella. Y, que encima estuviese Martín presente en ese funesto acontecimiento, era tener muy mala suerte. Una suerte pésima. Por tanto, estaba muy nerviosa y preocupada, tanto que sintió dolor al morderse con tanta fuerza el labio inferior.

—¿Alexia? —preguntó el actor, intrigado por su silencio, esperando todavía esa presentación que aún no se había producido, y sintiendo el mismo interés que el otro

hombre que tenía enfrente.

«¡Dios, ¿qué hago?! ¡¿Qué hago?!»

—Te presento a Jorge Cáceres —dijo al fin—. El señor Cáceres es mi antiguo jefe, trabajaba para él como su secretaria en España.

Él no dijo nada, ni tan siquiera pestañeó, todavía con la mirada clavada en la del empresario y con su mano firmemente apoyada en su cintura, marcando territorio como buen macho alfa. Sólo le faltaba levantar la pata.

—Y él es Martín Ledesma —continuó nerviosa por lo que iba a hacer—. Es un importantísimo actor mexicano y... es... es mi novio.

El empresario español abrió mucho los ojos reflejando su sorpresa, y Martín giró la cabeza hacia ella alzando una ceja y expresando con su mirada la pregunta que no se atrevía a plantear en voz alta. Ella le apretó la mano que tenía apoyada en su cintura, rezando para que le siguiera el juego y no la dejara en ridículo destapando la mentira que acababa de soltar. Así que él, al ver la desesperación en su semblante, decidió que le seguiría la corriente, hasta saber qué diablos ocurría allí.

—¿Tu novio? —preguntó Jorge con un evidente gesto de incredulidad.

Ella asintió levemente, sin apartar la mirada de la de su jefe.

—Eso no es cierto —contestó el actor.

Y observó cómo agachaba la cabeza totalmente abatida, por lo que se giró esbozando una brillante sonrisa dirigida al empresario.

—Es tan reciente que entiendo que todavía le cueste asumirlo, pero hoy le he pedido que se case conmigo y ha aceptado, así que no somos novios, sino prometidos.

Alexia levantó la cabeza de golpe mientras arrugaba el ceño, desconcertada por la flagrante mentira que estaba contando, y sobre todo por el hecho de que le estuviera siguiendo la corriente.

—¿No es cierto, mi amor? —le preguntó, mientras la rodeaba con ambos brazos y le daba un beso en los labios, pegándola más a su cuerpo.

Martín había pensado que, si iba a seguirle el juego, lo haría a su manera... y por supuesto intentaría sacar provecho de ello.

—Ah... sí, tienes razón. Ha sido todo tan inesperado que todavía estoy en *shock*.

Y era tan cierto como la mirada de deseo que estaba viendo reflejada en los ojos de él, mientras sus hoyuelos marcaban esa seductora sonrisa dirigida únicamente a ella, consiguiendo que le robara la respiración, totalmente embelesada como estaba en esos momentos.

—¡Vaya, pues sí que te has dado prisa! —comentó Jorge con reproche.

—¿Perdón? ¿A qué se refiere exactamente? —le preguntó el actor volviendo la cabeza hacia él.

Ella carraspeó para llamar su atención de nuevo.

—Cariño, ¿te importa si salimos un momento a la terraza? Necesito tomar un poco el aire.

Cuando Martín iba a responderle, vio aparecer a una mujer que se daba aire enérgicamente con un abanico.

—¡Oh, ratoncito! —exclamó acercándose amenazante al empresario—. ¡Qué fuerte, qué fuerte, qué fuerte! Vas a tener que llamarle la atención al muchacho de los canapés, porque, cuando venía de los aseos para aquí, lo llamé varias veces y me ignoró por completo. O sea, el servicio en Estados Unidos es horrible. —Y abanicándose acaloradamente, terminó diciendo—: Son todos unos impresentables y unos maleducados.

Tanto el actor como la asistente, todavía abrazados, se habían quedado sorprendidos por la aparición, pero sobre todo por la actitud displicente de la mujer. Era bajita y muy entrada en carnes, tanto que los dos se imaginaron por qué el camarero echó a correr cuando la vio acercarse a él. Seguramente tenía miedo de que no dejara nada para los demás invitados, sin contar con lo desagradable que era su actitud y su tono de voz, tan agudo que lograba que los tímpanos chirriasen.

—¡No te quedes callado, idiota! O sea, vete ahora mismo al encargado y llámale la atención. No consiento que nadie me trate de esa forma, ¿me explico? —le ordenó mientras lo atizaba con el abanico—. ¡O sea, tratarme a mí así! ¡Por Dios! ¿Con quién se creen que están hablando?

Como el empresario no se atrevió a abrir la boca, la mujer resopló escandalosamente, molesta por su actitud tan pusilánime, desviando la atención de él y posándola en la pareja. Bueno, más bien en Martín.

—¡Oh, Dios mío! —chilló nerviosa llevándose las manos al pecho—. ¡Qué fuerte, qué fuerte, qué fuerte!

Consiguió que todos los que estaban a su alrededor hicieran un gesto de dolor, compadeciéndose de sus pobres oídos por culpa de su voz chillona.

—¡Usted es Martín Ledesma! ¡El actor!

—Creo que esto ya lo he vivido antes —susurró Martín, mientras posaba un ligero beso en la frente de Alexia, y le guiñó un ojo divertido por la situación, recordando la reacción que había tenido Toni cuando lo había visto parado delante de la puerta de su apartamento. Aunque estaba seguro de que ese momento nada tenía que ver con el que estaban viviendo ahora.

—¡Soy una gran admiradora suya! —exclamó ella con esa voz tan desagradable—. O sea, mis amigas y yo hemos visto todas sus telenovelas. Y me encantan, ¿me explico? O sea, ¡eres lo más! Cuando se lo cuente... o sea, se van a morir de la envidia.

Martín observaba a la mujer un poco abotargado por tanto aspaviento y «o seas» seguidos.

—Pero ratoncito, ¿no me habías dicho que conocías a Martín Ledesma? —lo recriminó, atizándole nuevamente con el abanico—. O sea, ¡eres lo peor, ¿me explico?! Con lo que yo adoro a este portento de hombre... —le dijo mientras lo admiraba sin ningún pudor, abriendo de un golpe el abanico para refrescarse de los

pensamientos que estaban surgiendo en su mente—. O sea, no te lo pienso perdonar en la vida, ¿sabes? ¿Cómo te explico?, ¡ni en un millón de años!

—No sabía que lo admirabas tanto, ratoncita, sobre todo cuando no tengo ni idea de quién es —intentó defenderse el empresario, abriendo por fin la boca.

Eso dejó a Alexia todavía más desconcertada de lo que ya estaba, e intentando disimular una sonrisa que pugnaba por salir. Nunca había visto a Jorge actuar como lo estaba haciendo ahora; «como un auténtico ratoncito», pensó divertida, dejándose amedrentar por esa odiosa mujer. Su exnovio se consideraba un tiburón en los negocios y podía llegar a ser muy tirano con sus trabajadores, exigiendo y atemorizando con despidos y bajadas de sueldo cuando las cosas no se hacían a su manera. Ella lo sabía de primera mano, pero... en ese momento, quien estaba intimidado era él. Y lo que para Alexia antes había sido fuerza de carácter, ahora le parecía absoluta cobardía por tratar de imponerse a base de amenazas y chantajes, sobre todo porque quienes más lo habían sufrido habían sido las componentes del género femenino de la empresa. Cuando lo había intentado con un hombre y éste se había revelado, el empresario había reculado, pero siempre dándole la vuelta a la tortilla para quedar a su favor.

A ella se le cayó del todo la venda que tenía tapándole los ojos. De repente empezó a ver de forma cristalina todos los defectos que poseía, porque ahora podía comparar, y era obvio quién salía perdiendo. Jorge no tenía nada que hacer contra Martín.

—¿Cómo que no lo conoces...?

—A la que conoce es a mí, señorita Delgado —le explicó antes de que ella le atizara nuevamente con el abanico, mientras la mujer la miraba por primera vez totalmente desconcertada.

Alexia no pudo evitar hacer una breve mueca por la ironía del apellido, y no entendía cómo ese complemento no estaba roto a esas alturas, después de ver cómo lo esgrimía de forma amenazadora y lo usaba contra el empresario repetida veces.

—Mi nombre es Alexia Montero y antes era la secretaria del... señor Cáceres. Y, si me permite, le presento a mi... —lo miró a los ojos, deseando que lo que estaba a punto de decir fuera verdad—... prometido, Martín Ledesma. Martín, esta mujer es Carmen Delgado, la prometida del señor Cáceres.

Y el actor aprovechó ese momento para volver a besarla y dejar muy clarito a quién pertenecía esa increíble mujer. Y tras lo que para él fueron unos escasos segundos que disfrutó enormemente, se volvió hacia la prometida del empresario con una radiante sonrisa.

—Es un placer —contestó con amabilidad.

Y observó divertido cómo el tal Jorge expresaba una mueca de malestar por el breve pero apasionado beso que le había dado a su empleada, mientras la espantosa mujer se quedaba pasmada, sin quitarle ojo por primera vez a Alexia, preguntándose qué era lo que veía en ella. Y ésta, bueno... todavía se estaba recuperando.

—¡Vaya! —murmuró Carmen boquiabierta y envidiando con toda su alma la suerte de esa maldita piojosa de tres al cuarto.

No sabía qué decir, algo que no le pasaba muy a menudo, sobre todo porque estaba celosa de que un hombre de la talla de Martín pudiese estar con una tipeja tan insignificante como una simple secretaria.

«¡Por favor! ¿A dónde vamos a ir a parar?», pensó la insufrible mujer.

—Bueno, querida, tengo que informarte de que ya no somos prometidos. O sea, mi ratoncito y yo nos hemos casado y estamos en nuestra luna de miel —le explicó mientras apretaba los carrillos de Jorge con los dedos.

La vida era así de sorprendente. Alexia tenía la gran suerte de tener a su lado a Martín, y Jorge tenía la grandísima suerte de tenerla a ella.

Y punto pelota.

—¡Oh!, pues debí de entender mal al señor Cáceres... creí que me había dicho que estaba en la ciudad por un viaje de negocios.

—Estoy seguro de que se ha equivocado, señorita Montero, porque le dije claramente que estaba de luna de miel —mintió con descaro, pero sin evitar ruborizarse al ser pillado en tamaña mentira.

Alexia entrecerró los ojos, tentada de llamarlo embustero delante de todo el mundo, pero decidió callarse, ya que tenía mucha más clase que él.

—Qué casualidad, ¿no? Ustedes celebran su matrimonio, y nosotros, nuestro compromiso, ¿verdad, cielo? —comentó el actor, antes de volver a besar a su asistente, pero esta vez en la mejilla.

Luego, mirando fijamente a Jorge, que le estaba lanzando dardos envenenados con los ojos, apostilló:

—Y lo más increíble es que nos hayamos encontrado en esta romántica ciudad. Álex siempre quiso conocer Nueva York y pensé que sería el momento ideal para sellar nuestro amor. Quiero pasar el resto de mi vida a su lado y no se me ocurrió mejor idea que proponerle matrimonio dando un paseo por la orilla del río Hudson. —Y volviéndose hacia ella y estrechándola en sus brazos, comentó—: Álex, siempre ha sido muy sentimental. Todavía recuerdo aquella conversación en la que me dijiste que Nueva York te parecía la ciudad más romántica del mundo.

Tras unos segundos, mirándola fijamente a los ojos, le confesó algo que llevaba mucho tiempo deseando declarar.

—Por tanto, qué mejor lugar que éste para decirte lo mucho que te amo. Te amo, Alexia, y estoy locamente enamorado de ti.

Ella tragó saliva mientras se perdía en la inmensidad de esos hipnóticos ojos verdes. Había tanta intensidad, tanta verdad en ellos, que deseaba con toda su alma que lo que estaba diciendo fuera cierto, mientras su corazón martilleaba tan fuerte que parecía que se le iba a salir por la boca... Pero se dio de bruces con la realidad. Sabía que estaba actuando, y lo estaba haciendo muy bien, por cierto: durante un segundo se lo creyó por completo.

—Martín, no creo que éste sea el lugar...

—Tienes razón, lo que pasa es que estoy tan enamorado que no puedo ocultarlo —la interrumpió mientras le enmarcaba el rostro con las manos—. Me vuelves loco y no soy capaz de pensar racionalmente cuando te tengo cerca.

A continuación, volvió a besarla, devorando esta vez su boca con toda intención. Sabía que estaban dando todo un espectáculo, pero, honestamente, le importaba una mierda. Lo único que quería era demostrarle lo mucho que la amaba y, si en esos momentos no podía decírselo con palabras, lo haría con sus actos delante de todo el mundo, dejando meridianamente claro que ella era suya y sólo suya. Soltó una mano de su rostro para estrecharla más contra él, apoyándola en la base de su espalda, mientras lamía y mordisqueaba esos jugosos y apetecibles labios, que también consideraba suyos y sólo suyos.

Y Alexia rodeó sus hombros con ambos brazos, mientras enterraba sus manos en su pelo y apoyaba su débil cuerpo en él. El actor no entendía muy bien por qué, pero tenía la imperiosa necesidad de demostrar que ella le pertenecía, sobre todo delante de ese mamarracho de Jorge. No sabía qué era lo que le había hecho mentir; era algo totalmente impropio en ella y que supuso que averiguaría más tarde, pero fue justo eso lo que le instó a ayudarla con toda esa pantomima... aparte de ser la excusa perfecta para tenerla entre sus brazos, cosa que a él le encantaba. Por eso estaba aprovechando cada minuto, cada segundo, cada instante, para beber de ella, para tocarla, acariciarla, saborearla, sentirla, aunque fuera delante de decenas de personas. No le importaba. Lo único que le importaba era ella. Su Alexia. Su alma. Su corazón. Su vida.

Después de lo que le pareció un suspiro y una eternidad a la vez, la asistente oyó un fuerte carraspeo seguido por un «¡O sea, qué fuerte, qué fuerte!» que hizo detener ese tórrido beso, consiguiendo que se ruborizara con intensidad al darse cuenta del escándalo que estaban proporcionando.

«¡Dios mío!, ¿cómo he podido dejar que esto se me vaya tanto de las manos?»

—Lo siento —se disculpó, obviamente abochornada.

Vio la cara desencajada de Jorge, que la miraba con evidente odio, y la expresión de absoluta envidia de su mujer, mientras que Martín esbozaba una *sexy* y satisfecha sonrisa.

—Necesito urgentemente tomar el aire —añadió.

—No me extraña, bonita —soltó Carmen, resentida por no ser ella a la que hubieran besado de esa manera.

Y se marchó casi corriendo hacia el ventanal que tenía salida a la terraza.

—Si me disculpan —se excusó Martín, y también se alejó de ellos mientras seguía a Alexia, sin dejar de sonreír en ningún momento, complacido por la pérdida de voluntad que había sufrido ella.

Aunque no lo admitiera, era más que evidente que tampoco era capaz de resistirse a ese sentimiento tan fuerte que había entre los dos.

Cuando el actor cerró la puerta de cristal tras de sí, se acercó mientras ella se agarraba fuertemente con ambas manos al muro de la azotea, con la mirada perdida en las impresionantes vistas del *skyline* de Nueva York, mordisqueándose preocupada el labio inferior.

—¿Cómo has podido hacerme esto? —lo increpó cuando se giró al darse cuenta de que era él.

—¿Y qué es lo que he hecho? —preguntó mientras se quitaba la chaqueta.

—Lo sabes perfectamente.

—Ponte esto o te vas a congelar.

Aunque estaban al lado de una enorme estufa exterior, hacía mucho frío en esa época del año, y tenía miedo de que se enfermara al ir vestida sólo con un encantador vestido.

—No me cambies de conversación, Martín Ledesma —lo reprendió furiosa mientras se ponía la prenda y se arrebujaba en ella, impregnada del calor y del olor de él—. Lo que has hecho no tiene nombre: no me he sentido más avergonzada en mi vida... —siguió amonestándolo.

Mientras ella lo sermoneaba, el actor la acercó suavemente e, introduciendo las manos por debajo de la chaqueta, la agarró por la cintura para apretarla más contra su cuerpo, mientras la miraba fijamente con un extraño brillo en los ojos.

—¿Qué haces? —medio chilló apoyando los antebrazos en su pecho, intentando alejarse de él.

—Chist... Nos están observando, así que disimula un poco.

Cuando ella miró hacia dentro, comprobó que efectivamente tenía razón. Jorge y su mujer no perdían ripia de lo que estaban haciendo ellos allí fuera, como varios desconocidos más, que murmuraban mientras los espiaban. Así que se lo pensó un poco mejor y colocó sus brazos, protegidos por las mangas, alrededor del cuello de su jefe.

—De todas formas, sigo enfadada contigo —masculló mientras intentaba disimular que todo estaba bien entre ambos—. Besarme de esa forma delante de todos no ha estado bien. Ha sido del todo inapropiado.

—No te besé, nos besamos mutuamente —puntualizó, dedicándole una seductora sonrisa—. Creo recordar que tú también estabas ahí... y me respondiste con la misma pasión que yo te dediqué, a mi modo de entender.

Alexia se volvió a ruborizar hasta las cejas.

—Yo no diría tanto —contestó molesta consigo misma, pues sabía que él tenía razón.

—Oh, sí, claro que sí —rebatía con énfasis, mientras asentía con la cabeza—. Además, ¿qué más te da lo que piense tu antiguo jefe? —le preguntó con suspicacia—. Porque... no te preocupa, ¿no?

—¡Claro que no! Lo que ese hombre piense o deje de pensar, me importa un pimiento —aseguró para luego volver a morderse el labio, inquieta.

—Entonces ¿cuál es el problema?, ¿no era acaso lo que querías? Porque también te recuerdo que toda esta farsa la empezaste tú cuando me presentaste como tu novio.

—Lo sé —susurró, molesta porque sabía que tenía razón de nuevo; no estaba acostumbrada a ello, normalmente era al revés—. De todas formas, necesito hablar contigo sobre eso. Te mereces una explicación.

Martín volvió a sonreír y le plantó un beso, que hizo que ella se echara hacia atrás hasta tocar el muro de la azotea con la espalda.

—Humm, tranquila —murmuró contra sus labios—. Sólo es para que no sospechen que estamos discutiendo.

—No estamos discutiendo.

—Tienes razón, ¿cómo lo llamas tú? ¡Ah, sí!, intercambio de opiniones.

Y volvió a besarla, contento de tenerla a su lado. Cualquier otra mujer hubiera intentado escurrir el bulto, sobre todo después de su extraño comportamiento anterior con el tal Jorge. Pero Alexia no. Ella era demasiado honesta como para ocultarle nada y le ofrecía una explicación sin que él se la hubiera pedido. Estaba completamente seguro de que tenía una muy buena razón para haber mentido antes, y le estaba pasando algo que nunca antes le había sucedido con nadie: empezaba a tener plena confianza en ella. Y otra losa más cayó de su pecho, aliviando el peso que tanto lo había comprimido durante todos esos años.

Después de unos gloriosos segundos, ella volvió a separarse de su boca, provocando que Martín gimiese por tal abandono.

—Nos estamos desviando del tema.

—Ajá.

Él intentó atrapar de nuevo esos labios, pero sin resultado.

—Por favor, Martín, necesito explicártelo.

—De acuerdo —suspiró.

Alexia tragó saliva y se armó de valor para contarle algo que todavía le dolía.

—Antes de nada, quería decirte que Jorge Cáceres no es sólo mi exjefe... también es mi exnovio.

Analizó detenidamente el semblante del actor, pero lo único que vio fue un gesto casi imperceptible con una ceja.

—Fue un error garrafal que cometí y del cual me arrepiento todos los días. — Como él seguía sin decir nada, comenzó a contarle su historia—: Jorge es el hijo del dueño de una de las empresas más importantes de mi ciudad, en la cual empecé a trabajar poco después de acabar mis estudios; lo hice desde abajo, como una simple ayudante, y fui ascendiendo hasta llegar a ser secretaria y, por último, secretaria de dirección. La compañía se dedica a la importación y exportación de pescados y mariscos congelados, y da suministro a todo el territorio nacional y a varios países europeos. Cuando el dueño, el señor Benjamín Cáceres, decidió abrir una filial en Madrid, dejó a cargo a su hijo en Vigo, pasando yo a ser su secretaria personal. Antes de ese momento, había visto a Jorge muchas veces en la empresa, pero nunca había

pasado de un saludo educado hasta que... bueno, hasta que él empezó a prestarme atención.

Alexia no sabía muy bien cómo interpretar el silencio de Martín, pero, como éste seguía sin decir ni expresar nada y ella había insistido en contárselo, no le quedó más remedio que continuar.

—Comenzó con pequeños detalles: alguna que otra sonrisa, ciertas miradas... que me hicieron sospechar que estaba interesado en mí. Y, aunque yo al principio me negué en redondo a mantener una relación con él... al final caí como una idiota.

Cuando confesó eso, desvió la mirada hacia un botón de la camisa de su jefe, avergonzada y temerosa de lo que él pudiese estar pensando de ella. Así que bajó las manos, deslizándolas suavemente por su pecho, para luego ponerse a jugar, nerviosa, con la esfera nacarada.

—Mantuve una relación a escondidas que duró casi año y medio. Al principio me decía que era para que los compañeros no se enterasen y evitar las habladurías; después, porque no quería que pensaran que tenía favoritismos conmigo; más tarde, porque quería buscar el momento ideal para hablar personalmente con su padre antes de hacer nada oficial... En fin, fueron largas tras largas durante muchos meses, pero la imbécil fui yo por creérmelas todas y cada una de ellas y no sospechar nada. Tan ciega estaba, que incluso le llegué a permitir que me dijera con quién podía hacer una amistad y con quién no. Le dejaba escoger a dónde íbamos o cómo me vestía... no me di cuenta de lo posesivo, manipulador y controlador que era, por lo menos conmigo.

En ese punto, chistó con la lengua, haciendo un gesto sarcástico.

—Ahora entiendo que era una manera de autoafirmarse, ya que no podía hacerlo con su padre y, por lo que se ve, con su novia oficial tampoco, pero sí conmigo, con la imbécil. Le dejé utilizarme durante todo ese tiempo porque creía que me amaba. La culpa fue mía por no imponerme, por permitirselo; me tenía tan absorbido el cerebro que me manejaba a su antojo.

Martín acercó la mano a su mejilla para acariciarla suavemente con el reverso de los dedos. Empezaba a comprenderlo todo, y tenía unas ganas irreprimibles de partirle la cara a esa comadreja por todo el daño que le había hecho.

Ella, tras esa caricia, se atrevió a levantar la mirada para quedarse atrapada en la ternura reflejada en los ojos de Martín, asombrada de que no la estuviera juzgando ni acusando, como había sido su costumbre antes. Había creído que, en el momento en el que le confesara su romance con Jorge, encontraría censura y reproche en su rostro, sobre todo porque ya lo había hecho antes sin motivo, ¡imagínate ahora, que sí lo tenía!, pero había sido todo lo contrario, dejándola totalmente descolocada.

Alexia carraspeó para deshacer el nudo en su garganta y aguantarse las ganas de llorar. No iba a volver a hacerlo y menos por esa rata de alcantarilla.

—Al final mi hermana se enteró... porque le empezó a mosquear todo aquel asunto y, después de mucho insistir, le hablé de mi relación con él. Comenzó a hacer

las preguntas lógicas, y los pertinentes comentarios, que yo tendría que haberme hecho, pero que en mi fuero interno me daba miedo descubrir. De esa forma, logré que yo empezara a abrir los ojos, aunque de puertas para fuera lo siguiera defendiendo, pues intentaba seguir confiando en él. Todavía no entiendo por qué tardé tanto tiempo en verlo todo claro, hasta que me topé de frente con la verdad.

—¿Quieres que te diga yo por qué tardaste tanto? —le preguntó, interviniendo por primera vez desde que había empezado a contárselo todo, mientras volvía a bajar su mano y la juntaba con la otra, acariciándole la espalda suavemente.

Ella asintió.

—Porque estabas enamorada; porque eres demasiado honesta, leal y buena persona; porque eres de las pocas mujeres... no, de las pocas personas que conozco en las que se puede confiar; porque, cuando ofreces tu cariño, lo haces sin condiciones; porque no tienes ni un gramo de maldad en tu precioso cuerpo; porque...

—Vale, vale, no sigas, porque me voy a sonrojar.

Aunque ya lo estaba: roja como un tomate, y jugueteando de nuevo con el botón, incómoda por la intensa mirada de Martín.

—Podría seguir.

—Pues no lo hagas.

—Como quieras.

Tras unos segundos en los que se quedó en silencio, levantó la vista para decirle:

—Te equivocas en una cosa. Después de todo este tiempo, me he dado cuenta de que no estaba enamorada de él como creía...

Sobre todo porque ahora sí sabía lo que era estar enamorada... lo estaba de él.

—Creo... creo que más bien fue una mezcla de admiración y respeto. Al principio me dejé deslumbrar por su imagen de gran ejecutivo, y me dejé llevar por la romántica ilusión de que fuéramos como Richard Gere y Julia Roberts en *Pretty Woman*, salvando el hecho de que yo era una simple secretaria, claro, y no una... una prostituta.

—Cuánto daño ha hecho esa película —bufó el actor intentando hacerla reír.

Odiaba verla triste, pero también estaba enormemente feliz de enterarse de que no estaba ni había estado nunca enamorada de esa comadreja. Sólo por eso podría perdonarle la vida.

—¡Tonto! —exclamó propinándole un ligero golpe en el hombro, pero de pronto volvió a ponerse muy seria—. Pero esa imagen idealizada que tenía, se cayó de golpe y porrazo.

—No tienes por qué contármelo, si no quieres —le dijo cuando observó que se le hacía difícil seguir.

Alexia negó con la cabeza.

—No, quiero hacerlo, de verdad. Necesito contarlo y quitarme este peso de encima.

Martín volvió a acariciarle la espalda, ofreciéndole todo su apoyo con ese simple gesto, y ella esbozó una leve sonrisa en agradecimiento.

—Un... un día fui al área de descanso que teníamos los empleados para tomarme un café, y unas compañeras estaban hojeando una revista del corazón, las cuales nunca me han llamado mucho la atención, la verdad. El caso es que estaban bastante alborotadas comentando una noticia que estaban leyendo y, cuando me acerqué a preguntarles qué era todo aquel jaleo, me enseñaron una foto de la sección de «Sociedad» donde aparecían Jorge y Carmen anunciando su compromiso. Como te podrás imaginar, me quedé helada, aunque por lo visto era un secreto a voces que sabía casi todo el mundo menos yo. Fue en ese momento cuando me empezaron a cuadrar muchas cosas... como los continuos viajes que hacía a Madrid, que yo creía que eran para visitar a su padre y hablar de la empresa, cuando realmente también la iba a visitar a ella, ya que vivía allí; o como el hecho de que no saliésemos casi a ningún lado donde nos pudiésemos encontrar con alguien conocido; o el empeño de seguir ocultando nuestra relación después de tanto tiempo, rechazando incluso la opción de cambiarme de departamento para que nadie pudiese hablar de favoritismos.

Se quitó impacientemente un mechón de pelo que le estaba haciendo cosquillas en la cara.

—El caso es que, cuando me enfrenté a él, no pudo negar lo que era evidente, ya que yo misma compré la maldita revista para darle con ella en la cara. En un primer momento tuvo la desfachatez de decirme que aquello no cambiaba nada, que él, de quien estaba verdaderamente enamorado, era de mí. ¡Ja! —exclamó, decepcionada con ella misma porque Jorge se creyera que era tan tonta como para tragarse eso—. Añadió que no podía deshacer su compromiso, porque Carmen era la hija de uno de los más importantes banqueros de España, y ése era un negocio que no podía perder, pero me propuso que, si yo quería, podía comprarme una casa y darme todos los lujos que me merecía, que me trataría como a una reina, pero que no le pidiera que dejara a la otra, porque no lo iba a hacer.

—¡Cabrón!

—Por supuesto le dije que en ningún momento le iba a pedir que rompiera su compromiso con Carmen, que la única que rompía algo allí era yo... pero con él. Lo acusé de ser un cobarde mentiroso que me había tenido engañada todo aquel tiempo, y que se podía meter su casa y su dinero por... bueno, tú ya sabes por dónde.

Martín asintió, sonriendo y muy orgulloso de ella.

«¡Ésta es mi chica!»

—No se tomó muy bien que cortara con él: me llamó de todo, insultándome y diciéndome que yo no era nada ni nadie, que simplemente estaba despechada porque no había conseguido cazarlo... que los hombres como él se casaban con mujeres de su misma clase social y no con secretarias sin importancia como yo, que sólo servían para pasar el rato y que... y... y que le calentara la cama.

—¡Será hijo de puta! ¡Lo voy a matar! —bramó dispuesto a buscarlo y acabar con

él con sus propias manos.

—¡Martín, no! —exclamó, agarrándolo para impedirselo.

Consiguió detenerlo no sin esfuerzo, pues para ello se agarró a su cuello y se pegó a su cuerpo, cambiando las tornas, pues entonces fue el actor quien quedó apoyado contra el muro de la terraza, mientras notaba sus pechos y sus caderas adheridos a él.

—Por favor, no lo hagas, no merece la pena. Sólo conseguirías provocar un escándalo mayor del que ya hemos dado, y te perjudicarías más tú que él... y no vale el esfuerzo.

—¡No me importa, Alexia! Esa basura necesita que alguien lo ponga en su lugar. ¡¿Cómo se atrevió a tratarte así?! ¡¿Cómo se atreve a tratar así a cualquier mujer?!

Ella sonrió un poco, halagada por tamaña exaltación en su defensa, pero a la vez temerosa de lo que pudiera hacer.

¡Dios, cómo lo amaba!

—Por favor, Martín, te lo suplico. Para mí ese hombre no existe y, por supuesto, no merece ni un solo pensamiento mío. ¡Por favor! —volvió a rogarle.

—¡Te juro que, si lo tuviese ahora mismo delante, lo molería a golpes! ¡Le arrancaría los dientes uno a uno y esa cara de comadreja...!

—Por favor —imploró Alexia.

Como no lograba calmarlo, no se le ocurrió mejor cosa que besarlo, y entonces sí que consiguió su completa atención, pues él la estrechó entre sus brazos, devorando su boca. Lo que en un principio ella pensó que serían sólo unos segundos para acallararlo, se transformaron en minutos, que casi le hicieron olvidar dónde estaban y el motivo de su beso. Cuando reunió la fuerza de voluntad necesaria para separarse de él, temblaba como una hoja, y tuvo que apoyar la frente en su pecho, intentando recuperar el aliento.

—¿Y... y... esto? —jadeó Martín.

—Eh... era sólo por si nos seguían espiando —mintió, soltando lo primero que se le pasó por la mente.

El actor no tuvo que levantar la cabeza para confirmarle lo que ya sabía, pues lo había buscado antes con la mirada cuando tuvo el impulso de ir a matarlo.

—Ya no está.

Intentó atrapar su boca de nuevo, ya que se había quedado con ganas. Siempre se quedaba con ganas de ella. Pero Alexia se apartó.

—Entonces es mejor que nos vayamos, no quiero seguir aquí.

Martín suspiró por la oportunidad perdida y... porque tenía razón.

—Está bien. —Antes de dejarla ir, añadió—: pero necesito que me expliques algo antes de marcharnos.

—¿Qué?

—Si no te importa lo que piense y no quieres saber nada de él, ¿por qué le dijiste que éramos novios? No lo entiendo. Daba la impresión de que querías darle celos.

—No, todo lo contrario. Quería que le quedara bien claro que había rehecho mi

vida y que él ya no formaba parte de ella.

Y como la expresión de su jefe era de desconcierto, intentó explicarse mejor.

—Cuando le dije que no quería saber nada de él, no se lo tomó con mucha deportividad, por decirlo suavemente. Empezó a acosarme en la oficina, suplicándome que volviera con él, e insultándome gravemente después... cuando me negaba. Así que la situación se volvió insostenible hasta el punto de que dejé mi trabajo, pero siguió molestándome fuera de él también, consiguiendo que me entrara miedo. Después de que mi hermana me diera mucho la paliza, amenazándome con que, si no lo hacía yo, sería ella la que le pondría una denuncia en Policía, la convencí de que no lo hiciera porque le dije que me tomaría unas vacaciones, asegurándole que en seguida se olvidaría de mí y todo volvería a la normalidad. Así que compré un billete de avión para conocer México; es un país que siempre quise visitar, y me gustó tanto la gente y su cultura que decidí quedarme e intentar empezar de nuevo. Y aquí estoy.

Martín por fin lo comprendió todo. Su rechazo a mantener una relación con él diciéndole que era un error cuando era evidente la atracción que sentía; su pánico a volver a cometer la misma equivocación; su falta de autoestima cada vez que le decía lo maravillosa que era; lo mucho que se enfadaba cada vez que la había acusado de estar con otro hombre cuando no era cierto; las veces que se llenaba la boca diciendo que ella era mayorcita para decidir lo que hacía y lo que no. ¡Dios!, ahora se sentía como un completo imbécil.

Así que la volvió a estrechar entre sus brazos para murmurarle, con el corazón en la mano, totalmente arrepentido:

—Lo siento, Álex.

—¿Por qué? —preguntó asombrada—. Tú no tienes la culpa de nada.

—Por todo.

Lo contempló intrigada por ese arrebato de arrepentimiento, y en ese justo momento Martín tomó la decisión más importante de su vida... pero no lo haría allí. No en ese nefasto día que había sido para ella.

Capítulo 31

—Es mejor que nos vayamos, ¿o quieres volver a encontrarte con ese individuo? —le preguntó rezando porque no siguiera indagando en sus palabras anteriores.

En cuanto dijo eso, a ella le entraron las prisas por largarse; ni loca quería volver a toparse con Jorge. De hecho, sería feliz si no lo volvía a ver nunca más.

—Tienes razón, ¡vámonos!

Así que se dirigieron a la salida y Alexia se quedó esperando a Martín, que fue a buscar sus abrigos al ropero para poder salir de allí lo antes posible.

—¡Zorra! Así que te has buscado a otro a quien echarle el guante, ¿no? Y, por lo que veo, te ha salido muy bien —la insultó el empresario, agarrándola del brazo por detrás.

—¡Ay!, ¡me estás haciendo daño! —se quejó cuando le clavó los dedos con fuerza en la tierna carne, y se giró para encontrarse con la cara desencajada de su exnovio; estaba furioso, tanto, que nunca en la vida lo había visto así.

—Es lo menos que te mereces por ser una furcia. Por eso no querías saber nada de mí, ¿no?, porque ya te estabas abriendo de piernas para otro. Yo te traté como a una reina y tú me lo pagas así, pero... ¿qué me podía esperar de una ramera como tú?

—¡Suéltame, Jorge!

—¿Que te suelte?

La miró con tanto odio que la asistente se echó hacia atrás, muerta de miedo. Estaba fuera de sí.

—Debería matarte a golpes por mentirosa y por fulana. ¿Quién demonios te crees que eres para dejarme y después irte con un gilipollas de mierda?

—¡Estás loco!

De repente el hombre levantó la mano para golpearla, pero fue detenido justo a tiempo de que la tocara... y no vio venir un puñetazo que impactó de lleno contra su ojo derecho y lo dejó tambaleante.

—¡Hijo de puta!

—¡Martín, no! —gritó Alexia, asustada.

Pero el actor le propinó otro derechazo, que lo tumbó de golpe en el suelo, con la nariz rota. Estaba a punto de agacharse para seguir dándole una paliza, cuando fue sujetado por los guardias de seguridad y obligado a alejarse de la basura que estaba inconsciente en el suelo.

—¡Te voy a matar! ¡Cobarde!

—¡Martín, por favor! —le suplicó ella para que dejara de forcejear con los guardias.

—¡Voy a matar a ese maldito bastardo! ¡Malnacido!

—¡Por favor!

De repente él fijó su mirada en ella.

—¿Estás bien?! ¿Te ha hecho daño?! ¡Soltadme! —exigió furioso, intentando quitárselos de encima.

Los dos hombres se miraron y decidieron liberarlo, ya que no había sido él quien había empezado la pelea. Lo habían visto todo, pero no les había dado tiempo a detener al empresario, ya que Martín había llegado primero para defender a la mujer. Cuando éstos lo hicieron, se acercó a Alexia y la estudió detenidamente para comprobar por sí mismo que no tenía ningún golpe.

—Estoy bien. No... no me ha hecho daño.

Cuando verificó que estaba sana y salva, la estrechó entre sus brazos, inmensamente aliviado.

—¡Por Dios, Álex, si te llega a tocar, te juro que...!

—¡Oh, Dios mío, ratoncito! —gritó Carmen corriendo cuando vio a su marido tirado en el suelo—. Pero ¿qué te ha pasado?

Y en el momento en que observó a Martín y Alexia abrazados, sacó sus propias conclusiones.

—¡Eres un bestia! ¡Casi me lo matas! —chilló alterada, pero sin agacharse en ningún momento para socorrer a su marido—. Seguro que ha sido culpa tuya, ¡puta! —increduló con desprecio a Alexia.

—¡Señora...! —empezó a hablar el actor para defenderla.

Pero su empleada lo detuvo. Estaba harta. Harta de esa clase de personas que, por tener dinero, creen que pueden darse el lujo de tratar a los demás como si fueran de la peor calaña. Harta de que exigieran respeto, cuando ellos no lo tenían por nadie. Harta de su prepotencia, de sus desaires, de su desprecio, de su egocentrismo, de su supuesta superioridad, cuando eran mucho peor que los demás. Harta de que pensarán que, con el dinero, lo podían comprar todo, y que, por dinero, los demás tenían que rendirles pleitesía.

—Retira ahora mismo lo que has dicho —le exigió con los dientes apretados.

—¿Que lo retire? Mira, bonita, tú y tu amiguito ya podéis ir buscando un buen abogado, porque os vamos a demandar —la amenazó con desdén—. Y se os va a caer el pelo. Y él... —chilló señalando al actor—, que se despida de su carrera, porque de esto se va a enterar todo el mundo. ¡Te lo juro!

—¿Acaso cree que me importa? —le espetó Martín.

La mujer desvió su atención y, mirándolo, declaró:

—¡Qué fuerte, con lo que yo lo admiraba! Pero esto es lo que se consigue cuando uno se junta con gentuza como ésta, ¡o sea!

—Pues quizá la gentuza como yo tome medidas y demande por acoso e intento de agresión a su marido —amenazó la asistente—. Porque tengo a dos buenos hombres que han sido testigos de cómo Martín me defendía cuando su *ratoncito* intentó pegarme —informó señalando a los guardias de seguridad, que asintieron en conformidad.

Y, cansada de ser la tonta y la buena de la película, decidió que ya era hora de poner a esa chusma en su sitio... porque la única gentuza que había allí eran ellos dos.

—Y le advierto de que, en España, también tengo testigos de cómo su maridito me estuvo acosando durante meses para que volviera con él, y lo hizo bajo fuertes insultos y graves amenazas. Así que piénsese mejor lo de demandar a Martín, porque seguramente saldrán perdiendo, ya que lo único que ha hecho ha sido evitar que me pegaran.

—Eso es mentira —siseó Carmen, incrédula.

De repente se oyó un gemido de dolor y la mujer se agachó para ayudar a Jorge a levantarse del suelo.

—Mi marido nunca se acercaría a una mujerzuela como tú, tiene demasiada clase y buen gusto.

—¡Qué fuerte, qué fuerte, qué fuerte! —empezó a decir Alexia, acercándose al actor.

Éste había estado callado durante todo ese tiempo sólo porque ella se lo había pedido, y había disfrutado viendo cómo lo defendía con uñas y dientes. Y levantó una ceja sorprendido porque su empleada estuviera imitando a la otra mujer.

—O sea, ¿no le has contado nada a tu *ratoncita*, Jorge? ¿De verdad que no le has hablado de mí?

El empresario todavía estaba aturdido por los golpes, apoyado contra la pared, e intentaba, confundido, fijar la vista sin volver a caerse redondo.

—O sea, ¡qué fuerte! ¿Cómo te explico? —se burló. Y de pronto se puso mortalmente seria y, dirigiéndose ahora a Carmen directamente, le soltó—: Para que lo sepas, tu maridito te ha estado poniendo los cuernos durante casi un año y medio conmigo, hasta que esta gentuza como yo y a la que no tocaría ni con un palo se enteró de su engaño. En cuanto lo supe, terminé con él de inmediato, pero, como no me dejaba en paz y me suplicaba que volviéramos a estar juntos, decidí marcharme de la empresa.

Carmen, atónita, estaba con la boca abierta, intentando procesar lo que esa mujer le estaba diciendo.

—Aun así, lo tuve como un perro faldero, ofreciéndome de todo para que no lo dejara, asegurándome que a la única a la que amaba era a mí, y que tú eras sólo un lucrativo negocio que no podía dejar escapar. Me confesó que no te soportaba, pero que el dinero y las influencias de tu padre eran muy beneficiosos para su empresa, y que don Benjamín lo mataría si se negaba a casarse contigo.

La mujer soltó al empresario, que volvió a caer al suelo, dándose un golpetazo en la cabeza que lo dejó de nuevo inconsciente. Mientras los guardias comprobaban que el hombre estuviera bien, a Carmen, roja de indignación, no le salían las palabras.

—Sólo te digo esto para que sepas con quién te has casado, pero ahora me doy cuenta de que sois tal para cual. Así que, querida... o sea, ¿cómo te explico? ¡Feliz

regalo de bodas!

Dicho esto, se agarró del brazo de Martín para salir de allí con la cabeza muy alta, y con una enorme sonrisa en el rostro al recordar la cara de estupefacción de la otra mujer y a su exnovio tirado en el suelo como la rata inmundada que era.

El actor ayudó a Alexia a ponerse el abrigo, mientras ésta temblaba por los nervios y el mal rato que había pasado. Cuando llegó el ascensor, entraron en él y fue la asistente la que se abrazó a su jefe para buscar el calor y el refugio de sus brazos, mientras éste la tranquilizaba con palabras consoladoras, diciéndole lo orgulloso que estaba de ella. Cuando entraron en la limusina, Alexia todavía no había dicho palabra, por lo que Martín seguía abrazándola mientras la acariciaba con ternura y le daba besos en la coronilla.

—¡Qué fuerte, qué fuerte, qué fuerte!

Su empleada levantó la cabeza para mirarlo a la cara, y contempló la sonrisa divertida que jugaba en la comisura de su boca.

—¡O sea!, ¿cómo te explicó? —respondió ella.

Y los dos se echaron a reír. Les dio tal ataque de risa que el chófer los miraba por el retrovisor con una mezcla de sorpresa y diversión, hasta que volvió a centrar su atención en el tráfico, pues ya estaba acostumbrado a los pasajeros neoyorkinos y sus excentricidades.

—¿Cómo se puede hablar así?

—Hay que pensar demasiado para decir de una sola vez una frase coherente —se mofó ella.

—Has dado justo en el clavo, hay que pensar.

Y volvieron a reírse. Después hablaron y se burlaron de lo que había pasado durante todo el camino, hasta que llegaron al hotel.

—Has estado soberbia, Álex —le confesó delante de la puerta de la habitación de ella.

—Gracias. Aunque te aseguro que hubiese hecho lo que fuera para no pasar por ese momento.

—Lo sé.

—Pero tú tampoco te has quedado corto, ¡menudo derechazo!

—No tienes ni idea de lo a gusto que me he quedado.

—Creo que sí la tengo. Si es lo mismo que he sentido yo después de soltarle todo lo que tenía aquí dentro... —le dijo mientras se señalaba la zona del pecho—... te puedo asegurar que es lo más liberador que he sentido en toda mi vida.

De repente él la miró fijamente, muy serio.

—¡Te juro que, si te hubiera tocado un solo pelo...! —Y se pasó la mano por el suyo, furioso sólo de pensarlo—. ¡Dios, lo habría matado allí mismo!

—Pero no lo hizo gracias a ti —le contestó con todo el amor que sentía desbordando en su mirada.

Nunca se había sentido tan segura al lado de nadie, y nunca había estado tan

segura del amor que sentía por él.

—Y te puedo asegurar que no volverá a intentarlo, es demasiado cobarde para ello. Y, sobre todo, porque creo que ahora tiene problemas más serios de los que ocuparse.

Luego se acercó despacio para darle un ligero beso en la mejilla.

—Gracias —le susurró.

Él no le dijo nada, sólo la contempló embelesado, pensando que daría su propia vida por ella. Y lo haría una y mil veces. Por siempre. Para siempre.

Y antes de sucumbir al deseo irrefrenable de besarla, le dijo:

—Álex, mañana, cuando lleguemos a casa, necesito hablar contigo; es importante.

—¿Pasa algo malo? —le preguntó, preocupada por la seriedad de su expresión.

—No, en absoluto. Sólo es que tengo que hablar contigo de algo... absolutamente vital para mí.

—¿Y no puedes decirme nada ahora? —añadió, inquieta y confundida.

Sonrió dedicándole una seductora mirada.

—No, tendrás que esperar hasta mañana.

—¿Y me vas a dejar así? —lo regañó, molesta—. Si es tan importante, dímelo ahora, ¿para qué vas a esperar hasta mañana?

Martín no pudo evitar echarse a reír cuando ella empezó a hacer pucheros, molesta por su actitud; estaba demasiado intrigada por lo que tenía que decirle y sabía que él no iba a soltar prenda.

—¿Te hace gracia, Martín Ledesma? —preguntó enfadada—. Porque a mí no me hace ni pizca.

—Adoro cuando dices mi nombre así —le dijo con su sonrisa más *sexy*.

Alexia entrecerró los ojos y comenzó a negar con la cabeza; luego se giró para meter la llave magnética y abrir su habitación.

—¡Qué fuerte! ¡O sea, eres lo peor! ¡¿Me explico?!

Y le cerró la puerta en las narices, provocando que el actor soltase una carcajada.

Al día siguiente, acabaron de trabajar y se fueron a almorzar temprano para poder coger el primer vuelo que los llevara a casa. Aunque ella le había preguntado cada vez que había podido por la conversación que tenían pendiente, él se negó en redondo a comentarle nada, ni tan siquiera a adelantarle algo. Así que, aunque se había molestado, después comprendió que no conseguiría nada con esa actitud, sino más bien todo lo contrario, ya que su jefe se reía de ella divertido y eso la molestaba todavía más. Por eso decidió que tendría que esperar hasta que llegara el momento. ¡Qué remedio, no le quedaba otra!

El viaje a México se le hizo interminable y, aunque se comió la cabeza pensando qué era eso tan importante que tenía que decirle Martín, no tenía ni la más remota

idea. Barajó infinidad de posibilidades para, al final, seguir como al principio. Así que, cuando Pedro aparcó el coche en el garaje, Alexia había decidido que le daría el tiempo suficiente para saludar a Lucas, a Miguel y a las chicas, y después lo acorralaría ella misma en el despacho. No lo iba a dejar escapar como había hecho la otra vez para quedarse al final sin saber lo que quería decirle. No es que ella fuese chismosa, para nada, nunca lo había sido, pero curiosa sí era un rato largo. Siempre había sido algo que había podido con ella, y no había nada que le reventase más que... que la dejaran con la miel en la boca. Sin embargo, se quedó con las ganas... ya que, después de unos minutos de besar y abrazar a Lucas y empezar a desenvolver los regalos que le habían comprado, Martín recibió una llamada en su teléfono móvil. Cuando volvió de atenderla, les informó de que tenía que marcharse y añadió que no lo esperaran para cenar. Lucas, como era lógico, protestó por su marcha tan precipitada después de haber vuelto de viaje y, para ser sincera, ella también estaba molesta, pero él la apartó un momento para decirle:

—Escucha, me tengo que ir, pero nuestra conversación sigue pendiente; intentaré volver lo antes posible. Espérame, ¿de acuerdo? No te vayas a la cama antes de que llegue yo.

—¿Va todo bien?

—Sí, va todo bien, no te preocupes.

Ella supo que le estaba mintiendo en el mismo momento en el que apartó los ojos, incapaz de sostenerle la mirada, pero, aun así, asintió con la cabeza, y él la besó en la frente para marcharse a continuación.

Cuando se volvió para enfrentarse al pequeño, trató de tranquilizarlo asegurándole que volvería enseguida y encogió los hombros cuando Tina y Sole le preguntaron con la mirada, informándolas de que no tenía ni idea de a dónde iba. Después de unos cuantos pucheros y varios regalos, Lucas olvidó que su padre se había marchado y, entre ella y Miguel, intentaron mantenerlo distraído hasta que llegara Martín. Sin embargo, cuando se hizo evidente que el actor iba a tardar más de lo esperado, decidieron que se fuera a la cama, y para sorpresa de todos el niño lo tomó mejor de lo que se esperaban, no en vano estaba acostumbrado a sus horarios extremos por culpa del trabajo y a algún que otro ligue. También había influido, y mucho, el muñeco de Ironman que le habían comprado, por lo que se quedó sola en la cocina después de acostar a Lucas y despedir a Miguel, mientras se tomaba un poco de leche caliente con cacao.

Estaba ojeando un periódico que había encima de la mesa cuando apareció Sole.

—¿Creía que ya te habías ido a dormir?

—Estaba en ello, pero me acordé de que nos hace falta azúcar y patatas, y venía a apuntarlo en la lista de la compra antes de que se me olvide —contestó la cocinera.

Alexia siguió ojeando el periódico.

—¿Qué tal el viaje a Nueva York?

¡Puf!, ¿por dónde empezar?

—Interesante.

—¿Sólo interesante? —le preguntó con un guiño pícaro.

—No empieces, ¿quieres?

—Que no empiece, ¿el qué? —inquirió Tina apareciendo también.

—Sólo le estaba preguntando que qué tal el viaje, y se ha puesto a la defensiva...

Así que ha pasado algo gordo seguro.

—¿Ah, sí? ¡Cuenta, cuenta!

Alexia resopló y no le quedó más remedio que narrarles lo que había pasado con su exjefe y su mujer. Se lo relató todo. Bueno, excepto los besos con Martín y alguna que otra cosilla.

—¡Madre mía! —exclamó Tina, asombrada—. ¿De verdad que se agarró a golpes con tu exjefe/exnovio o lo que sea?

Asintió con la cabeza mientras se mordía el labio, preocupada. No sabía si había hecho lo correcto al contarles lo que había ocurrido en Nueva York, pero es que eran sus amigas, su única familia en México, y necesitaba desahogarse con alguien.

—¡Por favor, esto no puede salir de aquí!

—Tranquila, amiga, que de esta boca no va a salir nada. ¡Palabrita del niño Jesús! —le aseguró la cocinera—. Pero ahora no podrás negarme que esto es una prueba irrefutable de que el patrón está coladito por tus huesos.

—¡Ya estamos! —bufó—. ¿No te cansas de repetir la misma cantinela? ¿Qué parte de lo que te he contado no te ha quedado clara?

—¿No sé a qué te refieres? Lo que me has contado no tiene nada que ver con el hecho de que el patrón esté enamorado de ti. Y tú de él, aunque te niegues a admitirlo.

La asistente miró a Tina en busca de ayuda, pero ésta estaba asintiendo totalmente de acuerdo con su compañera, por lo que puso los ojos en blanco mientras pasaba las páginas del periódico, molesta con las dos.

—¡Está bien! Podéis pensar lo que queráis, ya que no hay manera de que en esas duras cabezas que tenéis encima de los hombros entre un poquito de sentido común.

De repente, Sole se quedó blanca y cogió el diario que Alexia había estado ojeando sin demasiada atención. Sus amigas, asustadas por su reacción, observaron con atención el trozo de papel que le había hecho cambiar de color.

—¿Qué pasa? —preguntó Tina, preocupada.

—¿Sabes si el patrón habló con esta mujer? —le preguntó la cocinera.

Alexia, confundida, asintió con la cabeza.

—Sí, ¿por qué?

—¡Ay, Dios! ¿Y qué le dijo?

—Nada. Bueno... de todo.

Y cuando Sole le hizo un gesto con la cara de que se aclarase de una vez, ella le contó por encima lo que había pasado en la boda de Verónica.

—Pero, cuando le pregunté quién era, no me contestó. Lo único que me dijo fue

que, para él, esa mujer estaba muerta, y que no quería que volviera a hablar del tema. —Concluyó—. ¿Por qué, Sole? ¿Tú sabes quién es?

La cocinera asintió con la cabeza sin despegar los ojos de la foto donde aparecía Vanesa Duarte con el empresario mexicano. La rubia que se había presentado en la boda de su amiga y había hecho enfurecer a su jefe aparecía feliz y acompañada de varias personas en una foto en la sección de «Sociedad» del periódico, donde informaban de la boda del año.

—¿Quién es? —preguntó Tina, impaciente porque no decía nada.

—Esta mujer es... es la madre de Lucas.

Martín estaba furioso; era pasada la medianoche y Vanesa todavía no le había dicho para qué se había citado con él. Después de llegar tres cuartos de hora tarde al restaurante, apareció hermosa y resplandeciente como si nada y, cuando le recriminó su tardanza, informándola de que lo había encontrado por los pelos porque estaba a punto de irse, la modelo sólo había sonreído, haciendo oídos sordos a lo que él le había dicho.

—¿Me vas a decir de una buena vez para qué querías verme? —preguntó exasperado.

Casi no había probado bocado, esperando tenso e intranquilo a que le contara por fin eso tan importante que tenía que hablar con él. En cambio, ella se había tomado su tiempo con su maldita ensalada, comiendo con mucha parsimonia las hojas verdes de lechuga una a una, y hablándole sin parar de cosas intrascendentes y banales que le habían ocurrido o que había hecho. ¡Como si a él le importaran!

—¿Por qué tienes tanta prisa, cielo? Estamos pasando un buen rato los dos, disfruta del momento.

—El buen rato lo estarás pasando tú; yo tengo cosas más interesantes que hacer que estar aquí perdiendo mi tiempo contigo.

—No sabía que fueras tan impaciente.

—Es una manía que tengo. Cuando no me gusta la compañía, me da por querer irme lo antes posible.

Vanesa lo observó detenidamente con una sonrisa indolente en su *sexy* boca. Se había esforzado en aparecer lo más hermosa posible, por lo que se había gastado un dineral ese mismo día en un carísimo tratamiento de belleza y peluquería. Y, aunque no lo aparentaba, estaba algo nerviosa por su encuentro, por lo que había tardado más de lo habitual en escoger la ropa que se iba a poner, probando y desechando modelos por los que otras mujeres matarían. Quería estar deslumbrante para impresionarlo, pero parecía que no le estaba dando muy buenos resultados, aunque estaba casi segura de que el desprecio con el que le estaba hablando era fingido.

—No hace falta que mientas, querido —le dijo mientras acercaba su mano por encima de la mesa para acariciarlo.

Martín apartó la suya enseguida y la observó con los ojos entrecerrados.

—No te estoy mintiendo. Y, ahora, ¿quieres decirme de una vez eso tan importante de lo que teníamos que hablar?

Vanesa se mojó los labios con la lengua y se tocó el pelo de manera delicada. Había estado haciendo gestos sensuales toda la noche, desplegando todas sus armas de mujer; aunque él se había dado cuenta de ello, estaba más impaciente por terminar con todo aquel asunto que con los intentos de seducción de ella, por lo que no le había prestado mayor atención, ya que sabía que, para Vanesa, el seducir era como el respirar, necesitaba sentirse deseada para estar contenta y satisfecha consigo misma.

—Está bien —aceptó por fin—. Si quieres ir directamente al grano, lo haremos.

—Por favor —la instó.

—Bueno, no sé muy bien por dónde empezar. —Y suspiró mientras bajaba la mirada, como si estuviera avergonzada por lo que iba a decir—. El caso es que, cuando te vi el otro día en la boda, yo... pues...

Levantó la vista para mirarlo directamente, a la vez que él dejó de respirar.

—Me di cuenta de que todavía siento algo por ti.

Martín se quedó descolocado. Comenzó a parpadear repetidas veces, mientras su corazón empezaba a bombear de nuevo.

—Sé que, cuando te dejé, no hice lo correcto. Era muy joven e inexperta y no sabía muy bien lo que quería de la vida, pero ahora sé que quiero estar contigo. Y podemos intentarlo, Martín... porque también sé que tú aún sientes algo por mí.

—¿Y por qué sabes que todavía siento algo por ti? —le preguntó hosco.

La modelo observó su fría máscara, pero creía que todo era falsa apariencia.

—Porque sé que todo ese odio con el que me hablas no es más que pura fachada. Si no sintieras algo por mí, si te resultara totalmente indiferente, no me hablarías como lo hiciste el otro día.

La observó detenidamente, aunque todavía seguía serio, mortalmente serio.

—¿Y Lucas?

—¿Qué pasa con Lucas?

—No lo sé, dímelo tú. Porque no soy yo el que lleva años sin verlo. ¿Qué le vas a decir?

—Bueno...

Para ser sincera, no había pensado mucho en el mocoso.

—Eso lo iremos viendo con el tiempo. Sabes que no soy muy maternal que digamos, pero por ti haré todo lo que esté en mi mano para acercarme más a él y tomarle... cariño. —Le costó trabajo decirle eso último, ya que no soportaba a los críos.

Luego la modelo tomó aire, intentando fingir que lo decía de corazón. No toleraba a los mocosos malcriados que no hacían más que llorar y moquear, aunque fuera su propio hijo, algo que, además, para ella era totalmente irrelevante. Hubiera salido o no de sus entrañas, era un demonio llorón y babeante y le daba grima sólo pensar en

acariciarlo. Menos mal que no le había quedado ninguna secuela del embarazo y no había deformado su precioso cuerpo cuando se había quedado embarazada de... del chiquillo ese.

—Intentaré pasar más tiempo con él y... y... bueno, haré todo lo que pueda —fue lo máximo que le pudo prometer, aunque fue incapaz de evitar un pequeño gesto de aversión.

Después de decirle esto, Martín comenzó a esbozar una lenta sonrisa que la hizo sonreír a ella también.

—Dime una cosa —le empezó a decir inclinándose encima de la mesa sin dejar de sonreír en ningún momento—. ¿Cuándo te diste cuenta de que sentías algo por mí? ¿Antes o después de compararme con el viejo que tenías a tu lado?

Vanesa se quedó helada por la pregunta, y él no pudo más que echarse a reír al contemplar la cara que se le había quedado.

—¿De verdad te creías que, con chasquear los dedos, iba a volver contigo como un perrito faldero?

Y volvió a reírse, aliviado de que el asunto tan importante del que le tenía que hablar fuera ése. Por un momento se le congeló la sangre, cuando, al escuchar su voz y decirle que tenía que hablar con él sobre algo muy importante, pensó que eso tenía que ver con Lucas. Cuando acudió a su cita en el restaurante, creyó en todo momento que se trataba de su hijo, que ella había recapacitado y quería tener contacto con él, y estaba muerto de miedo pensando que le iba a pedir la custodia. Sabía que no tenía nada que hacer en su contra, ningún juez en su sano juicio le daría la patria potestad a ella, sobre todo después de lo que había hecho, pero nunca se sabía. Debido a ello y con tal de que su hijo no pasara por ningún mal momento, incluso había llegado a pensar en llegar a algún tipo de acuerdo, ya que, por desgracia, seguía siendo su madre. Además, después de todo lo que le había pasado con su propio padre, había aprendido que no siempre podíamos prejuzgar a las personas, y que teníamos que intentar darles una segunda oportunidad, dejar que se redimieran llegado el momento. Eso era algo que Alexia le había enseñado. Pero éste no era el caso, ¡gracias a Dios! Y aunque por un lado hubiera deseado con toda su alma que su hijo pudiera conocer el amor de su madre, estaba claro que eso no iba a suceder nunca, por lo que se sentía enormemente aliviado.

—¿A qué te refieres?

Martín levantó la mano para llamar al camarero, haciendo un gesto para que le trajeran la cuenta.

—¿Que a qué me refiero? —le preguntó con desprecio—. ¿En algún momento te has parado a pensar en alguien que no seas tú, Vanesa?

Ella lo miró confusa.

—Estoy completamente seguro de que, cuando te enteraste de que me iban tan bien las cosas, cuando supiste que ya no era aquel muerto de hambre al que usaste hasta encontrar a otro con más dinero e influencias... fue cuando te entró ese

repentino amor por mí. ¿Por qué te ibas a acostar con un viejo asqueroso cuando podías hacerlo conmigo, no? Ahora que soy rico y famoso... ahora que puedo cumplir con tus caprichos y expectativas... ahora te intereso, ¿no es verdad?

—Eso no es cierto —exclamó haciéndose la ofendida, ya que había acertado de pleno.

El actor la miró con desdén.

—Cuando... cuando volví a verte después de tanto tiempo... sentí algo. ¡Algo muy fuerte!

—Sí, el peso de mi billetera.

—¿Por qué me hablas así? Sé que todavía sientes algo por mí, estoy totalmente segura de que me deseas —afirmó con arrogancia.

En ese instante llegó el camarero con la cuenta y Martín sacó la cartera, para dejar unos billetes encima de la mesa.

—En una cosa tienes razón, Vanesa, siento algo por ti... pero todavía estoy intentando saber si es asco o pena.

La modelo abrió los ojos al oír esas palabras dichas con tanta repulsa.

—Pena porque te estés perdiendo a un ser tan maravilloso como es tu hijo, porque no sepas apreciar nada que no tenga que ver con el dinero, con la ambición... porque nunca hayas sabido amar de verdad...

Y se levantó para marcharse de allí lo antes posible.

—O asco simplemente por ser como eres.

—¿Y por qué no te has casado? —le preguntó altanera, sonriendo satisfecha de sí misma, haciendo que todo lo que él le había dicho le resbalase como hacía con todo lo que no le interesaba—. ¿Por qué, desde que te dejé, no has vuelto a rehacer tu vida y te has dedicado a ir de mujer en mujer sin ningún rumbo? ¿Quieres que yo te lo diga, Martín? Pues no lo has hecho porque no has podido olvidarme.

Él volvió a reír, burlándose de ella, y despacio, con una brillante sonrisa que dejaba muy claro que no le importaba en absoluto lo que ella pensase, le contestó muy complacido.

—Te equivocas de nuevo, querida. No lo había hecho porque no había encontrado a la persona adecuada, pero eso es algo que ahora mismo voy a corregir y que estoy deseando hacer, por cierto. De hecho, te informo de que hoy tenía pensado pedirle a la mujer de mi vida que se casara conmigo, pero he perdido el tiempo aquí contigo pensando que realmente tenías algo importante que decirme. Pero obviamente me he vuelto a equivocar. Así que sólo me resta desearte que algún día consigas ser feliz. De verdad, Vanesa, te lo deseo de corazón. Yo, por mi parte, te aseguro que lo voy a ser... y espero no volver a verte en mi vida. Buenas noches.

Y se marchó de allí sin mirar atrás.

Martín entró corriendo en casa, deseando mantener esa conversación con Alexia,

para contarle por fin todo lo que sentía por ella y decirle lo mucho que la amaba. Pero se llevó una desilusión cuando se lo encontró todo a oscuras. Miró su reloj. Eran pasadas la una de la madrugada, por lo que entendió que, aunque le hubiera pedido que lo esperara, al tardar tanto se hubiera ido a la cama. Pero sonrió de igual manera, ya que disfrutaría despertándola en su habitación a base de besos, lametones, mordiscos y caricias.

Humm... Ahora que lo pensaba, se le ocurrió una idea mejor. La acorralaría en su cama medio dormida, sin darle la oportunidad de pensar, sólo de que sintiera, y de paso cumpliría una fantasía que llevaba mucho tiempo deseando realizar. Pero antes iría a darle las buenas noches a su hijo. Era un ritual que hacía siempre; llegara a la hora que llegase, tenía que comprobar que estaba dormido y bien arropado antes de poder irse a dormir. Por ello, subió de dos en dos los peldaños de la escalera hasta llegar a la habitación de Lucas, ansioso por darle un beso en su cabecita y volar hacia donde estaba la mujer que lo volvía loco, para darle un beso también, aunque no sería tan casto, de eso se aseguraría él. Se quedó congelado cuando no lo encontró en su cama. Había estado allí, ya que la cama estaba deshecha, pero, de su hijo, ni rastro, por lo que se fue a su habitación, suponiendo que se habría levantado de noche y lo habría ido a buscar. Al entrar, descubrió que allí tampoco estaba. De repente empezó a sentir una extraña inquietud que lo hizo volver corriendo a la habitación del niño y revisar el baño, por si por casualidad se le había pasado por alto que estaba allí, pero tampoco. Empezó a buscar por las habitaciones de la planta de arriba y Lucas no aparecía. Martín bajó al primer piso, sintiendo de repente una sensación de pánico que nunca en su vida había sentido antes, mientras revisaba todas las estancias, una a una. Desesperado, salió al jardín, llamando al crío angustiado y a punto de que le diera un colapso, pero tampoco estaba allí.

Comenzó a respirar con dificultad cuando se imaginó todo tipo de situaciones; lo que le estaba encogiendo el corazón era la firme sospecha de que habían secuestrado a su hijo. No sería la primera vez que eso pasaba en México D. F. Por desgracia, era una situación muy cotidiana en ese país, que tenía un alto índice de criminalidad y donde los cárteles de la droga y diversas mafias consideraban a las personas famosas y con mucho dinero las víctimas perfectas para extorsionarlas y conseguir dinero rápido.

Salió corriendo hacia el piso de abajo, donde estaban los dormitorios de sus empleadas, y sin pensarlo dos veces entró en el primero, que era el de Sole, despertándola bruscamente. Cuando le preguntó por su hijo, ésta le contestó que lo habían dejado durmiendo en su habitación. Le ordenó levantarse y que despertara a las demás para que lo ayudaran a buscarlo antes de hablar con la policía, mientras él llamaba a su padre por teléfono por si sabía algo. Pero, a la vez que esperaba a que Miguel atendiera la llamada y buscaba él mismo en las duchas de las empleadas, la cocinera lo llamó. Cuando se acercó a la habitación donde estaba ella de pie observando la estampa que allí ocurría, apagó el teléfono con la misma intensa

sensación de confusión y alivio al mismo tiempo. Se encontró con la imagen de su hijo metido en la cama de Alexia, pegado a su cuerpo y durmiendo profundamente, mientras ella lo abrazaba de forma protectora. Obviamente, también estaba dormida.

Capítulo 32

El actor le dijo a la cocinera que podía irse para la cama, que todo estaba bien y que él ya se ocuparía de todo. Sole, tranquila al ver que Lucas estaba sano y salvo y que todo había quedado en un susto, se fue a dormir deseándole buenas noches.

Cuando se quedó solo observando a su hijo y a su empleada descansar a pierna suelta, ajenos a la angustia que había sentido, Martín se pasó la mano por el pelo mientras una furia ciega subía por su pecho. Se acercó a ella y la despertó, teniendo cuidado de no hacer lo mismo con Lucas.

—¿Qué...? ¿Qué pasa? —preguntó desorientada.

—¡Levántate! ¡Te espero en mi despacho! ¡Ahora! —le ladró en voz baja mientras agarraba al niño en brazos, y se marchó de allí dejándola totalmente confusa.

Cuando minutos después entró furioso en la estancia, descargó parte de su frustración pegando un portazo que sobresaltó a la mujer, medio dormida todavía.

—¿Se puede saber en qué demonios estabas pensando?! —gritó fuera sí.

—¿De qué hablas? —preguntó confundida y desconcertada por su actitud.

—¿Y me preguntas de qué hablo? —exclamó con sarcasmo pasándose las manos por la cara—. ¿Acaso tienes idea del infierno por el que he pasado, Alexia? ¿Te has parado a pensar en la angustia que he sentido?

—Martín...

—¡Por supuesto que no! —bramó furioso mientras empezaba a pasearse de un lado a otro—. Mientras yo me volvía loco buscando a mi hijo por toda la casa... mientras la agonía y el tormento me consumían... muerto de miedo pensando que Lucas se había escapado, o que lo habían secuestrado y estaba en manos de unos criminales... tú estabas tan tranquila durmiendo con él. ¡En tu cama!

—Martín, lo siento...

—¡¿Que lo sientes?! —volvió a gritar, enajenado.

Nunca había sentido tanto pánico en toda su maldita vida. Había llegado a tal grado que esa ansiedad y esa agonía las tenía que pagar con alguien o se volvería loco. Sólo imaginar que su hijo pudiera estar en esos momentos herido o asustado en manos de unos delincuentes, provocaba que toda esa ira y esa impotencia le desbordasen. Y en esos momentos el foco de toda su frustración era Alexia, ya que lo había encontrado con ella.

—¡¿Me puedes explicar por qué diablos estaba mi hijo en *tu* cama, Alexia?! ¡¿Cómo...?!

—¡Basta! —lo interrumpió ella, gritándole también—. ¡No seas injusto, Martín! ¡Yo no tengo la culpa de que Lucas venga todas las noches a mí!

Después de comprobar que él le estaba prestando atención, observándola

totalmente pasmado, intentó explicarse.

—Lo siento. Siento no habértelo dicho antes, no le di mayor importancia. Tu hijo lleva semanas despertándose en mitad de la noche y viniendo a mi habitación para meterse en la cama conmigo.

—¿Por qué? —susurró sin entenderlo todavía.

Ella negó con la cabeza.

—No lo sé. Lo lleva haciendo desde que me quedé con él de niñera la primera vez. Normalmente lo que hago es esperar a que se vuelva a quedar dormido y, cuando lo hace, lo subo yo misma a su dormitorio.

El actor apoyó su espalda en la puerta cuando la verdad le dio de lleno.

—Pero hoy me quedé dormida —siguió explicando—. Estaba cansada por el viaje y ayer... bueno, después de lo que pasó con Jorge, no pude dormir mucho, y... y por eso lo encontraste así.

Él se fue escurriendo poco a poco hasta acabar sentado en el suelo, arrepentido y avergonzado por haberle gritado. Pero, sobre todo, estaba afligido porque no entendía, no llegaba a comprender.

—Pero te juro que, si llego a saber que iba a pasar todo esto, te lo hubiera comentado hace tiempo.

—¿Por qué, Alex? No entiendo... no lo entiendo, ¿por qué no viene a mi cama? Yo soy su padre.

Ella se arrodilló a su lado, observando su aflicción.

—¿Tan mal padre soy? ¿Tan mal lo estoy haciendo para que prefiera el consuelo de otra persona antes que el mío?

A Alexia casi se le rompe el corazón al verlo sufrir así.

—¡Por supuesto que no! ¡Tu hijo te adora, Martín!

Pero él la miraba atormentado por todas las dudas.

—¡Escúchame! —le dijo agarrándole la cara con ambas manos para mirarlo directamente a los ojos—. No te permito que pienses eso.

No iba a dejar que se sintiera culpable. No por eso.

—Lucas te ama con locura. Tú eres el mejor papito del mundo y eso me lo ha dicho infinidad de veces. Eres su superhéroe y está tan orgulloso de ti que nadie se te puede comparar. Pero no deja de ser un niño... y, como tal, puede que le dé vergüenza reconocer que tiene miedo. Y... y supongo que le es más fácil buscar el apoyo femenino que confesarle a su valiente y machote padre que tiene miedo de los monstruos que hay debajo de su cama.

De pronto Martín sonrió.

—¿Eso te ha dicho?

Ella asintió.

Entonces entendió por qué su hijo lo había hecho; había encontrado en Alexia a la madre que nunca había tenido. Ella le había dado su cariño, su protección y su amor sin condiciones, sin artificios, preocupándose de él, jugando con él, ofreciéndole

abrazos y besos, caricias y achuchones, algo que no había hecho Vanesa nunca, ni tan siquiera de recién nacido. Los dos, tanto Lucas como Alexia, se habían necesitado y se habían encontrado, conectando de una manera muy especial, no en vano su hijo había expresado el deseo de que fueran novios. El niño tenía tanto miedo como él a perderla.

Y pensó, asombrado, que Lucas era muy inteligente y que no dejaba de ser un Ledesma, ¿en qué mejor sitio que estar en la cama con ella? Había sido una pena que no se le hubiese ocurrido a él la excusa de los monstruos en su habitación, aunque suponía que, muy a su pesar, no hubiese colado.

Pero todo cambió cuando se encontró con su cara firmemente agarrada entre las manos de ella, y el rostro de Alexia tan cerca del suyo. De repente todo el tumulto de emociones que había sentido hacía tan sólo unos minutos se transformó en ansias por besarla, por sentir su piel, su calor, su sabor...

Y bajó los ojos para clavarlos en su boca, siendo sus labios los que a continuación atraparon los de ella para darle un beso desesperado y abrasador.

¡Dios bendito, qué bien besaba!

Martín la agarró entre sus brazos y acercó su cuerpo al de él, haciendo que ella se sentase encima de su regazo mientras devoraba su boca con fruición. Su corazón empezó a latir desbocado, a la vez que sentía cómo le respondía con la misma pasión. La respiración de ella era entrecortada y pequeños jadeos surgían de su garganta, mientras él lamía y mordisqueaba esos apetitosos labios que tan obsesionado lo tenían. Y sus manos empezaron a recorrer su cuerpo, para encontrarse con la barrera de la fina bata de algodón que desabrochó con dedos temblorosos e impacientes, para introducirlos después debajo de la camiseta y acariciar su increíble trasero.

Alexia, todavía con la cara de su jefe entre sus manos, respondía a sus besos y a sus caricias con igual intensidad, mientras sentía esa devastadora necesidad de fundirse con él. Y sus lenguas, inquietas y ansiosas, demostraban, en un baile sensual, o en una lucha de poder, dando y recibiendo, lamiendo y saboreando, de forma suave y lenta, o brutal y rápida, el deseo tanto tiempo reprimido. Y debido a que toda esa pasión se desbocaba furiosa, acelerando el ritmo de su corazón, la asistente sólo podía pensar en acariciarlo, en sentirlo bajo su piel, en poder amarlo libremente sin cortapisas, sin recelos.

Pero ese miedo que tanto ansiaba dejar atrás entró sinuoso en su mente abotargada cuando Martín dejó de masajear su trasero para subir por su costado y atrapar con su mano su pequeño seno, consiguiendo que ella se apartase un poco, respirando con dificultad, y apoyase su frente contra la de él.

—¡Martín! —jadeó.

—¡Por Dios, Álex! —murmuró contra sus labios—. ¡Te necesito!

Y mirándola directamente a los ojos, le dijo con el corazón en la mano, ofreciéndole todo lo que tenía, todo lo que él era:

—¡No tienes ni idea de lo mucho que te necesito!

Y por fin, rindiéndose al inmenso amor que sentía por él, Alexia lo besó, consumiéndose, ardiendo por ser suya, por amarlo, por entregarle todo lo que era. Su alma, su corazón, su todo.

Cuando el actor por fin sintió que vencía sus barreras, a punto estuvo de gritar, igual que un guerrero en el campo de batalla después de haber conseguido su victoria más épica. Porque eso era lo que sentía. Sentía que por fin había conseguido ganarse su corazón, su confianza, su amor... porque de lo que estaba completamente seguro era de que Alexia no se entregaría a él si no estuviera enamorada. Y a punto de reír de puro gozo, se contuvo sólo para levantarse del suelo y tomarla en sus brazos, para llevarla en volandas a su habitación para hacerle el amor de forma lenta y apasionada.

Sin dejar de besarla en ningún momento, subió la escalera y, cuando entró en el dormitorio, cerró con el pie la puerta y la posó suavemente en el suelo. La dejó delante de la cama y frente a él... y se quedaron observando con ternura y una dulce agonía que presagiaba lo que iba a ocurrir entre los dos, hablando con sus miradas y diciéndose todo lo que sus bocas no expresaban.

Martín levantó una mano para acariciar suavemente, con el reverso de los dedos, sus mejillas, y proseguir con sus labios. Adorándola. Venerándola. Era tan hermosa para él que su rostro era la pura perfección. Mientras, ella, con los ojos cerrados, absorbía cada sensación, estremeciéndose con cada delicado y tierno roce de sus dedos.

De pronto Alexia abrió los ojos y posó las manos en su pecho, y con dedos trémulos comenzó a desabrocharle los pequeños botones de la camisa para poder tocar ella también... sentir su piel bajo las yemas de sus dedos, aspirar su dulce y embriagador aroma. Y se acercó para besar cada centímetro de torso que descubría, con delicados roces de sus labios, tan sutiles que parecían ligeras plumas, haciendo que la carne de él temblara bajo sus caricias.

¡Dios, lo amaba tanto!

Cuando lo despojó de la prenda, fue Martín quien tomó las riendas esta vez, desprendiendo de su cuerpo la fina bata para sujetar después, mientras clavaba sus ojos en los de ella, la parte inferior de su camiseta de dormir y levantarla muy despacio hasta sacársela por la cabeza, dejándola casi desnuda, sólo con un exquisito culote.

Ella bajó los ojos, avergonzada por su escrutinio, pero él sujetó su mentón con dulzura y lo levantó para que lo mirara.

—Eres preciosa, Álex; eres más hermosa de lo que me imaginaba.

—No es cierto.

—Sí lo es, no lo dudes nunca.

Y ella se perdió en su mirada mientras bajaba la cabeza para besarla con exquisita reverencia. Y así se sintió. Alexia percibió la dulzura y la ternura de cómo la tocaba, casi adorándola, como si fuera una diosa; ahora entendía por qué tenía tanto éxito con las mujeres.

Martín le acarició la espalda con una mano, descubriendo la suavidad de su piel, hasta llegar a su trasero, que agarró firmemente mientras la pegaba a su cuerpo para que sintiera su erección. Y ella levantó los brazos para enterrar las manos en su pelo, a la vez que pequeños gemidos surgían de su garganta y miles de escalofríos la hacían temblar. El actor abandonó su boca para lamer y mordisquear su cuello, mientras bajaba despacio hasta atrapar con sus dientes un duro pezón, lo que hizo que ella le clavara las uñas en la espalda y sus piernas se doblaran, temblando como hojas al viento.

—¡Aahh... Martín! —gimió.

Él siguió durante unos pocos minutos lamiendo y chupando con el pequeño seno de ella en su mano, en tanto la tenía fuertemente agarrada por el trasero con la otra... hasta que le dio la vuelta para que ella apoyara la espalda contra su cuerpo, mientras con una mano sujetaba su mentón y lo giraba para poder besarla, y la otra la introducía despacio dentro de su ropa interior, acariciando el sexo de Alexia, húmedo y caliente, resbalando entre sus pliegues suaves y aterciopelados, hasta conseguir introducir un dedo en su interior a la vez que restregaba su pene contra su culo.

—¡Oh, Dios mío! —susurró ella contra sus labios.

El actor sonrió satisfecho cuando ella gimió de placer y abandonó su boca para mordisquear delicadamente el lóbulo de su oreja, advirtiéndole cómo ella abría los labios jadeando entrecortadamente, mientras encontraba su clítoris y lo frotaba con su dedo húmedo, teniendo que sujetarla con su brazo libre por la cintura al notar que las piernas de Alexia se aflojaban, sin poder soportar su peso. Consiguió con ello hacerla estremecer de pies a cabeza, y que a él le costara Dios y ayuda no poseerla en ese mismo instante.

Por eso, la levantó de nuevo en brazos y la depositó en su cama con delicadeza, pero devorando con unas ansias infinitas esa boca que le sabía a la mejor *delicatessen* que pudiese existir. Le sabía a ella. A su Alexia. Se apartó un instante para desprenderse de la ropa que le quedaba, quedándose desnudo y descubriendo la impresionante erección que portaba en ese momento. Dura y palpitante sólo por ella. Sólo para ella.

Mientras, Alexia jadeó al ver su miembro excitado, abriendo los ojos por su gran tamaño, pero ansiando poder tocarlo, besarlo, saborearlo... al mismo tiempo que su sexo, ya húmedo, se contrajo a la espera de recibirlo dentro de ella.

Martín se acostó a su lado haciendo verdaderos esfuerzos por no abalanzarse encima de... su mujer. Porque ya no era su asistente o su empleada, era su amor, su vida, su alma gemela. La persona a la que llevaba tanto tiempo esperando, la que lo complementaba como ninguna, a la única a la que deseaba a su lado para siempre y con la que esperaba morir junto a ella cuando fueran ancianos. Aunque, antes de eso, degustaría su cuerpo hasta hartarse, empezando por adorar esos pequeños pero apetitosos pechos.

—Son exquisitos.

Y empezó a acariciar un pezón, primero despacio, consiguiendo que ella arqueara la espalda para atrapar con su boca el otro. Dio buena cuenta de ellos durante unos minutos, besando, lamiendo, atrapando entre sus dientes el rosado botón duro e inhiesto, mientras ella se retorció y estremecía por lo que le estaba haciendo. Sus senos, pequeños y blanditos, nada tenían que ver con los de las mujeres con las que se había acostado antes. Éstos eran naturales, perfectos y sublimes, como toda ella. Cuando levantó la cabeza, Alexia lo estaba mirando con los ojos brillantes, la piel ruborizada y la boca entreabierta, sabiendo que él se estaba conteniendo, pero ella decidió que no lo iba hacer, pues también quería probar. Quería volverlo loco con sus caricias, ansiaba que esa noche la recordase por siempre, entregándose por completo, ofreciendo todo lo que ella era.

Así que lo apartó para dejarlo boca arriba mientras ella se subía a horcajadas encima de él, y comenzó a depositar pequeños besos que iban recorriendo su duro pecho y su firme abdomen, mientras el pene de Martín pegaba pequeños latigazos al sentir el calor y la humedad del sexo de ella tan cerca. Y se restregó contra él, impedido por la barrera de la tela del culote a sentir la suavidad de su centro, pero consiguiendo de todas formas que Martín jadease entrecortadamente. Ella fue bajando poco a poco, lamiendo y mordisqueando cada tableta de chocolate cual golosa, hasta llegar al punto donde quería estar. Levantó la mirada y observó cómo él tenía clavados sus ojos en ella, expectante y atento a lo que iba a hacer, y siseó cuando lamió su miembro con la lengua, recorriendo despacio la longitud de su pene, notando las venas hinchadas hasta llegar al glande y jugar con él, para después introducirlo dentro de su boca todo lo que pudo, mientras Martín gemía de placer levantando las caderas para que se introdujera más profundamente en su garganta.

—¡Álex! —exclamó—. ¡Por Dios, me estás matando!

Pero ella no tuvo compasión. Lamió y chupó su pene, sintiendo la dureza y la suavidad en su boca, mientras que esta vez era él quien se mordía el labio, tenso como una cuerda intentando aguantar lo máximo posible y no correrse en su boca. No contenta con eso, agarró su miembro con una mano, bajando y subiendo a un ritmo lento y enloquecedor. A veces era suave, lamiendo y acariciando sólo con sus labios arriba y abajo cuan largo era, pero otras veces lo introducía por completo y lo raspaba delicadamente con los dientes hasta llegar a la punta aterciopelada, donde jugueteaba con la lengua húmeda. Y el calor de su respiración le mandaba descargas eléctricas de puro placer por los riñones hasta la espina dorsal, mientras con la otra mano acariciaba sus testículos.

Y Martín ya no pudo aguantar más.

La acostó de espaldas y le arrancó el culote, rompiéndolo por las costuras en sus ansias de quitárselo lo antes posible, para poder ser él el que ahora la saboreara a ella. Le abrió las piernas, admirando su pubis depilado, mojado y anhelante, para bajar a continuación la cabeza y depositar ligeros besos en su tripita, que no era lisa ni dura, sino todo lo contrario, pero que a él le encantaba y fascinaba. Descendió

sinuosamente, dejando un reguero de escalofríos y sensaciones que la hicieron vibrar, lamiendo y mordisqueando hasta que llegó al centro de su ser. Le abrió suavemente los labios para pasar su lengua, saborear su dulce néctar e inhalar su esencia.

—Sabes deliciosa —susurró conmovido.

Alexia agarró la cabeza del actor con ambas manos mientras su cuerpo excitado temblaba por sus caricias, y tuvo que ahogar un grito cuando él encontró su clítoris, al que ahora le estaba prestando una especial atención, succionando y mordisqueando, volviéndola literalmente loca con sus caricias.

—¡Martín, por favor! —suplicó.

Y gimió más alto cuando él introdujo un dedo dentro de ella sin dejar de lamer en ningún momento.

—¡Oh, por favor! —volvió a rogar mientras se mordía la mano.

—Por favor, ¿qué? —le preguntó sonriendo por tenerla así, temblando, implorándole.

—¡Por favor...! ¡Por favor, no pares!

Y él no lo hizo. Chupó, lamió y succionó, provocando que ella tensara su cuerpo a punto de llegar... hasta que introdujo un segundo dedo que fue lo que la hizo estallar en un sublime orgasmo.

Y mientras Alexia se estremecía con dulces espasmos de placer, Martín se incorporó para colocarse entre sus piernas e introducirse lentamente en ella.

—¡Virgen santa, qué estrechas eres! —susurró extasiado.

Y se acercó para besarla, para que ella probara su propio sabor, devorándola mientras entraba despacio en su interior, dándole tiempo a amoldarse a él. Pero el actor tuvo que parar apretando los dientes; la deseaba tanto que estaba a punto de correrse, y quería prolongar ese momento lo máximo posible. Quería disfrutarlo, atesorarlo, grabarlo a fuego en su mente, en su alma. El estar dentro de ella, llenándola, sintiéndola vibrar, temblar, estremecerse entre sus brazos, con sus caricias y sus besos, comprendiendo que eran uno solo, que ya no la podían separar de su lado, que si esa mujer le faltaba, se moriría, que no podría imaginarse una vida sin ella. Sin su Alexia.

Pero ella rodeó con las piernas sus caderas y con sus manos empujó su trasero, instándolo a que siguiera, y él ya no pudo resistir más. Se enterró en su cuerpo una y otra vez, sintiéndose tocar el cielo cada vez que lo hacía, murmurando su nombre en cada embestida. Y Alexia lo esperaba en todas ellas respondiendo con movimientos de su pelvis en cada acometida, hasta que los dos marcaron un ritmo frenético que los hizo llegar juntos al clímax, consiguiendo que Martín gritara el nombre de ella. Y, fusionados y abrazados, subieron unidos al cielo para volver a bajar, exhaustos y satisfechos.

El actor se desplomó a su lado, mientras intentaba normalizar su respiración y aquietar los frenéticos latidos de su corazón. Nunca en su vida había sentido algo parecido. Había sido el orgasmo más devastador que había gozado jamás. Por fin

comprendía la diferencia entre tener sexo y hacer el amor. Siempre había creído que era una invención de las mujeres, una romántica idea para diferenciar cuando tenían sexo puro y duro de cuando tenían sexo «con sentimientos». Y ahora lo entendía, ¡vaya si lo entendía! Había una diferencia enorme, tan enorme que, por primera vez, deseaba abrazar a la mujer que tenía a su lado y pasarse la noche acariciándola, en lugar de quedarse dormido como un tronco. Y eso fue lo que hizo.

—Ven aquí —le pidió haciéndole un hueco a su lado.

Y Alexia se acostó junto a él, con la cabeza apoyada en su hombro, totalmente satisfecha y arrobada por la ternura con la que habían hecho el amor. Entretanto, él le hizo pasar una pierna por encima de la suya para poder tenerla lo más cerca posible. Permanecieron callados durante unos minutos, deleitándose todavía por lo que había sucedido entre ellos, mientras Martín le acariciaba con suavidad el brazo y posaba breves besos en su frente, suspirando de deleite y felicidad por tenerla al fin a su lado como tanto había anhelado.

—Tenemos que hablar, Álex.

La asistente no pudo evitar tensarse; sabía que ese momento iba a llegar, pero esperaba poder demorarlo lo máximo posible.

—Lo sé —suspiró, mientras dibujaba ojos en su pecho con la yema de un dedo.

Martín no sabía cómo empezar; tenía tantas cosas que decirle que, por un momento, se quedó sin palabras.

—Álex, yo...

De pronto los nervios se apoderaron de él; era la primera vez que le iba a confesar a una mujer todo lo que sentía. Abriría su alma en canal para confesarle que la amaba. La amaba más que a su vida. Quería decirle que, sin ella, nada tendría sentido y que quería pasar el resto de su existencia a su lado, que lo que había sucedido entre los dos era lo más maravilloso que había experimentado nunca, que jamás había soñado con encontrar a la mujer perfecta que era ella... y que, sin duda, lo que los unía era algo único, algo especial.

Alexia había advertido su inquietud, que era la misma que ella estaba sufriendo en esos momentos, pero malinterpretando sus nervios por dudas y arrepentimiento.

—Alexia, yo... no sé por dónde empezar... Lo que acaba de pasar... Quiero decir, lo que ha sucedido entre nosotros... ha sido... —balbuceó nervioso.

La asistente levantó la cabeza en ese instante y le tapó la boca con los dedos, consiguiendo que, sorprendido y extrañado, se callase.

—¿Te puedo pedir un favor? —le preguntó mirándolo directamente a los ojos.

Él sólo asintió.

—¿Podemos hablarlo mañana?

—¿Qué? ¿Por qué? —planteó confuso—. No, Álex, quiero hablarlo ahora. Me urge hablarlo ahor...

Ella lo acalló con un beso.

—¡Por favor! —le rogó y volvió a besarlo—. ¡Por favor!

Alexia no quería estropear ese momento; sabía perfectamente lo que le iba a decir y no quería oírlo. Todavía no. Tenía que pensar, tenía que decidir lo que iba a hacer... pero antes quería disfrutar ese maravilloso encuentro y atesorarlo como lo más increíble que le había pasado en su vida.

—Escúchame...

—Martín, te lo ruego, es lo único que te voy a pedir, ¿sí? Por favor, mañana hablamos.

Él la observó fijamente sin comprender por qué quería dejarlo para el día siguiente, pero al final pensó que qué más daba, sólo serían unas horas. Sólo unas pocas horas lo separaban de confesarle lo mucho que la amaba. Y la tenía allí en su cama, desnuda y abrazada a él, no se iba a ir a ningún lado.

—Está bien —cedió—. Pero mañana, tú y yo, tendremos esta conversación.

Ella asintió y él la volvió a besar, pero esta vez deleitándose con ello.

Eran altas horas de la madrugada y Alexia estaba sentada en la cocina tomándose un café, mientras el actor dormía plácidamente. Seguía dándole vueltas a lo que había pasado esa noche entre Martín y ella, y a las consecuencias que ello conllevaba. No se arrepentía de lo que había hecho; había sido lo más maravilloso que le había sucedido nunca, pero sí sabía que las cosas ya no podrían seguir igual. Todo había cambiado. Había dejado de ser solamente su empleada para pasar a ser su amante, eso si él quería seguir con esa situación y no la despedía al día siguiente. Pero, si no la despedía y tampoco quería mantener una relación con ella, ¿qué iba a hacer? ¿Lo aceptaría? ¿Accedería a seguir trabajando con él como si no hubiera ocurrido nada?

«¡Dios!, ¿qué voy a hacer?»

De pronto advirtió la funda con el portátil y la agarró para sacarlo y abrirlo encima de la mesa; quizá si llamaba a su hermana y hablaba con ella por Skype... Allí era de madrugada, pero en España eran siete horas más, así que lo más seguro era que estuviera despierta; por costumbre, abrió el correo, y le aparecieron unos nuevos mensajes a los que echó un breve vistazo sólo por curiosidad. Se quedó helada cuando abrió uno de ellos, en el que aparecía una foto de Martín y Vanesa besándose, otra instantánea, sentados a una mesa en lo que parecía un restaurante, y otra más en la que la madre de Lucas alargaba un brazo como si quisiera acariciar el rostro de él. No hacía falta ser muy inteligente para saber cuál era la pregunta del periodista que le había enviado las fotos. Como muchas veces antes, quería saber si podía confirmar la relación que había entre ellos dos.

Por supuesto, Alexia no contestó, pero sí se quedó, durante unos minutos, observando detenidamente la imagen en la que su jefe se estaba besando con la madre de su hijo. Y al final tomó una decisión.

Lo que ella no sabía era que, dependiendo del ángulo y la perspectiva, lo que en realidad era un inocente beso en la mejilla podía parecer algo que no era.

Capítulo 33

Martín se desperezó mientras sonreía feliz al recordar lo sucedido. Había sido la noche de amor más increíble que había tenido nunca. Si alguna duda le hubiese quedado, que no era el caso, ayer se le habrían despejado todas. Amaba a Alexia Montero con todas las fibras de sus ser.

Frunció un poco el ceño cuando la buscó a su lado y no la encontró, pues le hubiese gustado despertarla él mismo. Agudizó el oído por si la oía en la ducha, pero no percibió nada, así que pensó que habría bajado a su habitación. Y aunque no le gustó la idea de que no estuviera durmiendo en su cama, ya que quería amanecer el resto de su vida con ella a su lado, pensó que, conociéndola, era lo normal. Seguramente no habría querido que Lucas o cualquiera de sus compañeras la encontraran allí sin antes haber anunciado su relación, por lo que se levantó y se duchó para bajar lo antes posible y mantener esa conversación que quedaba pendiente entre ambos, ya que no tenían que ir a trabajar hasta esa tarde. Y, con un poco de suerte, volverían de nuevo a la cama, aunque no precisamente para dormir.

Pero se llevó una pequeña sorpresa cuando bajó a desayunar y no la encontró en el comedor.

—Soledad, ¿has visto a Alexia? —planteó con una extraña sensación de desasosiego.

—No, patrón. La última vez que la vi fue anoche en su habitación, con Lucas. Pero es raro que todavía no esté aquí, ¿quiere que la vaya a buscar?

—No, tranquila, seguramente se habrá quedado dormida.

Y siguieron desayunando él y su hijo, ignorando la débil inquietud que empezó a sentir en la boca del estómago, hasta que Pedro fue a buscar al chiquillo para llevárselo al colegio. Entonces el actor aprovechó para ir a despertarla él mismo, aunque un pequeño escalofrío lo recorrió cuando se cruzó con Justina en la cocina y le confirmó que ella tampoco la había visto. Por eso, bajó corriendo la escalera al piso de abajo, y se quedó helado cuando, al entrar en su dormitorio, tampoco la encontró allí. La sensación de desasosiego comenzó a transformarse en alarma cuando advirtió que la cama estaba hecha y que faltaban los objetos personales que solía tener encima de la cómoda y la mesilla de noche.

Confundido, se acercó al armario donde ella tenía toda su ropa y muy despacio, con auténtico pánico, lo abrió para comprobar que estaba casi vacío. Desesperado, abrió los cajones de los demás muebles para encontrar lo mismo. Nada.

¡Pero ¿qué demonios...?!

Salió de prisa de la habitación y la buscó por toda la planta de abajo y, como seguía sin aparecer, volvió a preguntarles a sus dos empleadas. Éstas, igual de alarmadas, ratificaron lo que habían dicho antes y lo ayudaron a buscar por la casa,

sin éxito alguno.

Veinte minutos después, habían recorrido toda la mansión y Alexia seguía sin aparecer.

—No entiendo lo que ha podido ocurrir —intervino Tina, totalmente desconcertada.

En esos momentos estaban los tres sentados a la mesa de la cocina, sin haber salido del estado de *shock* en el que se encontraban por no haber hallado a la asistente por ningún lado.

—Si alguna vez se ha tenido que marchar, siempre, siempre, ha avisado con antelación.

La cocinera observó a su jefe, que estaba confundido y con la vista perdida.

—Patrón, ¿a usted no le dijo nada?

Él tardó unos segundos en responder, todavía aturdido por lo que estaba pasando.

—Eh... no, Soledad, a mí no me ha dicho nada.

—¿Y no ha sucedido nada entre ustedes que la haya hecho enfadar?

Martín observó atentamente a la mujer y en sus ojos empezó a surgir la semilla de la duda. ¿Podiera ser que, después de lo que había ocurrido entre los dos, ella hubiera decidido irse?

«¡No, imposible! Alexia no puede haberme abandonado. No después de lo que pasó anoche. ¡No, no puede ser!»

—¡Espera! —exclamó Tina de repente cuando se acordó de algo—. Cuando entré en la cocina a primera hora, el portátil estaba encima de la mesa, quizá ahí aparezca alguna información sobre por qué ha salido tan temprano de casa.

—¡Sí, claro! ¿Y también te va a decir por qué se ha llevado las maletas y todas sus cosas? —le preguntó su compañera con sarcasmo.

—No lo sé, ¿tienes tú una idea mejor? —le contestó ofendida por su tono.

—Pues sí, deberíamos llamarla por teléfono.

—El móvil se lo ha dejado aquí, lista, que eres una lista.

—Pues hay que preguntarle a sus compañeros de trabajo, al señor Miguel, a...

—¡Dejad de discutir! —ladró él, sobresaltándolas—. ¿Dónde está ese maldito ordenador?

La asistenta se levantó y lo recogió de una esquina de la encimera donde lo había colocado antes, para ofrecérselo a Martín, y éste lo agarró y abrió la tapa para descubrir que ya estaba encendido... y se quedó pasmado cuando vio la foto en la que aparecía él besando a Vanesa.

—¡¡No!! ¡¡¡Esto no!!! ¡¡¡Joder!!!!

Habían pasado cuatro días, cuatro horrorosos días que Alexia se los había pasado llorando. Estaba agotada emocionalmente, pero al fin había podido tomar una decisión, y esa decisión era que se marcharía del país. Volvería a su casa, a España,

lugar del cual nunca se tendría que haber ido y al cual estaba deseando regresar, para lamerse las heridas e intentar curar su roto corazón y empezar de nuevo. Lo haría junto a su hermana, al lado de su familia de verdad. En ese sentido, lo bueno que había sacado de México era que ahora tenía las suficientes fuerzas como para enfrentarse a Jorge llegado el caso, lo cual, honestamente, dudaba, sobre todo después de lo que había pasado en Nueva York.

«Nueva York, ¡qué lejos queda ya!», pensó.

Le parecía que había pasado una vida entera, y sus ojos volvieron a empañarse, pero parpadeó varias veces para que esas lágrimas no se escaparan. Estaba en un lugar público y no quería que nadie la viera llorar, y menos sus amigas, a las que observaba cruzar la calle en dirección a la cafetería donde habían quedado con ella.

—¿Se puede saber dónde diablos has estado metida? —le preguntó Sole enfadada, después de besarla y darle un inmenso achuchón.

—Yo también me alegro de verte —contestó esbozando una mueca, ya que no se podía llamar sonrisa a ese burdo intento que había hecho.

—Álex, hemos estado todos muy preocupados por ti —empezó a hablar Tina mientras se sentaban a la mesa, ya que, de las dos amigas, ésta era la más calmada—. Nos estábamos muriendo de la angustia porque no sabíamos qué te había ocurrido —continuó.

—Lo siento. De verdad que siento haberos preocupado... —se disculpó con un gran sentimiento de culpabilidad por haberlas hecho sufrir—, pero podéis ver que estoy bien.

—¡¿Bien?! —exclamó la cocinera—. ¿Acaso te has visto en un espejo?

Se llevó la mano a la cara para después atusarse un poco el pelo. La verdad es que no lo había hecho, simplemente se había vestido con lo primero que había pillado y se había recogido el pelo en una coleta, sin prestar mayor atención a su apariencia.

—¿Qué me pasa?

Su amiga resopló, entornando los ojos y negando con la cabeza.

—Estás pálida y ojerosa, con la cara y los ojos hinchados y una expresión de tristeza que... ¡Ay, amiga!, ¿qué ha pasado? —preguntó preocupada por ella, dejando atrás su enfado—. ¿Por qué te fuiste así?

Alexia desvió la mirada hacia Tina, pero ésta tenía la misma cara de inquietud y congoja que su compañera, por lo que bajó los ojos hacia su regazo, intentando retener las lágrimas que pugnaban por salir.

—Era lo mejor —susurró sin ser capaz de enfrentarse al escrutinio de sus compañeras.

—¿Lo mejor para quién? —le preguntó Tina con ternura.

—Para mí... para todos.

—¿A qué te refieres?

—Primero tenéis que jurarme que no lo vais a contar —les pidió mirándolas directamente a los ojos—. ¡A nadie! Nada de lo que os voy a decir podrá salir de aquí

nunca, ¿de acuerdo?

Sus amigas la observaron muy serias y se lo juraron. Entonces se lo empezó a contar... todo.

—Álex, cariño, esa foto no era lo que parecía. El patrón dijo que era un efecto provocado por el ángulo desde el que estaba tomada la imagen, que él nunca había besado a Vanesa —le explicó Tina cuando ella acabó.

—¿Él os contó que habíamos pasado la noche juntos? —preguntó sorprendida.

Ambas negaron con la cabeza y le explicaron lo que había sucedido hasta que abrieron el portátil.

—Por eso tienes que volver a casa; esa foto no significa nada y te juro que el patrón nunca... nunca volvería con esa mujer. Él te quiere, cielo, de eso estamos seguras.

Soledad le apretó una mano después de decirle eso, y esbozó una sonrisa para demostrarle que lo que estaba diciendo era cierto.

—¿Os lo ha dicho él? —preguntó esperanzada.

Tina negó con la cabeza, pero ella también esbozó una alegre sonrisa.

—No hace falta... si tú lo hubieras visto estos días, también lo sabrías. Está loco por ti, Álex, te lo aseguro. Lo mejor es que vuelvas con nosotras y lo habléis; tenéis que aclarar este malentendido de una vez.

Alexia se quedó pensativa durante unos segundos, hasta que empezó a negar con la cabeza tercamente.

—No, lo mejor es que me vaya. Además, ya tengo el billete comprado y mañana sale mi vuelo para Vigo.

—¿¿Cómo?! ¿Te vas?! —preguntaron las dos a la vez.

Ella asintió.

—Sí, por eso os he hecho venir. Quería despedirme de vosotras antes de irme; sois mi familia aquí y... —se secó impacientemente una lágrima que corría por su mejilla—... no podía irme sin deciros antes adiós. Me... me gustaría también poder despedirme de los demás, pero... pero no puedo —terminó diciendo con la voz estrangulada.

—¡No, de eso nada! —exclamó la cocinera levantando la voz.

—¡Ni hablar! ¡Tú no te vas a ir a ningún lado!

—Chicas...

—¿Cómo puedes ser tan testaruda? —le espetó Soledad indignada—. Y no me salgas con el cuento de la Cenicienta y demás historias, porque te pego. Escúchame, el patrón...

—¡No, escúchame tú! Esa noche pudo haberme dicho que sentía algo por mí y no lo hizo. Cuando... cuando acabamos... —se ruborizó por tener que contar algo tan íntimo—... noté su arrepentimiento, Sole, sus celos por lo que había pasado entre los dos. Estaba nervioso y vacilante, y eso sólo significa una cosa: remordimientos.

Las dos amigas no sabían qué decir.

—Si estuviera tan enamorado como vosotras decís, me lo habría dicho, pero no lo hizo.

—¿Estás segura de lo que dices? ¿Quizá malinterpretaste esas dudas que tú dices que sentía? —le preguntó Tina, que estaba igual de convencida que su compañera de que Martín sentía algo muy fuerte por Alexia.

Ésta se quedó callada durante unos segundos, cuando por su mente cruzó como un rayo una minúscula duda al recordar la insistencia de él en mantener esa maldita conversación... y sobre todo sus palabras del día anterior respecto a que tenía algo importante que decirle, pero negó con la cabeza. No volvería de nuevo a pensar en lo mismo. Era lo único que había hecho durante esos cuatro días, además de llorar como si le doliera la vida misma y quedarse dormida totalmente exhausta después. Se había pasado horas rememorando esa noche y los días en los que había trabajado para él, y siempre llegaba a la misma conclusión.

No podía negar que su jefe se sintiera algo atraído por ella, ya que tampoco podía obviar lo que había sucedido esa noche y la última noche en el hotel en Telchac, pero, de ahí a que sintiera algo más que una simple atracción... No, por supuesto que no. De eso estaba segura. Lo que le había dicho a su amiga era cierto y lo seguía afirmando; de no ser así, ¿por qué él no le había dicho que iba a encontrarse con Vanesa? ¿Por qué se lo había ocultado? Si Martín no tenía nada que esconder, si esa foto no era lo que parecía, bien podía haberle comentado que salía a cenar con ella. ¿Por qué tampoco le había explicado que esa mujer era la madre de Lucas en la boda de Verónica? No se hubiera enterado de nada si no llega a ser porque Sole le había dicho quién era la modelo que salía en el periódico. No, para Alexia estaba claro que su relación con la madre de Lucas todavía no había terminado. Y era normal, compartían algo muy fuerte, un hijo, y eso ella lo entendía.

Y sobre lo que había ocurrido entre los dos... bueno, simplemente se habían dejado llevar. Había estado en el sitio adecuado y en el momento justo, y había desarmado todas sus barreras con facilidad. No es que le estuviera echando la culpa a él; Alexia reconocía su parte en ella, que era mucha además, pero no por eso iba a echar por tierra todos sus valores. Porque si de algo estaba completamente segura era de que ella no deseaba ser algo pasajero en la vida de Martín. No quería ser una más de tantas. Si algo había aprendido de su relación con Jorge era que tenía demasiado orgullo y que valía algo más que para ser el segundo plato de nadie. Simplemente no podía, lo amaba demasiado como para tener una relación clandestina con él y después apartarse cuando ya no le interesara.

Lo quería todo o nada. Y si Martín hubiese sentido algo más por ella, se lo hubiera dicho, y no simplemente un «te necesito».

Por lo tanto, prefería retirarse ahora, quedarse con el bonito recuerdo y vivir con él el resto de su vida. Siempre y cuando lo que decían sus amigas fuera cierto y no un simple calentón, que era lo que pensaba Alexia que había pasado en realidad.

Las agarró a ambas por las manos y, llorando, las miró alternativamente.

—Os quiero mucho a las dos; sois mis mejores amigas aquí, mis hermanas mexicanas... pero la decisión ya está tomada. Sólo quería pedir os un favor antes de irme y es que... les digáis a Mauro y las chicas lo mucho que los quiero y que los voy a echar de menos. Y también a Esther y a Roberto. Y a Miguel y a... —y se le escapó un pequeño sollozo que ahogó tapándose la boca con una mano—... a... Lucas. Y, sobre todo, a Martín —finalizó emocionada y con dificultad.

Sus dos compañeras lloraban con ella, negando con la cabeza al unísono por lo necia que estaba siendo.

—Álex, por favor, no lo hagas —suplicó Sole.

Ésta esbozó una triste sonrisa.

—Seguiremos en contacto, ¿vale? En cuanto llegue a España, os escribiré y podremos hablar por Skype, y me contaréis todo lo que esté pasando por aquí y... y... —No pudo seguir, porque estaba a punto de romper a llorar.

—Amiga...

Alexia sacó fuerzas de no sabía dónde e intentó parecer alegre cuando volvió a hablar.

—Todo va a ir bien —afirmó secándose las lágrimas con las manos—. Ahora tengo que irme. —Y observó a su alrededor cómo la gente las miraba—. Menudo espectáculo estamos dando. ¡Vaya tres!

Luego llamó al camarero para pagar la cuenta y, mientras lo esperaban, abonaba el importe y salían de la cafetería, sus amigas seguían intentando convencerla de que no se fuera.

—¿Dónde estás hospedada? —le preguntó Tina cuando al fin se dio por vencida, consciente de que no iba a convencerla de que se quedara.

—En una pensión cerca de aquí —le contestó sin darle mayores detalles.

Después de abrazarse, besarse y despedirse de ellas con todo el dolor de su corazón, se marchó.

Cuando Sole entró en la casa, se encontró con Miguel intentando jugar en el jardín con su nieto, pero a su jefe no lo vio por ningún lado. Desde que Alexia se había marchado, aquella casa parecía un cementerio y, aunque el abuelo trataba de animar a Lucas, éste no estaba con ánimos para jugar a nada. El niño no entendía lo que había pasado, pero sí sabía que Alexia ya no estaba viviendo allí. La cocinera sabía que Martín tenía que estar en algún lugar de la mansión, porque esa tarde le tocaba descansar, pero no estaba con su hijo ni con su padre, por lo que seguramente estaría en el mismo sitio donde había permanecido los últimos cuatro días.

El camino de vuelta se lo había pasado discutiendo con Tina, porque ella quería hablar con el actor, pero su compañera intentó en todo momento disuadirla de ello, ya que se lo habían prometido a Alexia. Debido a ello, en ese instante no tenía muy claro lo que iba a hacer, aunque sus piernas, empujadas por una corazonada, la llevaron al

despacho.

Cuando abrió la puerta, se encontró con el mismo panorama de los últimos días: a su patrón sentado en el sillón de cara a la ventana, observando sin ver el jardín, sumido en sus pensamientos, como tantas veces había contemplado desde allí a Alexia sentada en la silla debajo del árbol. Allí se acomodaba después, cuando anochecía, durante horas, en ocasiones acompañado por su padre, pero la mayoría de las veces solo, hasta las tantas de la madrugada. A la cocinera se le rompía el corazón al verlo así.

—Patrón, ya hemos llegado de hacer los recados —mintió, por expreso deseo de su amiga, pues ésta no había querido que él se enterara.

Ésa era la única condición que les había impuesto para quedar con ellas esa tarde cuando las había llamado por teléfono a casa.

El actor no dijo nada, ni se inmutó.

—¿Quiere que le prepare algo de comer? —le preguntó mientras se acercaba al escritorio.

—No, Sole, gracias —le contestó sin girarse en ningún momento.

—Patrón, necesita comer algo, lleva días sin tomar nada decente —le recordó preocupada.

—No tengo hambre.

—Pero a mí no me cuesta...

—¡Déjame solo! —le ladró, pero al instante se arrepintió de su grito—. Si me apetece comer algo, ya te lo pediré, no te preocupes por mí.

—Está bien, como usted quiera.

Dicho esto, la cocinera estuvo a punto de salir de la habitación, pero al final se lo pensó mejor. Tenía que hacer algo, no podía quedarse de brazos cruzados presenciando cómo dos personas a las que tenía gran aprecio sufrían sin más, sólo por su estúpido orgullo y cabezonería.

—Patrón, ¿puedo hacerle una pregunta? —le dijo acercándose a él.

Se jugaba su puesto de trabajo, ya que lo que le iba a preguntar estaba fuera de sus competencias, y nunca había hablado en esos términos con él y no tenía ni idea de cómo iba a reaccionar.

—¿Y ahora qué quieres? —le preguntó Martín, empezando a molestarse.

Ella tragó saliva. Nunca había tenido problemas con él antes; siempre había sido respetuoso, quizá algo estricto a veces, pero les había hecho sentir, tanto a Tina como a ella, en todo momento, apreciadas tanto personal como profesionalmente. Por eso, cuando habían aparecido las discusiones con Alexia, la forma en la que le hablaba y sobre todo cómo se la comía con la mirada, se habían dado cuenta de que algo estaba sucediendo entre ellos dos. Pero ahora tenía miedo de sus represalias, sobre todo por su mal humor de los últimos días. Todavía recordaba cómo había reaccionado al ver las fotos en el portátil; se había vuelto literalmente loco.

Empezó a llamar a todo el mundo por teléfono preguntando por Alexia, gritando a

veces, suplicando otras, incluso llegando a amenazar cuando sospechaba que le estaban mintiendo, pero sin obtener ningún resultado. Así que agarró la moto y se presentó en las casas de todas aquellas personas donde creía que podía estar ocultándose, pero sin hallarla en ninguna, hasta que se dio por vencido. Y pasó de la enajenación a la desolación más absoluta, agarrando una botella y emborrachándose como nunca lo había visto antes.

Y ahora se encontraba allí, hundido y deprimido, sin apenas comer y dormir, siendo la sombra del que un día fue. Y por eso mismo iba a echarle valor y hacerle la pregunta que quizá lo cambiaría todo.

Así que se apoyó en los reposabrazos del sillón y se puso de cuclillas, para quedar casi a la altura de sus ojos y mirarlo directamente.

—Patrón, ¿usted quiere a Alexia?

Él se quedó observándola, sorprendido por la pregunta, y levantó una ceja.

—Sé que no es asunto mío... —empezó a balbucear, arrepintiéndose de pronto por haberlo hecho—... pero... todo depende de lo que... de lo que usted me diga.

De repente Martín se levantó como impulsado por un resorte y sujetó por los hombros a su empleada.

—¿De qué demonios estás hablando, Soledad? ¿A qué te refieres con que todo depende de lo que yo te diga? —le planteó angustiado—. ¿Sabes dónde está? ¿Has hablado con ella?

Como la mujer no respondía, la zarandeó furioso.

—¡Respóndeme, maldita sea!

La cocinera se cuadró de hombros y empezó a negar con la cabeza, y él, desesperado, empezó a caminar de un lado a otro mientras se pasaba ambas manos por el pelo.

—¡Como no me digas lo que sabes, puedes darte por despedida! ¡¿Me entiendes?! —la amenazó iracundo, lanzando puñales por los ojos mientras la señalaba con un dedo.

Y como ella seguía sin decir nada, bramó muy alterado.

—¡No te quedes callada! ¡Habla de una vez! Y no me pongas a prueba, Soledad, porque te juro que no me va a temblar el pulso cuando te eche a patadas yo mismo de aquí —insistió—. Dime, ¿dónde está? ¡Necesito hablar con ella, por el amor de Dios!

—Contésteme, patrón.

Martín parpadeó varias veces, incrédulo por la tranquilidad con la que le estaba hablando. ¿Cómo se atrevía? ¿Qué demonios pretendía enfrentándolo así?

Y de pronto se echó a reír histérico, dejando a la mujer totalmente desconcertada.

—¿Que si la quiero? —preguntó irónico—. No, Soledad, no la quiero.

Y ella se quedó boquiabierta por sus palabras. Habría puesto las dos manos en el fuego por él. Habría jurado que su jefe estaba enamorado de su amiga, y resultaba que estaba totalmente equivocada. Al final ella tenía razón y era la única que había visto la realidad.

—No sólo la quiero, sino que estoy loco e irremediablemente enamorado de ella —confesó al fin, sentándose abatido en el sillón.

Ya no podía más, su vida había sido un auténtico infierno esos últimos cuatro días. La había buscado como un loco, removiendo cielo y tierra, sin resultado alguno. No tenía la más remota idea de dónde podría estar escondida.

Lo que no se esperaba ni de lejos era que su empleada empezara a gritar de alegría y se tirara encima de él mientras lo abrazaba y lo besaba... hasta que, ruborizada hasta las cejas, se dio cuenta de lo que estaba haciendo y se recompuso, pero sin dejar de esgrimir una enorme sonrisa de alegría en su cara llena de felicidad.

—Escúcheme, patrón: tengo una idea que seguro que va a funcionar, pero necesito tres cosas.

El hombre, todavía aturdido por su reacción, lo único que supo hacer fue asentir con la cabeza.

—Primero de todo, necesito que confíe en mí —le dijo ya totalmente serio—, ya que no puedo contarle nada, porque se lo prometí a la que espero que siga siendo mi amiga después de esta noche. Segundo, necesito la ayuda del señor Miguel, aunque no creo que vaya a poner ninguna pega. Y, tercero, quiero que llame a todas las personas que usted piense que Alexia pueda contactar y que todas cuenten la misma historia.

—¿Qué historia? —demandó confundido.

—La de que usted, en estos momentos, está grabando fuera de la ciudad.

—Pero... —Martín no sabía muy bien cómo reaccionar.

—Usted no se preocupe por nada. Simplemente llame a sus amigos, compañeros, jefes... cualquiera que Álex pudiera llamar para confirmar que usted no está en casa. Porque, si ella sospechara que puede ser así, nunca vendría, ¿entiende?

—¿Quieres decir que hoy la voy a ver? —preguntó incrédulo.

—Le juro que voy a hacer todo lo posible para que eso ocurra —le prometió Soledad de forma solemne—, corriendo el riesgo de que Alexia no me perdona nunca.

—Entonces, durante todo este tiempo, ¿has sabido dónde estaba?

La cocinera negó rotundamente con la cabeza.

—No, patrón. Tanto Tina como yo hablamos con ella hoy por primera vez desde que se marchó el lunes. Pero no puedo dejar que se vaya, no sabiendo lo que usted me acaba de decir.

—¿Que se vaya? ¿A dónde? —preguntó alarmado.

—¿Qué le he dicho hace un momento?, que confíe en mí —le recordó antes de que volviera a montar en cólera—. Vamos a hacer todo lo posible para que esa cabezota vuelva con nosotros a casa, y no me pregunte más, porque le prometí que no le diría nada.

Y él no pudo menos que sonreír por primera vez desde hacía muchos días, aliviado y esperanzado al ver, por fin, una luz al final del túnel. Entonces, se abrazó a

ella, enormemente agradecido.

—Gracias, Soledad, muchas gracias —le dijo emocionado.

—Nosotras también la queremos mucho, patrón —le contestó alucinando de poder estar abrazada a su jefe de esa manera—. Y a usted también —le confesó, roja ya como un tomate maduro.

Cuando se lo contara a su familia, no la iban a creer, pensó feliz. Y después de un breve instante y a regañadientes, la cocinera se dirigió a la puerta para poner en marcha su plan, separándose de los brazos de Martín. Pero, antes de cruzar el quicio, se volvió hacia él.

—Pero antes de nada me tiene que prometer dos cosas.

—Lo que quieras.

—La primera, que tiene que comer algo, ya que le va a hacer falta. Usted ya me entiende... —le comentó guiñándole un ojo con picardía.

—Humm De repente tengo un hambre que me comería un buey.

—Bien, así me gusta. —Sonrió complacida.

—¿Y la segunda? —le preguntó expectante.

De repente se puso mortalmente seria.

—La segunda es que le pregunte por qué se fue. Es imperativo que le diga la verdad, porque, Martín... —se dirigió por primera vez a él sin formalismos. En todos los años que llevaba trabajando en esa casa, era la primera vez que lo tuteaba... Alexia está tan enamorada de ti como tú de ella —le confesó rompiendo el pacto que había hecho.

—Te lo prometo —le dijo con solemnidad.

Y de pronto una enorme sonrisa surgió en su rostro y observó cómo su empleada cerraba la puerta con suavidad.

—¡¡Tinaaaaaaaaaa!! ¡Ven, rápido, porque necesito que me ayudes!! —dijo a voz en grito mientras corría por el pasillo—. ¡¿Dónde carajo estás?!

Y Martín no pudo más que echarse a reír.

De repente el teléfono de la habitación de la pensión donde estaba hospedada Alexia empezó a sonar, y ésta, extrañada, tardó unos segundos en descolgar.

—¿Diga?

—¿Señorita Montero?

—Sí, soy yo.

—Soy Luis y la llamo desde recepción; tiene una llamada, preguntan por usted.

—¿Por mí?

—Así es, señorita, ¿le paso la llamada?

—¿Y de quién se trata? —preguntó desconfiada.

—Un caballero llamado Miguel. Dice que es extremadamente importante que hable con usted. Comentó algo sobre que está muy preocupado por un tal Lucas y que

es muy urgente.

Se quedó callada durante un instante, preguntándose cómo demonios ese hombre había sabido dónde estaba, pues no le había dicho a nadie en qué pensión se hospedaba.

—Páseme la llamada, por favor —le pidió, pues era algo relacionado con el niño.

La mujer apretó con fuerza el aparato.

—¿Alexia?

—¿Cómo has sabido dónde estaba, Miguel? ¿Y quién te ha dado este número de teléfono?

—Eso no importa, cielo —le comentó con voz angustiada—. Escúchame, estoy muy preocupado por Lucas y no sé qué hacer.

—¿Qué le pasa? —preguntó alarmada.

—De repente se ha puesto muy enfermo, le ha subido la fiebre y sólo pregunta por ti. Me encuentro solo y sin saber cómo proceder; estoy desesperado, Álex.

—¿Y Martín?

—Mi hijo está grabando exteriores en Morelos y no quiero angustiarlo. Prefiero llevar al niño a urgencias antes de comentarle nada a él, pero mi nieto es muy terco y dice que sólo irá si tú lo llevas. Y... y yo ya no sé qué decirle para tranquilizarlo.

Alexia se quedó callada hasta que, al fondo, oyó al niño llorar mientras pronunciaba su nombre, y todas sus dudas y recelos se esfumaron.

—Mi nieto te necesita, Alexia.

—Ahora mismo voy.

Y colgó el teléfono.

Capítulo 34

Cuando Alexia llegó a la casa, le abrió la puerta el propio Miguel. Su preocupación se reflejaba en su rostro cuando la hizo pasar, y en ningún momento se extrañó cuando no vio a sus amigas por ningún lado. En esos momentos lo único que le importaba era Lucas, por lo que tampoco se sorprendió cuando su abuelo le dijo que el niño estaba en la habitación de Martín. Subió corriendo la escalera y entró como una tromba en la estancia buscando desesperada al crío, pero se quedó parada en medio del dormitorio cuando se percató de que el pequeño no estaba acostado en la cama de su padre.

—Pero ¿qué...? —murmuró desconcertada.

Tampoco se dio cuenta de cómo alguien detrás de ella cerraba la puerta con llave y la escondía para que no la encontrara. De pronto notó el familiar hormigueo que sentía siempre en la base de la nuca cada vez que Martín estaba cerca, y se giró despacio para encontrarse frente a frente con él, quedándose boquiabierta por la sorpresa.

—¿Dón... dónde está Lucas? ¿Se encuentra bien? —preguntó confusa cuando pudo recuperar el habla.

—Mi hijo se encuentra perfectamente —le confirmó con una sonrisa de medio lado mientras se acercaba a ella con movimientos felinos.

—Pe... pero tu padre me... me dijo que... Oí cómo... cómo Lucas lloraba... Yo no sabía que... —tartamudeó, aturdida, mientras retrocedía hacia atrás.

De repente Alexia empezó a encajar todas las piezas.

—¡Los mato! —exclamó furiosa, parándose de golpe cuando se percató del engaño—. ¡Te juro que, cuando los pille, los mato!

Y esquivó la presencia de Martín para dirigirse a la puerta.

—A los cuatro: empezaré por esas dos traidoras, seguiré con el mentiroso de tu padre y terminaré con ese canijo travieso. ¡Ja!, ¡menudos actores tienes en la familia! —se quejaba mientras intentaba abrir la puerta en vano—. Son todos una panda de conspiradores traicioneros; me han engañado como a una tonta —siguió refunfuñando.

Él se quedó parado detrás de ella, mientras ésta intentaba salir de allí.

—¡Abre esta maldita puerta! —chilló frustrada.

—Va a ser que no.

—¡Eh! ¡Vosotros! ¡Los que estáis ahí detrás, abridla inmediatamente!

Se quedó callada esperando que alguien le hiciera caso, pero, como ignoraron su orden, empezó a aporrearla con fuerza.

—¡Os estoy oyendo respirar! —bramó enfadada.

Y de pronto se oyeron pasos amortiguados corriendo por el pasillo y a Lucas

sofocando una risa.

—¡No huyáis, cobardes! ¡Abridme la puerta!

—No insistas, Alexia, no lo van hacer.

Ella se dio la vuelta, enfadada.

—¡Y tú eres el peor de todos! —gritó con los brazos en jarras—. Por permitir que esos cuatro intrigantes me engatusaran de esta manera. Me habéis mentido y manipulado sin ningún remordimiento. ¿Cómo diablos se enteraron de dónde estaba?; no se lo dije a nadie.

—Según Tina, sólo había una pensión cercana a la cafetería donde habíais quedado, así que buscamos en la guía telefónica —le contestó tranquilamente mientras se cruzaba de brazos, divertido.

—¡Será falsa! —soltó molesta—. ¿Y de quién fue la idea de mentirme para venir aquí?

—Humm... déjame ver —murmuró mientras fingía que pensaba—. A *grosso modo*, la idea original fue de Soledad, pero después todos aportamos nuestro granito de arena.

—¡No me lo puedo creer! ¡¿Has utilizado a tu propio hijo para engañarme?!

—Utilizaría al mismísimo demonio para hacerte volver, pero sabía que Lucas sería más efectivo; sé lo mucho que lo quieres y eso jugó a mi favor.

—¡Me las vais a pagar! ¡Te juro que...!

Pero Martín interrumpió su ofendida diatriba cuando le agarró la cara con ambas manos y la besó. Al principio ella se quedó tan sorprendida que lo único que pudo hacer fue corresponderle, pero después intentó zafarse inútilmente.

—¡Suéltame, Martín! —masculló contra sus labios.

Pero él la tenía bien sujeta entre sus brazos.

—De eso nada.

Y volvió a devorar esa boca.

¡Jesús, qué bien sabía!

Estaba muy molesto con ella, pero primaba más el alivio de volver a tenerla junto a él; entretanto, Alexia luchaba infructuosamente contra el sentimiento de corresponderle.

—¡Por... favor... suéltame...! —murmuró entre beso y beso—. ¡Martín...!

—¡Está bien! —dijo al fin, pero sin soltarla en ningún momento—. Pero sólo porque tú y yo vamos a hablar.

Durante un segundo, ella se quedó callada, con el corazón latiéndole a mil por hora y con la respiración irregular, para a continuación intentar liberarse con rabia.

—Yo no tengo nada que decirte —le gruñó con terquedad.

—Jo, jo, jo. —Se rió irónicamente—. Tú, señorita Montero, tienes mucho que decirme y vas a empezar por explicarme por qué te fuiste.

—¿Qué parte de «Yo no tengo nada que decirte» no has entendido? Quizá necesites que te lo diga en tu idioma. —Tomó aire y le soltó con ira contenida—: ¡Sin

comentarios!

Él sonrió.

¡Dios bendito, cómo la había echado de menos!

—Y, ahora, ¡suéltame!

—Como quieras —le contestó mientras la dejaba ir.

Ella se giró para intentar abrir la puerta de nuevo, accionando el picaporte sin ningún resultado. Tenía que salir de allí como fuera.

—¡Ábreme la puerta!

—Ya te he dicho que no.

Se giró furiosa y el actor la acorraló entre la puerta y él, apoyando ambos brazos al lado de su cuerpo. Sus ojos ardían de deseo y ella tragó saliva con fuerza antes de que él hablara.

—Tú y yo tenemos una conversación pendiente, y la vamos a mantener quieras o no —aseguró, para posar sus labios con suavidad en los de ella a continuación—. Y te advierto... —continuó besando su cuello—... de que tengo toda la noche... —le susurró al oído—... y todo el fin de semana —concluyó, atrapando con sus dientes el lóbulo de su oreja.

—Martín... —jadeó con el vello erizado por completo.

Alexia tenía las manos apoyadas en su pecho en un inútil intento de separarlo de ella, y él volvió a apoderarse de su boca, sintiéndose totalmente indefensa a su ataque.

—Además, me encanta besarte... —masculló contra ella—... y me puedo pasar la vida haciéndolo... —le señaló, para agarrar entre sus dientes el labio inferior y succionarlo con dulzura—. Así que tú decides, Álex... —le dijo mientras metía la húmeda punta de su lengua en la boca de ella—: o me explicas por qué te fuiste... —añadió, para lamer después el labio superior—... o te acabo haciendo el amor.

El hombre aprisionó su cuerpo con el suyo mientras la devoraba de nuevo con ansias, y ella, totalmente seducida, no tuvo suficientes fuerzas como para detener su ataque, así que se agarró con fuerza a sus hombros mientras respondía con la misma pasión, y él ronroneó de satisfacción cuando, en un primer momento, sintió que sucumbía... pero, después, un gruñido de pura frustración salió de su pecho, cuando ella, en un instante de cordura, escapó de su encierro.

—¡Está bien! —exclamó mientras caminaba hacia el centro de la habitación agarrándose la frente con una mano.

Tenía que separarse de él, porque no podía pensar con claridad. El calor de su cuerpo, el ardor de sus besos y el aroma de su piel embotaban su mente ya de por sí bastante aturdida. Martín apoyó la cabeza en la puerta, mientras reprimía un grito de rabia contenida por el deseo y la lujuria insatisfecha que estaba a punto de explotar. Luego se giró despacio hacia ella, que todavía le daba la espalda mientras se retorció las manos, inquieta. Alexia se dio la vuelta justo un segundo después, para enfrentarlo, mordisqueándose el labio inferior nerviosamente.

—¿Qué quieres saber?

Él contó hasta diez mientras se apoyaba de forma indolente en la puerta y se cruzaba de brazos.

—Después de estar juntos esa noche, ¿por qué te fuiste?

—¿Qué más da?

—A mí no me da igual.

—Me fui... me fui porque... porque era lo mejor.

—Lo mejor, ¿para quién?

—Eso no importa.

El actor empezaba a estar harto de sus evasivas, así que se separó de la puerta y empezó a caminar hacia ella.

—A mí sí me importa.

—Vale... vale... —le dijo mientras levantaba las manos en un intento fútil por parar su avance—. Era lo mejor para mí... para ti.

—¿Para mí? —le preguntó mientras levantaba una ceja suspicazmente—. ¿Por qué iba a ser lo mejor para mí?

—Porque sí, créeme. Era lo mejor para los dos.

—Alexia, vas a tener que ser más explícita —le indicó muy serio mientras se seguía acercando a ella.

—¡Oh, por el amor de Dios!, ¿por qué no lo dejas estar? —le preguntó exasperada, mientras seguía retrocediendo a la vez que él avanzaba.

—¿Por qué, Álex? ¿Por qué te fuiste?

—Porque... porque...

Y empezó a morderse el labio ansiosamente. El actor estaba seguro de que, si seguía así, se iba a hacer daño.

—¿Síiii...?

—Porque...

Alexia no sabía qué hacer. Él estaba casi encima de ella y sus piernas habían topado con los pies de la cama, por lo que se sentía atrapada, y lo conocía lo suficiente como para saber que esa mirada obstinada no presagiaba nada bueno. No cejaría en su empeño de saber, y ya había comprobado que utilizaría cualquier cosa para conseguir lo que quería.

—Porque me enamoré de ti, ¿vale? —le confesó, rindiéndose al fin.

Martín se paró en seco.

—Te juro que lo intenté. Intenté por todos los medios no hacerlo —le empezó a explicar mientras sus ojos se anegaban en lágrimas—, pero fue inútil.

Y se sentó en la cama bajando la cabeza avergonzada, pues no podía mirarlo a la cara.

—Para... para mí esa noche fue importante, Martín. Ha sido lo mejor que me ha pasado en la vida y... y quería recordarla así tal cual fue... perfecta. Y no quería oír lo que tenías que decirme, porque sabía perfectamente lo que ibas a decir: sé que para

ti no significó lo mismo que para mí, y no te lo echo en cara, por supuesto; tú no tienes la culpa de no sentir lo mismo que yo, pero... —Levantó la mirada para encontrarse con la suya—. Entiende que no quisiera escuchar cómo te disculpabas por lo que había pasado. Porque, lo que hice, lo hice con todas las consecuencias, sin reproches, ni remordimientos...

Se arrodilló delante de ella y Alexia se secó las lágrimas con impaciencia, mortificada porque la viera llorar; no quería que sintiera pena por ella.

—Porque para mí no fue un error, sino todo lo contrario, pero...

Tragó saliva cuando advirtió la mirada de ternura de él, y se le formó un nudo en el pecho cuando Martín levantó las manos para secarle las lágrimas con delicadeza.

—Pero cuando vi las fotos con Vanesa, supe que no podría compartirte con nadie, yo... yo no quiero ser algo pasajero en tu vida. No... no puedo ser otra más en tu larga lista de conquistas, me niego a ser un simple... sin comentarios. Tengo demasiada dignidad y orgullo y... y no podría soportarlo. Porque, tienes razón, soy demasiado terca y cabezota, y tozuda y necia...

Él agarró de nuevo su cara entre sus manos y posó su boca en la de ella suavemente.

—Así que decidí irme...

Siguió hablando con los ojos cerrados, a la vez que él seguía depositando besos tan ligeros como plumas en sus labios.

—Porque... porque era lo mejor... para los dos.

Y el actor dejó de besarla y esperó sonriente a que ella abriera los ojos para decirle:

—Te amo, Álex.

—¿Qué? —preguntó pasmada.

—Te amo con toda el alma... —Y volvió a besarla con dulzura—. Y tienes razón, eres muy obstinada, porque... —atrapó su labio inferior entre sus dientes y tiró de él con suavidad... si me hubieras escuchado esa noche... —lamió despacio el labio superior—, en vez de pensar lo que tú creías que te iba a decir... —se inclinó sobre ella hasta tumbarla en la cama... hubieses escuchado una declaración de amor.

Y procedió a atacar su boca con verdadera devoción, arrancándole pequeños jadeos entrecortados.

—¡Espera! —lo cortó Alexia, separando su cara unos minutos después.

—¡Arrgg! Y, ahora, ¿qué? —preguntó exasperado, e intentó atrapar de nuevo su boca con sus labios.

—¿Lo que acabas de decir es cierto? —preguntó incrédula.

El actor suspiró.

—Está bien, ven aquí.

Se sentó en medio de la cama, con las piernas cruzadas, y ella lo imitó mientras se miraban fijamente a los ojos.

—No sé exactamente cuándo ocurrió, no te puedo decir la fecha exacta, pero lo

que sí te aseguro es que, desde el mismo momento que pisaste esta casa, has puesto mi vida patas arriba. Estoy loca e irremediabilmente enamorado de ti, Alexia, y no concibo mi vida sin que tú estés a mi lado.

La mujer empezó a sonreír tímidamente y él aprovechó para acercarla a su cuerpo.

—Nunca en mi vida he sentido celos antes con ninguna mujer —le empezó a explicar mientras introducía sus manos debajo de la blusa de ella—, pero, desde que te conozco, casi le he partido la cara a Mauro, he estado a punto de pelearme con Roberto y... ¡ah!, me faltó muy poquito para partirle también las piernas a Toni.

—¿Qué?! —preguntó sorprendida.

—Sin contar los celos que he sentido de mi propio hijo, y lo bien que me sentó romperle la nariz a tu exnovio.

Todo esto lo confesó mientras acariciaba sus pechos con los dedos, consiguiendo que la piel de Alexia se estremeciera justo donde él tocaba. Y ella buscó la posición hasta que Martín estiró las piernas y se sentó encima de su erección, mientras pasaba los brazos por detrás de su cabeza y las piernas detrás de sus caderas.

—¿De tu propio hijo? —preguntó sorprendida.

—Lo sé, soy un imbécil.

—¡Vaya! Nunca me habían atraído los hombres celosos, pero tú me estás poniendo como una moto —admitió con una sonrisa desvergonzada.

Y le regaló un húmedo beso.

—¿Y qué más? —le preguntó curiosa.

—Humm... —ronroneó él—. Tengo que aclarar que, aunque nunca lo confirmé, te dejé creer que había tenido algo con las mujeres con las que salí después de que me hubieras rechazado en Telchac. —Y sacándole la blusa por encima de su cabeza, le confirmó—: Nunca me acosté con ninguna. Lo intenté, es cierto, porque me dolió mucho que no me aceptaras, pero no fui capaz.

—No quería hacerte daño, Martín, yo...

—¡Chist! No te excuses... Ahora lo entiendo.

Y se besaron mientras en sus corazones se perdonaban todos los malentendidos.

Alexia asió la parte de abajo de su camiseta y le ayudó a quitársela para acariciar con dulzura su pecho, mientras depositaba pequeños mordiscos en su mandíbula. De pronto Martín cogió su mentón para clavar la mirada en ella.

—Álex... ¡te juro que nunca besé a Vanesa! Sé que parece todo lo contrario, las fotos están tomadas de tal manera que parece que nos estemos besando, pero era sólo el ángulo, yo...

—Lo sé —le dijo mientras lo volvía a besar.

—¡No, escúchame! —continuó—. Es importante para mí que lo sepas.

Ella asintió.

—Si en algún momento de mi vida creí que había estado enamorado de ella... Hoy, a ciencia cierta, te puedo asegurar que no ha sido así, porque lo que siento por ti

eclipsa todo lo anterior, Álex. Te juro que en mi vida no he sentido nada parecido por nadie. ¡Nunca! ¡Jamás! No sabes cómo me arrepiento de no haberte dicho nada en aquel momento, pero lo único que quería era encontrarme con ella para que me dijera eso tan importante que me había dicho que tenía que decirme, y volver corriendo a tu lado para confesarte lo que sentía por ti.

—¿Y qué tenía que decirte?

—Nada, una tontería sobre que quería volver conmigo. Por lo visto pensaba que yo todavía sentía algo por ella, pero le dejé muy claro que no quería volver a verla nunca más, que había encontrado por fin a la mujer de mi vida y que en ese mismo instante volvería a casa para decírtelo. Y la dejé plantada en el restaurante. Ya había tomado la decisión, en Nueva York, de confesarte lo mucho que te amaba y estaba deseando hacerlo. Cuando acepté verla esa noche fue única y exclusivamente porque creía que lo que iba a decirme tenía algo que ver con Lucas.

Ella sonrió abiertamente, feliz por sus palabras, y a Martín casi se le paró el corazón cuando contempló esa hermosa sonrisa dirigida sólo a él. Era tan bella y la amaba tanto, que todavía no se creía que le hubiera dicho que estaba enamorada de él.

—Y quiero que sepas que la noche que pasamos juntos también fue perfecta para mí, mi amor; también ha sido lo mejor que me ha pasado en la vida. Todavía recuerdo las palabras que me dijiste cuando me hablaste de tus padres, me dijiste que los extrañabas tanto que te dolía.

—Es verdad.

—En aquel momento no lo supe entender, pero... cuando el lunes te fuiste sin decirme nada...

De pronto se le quebró la voz y sus ojos se empañaron de lágrimas al recordar la agonía que había sufrido.

—¡Dios, Álex, pasé un verdadero infierno! El dolor por haberte perdido era tan intenso que me dolía sólo el respirar, por eso sé que esto que siento es tan fuerte e intenso que no podría sentirlo por nadie más.

Le agarró firmemente la cara para suplicarle, con la mirada llena de angustia:

—¡Júrame que nunca me vas a abandonar! ¡Júramelo, Álex! ¡Nunca, jamás, volverás a dejarme!

Y ella, sabiendo que lo que le estaba pidiendo era tan importante para él, se lo juró. Daría su propia vida sin con eso lo convencía de ello.

—Te lo juro, mi amor: te prometo que nunca más volveré a irme. Te amo, Martín Ledesma. Te amo con todo mi corazón.

—Y yo te amo a ti, mi vida.

Y se besaron, esta vez sin restricciones, sin dudas, sin remordimientos. Con la libertad que da el saber que por fin has encontrado a la persona que verdaderamente amas, la que te complementa, tu otra mitad, tu alma gemela. Tu todo.

Se desvistieron con prisas para quedarse desnudos uno delante del otro, y la contempló, admirándola, mientras ella se ruborizaba.

—Eres preciosa.

—Y tú eres perfecto.

Acogió en su mano un exquisito pecho para atrapar con sus labios el duro pezón, provocando que Alexia arqueara un poco la espalda para dejarle mayor acceso, y le arrancó gemidos de placer. Aprovechó para tumbarla suavemente de espaldas, mientras con su mano libre le acariciaba la cadera, bajando por la pierna hacia la parte de atrás de la rodilla, para volver a subir por dentro del muslo hasta llegar a su sexo, húmedo y tembloroso, preparado ya para recibirlo.

—¡Oh, Martín! —gimió con sus caricias.

Ella le cogió la cabeza con las manos mientras miles de escalofríos la traspasaban cuando él mordisqueaba y lamía con fruición el erguido botón rosado. Su respiración era agitada y, cuando sintió sus dedos en su centro, aspiró con fuerza al notar cómo resbalaban entre sus labios húmedos hasta introducirse en ella, haciéndola vibrar.

Pero Alexia necesitaba más. Necesitaba tenerlo dentro, sentirlo y acogerlo por completo, así que se separó de él para empujarlo y quedarse a horcajadas sobre sus caderas. Martín sonrió cuando ella tomó la iniciativa, pero la sonrisa se le borró de un plumazo cuando Alexia agarró su miembro para introducirlo dentro de ella, sintiéndose llena y completa, provocando que siseara de placer y echara la cabeza hacia atrás mientras empujaba en un acto reflejo.

Pero ella no se movió, sólo se incorporó un poco para atrapar entre sus dientes el pequeño botón marrón de su pecho, para después lamerlo en círculos y recorrer con su lengua un camino de fuego que llegó hasta su pelvis, mientras su piel se estremecía y temblaba a su paso. El actor levantó la cabeza levemente mientras observaba cómo ella degustaba su cuerpo, y después clavó su mirada en ella cuando, al levantar la cabeza, sonrió satisfecha y se lamió los labios, siendo la imagen más erótica que había visto en su vida.

—¡Humm, qué bien sabes!

Y a continuación apoyó las manos en su tórax para empezar a marcar un ritmo con sus caderas. Arriba y abajo, primero lentamente, despacio, sin prisas, introduciéndose más con cada movimiento. Después fue incrementando el ritmo, cada vez más rápido, y las embestidas resultaban más fuertes y profundas, cabalgando magistralmente mientras las respiraciones y los jadeos aumentaban con el ritmo.

—¡Por Dios, Alexia, no pares!

Se incorporó atrayendo su trasero y empujando para introducirse más en ella, y la mujer se agarró a sus hombros para después besarlo desesperadamente mientras subía y bajaba, subía y bajaba a un ritmo enloquecedor. Y cuando él atrapó uno de sus pezones entre sus labios, atraído por el bamboleo de sus pechos, ella arqueó la espalda mientras su cuerpo se tensaba y se dejó llevar por el orgasmo más intenso que había tenido nunca... momento que aprovechó Martín para tumbarla de espaldas y hundirse más en ella, embistiendo con fuerza para dejarla marcada como suya y

solamente suya, hasta que gruñó de éxtasis con el último espasmo de placer.

Minutos después, seguían abrazados y desnudos, saboreando el momento de pasión que habían disfrutado.

—¿En qué piensas? —preguntó el actor.

—Humm... —ronroneó satisfecha—. Pienso en que esto me parece un sueño y tengo miedo a despertar. No puedo creer lo feliz que soy.

Él la besó con ternura.

—Yo también soy inmensamente feliz.

—Te amo, Martín —le dijo con todo ese sentimiento reflejado en el rostro.

—Yo también te amo, Alexia. Te amo tanto que me duele.

Epílogo

Tres meses después

—Bueno, pues esto ya está —señaló María después de introducir la última pinza invisible en el recogido que le había hecho a su amiga.

—Pues ahora me tenéis que ayudar con el vestido —solicitó Mauro.

—¡Yo quiero! ¡Yo quiero! —exclamó Esther excitada.

Y ayudó al modisto a levantar la pesada prenda para introducirla por la cabeza de Alexia.

—Por cierto, ¿a que no sabéis con quién me encontré ayer en el supermercado? —preguntó con una expresión muy pícaro.

—Ni idea —le contestó la actriz mientras ayudaba a subir el corpiño.

—¡No os lo vais a creer! Resulta que estaba en la zona de las carnes envasadas con mi Toni, y me encontré con una vieja amiga nuestra promocionando una conocida marca de hamburguesas de pollo. Lo mejor de todo es que iba disfrazada de pollo, o gallina, no sé muy bien.

—¿Ah, sí?, ¿quién? —preguntó Eva, muerta de curiosidad.

—Espera que agarro el móvil y os enseño el vídeo que le saqué. Aunque casi me cuesta la vida, porque empezó a perseguirme como una gallina loca por todo el recinto —explicó divertido.

Y todas se quedaron muertas cuando vieron a la actriz Marta Salgado corriendo detrás de su amigo, con una bandeja de hamburguesas en la mano y tropezando con las patas de pollo de su disfraz. Rompieron a reír al instante, con gran satisfacción.

—¡Pásame ese vídeo, Mauro, que lo quiero tener para mí! —le pidió Esther.

—Yo también lo quiero —exclamó la maquilladora.

—Y yo —dijo María después de parar de reír.

—Tranquilas, que os lo envió a todas.

—¡Qué malos sois! —apuntó Alexia divertida.

—Se lo merece por mala gente, es el único trabajo que va a encontrar como actriz —soltó Eva.

—¿Quién es? —preguntó Maite.

—Ésa es Marta Salgado, la conocida arpía rubia —explicó Tina apartando la cola del traje de su amiga para que no lo pisaran.

—¡Ah... entiendo!

—Álex, vas a tener que ponerte a dieta, porque, desde la semana pasada, has engordado. ¡Casi no cierra el vestido! —le reclamó enfadado el modisto mientras intentaba subir la cremallera.

—¡Espera, que te ayudo! —se ofreció Sole.

Entre ella y Esther tiraban de la tela para que le resultara más fácil.

—No creo que sea un problema de comida —murmuró Alexia, mientras metía la tripa hacia dentro y retenía el aire en los pulmones para facilitarles el trabajo.

—Pues el vestido, por sí solo, no encoge —refunfuñó su amigo.

La habitación de invitados donde se encontraban estaba llena de gente; se habían apropiado de ella y la habían acondicionado como peluquería y vestidor, todo en uno. Casi todas las personas a las que Alexia quería y eran importantes para ella estaban allí, en ese momento tan crucial.

Cuando acabaron de ayudarla a vestirse, María y Tina quitaron la tela que cubría el espejo de cuerpo entero que había en la habitación para que su amiga pudiese verse. Y por fin se pudo contemplar, quedando totalmente perpleja por la imagen que le estaba devolviendo. Sus amigos se habían lucido tanto que no se reconocía. El vestido que le había confeccionado Mauro era espectacular, y tanto el maquillaje como el peinado le quedaban increíbles. Buscó con la mirada a la mujer que la estaba observando con ojos llorosos, evidentemente emocionada, consiguiendo que se empañaran también los suyos.

—¡Ay, hermanita, papá y mamá estarían muy orgullosos de ti si te estuvieran viendo! —le comentó Maite, conmovida, acercándose a ella para abrazarla.

—¿Tú crees? —le preguntó llorando.

Ella asintió.

—¡Por supuesto! ¡Yo lo estoy, y mucho!

—Gracias.

—¡Estás preciosa!

Alexia se empezó a mordisquear el labio inferior al ver a su hermana sollozar. Llevaba una semana en México con su marido y sus hijos, y estaba tan contenta de tenerlos allí que no podía parar de llorar por lo feliz que se sentía.

—¡Oh, no, Álex! —la regañó Eva, conteniéndose para no acabar lloriqueando ella también—. Es la tercera vez que te arreglo el maquillaje. ¡Así no se puede!

—Lo siento, cariño, pero tengo las hormonas un poco alteradas —le explicó.

—¡No puede ser! —gritó Esther, que por fin se había percatado—. ¡¿En serio?! —le preguntó exaltada.

Ésta asintió lentamente mientras se le formaba una enorme sonrisa de felicidad.

—¡Aaahhhhh! —gritó corriendo hacia ella, dejando a todos, menos a Maite, totalmente perplejos—. ¡Enhorabuena! —la felicitó mientras la abrazaba.

—¡Chist!, no digas nada, que Lucas y Martín todavía no lo saben —le pidió Alexia, mientras señalaba hacia la esquina donde el niño estaba jugando con sus sobrinos.

—¿Qué pasa? —preguntó Sole.

—Enhorabuena, ¿por qué? —inquirió María.

—¿Qué es lo que no sabe Martín? —interrogó Mauro.

Alexia los miró a todos con un nudo en la garganta y, como no abría la boca, ya

que si lo hacía se iba a poner a llorar de nuevo, habló Maite.

—Pues que el vestido le queda apretado porque voy a tener otro sobrinito o sobrinita.

Todos, menos Esther, se volvieron para observarla con cara de incertidumbre, pues la actriz era la única que había caído en la cuenta, y, como seguían mirándola sin tener ni idea de lo que les estaba diciendo, les aclaró susurrando.

—Mi hermana está embarazada.

—¿Qué?!

—¿Cómo?!

—¿En serio?!

Preguntaron todos a la vez. De inmediato se acercaron a ella para abrazarla también, evidentemente contentos y emocionados.

—¡Yo quiero ser la madrina!

—De eso nada, Sole, que tú ya eres su tía putativa.

—¡No, perdona, el padrino voy a ser yo!

—¡Ja!, eso no te lo crees ni tú.

Mientras discutían entre ellos, olvidándose de la embarazada, Maite se acercó a su hermana.

—Me voy a ir más tranquila mañana a casa sabiendo que estás muy bien rodeada por tu nueva familia. Te quieren mucho.

—Lo sé, y yo a ellos. Son increíbles, ¿verdad?

Su hermana asintió feliz.

—¿Cuándo se lo vas a decir a Martín?

—Seguramente esta noche.

Y como la disputa estaba empezando a tomar tintes de tragedia, Alexia intentó llamar su atención.

—¡Eh, chicas...! ¡Escuchad un momento...! ¡Eh...!

Puesto que nadie le hacía ni caso, no le quedó más remedio que gritar.

—¡¡¡Eeehhhhh!!!

Cuando todos se callaron y tuvo por fin su entera atención, susurró:

—Si no os importa, me gustaría que mi hermana fuera la madrina de mi primer hijo.

Volvieron a girar las cabezas en dirección a Maite, ruborizándose todos violentamente.

—¡Oh... claro, claro!

—¡Por supuesto!

—¡Uy, qué tontas!

Las dos hermanas se echaron a reír.

—Pues vas a tener que quedarte embarazada otra vez, porque yo quiero ser la madrina del siguiente —le dijo Eva mientras la sentaba para retocarle el maquillaje.

—Y yo me pido del siguiente —exigió Esther.

—Y yo el siguiente...

Alexia empezó a hacer cuentas.

—¡Sí, hombre!, tendría que tener seis hijos más para dejaros a todos contentos.

—No creo que Martín ponga pegas —le susurró Mauro guiñándole el ojo—. En hacerlos, me refiero.

—Ja, ja, ja, ¡qué gracioso, el chico! —se burló—. ¿Me tengo que reír?

Y el modisto le sacó la lengua como respuesta.

—¡Mami, mami! —gritó Lucas mientras corría hacia ella, interrumpiéndolos.

Desde la famosa noche del complot, el niño la llamaba «mamá», algo que a Alexia no le importaba en absoluto; todo lo contrario, le encantaba, ya que lo consideraba como a su propio hijo. El único inconveniente que tenían con él era que se presentaba en el dormitorio que ahora compartía con Martín a cualquier hora de la noche, para seguir con su rutina de meterse en la cama con ella, por lo que casi los había pillado in fraganti en más de una ocasión. No es que a Alexia le importara, pero su padre no estaba nada contento con la manía de su hijo, ya que, al final, eran tres durmiendo en la misma cama... y a veces se quedaba a medias. Y aunque intentó convencerla de que tenían que empezar a cerrar la puerta con llave, ella le dijo que todavía era muy pronto para hacerle eso a un niño tan pequeño, desesperando al actor, ya que la mujer seguía sin entender que Lucas nunca lo había hecho antes de que ella viviera allí, por lo que la excusa no colaba. Aunque tendrían que pensar alguna solución ahora que venía un hermanito o una hermanita en camino.

—Dime, pitufo.

—Mamita, mi prima está mintiendo. ¿A que no es verdad que Barbie sea una superhéroe?

—Se dice superheroína.

Los tres niños se quedaron mirándola confusos.

—Uxía dice que su Barbie es la Mujer Maravilla —prosiguió—, y los únicos que tenemos superhéroes somos Anxo y yo —le explicó, enseñándole el muñeco de Superman que tenía en la mano y el de Spiderman de su sobrino—. Y la de ella no es ninguna *superhina...* *superhorina*, *superniña...* bueno, lo que dijiste antes —concluyó frustrado cuando, al final, no le salió la palabra.

—Superheroína.

—Eso, *súper...* *roína*.

—Mi Barbie es la Mujer Maravilla, y Anxo dice que la Mujer Maravilla no existe —lloriqueó la niña.

—Bueno, Uxía, tu primo...

—¡Ves, lista! —la picó su hermano antes de que su tía acabara de hablar—. Las *superhorillas* esas no existen.

La niña se cruzó de brazos, molesta por la actitud de su hermano y su primo. Porque Lucas, además de haber ganado una madre, se había topado de repente con que tenía a sus tíos de España y a sus primos Anxo y Uxía, que eran casi de su misma

edad y a los que había aceptado inmediatamente, igual que éstos a él. Y aunque desde que habían llegado se la habían pasado jugando entre ellos, a veces tenían pequeñas riñas como en ese momento, ya que no dejaban de ser unos críos.

—Mi primo y yo somos los únicos superhéroes —se mofó su hermano, pasando el brazo por la espalda de Lucas.

—Tu Barbie es como mi mamita, una princesa —explicó Lucas señalando a Alexia—. Y las princesas sólo pueden estar con los príncipes como mi papito.

Eran dos contra una y a la niña le empezó a temblar la barbilla, pues estaba a punto de llorar.

—Bueno, niños, haya paz —los comenzó a regañar Tina—. Ahora Alexia está ocupada, pero estoy segura de que...

Y se los llevó a la esquina de la habitación, donde habían estado jugando hasta ese momento, intentando que llegaran a un acuerdo.

—Por cierto —le empezó a decir Maite a su hermana, desviando la atención de sus hijos y de su reciente sobrino—. ¿Sabes quién ha montado un escándalo increíble en España?

—¿Quién? —le preguntó, mientras Eva volvía a retomar la tarea interrumpida por los niños de retocarle el maquillaje.

—Tu exnovio. Por lo visto, después de vuestro encuentro en Nueva York, los recién casados se volvieron a España en el primer vuelo, y Carmen le pidió el divorcio en cuanto pisó el aeropuerto. Ha habido tal revuelo que el padre de la novia retiró el apoyo económico que le había prometido al padre de Jorge, y ahora la empresa está sufriendo una grave crisis. Tan grave... que lo primero que ha hecho don Benjamín ha sido despedir a su propio hijo e intenta reflotarla nuevamente, aunque dicen las malas lenguas que eso ya no tiene solución.

—Espero de corazón que no sea así —murmuró Alexia.

Todos la miraron sorprendidos.

—No lo digo por ellos, sino por todos mis excompañeros, que no tienen la culpa y quizá se queden sin trabajo a causa de ese imbécil —aclaró.

Además de que, gracias a ese imbécil, ella había conocido a Martín, por lo que no tenía ningún rencor guardado hacia su exnovio. Ya no.

—¡Ah, vale! —contestaron.

Luego todos se quedaron callados cuando sonaron unos golpes en la puerta.

—¿Puedo pasar? —preguntó Miguel asomando la cabeza.

—¡Sí, claro, pasa! —contestó Alexia—. ¿Ocurre algo?

—Ejem... —carraspeó el hombre, algo incómodo—. Mi hijo está impaciente y me manda decirte que, si no sales ya, vendrá él mismo a buscarte.

—Está bien. ¡Todo el mundo en marcha! —gritó Esther, instándolos a salir de la estancia.

Cuando estaban casi todos saliendo por la puerta, incluidos los niños, le comentó la actriz:

—No te preocupes, cariño, que ya le digo yo que estás a punto de salir.

Ella asintió, poniéndose más nerviosa de lo que lo había estado nunca.

—¿Me dejas hacerlo a mí? —le pidió su hermana a Mauro cuando le iba a colocar el velo.

—¡Claro!

Y éste le enseñó cómo hacerlo; luego, emocionada, le colocó la tela en la cabeza y, cuando terminó, sus miradas se encontraron a través del espejo, diciéndose lo mucho que se querían con los ojos.

—¡Estás preciosa, cielo! —la piropeó Miguel.

—Gracias.

—¿Lista?

Alexia asintió y esbozó una nerviosa sonrisa mientras se levantaba para aceptar la mano que le tendía Miguel, y éste, orgulloso, salió de la habitación camino al magnífico jardín, que habían decorado exquisitamente para ese momento, llevando del brazo a su futura nuera.

Martín estaba nervioso e impaciente vestido de chaqué y esperando delante del altar que habían puesto en medio del jardín de su casa.

Justo donde unos días antes habían estado las sillas y la mesa en las que solían sentarse juntos por la noche, ahora se encontraban unas filas de asientos engalanados para la ocasión, donde los invitados esperaban sentados a que apareciera la novia. Si por él hubiese sido, se hubieran casado al día siguiente de su dulce encerrona, tal como le había pedido, pero entendía que para ella era importante que su familia estuviera presente en su boda. Por eso sólo le había dado tres meses de plazo, como máximo, para que la organizara. Desde esa bendita noche, había sido el hombre más feliz del mundo, pero había contado los días y las horas que faltaban para llamarla «esposa» y que todos supieran lo mucho que la amaba. Y aunque la boda iba a ser una ceremonia muy íntima, pues sólo estaban invitadas las personas más allegadas a ellos, Martín sabía que al día siguiente saldría en todas las televisiones y revistas del país: se encargaría de enviar las fotos que mostrarían al mundo entero lo enamorado que estaba de Alexia.

De repente la marcha nupcial empezó a sonar y contempló con orgullo a la novia más hermosa que pudiese existir, agarrada del brazo de su padre y caminando despacio sobre una alfombra roja hacia donde estaba él. Delante de ellos y tirando flores a su paso, iban sus dos sobrinos, mientras que, siguiéndolos un poco más atrás, estaba Lucas, que portaba un pequeño cojín de encaje con los anillos de casados, y una enorme y feliz sonrisa en su pequeño rostro.

Cuando su padre se la entregó, observó emocionado esa cara que tanto amaba, y se expresaron entre ellos, con las miradas, lo mucho que se querían.

—Eres lo más hermoso que he visto en mi vida —le confesó emocionado.

Alexia sólo fue capaz de sonreír.

—Te amo —susurró Martín.

—Te amo —contestó ella.

Y sin que nadie lo esperara, el actor la agarró y la besó con pasión, sin poder resistirse al impulso de hacerlo.

—Hijo, todavía no hemos llegado al momento del beso, eso es al final —le explicó el cura.

—Lo siento, padre, pero es que esa boca es mi perdición.



ANTÍA EIRAS (Vigo, España, 1974). Es la tercera de tres hijas de padres gallegos. Desde muy niña siempre le ha gustado leer, y se ha convertido en una pasión. Su libro favorito sigue siendo el primero que leyó: *Cenizas al viento* de Kathleen Woodiwiss. Pero confiesa que su escritora favorita, de la cual ha leído todos sus libros, es Johanna Lindsey.

En febrero de 2015 publicó su primera novela, *Los príncipes azules no existen... ¿O sí?*, que a las pocas semanas se convirtió en bestseller en Amazon y estuvo más de un año en el Top100. También ha sido finalista en los Premios Eriginal Books.

En el 2016 publicó su segunda novela, *A la caza de tu amor*, que fue galardonada con el premio Watty2015, llegando al puesto nº1 en las mejores plataformas digitales.

En el 2017 publicó su tercera novela titulada *Los guardianes* (serie *La Orden de los Varones*), el primer libro de una saga de corte romántico paranormal.

Notas

[1] *Hakuna Matata*, © 2013 Pasion, interpretada por Grupo Golosina. (N. de la E.) <<

[2] Expresión mexicana que significa «estupendo». (*N. de la E.*) <<

[3] Amigos, colegas. (*N. de la E.*) <<

[4] Expresión propia de México que significa «no jodas, no fastidies». (*N. de la E.*) <<

[5] En Colombia y otros países latinoamericanos significa «Hombre de aspecto muy varonil de atractivo singular». (*N. de la E.*) <<

[6] *Á feira*: «a la feria», en gallego. <<

[7] *Uns pican e outros non*: «unos pican y otros no», en gallego. <<

[8] Menso: insulto que suelen utilizar los mexicanos que significa tonto, idiota. <<

[9] *Meigas*: en Galicia, magas o brujas, pero que no practicaban la magia negra, sino el curanderismo y la videncia. <<

[10] *A queimada*: La quemada. <<

[11] Traducción de parte del conjuro *A queimada*:

*Búhos, lechuzas, sapos y brujas;
demonios, duendes y diablos;
espíritus de las vegas llenas de niebla,
cuervos, salamandras y hechiceras;
rabo erguido de gato negro
y todos los hechizos de las curanderas...* <<

[12] *Moves like Jagger*, (C) 2011 A&M/Octone Records, interpretada por Maroon Five y Cristina Aguilera. (N. de la E.) <<